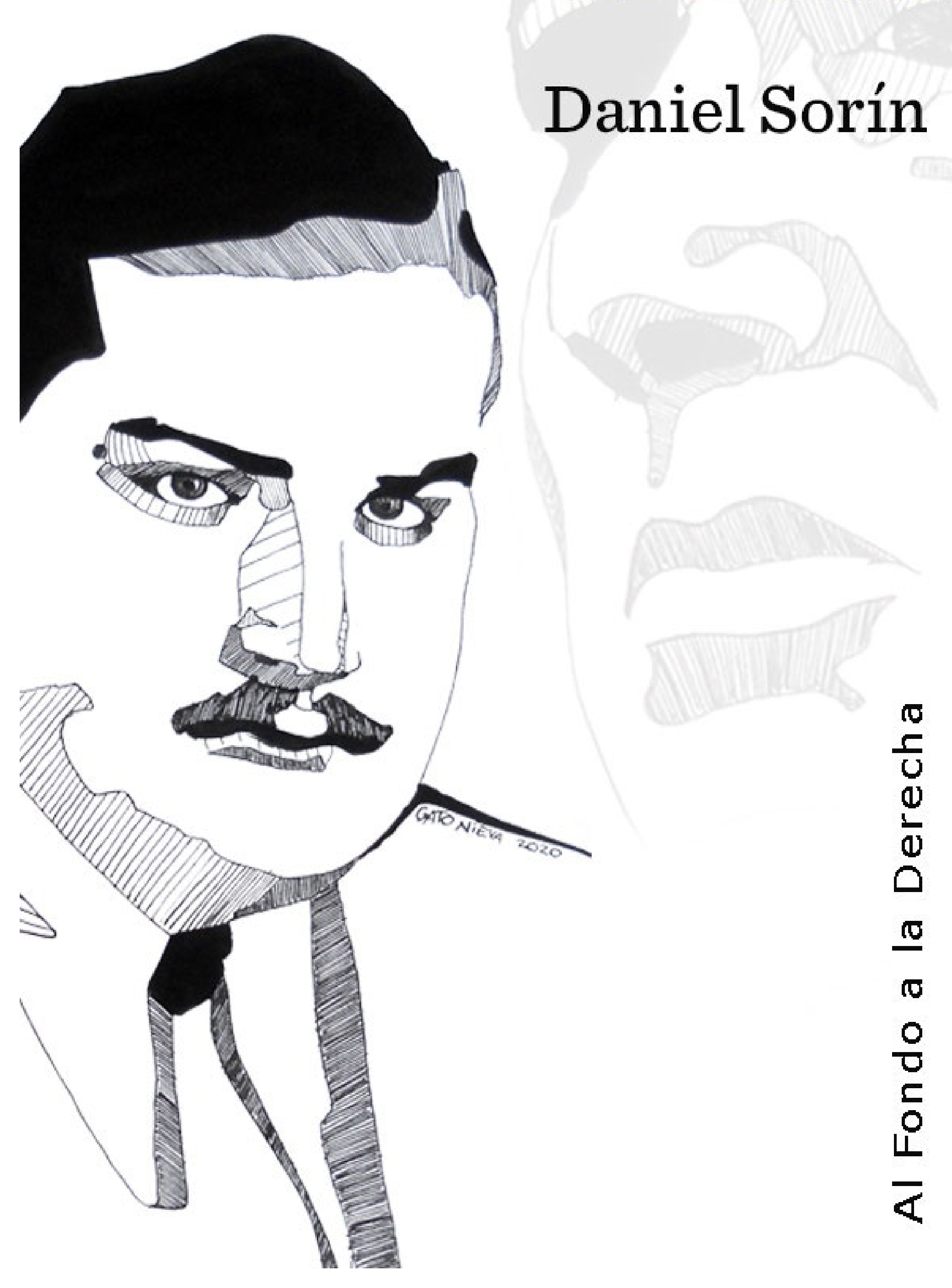
JOHN WILLIAM COOKE

LA MANO IZQUIERDA DE PERÓN

Daniel Sorín

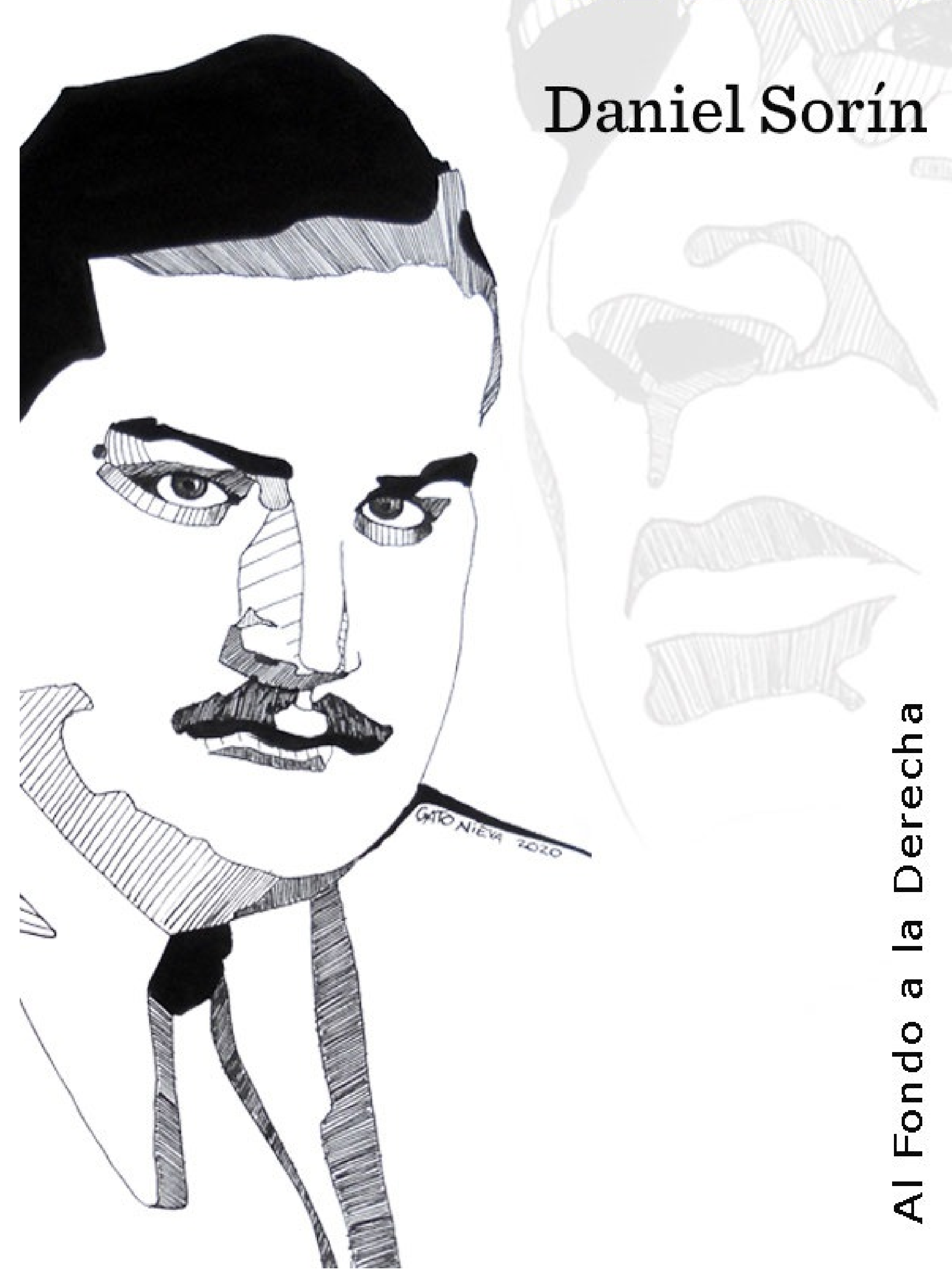


Al Fondo a la Derecha

JOHN WILLIAM COOKE

LA MANO IZQUIERDA DE PERÓN

Daniel Sorín



Al Fondo a la Derecha

John William Cooke

La mano izquierda de Perón

Daniel Sorín

Al Fondo a la Derecha

Colección

Ensayos meridionales

La editorial y sus autores reciben

mensajes de texto de los lectores

a través de Whatsapp:

Desde Argentina al: 11 25677388

Desde el exterior al: 54 911 25677388

Sorín, Daniel

John William Cooke : la mano izquierda de Perón / Daniel Sorín. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Daniel Adolfo Sorín, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-88-1383-7

1. Ensayo Político. 2. Ensayo Histórico. 3. Peronismo. I. Título.

CDD 320.5

José Cubas 3471 (C1419), Buenos Aires, Argentina.

www.alfondoaladerecha.com.ar

Diseño de tapa e interior:

Al Fondo a la Derecha Ediciones

Imagen de tapa: Gato Nieva.

https://www.facebook.com/gatonieva

para Mario, Juana, Sofía y Luca.

A los innumerables y anónimos compañeros que luchan por una nación digna.

Agradecimientos

He contado para este trabajo con la invalorable ayuda que me ha brindado, con su habitual bonhomía, Roberto Baschetti. También agradezco a Aurora Venturini, Alejandro Horowicz, Claudio Manzione, Carlos Castro, Pedro Catella (h) y Daniel Campione. A todos ellos mi gratitud.

El intelectual puede adelantarse hasta donde su mirada se lo indique porque es un precursor, porque marca rumbos lejanos... Su fuerza es que se siente con razón, históricamente. El político, en cambio, necesita tener razón históricamente y políticamente, es decir, con la mirada puesta en el destino lejano, tiene que actuar sobre la realidad inmediata, impulsando los cambios, sí, pero no en cuanto ampliación de su ámbito mental exclusivamente, sino sobre la realidad concreta: los seres humanos sobre los que desea influir...

John William Cooke

contestación al grupo Cóndor

Cooke en tiempos de aboulomanía

La aboulomanía, trastorno emocional que afecta las capacidades volitivas, impide tomar decisiones. Sin llegar a semejante extremo, la política convencional solo roza la acción en forma discursiva: hablar suele ser todo el hacer, lo que por cierto no alcanza. John William Cooke (1919-1968) no padeció de tan peculiar como extendida versión del cretinismo parlamentario. Aunque valoraba los recursos legales, podía pensar la acción política, incluyendo la huelga política y la lucha armada.

Poner en foco un puñadito de sus decisiones claves permite entender cómo Cooke se transformó en uno de los principales antecedentes del tercer peronismo (el de la Tendencia y la Juventud Peronista), y cómo fue uno de los contados sobrevivientes políticos del primero, el que discurre entre el 17 de octubre de 1945 y el 16 de septiembre de 1955. Todos los demás dirigentes están muertos y enterrados; Cooke flamea, todavía hoy, como una bandera que pide ser recogida.

Si pensamos los centenares de nombres propios que arrastró el peronismo (desde el coronel Mercante, hasta Augusto Timoteo Vandor), la relativa facilidad con que lograron un lugar en esa fulminante carrera histórica (contracara de una maquinaria política que los trituró sin la menor consideración), la sobrevivencia de Cooke adquiere problemático sentido: es uno de los pocos dirigentes peronistas para los que la teoría revolucionaria no era un adorno discursivo dominical, sino una orientación para actuar. En cambio los otros, los políticos “prácticos”, cuando acuden a la “teoría” lo hacen para justificar la impotencia que su pasividad supone. Ese era y ese sigue siendo el formato de su desprecio por la teoría.

Los jóvenes que se plantean la transformación de un orden social caduco sin

subestimar las fuerzas con que cuenta el capitalismo global, consideran al peronismo como parte del problema a resolver, y a Cooke como el nombre que legitima las tradiciones revolucionarias necesarias para modificar el curso actual. La biografía que ha escrito Daniel Sorín tiene, a mi ver, este decisivo propósito político.

Tanto en 1946 como en 1955; tanto en la batalla de la resistencia peronista como en el acuerdo electoral de Caracas en 1957; en los luminosos días cubanos, durante la invasión norteamericana a Playa Girón, como en los inhóspitos días del onganiato: Cooke siempre plantó la bandera de la delimitación conceptual. Podemos y debemos repensar los instrumentos y el contexto, sin olvidar que pocas cosas son más prácticas que una buena teoría, incluso si la teoría también requiere de un proceso de permanente reelaboración crítica y práctica, porque salvo la muerte y los gorilas impenitentes, todo está en constante cambio.

Nacido en una familia donde la política formaba parte de la dieta escolar, hijo de un dirigente caracterizado del radicalismo, Cooke accede por esa vía a la Cámara de Diputados. En las elecciones de 1946, el peronismo tiene dos respaldos partidarios: los laboristas y la fracción disidente de la Unión Cívica Radical, la Junta Renovadora. Cooke es un joven abogado de 26 años e integra la lista de la Junta Renovadora. Esa fue la primera decisión: reconocer esos “cabecitas negras” que habían protagonizado el 17 de Octubre, como síntesis política del proletariado aluvional, pese al alienado comportamiento de las distintas corrientes socialistas, que no quisieron o no supieron entender que aquella jornada había sido una manifestación de autonomía política del movimiento obrero organizado. Es que esa fecha delimitó dos campos: de un lado, las fuerzas que intentarán torcer el rumbo del capitalismo de base pampeana en una dirección nacional democrática; del otro, las fuerzas tradicionales que habían gobernado la Argentina desde 1880. De ese choque surge la modernidad nacional con el ingreso de los trabajadores a la república parlamentaria, de la que habían estado radicalmente excluidos en la historia nacional.

Nada de esto sucedió con pureza química. La impúdica algarabía del carnaval

peronista, que tanto fastidió a los estólidos profesores de la Facultad de Derecho, arrastraba detritus de muy diversas procedencias. Desde nacionalistas entusiasmados con la derrota británica a manos de Adolf Hitler, hasta buena parte de los integrantes del grupo FORJA. Desde dirigentes sindicales anarquistas, socialistas y comunistas, hasta capitostes conservadores de pueblo. Partiquinos de diversas tolderías confluyeron con sus estrellitas militares y sus pelucones de oscura prosapia. Es que en política, resulta preciso distinguir los “motivos” de la acción, de la acción misma. No faltan casos donde los “motivos” son maravillosos y la política horripilante, y casos donde es perfectamente a la inversa.

En las primeras sesiones de la Cámara de Diputados, el Bebe Cooke tiene que fundamentar, por qué la bancada peronista se sienta a la izquierda del hemiciclo parlamentario. Es que la Unión Cívica Radical reclamaba ese lugar para sí. Cooke resignifica así la tradición de la Revolución Francesa, arrancándole a la UCR una bandera que ya no le corresponde. Es decir, se reconoce como parte de las corrientes revulsivas que intentan cambiar lo dado. A su juicio, el peronismo es el movimiento de las fuerzas que confluyen para poner fin al orden de la década infame. Esa fue su primera definición pública de significación, y de ese rumbo ya no se apartaría jamás.

Perón acude a Cooke “en las malas”, cuando el poder se le escapa de las manos. Es demasiado tarde; la Revolución Libertadora de 1955 lo deja palmariamente en claro. Tras el derrumbe los dos cruzan cartas donde evalúan la idea de organizar una insurrección popular para derrocar la Libertadora. Organizan un comando para concretar el plan pero el intento fracasa. La necesidad de intervenir en las elecciones de 1958 plantea un nuevo problema: el acuerdo Perón-Frondizi, que no es otra cosa que la negociación entre Rogelio Frigerio y Cooke, sirve para salir del paso. La victoria electoral de Frondizi rehace la cancha con el peronismo debilitado y Cooke termina quedando a un costado. De ahí en más, Perón deja de contestar sus misivas, sin mejorar la suerte política de su movimiento y sin que Cooke renuncie a sus radicalizados puntos de vista: la defensa de la Revolución Cubana como camino de lucha por el socialismo latinoamericano.

El Bebe Cooke ya está muerto cuando las banderas del peronismo son reformuladas. Las tres divisas históricas (Independencia Económica, Soberanía Política y Justicia Social) que el peronismo ha enarbolado en 1945 son modificadas. La Justicia Social termina reemplazada por el Socialismo Nacional. Recién entonces Perón entiende que esos son los nuevos vientos que impuso la Revolución Cubana. Visto retrospectivamente, podemos decir que se trata de una suerte de homenaje póstumo que el anciano general rinde a su brillante lugarteniente en absoluto silencio, como era su acendrada y poco amable costumbre. Así Perón rehízo las banderas anteriores, enarbolando las del tercer peronismo, ese que María Estela Martínez de Perón derrotaría antes del 24 de marzo de 1976, inaugurando el cuarto, el que asume como propias las tareas que impone el mercado mundial como parte de la descomposición política.

No se trata por cierto de reconstruir un peronismo imposible, de hacer volver el tiempo atrás, sino de admitir que, sin una nueva construcción política popular, las banderas de Cooke no volverán a flamear. Este libro que estoy prologando tiene ese notable y ambicioso objetivo. Y por cierto, lo comparto.

Alejandro Horowicz,

Buenos Aires, junio de 2021.

Sobre esta edición

UNO: Cuando la Editorial Planeta me contrató para escribir esta biografía crítica de John William Cooke sentí alegría y terror. Yo había publicado La última carta[1], una novela que lo tiene a Cooke de personaje, y algún intrépido optimista pensó que podía encarar la empresa. El Bebe, debo decir, era una figura mítica de mi adolescencia.

Yo dividí su vida en seis momentos, que dieron contenido a las seis partes de este libro. Como tenía fundadas razones para desconfiar de mi capacidad para encarar tan inesperada misión, no comencé por sus primeros años, porque era una labor más literaria que histórica. Arremetí con la Parte 2, su actividad parlamentaria, y me prometí que, si no me daba el piné, me excusaría y devolvería el adelanto que los editores me habían facilitado. Cuando después de larguísimos meses de estudio terminé esa parte, decidí que el resultado parecía aceptable y seguí hasta terminar.

Ahora se reedita el texto con agregados y correcciones.

DOS: Si bien siempre se pueden sumar datos, interpretaciones, comentarios y preguntas a cualquier ensayo, debo decir que la actuación política y el pensamiento de John William Cooke me parecen inabarcables. Entre otras cosas porque una biografía política de Cooke es, también, una puerta de acceso a la historia de este país malquerido. La acción y el pensamiento de Cooke encierran y explican el drama argentino.

Cooke nos coloca frente al peronismo, pero lo hace de una manera singular. Hay

que abordar a Cooke con una actitud imposible: tirando por la borda los juicios previos; y una perfectamente posible: dudar de todo.

TRES: Esta edición incluye su polémica con León Rozitchner sostenida entre los años 1965 y 1966 que faltaba (desgraciada omisión) en la primera edición de Planeta. Además de una infinidad de datos que surgieron de una nueva lectura.

CUATRO: Mi idea para la primera edición era prologar cada parte del libro con un fragmento de “Hombre”, un excepcional poema de Homero Manzi. Me comuniqué con Claudio Manzione para gestionar el permiso, ya que no se habían cumplido los setenta años desde la muerte de Manzi. No tuvo suerte el buen Claudio, los demás herederos no querían a Manzi en un libro sobre Cooke.

Ahora la obra del gran Homero es de derecho público y podía hacerlo. Pero no quise sacar los textos de mis amigos y acreedores que prologan cada parte (Matías Alinovi, Alessandro Baricco, Daniel Freidemberg, Daniel Muxica, Rodolfo Kusch y Lucio Victorio Mansilla), de manera que, cuando tomo las palabras de Cooke sobre la muerte del letrista de Romance de tango, Malena y Fuimos en la Cámara de Diputados, incluí ese texto impar. Es mi humilde homenaje a quien supo alumbrarme con poesía impar desde mis primeros años.

CINCO: El primer capítulo de La revolución y el peronismo —el último trabajo de Cooke— comienza con un título que será la más célebre de las frases que la historia recordará de él: “El peronismo es el hecho maldito de la política del país burgués”.

El Bebe tenía precisión de cirujano.

Y, además, para esa época podía decirlo: él mismo, ubicado a extramuros del movimiento, ya era el hecho maldito del peronismo.

A más de medio siglo de su muerte podemos decir que tanto el peronismo como la izquierda (tomado este término con el sentido restrictivo que un pensamiento honesto impone) han confirmado buena parte de sus hipótesis. Y porque lo han hecho es que volver a Cooke, más que una buena idea, resulta imprescindible.

SEIS: Algunos intelectuales dicen que es imposible entender al peronismo. No es otra cosa que la justificación de su holgazanería. Si el peronismo es imposible de entender la Argentina no tiene futuro. El problema no es que el peronismo sea inentendible, el problema es que para algunos es peligroso entenderlo.

SIETE: Hace décadas nadie habla de lo obvio. Ni los políticos ni los funcionarios ni los comunicadores, nadie se detiene a nombrar una verdad que salta a la vista: el estatus semicolonial del país. Algunos hablan de su organización capitalista, pero lo hacen como si fuera una condición que está en la naturaleza de las cosas, inevitable y vulgar como el día y la noche.

En una semicolonia nadie verbaliza lo obvio. Entonces, las expresiones políticas con suficiente caudal para llegar al gobierno asumen el dominio del capital concentrado. Algunas lo hacen como deseable, a otras el capital concentrado las incomoda, pero como juzgan inevitable su dominio, tratan de acordar, le susurran al corazón, él le contesta invariablemente con el bolsillo.

OCHO: Buena parte de la mitad femenina de la humanidad ha dejado de sentirse representada por el genérico masculino. El habla es el campo de batalla fundamental de la lucha política. Las clases dirigentes lo son porque dominan el habla y su diccionario, cuando pierden ese dominio mutan de dirigentes a dominantes. (Cierto que la lucha política reconoce avances tanto como

retrocesos.)

Estoy en un todo de acuerdo con las vindicaciones femeninas en el idioma, pero el lenguaje inclusivo no es mi voz. Pido humildemente que sepan disculpar, en el atardecer de mi vida me ha sido imposible este aggiornamento.

Daniel Sorín,

Buenos Aires, junio de 2021.

1. La última carta (Edhasa, 2013; Al fondo a la Derecha Ediciones, 2020).

Prólogo a la primera edición

Agosto de 2014. Una tarde fui a buscar un libro para este trabajo; el librero, al enterarse de que era para un texto sobre John William Cooke, me dijo, muy seguro él, que todos los trabajos sobre Cooke tenían el lamentable defecto que lo veían desde la mirada de la época en que se escribieron, no desde la de Cooke.

Sus palabras quedaron resonando en mi memoria.

Lo que el librero me dijo es utópico. No hay manera de despegarse del tiempo propio, de las luchas, de las contradicciones y los discursos que envuelven al que trae a su presente una parte del pasado. Pero, además, no tiene ningún beneficio desprenderse de lo contemporáneo.

A vos que leés estas líneas, quiero decirte que traigo a John William Cooke a partir de este presente. Que me atraviesan las discusiones de esta segunda década del siglo XXI, como sus ocultamientos y sus opacidades.

Más aun, debo anticipar que en estas páginas encontrarás ideas y hechos que encajan de manera sorprendente y exquisita en la actualidad argentina. Tal es el caso de la defensa que hiciera Cooke en la Cámara de Diputados del proyecto de ley de Represión de Actos de Monopolio, en el lejano septiembre de 1946.

Hoy en la Argentina se discuten “modelos”. Se ha dejado de proponer un sistema alternativo al capitalismo dependiente, parecería que hacerlo es cosa de un pasado superado.

Era un allanamiento a la razón.

¿Puede subsistir un “modelo redistributivo” sin obstruir la continua fuga de riquezas, que es la esencia de la dependencia? ¿Puede perdurar el sueño de la Comunidad Organizada, de la conciliación de clases, en una economía movida por empresas extranjeras que remiten dividendos a sus casas matrices? ¿Cuántos argentinos se requieren para exportar soja a China?, o quizá debiéramos preguntarnos ¿cuántos sobramos?

En noviembre de 1959, Cooke entró clandestinamente al país para disertar en el congreso de las 62 Organizaciones. Entonces dijo: “Los parias de la India, intocables de última categoría, son los primeros en creer que una maldición los oprime y los hace inferiores al resto de los demás mortales”.

¿Pesa sobre nosotros una maldición que nos ha convencido de que no podemos aspirar a construir una nación independiente?

Estas cuestiones no fueron ajenas a Cooke. Incluso son anteriores a él y pueden encontrarse en el nacimiento mismo del país y de la patria americana. La Caja de Conversión, el Banco Central, el IAPI, la CAP, los ferrocarriles, las Actas de Chapultepec, están presentes en los debates que hoy nos ocupan, lo sepamos o no lo sepamos. Y porque están presentes, está presente John William Cooke.

• • •

Claro que también se manifiestan en estas líneas otras luces y sombras que John

no conoció y que debo admitir para ser sincero. Entre ellas, se vislumbra el Cordobazo. También —aunque no es materia de este trabajo ni son nombrados— los reflejos tenebrosos de la dictadura terrorista de 1976 y su continuación por otros medios. Y, seguro, muchas otras luces y sombras que este escriba no ha maliciado conscientemente pero que integran la memoria colectiva.

• • •

Este es un trabajo sobre John William Cooke y sobre la síntesis posible que no fue. No intenta indagar en la persona, en esos pliegues ocultos y amorosos que todos los individuos tenemos y nos hacen irrepetibles. No estarán el póquer, el alcohol, la cocaína, el tango, las mujeres, ni su matrimonio con Alicia Eguren, tan careciente de las habituales normas. Sobre estos tópicos hay otros libros que derraman mala y torpemente algunas verdades con insostenibles mentiras, bien mezcladas y sin pruebas.

El objetivo de este trabajo no es redescubrir al sujeto impar. Tal propósito no sería —de ninguna manera— un trabajo menor, pero no es la búsqueda de este texto. Intentamos otra cosa, buscamos al político, a la persona de acción, al militante; ansiamos descubrir al hombre de ideas y su singular transformación.

Lo hacemos para que alumbre nuestro presente, nos eche un rayo de luz sobre el peronismo y el país. Porque, digámoslo otra vez, nada, absolutamente nada, es más cotidiano y está más presente que el pasado.

Daniel Sorín,

Buenos Aires, agosto de 2014.

PARTE 2

Cuando el Bebe fue Cooke

Y recoger la hoja mancillada por la lluvia y el sol descomedidos, y leer en el esmero de las letras el mensaje de una niña, Brisa, confiado al Universo: “Desde hace un mes, mi dirección es Moreno 1700”. E imaginar el instante detenido: la maestra exigiendo anotar las direcciones, ¿las saben?, cada uno en su cuaderno, y Brisa recordando la advertencia general a los hermanos: “Si les preguntan, que viven en Moreno 1700”. Y Johnny, que es más grande: “¿Y desde cuándo?”. Y Johnny, que es más grande, entendiendo que hay contiendas espacio-temporales, que la otra dimensión de lo que existe no puede ser desatendida, si se usurpa.

La reja,

Matías Alinovi

Hacia el 24 de febrero

¿Por qué el Bebe? ¿Cómo fue que un joven de veintiséis años, que apenas era un dirigente estudiantil, inteligente, hábil, con la verba como cuchillo afilado, pero que nunca había alcanzado mayores victorias políticas, un joven abogado recién recibido, pudo integrar la lista para diputados?

Es verdad que sería uno más entre muchos desconocidos. Para la ira de los buenos ciudadanos, las listas del coronel Perón estaban tejidas con arribistas y lanas innobles. Meses después, el diputado Ernesto Sanmartino —una de las voces favoritas de la próxima bancada minoritaria— se referiría a sus colegas de la mayoría peronista como el "aluvión zoológico". A Sanmartino le dieron tres días de suspensión, pero su frase hizo historia.[2]

La razón de la candidatura del Bebe hay que buscarla en una devolución de favores. Su padre, el doctor Juan Isaac Cooke, había sido nombrado dos veces canciller. Perón necesitaba allí una figura presentable para los Estados Unidos. Qué mal podría causar —habrá pensado el coronel— darle al doctor Cooke, quien pronto dejaría el cargo para ser embajador en Brasil, un hijo diputado.

Por otra parte, el canciller siempre había buscado ubicar a Johncito. Era un chico inteligente y sabría manejarse, era capaz, era su hijo y él le tenía confianza.

Al Bebe le gustó. En los pliegues íntimos del alma de todos, también en la del Bebe, habitan la inseguridad, el miedo, incluso el terror. Solamente que algunos, como el Bebe, no muestran esos costados, ya por vanidad, ya por necesidad de trascendencia o de servicio. Por lo que fuera, en febrero el país elegiría entre una multitud de candidatos unos cuantos miles de puestos en la nación y en las

provincias. Y ahí estaría él. ¿Por qué no?

Este escriba, además de lo apuntado, quiere agregar tres condiciones que hicieron posible la candidatura. Uno: el coronel no sabía que el hijo del canciller, el Bebe, sería Cooke. Dos: Juan Isaac, el canciller, no sabía que su hijo, el Bebe, sería Cooke. Y tres: John William, el Bebe, quizá tampoco sabía que sería Cooke.

Para las próximas elecciones, al cuenco peronista derramaban tres vertientes: el Partido Laborista, la Junta Renovadora y el Partido Intransigente. El laborismo estaba compuesto por gremialistas de origen socialista; la Junta Renovadora —en la que militaba el Bebe— era de origen radical; y el Partido Intransigente había sido creado por el almirante Alberto Tessaire.[3]

En la Junta Renovadora tallaban fuerte los hombres de Forja.[4] Los forjistas, hombres de memoria, recelaban del Bebe porque lo habían visto ser un fervoroso aliadófilo, y ellos eran empedernidamente neutralistas. Pero, como convergían tras Perón… había que soportarlo. El Bebe fue a las internas de la Junta Renovadora, y le fue bien. Muy bien. Entró quinto con 18.380 votos, detrás de Messina que obtuvo 20.799, Jauretche con 19.820, Soneyra con 18.823 y Garaguso con 18.646.[5]

---

2 Se ha extendido la creencia de que la expresión "aluvión zoológico" estaba referida a los trabajadores que, el 17 de octubre de 1945, agotados después de larguísimas caminatas, refrescaron sus pies en la fuente de la Plaza de Mayo. Si bien esto no es históricamente correcto, ya que se refería a las bancadas peronistas en ambas cámaras, sin dudas las palabras de Sanmartino podrían incluir también a esos descamisados. Quizá debiésemos decir, especialmente a ellos.

3 Alberto Tessaire (1891-1962) ocupó sucesivamente los ministerios de Marina y de Interior; fue elegido tres veces senador nacional por la ciudad de Buenos Aires (en 1946, 1949 y 1952). Durante la Libertadora hizo una declaración que fue filmada y proyectada en los cines sobre los crímenes que él atribuía al gobierno de Perón.

4 Forja (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) se oponía a levantar la abstención electoral del radicalismo y así legalizar el fraude. De propuesta yrigoyenista, fue fundada el 29 de junio del 35 por Arturo Jauretche, Homero Manzi, Luis Dellepiane, Gabriel del Mazo y Manuel Ortiz Pereyra. Más tarde se incorporó Raúl Scalabrini Ortiz.

5 Democracia, Buenos Aires, 14 de enero de 1946.

Campaña y elección

Pero detengámonos un poco en la campaña electoral. El 13 de noviembre, a tres semanas del retorno del coronel de sus forzadas vacaciones en la isla Martín García, el gobierno convocó a elecciones para el 24 de febrero.[6] Anticipaba así en dos meses los comicios, lo que no desagradó a la oposición, cuyos partidos estaban bien organizados; ni a las huestes del coronel restaurado, que compensaban su desorganización con la persistencia del eco del cataclismo del 17.

Días antes, un grupo numeroso de dirigentes sindicales había formado el Partido Laborista. Luis Gay era su presidente y Cipriano Reyes ocupaba la vicepresidencia. Estaban todos. Los que habían impulsado la lucha tras la renuncia-destitución de Perón del 9 de octubre, y los que la habían frenado. Porque si algo ha caracterizado al peronismo desde sus inicios, incluso antes de ser peronismo, es saber escuchar lo que oye, o sea: prestar atención a lo que sucede.

El laborismo fue una consecuencia de la acción política espontánea de la clase obrera, o lo que es equivalente: una consecuencia del 17 de Octubre. Se organizó alrededor de los sindicatos y tuvo un programa político democrático en términos de clase. Fue obrero dentro de los límites del sistema capitalista —tradeunionista en palabras de Lenin—, es decir reformista. Obrero y reformista.

Perón nunca había pensado en crear un partido político. Podemos imaginar un par de razones. Uno: su formación militar despreciaba el parlamentarismo —o sea: el arreglo espurio de la Década Infame—; y dos: no había tenido tiempo de levantar la vista de la peligrosa coyuntura militar, no había podido pensar más allá.

Durante las jornadas previas a su destitución, Perón intentó llegar a un acuerdo con el radical Amadeo Sabattini. Deseaba que el ala yrigoyenista del radicalismo le sirviera de base electoral. Fracasó. Desde Villa María, el líder cordobés propuso una fórmula inaceptable: Sabattini-Perón. Después de lo cual Sabattini convenció al general Ávalos, comandante de Campo de Mayo, según supo confesar luego, de que tenía que sacarse de encima a Perón.[7]

En confianza. Entre vos y yo. (Ya leíste unas cuantas páginas y quizá haya nacido cierta familiaridad.) Permitime una breve digresión. En su calidad habitual de narrador, este escriba ficcionó un encuentro entre Perón y Alfredo Palacios en que el primero le ofreció al segundo la candidatura a vicepresidente.[8] Recuerdo haber hablado con dos historiadores, el socialista Víctor García Costa y el peronista Fermín Chávez sobre esta ocurrencia. Ambos me dijeron —cosa extraña, casi con las mismas palabras— que si bien no había documentos respaldatorios lo diese por hecho. Palacios era el líder del ala nacionalista del socialismo y Perón, que había conquistado a gran parte de los dirigentes sindicales socialistas para sus filas, ambicionaba cautivar a una figura de esa talla. En la ficción, quien fuera el primer diputado socialista de América, dejó en ese encuentro sobre la mesa un papel con una lista de nombres, candidatos peronistas que él entendía incompatibles con su candidatura. O sea, declinó. No es real, lo que no significa que no sea verdad en un sentido histórico. Pudieron haberse visto, o haber negociado a través de terceros: lo que juzgaron verdadero tanto García Costa como Fermín Chávez fue el intento de Perón y la declinación de Palacios. Meses después, el ilustre bigote levantaría una muralla infranqueable entre ambos: defendió en un tumultuoso juicio político al presidente de la Corte Suprema que en 1930 había juzgado legal el golpe de Uriburu. El socialismo, por otra parte, nunca intervino, ni antes ni después, en un frente popular de consignas nacionalistas.

Pero lo de Sabattini (y lo de Palacios) ya había pasado, ahora se venían las elecciones.

Perón —que siempre propició la integración, incluso la integración de antagonistas— necesitaba el respaldo activo de los obreros, pero no deseaba su organización de un partido de clase diferenciado. Y esto explica una parte de los límites del peronismo.[9]

Mientras tanto, los exradicales que habían seguido a Perón formaron su partido, la Unión Cívica Radical Junta Renovadora con el liderazgo de Juan Hortensio Quijano.[10] Reclamaban para ellos el legado del Peludo. A diferencia de los laboristas, no tenían una plataforma, o mejor, su única plataforma era el apoyo a Perón.

En el otro rincón esperaba la Unión Democrática, en la que estrechaban filas radicales, socialistas, comunistas, demócratas progresistas y conservadores. El lema de su campaña era: “Por la libertad, contra el nazismo”. Pero el peligro nazi, hacia 1946, ya se había extinguido por completo y Alemania estaba hacía un par de años completamente derrotada. Por otra parte, libertad y democracia sonaban como dos abstracciones. La vida cotidiana de los ciudadanos parecía ser el territorio de Perón.

Su candidato a presidente, José Pascual Tamborini, era un cirujano porteño que dos días antes de los comicios cumpliría sesenta años. Había sido diputado, ministro de Interior de Alvear y senador por la ciudad de Buenos Aires en los comicios de 1940. Con la muerte de Alvear en el 42, Tamborini quedó como líder del partido y expresión de su sector más conservador. Un informe de los servicios de inteligencia militar de Estados Unidos dijo sobre él: “No es brillante, ni como estadista ni como orador y su personalidad no es nada interesante”.[11]

En las elecciones competirían entonces dos fórmulas, en el rincón azul y blanco Juan Perón y Juan Quijano, y en el rincón rojo y blanco José Tamborini y Enrique Mosca. A un round y por todo.

No obstante el perfil de sus candidatos, las filas de la Unión Democrática estaban tranquilas: si las elecciones eran limpias, el triunfo de Perón era imposible.

Estaban tranquilas... pero nunca falta un criollo desconfiado: Spruille Braden[12] recibió en Washington la visita de un empresario argentino preocupado por su país. Quería saber si el Departamento de Estado podía venderle ametralladoras y bazookas a los demócratas. No tuvo suerte.[13] Mientras, en el Uruguay se detectó la actividad de un denominado Movimiento Argentino de Resistencia. Su comité militar estaba integrado por oficiales que planeaban un levantamiento antes de las elecciones. Según Joseph Page, el encargado de negocios John Moors Cabot le aseguró al secretario de Estado Byrnes en un cable “ultrasecreto” que el levantamiento sería el 22 o el 27 de enero.[14]

Perón estaba muy al tanto de estas delicias democráticas. En una entrevista para el New York Times, el 31 de enero de 1946, acusó a los opositores de entrar armas al país, y a la Embajada de Estados Unidos de favorecerlo.

El 18 de diciembre, el Partido Laborista hizo su primer acto. Perón, ante doscientas mil personas, dijo: “Desfilaremos por nuestras calles tranquilos, entusiastas de nuestra causa, sin calificar a nadie de chusma ni de descamisado”. Después se quitó el saco y se arremangó la camisa. Alguien le acercó una bandera argentina y una camisa anudadas a un palo. Perón agitó bandera y camisa por varios minutos. A La Vanguardia[15] no le gustó esta magnífica puesta en escena y exigió una corte militar por lo que consideraba una ofensa imperdonable a la bandera nacional.

Ese mismo mes, el gobierno decretó un aumento de salarios, vacaciones pagas y aguinaldo; la Cámara de Comercio y la Unión Industrial pusieron el grito en el cielo. Los empresarios —finos para la política— les decían a los obreros que

fueran a “cobrarle a Perón” y llamaron a un lock out entre el 14 y el 16 de enero. La producción quedó detenida, pero Farrell no dio marcha atrás y el frente militar no se rompió. No podía romperse: después del 17 ya no era posible volver al 9 de octubre.

En febrero la Corte Suprema declaró inconstitucional el decreto que creaba las delegaciones regionales de la Secretaría de Trabajo. Los delegados ya no tendrían autoridad para multar a los empresarios. Esto —apunta adecuadamente Joseph Page— y la abolición de los tribunales de trabajo “hizo constatar a los trabajadores lo frágiles que serían sus conquistas en manos de un régimen poco amistoso”.[16] O sea: sin Perón.

Ambos bandos usaron sendos trenes en sus campañas. La Unión Democrática el “Tren de la Victoria”, el peronismo “La Descamisada”. La prensa porteña hizo una cobertura desigual de las vías, ocultando el huracán que provocaba el tren del coronel, casi como si fuera un invisible Garabombo.

La prensa de Estados Unidos no se anduvo con chiquitas. En su edición del 5 de marzo de 1946, Look titulaba “El Hitler de mañana” y aseguraba que el coronel era un pervertido sexual.[17]

Menos de dos semanas antes de los comicios, el 11 de febrero, el Departamento de Estado publicó su Consultas entre las Repúblicas Americanas sobre la situación de la Argentina, más conocido como el Libro Azul. Se acusó a la Argentina de haber intervenido en el golpe de Estado de Bolivia en 1943 y a Farrell y Perón de nazifascistas. El vencedor occidental de la Segunda Guerra Mundial delimitaba los campos, expresaba sin sutileza que el mundo de la posguerra (y de la próxima guerra fría) vivía en la Unión Democrática. Al Libro Azul los diarios La Prensa y La Nación lo publicaron íntegramente en varias entregas.

Al día siguiente de conocido el Libro Azul, el martes 12 de febrero, en Corrientes y la 9 de Julio, el peronismo formalizó la fórmula Perón-Quijano. Era un día caluroso y cada tanto caían fuertes chaparrones de verano. Se montó un palco en el segundo piso de un edificio de la esquina, cuando salió Perón había pocas personas, ya que acababa de caer una fuerte lluvia y la gente había corrido a buscar refugio. Pero cuando surgió la voz del coronel por los altoparlantes la multitud empezó a brotar de cuanto refugio había encontrado, llenando por completo el lugar.

Perón, que acostumbraba a improvisar, esa vez leyó un discurso. Prometió justicia política, social y económica y aseguró que sus opositores defendían los privilegios. "Porque la verdad es esta: en nuestra Patria —dijo— no se debate un problema entre 'libertad' o 'tiranía', entre Rosas y Urquiza; entre 'democracia' y 'totalitarismo'. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la 'justicia social' y la 'injusticia social'."

Al final, se refirió a Spruille Braden como inspirador y organizador de la Unión Democrática y terminó: "Sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico comunista que con ese acto entregan, sencillamente, su voto al señor Braden. La disyuntiva, en esta hora trascendental, es esta: o Braden o Perón". Como dijo después; si Braden no hubiera existido, habría que inventarlo.

El 24 de febrero fue una jornada tórrida. Quince mil soldados custodiaron los lugares de votación; la Embajada de Estados Unidos destacó treinta funcionarios como veedores, ninguno observó la más mínima presión sobre los votantes. John Moors Cabot informó al secretario Byrnes: "el proceso de emisión y recuento de votos ha sido incuestionablemente el más transparente de la historia argentina".[18][19]

El recuento de votos fue lento y se conoció recién a principios de abril: Perón

obtuvo 1.487.866 votos (el 52,84%) contra 1.207.080 de la fórmula Tamborini-Mosca (el 42,87%).

---

6 Perón ya se había casado con María Eva en una breve y secreta ceremonia civil el 22 de octubre. Según cuenta Joseph Page (en Perón. Una biografía, tomo I, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 166), el documento rubricado por un notario de Junín aseguraba que el matrimonio se había hecho efectivo en esa ciudad y falseaba la edad de Evita en tres años. El certificado de nacimiento de María Eva fue destruido en 1945, en él constaba que era nacida el 7 de mayo de 1919 con el nombre de María Eva Ibarguren.

7 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 99.

8 Daniel Sorín, Palacios, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

9 En los hechos, Perón jamás se afilió al laborismo.

10 Juan Hortensio Quijano (Curuzú Cuatiá, provincia de Corrientes, 1884-Buenos Aires, 1952) fundó la Junta Renovadora junto a Armando Antille, Juan Isaac Cooke y Eduardo Colom. Vicepresidente en 1946 y reelegido en 1951, falleció antes de asumir.

11 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 168.

12 Spruille Braden (Elkhorn, Montana,1894-Los Ángeles, California, 1978) fue uno de los dueños de la minera Braden Copper Company de Chile. Se desempeñó como embajador en diversos países latinoamericanos y como Subsecretario de Estado para Asuntos Hemisféricos. Jugó un papel relevante en la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, preservando los intereses de la Standard Oil. Fue embajador en Colombia (1939), en Cuba (1942) y en Argentina (1945). En la Argentina fue célebre su interferencia en la política interna organizando la oposición. Desde 1948 fue lobbista de la United Fruit Company, cuando los intereses de esta empresa fueron afectados en Guatemala, operó para el golpe de Estado que derrocó al presidente Jacobo Arbenz en 1954.

13 Memo de conversación, Departamento de Estado, 835.00/112645, 26 de noviembre de 1945; recogido por Joseph Page en Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 169.

14 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 169.

15 La Vanguardia, periódico oficial del Partido Socialista.

16 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 172.

17 Look, 5 de marzo de 1946, pp. 38 y 39.

18 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 179.

19 Generalmente encontrarás que escribió: “el proceso de emisión y recuento de votos ha sido incuestionablemente el más prístino de la historia argentina”, pero como John Moors Cabot lo escribió en inglés enmendaremos el error de traducción, ya que “prístino” significa originario, antiguo, primitivo. Como podemos ver, aquí “prístino” sería improcedente.

El líder bonapartista

Se dice correctamente que Perón fue un líder bonapartista. Este concepto merece algunas aclaraciones. Líder bonapartista es quien emerge con apoyo militar para saldar (y soldar) un empate entre diferentes sectores sociales. Es decir, cuando estos sectores no solamente no tienen un programa común, sino que las fuerzas con que cuentan son tan equilibradas que logran neutralizarse mutuamente. La condición es que sus contradicciones no sean de irreparable antagonismo

Refiriéndose a lo que llama la actitud "pendular" de Perón, el profesor Norberto Galasso apunta: "Cuando un líder o equipo político expresa a una clase social determinada, se vincula orgánicamente a ella, 'se pega' a ella y a sus cuadros, y establece una intercomunicación estrecha para gobernar en función de la misma. Pero cuando, desde el poder, expresa adversas clases sociales, el jefe político toma distancia, como alejándose de la representación directa y permanente, para evolucionar, desde lo alto, en continuo giro, contentando a unos y a otros".[20] Galasso infiere que la característica de Perón de trabajar múltiples y a veces opuestos discursos según la oreja del momento —decir a cada cual lo que desea escuchar—, no es una característica personal sino de la conducción de un frente de "adversas clases sociales". Así, el frente es como una campana de cristal, siempre en peligro de romperse, ya que no lo une un programa, sino la imposibilidad de sus integrantes de imponer su propio programa como el del conjunto. A eso Perón llamaría, en 1949, la Comunidad Organizada.

Pero, además, las clases sociales no suelen ser un todo homogéneo. En la Argentina era muy clara la heterogeneidad de la burguesía. Porque pertenecían a ella los industriales cuyo interés reclamaba un mercado interno —aunque en su ceguera también requerían salarios bajos, lo que no deja de ser una contradicción — y, en el otro extremo, a la burguesía pertenecían los grandes terratenientes de la pampa húmeda, cuyos intereses pasaban por vender granos, mantener sojuzgado al mercado interno para tener mayores saldos exportables y deprimidos lo más posible los salarios.

Perón asumió la presidencia el día del tercer aniversario de la revolución de 1943. Pero antes de ese 4 de junio, hizo que el gobierno de Farrell tomara algunas medidas definitivas: nacionalización del Banco Central y los depósitos bancarios, un nuevo régimen para el Banco Industrial y la creación del IAPI.[21]

Fue cuando el líder bonapartista saldó las diferencias interburguesas. Veamos. El acuerdo policlasista entre algunos sectores de la burguesía no concentrada con intereses en el mercado interno, la clase obrera, sectores de las capas medias, pequeños terratenientes, campesinos pobres y trabajadores del campo no había fraguado aún cuando se produjo el desplazamiento de Perón el 10 de octubre. Una semana después, el 17, se produjo el acto político más relevante de la historia de la clase obrera argentina. Fue entonces que, derrotado Campo de Mayo, Juan Perón consolidó su liderazgo en las Fuerzas Armadas.

Pero poderosos sectores de la burguesía, grandes terratenientes e industriales reunidos en la Unión Industrial, más una parte de industriales menores, permanecieron al margen de cualquier acuerdo con Perón y apoyaron con todas sus fuerzas a la Unión Democrática.

Con el resultado de las elecciones del 24 de febrero las cosas cambiaron. Perón, a través de Farrell, tomó las apuntadas medidas económicas y esperó: sin posibilidades de golpe, ya que las Fuerzas Armadas estaban con Perón, y derrotados en las urnas, la burguesía "democrática" aceptó al peronismo sin agrado, pero en silencio.

Pensado así, la tregua en el campo de la burguesía fue una consecuencia transparente de la actuación de la clase obrera, porque unificó a las Fuerzas Armadas y aceleró las elecciones.

---

20 Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 24.

21 El IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) era el organismo por el cual se centralizaban las importaciones y las exportaciones.

Antes de asumir la presidencia

Como dijimos, el gobierno de Farrell tomó algunas medidas definitivas: nacionalizó el Banco Central, los depósitos bancarios, decretó un nuevo régimen para el Banco Industrial y creó el IAPI.

Centrémonos en el Banco Central. Farrell lo nacionalizó el patrio 25 de mayo. Había sido creado por el entrerriano Agustín Pedro Justo en 1935 para reemplazar a la Caja de Conversión. La Caja de Conversión funcionaba así: el dinero estaba respaldado por las reservas de oro; si el saldo de la entrada de oro por exportaciones menos la salida por importaciones era positivo aumentaba el valor del peso, si era negativo disminuía. Pero con la crisis del 30 todo se fue al mismo demonio. El Reino Unido tuvo graves restricciones económicas y disminuyó sus compras de productos agrarios, lo que a su vez bajó los precios internacionales de esas mercancías.

La Argentina agroexportadora crujió.

El país ya no podía comprar manufacturas británicas y las importaciones disminuyeron un 60%. Era necesario sustituir importaciones con producción nacional, pero hacían falta insumos y tampoco había cómo pagarlos.

Del otro lado del océano también se las veían negras. La política británica siempre consistió en impedir el desarrollo industrial del país, así garantizaba sus exportaciones. Pero ahora pasaban dos cosas: tenía menos saldos exportables y la Argentina no compraba. Para colmo, tampoco estaba en condición de radicar capitales y producir acá.

Londres reconoció los límites que le imponía su condición de potencia descendente y trazó un plan, se conformó con no perder más mercado y —quizá lo más importante— detener el avance norteamericano. Así que cierta industrialización argentina, especialmente en sectores que no competían con sus productos, empezaba ahora a responder a sus intereses, por lo que decidió dejar de hostigar a la industria argentina.[22]

Ahora bien, para satisfacer de insumos a la precaria industria argentina, era necesario independizar lo más posible la producción del mercado mundial. Y los mecanismos automáticos de la Caja de Conversión no ayudaban nada. Había que tener una política monetaria diferente. Además, el 29 de septiembre de 1931 los librecambistas británicos habían abandonado el patrón oro, de manera que los pruritos liberales cotizaban a la baja.

O sea que la creación del Banco Central estuvo lejos de hacerse en contra de los intereses londinenses. Rodolfo Puiggrós recuerda:

Para cumplir con los requisitos del nuevo status angloargentino, el gobierno justista nombró una comisión integrada por representantes de tres poderosos consorcios financieros anglosajones —Baring Brothers, Leng Roberts y Morgan — con el objeto de que elaboraran, junto a abogados y técnicos del país adscriptos a las empresas británicas, el nuevo régimen bancario y monetario, y encomendó la supervisión del proyecto a sir Otto Niemeyer, funcionario del Banco de Inglaterra que dos años antes había dirigido la reforma bancaria en Australia [...] La comisión y su supervisor aconsejaron que se fundara un Banco Central, con carácter privado o autónomo, para que asumiera el control de la moneda, de los créditos, de la industria, del comercio interior y del intercambio externo. Así nació el Banco Central de la República Argentina, con privilegios que ni en la India habían obtenido los ingleses.[23]

El Banco Central se constituyó como una sociedad anónima mixta con catorce directores. Uno representaba al Estado, otro al Banco de la Nación, un tercero a los bancos provinciales y los once restantes eran elegidos por los bancos privados, argentinos o extranjeros. Su primer gerente general fue Raúl Prébisch.[24]

Es interesante la reflexión de Alejandro Horowicz:

Conviene destacar que la creación del Banco Central no constituyó per se una palanca para el crecimiento independiente de la economía argentina, pero sin ninguna duda fue un requisito indispensable. Sin generación autónoma de moneda y sin una distribución independiente del crédito, la política independiente constituye una ficción literaria. (El destacado es del original.)[25]

Ese era el banco que ahora el gobierno nacionalizaba.

Tres días después, el 28 de mayo, se creó el IAPI. Funcionó dentro de la órbita del Banco Central y su director fue el mismo Miranda, también presidente del Banco.[26]

Su objetivo fue centralizar el comercio exterior para transferir recursos entre los diferentes sectores de la economía.

El IAPI, la sobrevaloración del peso —necesaria para importar insumos industriales a bajo costo relativo—, la nacionalización de los depósitos bancarios y el nuevo régimen del Banco Industrial buscaron que la realización de la renta agraria permitiese el desarrollo industrial sin modificar las relaciones de producción existentes.

---

22 No es el único caso, algo parecido ocurrió con el petróleo. Londres pasó de oponerse a YPF a alentar relativamente su producción para frenar la entrada al país de la Standard Oil

23 Rodolfo Puiggrós, Historia crítica de los partidos políticos argentinos, tomo IV: "La democracia fraudulenta", Buenos Aires, Galerna, p. 112.

24 Raúl Prébisch (San Miguel de Tucumán, 1901-Santiago de Chile, 1986) realizó estudios de economía en la Universidad de Buenos Aires entre 1918 y 1922. En 1923 comenzó su carrera docente como profesor de Economía Política en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires, cátedra que ejerció hasta 1948.

Entre 1930 y 1943 se desempeñó como funcionario público, en el Banco Nación y luego en el Ministerio de Hacienda. Fue el primer director del Banco Central, cargo que ocupó hasta 1943.

Entre mayo de 1950 y julio de 1963 fue secretario ejecutivo de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL). Posteriormente, ejerció el cargo de secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD).

Entre octubre de 1955 y enero de 1956 elaboró, para el gobierno dictatorial, un diagnóstico de la situación económica de Argentina y un plan de acción para resolver los problemas económicos. La propuesta, que incluía la incorporación del país al Fondo Monetario Internacional produjo el rechazo generalizado de las fuerzas políticas.

Escribió numerosas obras, entre las que destacan Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano (informe de 1963 a la CEPAL); La crisis del desarrollo argentino; y El desarrollo económico de América Latina y alguno de sus principales problemas (1949). Este último trabajo, conocido como “El Manifiesto”, lo impulsó a la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL. Introducción a Keynes (1947), Crecimiento, desequilibrio y disparidades: interpretación del proceso de desarrollo económico (1950), Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico (1951), La cooperación internacional en la política de desarrollo latinoamericana (1954), Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano (1963), Nueva política comercial para el desarrollo (1964), Hacia una estrategia global del desarrollo (1968), Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina (1970), Capitalismo periférico. Crisis y transformación (1981), Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo (1983).

25 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 41.

26 Miguel Miranda (1891-1953), inmigrante español de origen humilde que, trabajando en Bunge y Born durante la Gran Guerra, se dio cuenta de que el país tendría una gran crisis de envases porque no llegaba hojalata. Cuenta Norberto Galasso (Perón, tomo I) que alquiló un gran galpón y compró toda la hojalata que pudo. Cuando sobrevino la crisis, tal como había previsto, recicló el material. Primero lo vendió como envases, después lo llenó con productos alimenticios. Convertido en un poderoso industrial en la década del 30, titular de diecisiete empresas, lo solían llamar “el rey de la hojalata”. En 1946 fue designado presidente del Banco Central desde donde dirigió la política de créditos a la industria.

El laborismo

Hay un último acto anterior al 4 de junio a tener presente. El 23 de mayo, Perón resolvió la disolución de las organizaciones que habían apoyado su campaña y la fundación del Partido Único de la Revolución.

La Junta Renovadora aceptó de buen grado, pero algunos laboristas como Cipriano Reyes ofrecerían resistencia. Al laborismo se debían dos de cada tres votos peronistas, pese a lo cual habían sido primereados en las listas, por ejemplo, en la de candidatos a senador por la Capital.[27]

Sus dirigentes reclamaban independencia. Incluso habían rechazado al elegido por Perón para la presidencia del partido. Cuando asumió Domingo Mercante como gobernador de la provincia de Buenos Aires (fue el candidato por el laborismo y ganó por más de 20% de diferencia) los hombres de Reyes obligaron a Mercante a que lo invitara al balcón desde donde saludó al público ante la mirada de Perón.

El laborismo y Cipriano Reyes eran un problema para Perón. Ya lo habían sido durante las ácidas discusiones sobre quién lo acompañaría en la fórmula. Los laboristas querían a Mercante, al que consideraban comprometido con las reformas sociales del coronel, pero el coronel quería a Quijano, un radical expulsado del radicalismo, pero radical.

Los problemas tienen solución, habrá pensado Perón, que simpatizaba con la actividad política de los obreros siempre que no fuese independiente.

La Junta Renovadora se disolvió de buen grado: sus políticos eran hábiles y su inserción popular escasa. Cipriano Reyes no pensaba igual, desafió la orden e intentó que sus diputados resistieran, pero solamente pudo convencer a uno: los restantes pensaron que soldado que huye sirve para otra guerra y se afiliaron al Partido Único de la Revolución. Perón era un enemigo de temer.

Define las limitaciones del laborismo Alejandro Horowicz: "El laborismo fue destruido por una insuficiencia doble; era demasiado proletario para soportar una conducción no obrera mucho tiempo, pero era insuficientemente proletario para resistir exitosamente".[28] A esto podríamos agregar la debilidad política del nuevo proletariado de cabecitanegras, los grasitas no tenían detrás generaciones de luchadores fabriles. Podían participar de un frente político y ganar experiencia, no podían conducirlo.

¿Qué hubiera pasado si Cipriano Reyes, al revés de lo sucedido, convencía a todos menos a uno de los diputados laboristas? ¿Las reformas hubieran sido más profundas? Contando Perón con un apoyo obrero diferenciado, ¿el septiembre del 55 no se hubiese escrito o, por el contrario, se hubiera producido antes?

Y, a todo esto, Perón ¿qué pensaba?

La versión peronista del frente nacional fue la Comunidad Organizada. En el mundo —diría Perón en el Congreso de Filosofía de 1949— ganaba terreno la idea de que la colaboración social era inexorable. "La llamada lucha de clases, como tal, se encuentra en trance de superación", dijo Perón. Y en la Argentina, esa colaboración suponía que el líder bonapartista había logrado subordinar la política de la clase obrera a los límites por él impuestos que, hacia el 46, no incluían al Partido Laborista.

• • •

Las elecciones habían dado al peronismo el dominio de ambas cámaras. En diputados superaba los dos tercios, tenía 109 contra 49 de la oposición, de los cuales 44 eran radicales. De los 109 de la mayoría peronista, 64 eran laboristas, 22 de la Junta Renovadora, 19 de listas que combinaban ambos agrupamientos y 4 peronistas sin filiación certera. Todos los senadores salvo dos eran peronistas.

El 29 de mayo la mayoría peronista de ambas cámaras resolvió instar al Ejecutivo a devolver a Perón su grado militar. Farrell, entonces, reincorporó a Perón con retroactividad al 17 de octubre y, además, lo promovió a general de brigada desde el 31 de diciembre. De manera que el 4 de junio Juan Perón, vigesimonoveno presidente del país y primero desde 1928 en llegar a la Rosada por elecciones limpias, asumió la presidencia con uniforme de general del Ejército Argentino. La ceremonia tuvo dos etapas. Primero él y el vicepresidente Quijano juraron ante la Asamblea Legislativa. La minoría democrática, que con gusto asistió a las juras de Justo y de Ortiz, no se presentó para la de Perón. El discurso del nuevo presidente fue conciliador: como suele suceder con los que tienen poder dijo que era el presidente de todos, de los que lo habían votado y de los que no. Después fue a la Casa Rosada, allí se abrazó con Farrell quien le entregó la banda y el bastón.

Cuenta Joseph Page:

La carrera política de Farrell, sin embargo, culminó con una nota levemente discordante. Al salir de la Casa Rosada descubrió que nadie había pensado en proporcionarle una limusina para que lo llevara a su casa y tuvo que caminar tota la extensión de la calle Florida hasta su apartamento.[29]

---

27 Cuando a último momento Luis Gay fue reemplazado por Alberto Tessaire. Ver Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires,

Javier Vergara, p. 190.

28 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 102.

29 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 186.

Los imaginarios

Cuando John William Cooke ingresó en la Cámara de Diputados, el Reino Unido exportaba al mundo un tercio de lo que antes de iniciada la guerra. Por lo que podemos decir que, en una guerra por los mercados, había perdido. Su balanza comercial era un desastre cuando el muy británico lord John Maynard Keynes negoció la ayuda de Washington. Londres, que debía la astronómica cifra de 3.500 millones de libras, recibiría un crédito por el total de esa deuda a cincuenta años y al 2% de interés anual.

En julio de 1944 se firmaron en New Hampshire los acuerdos de Bretton Woods. El viejo león británico tuvo que aceptar la vuelta al patrón oro y la convertibilidad de su libra.

Los estadounidenses se aseguraron de que Londres pagara sus deudas e importaciones con lo que recibían. De tal manera las libras, convertidas en dólares, volverían a sus playas, ya que Estados Unidos era la única potencia capaz de satisfacer las demandas de importación de bienes de capital de los acreedores de Londres. Dicho de otra manera, los británicos reconocieron la hegemonía de la Unión.

La convertibilidad de la libra no duró mucho, hacia agosto de 1947 ya se había terminado, y el problema de la deuda británica volvía a estar en el centro de la economía argentina.

¿Qué hacer con la deuda?

Siempre fue un debate interesante.

¿La Argentina pudo haber hecho un uso más adecuado de las libras adeudadas? Ante Londres, el país tenía un aliado implícito extraordinario: los Estados Unidos. Los gringos americanos estaban deseosos de que la Argentina gastase sus reservas con importaciones industriales y tecnología. Es decir, la Argentina era uno de los pocos compradores solventes del mundo, con dinero contante y sonante (siempre que se mantuviese la convertibilidad de la libra esterlina).

Así las cosas, ¿Argentina debió llevar adelante la negociación desde una posición más dura? ¿Pudo el país haber hecho más que su plan de nacionalizaciones? ¿Fue correcto saldar sus empréstitos, que no tenían vencimientos urgentes y por los que pagaba un bajo interés?

Dilucidar estas preguntas es tema ajeno a este trabajo. La política se trata de intereses. Intereses que imaginan un país. Por ejemplo, un país industrial basado en las ventajas comparativas de su agro o un país exportador de materias primas sin valor agregado. El país de los burgueses industriales o el país de los burgueses terratenientes. El peronismo fue una experiencia bonapartista que equilibró ambos sectores porque apoyó la industrialización del país dentro de los límites que su estructura de propiedad de la tierra lo permitía. Al fin de cuentas, el peronismo nunca pensó en una reforma agraria, la propiedad de la tierra fue siempre indiscutida.

Nuevamente: ¿Pudo el país haber hecho más que su plan de nacionalizaciones —mayormente los ferrocarriles— sin provocar el desequilibrio interno de la burguesía —con el derrumbe del líder bonapartista incluido— y por tanto la reformulación del frente antiimperialista?

Y, en ese frente, ¿cómo jugaba la clase obrera?

A propósito de los tres principios peronistas —independencia económica, soberanía política y justicia social— Rodolfo Puiggrós sostiene que el peronismo no le dio al proletariado argentino una teoría revolucionaria, sino que lo enmarcó dentro de una doctrina de carácter nacional.

De ahí que dentro del peronismo puedan convivir ideologías absolutamente dispares y compartir la lucha por los tres principios hombres y mujeres de opuestas concepciones sociales y hasta políticas. La unidad en la diversidad se produce por la presencia de un jefe carismático o conductor y por la plena validez histórica de esos tres principios [...]. La conjunción de clases sociales distintas bajo la misma bandera nacional constituye, a la vez, la fuerza y la debilidad del peronismo. (El destacado es de D. S.)[30]

De lo dicho anteriormente se desprende la abrumadora complejidad del fenómeno peronista, como también lo errado de aceptarlo o rechazarlo en bloque.

El peronismo ha levantado castillos de ira en su contra. Para Marcos Ribak, más conocido como Andrés Rivera, un escritor verdadero no podía ser peronista. Nunca jamás de los jamases. Muy enojado, en el número 37 de la revista Sudestada de febrero de 2005, Rivera dirá: “Afirmé que el peronismo [...] fue y es incapaz de dar un escritor de ficción, cuya obra se distinga por la calidad y la perdurabilidad de su escritura, y de la historia o de las historias que pone, en el papel, esa escritura”. La idea —más allá de su pueril sectarismo— pone en evidencia la incapacidad de algunos de abarcar y comprender al peronismo (y a la escritura cuando esta se cruza con el peronismo). No es el caso de hacer una enumeración de escritores peronistas, no peronistas y antiperonistas (que los dos últimos términos no son lo mismo). Y no es el caso porque, en esas frases desafortunadas lo que hay es la velada acusación al peronismo de esterilidad intelectual. Ahora bien, lo que ha provocado la torpe ira de este intelectual y de millones de argentinos no han sido las falencias y los límites del peronismo sino, en algunos casos sus aciertos y en otros su componente popular (ese aluvión

zoológico denunciado por el diputado Sanmartino).[31]

Ahora volvamos a John.

---

30 Rodolfo Puiggrós, El proletariado en la revolución nacional, Buenos Aires, Editorial Trafac, 1958, pp. 76 y 77.

31 El intelectual de marras fue traicionado por su (mal) humor cuando fuera corregido por una confusión entre Juan José Castelli y su hijo Pedro en una de sus obras.

El diputado

En la Cámara, el Bebe fue el diputado por la Capital John William Cooke.

El 28 de mayo, durante la sesión conjunta de ambas cámaras, se debían aprobar los resultados de la votación de los electores presidenciales.[32] Pero los radicales alegaron que Perón no podía asumir porque su candidatura había sido ilegal. Una verdadera ridiculez ya que —cuando les sobraba confianza en el triunfo— habían participado en la campaña electoral. Aunque conscientes del despropósito, boicotearon la sesión inaugural. Daban un claro mensaje: iban a obstruir todo lo que pudieran, no darían tregua al oficialismo. Según Joseph Page: “El comportamiento de los diputados radicales era la suma de una forma de oposición basada en principios de terquedad, frustración y esnobismo intelectual. La destreza para apuntarse tantos como oradores sagaces y para acuñar insultos elegantes debe de haber reforzado sus egos, pero no daba frutos para su causa”.[33]

Una breve digresión. Por aquel entonces, y quizá hasta los años setenta, hubo dos tipos de oratorias políticas. Una pendiente de giros ingeniosos y soluciones poéticas, florida, con una amplia paleta de palabras. El orador se presentaba como una figura atemporal y sabia que no ensuciaba sus manos con las disputas reales que ocupaban al ciudadano sino a través de la metáfora y una entonación académica. Ricardo Balbín y Alfredo Palacios son sus ejemplos. La otra oratoria incluía a un público menos preparado, fue, por eso, más directa. Usaba el análisis y la síntesis como un maestro en una clase. Los ejemplos pueden ser Juan Perón y Fidel Castro. Ambas oratorias llegaron a extremos brillantes, las dos fueron lucrativas para lograr adhesiones, la diferencia medular estuvo en el sujeto político a quien privilegiaban.

Durante la primera sesión de la Cámara de Diputados, Ricardo Balbín protestó

porque los peronistas habían ocupado las bancas de la izquierda y ellos debían sentarse a la derecha.

—Nos han colocado a la derecha. ¿Qué significa esto? —preguntó, indignado o fingiendo ofensa. Otro diputado radical apoya a Balbín: ellos traían la tradición popular del yrigoyenismo a la Cámara.

Fue entonces cuando se escuchó por primera vez la voz del diputado Cooke en el recinto. Afirma que Balbín y los suyos ya no son yrigoyenistas. Lo fueron, pero de eso hace tiempo. Y establece diferencias. Los peronistas, dice, buscan su rumbo en el pueblo, en la entraña de la masa sufriente; mientras que otros se han olvidado del pueblo.

Traemos este párrafo del discurso, no porque nos interese mayormente donde apoyaron sus asentaderas los diputados, si a la izquierda o a la derecha de la presidencia en el hemiciclo de la Cámara, sino para reconocer en la propia voz de Cooke su ubicación hacia los primeros meses del 46. No se reconocía de izquierda en cuanto uso clasista del poder, sino en la defensa de la justicia social.

Pero dejemos las bagatelas simbólicas.

Entre 1946 y 1951 John William Cooke fue un diputado temible para la oposición, “un peso pesado” como supo calificarlo Joseph Page, y no se refería al volumen de su cuerpo. Cooke —que cuando inició su labor legislativa contaba con apenas veintiséis años— era de los escasos parlamentarios peronistas con una sólida formación intelectual.

Sobre esa época dirá en Primera Plana[34]: “Cuando nos sentamos en el Congreso,

la mayoría de nuestros diputados parecía vivir un sueño. No sabían muy bien de qué se trataba. Yo tenía una gran ventaja sobre ellos porque había sido empleado de la Cámara. Además, como no abundaban los abogados, quienes teníamos ese título nos convertíamos en organizadores. Particularmente, me interesó la comisión de Asuntos Constitucionales y me nombraron presidente, cosa que mi padre jamás había podido lograr durante toda su carrera legislativa. Pero si para nosotros todo eso resultaba un sueño, a los radicales les significaba una pesadilla de la que nunca pudieron despertar".

Tomaremos ahora algunas de sus notables intervenciones: las relativas a las Actas de Chapultepec, la que hizo sobre la ley de "Represión de actos de monopolio", sobre la ratificación de los decretos referentes al régimen bancario, la reforma de la Constitución, la disolución de la Corporación de Transportes y su exposición sobre el caso del diario La Prensa.

Antes valen tres aclaraciones.

Primera: la intervención de un diputado no necesariamente refleja en un todo su opinión porque, en función de consensos e incluso de disciplina partidaria, puede contener omisiones y subrayados con los que no tuviera total acuerdo.

Segunda: Cooke era un político de raza y como todo político sabía que la política no deja espacios vacíos. No hay en política territorios sin dueño, y la actividad política es, al fin, acumular poder. Y lo primero que se pregunta un político es desde dónde lo acumula.

Tercera: todos cambiamos, y esto es muy claro en Cooke, donde podremos observar una evolución innegable en su pensamiento. De manera que te invito a que, además de las líneas centrales de sus intervenciones, prestes atención a las ideas y a las formas.

---

32 La elección del presidente y del vicepresidente era indirecta a través de un Colegio Electoral.

33 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 194.

34 Edición del 31 de mayo de 1966; reproducido en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010.

Las actas de Chapultepec (agosto de 1946)

Dos meses antes de la rendición alemana el 7 de mayo de 1945 y cinco meses antes del terror atómico en Hiroshima y Nagasaki, en el palacio de Chapultepec de la ciudad de México, se realizó la Conferencia de Chapultepec. Fue entre el 21 de febrero y el 8 de marzo de 1945. Como resultado de ella se firmaron las Actas, un pacto de solidaridad recíproca establecido entre los países del continente, ya no solo contra agresiones extracontinentales, sino también de los mismos estados americanos. Las Actas de Chapultepec incluyeron la posibilidad de sancionar y atacar a los países agresores.

La Argentina no asistió a la Conferencia. En ella se impuso la posición estadounidense de la "Doctrina Monroe", con el fin de utilizarla durante la Guerra Fría y que sería completada con el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947 y la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948.

Perón había adelantado en su discurso en el Congreso del 4 de junio que impulsaría su aprobación. Y ahora había llegado el momento. Perón creía que el trago amargo de la aceptación de la Actas no se podía ni evitar ni posponer. Debió darle gran importancia a ese amargor, porque sus instrucciones al diputado cordobés Bustos Fierro fueron que quería un voto unánime de su bancada. Más aun, consideraba que la aprobación de las actas era un voto de confianza hacia el canciller Bramuglia[35] y hacia él mismo.

Entre los radicales, Frondizi y Dellepiane estuvieron en contra, pero Balbín decidió que la bancada se abstendría. Eso sí, aseguró que, si las actas no fueran aprobadas, el radicalismo participaría "afirmativamente en una votación rectificadora para que no quede sin aprobarse este instrumento de carácter internacional".[36]

El tratamiento fue nervioso. Afuera, las proximidades al edificio del Congreso parecían el mismo pandemónium, los manifestantes gritaban “vendepatrias” y “traidores” al general y a sus parlamentarios, y la policía se apresuró a reprimir.

¿Qué haría Cooke?

No era nada fácil su situación. Nada fácil. Las Actas de Chapultepec y Cooke eran un maridaje imposible, pero ¿podía pararse ante Perón y votarle en contra? Empezó tibio, como gaucho que no quiere ofender:[37]

Antes de entrar en el fondo del asunto quiero dejar bien establecida una cosa. Al discutirse la naturaleza jurídica de estos actos, se llegó a insinuar que este sería un voto que tendría el alcance de un “voto de confianza” o de una “ratificación de solidaridad” con el Poder Ejecutivo. Yo no puedo aceptar esa interpretación. Si el “voto de confianza” existiese en nuestras instituciones, el señor ministro de Relaciones Exteriores y el señor presidente de la República lo tendrían, y muy amplio, del diputado que habla, que tiene plena fe y confianza en su patriotismo y capacidad para la conducción de nuestras relaciones exteriores. Pero ese no es el sentido de la votación. A esta Cámara solo se ha traído el hecho concreto de la ratificación de un acto de política exterior, de profunda repercusión en cuanto al futuro de la convivencia de la Argentina en el concierto de las naciones.

Más tarde, en otro momento, votará en contra de sus convicciones. Y se arrepentirá, y lo dirá y lo escribirá. Pero eso será después. Ahora dice estar liberado del deber de dar o no un voto de confianza. No es el caso, no es de lo que se trata, argumenta.

Y yo, honradamente, serenamente, con plena conciencia del voto que voy a dar,

opino que las llamadas Actas de Chapultepec y la Carta de las Naciones Unidas deben ser rechazadas por el Congreso argentino.

Hay dos alternativas —explica—, o las Actas reafirman lo que ya es un hecho y entonces no tienen importancia, o tienden a crear un sistema. Un sistema que se basa en un sofisma peligroso: el de la igualdad de los estados.

Estas actas, a mi juicio […] son una malla sutil por la cual nosotros nos veremos desde ya enrolados en una próxima guerra que se nos viene anunciando y prediciendo, sin tener siquiera la facultad de analizar si la causa que defendemos es justa o injusta, porque tomamos partido sobre la base de pactos regionales fundados en motivos geográficos y no morales.

Perón estaba convencido de una próxima tercera conflagración mundial, esta vez entre Estados Unidos y la Unión Soviética, una guerra mundial de clases. Tal conflicto se resolvió en guerras de baja intensidad o restringidas, como las de Corea y Vietnam. Un siglo después cayó el Muro de Berlín y, tras el aplastante desequilibrio militar norteamericano que siguió, la tercera guerra mundial resultó impensable. Pero no en 1946.[38]

La Argentina ha demostrado con hechos positivos y a través de su historia la pervivencia de sus valores morales y de los altos principios de justicia en materia internacional. Con Chapultepec o sin Chapultepec, nunca la Argentina constituyó peligro para ningún país americano.

John todavía mantiene cierta verba vacua y radical, “pervivencia de sus valores morales”, “altos principios de justicia”. Podríamos discutir sobre los valores morales argentinos; pero lo que no admite discusión alguna es que la Argentina sí constituyó un peligro para un país americano. Lo fue para el Paraguay cuando intervino —oscura mácula de su historia— en la Guerra de la Triple Alianza.

Refiriéndose a los Estados Unidos, John apunta:

¿Alguien cree que por la simple existencia del Acta de Chapultepec algún país rectificará conductas que en un pasado cercano resultaron lesivas para los países de América? Yo creo que no.

[...] Más que sistemas normativos, los países latinoamericanos necesitan el desarrollo del mutuo respeto, la no gravitación del saldo de la balanza de pagos en los movimientos políticos internos o internacionales, y la solidaridad no coercitiva.

[...] En cuanto a nuestro país, las considero sumamente perniciosas por lo que representan en su integridad y, además, porque en momentos en que se está formando una conciencia económica de carácter nacional, temo que ellas sean una valla sutil que tal vez sea infranqueable por mucho tiempo.

Finalmente habla de las Naciones Unidas:

En cuanto a la Carta de las Naciones Unidas [...] yo considero personalmente que su estructura es violatoria de elementales principios de derecho internacional y de convivencia mutua, que solo aparecen en tránsito fantasmal en la parte declarativa, porque en las partes resolutivas solo vemos el ánimo de dominar al mundo, en la forma en que están constituidos algunos organismos.

[...] Hubo un hombre que a mi juicio tuvo un problema similar al que yo me estoy planteando en el fondo de mi conciencia. Ese hombre se llamó Hipólito

Yrigoyen, y dirige, desde la eternidad, la conciencia pública argentina. Yo interpreto cumplir sus consignas con el voto negativo que voy a dar.

Cooke jamás hubiera pensado que tan rápido, en agosto de 1946, iba a estar en contra de Perón. Desde el principio el diputado por la Capital John William Cooke se otorgó el derecho (y el deber) de disentir con las órdenes del general si no las compartía. Tomó nota el presidente, tomaron nota los parlamentarios, tomemos nota nosotros.

---

35 Atilio Bramuglia (1903-1962), abogado, consejero legal de la Unión Ferroviaria (de la cual su padre había sido dirigente), se desempeñó como canciller hasta 1949.

36 Hugo Gambini, "Historia del peronismo", Primera Plana, 14 de junio de 1966; reproducido en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 29.

37 Diario de sesiones, tomo III, 1946, p. 575; reproducido en John William Cooke, Obras completas, tomo I, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 94.

38 Habrá que ver mañana si el lento e innegable retroceso de Estados Unidos como potencia hegemónica, el avance arrollador de China, de India, el resurgimiento de Rusia como gran potencia e incluso el futuro papel de los países europeos reavivan el peligro de una guerra mundial o el camino seguirá siendo el de conflictos bélicos de baja intensidad.

Represión de actos de monopolio (septiembre de 1946)

Los monopolios eran un tema importante en 1946 y lo son ahora, de allí que los argumentos de Cooke pueden resultar molestamente actuales. Entre el 26 y el 28 de septiembre se discutió un proyecto de ley de “represión de actos de monopolio”. El informe de mayoría de la comisión tenía las firmas de Modesto Orozco y John William Cooke quien, además, lo defiende en la Cámara. Este es su primer gran combate con la oposición.

Comienza citando los antecedentes históricos[39]:

En la historia de Inglaterra los monopolios han jugado un papel muy importante en la época de los Eduardo y de los Tudor, que solían conceder derechos de monopolios como forma de retribución a sus servidores más allegados y como fuente de recursos para fortalecer la corona frente a los embates de los parlamentos y de los señores feudales.

La reina Isabel llevó esta práctica a extremos de exageración, y basta leer la Historia de Inglaterra, de Macaulay[40], para observar la verdadera tormenta parlamentaria que se desencadenó en el año 1601, al hacer el parlamento inglés su primera resistencia seria a los monopolios otorgados por la casa real.

Después habla de Jaime I, de su estatuto de 1621, y de su sucesor, Carlos I. Ambos llegaron “hasta el abuso”, explica Cooke, lo que considera una de las causas de la revolución puritana por el empobrecimiento de las clases humildes y la pequeña burguesía.

Pero el aspecto que le interesa abordar es más reciente y ríspido: los monopolios como una etapa de la economía capitalista.

Sintetizando diré que la revolución industrial producida entre 1840 y 1890 fue el origen de las concentraciones monopólicas. [...] Pero en el año 1873 se produce la depresión económica y desde ese momento surgen los cartels que únicamente treinta años más tarde, en 1903, se convierten en una de las bases de la vida económica.

Lenin dice que en el momento en que el monopolio y las concentraciones de tipo monopolista sustituyen el libre cambio, el capitalismo se transforma en imperialismo. Ese es el título de una de sus obras: Imperialismo, última etapa del capitalismo.[41] Después he de volver sobre este tema, pero quiero dejar bien sentado el concepto de Lenin, porque exprofeso solo he citado circunstancialmente en el informe escrito las opiniones de los escritores marxistas. Me he abstenido por varias razones, pero en primer lugar porque generalmente emplean una terminología que origina la necesidad de aclaraciones en cuanto al valor marxista de términos que tienen acepciones diferentes en el lenguaje común en otro tipo de economía. En este informe los voy a citar porque, sin seguirlos en los puntos de su ortodoxia, puede afirmarse que cuando hacen un planteo objetivo de los males de la economía capitalista y de sus factores principales, su análisis es certero y resiste las críticas que en otros aspectos le formulan Rickert y Huitzinga.[42]

Entre 1916, año en que Vladimir Ilich Uliánov, Lenin, escribe Imperialismo, fase superior del capitalismo y este momento en el que John William lo trae al recinto, median treinta años. Treinta largos o breves años. Porque treinta años pueden ser una eternidad para un veinteañero (como Cooke) o un lapso extendido pero comprensible para la memoria de una persona de setenta. En todo caso treinta años son muchos para cualquier individuo, pero apenas menos que un suspiro para la historia. Es decir, Lenin no era un personaje lejano en el tiempo para esos diputados y su nombre no se hundía en arenas movedizas de eras mitológicas.

Además, ahí está la Unión Soviética y los países del este europeo, y más allá, lejana y desconocida está China, que ha vencido al imperialismo japonés y se ha convertido en un gigantesco campo de batalla.[43] Es el comienzo de un avance arrollador del comunismo. Llevar al recinto a uno de los grandes teóricos del marxismo, que al mismo tiempo fue líder político, y hacerlo sin adjetivaciones injuriosas, habrá sido —es una especulación de este escriba— una llamada de atención para propios y extraños. Especialmente quizá para los propios. No hace falta aclarar que entre los que escuchan, especialmente en la bancada peronista, no son muchos los que han leído textos de Lenin.

Sigamos. Cooke señala correctamente que Marx fue el primero que se preocupó por el papel de las corporaciones económicas, pese a que no pudo profundizar en el tema porque sus escritos son anteriores al período de mayor concentración del capital.

Engels, al editar el volumen tercero de El capital, pone una larga nota en el capítulo que Marx dedica a las corporaciones capitalistas, en el cual afirma: “La libre competencia por largo tiempo fomentada ha llegado a los límites de sus posibilidades y se ve obligada a anunciar su propia bancarrota”. Si bien Engels no alcanza el desarrollo total de las concentraciones monopolistas, en una cosa demuestra agudeza y visión: la exacerbación de la libre competencia cuando llega a convertirse en una lucha a muerte entre los concurrentes, abre el paso para la marcha de las grandes combinaciones financieras y para las grandes concentraciones capitalistas de carácter monopolista.

Luego habla de las ideas de Rudolph Hilferding[44] vertidas en El capital financiero, publicado en 1910, en el que demuestra que para esa época el capital financiero había desplazado al industrial y tomado la dirección de la economía. La idea de Hilferding es que, con el desarrollo de esta forma corporativa, una pequeña cantidad de capital financiero puede dominar una cantidad increíblemente superior de capital productivo. Según Hilferding el imperialismo no era otra cosa que “la política económica del capital financiero”.

Cooke acepta que no les faltan defensores a los monopolios. Defensores que alegan que su represión implica una restricción a la libertad, que la producción en masa abarata el producto llegando al consumidor a precios más bajos y, finalmente, que sin los monopolios no hay desarrollo económico. Veamos cómo contesta Cooke estas ideas.

Sobre la libertad, argumenta que la tendencia monopolista va siempre acompañada de prácticas desleales que traban la libre concurrencia.

También rebate la idea de que abaratan los precios:

[...] porque no se ha demostrado que la mayor ganancia del monopolio provenga de una mayor producción en masa. Podrán tal vez bajar los costos de producción, pero también, muchas veces, los monopolios bajan la misma producción, pues obtienen mayor ganancia de la venta de menor número de unidades a mayor precio, que de la venta de mayor número de unidades a menor precio.

[...] puede afirmarse que el exceso de capital producido por las mayores ganancias de la producción en masa no se distribuye, como ha dicho Lenin, para elevar el nivel social de las masas de un pueblo. Por el contrario, ese capital da lugar a la opresión de un mayor contingente de consumidores, porque cuando ha absorbido el mercado y puede manejar a su antojo la comercialización o la producción de un determinado artículo, busca expandirse procurando llegar al contralor de nuevos mercados.

[...] En cuanto al proceso tecnológico, otro de los viejos caballos de batalla de los monopolios, el sostener que el monopolio implica un mejoramiento de los

equipos técnicos, facilitando la producción, es una falsedad que no resiste el menor análisis. El monopolio no renueva nunca sus equipos técnicos, sino cuando ya no le sirven para nada y no puede hacer ningún uso de ellos. ¿Para qué los habría de renovar?

Por si estos argumentos no fueran suficientes, Cooke sigue golpeando.

Cuando alguien crea una innovación en una rama monopolizada, un avance en la forma de producir algo o del mismo producto, no tiene a quién ofrecérselo más que al monopolio. Y lo peor es que, a veces, este paga no para ofrecer algo mejor al público sino para evitar su uso.

En la Argentina de estas primeras décadas del siglo XXI unas pocas empresas monopólicas producen y comercializan el 90% de los productos de la canasta familiar. En tal situación, las políticas antiinflacionarias, por ejemplo, se ven limitadas al deseo monopólico. Deseo que reiteradamente está dirigido a la exportación; cuando eso sucede, el mecanismo es simple y antiguo: se reduce el salario real de los consumidores facilitando un excedente exportable. La economía mejora a costa de la calidad de vida de la población, en especial de los trabajadores. Esquematizando, hay dos maneras de combatir la inflación: reducir el salario (enfriar la economía) o ir contra los monopolios.

Luego Cooke pasa a un punto que conserva una inquietante actualidad siete décadas después.

Existe un problema que afecta la soberanía del Estado, porque al lado de las autoridades constituidas […] se forma el gobierno de los consorcios financieros, de los hombres de la banca, del comercio y de la industria que, por medio de esta vinculación realizada a espaldas de los intereses populares, llegan a posesionarse del gobierno por los resortes que ponen en juego cuando se trata de la defensa de

sus intereses.

Hecho el planteo teórico del problema de los monopolios, ahora va a detenerse en el caso concreto de nuestro país. Preciso, John apunta a la raíz de todos los problemas:

Desde mi punto de vista personal, yo digo que, haciendo un planteo frío, crudo, del problema argentino, puede afirmarse que somos un país semicolonial.

Bunge[45] decía en 1940, repitiendo conceptos del año 1917: “Estamos aún hoy al servicio de la política de las grandes potencias, que consiste en comprar materia prima barata y vendernos artículos manufacturados caros. Nuestra política económica no ha sido ni es otra cosa que una dócil sumisión a los otros países”. Es un hecho doloroso y es lamentable que en el parlamento argentino un diputado haga una afirmación de este orden; pero es un hecho real y sobre él entablaría debate en cualquier momento con la seguridad de que no se me podría demostrar lo contrario.

No me interesa señalar culpables. Tal vez los engranajes monopolistas de los imperialismos han sido superiores a nuestros medios de defensa; tal vez haya faltado visión de la clase dirigente o de gran parte de ella; tal vez deba hacerse referencia a los “traidores nativos” de que se habló ayer en este recinto al tratar la cuestión de Belice.

[...] La conciencia pública de que debe existir una economía nacional se va abriendo camino; y cuando se nos hace el argumento de que alguna forma de producción o explotación de algunos servicios requiere el monopolio como medio de prestarse en condiciones normales, entonces es la hora de contestar que esos servicios deben ser nacionalizados. (El destacado es de D. S.)

Dicho de otra manera: cuando no hay más remedio, cuando no se puede evitar el monopolio, este debe ser nacionalizado, que en la visión de Cooke equivale también a estatizado. El problema de los monopolios está en el centro del capitalismo, y principalmente en el centro del capitalismo dependiente.

La represión de los monopolios es, en 1946, más necesaria que nunca porque durante los años anteriores las condiciones de guerra habían ofrecido un freno natural. Pero ahora no, y Cooke advierte:

Es necesario favorecer las inversiones de capitales en la industria y en el comercio; pero es necesario vigilar ese proceso de industrialización porque […] hay interesados en que este país siga siendo un país agrícola-ganadero exclusivamente y, por otro lado, hay interesados en que ese proceso industrial redunde en beneficio de pequeños grupos económicos.

Recordemos, recién corre septiembre de 1946.

Esta ley —ya lo he dicho y quiero remarcarlo— no resuelve el problema económico, aunque sí uno de sus aspectos. Hay que ejercer una severa vigilancia de nuestra balanza comercial y de pagos a fin de sofrenar los movimientos demasiado bruscos que puedan perturbar nuestro desarrollo industrial. Debe asegurarse la defensa de la industria contra las maniobras internas y externas. Deben adoptarse medidas diversas: regulación aduanera, reordenación del régimen impositivo, nacionalización de empresas de servicios públicos, confección de estadísticas que nos den una noción exacta y al día de nuestra economía y que al mismo tiempo nos informen del grado de desarrollo que tiene la tendencia hacia la concentración monopolista en cada industria; y hay que hacer una planificación en el verdadero concepto y sentido en que puede hacerse una planificación en la República Argentina, es decir, hay que hacer lo que Karl Mannheim[46] llamó una “planificación para la libertad” y no una planificación

para la servidumbre; no una planificación totalitaria, sino una planificación congruente con nuestro sistema constitucional que, al mismo tiempo que asegure las elementales garantías individuales, no permita que esas mismas garantías se vean perturbadas por el desarrollo desmesurado del poder financiero.

Cuando Cooke dice: “planificación para la libertad y no una planificación para la servidumbre; no una planificación totalitaria” debe leerse una planificación a la que concurran las relaciones de producción capitalistas existentes. Es decir, las relaciones de producción que proclaman las leyes y la Constitución liberal.

John comienza el tramo final de su exposición.

Lenin, a quien voy a citar por última vez, dice que el imperialismo es la última etapa del capitalismo y que constituye la etapa del “capitalismo moribundo” porque ya lleva en sí los gérmenes de la muerte [...]. Pero es que la libre competencia, como lo dice Engels, también lleva en sí el germen de la muerte, si llega a la exacerbación, porque en este extremo se convierte en una lucha sin cuartel por los mercados, dejando así abierto el camino para el avance de las combinaciones monopólicas.

Cuando hablamos de libre concurrencia no lo hacemos —nadie lo hace ya— con el viejo concepto de liberalismo sin restricciones; lo hacemos con el nuevo concepto social de que se impregnan todos los problemas de carácter económico de “bien social” como fin de la economía del Estado.

No obstante, la intervención de Cooke ha sido sólida. Sabemos que, sin dudas, ya ha leído con atención crítica a Marx, Engels y Lenin, y sabemos también que no era marxista. Que aún creía en un capitalismo sin monopolios y de libre competencia.

Claro que nosotros podemos preguntarnos si la muerte de la libre competencia a manos de la concentración monopólica es evitable o si, por el contrario, es un destino inevitable porque todo capitalismo tiende a la concentración. A más de siete décadas del discurso de Cooke la concentración de riquezas en el mundo ha llegado a niveles por aquel entonces inimaginables y, ciertamente, intolerables.

---

39 Diario de Sesiones, tomo III, 1946, p. 508; reproducido en John William Cooke, Obras completas, tomo I, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007, pp. 81 y ss.

40 Thomas Babington Macaulay (Leicestershire, 1800-Londres, 1859), poeta, historiador y político del partido whig (liberal) británico. La obra de referencia es la History of England from the accession of James II.

41 Más habitualmente traducido como Imperialismo, fase superior del capitalismo (Lenin, 1916).

42 Heinrich Rickert (Danzig, 1863-Heidelberg, 1936), filósofo alemán, representante del neokantismo. Johan Huizinga (Groninga, 1872-De Steeg, 1945), filósofo e historiador, fue miembro de la Academia de Ciencias de Holanda. En 1942, cuando los nazis cerraron la Universidad de Leiden, fue detenido, sufriendo el destierro en Overijssel y Güeldres hasta su muerte.

43 La alianza entre los comunistas de Mao Zedong y el Kuomintang (partido nacionalista fundado en 1911) de Chiang Kai Shek se iba a romper definitivamente y los hombres de Mao tomarían el control en 1949.

44 Rudolf Hilferding (1877-1941), economista marxista vienés nacionalizado alemán. Integró y fue uno de los más prominentes teóricos del Partido Socialdemócrata de Alemania durante la época de la República de Weimar. Los líderes de la Segunda Internacional, Karl Kautsky y Otto Bauer, dirán que El capital financiero constituye el "cuarto libro" de El Capital de Marx. Centrista, opuesto tanto al ala izquierda como al sector derechista de la socialdemocracia alemana, la Segunda Internacional, declarará a Hilferding persona non grata.

Con el ascenso de Hitler huyó a Francia, pero fue entregado por la policía francesa a la Gestapo y murió en prisión.

45 Alejandro Bunge (1880-1943), economista que tuvo una visión clara del desarrollo deformado del país. Fue un intelectual orgánico de la burguesía argentina.

46 Karl Mannheim (1893-1947), sociólogo alemán. Expulsado de su país con el ascenso de Hitler, se exilió en Inglaterra. "Su interés teórico —apunta Eduardo Duhalde— se centró en el análisis de los factores que condujeron al fracaso de las democracias liberales y el auge de los fascismos."

El régimen bancario (diciembre de 1946)

El último debate del 46 se produce el 5 de diciembre, es la ratificación de decretos del Ejecutivo sobre el régimen bancario y las organizaciones económicas. El tema está íntimamente relacionado con el de los monopolios.[47] Es evidente que la concentración del capital financiero no solo es paralela, sino que influye gravemente en la concentración de la industria, la producción en general y el comercio. John plantea que el Estado, decidido como estaba a intervenir en la economía, no tiene otra opción que hacerlo también en los bancos. En definitiva, decidir la orientación del ahorro.

Dicho lo cual John apunta al centro de su concepción política:

Podría tal vez obtenerse un juego más libre del negocio bancario siempre que nuestra economía no fuese lo que es. Pido a la honorable Cámara que se haga un planteo de lo que es nuestra economía, sin exagerar los tintes sombríos, pero crudo y realista. Somos un país de economía semicolonial, dirigida desde el extranjero y campo propicio para el juego de todos los monopolios. Frente a ello, ¿qué puede hacer el Estado? ¿Cruzarse de brazos y esperar que empiecen a actuar los famosos “automatismos reguladores”, último bastión de los defensores del librecambio?

[…] Este país ha tenido gobernantes buenos y malos. Jamás hago en este recinto condenas retrospectivas a mandatarios determinados que podrían ser injustas; pero sí puedo afirmar que no ha existido en nuestro país una clase dirigente con concepto cabal de su rol, que permitiese la formación de la conciencia nacional en materia económica. (El destacado es de D. S.)

O sea: no ha existido una burguesía que rompiera el esquema que condenaba al país a ser el granero de la industria británica, que reinvirtiera sus ganancias agropecuarias en la industria, y que imaginara un capitalismo no dependiente.

Acusado el gobierno de propiciar una dictadura financiera, Cooke argumenta:

La dictadura ha existido en este país, y la tenían grupos foráneos de concentración capitalista; otra dictadura ha sido la de los magos y los prestidigitadores de las finanzas y de la economía que, cuando terminó la función, nos habían dejado una economía endeudada, de la cual ni siquiera se habían tomado el trabajo de hacer un inventario para saber cuál era nuestro haber patrimonial.

La deuda pública, ciertamente, no es un problema de buena o mala administración y mucho menos de Derecho. La deuda pública se repite en la historia argentina desde Rivadavia porque, además de un negocio, es el seguro necesario de la perdurabilidad de la dependencia. Todo análisis del problema de la deuda no puede dejar de tener en cuenta su función.

---

47 Diario de sesiones, tomo VIII, 5 de diciembre de 1946, p. 36; reproducido en John William Cooke, Obras completas, tomo I, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 100.

La reforma de la Constitución (agosto de 1948)

En agosto de 1948 se debate la reforma constitucional, Cooke interviene activamente en el debate. Primero hace un balance de la Constitución aprobada en 1853 y reformada en 1860: [48]

Yo opino que la Constitución Nacional es una buena constitución; opino que. en algunos de sus aspectos, en sus fundamentales aspectos, la Constitución Nacional es una sabia constitución. Pero también afirmo, señor presidente, que la nuestra es una constitución fracasada.

A mi juicio, le faltó confianza en lo nacional, en lo nativo, en la capacidad del hijo de la tierra. Creyeron que había que adaptar nuestro país a la Constitución perfecta que ellos creían dictar, cuando lo que debió haberse hecho era lo inverso: hacer la Constitución ajustándola a la realidad del país.

[...] Si no estuvieran en la esencia del alma argentina los principios fundamentales de la libertad, sería vano, señor presidente, intentar crearla por medio de instrumentos jurídicos, que caducan cuando, en vez de ser representación de una realidad social, pretenden encuadrar a ésta en sus esquemas apriorísticos.

Dicho lo cual se pregunta sobre las fuentes que nutrieron a los convencionales constituyentes de 1853.

El régimen democrático ¿dónde lo iban a buscar nuestros constituyentes? ¿En Europa, donde no existía más voto que el calificado? ¿En Inglaterra, el

paradigma, la cuna de la libertad y de la democracia, donde no votaban sino los propietarios y solo algunos de ellos?

[...] ¿Podían acaso acudir a Francia, donde ni siquiera su Convención Constituyente, revolucionaria y contraria a los privilegios, se atrevió a establecer el sufragio universal, que contó solo con el voto de cinco diputados? En plena época de vigencia de los principios de la Convención revolucionaria francesa, las tres quintas partes de los varones estaban privados del sufragio.

[...] ¿Podrían acudir a Estados Unidos? No, señor presidente. El sufragio universal, contra lo que se ha sostenido, nunca tuvo popularidad en el seno de la Convención de Filadelfia.[49]

[...] La libertad de cultos, que es orgullo de nuestra Constitución, la tolerancia confesional, ¿la íbamos a encontrar en Inglaterra, donde recién en el año 1829 se dio a los católicos el derecho de votar y ser elegidos miembros del Parlamento? ¿En ese país, que recién en 1848 levantó las incapacidades de los judíos?

[...] En materia social, ¿a dónde mirar? ¿A Inglaterra donde Marx y Engels tomaron los ejemplos que dieron base a sus teorías sobre la situación del proletariado?

[...] ¿O en Francia, donde a cada movimiento revolucionario del siglo XIX siguió una represión violenta y sanguinaria contra el proletariado, represiones en la que se unían capitalismo y burguesía? [sic] ¿En Estados Unidos, donde muchos años después de la sanción de nuestra Constitución, la ley Sherman se aplicaba a los sindicatos gremiales obreros, equiparándolos a trusts capitalistas?

¿Y la esclavitud? En Inglaterra subsistió hasta 1863, en que se abolió lentamente, previas inmensas indemnizaciones a los dueños de esclavos; en Francia recién se suprimió en la Constitución de 1848; en Estados Unidos recién pudo desaparecer después de la sangrienta guerra de secesión, cuando la fuerza industrial del Norte necesitó mano de obra.

Todo este jugoso introito, que alaba por contraste a la Constitución del 53, es para decir lo que debe decir:

En síntesis, opino que la Constitución, tal cual fue sancionada, pudo haber sido la base del ordenamiento jurídico argentino: desgraciadamente la “organización nacional”, con la oligarquía en los comandos, se encargó de desmentir los pronósticos optimistas. Las clases dirigentes endosaron al pueblo la minoría de edad, estableciendo que no estaba capacitado para el manejo de la cosa pública. La oligarquía, que había tratado al paisano en forma zalamera porque era un arma de guerra y lo había adulado en su jerga por medio de Ascasubi, una vez que cayó Rosas y se eliminó Urquiza, proclamó la necesidad de exterminar al gaucho porque era enemigo de la “civilización”.

Años más tarde, cuando la primera generación de hijos de inmigrantes se hizo presente con toda la fuerza que la tierra le transmitía por encima de los orígenes de su nacimiento, entonces la clase dirigente vino a descubrir que el pueblo no estaba suficientemente educado; que había que educar al “soberano” y esa generación fue a formar la “chusma”.

[...] En el año 1916 las masas populares, a través de Yrigoyen, llegan por primera vez al gobierno. Y ese triunfo ha de repetirse treinta años más tarde, cuando de nuevo las multitudes argentinas llevan a un caudillo, con pensamiento de trayectoria histórica, a ocupar la primera magistratura: el entonces coronel Perón.

Después deja claro que lo “esencial” ha de mantenerse: “El sistema representativo, republicano y democrático no ha de tocarse”, advierte. Si bien la futura Convención Constituyente no tiene mandato limitado —o sea puede redactar cualquier texto con ideas que no hayan sido votadas por el pueblo— quiere dejar su opinión sobre algunas reformas. Y enumera doce temas:

La prohibición de otorgar ventajas a un puerto respecto de otro debe derogarse para que toda esta corriente de tráfico marítimo que converge a Buenos Aires pueda ir derivando hacia otros puertos del litoral argentino que merecen mejor suerte.

Hay que modificar las cláusulas del sistema rentístico, que son anticuadas, y que están basadas en disposiciones impositivas ya superadas.

Propone modificar el artículo 25 sobre inmigración europea; y el artículo 20: dos años de residencia de un extranjero no son suficientes para su naturalización. Y la parte del artículo 21 que permite que un ciudadano naturalizado no preste servicios militares.

Declarar la protección de los derechos intelectuales. Y reglamentar los recursos de habeas corpus y de amparo “porque nosotros somos partidarios de la intervención estatal en todos los órdenes de la vida argentina, menos en lo que atañe a la personalidad íntima del individuo”.

Afirma que es necesario crear un tribunal de casación para evitar el desorden jurídico, y así fijar una interpretación única: no pueden existir tantas leyes como jueces.

Propone incorporar los derechos del trabajador a la Constitución. Punto que subsistirá, aunque tantas veces incumplido, en la memoria colectiva hasta la actualidad.

Y, llegando al punto central, dice que se debe establecer la elección directa del presidente, el vicepresidente y los senadores nacionales. Y derogar la prohibición de reelegir al presidente.

Reelegir al presidente, he aquí el gran punto, el que aglutina el rechazo tozudo de la oposición.

Al final de la intervención Cooke dice:

Nosotros no creemos que los males del país fueran fruto de la Constitución. Sabemos que ella no pudo evitarlos. El hecho es que esa Constitución, bien o mal interpretada, sirvió siempre para justificar las grandes entregas de la soberanía, porque lo mismo se la invocaba para malvender un ferrocarril construido por el esfuerzo de los argentinos que para regalar a un ferrocarril extranjero una legua a ambos costados de la vía.

Tan cierto es lo que plantea Cooke, que la derecha liberal siempre defendió aquella constitución a capa y espada. Bueno, solo a capa, porque con la dictadura terrorista del 76 esos liberales suspendieron —no eran tiempos para andarse con formalismos— su infantil prédica de que el drama argentino se reducía a que no se respetaba la Constitución. Como si la promulgada en 1853 y modificada en 1860 fuera un libro sagrado que se debía defender como un sacerdote lo hace con la Biblia y no un proyecto de país que respondía a las clases hegemónicas. Hasta que en 1994 había que destrabar la enajenación de las riquezas del subsuelo; entonces esos mismos liberales aceptaron con agrado una reforma.

En las elecciones para los constituyentes el peronismo lograría una apabullante victoria con el 66% de los votos. En la Asamblea Constituyente, Mercante llevó la voz de mando con buen estilo. El gobernador tenía una excelente relación con el radical Moisés Lebensohn[50], a quien prometió que serían respetados. Y así lo hizo, acallando más de una vez los abucheos peronistas cuando tomaba la palabra un radical.

El problema del artículo 77, sobre la reelección de presidente y vicepresidente tiene una particular historia que cuenta Joseph Page en su Perón. Una biografía.

Una semana después de la apertura formal de la convención, Mercante y un grupo de líderes peronistas se reunieron con el presidente en la quinta de Olivos y éste les informó en términos inequívocos que la prohibición de reelección debía ser mantenida. Los visitantes aceptaron esto como su última palabra sobre el tema y se prepararon para comunicarla a la convención. Llegado el momento de hacer el anuncio formal de la determinación presidencial, alguien presentó una propuesta que decía que “El presidente y el vicepresidente duran es sus cargos seis años; y pueden ser reelegidos”.[51]

Page dice que —según Eduardo Colom, cuya fuente de información sería la misma Evita— el general esperaba que Mercante y los otros se negaran a “recibir de él una respuesta negativa”. Al no suceder así, Evita se habría puesto en contacto con los dirigentes peronistas y les habría dado la orden contraria.

La constitución del 49 determinaría la propiedad nacional del subsuelo —propiedad que sería anulada con la ola neoliberal de la reforma de 1994 con graves consecuencias—. Además de la formulación de los derechos del trabajador, que como Cooke alertó en el debate, no pasaría de la declamación. La reforma de la Constitución tuvo como consecuencia principal la reelección del presidente. Es que sin Juan Perón el equilibrio bonapartista se rompía. El coronel

devenido general podía garantizar la paz social, conducir a buen puerto los reclamos obreros siempre es cosa seria, tanto para los trabajadores como para los patrones.

Seguramente Mercante opinaba distinto, ya que tenía intenciones de suceder a Perón conservando el equilibrio, por lo que la prohibición de la reelección del presidente estaba directamente unida a sus intereses personales.

---

48 Diario de sesiones, tomo IV, 1948, p. 2679; reproducido en John William Cooke, Obras completas, tomo I, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue 2007, p. 165.

49 La Convención de Filadelfia se reunió entre el 14 de mayo y el 17 de septiembre de 1787. El resultado de la Convención fue la Constitución de los Estados Unidos de América.

50 Moisés Lebensohn (1907-1953), periodista, abogado y político, dirigió la Juventud Radical, fundó la línea interna del radicalismo llamada Movimiento de Intransigencia y Renovación. No tuvo cargos públicos de relevancia, pero fue un pensador importante del sector yrigoyenista.

51 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 241.

Las delicias del coloniaje

En septiembre de 1948 se trata en la Cámara la disolución de la Corporación de Transportes. Consecuencia de los compromisos asumidos por el gobierno de Justo después del Pacto Roca-Runciman, el 30 de septiembre de 1936 se había aprobado la ley de Coordinación de Transportes que creó la Corporación de Transportes, un monopolio controlado por empresas británicas.[52] Las finanzas de la Corporación siempre arrojaron un déficit importante, números en rojo que una y otra vez fueron salvados por el Estado. Veamos la intervención del diputado Cooke[53]:

He dicho varias veces que para la interpretación de la realidad argentina no puede uno basarse en los métodos y en los procedimientos clásicos impuestos por los europeos. Esto es válido no solo en lo político, sino también en lo espiritual, en lo histórico, en lo social y en lo económico. Podemos decir, con una afirmación que encierra el más profundo criterio antiimperialista, que América latina solo puede ser descifrada con su propia clave.

Esa clave es la que hay que aplicar para el estudio de la Ley 12.311, que diera lugar a la concesión del monopolio de la explotación del servicio público por la Corporación de Transportes. Es una ley típica de mentalidad colonial. Es un paradigma de lo que es el dominio imperialista sobre un país semicolonial. Es un exponente de la subordinación política, económica y moral en que estuvo el país frente a lo extranjero durante mucho tiempo.

[...] Cuando se sancionó la Ley 12.311 hubo más que dominio intelectual extranjero sobre lo nuestro; hubo desfachatez. Se dijeron en elogio del capital foráneo frases que nos dan vergüenza; se hizo su elogio como factor civilizador y de progreso. Se empleó la misma jerga que llevó a que un diputado argentino, en tarde aciaga, atribuyese nuestro progreso a lo que él llamó “el romanticismo

de la libra esterlina”.

“El romanticismo de la libra esterlina”, parece una broma y sin embargo se ha dicho; y allí es donde, nuevamente, Cooke tiene razón, se dijo porque en el 36 había un clima de desprecio por lo argentino, y de ese clima de desprecio a la entrega no hay pasos intermedios. El chovinismo es sin duda un pensamiento irritante por su estupidez, solamente superado por el pensamiento cipayo. Porque el primero puede ser entendido como una falta de maduración, como un niño que permanece preso de la idolatría por el padre; pero el segundo, el cipayismo, sabe que debe matar al padre, psicológicamente hablando, pero no se atreve, carece de valentía para abrirse paso en la vida como persona madura y, no pudiendo matarlo, resuelve humillarlo.

A continuación, Cooke se da a rebatir el hecho de que el capital imperialista trae progreso, bienestar y civilización. Ese capital, acusó, ha quebrado las fuerzas productivas del país y lo ha atado a una cadena de empréstitos, ha mantenido la sumisión de las clases populares y “drenado el esfuerzo del trabajo argentino por medio del oro que se iba de nuestro país a través del balance de cuentas”. Y sigue:

Han desmoralizado; han creado la corrupción política y administrativa; han fomentado revoluciones cuando ha sido necesario; han llegado al asesinato y aún siguen intentándolo.

Cuando el diputado Rojas le pregunta a qué asesinato se refería, él contesta que al de Sandino.[54] John hace después un sabroso comentario dirigido a los amantes de las buenas maneras.

Ha sido un tema favorito de cónclaves oligárquicos el establecer las netas diferencias entre la fineza, suavidad, elegancia del imperialismo inglés y la torpe

grosería del imperialismo yanqui. Como nosotros no estamos en una reunión social, conviene que digamos las cosas como son. No interesa el modo, sino que interesa el hecho en sí, vital y profundo. Las modalidades son lo de menos. El imperialismo es sencillamente el imperialismo.

Y sobre la Corporación:

En primer lugar, el imperialismo empezó no solo por falsear los hechos en sí, sino que además falseó los elementos de juicio. Así tenemos el ejemplo de los balances, casi siempre fraguados, de las empresas. Sus ganancias aparecen siempre fragmentarias o desfiguradas, eso, por supuesto, cuando no las ocultan. Esto no es una inmoralidad, sino sencillamente la clásica manera de proceder de todos los imperialismos: mentir, falsear, engañar y expoliar al margen de las valoraciones de carácter ético.

En otra época hubo hombres que, como en las novelas de Salgari, encabezaban naves filibusteras. Ese espíritu no ha muerto: preside ahora los directorios de los grandes holdings internacionales. El fraude empieza por la contabilidad y sus latrocinios abarcan toda la gama.

[...] Me estaba refiriendo a la contabilidad porque todo el proceso del monopolio del transporte urbano ha sido hecho sobre la base de extraordinarias piruetas de carácter contable. Estas artimañas se reflejan en el aguamiento de capitales, elevación inmoderada de los costos de producción, valoración absurda de los rubros del activo físico, ocultamiento y disminución de las ganancias, pasándolas muchas veces a empresas filiales. Sin contar el pequeño hurto, la gran estafa y la corrupción de los funcionarios públicos. Los números de las empresas imperialistas son siempre parcos y difícilmente dejan traslucir la realidad. [...]
De acuerdo con el diccionario, que repasé antes de venir a este debate porque temía que me traicionasen mis recuerdos, un palimpsesto es “un manuscrito que conserva huellas de una escritura anterior borrada artificialmente”. Un balance comercial de una empresa de explotación imperialista es exactamente un

palimpsesto. Esa es la verdadera realidad del mítico capital extranjero.

Orador de consignas poéticas y feroces el Cooke. Ahora analiza el período que va de 1929 a 1933, años en los que se produjo un extraordinario deterioro del precio de los productos argentinos:

El kilogramo de carne baja de 32 centavos en 1929, a 14 centavos en 1933. El quintal de trigo de 9,75 a 5 pesos, el maíz de 8,1 a 4 pesos. Lo que equivale a una merma de por lo menos el 50%.

En 1929 un gramo de oro equivalía a 12 kilogramos de trigo, a 25 kilogramos de maíz y a 6 kilogramos de carne; en 1933 a 62 kilogramos de trigo, 78 de maíz y 23 de carne.

En este Parlamento, el ex ministro Hueyo[55] anunció en el año 1933 que el 45% de la renta nacional debía destinarse a pagar servicios de nuestra deuda exterior.

Reparemos: ¡el 45% de la renta nacional!

Se había seguido la vieja política de ahorrar sobre el hambre y la miseria del pueblo argentino para que nuestro crédito en el exterior no se viese afectado, “no se resintiese nuestro prestigio”, como se decía en el idioma de la época.

Tomando datos de Juan bautista Alberdi, afirma que entre 1857 y 1876 se tomaron créditos en el exterior por unos 20 millones de libras esterlinas, en la mayoría de los casos sin ningún objeto determinado. Eso se demuestra con un

mensaje del Ejecutivo de 1872 que afirma que la mitad de un empréstito ya estaba recibido y el resto se iría recibiendo gradualmente, pero que eso no tenía importancia porque no había en qué gastarlo.

Observemos —casi siete décadas después— los mecanismos de dominación. Cooke aporta cifras concretas de la deuda soberana; en el año 1880 el país debía 6 millones de pesos oro; cinco años después, en 1885, estaba comprometido con 44 millones de pesos oro. ¡Siete veces más!

En ese período de aumento extraordinario de la deuda pública, ¿había disminuido acaso la capacidad productiva? Evidentemente no, porque en 1880 exportamos 19.000 toneladas de cereales, y en 1885 349.000. Sin embargo, a pesar de que la producción argentina aumentaba, el país se iba endeudando por medio de empréstitos onerosos e innecesarios.

Como no hay nada mejor que el enemigo nos dé la razón, Cooke trae al recinto la dramática frase de José Terry[56]:

“La historia financiera argentina es la historia de sus déficits y la manera de enjugarlos”. Y demostraba cómo nuestra deuda al exterior abultada innecesariamente, muchas veces para el pago de intereses y de empréstitos hechos sin criterio, que iban poco a poco ahogando nuestra economía. He hecho una cita de una autoridad que no es de mi orientación política.

En un manual —que John asegura que se usa en las escuelas inglesas— escrito por un tal J. F. Horrabin,[57] había una división del mundo desde el punto de vista económico, allí se aseguraba que la Argentina era una “colonia virtual” del Imperio hasta el período de la Gran Guerra; “a continuación de ese período, como ‘zona de fricción’ entre Estados Unidos e Inglaterra”.

El discurso de John sigue analizando la posición subalterna de América latina a partir de terminada la Gran Guerra y el avance de Estados Unidos en América del Sur. Cooke se detiene a analizar a la Unión:

Pero se había producido la guerra [se refiere a la de 1914-1918] y, con ella, una cosa hasta entonces inusitada: Estados Unidos hasta 1869 era un país típicamente deudor (1.500 millones de dólares) y de repente se transforma —al principio gradualmente y después de golpe— en un país típicamente acreedor. En 1914 Estados Unidos debía 3.700 millones de dólares y, después de la guerra, en 1919, tiene, en cambio, un saldo a favor de 3.000 millones de dólares. Esto sin contar las deudas de guerra. Entonces vivíamos una paz idílica, entregados al imperialismo inglés, y este cuadro eglógico[58] que fue de repente convulsionado por la entrada de Estados Unidos, que alarmó a Inglaterra. Allí se empezó a plantear la lucha de ambos imperios.

Inglaterra generalmente invertía sus capitales en ferrocarriles, en préstamos al gobierno, y en alguna que otra empresa. En cambio, Estados Unidos, que al principio también colocó sus fondos en empresas ferroviarias, se dedicó a manufacturas, servicios públicos, industrias extractivas, petróleo, sociedades agrarias, compañías distribuidoras, extracción de metales, bancos y empresas de compra.

Cooke plantea que el conflicto entre ambos imperios tiene, entre otros escenarios, a la Argentina. Los americanos del norte empiezan seduciendo a más de un integrante de la nómina británica:

Algunos de los servidores de las empresas inglesas decidieron hacer sus apuestas al nuevo competidor y rápidamente Estados Unidos tuvo también sus hombres de influencia en este país, dando origen a la lucha imperialista: Inglaterra contra Estados Unidos; el carbón contra el petróleo; el riel (ferrocarril, tranvía,

subterráneo) contra el vehículo automotor.

Se produce la revolución del 30. Yrigoyen había combatido ambos imperialismos; pero evidentemente había sido muy minado en sus esfuerzos, porque no bien intentó un banco central con privilegio estatal, porque no bien vetó la ley que entregaba nuestros ferrocarriles a una corporación mixta con predominio de capital extranjero, lógicamente se le llamó, como es de rigor en estos casos, demagogo, incapaz, deshonesto.

Cooke se muestra contrario a la idea de que el golpe de Uriburu fue un complot norteamericano. Prefiere entenderlo como la consecuencia de contradicciones de la política interna con un apoyo “tangencial” norteamericano. Y hace bien en opinar de tal modo. El golpe del 30 fue la consecuencia de que el conjunto del sistema productivo argentino crujiera hasta el derrumbe. Los ingresos por exportaciones agropecuarias se redujeron a la tercera parte por la crisis internacional; el país del centenario había muerto, el proceso iniciado en 1880 culminaba catastróficamente en 1930.

Hagamos una pequeña pausa para reflexionar en esto, porque nada hay más presente que el pasado. Una economía basada en la exportación de materias primas a países centrales, países con economías inmensas y diversificadas, implica una pérdida de soberanía. Para ello no hace falta prohibir el Himno ni quemar la bandera, sino extranjerizar las decisiones políticas. En tales circunstancias, si bien no es irrelevante, tampoco es decisivo quién se siente en el sillón de Rivadavia.[59] Al fin el poder económico marca los límites a la política porque, como dijo Lenin, “la política es la expresión concentrada de la economía”.

Sigamos con John:

Pero el hecho es que Inglaterra está resentida y lo exterioriza en el diario The Times.[60] Se dicta inmediatamente la ley de vialidad, que daba un gran impulso al transporte automotor, y los ingleses se siguen enconando. Entones Inglaterra juega su carta al candidato de la normalidad constitucional, el general Justo. Y éste llega al poder.[61]

En 1932 se firmó el pacto de Otawa que consistió en jerarquizar el intercambio comercial dentro de la Mancomunidad Británica de Naciones (Commonwealth) y que desechaba a los de afuera. El pacto inicia una época de proteccionismo británico.

Se había producido el pacto de Otawa. Cunde el pánico entre la clase dirigente argentina que no sabe a quién encomendarse, y en vez de armar dispositivos de defensa, en lugar de poner en juego algunos de los tantos recursos que tiene este país, solamente busca un entendimiento a toda costa.

Permitime repetir para subrayar: “en vez de armar dispositivos de defensa, en lugar de poner en juego algunos de los tantos recursos que tiene este país, solamente busca un entendimiento a toda costa”.

¿Qué hizo la Argentina? Mandó a Inglaterra una delegación a firmar un pacto. Integraba esa delegación, entre otros, el presidente del directorio del ferrocarril inglés Gran Oeste Argentino. En ese momento un diputado inglés dice en el parlamento que la República Argentina era prácticamente una colonia económica y que le convenía incorporarse abiertamente al Imperio británico. El presidente del directorio ferrocarrilero integrante de la delegación argentina, casi a renglón seguido, reconoce emocionado en un banquete la deuda de gratitud que el país tenía con Inglaterra, según sus palabras.

Después hay una larga exposición sobre la rentabilidad asegurada a los

accionistas y los balances fraudulentos, en los que las pérdidas aumentaban año tras año. Pero la parte más general y sustantiva de la exposición de Cooke es la que antecede, donde queda claro la relación de la clase dirigente con los intereses británicos.

Volviendo a la economía agroexportadora, donde quiera que encontremos a los grandes terratenientes argentinos hallaremos al imperio, no son lo mismo, pero siempre fueron un buen maridaje. Como ha definido con notable precisión Alejandro Horowicz: "Allí reposa condensada en una sola frase la tragedia de la historia argentina: los terratenientes son su clase nacional. Son suficientemente nacionales para impedir que la sociedad argentina constituya un enclave colonial, pero no son lo suficientemente nacionales para impulsar un país independiente". (El destacado es de A. H.)[62]

---

52 La Anglo-Argentina, la Lacroze y la Chadopyf.

53 Diario de sesiones, tomo VI, 1948, p. 4864.

54 Augusto César Sandino (1895-1934), líder de la resistencia nicaragüense contra el ejército de ocupación estadounidense en las primeras décadas del siglo XX.

55 Alberto Hueyo fue el primer ministro de Hacienda de Justo. Renunció el 28 de julio de 1933.

56 José A. Terry (1846-1910), abogado y financista, ministro de Hacienda durante las presidencias de Sáenz Peña, Roca y Quintana.

57 James Francis Horrabin (1884-1962), escritor, ilustrador y caricaturista inglés de ideas socialistas.

58 De égloga: Composición poética del género bucólico caracterizada generalmente por una visión idealizada del campo, y en la que suelen aparecer pastores que dialogan acerca de sus afectos y de la vida campestre.

59 www.casarosada.gob.ar nos informa que es un mito que el sillón presidencial de Casa Rosada fuera el que utilizó Bernardino Rivadavia. El sillón del actual escritorio presidencial corresponde a la primera presidencia de Julio Argentino Roca. Data de 1885 y fue adquirido en la Casa Forest de París a fines del siglo XIX. El sillón presidencial más antiguo es el que se exhibe en el Museo del Bicentenario, perteneció a Santiago Derqui, que gobernó entre 1860 y 1861

60 Había expresado que el golpe había sido un manotón afortunado del capitalismo norteamericano en la Argentina.

61 Agustín Pedro Justo (Concepción del Uruguay, 1876-Buenos Aires, 1943). Militar y político, fue presidente desde 1932 hasta 1938 al frente de una coalición denominada Concordancia en elecciones amañadas en las que fue prohibida la participación de los radicales.

62 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 17.

Sobre el caso La Prensa (marzo de 1951)

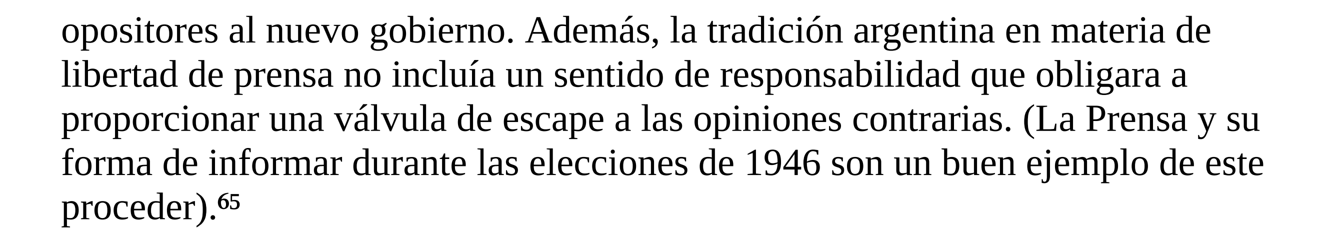
La libertad es un problema que la humanidad no ha resuelto. Las libertades de expresión y de prensa, que son muy distintas, no han corrido mejor suerte. Ni el socialismo real ni el capitalismo la han cristalizado por razones que exceden los límites de este trabajo y la sabiduría de quien escribe. Sobre las diferencias entre la libertad de expresión y la libertad de prensa, podemos apuntar que la primera se refiere a individuos y colectivos sociales, y la segunda —como bien ha definido Rafael Correa—[63] a la del dueño de la imprenta.

En 1947 el diario Democracia es vendido por sus primeros dueños y será, de allí en más, un órgano del peronismo. Después se forma Alea S.A., que compra los diarios Crítica, La Razón, Noticias Gráficas y Época. La sede de Alea se ubica en el edificio más alto del Buenos Aires de aquel entonces, el Alas, cercano al puerto, de cuarenta y dos pisos, en la avenida Leandro N. Alem 719. El director del conglomerado es Carlos Aloé,[64] quien también oficia de secretario administrativo del presidente.

Fuera de la influencia peronista quedan La Prensa, La Nación, Clarín y órganos partidarios como La Vanguardia. De manera que se puede decir que hay pluralidad de voces. Pluralidad que los dueños de los monopolios informativos ven —y verían siempre— como enemiga de la libertad de prensa.

Joseph Page —que vos juzgarás quizá como más comprometido que este amigo con la libertad de prensa— describe así la situación anterior al avance peronista sobre los medios de difusión:

La prensa libre había estado en 1946 casi por completo en manos de los


opositores al nuevo gobierno. Además, la tradición argentina en materia de libertad de prensa no incluía un sentido de responsabilidad que obligara a proporcionar una válvula de escape a las opiniones contrarias. (La Prensa y su forma de informar durante las elecciones de 1946 son un buen ejemplo de este proceder).[65]

Y luego agrega:

Por lo tanto, el asegurarse la publicación de material favorable a Perón constituía una prioridad comprensible.

Después aclara que el esfuerzo peronista fue más allá de lo justo porque se procedió no solo a competir con los editores antiperonistas sino también a destruirlos. Sería interesante discutir qué considera Page lo “justo”. No lo haremos en honor a la brevedad, aunque parte de la respuesta la podemos encontrar en sus mismas palabras:

La Prensa se identificaba con los intereses del sector agropecuario de la economía y no simpatizaba con las aspiraciones de la clase obrera.

[...] Había sido probritánico, antiyrigoyenista, proaliado, antifascista y pro Braden y no tenía ningún punto en común con Perón.

Pero Page lamenta los ataques que recibía el diario:

[...] el diario fue el destinatario obligado de las turbas. El edificio que lo alojaba

[...] fue atacado el 24 de enero de 1947 después de que, a continuación de un discurso de Perón desde el balcón de la Casa Rosada sobre el Plan Quinquenal, se reuniera una chusma bajo la conducción aparente de grupos de choque de la extrema derecha quienes gritaron insultos (¡yancófilos! ¡traidores!) y luego dispararon improvisados proyectiles provenientes de una obra en construcción contra las puertas cerradas del diario. (El destacado es de D.S.)

En 1949 el oficialismo impulsa una investigación de las operaciones financieras de La Prensa. Dos años después, a principios de 1951 estalla un conflicto gremial entre el diario y el Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines. El 23 de enero el sindicato presenta un petitorio a la empresa, constaba de tres puntos: la eliminación de las sucursales de la empresa, por cuanto competían con la labor de sus agremiados; que no hubiera suscriptores y el reconocimiento de que la entidad gremial tenía el derecho exclusivo a distribuir el diario; y la participación del sindicato en el 20% de las ganancias de los avisos clasificados con destino a su obra social.

Los dueños de la empresa no están de acuerdo y el gremio llama a un paro de actividades. El ministerio de Trabajo decreta la conciliación obligatoria, pero en las reuniones llevadas a cabo no se llega a acuerdo alguno.

La Prensa no se imprimía desde el 26 de enero.

El 27 febrero, algunos empleados del diario resuelven reanudar sus tareas, pero cuando se dirigen a los talleres los sorprende un piquete y tiene lugar un tiroteo. Un obrero del diario cae muerto —Roberto Núñez, de 36 años, de la sección Expedición— y catorce trabajadores son heridos.

La mayoría del Parlamento decide entonces “investigar” y el 11 de abril aprueba una ley por la cual se expropia La Prensa. El valor del diario menos la suma que

debía en concepto de derechos de importación daba un saldo negativo para su propietario, Alberto Gainza Paz, que se fuga a Montevideo y de allí viaja a Estados Unidos. El Parlamento cede el diario expropiado a la CGT y la publicación se reanuda a partir de noviembre.

Veamos algunos fragmentos de la famosa intervención de John William Cooke durante el debate en Diputados.[66]

Nosotros estamos contra La Prensa por razones mucho más serias, mucho más fundamentales. Estamos contra La Prensa porque creemos que diarios de esta clase son los que han minado las bases de la nacionalidad; creemos que La Prensa es uno de los obstáculos, como hay muchos otros en el continente, que han impedido o demorado todas las posibilidades de reivindicaciones proletarias en Latinoamérica.

[...] Nosotros estamos con los obreros y estamos contra La Prensa porque La Prensa, por supuesto, siempre estará, como ha estado hasta ahora, contra los obreros y contra nosotros.

Después se refiere al mensaje del Ejecutivo que hablaba de la “movilización capitalista internacional”. Dice que esa movilización es un hecho que se nota en todas las cadenas periodísticas y agencias noticiosas que son propiedad de los dueños de las minas de cobre y las grandes plantaciones.

La Prensa había creado un clima internacional a su favor y se levantaban voces airadas contra el atropello que sufría. El gobierno de Estados Unidos había dicho, a través de Edward Miller,[67] que sus relaciones con la Argentina se habían deteriorado a causa de la actitud del gobierno argentino en el caso La Prensa. Cooke contesta primero con un argumento formal, después con uno político:

Por lo pronto, existe un gran desequilibrio entre el hecho en sí, un conflicto gremial, y su repercusión en el plano internacional en el cual se intenta poner en juego el principio de la libertad de prensa.

[...] ¿Es acaso la libertad de prensa lo que ha dado lugar a esta declaración del señor Miller? Nosotros afirmamos que no. [...] Nosotros sabemos que, para el imperialismo, el principio de la libertad de comercio, el principio de la libertad de concurrencia, el principio de la libre actividad privada y el principio de la libre empresa son todos fantasmas y mitos que a la larga sirven para acentuar cada vez más la desigualdad que ya existe con los países coloniales y semicoloniales.

En esa inteligencia, para Cooke la libertad de prensa ha venido a constituir un instrumento más de sometimiento de los pueblos coloniales y semicoloniales. (Cualquier coincidencia con la actualidad no tiene nada de casual.)

Las empresas periodísticas como las que consideramos hoy están en un mundo de cartels, de holdings, de toda forma de integración monopolista. La llamada “prensa grande” no ha escapado a este proceso: se ha ido integrando, concentrando, y al final han venido todos los órganos de opinión de importancia comercial a quedar en manos de pocos propietarios que siempre están vinculados directamente a las altas finanzas y a los grandes negocios.

[...] El señor Miller tiene algunos ejemplos en su propio país. Cuando el presidente de la Associated Press, el señor Cooper, proclamó la necesidad de defender la libertad internacional de prensa, lo que quería era conservar la libertad de monopolio de su propia agencia. [...] Al mismo tiempo que formulaba esta declaración, en su propio país lo habían declarado ilegal por haberse comprobado las maniobras tortuosas que la Associated Press realizó para impedir que otras agencias menos poderosas tuvieran acceso a los medios de

información.

[...] Una de las publicaciones que gozan de más fe en los propios círculos afectos a este tipo de prensa, como The Economist de Londres, decía que a través de estas declaraciones "se preparaba el camino al dominio mundial de los Estados Unidos, mediante agencias informativas norteamericanas poderosas desde el punto de vista financiero". Por supuesto que al mismo tiempo la Associated Press acusó de idéntico delito a la revista The Economist. La verdad es que ambos tenían razón. A través de los años ha ido restringiéndose el número de periódicos y formándose las grandes integraciones capitalistas que manejan todos los medios de información, difusión y publicación de noticias escritas.

[...] La concentración de la industria conduce fatalmente al monopolio, tiende a la expansión y busca ampliar la zona dominada por los monopolios rivales. Es simplemente una ley económica de la sociedad capitalista. De ninguna manera una lucha de ideas.

Siete décadas después ya no quedan dudas, pero repitamos para subrayar: "La concentración de la industria conduce fatalmente al monopolio, tiende a la expansión y busca ampliar la zona dominada por los monopolios rivales. Es simplemente una ley económica de la sociedad capitalista. De ninguna manera una lucha de ideas". Lo que legitima la acción del Estado cuando este busca poner límites al discurso de la prensa concentrada, que tiene siempre una ideología que va de derecha a la extrema derecha; y justifica su inacción cuando los intereses del Estado son los mismos que los del capital concentrado.

Salvo contadas excepciones, la regla es que el periódico es un instrumento más de las clases dominantes en perjuicio de las clases económicamente menos favorecidas.

Un exdirector del diario New York Post y de la revista The Nation, ambos muy importantes en los Estados Unidos, decía lo siguiente: “A ningún director le pasa por la cabeza fundar un gran periódico a menos que su cuenta bancaria llegue a 10 o a 15 millones de dólares”. Esto lo dice un hombre que forma parte del sistema periodístico fundamental de los Estados Unidos.

Después de estas afirmaciones, ¿puede hablarse de prensa libre?, ¿o podemos dar a estas empresas el nombre que verdaderamente tienen? Son empresas de lucro, de integración capitalista, y que lógicamente buscan lo que buscan todas las empresas capitalistas: repartir dividendos, favorecer a los accionistas.

Desde 1951 a la fecha algunas cosas han cambiado. Los negocios de los monopolios informativos se han ampliado con la televisión primero e internet después. Los accionistas de las mismas empresas son accionistas de otras empresas en diferentes rubros, producción agropecuaria, telefonía, televisión, producción de papel, entretenimiento, editoriales y muchos otros. Es decir, básicamente el problema de la libertad de prensa se ha agravado. (Aunque es tema ajeno a este trabajo, podemos decir, también, que la concentración monopólica de la información genera en sus víctimas —espectadores, lectores, oyentes e internautas— una adicción que sostiene el mismo sistema. Se producen entonces algunos extraños procesos anticipados en las pesadillas imaginadas por la ciencia ficción.)

Nosotros creemos que, en lugar de dignificar el oficio periodístico, esos grandes diarios transforman a hombres dignos, que son los auténticos productores de este ramo de la difusión de noticias, en verdaderos prisioneros encerrados en cárceles sin rejas, obligados a servir los intereses de sus anunciantes.

No se puede confundir prensa libre con la empresa periodística que persigue un negocio.

Y por fin John declara:

Nosotros estamos contra La Prensa. Si la comisión llega a decirnos que La Prensa está en regla, que no ha trasgredido ninguna disposición legal, ella seguirá su vida normalmente; pero nosotros estaremos contra ella, como La Prensa seguirá estando contra nosotros.

No es este para nosotros un planteo circunstancial, sino de fondo. Si La Prensa tiene razón, tiene que estar equivocado el país, y si tiene razón el país están equivocados La Prensa y todos los que tienen relación con ella.

Hoy el problema tiene un actor relevante, el Grupo Clarín. Sobre él dijo alguna vez el diputado radical César Jaroslavsky: “hay que cuidarse de ese diario: ataca como partido político y si uno le contesta, se defiende con la libertad de prensa”.[68]

---

63 Rafael Vicente Correa Delgado (Guayaquil, Ecuador, 1963), político, economista y catedrático, expresidente de Ecuador (2007-2017).

64 Carlos Vicente Aloé (Rosario, 1900-Rojas, 1978), militar y político peronista. Entre 1946 y 1952 fue jefe de Despacho de la Presidencia, en 1951 fue elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires, cargo en el que se desempeñó entre 1952 hasta el golpe de 1955. Tenía especial devoción hacia Perón —había estado a sus órdenes en la Escuela de Suboficiales en 1922— y por Evita. Los antiperonistas se burlaban de él, a quien llamaban “caballo”, por esa devoción y por sus simpatías gauchescas.

65 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier

Vergara, pp. 250 y ss.

66 Diario de sesiones, 16 de marzo de 1951; reproducido en John William Cooke, Obras completas, tomo I, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 397.

67 El Departamento de Estado creó el cargo de secretario de Estado adjunto para Asuntos de las Repúblicas Americanas en 1944. El 3 de octubre de 1949, el Departamento cambia la denominación a subsecretario para Asuntos Interamericanos. Edward G. Miller Jr. fue su primer subsecretario, desde el 28 de junio de 1949 hasta el 31 de diciembre de 1952, durante la presidencia de Harry Truman (1945-1953).

68 Nahum César Jaroslavsky (Paraná, provincia de Entre Ríos 1928-Buenos Aires, 2002) fue un dirigente político miembro de la Unión Cívica Radical. Se desempeñó como presidente del bloque de diputados de su partido durante la presidencia de Alfonsín y hasta 1991.

Otras cosas, esos años

En noviembre de 1943, se interviene la Universidad de Buenos Aires, el ministro de Justicia e Instrucción Pública, el ultraderechista Gustavo Adolfo Martínez Zuviría[69] (que usa como escritor el seudónimo Hugo Wast) amenaza que los subversivos serían eliminados. La UBA es entregada a los hombres de los Cursos de Cultura Católica, Tomás Casares[70] es rector y Atilio Dell'Oro Maini,[71] decano de Derecho.

A la Universidad del Litoral va como interventor Jordán Bruno Genta[72] que está muy vinculado al GOU, logia a la que había aleccionado en los principios del catolicismo integrista. El GOU "definía un amplio espectro de enemigos que incluía a Estados Unidos, los comunistas, los judíos, la masonería y los 'organismos de ayuda a las democracias'".[73] Al arribar, Genta expresa que con él llega Aristóteles, tras lo cual cesantea a la mitad de los profesores y expulsa a centenares de estudiantes, provocando un escándalo que se lo lleva puesto. (Advirtamos que el griego de Estagira no tuvo nada que ver con este despropósito, ya que para entonces estaba muerto hacía más de dos milenios.) Lo envían entonces a la Escuela Superior del Magisterio, donde deja en claro que nuestras raíces son la tradición greco-romana y la hispano-cristiana.

Los hombres de la Acción Católica promueven la reforma de la Constitución para ubicar a Dios y no al ciudadano como origen de la soberanía, también impulsan la enseñanza religiosa en las escuelas para "poner a las libertades el límite de la verdad y el bien común".[74] Martínez Zuviría dice que el programa de gobierno es cristianizar el país y fomentar la natalidad más que la inmigración.

En ese clima y para festejar la circuncisión del Señor, el presidente Pedro Pablo Ramírez firma, el 31 de diciembre de 1943, el decreto que establece la enseñanza religiosa en las escuelas públicas del país, tanto las primarias como

las secundarias.

Si bien la política no es la sucesión de anécdotas personales, estas suelen permitir que imaginemos una situación. Así cuenta Horacio Verbitsky su historia personal:

En la escuela de la provincia de Buenos Aires donde comencé la primaria en 1948, los tres alumnos judíos de mi grado debíamos aguardar a la intemperie del patio mientras nuestros compañeros asistían a la clase de religión. Al terminar era común que algunos de ellos nos encararan con una tremenda acusación, incomprensible para nosotros: “Ustedes mataron a Jesús”. Así comenzaban unas desiguales batallas a trompis, patadas y reglazos, que no concluían hasta que alguien sangrara.[75]

En la Argentina no arraigó en el pueblo un sentimiento antijudío como en la vieja Europa. Los judíos que llegaron al país no fueron masoquistas, el país no tuvo persecuciones de importancia, pese a la continua y paciente labor de la Iglesia católica que enseñó por generaciones el odio hacia el pueblo que había matado a Dios. Pero estas delicias clericales las veremos más adelante.

El decreto de Farrell da lugar, hacia fines de 1946, a un debate parlamentario para su transformación en ley. El ominoso objetivo se cumple los primeros días de marzo de 1947.

Se usaría el dogma católico en la formación de mejores ciudadanos. Son tiempos en que al Vaticano lo desvela la amenaza comunista, todos sus esfuerzos están dirigidos a frenar la atea influencia del Kremlin. Son, también, tiempos de estrechos vínculos con Perón. La vigencia de la nueva ley se extendería hasta 1954, cuando el mismo general la derogaría; para ese entonces sus lazos con la Iglesia católica estarían hechos añicos.

Ateo y existencialista, el diputado John William Cooke vota a favor de la ley. En su declaración ante la Comisión Especial Investigadora sobre el Petróleo de la Cámara de Diputados[76] se arrepentirá de su actitud:

SCHAPOSNIK: ¿Usted estuvo en contra de la enseñanza libre?

COOKE: Sí.

SCHAPOSNIK: Consecuente con la posición de su época universitaria...

COOKE: En efecto, aunque esa línea sufrió una interrupción cuando en 1946 voté por la ley de la enseñanza religiosa. Fue una decisión basada en las necesidades políticas que entonces tenían prioridad, pero siempre me quedó la duda de si había procedido en la mejor forma.[77]

---

69 Gustavo Adolfo Martínez Zuviría (Córdoba, 1883-Buenos Aires, 1962) fue figura del integrismo católico. En 1907 su tesis de doctorado había sido: "¿A dónde nos lleva nuestro panteísmo de Estado?", la tesis fue rechazada porque iba a contracorriente de la Constitución. Se afilió al partido de Lisandro de la Torre, al que años después renunció por su orientación laicista. Promovió los Cursos de Cultura Católica, creados en 1922, para formar dirigentes católicos.

Fue un encomioso difusor del antisemitismo, obsesionado porque el país tenía que resolver la "cuestión judía". Martínez Zubiría tuvo varios cargos públicos: en 1930, el general Uriburu lo designó director de la Biblioteca Nacional; en

1941, Justo lo nombró interventor de Catamarca; y Ramírez ministro de Instrucción Pública donde se puso a trabajar para la “restauración de la fe”.

Como escritor usó el seudónimo Hugo Wast.

70 Tomás Darío Casares (1895-1976), abogado y filósofo, integró la Corte Suprema de Justicia. Fue el creador y director de los Cursos de Cultura Católica, origen de la Universidad Católica Argentina.

71 Atilio Dell’Oro Maini (1895-1974), ministro de Educación de los dictadores Eduardo Lonardi y Pedro Eugenio Aramburu durante la Libertadora.

72 Jordán Bruno Genta (1909-1974), escritor y filósofo nacionalista católico. En sus obras promovió la jerarquización del saber en el marco de la metafísica de la filosofía tradicional aristotélico-tomista y el espíritu católico.

73 Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 167.

74 Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 169.

75 Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 209.

76 Luego publicada como Peronismo y petróleo en 1964 y como Peronismo e integración en 1972.

77 John William Cooke, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974.

Cipriano Reyes

Cipriano Reyes[78], el líder laborista, pronto rompe con Perón y, desde la soledad, emprende una ácida lucha que el peronismo se la cobraría malamente.

En octubre del 46, los agentes de la Policía Federal que lo vigilan observan que se reúne con un diplomático soviético. Semanas después, armado con un revólver y acompañado por dos guardaespaldas, se entrevista con un integrante de la embajada norteamericana.

El 4 de julio del 47, Cipriano Reyes sube a un taxi en su domicilio en La Plata rumbo a Buenos Aires, en el camino su vehículo recibe una ráfaga de ametralladora desde otro automóvil. El taxista muere y Reyes sufre varias heridas, algunas en su cabeza; su entrada en el Congreso con la cabeza vendada y su denuncia del atentado serán dramáticas.

En enero de 1948 el gobierno despoja al Partido Laborista de su personería legal, los laboristas no podrían participar de las próximas elecciones parlamentarias de marzo. Reyes perdería su banca.

El 24 de septiembre el jefe de la Policía da a conocer en conferencia de prensa que su fuerza ha abortado un complot contra la vida del Perón y de Evita. El doble asesinato, asegura, estaba planeado para la noche del 12 de octubre, durante la función de gala del Teatro Colón. Pero todos deben estar tranquilos: los responsables están presos. Entre ellos, Cipriano Reyes y once secuaces, la mayoría militantes del laborismo. Se implica también a algunos sacerdotes y a John Griffiths, de la embajada estadounidense, que, para ese entonces, estaba en Uruguay.

Cipriano Reyes va a parar a la “sección especial” de la Policía, donde lo someten a eléctricas preguntas. Lo único que le sacan es su confesión de que en una oportunidad había cenado con el yanqui. En abril de 1949 el juez ordena su libertad, le dura poco el aire fresco, unos días después lo vuelven a arrestar; y seguiría preso hasta el golpe del 55. Joseph Page cuenta que Eduardo Colom aseguró que eso se debía a que “Cipriano Reyes había jurado matar al presidente, y Perón sabía que él era capaz de cumplir la amenaza”.[79]

Volvamos para atrás. Cooke y otros tres diputados han asesorado al canciller argentino en la Conferencia de Río de Janeiro. Cipriano Reyes da a entender que han recibido una retribución pecuniaria por tal asesoría. Cooke le responde:

El diputado Reyes ha querido centrar en mí el fuego de la oratoria que viene cultivando desde el momento en que abandonó las filas de la revolución. Por muchas razones no voy a entrar en polémica con el señor diputado Reyes. No lo haré, no porque él no tenga la mentalidad de los nuevos Demóstenes o porque se le impida aspirar a las cátedras de los viejos profesores con quienes ahora milita, sino porque quiero estar por encima de esas miserias. Pero si alguno de los diputados cree que el diputado que habla ha violado cualquier norma moral, que plantee, no remitiéndolo a la lectura de La Vanguardia, sino cruda y terminantemente en el recinto la cuestión y diga en qué, por qué, cómo y cuándo ha violado el mandato y la confianza depositada en él por los electores.[80]

---

78 Cipriano Reyes (Lincoln, provincia de Buenos Aires,1906-La Plata, provincia de Buenos Aires, 2001) fue un dirigente sindical de la industria de la carne, fundador del Partido Laborista. Jugó un papel central el 17 de octubre de 1945.

Hijo de un artista de circo uruguayo que había llegado al país para trabajar en el

circo de los Podestá, tenía siete hermanos. A los 14 años se mudó con sus padres a Zárate y trabajó en el frigorífico Armour, y en 1923 participó en la fundación del primer sindicato de la carne del país, trabajando en la corriente sindicalista revolucionaria.

A principios de la década de 1940 se radicó en Berisso. Trabajó como obrero en el frigorífico Anglo y reanudó su militancia sindical en un gremio con fuerte presencia comunista. En su biografía, Reyes definió su ideología como un socialismo no marxista.

A fines de 1943 lidera el Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne, una escisión de la Federación de Obreros de la Industria de la Carne (FOIC) conducido por entonces por el comunista José Peter.

En el 43 fue uno de los sindicalistas (junto a Ángel Borlenghi, Juan Atilio Bramuglia, José Domenech, David Diskin, Alcides Montiel, Lucio Bonilla, Luis Gay, Modesto Orozo, René Stordeur, Aurelio Hernández, Ángel Perelman, entre otros) que trabó alianza con un grupo de militares encabezados por los coroneles Juan Perón y Domingo Mercante.

Por esa época Reyes, junto a Luis Gay, funda el Partido Laborista de Argentina con el fin de apoyar la candidatura de Perón en las elecciones del 24 de febrero de 1946. Cuando el 23 de mayo de 1946 Perón ordena que se disolvieran los partidos que habían apoyado su candidatura y se integraran al Partido Único de la Revolución, Cipriano Reyes se opone y rompe con Perón. Encarcelado desde 1948, fue indultado en 1955 tras el golpe de Estado. En 1957 reorganizó el Partido Laborista con una posición opuesta a la dictadura y partidaria de restablecer la Constitución de 1949.

Escribió cuatro obras: ¿Qué es el laborismo?: Exposición de las ideas que

forman la base ideológica (Buenos Aires, Ediciones R.A., 1946), Mi sermón de la llanura (Buenos Aires, Ramos Americana Editora, 1980), Yo hice el 17 de octubre (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984), La farsa del peronismo (Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1987).

79 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 258.

80 Diario de sesiones, agosto de 1947; reproducido en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 33.

De ferrocarriles y autos

Desde 1946 hasta 1955 John William Cooke es profesor titular de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, y da conferencias como la que aquí traemos, pronunciada en el Centro Universitario Argentino en 1947 bajo el título "Perspectivas de una economía nacional". Aquí desarrolla varios temas, tomaremos sus referencias acerca el ferrocarril y el automotor.[81]

Ahora que la revolución los recuperó [se refiere a los ferrocarriles], nos toca restaurar el cauce normal de los ferrocarriles y las comunicaciones, en forma que respondan a nuestra propia economía.

[...] Desde el sur al norte se van sucediendo una gradación de climas. Por consiguiente, tenemos una producción de sentido horizontal. Para conseguir y llegar a una economía complementaria e integral, es necesario unir esa línea horizontal de producción con un camino vertical, función que realizaba antiguamente el camino al Alto Perú. A esa línea eje convergían líneas horizontales a depositar sus productos. El todo tendía a la distribución del tráfico de productos en la extensión del país.

El ferrocarril, en cambio, y vuélvase a pensar en el mapa, ha ido exclusivamente a buscar las materias primas que necesitaban las industrias del mismo origen que el ferrocarril. Y esas industrias estaban financiadas, lógicamente, por el mismo grupo que financiaba los ferrocarriles.

¿Iban a ponerse los ferrocarriles al servicio del progreso del país contra sus propios intereses? Sin embargo, durante más de cincuenta años se nos ha querido

convencer de esta quimera.

Digresión histórica. La construcción del Ferrocarril Oeste se realizó con capitales privados nacionales y de la provincia de Buenos Aires en 1854. Pero ocho años después, en 1862, los capitales privados resolvieron retirarse y todo pasó a manos estatales.

Cuando los ingleses quisieron tener vías férreas a bajo precio, no solamente por las ganancias de su explotación, sino para abrir nuevos mercados a sus manufacturas, fundaron el Ferrocarril Gran Sur de Buenos Aires. A los tres meses de asumir la presidencia, Juárez Celman[82] vendió la vía troncal del Ferrocarril Andino a una compañía inglesa, en 1887 el Central Norte y poco más adelante gran parte del Ferrocarril Oeste. “Pienso vender todas las obras públicas —dijo en su mensaje presidencial de 1887— para pagar con ese oro nuestra deuda, porque estoy convencido de que el Estado es el peor de los administradores”.[83]

En 1890, los mil kilómetros de vías que todavía pertenecían al Ferrocarril Oeste fueron vendidas a la compañía The Buenos Aires Western Railway Limited por la suma de 8.134.920 libras.

Además del ferrocarril, el progreso técnico nos ha traído el camino.

Pero en nuestro país, transformado en campo de lucha de dos imperialismos, tanto el ferrocarril como el camino, libraban en verdad, no una lucha por la prosperidad de nuestro territorio, sino un combate feroz por obtener la primacía y la influencia en esta zona de América.

El motor a explosión, el automóvil, en suma, requería dos cosas: caminos y petróleo. En la guerra mundial por este combustible, Inglaterra había quedado originariamente rezagada y Estados Unidos se había adelantado. Lo que costó a Inglaterra ponerse a la altura de su rival es la historia increíble de la Royal Dutch.[84] Vino la guerra del 14 y Estados Unidos comenzó recién a extender sus capitales en Sudamérica. Nuestro país comenzó a ser un importante mercado de los productos norteamericanos, especialmente automotores.

Pero seguían faltando caminos, a pesar del artículo cómicamente serio de la Ley Mitre. Los pocos que existían iban a parar justa y precisamente a las estaciones [ferroviarias].

La lucha estaba, pues, planteada. Un imperialismo poseía automotor y petróleo, el otro ferrocarril y carbón.

---

81 John William Cooke, Obras completas, tomo IV, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 25.

82 John William Cooke, Obras completas, tomo IV, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 25.

83 Ideas similares a las que un siglo después tendrían Carlos Menem y Roberto Dromi.

84 El Grupo Royal Dutch Shell se creó en 1907 cuando la Real Compañía Neerlandesa de Petróleos y la Compañía Shell Transport and Trading Company Ltd. fusionaron sus operaciones para competir contra el entonces gigante estadounidense, Standard Oil.

Homero

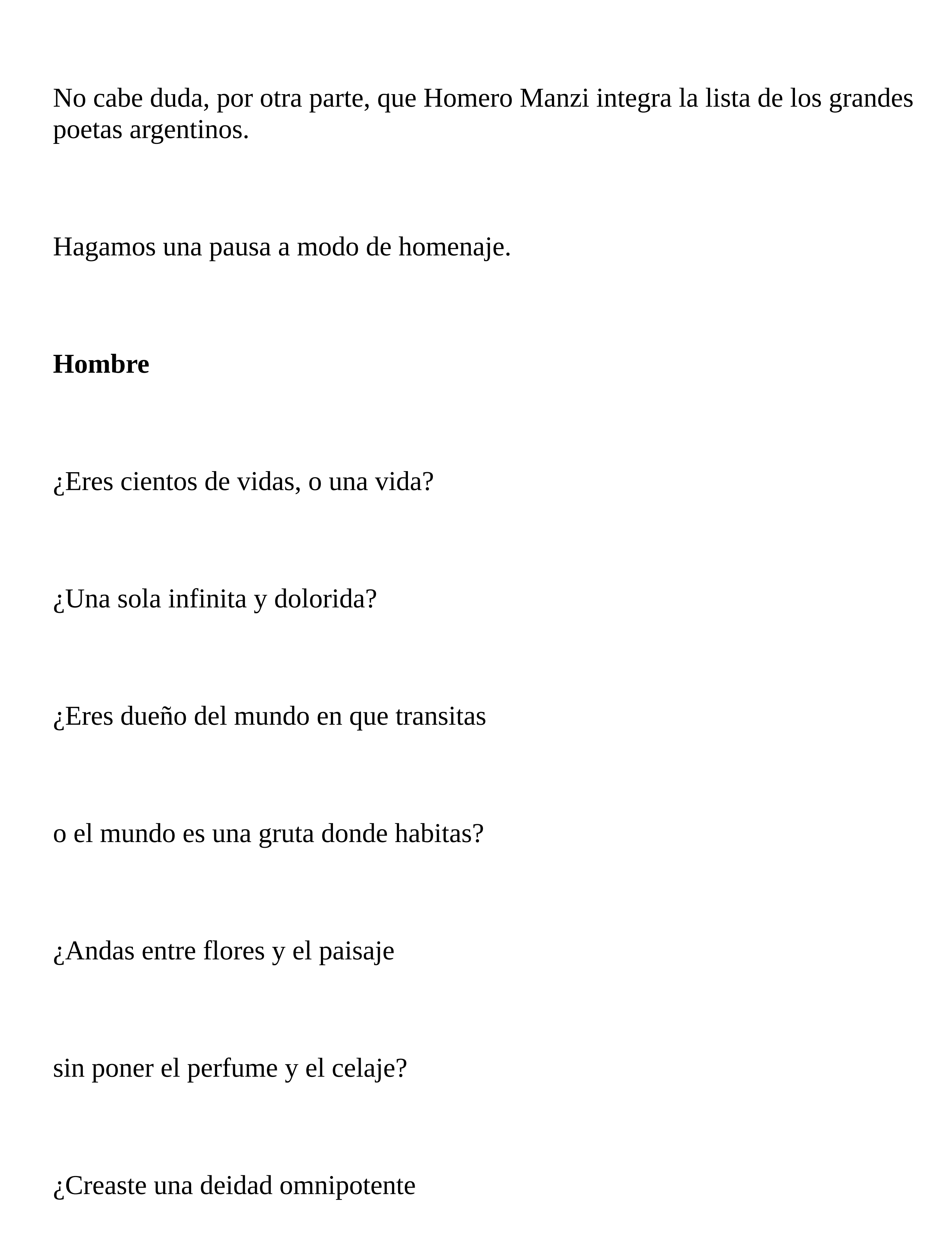
El 3 de mayo de 1951 muere Homero Manzi, amigo y camarada de John, a la edad de cuarenta y tres años. Una semana después, el 10 de mayo, Cooke lo saludará en la Cámara; hablará de la persona, del militante, del hombre de letras, recordará algunos de sus versos.

Hay un párrafo interesante, que bien leído habla mucho de Cooke:

Expresó con clara fuerza poética todo lo que encierra de belleza la magia de ese paisaje, que ya había cantado Carriego en tono menor, y que Borges esculpió en formas diamantinas que superan lo local para darle significación universal.

Borges no es ciertamente un desconocido, pero faltan aún cuatro largos años para que la Libertadora lo transformara en el paradigma del intelectual argentino, y Cooke ya sabe que ese antiperonista visceral es lo que es, un grandísimo narrador y poeta. Y no solamente eso, además, lo dice. El diputado peronista afirma en la Cámara que “Borges esculpió en formas diamantinas que superan lo local para darle significación universal”.

Dirá también que “Manzi volcó su talento poético en el tono menor de la milonga y del tango”. Pobre comentario este, John, que me es imposible dejarlo pasar. Excede el objetivo de este trabajo el equívoco de los “tonos” menores y mayores, que a eso se refiere erróneamente Cooke. Solamente quiero apuntar que no existen géneros menores ni mayores sino grandes y pequeñas obras. Más en nuestro país, donde notables escritores han trabajado el “policial” que hoy bien llamamos “género negro”, arquetipo de lo que para algunos es un “género menor”.



No cabe duda, por otra parte, que Homero Manzi integra la lista de los grandes poetas argentinos.

Hagamos una pausa a modo de homenaje.

Hombre

¿Eres cientos de vidas, o una vida?

¿Una sola infinita y dolorida?

¿Eres dueño del mundo en que transitas

o el mundo es una gruta donde habitas?

¿Andas entre flores y el paisaje

sin poner el perfume y el celaje?

¿Creaste una deidad omnipotente

para que manejara tu presente

y tu pasado y lo que nunca ha sido,

lo muerto, lo vital, lo presentido?

Cruzas frente al espejo de tu espejo

y no eres el reflejo de un reflejo.

Manejas tardes y también mañanas

y ríos y amapolas y ventanas

y lágrimas y sombras y canciones

y juncos y fatigas y emociones

y guerra y paz y prados y ciudades

y juventud y ancianidad y edades

y libros y banderas y armonías

y das luna a la noche y sol al día.

Mides los mundos que tú hiciste mundos

con teoremas exactos y profundos.

Trabajando en tu nada y en tu todo

pintas blanca la nieve y negro el lodo.

Prescribes lo moral y abres caminos

y ponderas valores y destinos.

Juzgas para esta vida y otra vida.

Ésta fugaz y la de allá dormida,

sobre un tiempo sin tiempo
/—fuego o nube—

y dices que el mal rueda y el bien sube.

Corres como un gigante desolado

con fuerzas que tú mismo has convocado

y de pronto, cortando tu carrera,

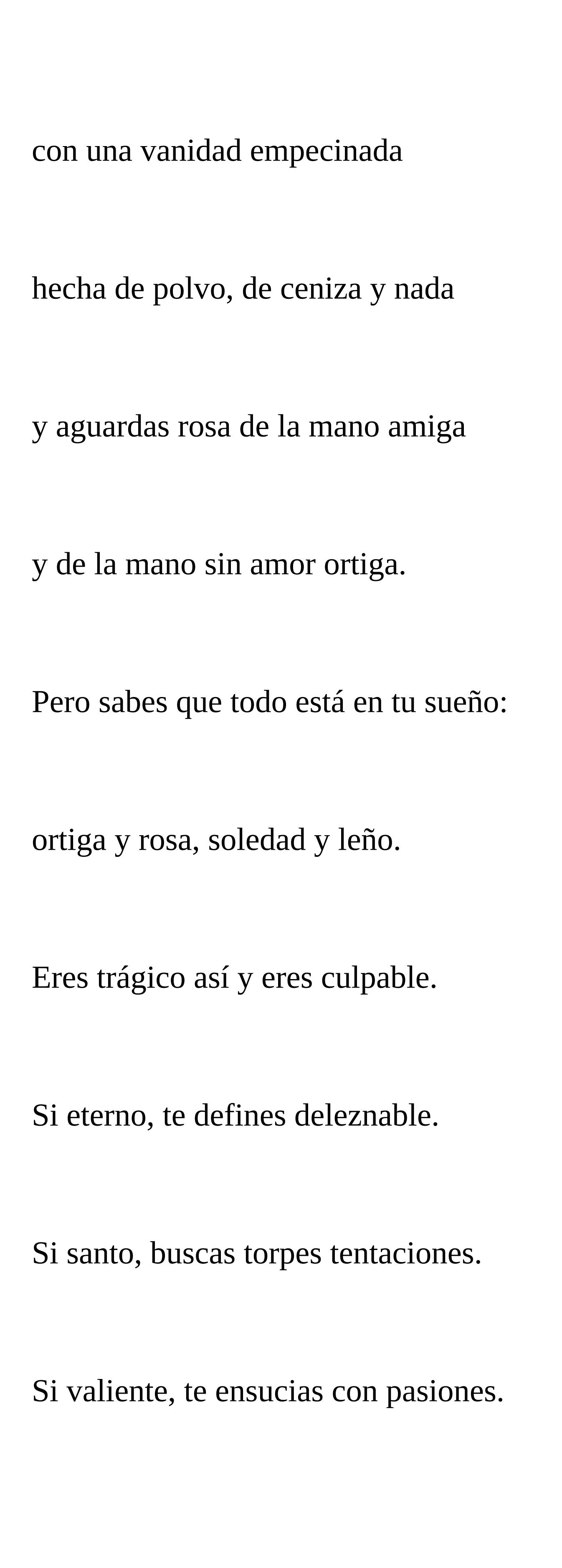
te blasfemas, te lloras, te veneras,

te conviertes en cientos de millones

que maldicen o rezan oraciones

y te cambias el rostro en cada suerte

y vuelves a la vida y a la muerte



con una vanidad empecinada

hecha de polvo, de ceniza y nada

y aguardas rosa de la mano amiga

y de la mano sin amor ortiga.

Pero sabes que todo está en tu sueño:

ortiga y rosa, soledad y leño.

Eres trágico así y eres culpable.

Si eterno, te defines deleznable.

Si santo, buscas torpes tentaciones.

Si valiente, te ensucias con pasiones.

Eres trágico así y eres absurdo
cuando te vistes con el gesto burdo
y abismas en fracaso abominable
el bien, de cuya norma eres culpable
y cuando hieres con tus propias manos
tu propio corazón en tus hermanos
y descargas la furia de tus brazos
sobre el propio dolor de tus pedazos
y destruyes los sueños de ti mismo,
lanzando lo que es tuyo hacia el abismo.
¿Cómo puedes herir a la criatura

que es una imitación de tu figura?

¿Cómo puedes gozar del cataclismo

si está hecho todo en carne de ti mismo?

¿Si el cielo, la perdiz y la cabaña

salieron desde el fondo de tu entraña?

¿Si la bestia que pace y los pastores

tienen tu amor y tienen tus dolores?

Hombre que todo lo soñaste un día,

no puedes solazarte en la agonía.

Y no puedes mentir que son mil vidas

ajenas a tus manos atrevidas.

Eres uno, el primero, el que hizo todo.

Blanca la nieve blanca y negro el lodo.

El que duerme en las hondas sepulturas

y despierta después en las criaturas.

El creador de sí mismo, el propio dueño.

El responsable de su enorme sueño.

Deja tu vanidad empecinada

hecha de polvo, de ceniza y nada,

y vuelve a ser el ángel legendario

que hizo la cruz y que labró el rosario.

No puedes ver morir con sorda calma

las cosas que pariste con el alma.

Nada menos que tú, que eres poeta

y fuiste tu factor y tu profeta.

Nada menos que tú, que de tan noble

trajiste hasta tu casa el pez y el roble.

Y que hiciste infinita la medida

para encoger tu imagen y tu vida.

Y que al solo fervor de tu mirada

dibujaste los cosmos en la nada.

Y que al solo temor de hacerte malo

nombraste un juez y le entregaste el palo.

¡Cómo puedes fraguar maldad y muerte

si hiciste a Dios para no ser tan fuerte...!

Homero Manzi

El dilema peronista de la deuda. El primer final

Nos preguntábamos más arriba si pudo la Argentina haber hecho con sus reservas más que lo que hizo, más que el plan de nacionalizaciones. Para desarrollarse, la economía argentina necesitaba materias primas, bienes de capital[85] y manufacturas que solamente podía proveer Estados Unidos. El problema radicaba en que el país ofrecía a cambio productos agropecuarios, y a la Unión esos productos le sobraban. Inglaterra necesitaba los productos argentinos, pero no podía dar a cambio los dólares que la economía argentina carecía.

La solución era convertir en dólares las libras que el león británico debía y gastarlos en importaciones norteamericanas. Pero eso no era fácil.

En 1946 el país disponía de 1.100 millones de dólares de reservas. Las reservas comenzaron a bajar en el 48, hacia fines de ese año, apenas llegaban a 258 millones de dólares. Y, para 1950, ya no quedaba nada.[86]

Ahora bien, algo más de la mitad de esas reservas eran libras bloqueadas, convertibles después de que Londres cediera a los acuerdos de Bretton Woods, y de vuelta inconvertibles a partir del 20 de agosto de 1947.[87]

Algo antes, hacia finales del 46, había llegado a Buenos Aires una misión londinense para redefinir las relaciones entre Argentina y el Reino Unido. Miranda y Sir Wilfred Eady trataron la deuda británica, el comercio y los ferrocarriles. Miranda sostuvo que el país no debía comprar hierro viejo con los fondos adeudados por el reino[88] y las negociaciones se estancaron. Hasta que finalmente Perón resolvió ceder. La Argentina podría utilizar la deuda si su

balance comercial con los británicos era deficitario. El gobierno temía que una demora aumentara el riesgo de la licuación de los fondos por la inflación de posguerra y, además, corría la versión de que Estados Unidos se haría de los ferrocarriles como garantía de su crédito a Gran Bretaña.

El boleto de compraventa de los ferrocarriles británicos y sus compañías subsidiarias fue firmado el 13 de febrero de 1947, el “hierro viejo” se pagaría con las libras adeudadas. Pero seis meses después, en agosto, Londres declaró la inconvertibilidad de la libra y el pacto Eady-Bramuglia se arruinó.

Las conversaciones se reanudaron, y en febrero del 48 se firmó el pacto Andes. El convenio establecía el pago de los ferrocarriles británicos con las exportaciones de ese año y la liberación de los saldos bloqueados en Londres, aunque no su convertibilidad en otras divisas. Dicho de otra manera, se pagaba con dinero efectivo por un lado (la exportación de cereales y carnes) y con reservas inconvertibles por el otro.

Las libras se consumieron por dos razones: los precios de las materias primas argentinas bajaron provocando ingentes pérdidas (los británicos sacaron a relucir el peligro de la aftosa y amenazaron reemplazar los productos argentinos con similares de Australia y Nueva Zelanda) y los precios de las manufacturas inglesas aumentaron.

Otra vez, como siempre.

El gobierno invirtió casi todas las reservas (un poco menos de 1.000 millones de dólares) en nacionalizaciones. Casi dos tercios (645 millones) fueron para la compra de los ferrocarriles, 95 millones a la nacionalización de las compañías de teléfonos —la ITT y la River Plate Telephone Company— y el resto a repatriar empréstitos.

Ahora bien, ¿qué había detrás de los ferrocarriles?

La nacionalización de los ferrocarriles beneficiaba a los terratenientes y a los industriales, pero de distinta manera y con diferente volumen. Por un lado, los ferrocarriles determinaban la renta agraria, y su nacionalización servía a los terratenientes porque el déficit del ferrocarril era una forma de subvencionar la renta agraria. Por otro lado, los industriales podían ampliar su mercado interno a través del ferrocarril, lo que no estaba mal, nada mal, pero equivalía a mucho menos que la tajada de los terratenientes. Para los industriales, lo mejor hubiera sido que la compra de los ferrocarriles no se hiciera con divisas, ya que la industria las requería para comprar insumos y bienes de capital en el extranjero.

Perón no tenía en su mira favorecer a los terratenientes.

Pero tampoco debilitarlos.

Más aun, estaba convencido de que los necesitaba, ya que las exportaciones agrarias permitirían el despegue industrial. Por eso también tuvo una política de diversificación de mercados. Para 1950, se exportaría a los mercados no ingleses 115.000 toneladas (contra 232.000 del mercado del Reino Unido) pero pagarían más del doble por tonelada que los británicos.[89]

Es un hecho que el gobierno no dedicó las reservas al Plan Quinquenal. Es un hecho que cedió ante los británicos, y es un hecho que lo hizo por no lesionar los intereses de la burguesía terrateniente en el marco de su bonapartismo. Además, creía que el plan sería solventado por las exportaciones agrarias a través del IAPI. Pero el Plan Marshall primero, la baja de los precios internacionales de los productos agropecuarios y un par de años de sequía hacia comienzo de la década

de los años cincuenta hicieron imposibles las metas.

Cuando se lanzó el Plan Marshall de revitalización de la industria europea, se pensó que era la solución a los problemas de divisas. Declaraciones de Washington hicieron creer que Estados Unidos compraría productos argentinos con dólares para reenviarlos a Europa, pero los temidos excedentes agrícolas norteamericanos hicieron que pocos dólares arribaran a estas playas. Incluso se discriminó al país en la ejecución del plan beneficiando a otros países como Canadá. Buenos Aires tuvo que imponer restricciones al flujo de dólares, trabando el giro de ganancias de las compañías norteamericanas, lo que a su vez puso más de pica a Washington.

Con precios bajos y sin reservas, el gobierno eyectó a Miranda.

Gómez Morales sería otra cosa: la aproximación a Estados Unidos, que era lo que quería buena parte de las clases dominantes.

El gobierno del general se dio (y cedió) a hacer posible ese acercamiento. Pero pongamos las cosas en el lugar correcto: se trataba de un acercamiento en resistencia. Digamos: una subordinación con dignidad. No de un acatamiento sin condiciones, no la cobardía infame de rifar el futuro y la viabilidad misma del país, como había sido el pacto Roca-Runciman, y como serían décadas después la política de José Alfredo Martínez de Hoz con sus militares malvineros, las “relaciones carnales” del gobierno de Carlos Menem o el sometimiento infame del macrismo.

No obstante, para ese acercamiento, hombres como John William Cooke no eran necesarios; más aun, serían un obstáculo.

John William Cooke, el orador brillante, el intelectual de la bancada oficialista, el memorioso de las tres banderas peronistas no tuvo lugar en las listas de candidatos para las próximas elecciones de noviembre de 1951. Cooke ya no sería diputado.

---

85 Un bien de capital es aquel que forma parte del patrimonio de una compañía. Asimismo, permite producir un bien de consumo que se venderá al público. Es decir, los bienes de capital son aquellos utilizados para llevar a cabo el proceso de producción. Por ejemplo, la maquinaria que requiere una fábrica y que pertenecerá a la compañía por un prolongado periodo.

86 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 120.

87 Antes de declararse la inconvertibilidad de la libra la Argentina pudo transformar en dólares apenas 59 millones de esa moneda.

88 Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 203.

89 Rodolfo Puiggrós, El proletariado en la revolución nacional, Buenos Aires, Editorial Trafac, 1958, p. 101.

PARTE 3

Crítico desde el exilio

Una vez le pregunté a Novecento en qué demonios pensaba mientras tocaba, y qué estaba mirando, siempre con la vista clavada delante, y, en fin, adónde se iba con sus pensamientos, mientras las manos iban arriba y abajo sobre las teclas. Y me dijo: “Hoy he acabado llegando a un país bellísimo, las mujeres tenían el cabello perfumado, había luz por todas partes y estaba lleno de tigres”.

Novecento

Alessandro Baricco

Imaginemos. Una mañana de junio 1955 suena el teléfono en la casa de Cooke. Despertado de un sueño feroz, John mira el reloj: aún no son las siete de la mañana. Se ha acostado a las cuatro, quizá a las cinco de la madrugada. ¿Quién será?, se pregunta. Siempre hay gente molesta. Se inclina sobre su izquierda y manotea el auricular.

—Hola.

Tiene la boca pastosa.

—¿El doctor Cooke?

—Sí.

—Buen día, doctor, aguarde...

Es una voz femenina, quizá treinta años. Imagina las uñas rojas, los labios con rouge.

Bosteza.

—... un momento por favor. El presidente quiere hablarle.

¿El presidente?

Se le cruza por la cabeza que debe ser un chiste de César.

—Doctor Cooke.

Escucha la voz del presidente.

—...

—¿Cooke, está ahí?

—Sí, presidente.

Tres minutos después cuelga el auricular, hacía años que no hablaba con Perón.

Se pregunta qué querrá el viejo, qué diablos quiere ahora, después de tanto tiempo.

Los que se habían ido

A las 21:36 del 26 de julio de 1952 se escuchó la voz del locutor: “Cumple la Secretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación el penosísimo deber de informar al pueblo de la República que a las 20:25 horas ha fallecido la Señora Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación”.

La mayoría escucha con horror; otros deponen por un momento su enojo por respeto o por temor al momento final y definitivo de la muerte; pero también escuchan al locutor los que solo saben odiarla, los que brindan por las llamas eternas que le esperan a la puta.

María Eva Duarte, Evita, fue una persona impar en la historia argentina. Como todos los grandes personajes, comparte el recuerdo con su mito, que en el caso de Evita es según quien lo mente. “Desde que yo me acuerdo —ha escrito en La razón de mi vida—, cada injusticia me hace doler el alma como si me clavase algo en ella. De cada edad guardo un recuerdo de alguna injusticia que me sublevó desgarrándome íntimamente.” También dirá “donde existe una necesidad nace un derecho”. La cuña de un pensamiento obrero en la Comunidad Organizada.

Eva no es motivo de este trabajo y no es aconsejable memorarla de paso. En los primeros días de 1952, casi moribunda, Evita le ofrece al joven Cooke la dirección del diario Democracia. John rechaza el ofrecimiento y le contesta que no quiere terminar peleándose con la “corte de obsecuentes”.[90]

• • •

Tempranamente, en 1949, Manuel Ugarte se distancia después de reiterados desencuentros con la Cancillería y con los nuevos funcionarios que siguieron al desplazamiento de Bramuglia.[91] En la carta de renuncia que dirige a Perón apunta: "Sigo creyendo que la revolución resulta necesaria y benéfica en muchos aspectos. Pero entiendo que el jefe no supo defenderse de la lisonja y decepcionó a sus colaboradores más íntegros".

Raúl Scalabrini Ortiz se va a plantar álamos a Villa Paranacito. Habían dejado de aparecer Sexto Continente y Latitud 34, las revistas donde colaboraba, y por radio ya no se escucha su voz. Sobre lo que no puede hacer diría: "Es claro que mi obra tenía un precio: el precio que yo siempre pongo, la absoluta libertad para escribir, y el gobierno de Perón hubiera sido constantemente hostigado por mí, para bien del país y de Perón. No le critico siquiera haberse rodeado de adulones. El hombre de gobierno necesita esa corte de lisonja para sostenerse, para confortarse, para continuar esa tremenda tarea de conducir al país entre las tremendas dificultades internas y externas. Pero debió haber dejado un resquicio, una trinchera, algo desde donde hubiéramos podido continuar adoctrinando y enseñando".[92]

En 1950 Arturo Jauretche renuncia a la presidencia del Banco de la Provincia de Buenos Aires. No quiere enfrentarse al gobierno y se llama a silencio, y a la botánica en una casa de fin de semana cerca de Escobar. Dirá: "La última vez que lo vi a Perón —en 1950— le dije que iba a perder el apoyo del Ejército por confundir la doctrina peronista con la doctrina nacional. Perón no dejó margen para los no peronistas que eran nacionales".[93]

Hernández Arregui es silenciado y acusado de izquierdista infiltrado por la Alianza Liberadora Nacionalista. Los hombres de Mercante, después de dejar la gobernación de la provincia de Buenos Aires en 1952, son tenazmente perseguidos.

No son buenos años para algunos de los más importantes e inteligentes pensadores del nacionalismo. En el 51 mueren Homero Manzi y Enrique Santos Discépolo. Tampoco es un buen año para Julio Cortázar, que deja el país rumbo a París porque el tronar de los bombos peronistas no le dejan disfrutar de los conciertos de Béla Bartók.

---

90 Revista Ya!, 20 de septiembre de 1973, p. 11; reproducido por Roberto Baschetti en Cooke, de vuelta. (El gran descartado de la historia argentina), Miguel Mazzeo compilador, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999.

91 Juan Atilio Bramuglia (1903-1962), de ideas socialistas, en 1925 se recibió de abogado, entre 1929-1949 se desempeñó como jefe de abogados de la poderosa Unión Ferroviaria. Formó parte del grupo inicial del sindicalismo vinculado al golpe del 43. Fue el primer canciller del peronismo.

92 Revista Qué, 1° de julio de 1958; también en Norberto Galasso, Perón, tomo I, Buenos Aires, Colihue, 2011, p. 614.

93 Norberto Galasso, Jauretche y su época; también en Perón, tomo I, Buenos Aires, Colihue, 2011, p. 614.

La mala

En 1952 el país sufre una fuerte sequía que baja las cosechas de granos de 12 millones de toneladas a menos de la mitad. Pero en los primeros meses del 53 la economía mejora. En el verano, Perón da cinco mensajes radiales, son optimistas, todo iría mejor, aunque algunas cuestiones estructurales como el acero y los combustibles exigían inmediatas inversiones. Si el Primer Plan Quinquenal había representado una verdadera revolución —afirma Perón—, el segundo aspira al equilibrio porque "el estado permanente no es la revolución, es el equilibrio".[94]

El precio de los productos de primera necesidad, especialmente el de la carne, se encarecen; se produce el escándalo del suicidio de Juan Duarte[95], y la oposición grita que el país está en el peor de los infiernos.

Así las cosas, el 15 abril de 1953, la CGT llama a paro general con concentración en Plaza de Mayo en apoyo al gobierno. Se canta el Himno Nacional, se realiza un minuto de silencio por la memoria de Evita —el silencio, custodiado por centenares de miles de personas, es un acto único y sobrecogedor — y después habla el Perón.

Mientras habla, se escucha una fuerte explosión en la calle Hipólito Yrigoyen. Ha estallado una bomba. Perón quiere restarle importancia, pero entonces se oye una segunda explosión en la boca del subterráneo de la línea "A". En total detonan cinco artefactos.[96] Entonces el líder dice: "Podrán tirar muchas bombas y hacer circular muchos rumores, pero lo que nos interesa a nosotros es que no se salgan con la suya. [...] ¡Y yo les aseguro que no se saldrán con la suya!".

La multitud aclama al presidente.

Algunos gritan: “¡Leña, leña!”.

“Eso de la leña —responde Perón—... ¿Por qué no empiezan ustedes a darla?”

La desconcentración se produce al grito de “la vida por Perón”. Esa noche es incendiada la Casa del Pueblo —sede central del Partido Socialista—, la Casa Radical, la sede del Partido Demócrata y el simbólico Jockey Club de la calle Florida.

Félix Luna escribirá sobre las manos que colocaron las bombas que eran “un grupo de jóvenes, activistas habituales de la FUBA, que se habían adiestrado en el manejo de armas y explosivos, y ya habían intentado matar a Perón en uno de sus viajes. [...] Casi todos eran universitarios, casi todos pertenecían a familias tradicionales de buena posición económica. Creían que eran antiperonistas porque defendían la libertad, pero en realidad lo eran porque les repugnaba el populismo de Perón”.[97] Norberto Galasso agrega una lista de apellidos: Álzaga, Lanusse, Elizalde, Mathov y Carranza.[98] Los incendios se los suele endilgar a grupos de la Alianza Libertadora Nacionalista, con la “participación pasiva” de policías y bomberos. El diario Democracia del día siguiente titularía: “Fue la más grande y fervorosa asamblea de nuestra historia”, y más abajo: “Pidió Perón el apoyo del pueblo para combatir a los malos argentinos”.

En los próximos meses, el gobierno detendrá a centenares de opositores —que Félix Luna calcula en cuatro mil—, entre los que se contaron Federico Pinedo y Victoria Ocampo. Se dice también que promovió el desplazamiento del nazi Juan Queraltó de la Alianza Libertadora Nacionalista por el menos violento Guillermo Patricio Kelly.

• • •

En 1953 se crea la Confederación General Económica, la CGE, desde el vamos dirigida por un joven judío nacido en Radomsko, Polonia, un mes después de que los hombres de Kerensky se llevaran puesto al gobierno de Nicolás II. Se llama José Ber Gelbard.[99] La CGE representa a un sector diferenciado de los empresarios, de capitales menos concentrados que sus colegas de la Unión Industrial. Apoyan al gobierno y Gelbard participa de las reuniones de gabinete en carácter de invitado.

Después de la terminación de la Guerra de Corea —en abril de 1953— los precios agrarios vuelven a bajar y, aunque aumentan las exportaciones, las divisas obtenidas se mantienen en los mismos niveles. La Argentina pivotea sobre el mismo problema: la balanza positiva de su intercambio con Gran Bretaña no puede enjugar la negativa de su balanza con Estados Unidos por la maldita inconvertibilidad de la libra. El país reduce las importaciones norteamericanas, lo que lesiona la producción.

Hay que apuntar que no solamente en estos momentos de restricciones, sino también en los de bonanza, los recursos no tuvieron como destino la industria pesada, el Sector I de la economía, imprescindible para un desarrollo independiente. “A las empresas y organismos estatales les hubiera correspondido la incorporación de la industria pesada en la estructura productiva —apunta Horacio Verbitsky—. Sin embargo, al cabo de la década peronista el total de las empresas estatales no llegó a generar ni el 10 por ciento de la producción manufacturera y apenas a ocupar el 12 por ciento de la mano de obra.”[100]

Para Verbitsky el problema no era entonces la escasez de recursos: “Esos recursos existían, pero fueron a manos de las diferentes fracciones empresarias que actuaban en la industria con una elevadísima rentabilidad y es plausible

suponer que, si los recursos disponibles hubieran sido más, habrían crecido las utilidades y aumentado la rentabilidad, pero la industrialización hubiera permanecido igualmente trunca".

Debemos preguntarnos por qué.

Y la causa que encuentro es, nuevamente, el componente terrateniente de la alianza interburguesa. Los terratenientes deseaban una Argentina agroexportadora, sin dispendio de divisas por ninguna industria, sin un mercado interno que consumiera lo que debía ser exportado. Nada como la escasa producción industrial y de servicios garantiza un ejército de obreros sin trabajo y su consecuencia: salarios bajos. De manera que, para llevar adelante un potente desarrollo independiente, los industriales tendrían que haber convocado a la clase obrera industrial y del campo, y a las capas medias a eliminar a los grandes terratenientes (a través del peronismo) vía una reforma agraria. Tal cosa no pasó y estuvo lejos de suceder.

Dirá John William Cooke en 1965:

A esta altura, a mi juicio, el peronismo no tenía más que dos caminos, o entregarse al imperialismo, cosa que era inconcebible en la esencia del imperialismo y en el pensamiento y la trayectoria de Perón, o de lo contrario pegar un violento giro revolucionario e ir a movilizar las riquezas que estaban acá dentro del país, en el latifundio, en las zonas ganaderas, en los grandes conglomerados industriales, que de alguna u otra manera tenían dependencia imperialista.[101]

No pudiendo plegarse al dictado imperial —ya que tal actitud significaría una insalvable contradicción con su base social— y no asumiendo el "violento giro revolucionario" que propondrá una década después Cooke, la nave peronista no

tenía, a la larga, destino de puerto sino de naufragio.

Los conflictos entre los trabajadores y las patronales en los primeros años 50 tienden a agravarse, más o menos al ritmo de una inflación en aumento. El gobierno deja de respaldar los reclamos obreros, la CGT hace lo mismo con algunos conflictos, mientras los industriales llaman a aumentar la productividad del trabajo (o sea incrementar la plusvalía apropiada por el capital). 1949, el año glorioso en que los trabajadores habían alcanzado el 53% del ingreso nacional, está lejos y parece cada vez más distante.

---

94 Juan Domingo Perón, 14 de enero de 1953, Obras completas, tomo XVII

95 Juan Ramón Duarte Ibarguren (Los Toldos, provincia de Buenos Aires, 1914-Buenos Aires, 1953) fue hermano mayor de Evita. Se desempeñó como secretario privado del presidente Juan Perón. Fue empresario cinematográfico (era accionista de Argentina Sono Film y Emelco) y gestor del Fondo de Fomento Cinematográfico.

Suicidio o asesinato, falleció de un disparo en la cabeza.

96 "Eran seis, pero uno no explotó", dijo el dirigente Lorenzo Pepe, Clarín, 15 de abril de 2003.

97 Félix Luna, Perón y su tiempo, tomo III: "El régimen exhausto (1953-1955)", Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

98 Norberto Galasso, Perón, tomo I, Buenos Aires, Colihue, 2011.

99 José Ber Gelbard (Radomsko, Polonia, 1917-Washington, D. C., 1977) arriba al país a los catorce años y se afinca con su familia en Tucumán. A los veinte años se traslada a Catamarca, donde se dedica a actividades comerciales. Manifiesta, desde su juventud, inquietudes políticas que lo llevan a mantener vínculos con el radicalismo y el Partido Comunista.

En 1942, es elegido delegado por la Cámara de Comercio de Catamarca y en 1945 preside la Federación Económica de Tucumán. En 1946, Gelbard —como el Partido Comunista— está alineado con la Unión Democrática. Recién en el 50 se vincula a Perón. Funda y dirige la Confederación General Económica (CGE) que adquiere personería en diciembre de 1953.

En 1955 desarrolla un rol importantísimo en el Congreso de la Productividad, integrado por representantes de CGE y CGT. Luego del golpe, Aramburu disuelve la CGE, Gelbard sufre la intervención de sus bienes y es inhabilitado. El gobierno de Frondizi volverá atrás estas medidas.

Se vincula al gobierno de Lanusse y avanza en la puesta en marcha de ALUAR, empresa de fabricación de aluminio. En 1973, Héctor Cámpora lo designa ministro de Economía. Considera necesario impulsar la industria desplazando recursos del campo, restablece la Junta Nacional de Granos y la Junta Nacional de Carnes para controlar el comercio exterior. La política de Gelbard tiene un rotundo éxito inicial: el PBI crece el 4,5% (un tercio más que el año anterior); el desempleo baja del 6,1% al 4,5%; la inflación que en el primer semestre del año llegó al 60%, se reduce al 0% en el segundo semestre; el peso argentino se revaloriza un 25%.

Al asumir Perón su tercera presidencia —octubre de 1973—, lo confirma a como

ministro de Economía. Entre 1973 y 1974, su gestión se caracteriza por la “inflación cero”, la apertura hacia países socialistas y la ruptura del bloqueo económico de Estados Unidos a Cuba a través del envío de rodados y el otorgamiento de crédito. Elabora el proyecto de ley de Impuesto a la Renta Normal Potencial de la Tierra dirigido a forzar una mayor productividad por parte de los productores agropecuarios o en su defecto, aplicar expropiaciones.

López Rega y su banda paramilitar son sus enemigos jurados por judío y comunista. Fallecido Perón su situación se complica. Para los jóvenes del peronismo de izquierda Gelbard es un empresario capitalista, para la derecha comandada por López Rega constituye el peligro rojo. Es reemplazado por Gómez Morales.

Poco antes de producirse el golpe viaja al exterior. En Cuba, Castro lo recibe como a un amigo, manifestándose muy agradecido por la política argentina de ruptura del bloqueo. Pasa luego a Méjico y finalmente a Estados Unidos, donde enferma gravemente. La dictadura genocida solicita a Estados Unidos su extradición, pero no es otorgada. Sus bienes son interdictos y se le quita la ciudadanía. El 15 de julio de 1977 se disuelve la CGE y todas sus entidades sectoriales.

María Seoane afirma en El burgués maldito (Penguin Random House, 2011) que “fue demonizado y expulsado de la Argentina como un maldito, como jamás un burgués, porque nunca, antes, un ministro argentino había sido despojado de su ciudadanía”. Alfonsín le devuelve la ciudadanía y, durante el gobierno de Menem, su familia recupera los bienes interdictos.

100 Horacio Verbitsky, “Burgueses y oligarcas”, Página/12, 16 de abril de 2006.

101 Conferencia pronunciada en la Confederación General del Trabajo, regional Bahía Blanca en 1965; en John William Cooke, Obras completas, tomo III, Buenos Aires, Colihue, 2009, p. 240.

De Frente

John permanece ausente de cargos, en un exilio político. Solo aparece en la Facultad de Derecho para dictar sus cátedras de Economía Política y Derecho Constitucional, en alguna reunión y en las mesas de póquer.

Se ha especulado sobre las razones del alejamiento de tamaño cuadro político. Parece ilógico que su destierro se deba a no querer pelearse con la corte de obsecuentes, como le había confesado a Evita. No se alejó para no pelearse con los “burócratas”, esa no es la actitud de un político. Menos de un político como él, que sabe que en la arena política alguien ocupa, siempre, el espacio vacío.

No. Está fuera por decisión de otros.

Porque no es útil para lo que viene.

Está fuera porque no es confiable. Porque no es manejable para los adulones, y porque algunos de estos condicionaron a Perón.

O porque no es confiable para el propio Perón.

John no hace nada, salvo viajar a Viena. Allí participa del Tercer Congreso Mundial de la Federación Sindical Mundial que se celebra entre el 10 y el 21 de octubre de 1953. Participan ochocientos delegados de cuarenta países. Allí se relaciona con luchadores marxistas, especialmente con la delegación china.

Salvo eso, Cooke está ausente.

Hasta la Navidad de 1953.

El 25 de diciembre de 1953 es la fecha de su vuelta, la que tiene datada el número cero de una revista que lo pondría nuevamente en circulación: De Frente.

Terminado el exilio, empieza un tercer Cooke. El Cooke periodista, el crítico desde el exilio.

• • •

De Frente se prolongó durante noventa y nueve números, hasta que la tiranía libertadora lo censuró. Cubrió la actualidad política nacional, pero mantuvo especialísima atención en los temas internacionales. Era la época de la guerra fría, los tiempos de la "tercera posición" (ni yanquis ni marxistas).

Cooke fue al Congreso de Viena dos meses antes de la salida del número cero de De Frente. Es evidente que el proyecto ya debía estar en marcha, así que podemos especular que el viaje a Viena era funcional al semanario que se proclamaría "testigo insobornable de la realidad mundial".

De Frente incluyó una amplia sección cultural, con críticas de libros, teatro, cine, artes plásticas y radio. Cubrió deportes, con una atención especial en el

ajedrez, que transcurría su momento más glorioso en el país[102]*; y el boxeo —incluida una campaña para "humanizarlo"—. La moda y los "temas de la mujer" tenían su lugar, como también el derrotero de los astros y sus predicciones. Se reiteraron en sus páginas notas sobre la usura y la crisis eléctrica, acerca de estafadores de toda laya, las agencias de noticias y los análisis históricos de color revisionista.*

Sus notas nunca tuvieron firma, ni figuraron sus responsables, con la sola excepción del número 85 del 31 de octubre de 1955, en que anotició la detención de su director el "doctor John W. Cooke".

Con una evidente unidad de estilo, De Frente es de relevancia al momento de recorrer los últimos veinte meses del primer peronismo. Conservó hasta el golpe de septiembre de 1955 una engañosa apariencia de moderación; moderación para criticar desvíos, limitaciones, acuerdos y éxitos gubernamentales, y la independencia para llevar adelante una cruzada antiburocrática. Sobre esto tengamos en cuenta que en la Argentina y en política, la palabra "burocracia" no se refiere a los servidores públicos ni a la administración ineficiente ni al papeleo. La palabra "burocracia", en la política argentina, está ubicada en amorosa vecindad con el término "traición".

Tomaremos los temas más importantes, recorte que desde ya asumimos como discutible. Pero antes, es necesario hacer algunas aclaraciones.

Como dijimos en el capítulo anterior: un diputado no siempre expresa todo lo que piensa, la política es, entre otras cosas, la búsqueda y el respeto de consensos; así, ahora, podemos pensar que Cooke en De Frente expresa lo que puede y quiere decir en momentos de extrema convulsión política en el país. La reacción avanza y quienes hacen la revista son militantes de una causa que peligra. De Frente apoya de manera crítica, a veces ácida, a un gobierno que entiende nacional y popular. El "apoyo crítico" siempre es una actitud sutil y peligrosa, porque con la crítica pueden lucrar los enemigos comunes del crítico y

el criticado.

La segunda aclaración es que, como las notas carecieron de firma, los fragmentos aquí reproducidos no necesariamente han sido escritos por Cooke. Pueden representar su opinión, pero puede que no totalmente.

Debemos coincidir parcialmente con la apreciación de Richard Gillespie cuando, comentando el período de 1954 y 1955, expresa: “la imagen [de Cooke] que surge de la lectura de De Frente es la de un peronista muy militante pero bastante ortodoxo”.[103] Es cierto, si las comparamos con las opiniones de Cooke de años después; sin embargo, no era nada ortodoxo en el universo peronista de 1954, un universo signado por un discurso único que solamente rompen voces aisladas como las de Jauretche y Scalabrini Ortiz.

Más adelante, Gillespie señala: “[De Frente] Había sido más el portavoz de un peronismo militante y en gran medida crítico, que de un ala izquierda del peronismo. Política e ideológicamente, rara vez su perspectiva era más radicalizada que la de los peronistas ortodoxos, aunque a veces lo parecía porque tomaba en serio parte de la retórica más progresista y agresiva de Perón, mientras que otros peronistas adoptaban actitudes más conservadoras o cautas”. Lo que bien pensado —podemos agregar— no fue poco: peronistas que recordaban las tres banderas, que tenían presente que la justicia social daba sentido al peronismo, que reconocían a la independencia económica como objetivo y que sabían que, sin soberanía política, las otras banderas no eran más que consignas incumplibles.

Está muy claro que el Cooke de la época de De Frente no sostiene muchos de los postulados que sostendría en la década del sesenta. Tanto es así, que en las notas de política internacional observa el bloque socialista con recelo y hasta con desprecio.

• • •

Veamos cómo se presentó De Frente en su número cero.[104]

Sale De Frente para cumplir una indispensable misión periodística: ser “testigo insobornable de la realidad mundial”. Eso es un lema y no un “slogan”. Una definición y no una frase.

Cooke nunca fue alguien sobornable. Tampoco alguien que adjetivara sin reflexión. Es opinión de este escriba que Cooke no daba “puntada sin hilo”. De Frente se declara testigo insobornable de la realidad mundial. Veamos. Dirigida a las capas medias de la sociedad, no pretende consolidar el campo propio del peronismo sino influir en el sector de la sociedad que oscilaba entre el apoyo y la crítica al gobierno. De Frente asume el formalismo republicano y los prejuicios de la pequeñaburguesía. Hasta el golpe del 55 busca ser honorable. Lo hace en parte porque le conviene, y en parte porque Cooke aún tiene esos mismos prejuicios pequeñoburgueses.

Entonces no se define como actor sino como testigo. Un testigo insobornable. Y aun esta aparente objetividad del bien pensante es disfrazada: es testigo insobornable de la realidad mundial. Como dijimos, la publicación dedica muchas páginas a la política internacional, como dedica no menos a los deportes y a los temas que por aquel entonces eran “de la mujer”; pero el centro será siempre la política nacional.

Nos proponemos ser un ágil y ameno reflejo de la actualidad nacional y del mundo a través de planteos objetivos y de jerarquía. Por objetividad entendemos la exposición de los hechos, sin retacear información ni distorsionar conclusiones. Pero eso no implica, necesariamente, que seamos imparciales frente a los problemas. No creemos que pueda existir imparcialidad periodística.

Por el simple hecho de estar ubicado en una determinada latitud geográfica, de participar de un determinado medio social y político, el periodista adquiere peculiaridades que demuestran el absurdo de suponerlo capaz de planteos que puedan ser iguales en Londres que en Tomboctú, en Buenos Aires que en Helsinski. Todo ser humano sufre la gravitación del medio ambiente. No escapan a esa ley los que redactan órganos periodísticos. Nosotros, por nuestra parte, nos comprometemos a brindar un punto de vista argentino; haciendo pasar por el meridiano de la sensibilidad nacional los diversos acaeceres del mundo contemporáneo.

---

102 En 1954 la Argentina se consagró por tercera vez subcampeona en las olimpíadas de ajedrez, como se llama al campeonato mundial por equipos, al comando del gran maestro Miguel Najdorf. Dada la imbatibilidad del equipo de la Unión Soviética por aquel entonces, el segundo puesto era, para el resto del mundo, lo máximo aspirable.

103 Richard Gillespie, J. W. Cooke. El peronismo alternativo, Buenos Aires, Cántaro, 1989, p. 46.

104 De Frente, número 0, 25 de diciembre de 1953, p. 3, “Testigo insobornable de la realidad mundial”.

El petróleo, siempre el petróleo

En 1953 la producción de crudo está en cuatro millones y medio de metros cúbicos por año, aproximadamente el 35% del consumo del país, lo demás se importa desde Irán y Venezuela. Sin petróleo no hay industria y para producir petróleo hacen falta inmensos capitales. El país puede producirlos, se requiere paciencia... y renta agraria. Pero hacia 1954 el problema es que el déficit energético drena de manera dramática las escasas divisas, una de cuatro está dedicada a importar petróleo.[105]

Con motivo de la ley de radicación de capitales, la oposición acusa al gobierno de un cambio copernicano en su política, la nación renuncia a las riquezas del subsuelo y estaría en marcha la entrega de YPF a la Standard Oil.

De Frente niega esto. Argumenta que el artículo 40 de la Constitución declara propiedad inalienable de la nación "los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía". Y sigue:

Al hablar, pues, de petróleo, en nuestra época y en nuestro país, el debate puede ser entablado sobre la conveniencia o no de que su extracción se realice a través de compañías nacionales, compañías extranjeras o empresas mixtas creadas para el fin específico de traer a nivel del consumo nacional el oro negro que reposa en el subsuelo argentino. Pero hay un debate imposible. Y este es, precisamente, el ángulo desde el que analiza el problema, perdiéndose en conjeturas, el diablillo especializado en poner su granito de sal y pimienta en el plato diario de la comidilla partidaria nacional. El que pasa por alto que, en el peor de los casos, la extracción de nuestro petróleo por empresas extranjeras con bienes de capital radicados en nuestro país, siempre costará menos que el flete que se paga ahora por su transporte de Curaçao o Aruba al puerto de la Capital. (El destacado es de

D. S.)[106]

Para completar, veamos una nota sobre la radicación de capitales aparecida en el número 1[107]:

La verdad es que los capitales no son ni buenos ni malos. Son sencilla y llanamente “capital”, vale decir, un elemento de la producción, necesario para que la riqueza colectiva rebase el ámbito de lo potencial para asumir formas tangibles y comprobables.

El problema, pues, no reside en el capital en sí, sino en los intereses que exige para radicarse. Si este interés es meramente económico, la cuestión se reduce al análisis de la tasa exigida. Si el interés es político, el capital que lo exige deja de ser un instrumento de trabajo y del desarrollo económico del país que lo acepta para transformarse en un vehículo de penetración que niega la independencia y la soberanía nacional y, por ende, los derechos económicos de la ciudadanía y del trabajo.

El peligro o la ventaja, pues, de la radicación de capitales extranjeros en América está en el interés que exigen. Si es un interés económico, su aceptación o rechazo debe fundarse en el análisis de las ventajas o desventajas económicas que devienen de su radicación. Si es un interés político, el rechazarlo es no sólo mantener la independencia y la soberanía nacional, sino librar de hipotecas ilevantables el porvenir de la nacionalidad. (El destacado es de D. S.)

Meses antes, en enero de 1953, Juan Perón había dicho: “Nosotros no somos enemigos de que vengan capitales extranjeros al país, pero que vengan a trabajar y no a robar, que vengan a crear trabajo y crear actividades útiles. Pero, si vienen a sacarnos la plata, ¿cómo los vamos a recibir con los brazos abiertos”.[108]

En medio de un clima político de emergencia, con el golpe ya en marcha, De Frente vuelve sobre el tema en el fatídico 1955.[109]

Los partidos opositores, por ejemplo, acusados en 1946 de entendimiento con consorcios foráneos, devuelven ahora el dardo y contraacusan al oficialismo del mismo pecado. Éste, en su descargo, recuerda las imputaciones de 12 años atrás. Desde luego que esta defensa es simbólica: el entreguismo pasado no justificaría en ningún caso otro entreguismo.

El gobierno —sigue De Frente— ha decidido promover el debate público a través de Alfredo Gómez Morales[110], quien en varias conferencias de prensa afirmó que la concesión no significa cesión de soberanía y que YPF aumentaría paralelamente su propia producción. Sin embargo:

Debemos reconocer que otros dos aspectos esenciales no fueron suficientemente explicados por el doctor Gómez Morales: 1º) en qué manera “La California Argentina” contribuirá a solucionar el problema energético práctica y efectivamente; y 2º) la dependencia del estado argentino al dictamen de un organismo foráneo, cuando se trate de dirimir una cuestión puramente interna, como sería en el caso de conflicto con la empresa petrolera. (El destacado es de D. S.)

Y resume:

Tal como están planteadas las cosas ahora, es evidente que el proyecto de contrato [...] es susceptible de todas las modificaciones necesarias para encuadrarlo dentro de la letra y del espíritu del artículo 40 de la Constitución Nacional y debe estructurarse en forma que no altere la política de

comercialización del combustible por YPF. (El destacado es de D. S.)

Queda claro que —para disgusto de los que solo admiten dos posiciones fijas, como si la realidad fuera un sistema binario— Cooke no se opone a la participación de capital extranjero en los proyectos petroleros siempre que esa participación fuese compatible con el artículo 40 de la Constitución. Es decir, siempre que no enajene la riqueza y el futuro de la nación.

Además, plantea el problema de la sesión de soberanía jurídica —tema que décadas después será crucial en la deuda externa argentina— que en definitiva determina quién tiene la última palabra en caso de conflicto.

En la entrega 78, la inmediata posterior al discurso de Perón del 31 de agosto, el del famoso cinco por uno, De Frente define que los impugnadores al proyecto han exagerado sus temidas consecuencias. Pero que los defensores han sido poco convincentes, usando generalizaciones que no modifican la endeblez de fondo del documento. Han quedado en el aire críticas muy serias. Por ejemplo, los excesivos privilegios y la falta de obligaciones concretas de la compañía extranjera, y el lamentable sistema de arbitraje y las prórrogas interminables del contrato.

Por ahora resulta útil anotar que entre los impugnadores hay quienes han exagerado las consecuencias temidas del proyecto. O interpretado con algunos errores importantes de apreciación partes considerables del articulado enviado a la Cámara de Diputados. Como compensación, está claro que los defensores han sido escasamente convincentes, con generalizaciones y contraataques que, sin duda, pueden afirmar una posición polémica, pero que no modifican la endeblez de fondo del documento incriminado.

Como consecuencia de esta defensa a medias, han quedado en el aire críticas

muy serias. Por ejemplo, los excesivos privilegios que se reserva la compañía extranjera en su proyecto; la falta de obligaciones concretas y compensatorias por la concesión buscada; el lamentable sistema de arbitraje; las prórrogas interminables del contrato; etc., etc.[111] *(El destacado es de D. S.)*

No lo dice con todas las letras —no puede o cree que no debe, pues hay un golpe en marcha—, pero Cooke está en contra, no de la participación de la California, sino de su participación en esas condiciones. Acepta la posibilidad teórica de la incorporación de capitales extranjeros, pero está en contra de este contrato porque entrega soberanía.

Algunos pueden argumentar que esas y no otras son las condiciones que exige el capital extranjero. Repetido argumento de quienes no logran imaginar una negociación que no fuese en condiciones de subordinación. Yendo al caso concreto, es admisible que en ese momento no hubiera condiciones para una negociación sin subordinación, pero no por el peso del capital extranjero sino porque el frente nacional estaba roto. (El bonapartismo nunca es eterno.)

No se ha aclarado tampoco un aspecto, a nuestro juicio esencial del fondo y forma de toda la negociación. La incapacidad que se atribuye a Y.P.F. —hasta no hace mucho tiempo orgullo de la capacidad e iniciativa criollas—, para subvenir a las crecientes necesidades argentinas en materia de combustible, ¿es natural e inevitable, como afirman unos, o artificial y superable, como aseguran otros? En el estudio simultáneo que realiza De Frente del problema eléctrico, surge “prima facie” la prefabricación de la angustia que padece el país. ¿No habrá ocurrido otro tanto con Y.P.F., no ya en el aspecto técnico, sino en esa arena fina de la excesiva burocratización que engrana el ímpetu de los realizadores? (El destacado es de D. S.)

Cooke declarará el 8 de julio de 1964 ante la Comisión Especial Investigadora sobre el Petróleo[112]:

Cornejo Linares: ¿Cuál fue su postura frente a las tratativas con la California, en el anteproyecto que se remitió al Congreso?

Cooke: Combatí el proyecto. Lo combatí no porque considerase que era lo mismo que tratase con un consorcio petrolero un gobierno cualquiera que un gobierno que, como ése, controlaba los resortes de la economía, es decir, el comercio exterior a través del I.A.P.I., los depósitos bancarios, la emisión, que contaba con una fuerza sindical y con gran apoyo de masas. Digo esto porque hay que hacer un distingo entre las condiciones de que puede tratar un gobierno nacionalista de ese tipo y otro cualquiera que, por buenas que sean sus intenciones, siempre está sujeto a una serie de limitaciones propias de su misma naturaleza, que llamaremos "democrático-burguesa".

No obstante, esta diferenciación, me opuse al contrato con la California por entender que era un mal precedente y que no era ése el camino para lograr el autoabastecimiento; con el agravante de que podría desviar al Movimiento de otras posiciones de profundo contenido revolucionario.

Podía ser sí, una solución de tipo técnico, pero no olvidemos que los equipos formados por técnicos olvidan los problemas políticos. Al respecto escribí una serie de artículos, y especialmente un editorial titulado "La ilustre cofradía de los técnicos", imputé al equipo económico el aferrarse a criterios exclusivamente técnicos despreciando palabras como "soberanía", "sentimientos populares", etcétera. Ese apego al tecnicismo, propio de gran parte de los economistas, inclusive algunos de los que integraban el gobierno peronista, es un error. No hay decisiones técnicas, las decisiones son políticas; y el rol de los técnicos no es adoptar decisiones de política general. No se puede dejar en manos de técnicos las cuestiones políticas, lo que ocurre cuando en determinada materia no se fija una política clara.

Cornejo Linares: Usted, como periodista y por sus vinculaciones con el partido oficial, ¿conoció el movimiento que hubo en el seno del bloque de diputados peronistas respecto del contrato con la California?

Cooke: Lo conocía perfectamente, en primer lugar, porque seguía muy de cerca este problema y, en segundo lugar, porque después de los sucesos del 16 de junio de 1955, el señor presidente, general Perón, me llamó para ofrecerme un ministerio o, como finalmente se resolvió, el cargo de interventor del Partido en la Capital Federal, que era el eslabón más débil del Peronismo. Recuerdo que le hice conocer mis objeciones y le recordé que yo había estado atacando los contratos petroleros y que no pensaba cambiar mi política. El presidente Perón me dijo que había una discusión amplia al respecto y que, por lo tanto, no sería un proyecto elaborado entre "gallos y medianoche". Me invitó a que concurriera las reuniones del Consejo Superior Peronista donde había discusiones entre el grupo que propugnaba y el que impugnaba ese contrato. Entre otros, estaban los doctores Bustos Fierro, Díaz de Vivar, que lo impugnaban y el ingeniero Rumbo que lo defendía. Por los sucesos de setiembre se interrumpieron esas discusiones. También estaba el sector de disputados obreros que, por intermedio de su presidente, Amado Olmos, expresó que no estaba dispuesto a apoyar ese convenio. Recuerdo que también estaba entre los legisladores que se evidenciaron en contra de ese convenio, el diputado actual, Cornejo Linares.

Además, consideraba que era un convenio que había que aceptar o rechazar íntegramente, al cual no se le podían introducir modificaciones. Sin embargo, a mediados de setiembre ya había sufrido el proyecto muchas modificaciones, tantas que resultaba inaceptable. Por otra parte, en reunión posterior, pocos días antes de la caída del gobierno por el golpe militar, me dijo el señor Presidente que ese convenio no saldría, pero que de todas maneras lo había mandado al Congreso para ver la reacción que provocaba y para que se entablara un gran debate público. Él pensaba que, en todo caso, se podría de esta manera negociar en otras condiciones.

---

105 Como Perón reconoció en su discurso ante el Congreso el 1° de mayo de 1954.

106 De Frente, número 0, 25 de diciembre de 1953, "¿Gana el país con la radicación de capitales petroleros?".

107 De Frente, número 1, 1° de marzo de 1954, "Radicación de capitales".

108 Juan Domingo Perón, Obras completas, tomo XVII.

109 De Frente, número 75, 15 de agosto de 1955, "Luces y sombras en el problema petrolero".

110 Alfredo Gómez Morales (Buenos Aires, 1908-1990) fue ministro de Asuntos Económicos durante el gobierno de Juan Domingo Perón y de Economía durante la presidencia de María Estela Martínez de Perón.

Fue presidente del Banco Central entre 1949 y 1952, y simultáneamente ejerció como ministro de Finanzas. También fue ministro de Asuntos Económicos durante todo el segundo gobierno de Perón.

En 1955 fue detenido por la dictadura y confinado en la cárcel de Ushuaia, luego fue trasladado a Río Gallegos donde estaban detenidos Cooke, Leloir, Cámpora, Kelly, Albrieu, Antonio y Cereijo.

Fue nombrado nuevamente presidente del Banco Central por el presidente Héctor Cámpora en 1973. En octubre de 1974 asumió como ministro de Economía.

111 De Frente, número 78, 5 de septiembre de 1955, "En el problema del Petróleo existen preguntas que deben ser contestadas".

112 John William Cooke, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974.

La energía eléctrica

De Frente señala siempre que el problema energético —que ha frustrado muchas obras del primer y del segundo Plan Quinquenal— incluye la producción eléctrica. Producción que generalmente descansa en manos de empresas privadas —monopólicas por la índole del servicio— a las que llama "el trust de la electricidad".

El trust es blanco de su ira. Son tiempos de largos cortes de suministro, la revista ya se ha ocupado de los alimentos descompuestos, las canillas secas y los talleres parados. Ahora acusa al trust de la electricidad del cierre de pequeñas industrias, de la falta de agua y de actuar deliberadamente y con maña intención en contra de la industrialización:

Ya expusimos en notas anteriores las catastróficas consecuencias que acarreó la carencia absoluta de energía eléctrica a los propietarios de pequeños talleres. Los obreros debieron paralizar sus actividades al no funcionar las maquinarias o quemarse los motores, en tanto el patrón seguía abonando salarios y pagaba arreglos costosísimos hasta fundirse.[113]

¿Cuál es la solución?, se pregunta, y responde con un ejemplo contundente:

Hace algunos días, en el departamento de San Rafael, Mendoza, se demostró que puede lograrse hacer ceder al trust. El intendente municipal emplazó a la compañía concesionaria de la electricidad a regularizar sus servicios en el término de 48 horas, y antes del plazo estipulado el gerente de la empresa anunció la reparación de viejos motores y el reajuste de las usinas. El problema de la electricidad de San Rafael ha sido solucionado.

Es necesario que la misma actitud se adopte en todo el país. Debe emplazarse a las empresas a regularizar sus servicios, de acuerdo a las condiciones de la concesión. Y que de una vez por todas abandonen su actitud de sabotaje, o confiesen no poder hacer frente a sus obligaciones. (El destacado es de D. S.)

De Frente propone la intervención del Estado regulando la actividad y limitando a los monopolios. (Las similitudes con la actualidad son evidentes y nada casuales.)

En agosto de 1955 —a pocos días del golpe— De Frente analiza la política del gobierno sobre el tema, el Primer Plan Quinquenal, dice, tenía como objetivo remediar el creciente déficit energético.

La clave de este ambicioso proyecto era [...] impulsar la producción de energía hidroeléctrica, considerada entonces y ahora como la más conveniente y barata. Las primeras experiencias significativas en este campo se remontan a 1930 sin que —inexplicablemente— los fructíferos ensayos iniciales hubieran ido mucho más allá de su exclusiva presencia experimental.

Porque un cuarto de siglo después los saltos de agua aportan apenas el 0,5% del consumo energético.

En una nota anterior citamos los procedimientos con que se apartó al Gobierno de este objetivo. La imaginación tropical de los teóricos y asesores encumbrados llegó a convencer a las autoridades de que la aplicación pacífica de la energía nuclear era una cosa inmediata. Y en esas condiciones resultaba infantil malgastar el dinero en centrales hidroeléctricas cuya producción sería cubierta con ventaja por las usinas atómicas...

Una aclaración: la discusión técnica sobre las distintas maneras de generar energía no es relevante aquí. Todas tienen sus problemas y todas son contaminantes, aunque en distinto grado.[114] Pensemos el planteo político —no el tecnológico— que está en el fondo de la argumentación de De Frente.

Revelamos también que la falacia de esa argumentación, destinada a enervar las realizaciones hidroeléctricas, quedó demostrada al poco tiempo con la orientación, hacia el campo desdeñado por los expertos locales, de los planes energéticos de los países más altamente evolucionados del mundo.

Para completar el cuadro vamos a descubrir ahora que esa maniobra contra la economía nacional, consumada tal vez por la inadvertencia de los organismos oficiales, fue aprovechada por los consorcios del “trust” eléctrico internacional. En primer lugar, porque se les eliminaba del horizonte el fantasma de un competidor imbatible para sus fines monopolísticos: la red de “usinas” hidroeléctricas del Estado, según el plan original. Y luego, porque no se trataba solamente de la mayor baratura del fluido de fuentes hidroeléctricas, sino que esa red, con la materia prima del país, habría liberado a la Argentina de su dependencia de entonces y ahora de la importación de combustibles.

[...] Pero eso no era todo. Impidiendo la solución hidroeléctrica se daba tiempo a que la crisis energética que ya padecía el país —expresada en términos de urgencia en los grandes conglomerados industriales del Gran Buenos Aires y Rosario— adquiera los caracteres catastróficos del presente, algo así como la prefabricación del drama y la justificación de remedios heroicos. (El destacado es de D. S.)[115]

Luego, en la página 6 de esa misma dramática entrega del 22 de agosto de 1955, da un ejemplo concreto de la política de los monopolios y de los “señores burócratas”.

Hay otros ejemplos típicos que deben ser conocidos para apreciar honestamente en qué consiste este papel de “salvadores” de la crisis energética nacional que se adjudica graciosamente el trust foráneo, con la sorprendente solidaridad de los señores burócratas. La compañía Suizo Argentina de Electricidad tiene la concesión para la prestación de fluido a las ciudades de Resistencia y Barranqueras. Sus instalaciones son deficientes, viejas en algunos casos, y semidestruidas por el tiempo, en otras. A tal punto llega su falencia, que su potencial de 2.500 kilovatios —que ya de por sí no alcanza a cubrir las necesidades de la zona— llega a los usuarios reducido en un 40%.

Resistencia y Barranqueras son dos centros dinámicos, cuyo progreso viene siendo trabado desde hace tiempo por la insuficiencia del servicio de la Suizo Argentina. Como la Compañía no hacía ningún intento por mejorar las cosas, se iniciaron gestiones oficiales para arbitrar otra solución. El planteo, como se ve, es monótono: las compañías foráneas se declaran incapaces para montar los equipos que requieren las necesidades del país, a pesar de que el trust del cual dependen es proveedor de las maquinarias necesarias.

Iniciadas las referidas gestiones, surgió en seguida la solución: el Ministerio de Industria estaba construyendo en Corrientes, frente a Barranqueras —Paraná de por medio—, una central eléctrica de 15.000 kilovatios. Se planteó tender un cable subfluvial, por cuyo conducto se trasferirían a Barranqueras 5.000 kilovatios. Se iniciaron los trabajos con la cooperación de los gobiernos provincial y nacional, lográndose producir en el país, por primera vez, el cable encargado de conectar el fluido por debajo del río.

Cuando todas las dificultades técnicas estaban superadas; cuando Resistencia y Barranqueras iban a contar con un potencial eléctrico más de 3 veces mayor que el precario servicio de la Suizo Argentina, comprometiéndose incluso la reserva originalmente prevista para Corrientes, se presenta la Compañía y plantea sus exigencias: Quiere los 5.000 kilovatios para distribuirlos con su red semidestruida. Es decir, aspira revender la energía producida por la planta

nacional y embolsar íntegramente la diferencia entre el precio de costo y el precio que pagan los usuarios.

El caso no termina así. Se les hace notar que su red no alcanzaría nunca a distribuir 5.000 kilovatios, ya que ni siquiera puede conducir los 2.500 que teóricamente ponía a disposición de Resistencia y Barranqueras. La Compañía admite su incapacidad y la utiliza como "base de negociación" en un planteo inverosímil: Puesto que debe acondicionar su red y ampliarla —dice—, ¡solicita que se le autorice a aumentar las tarifas a los usuarios para financiar la operación!...

La colaboración de la compañía extranjera no puede ser más absurda: El gobierno financia la producción eléctrica y los usuarios la distribución. Entre los dos, la Suizo Argentina es un intermediario parásito que cobra dos veces una concesión que no cumple.[116]

Los argumentos son contundentes.

---

113 De Frente, número 45, 17 de enero de 1955, "El grave problema de la electricidad".

114 Aunque el autor piensa que la manera menos contaminante son las plantas nucleares. La primera de las cuales fue la central nuclear de Óbninsk, con un reactor de uranio y grafito, ubicada a 80 km de Moscú, que entró en funcionamiento el 25 de julio de 1954.

Lamentablemente el gobierno peronista no siguió el camino de la fisión nuclear, sino que entre 1948 y 1952 apoyó el trabajo ilusorio del austríaco Ronald

Richter que trataba de realizar la fusión atómica en frío. Hoy en día en el mundo se sigue trabajando en el camino de la fusión, que en el Sol tiene lugar a una temperatura de 15 millones de grados centígrados, pero a temperaturas controlables, claro. Todavía no hubo éxito.

115 De Frente, número 76, 22 de agosto de 1955, "El retorno a la explotación hidroeléctrica".

116 De Frente, número 76, 22 de agosto de 1955, "Necesita sangre nueva el plan energético".

Los burócratas, y de paso los comunistas

El bueno del diccionario nos ofrece cuatro acepciones de la palabra burocracia. Uno: Organización regulada por normas que establecen un orden racional para distribuir y gestionar los asuntos que le son propios. Dos: Conjunto de los servidores públicos. Tres: Influencia excesiva de los funcionarios en los asuntos públicos. Cuatro: Administración ineficiente a causa del papeleo, la rigidez y las formalidades superfluas.

Pero, como ya dijimos, en la Argentina y en política, la palabra “burócratas” está ubicada en una amorosa vecindad con la palabra “traidores”. Los burócratas son para Cooke los adulones que fingen estar con el pueblo, pero operan en su contra. Dentro de unos años, en 1966, en su Informe a las bases, definirá de manera precisa lo burocrático —no específicamente lo burocrático sindical, sino lo burocrático en general— como un estilo que opera con los mismos valores que el adversario. Es decir, como un falso luchador por las causas populares.

Hay en De Frente una nota esclarecedora, que ilumina el tema de los burócratas sindicales, con el título de “Quiénes facilitan la infiltración comunista”.[117]

La realidad argentina en cuanto se refiere a la cuestión comunista, señala dos conclusiones probadas que es imprescindible tener en cuenta. Una revela que en nuestro país no hay peligro comunista en la extensión y profundidad que se advierte en otros países. Aquí, ni en número ni en calidad puede hablarse con propiedad de fuerza o potencial comunista. Hay, sí, grupos homogéneos y dinámicos, preferentemente distribuidos en ciertos sectores intelectuales y en determinados centros obreros.

La otra conclusión es que estos grupos comunistas aparecen allí donde se origina un conflicto o una perturbación social. Generalmente después del problema. Esto es muy importante porque revela una modalidad auténticamente nuestra. Cierta vivacidad mental característica del trabajador argentino anula invariablemente la dialéctica específica del agitador comunista. El obrero argentino lo intuye en cuanto comienza a hablar. De ahí que, en tiempos normales, la demagogia comunista, aunque esté dentro de una organización sindical, no consiga aquí los éxitos que ha tenido en otras partes.

El panorama cambia radicalmente cuando se originan problemas o perturbaciones y la acción de los dirigentes sindicales debe ayudar a la natural alergia anticomunista de los obreros. Esto nos lleva a una de las raíces más profundas de esta espinosa cuestión de la infiltración comunista en los gremios. (El destacado es del original.)

No hay peligro comunista para Cooke por tres razones. Uno: el obrero argentino es naturalmente anticomunista porque es naturalmente peronista (nuevamente: ni yanquis ni marxistas). Dos: el obrero argentino es tan inteligente que no se deja engañar con la demagogia comunista. Y tres: el gobierno peronista soluciona los conflictos antes que estos estallen.

Pero como a veces la Comunidad Organizada falla, se produce el conflicto social. Entonces es el momento de los dirigentes sindicales, que deben impulsar los reclamos de su clase, pero que defeccionan y entonces se produce la “infiltración” comunista en los gremios.

En los últimos años se ha advertido una peligrosa inclinación en muchos dirigentes sindicales. A poco de llegar a las comisiones directivas, saltando de fábricas y talleres, el flamante dirigente “descubría” un nuevo mundo. Generalmente, el descubrimiento comenzaba con la compra de un sombrero Orión. Luego con los cigarrillos rubios, por supuesto extranjeros. Después, el automóvil, cuanto más largo, mejor.

Con Orión, “Chésterfield” y “bote” la vida resultaba distinta, la fábrica lejana, y sus compañeros obreros, con sus problemas diarios, una cosa realmente molesta. A medida que se internaba en el reconocimiento de la nueva vida (repitiendo casi a la letra la trayectoria de Esthercita, la pebeta más linda de Chiclana[118]), perdía el poco o mucho arraigo que había tenido en la masa. Se abría un abismo entre el señor dirigente y sus compañeros obreros. Éstos debían hacer antesala para verlo a aquél, mientras el señor dirigente, a su vez, hacía antesala en las oficinas públicas persiguiendo las cosas más dispares, desde un negocio personal hasta una solución para algún problema gremial que, desconectado de la masa, no se atrevía a encarar.

Así se fue formando la original casta de “dirigentes que no dirigen”. Esto ha ocurrido con muchos secretarios generales. Algunos ya han sido barridos por su gremio. Otros todavía están al “frente”, como puede estar el obelisco al frente de una manifestación. (El destacado es del original.)

Notable fragmento que en pocas palabras describe la génesis de la “burocracia sindical”.

Mientras los dirigentes traicionaban a sus compañeros, los comunistas se encontraron dueños del campo. Conviene reparar un poco en su técnica. Los grupos comunistas, con el gremio en orden y sin problemas, no tenían nada que hacer. Pero como ellos tienen una gimnasia doctrinaria, una misión prefijada y una gran paciencia para cumplirla, se mantuvieron —se mantienen— tan ágiles y activos como puede estarlo un profesional que ejerce su profesión. El comunista es el hombre que va a todas las asambleas, que se queda diez horas cuando los obreros comunes se cansan o deben irse a trabajar; que está en todos los problemas y las pequeñas cuestiones, que se informa e informa, que va todos los días al sindicato, que conoce al dedillo las ausencias y omisiones de los dirigentes y las causas de esas ausencias y omisiones; que casi siempre, además, trabaja en la fábrica o en el taller y está, por eso, dentro de la masa y en el vértice de los problemas.

Es fácil descubrir la solapada admiración, ¡ya los quisiera peronistas!

Cuando estalla el conflicto y los dirigentes no aparecen, o se van, o no encuentran soluciones, llega la hora del paciente esperador comunista.

Y entonces se descubre la infiltración en los sindicatos. Así se explica que cuatro comunistas puedan tener en jaque, en un momento dado, a un gremio de muchos miles.

---

117 De Frente, número 15, 17 de junio de 1954, “Quiénes facilitan la infiltración comunista”.

118 Tango Milonguita o Esthercita, 1920, música de Enrique Delfino, letra de Samuel Linnig: “Esthercita,/hoy te llaman Milonguita,/flor de noche y de placer,/flor de lujo y cabaret”.

La tercera posición

El 1º de Mayo es una celebración de los trabajadores en casi todo el mundo.[119] El peronismo no puede ni quiere dejar de ser plebeyo y la hace propia. Si es obrera es peronista y si es peronista es argentina y se da a imprimirle su impronta que consistirá en que dejará de ser una celebración para convertirse en una fiesta.

Este cambio es, a nivel simbólico, verdaderamente impresionante.

Una digresión: cierta vez el artista plástico Daniel Santoro me dijo que las casas que construía el peronismo para sus grasitas no eran como las del estilo soviético, no eran casas para pobres, construcciones sociales austeras. Y que allí estaba lo revolucionario del peronismo: que los pobres tuvieran el confort antes solo reservado a los ricos. Pensemos en lo que me dijo el amigo Santoro. El peronismo define la condición popular de su acción por el destinatario, no por la condición intrínseca de su acción. Y allí descansa la riqueza y los límites del peronismo.

Veamos el editorial del número 60 de De Frente: "Patria y proletariado".[120]

1º de Mayo. En todo el mundo se celebra la fiesta de los trabajadores: mítines obreros; discursos de los dirigentes; recuerdo de los mártires. Hasta los diarios servidores de los consorcios supercapitalistas publican algún emocionado editorial para recordar que todos estamos hermanados en esa fiesta (total, ya el 2 de mayo la plusvalía seguirá su marcha implacable). Aprovechamos la oportunidad para hacer algunas reflexiones sobre el sentido de la efeméride en nuestro país.

Que estos 1º de Mayo son muy diferentes a los de épocas anteriores, es cosa en la que todos están de acuerdo. Las discrepancias comienzan cuando se intenta explicar en qué consiste esa diferencia. Descartemos los exaltados elogios de los partidarios del gobierno, sobre la situación actual. Y también las enconadas críticas de sus opositores irreductibles. Desechando por igual el ditirambo y la diatriba, no nos cabe duda de que los trabajadores están llevando a cabo una acción de profundo sentido revolucionario, cuyas características interesa señalar, cuyo espíritu es preciso interpretar.

A nuestro juicio, lo que marca la tónica del movimiento obrero argentino es su sentido nacional. La clase obrera sabe que dentro de la explotación capitalista no existen posibilidades de llegar a un sistema de convivencia regido por una auténtica justicia social. (Las negritas son del original, las bastardillas de D. S.)

Luego carga contra liberales, socialistas y marxistas:

Aunque la doctrina liberal postule que ese estado idílico será la consecuencia inevitable del “Progreso”, los hechos dicen otra cosa. Creer en ese mito la llevaría a la esterilidad y a la indefensión, como la preconizada por ciertos socialistas “a la europea” que se consideran algo así como correligionarios de Mr. Attlee o Mr. Bevan[121], dos personas muy respetables y útiles para su país, precisamente porque tienen en vista el bien de Inglaterra. Tampoco considera que la esperanza de su felicidad radique en el determinismo del proceso anunciado por la utopía marxista. (Las negritas son del original, las bastardillas de D. S.)

Según De Frente desechando esos espejismos el proletariado argentino:

Buscó su tercera posición, cuyo punto de partida es el planteo de los problemas desde un punto de vista inspirado en las singularidades de nuestra patria. Esto presupone, a su vez, que la Nación no es necesariamente una superestructura burguesa para defensa de las clases privilegiadas: muchas veces y en muchos países los obreros han sido llamados a la "unión sagrada" para defender el territorio o el honor nacional, y siempre acudieron a la cita; son los hombres que manejan los poderes económicos los que luego desertan de sus compromisos, dejando la proclamada solidaridad reducida a un mero sentimentalismo declamatorio, mientras el pueblo retorna a su triste condición de explotado.

Subrayemos: "La Nación no es necesariamente una superestructura burguesa para defensa de las clases privilegiadas: muchas veces y en muchos países los obreros han sido llamados a la 'unión sagrada' para defender el territorio o el honor nacional".

No hay duda que tiene en mente las dos guerras mundiales del siglo XX, terminadas hace menos de una década. John no parece advertir (aún) la índole profunda de esas guerras. Sin duda ya no es el jovencito aliadófilo que supo ser en su adolescencia radical, ahora se inscribe en un movimiento que supo reivindicar la neutralidad argentina. Neutralidad más aparente que real, debemos decir, ya que el país entregaba su producción agropecuaria —tan necesaria como los pertrechos bélicos— a cambio de una deuda de incierto cumplimiento, y lo hacía no a un bando en pugna, sino solo a uno de los contendientes, su metrópolis, el Reino Unido.

Cooke entiende todavía esas guerras como guerras de naciones, naciones que no son una "superestructura burguesa para defensa de las clases privilegiadas". Porque si esos conflictos bélicos fueran protagonizados por las burguesías concentradas de las potencias beligerantes que así dirimían el reparto del mundo (a su vez consecuencia de esa extrema concentración de capital) qué razón habría para alabar que los obreros fueran a la guerra.

¿Qué razón habría?

Ir a una guerra que no es la suya para matarse mutuamente; los trabajadores galos, alemanes y británicos sacrificándose entre sí en beneficio de las clases dominantes. Así que los combatientes no tienen que ser grandes burguesías, sino naciones con un territorio y un honor que es necesario defender.

Los obreros argentinos tuvieron acceso a los comandos políticos y pudieron reformar la estructura del Estado, en el que dejaron de ser una fuerza en mortal colisión con otros grupos, para integrarse armónicamente y participar, cada vez más, en el producido social.

El sueño de la Comunidad Organizada.

En síntesis, ni revolución rusa ni el 14 de julio [por la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789]. Ni torvos propósitos de liquidación en masa, ni retórica libertaria sin reflejo en la vida económica. Simplemente nacionalismo. Defensa del país, donde el sistema capitalista deriva hacia nuevas formas de convivencia social. Donde hay unidad de sentimientos y de miras, y no burgueses y explotados, y no comisarios y esclavos. (El destacado es de D. S.)

Dos breves digresiones. Toda revolución —y aquí me refiero a la bolchevique— derrama sangre, comete injusticias y atrocidades, porque el tiempo revolucionario no es tiempo de equilibrio, sino de ruptura. Y la Revolución Francesa tuvo profundísimas consecuencias económicas.

Ahora bien, faltan todavía treinta y cinco años para la caída del Muro, no es tema de este trabajo sondear las causas de tal derrumbe, empresa, por otra parte,

fuera del alcance del autor. Pero es bueno saber con quién discutía Cooke.

La Unión Soviética, para no ser aplastada, estuvo compelida a industrializarse. Industrializar significó, en esas tierras atrasadas, antes que nada, crear desde la nada misma el Sector I de la economía: la producción de medios de producción, máquinas que hacen máquinas. Y eso solamente podía lograrse mediante la fuerza del Estado y de tremendos sacrificios del pueblo. El Sector I de la economía se expandió —como en la revolución industrial capitalista— gracias al ahorro exigido al Sector II, la producción de medios de consumo.

El estalinismo se hizo cada vez más despótico y acentuó su peor rostro, sus rasgos más feroces y presentó al Estado soviético como la realización suprema y final que todo lo justificaba. El centralismo democrático devino dictadura ya no del proletariado sino del partido, se suprimió el disenso y se militarizó la sociedad toda. Entre las víctimas del estalinismo estuvo el pensamiento dialéctico, sacrificado en aras de la defensa del socialismo en la inmensa extensión donde alguna vez habían reinado los zares. Hay que reconocer, no obstante, que el motivo argumentado no carecía de realidad: en efecto, pocos años después el Occidente cristiano y capitalista, vía un austríaco canciller alemán, atacaría sin piedad a la Unión Soviética.

Antes, durante y después de la Segunda Guerra, los partidos comunistas —con la excepción del chino, el albanés y pocos más— orientaron su acción en función de la política exterior soviética. Prescindieron de lo particular, lo nacional, y solo admitieron lo universal: la marcha hacia el socialismo que, en ese pensamiento, no era más que la defensa de la Unión Soviética.

¿Qué pensaban los comunistas argentinos? Nos lo explica Rodolfo Puiggrós:

En nuestro país, los dirigentes comunistas supieron pasar de fanáticos de la

revolución socialista mundial a mosqueteros defensores de las instituciones liberales. Y, entre 1930 y 1935, fueron de las consignas apresuradas de su internacionalismo positivista, que despreciaba por baladíes las características e historia propias de la Argentina, a la de una amplia unidad antifascista.[122]

El Partido Comunista de la Argentina asumió sin pudor su condición de mera sucursal del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Un caso paradigmático del abandono de las banderas del proletariado en función de los intereses soviéticos es el caso del gremio de la carne. Detengámonos un momento. El secretario general de la Federación era José Peter, un militante combativo y un dirigente de conducta recta. El golpe del 4 junio del 43 lo encarceló por sindicalista y por comunista y lo trasladó al sur, a una fría cárcel de Neuquén. A los pocos días, el 18 de junio, una asamblea gremial en el cine Edén, de Dock Sud, reclamó mejoras salariales: diez centavos de aumento la hora y un límite de sesenta horas semanales, reincorporación de los despedidos y la libertad de los detenidos, entre ellos su secretario general, José Peter.

Pocos meses después estalla la huelga en los frigoríficos, vulnerable lugar si los había porque su producción abastecía a las tropas aliadas. Esto provocó inmediatamente la intervención de las embajadas de Gran Bretaña y Estados Unidos a fin de lograr su terminación de cualquier manera. El general Ramírez designó a Perón para que arreglase el problema. El coronel se vio con el comité de huelga, pero los huelguistas no tenían intenciones de hacer acuerdo alguno con el gobierno mientras Peter siguiera preso.

El coronel mandó que un avión militar lo trajera de inmediato. Peter y Perón se vieron por primera vez en el Ministerio de Guerra, mientras en otro despacho esperaban media docena de dirigentes del gremio. Con cinco centavos de aumento y la libertad de Peter se levantaba la huelga. Eso sí, había que hacer una asamblea.

Se hizo entonces la asamblea. Fue el 3 de octubre en el estadio de Dock Sud, estuvieron presentes seis mil obreros, que aplaudieron a rabiar a Peter y lo llevaron en andas; era una victoria que no tenía precedentes, habían logrado la libertad de su líder. Peter presidió la asamblea, estando presente el coronel Mercante como representante de la Secretaría de Trabajo. La propuesta de Mercante coincidía con las de por sí escasas exigencias obreras, ya que el Partido Comunista, que dominaba el gremio, no quería que los frigoríficos estuvieran parados: las tropas aliadas necesitaban la carne argentina. Y ese era el aporte de la clase obrera nativa a los trabajadores de Europa y a los soldados que morían en las trincheras, defendiendo la causa de la democracia.

En la asamblea se resolvió levantar la huelga, pasar a cuarto intermedio para considerar la respuesta de las empresas, mantener constituidos los comités de huelga, nombrar una comisión presidida por Peter para que "intervenga en la consideración de los petitorios de mejoras". Hay un último punto que Peter no recuerda o pasa por alto en su libro Crónicas proletarias: al día siguiente él y Mercante estarían juntos para garantizar el acuerdo.

La resolución se implementó a la mañana siguiente pese a las protestas que al unísono hicieron la Unión Industrial, la Cámara de Comercio Británica y al sabotaje de los gerentes de cada planta.

"Pero José Peter no se apareció al otro día a la cita convenida (ni nunca más). Pasó a la clandestinidad y se fue eclipsando como dirigente del gremio en forma definitiva."[123]

Al Partido Comunista le asqueaba todo acuerdo con el gobierno. Según Gregorio Levenson —que era observador del Comité Central del Partido Comunista y como tal estuvo presente en la asamblea— al Comité le interesaba, más que la asamblea en sí, conocer la posición de Peter, al que no le tenía confianza. "La

posición del Partido Comunista —escribe Levenson— era la de la vuelta al trabajo sin discusiones, pensaba que lo contrario era hacerle el juego al nazi-fascismo y poner en peligro todo el esfuerzo bélico.”

Peter acató la directiva de su partido.

En Yo hice el 17 de Octubre, Cipriano Reyes afirma que él y los trabajadores de Berisso se negaron en la asamblea del 3 de octubre a levantar la huelga. Más aun: la siguieron con el apoyo de la mayoría de los trabajadores y formaron un nuevo sindicato. “La escisión en la Federación —cuenta Lía Sanucci[124]— que da origen al Sindicato Autónomo de los Obreros de la Industria de la Carne, dirigido por Cipriano Reyes, quien dirigirá el gremio mientras la Federación siga inactiva por ausencia de Peter, y cuya figura se va fortaleciendo, avalado por la presencia de Perón en Berisso”. (El destacado es de D. S.)

¿Sabía Peter —un laburante venido de los más humildes lugares del campo mesopotámico y militante comunista desde 1927— que obedeciendo al Partido les daba la espalda a sus compañeros de clase? Para su desgracia, y mucho peor aun, para desgracia de su clase, no hizo caso a su intuición proletaria.

Nada volvió a ser igual en el gremio de la carne, que cambió definitivamente su signo político.

¿Podían los dirigentes sindicales subordinar los intereses de la clase obrera a los intereses bélicos de los aliados? Y esperar, simplemente, que les pasara lo de Peter.

Claro que no. Los dirigentes políticos de la izquierda decían lo que decían

porque no tenían que debatir en una asamblea gremial. Hablar con las bases, convencer a esa nueva base políticamente inculta, esos morochos de pelo indómito, que hasta ayer nomás vivían privados de todo y ahora, venidos a los suburbios de la gran ciudad, se les había despertado el hambre del consumo y el ansia de dignidad. Y querían más. Querían todo. Querían al coronel.

Así que los sindicalistas, la mayoría socialistas, se negaron a suicidarse. En defensa propia resolvieron que soldado que huye sirve para otra guerra, levantaron bandera blanca y entraron al peronismo. Incluso uno de ellos, José Domenech, titular de la poderosa Unión Ferroviaria, se mandó desde Rosario con aquello de "Perón es el primer trabajador" y se alineó, encantado de la vida, en la vereda de enfrente.

Fernando Nadra diría cuarenta años después sobre hechos del 45:

Resultaba inaceptable para un marxista que tiene los ojos, el pensamiento y la voluntad puestos en la patria y en su pueblo. La contradicción principal ya no era democracia o fascismo. Comenzaba a transformarse vertiginosamente en independencia nacional o colonialismo, en liberación o dependencia.[125]

Imposibilitada como siempre estuvo la dirección del Partido Comunista a la que pertenecía Nadra de una autocrítica seria, resulta que recién en 1945 la contradicción principal se transformó en liberación o dependencia. Y lo hacía vertiginosamente, casi sin dar tiempo. ¡Menos mal que ellos estaban atentos!

A esos comunistas se enfrenta Cooke, no a los que conducen y acompañan las luchas proletarias, a quienes respeta y hasta admira, sino a quienes las abandonaron, uniéndose con la oligarquía. Además, su existencialismo no podía llevarse bien con Stalin.

---

119 En la ciudad de Chicago, Estados Unidos, el primer día de mayo de 1886 los obreros sindicalizados (principalmente anarquistas) iniciaron una huelga activa con una manifestación de más de 80.000 trabajadores. Era parte de la campaña por mejoras laborales. La base de sus reclamos era la reducción de la jornada laboral impuesta por las fábricas, que solían ser de entre 12 y 14 horas, a solo 8. Ese día se manifestaron por las calles decenas de miles de trabajadores, hombres y mujeres acompañados por sus familias. La represión policial dejó un saldo de dos muertos y varios heridos, lo que generó nuevas manifestaciones. El 4 de mayo, la represión de la protesta fue mucho más violenta y, como consecuencia, se contaron más de ochenta muertos y doscientos heridos, además de presos, torturados y miles de despedidos.

Las autoridades se lanzaron a la caza de culpables y fueron apresados unos treinta ciudadanos, entre los que finalmente quedaron ocho acusados. Luego de un juicio rápido, parcial, irregular y fraguado, cinco de ellos fueron condenados a muerte, y cuatro ejecutados (ya que el más joven se suicidó antes de la sentencia). De los otros tres, dos fueron condenados a cadena perpetua y uno a 15 años de prisión. A finales de mayo, algunos sectores patronales accedieron a reconocer la jornada de 8 horas.

Tres años después, en 1889, se celebró en París una reunión organizada por asociaciones obreras socialistas y laboristas que dieron origen a la llamada Segunda Internacional. Allí se declaró la conmemoración del 1º de mayo como el “Día Internacional de los Trabajadores”. El objetivo de la efeméride fue establecer una jornada de lucha reivindicativa y de homenaje a aquellos mártires de Chicago. En Argentina, la primera conmemoración de la fecha data de 1890, de la mano de organizaciones obreras. [fuente: http://www.unq.edu.ar/noticias/3935-1-de-mayo-los-m%C3%A1rtires-de-chicago-y-un-presente-de-lucha.php]

120 De Frente, número 60, 2 de mayo de 1955, “Patria y proletariado”

(editorial).

121 Clement Richard Attlee (1983-1967), laborista inglés, primer ministro del Reino Unido entre 1945 y 1951. Aneurin “Nye” Bevan (1897-1960) laborista galés, ministro de Salud durante el gobierno de Attlee.

122 Rodolfo Puiggrós, Historia crítica de los partidos políticos argentinos, tomo IV: “La democracia fraudulenta”, Buenos Aires, Galerna, 2006.

123 Gregorio Levenson, De los bolcheviques a la gesta montonera, Buenos Aires, Colihue, 2000, p. 95.

124 Lía Sanucci, Berisso, un reflejo de la evolución argentina, Buenos Aires, Municipalidad de Berisso, 1972.

125 Fernando Nadra, La religión de los ateos, Buenos Aires, Punto Sur, 1989.

Libros no, alpargatas sí

Cooke piensa que la política del peronismo en la Universidad es errónea y no se priva de decirlo. Por ejemplo, en el editorial del número 43 del 3 enero del 55:

Un día se oyó en las calles de Buenos Aires el grito de "Libros no, alpargatas sí". Muchos se escandalizaron. Primero que nadie, los que habían escrito libros que valían menos que una alpargata. Pero la mayoría comprendió: con ese grito se estaba repudiando a una clase intelectual que vivía de espaldas al país y a su hombre.

Ese primer peronismo lejos de repudiar los libros inauguró 1069 escuelas; 1064 secciones de jardines de infantes; 6071 nuevas secciones de grado e hizo gratuitos los estudios universitarios.[126]

Lógico era que el nuevo gobierno procediese a reestructurar la Universidad.

[...] Para que se entienda nuestro punto de vista, partiremos de una premisa que muchos no compartirán, pero que constituye un hecho real y concreto: un movimiento que aspira a cumplir una obra revolucionaria tiene que transformar los cuadros docentes con hombres que participen de su ideario. Esos profesores, a su vez, tienen la misión de impartir una enseñanza que lleve a los espíritus la convicción de que hay un programa nacional en el que cada uno tiene un papel que cumplir.

Hay profesores que creen que ese alto cometido consiste en repetir, desde la cátedra, cansados slogans de propaganda política. Con eso infligen un agravio a

la inteligencia de sus alumnos y ofrecen una deleznable exhibición de obsecuencia. Conspiran, así, contra la Universidad en primer término, y contra el propio movimiento a que pertenecen, en segundo. Si, en cambio, planteasen a fondo los grandes problemas argentinos y las fórmulas adoptadas para solucionarlos, tendrían gran fuerza de persuasión, y aun cuando no convenciesen, merecerían el respeto de sus discípulos.

Hay otros que no actúan, en esto, de buena fe, porque buscan méritos computables presupuestaria o políticamente. Saben que es menos riesgoso transformar la cátedra en una barricada que pelear en una barricada verdadera. Y barricadas no han faltado, para los que deseaban defender convicciones revolucionarias. Pero en ella no abundaban, por cierto, esos recién llegados al heroísmo.

Otra corruptela es la que practican los que quieren "conquistar a los muchachos". No a través de la inteligencia, sino excitando su pereza con notas inmerecidas, con ventajas excesivas. Cuando se habla de "facilitar el acceso a la cultura", se está proclamando una consigna social, que consiste en permitir a todos los sectores el acceso a la Universidad, antes reservado a una minoría. Pero nadie ha pensado que deba interpretarse como un salvoconducto para que hombres sin preparación salgan con un título a perjudicar al prójimo en su salud, sus intereses o su espíritu.[127]

Brillante crítica a la burocracia universitaria. Con las inéditas facilidades para el acceso a los estudios superiores afluyen a las facultades miles de jóvenes que hasta entonces no figuraban entre los candidatos tradicionales. Cooke encuentra en eso la causa de la renovación política en la Universidad.

[...] Surgen núcleos de distintas dimensiones y aun con divergentes corrientes dentro de una misma línea, acorde con el pensamiento fundamental predominante. Cuando esa evolución está en pleno desarrollo [...] se lanza la organización federacionista desde arriba, que luego va a centralizarse en la CGU

[Confederación General Universitaria]. Desde arriba (primer error), y con notorio calor oficialista (segundo error). Automáticamente resurge la FUA, que les ofrece a los estudiantes la rebeldía inseparable de su edad. La FUA estaba muerta, tanto o más que otros centros anacrónicos de distintas facultades. La resurrección de estas estructuras caducas es el primer fruto de la CGU. Y el desplazamiento hacia ellas de los muchos estudiantes, el segundo.

La respuesta cegeuísta es la obligatoriedad de la afiliación, es decir, un error más grave que los anteriores. No se decreta así como así la obligatoriedad. Pero CGU significa todas las facilidades imaginables, dentro y fuera de la Universidad; y los opositores aprovechan, al mismo tiempo, para exagerar los peligros que corren los no afiliados. Hay conmoción, conflictos y disturbios. Finalmente "triunfa" la CGU de esta manera: los estudiantes se afilian... y siguen pensando y actuando contra la CGU. Los encargados del buen éxito de la organización llenan todos los días listas enormes de adherentes que presentan gozosos a sus jefes, buscando la palmadita aprobatoria. Pero cuando algún grupo de izquierda demasiado politizado promueve dificultades, los que aparecen para combatirlo son los estudiantes nacionalistas que no pertenecen a la CGU. Ésta no puede "ir a la pelea" porque no tiene gente: es, apenas, una nómina oficial típica de la todavía más típica ficción burocrática. (El destacado es del original.)[128]

La obligatoriedad de la afiliación es una típica actitud burocrática: el llenado de un formulario reemplazando la acción política. Por esta misma época Cooke actúa como interventor en el Partido Peronista de la Capital, en esa función rechaza los padrones mentirosos y amañados y propone construir otros reales. No le importa la cantidad de afiliados sino la cantidad de verdaderos peronistas.

---

126 Ver El campo escolar bajo el peronismo 1946-1955, Universidad Nacional de Quilmes, Flavia Fiorucci (doctora en Historia por la Universidad de Londres e investigadora del Conicet).

127 De Frente, número 43, 3 de enero de 1955, “Hablemos de libros y alpargatas” (editorial).

128 De Frente, número 71, 18 de julio de 1955, “Y otro destino que intriga: el de la CGU”.

Un raro sabor comunista a la banana

De Frente dedicó un gran espacio a las noticias internacionales, recordemos que se proponía como un "testigo insobornable de la realidad mundial". Entre centenares de artículos, elegimos dos temas latinoamericanos referidos a Guatemala y a Brasil.

Del número 1 extraemos el caso de Guatemala, las bananas y su entretejido de monopolios imperiales y socios criollos. El texto se llama "Se le ha descubierto un raro sabor comunista a la banana".

Jacobo Árbenz[129], conocido como "el soldado del pueblo", era presidente de Guatemala desde 1951. Árbenz llevó adelante una serie de odiosas medidas, entre ellas una reforma agraria que perjudicaba a la United Fruit Company. Welsh Dulles, el director de la CIA, denunció que los soviéticos trataban que Guatemala fuera su cabeza de playa en América y los Estados Unidos consideraron inaceptable su gobierno.

La alianza banana-comunismo se inició en 1944, cuando la revolución guatemalteca tiró por la borda al general Ubico, instrumento servil de la United Fruit, dueña y señora de Guatemala hasta entonces. Antes la banana era sinónimo de civilización. Su historia es un capítulo de la historia de esta América explotada, encarnecida y violentada.

Comenzó en 1901, cuando unos barquitos de morondanga salieron de la costa guatemalteca llevando bananas a Nueva Orleans. Eran barquitos norteamericanos, que solicitaron y obtuvieron del presidente Manuel Estrada Cabrera permiso para comprar bananas en la costa atlántica de Guatemala. Tres

años después, en 1904, la Compañía (United Fruit) logra que el generoso presidente Cabrera le obsequie el único puerto atlántico de que dispone el país. Puerto Barrios, desde entonces, ya no es guatemalteco; es de la United Fruit.

El presidente Estrada Cabrera es un presidente obsequiador. Poco después le regala a la Compañía los ferrocarriles en construcción, con la sola obligación para ella de terminarlos hasta la Capital. La United Fruit se sacrifica. Y como ese sacrificio merece una compensación, el presidente obliga a las demás compañías ferroviarias a vender sus empresas a la United Fruit.

Ya tiene ésta un puerto y los medios de transporte. Pero hay dos puertos más en la costa guatemalteca del Pacífico y la Compañía los “compra” en 1920. San José y puerto Camperio pasan a figurar en el activo de la United Fruit. Las playas, los mares ya son de ella. Pero quiere más, siempre más. Y encuentra presidentes comprensivos y generosos. El río Motagua, que corre de sur a norte y es el río principal de Guatemala. El presidente José María Orellana cede ambas márgenes del Motagua a la United Fruit mediante un contrato que tiene validez por 99 años.

Al presidente Orellana lo sucede el general Chacón. Éste no quiere quedar mal y mostrarse menos generoso que su antecesor. Así que firma un nuevo contrato con la Compañía. Ésta obtiene la opción de construir un puerto moderno en el Pacífico, anulando una oferta mejor de una empresa sueca. Pero claro, toma sus patrióticas precauciones. Establece en el contrato respectivo que si no se construye el puerto la United Fruit pagará al Estado la multa anual de 50.000 dólares. Los gerentes están de acuerdo. La United Fruit sacaba de Guatemala, hasta 1944, un promedio de 50 a 60.000.000 de dólares de beneficio anual. Pagar el 1‰ (por mil) de multa no era excesivo.

Lamentablemente para Guatemala, al general Chacón le sucedió el general Ubico. Ése mismo a quien Life presentaba como el “centinela de la democracia montando guardia en el mar Caribe”. Y el general Jorge Ubico está en la misma

línea de generosidad que sus antecesores. Mediante una ley declara “traidor a la patria” al obrero que gane más de 0.15 la hora en los bananales. Mediante otra exime del servicio militar a “todo ciudadano que trabaje en la United Fruit”. Los resultados son óptimos: la Compañía dispone de toda la mano de obra que necesita a precio de liquidación.

Así Guatemala pasó a ser propiedad de la Compañía. Una gran compañía que importaba sin pagar derechos cuanto necesitaba para sus ferrocarriles, para sus plantaciones, para sus telégrafos y teléfonos y que daba trabajo —dos días por semana— a decenas de millares de obreros al precio de 1,20 diario. Hasta que en 1944 una revolución tiró a Ubico al mar para reiterar, 100 días después, su voluntad de desmontar el “Imperio de la Banana”. ¿Quién podría alimentar este infame objetivo sino el comunismo?[130]

Tres meses después, ante la invasión norteamericana de Guatemala, editorializa: “Ni gerentes ni comisarios”.

Estados Unidos, que invoca un pretendido peligro comunista para intervenir en un país americano, ha debilitado su propia posición frente a los rusos. Aun cuando los beneficiarios directos del atropello sean los consorcios imperialistas, con la United Fruit Co. y su gerente, Mr. Foster Dulles, a la cabeza, la causa del comunismo es la que recibe el mayor aporte.

Porque Estados Unidos ha perdido lo que pudiera quedarle de autoridad moral frente a América. Porque ya no extrañará a nadie que mucha gente, en su desesperanza piense que el comunismo sea la solución para salir de las garras del águila yanqui. Y, por fin, porque algunos podrían sostener que, en última instancia, los comisarios soviéticos no han de ser peores que los gerentes norteamericanos. Con el agregado de que a los comisarios rusos se les conoce en esta parte del mundo por referencias, mientras que de los gerentes tenemos éste y muchos ejemplos.

Nosotros no queremos ni comisarios ni gerentes. No nos consideramos parte de la lucha por el reparto del mundo. Al margen de ambos bandos, tenemos nuestra propia hazaña que cumplir: formar una Latinoamérica unida, política y económicamente. Sólo entonces serán respetadas las soberanías de nuestras naciones.[131]

Entre ambas notas, el 25 de abril de 1954, hubo en Argentina elecciones para elegir vicepresidente. Esto se debió al fallecimiento de Hortensio Quijano, en abril del 52, aun antes de asumir la vicepresidencia.

Los resultados son reveladores:

Partido Peronista: 4.977.586, el 62,96%

Unión Cívica Radical: 2.502.109, el 31,64%

Partido Demócrata de Córdoba: 104.006, el 1,32%

Partido Comunista: 88.007, el 1,11%

Partido Demócrata Progresista: 46.077, el 0,58%

Partido Socialista: 22.516, el 0,28%

Concentración Obrera: 3.183, el 0,04%

A diecisiete meses del golpe, el peronismo sigue siendo invencible en las urnas. (Y esto fue una causa fundamental para que las fuerzas reaccionarias eligieran la vía del golpe de Estado.)

---

129 Jacobo Árbenz Guzmán (Quetzaltenango, Guatemala, 14 de septiembre de 1913-Ciudad de México, 27 de enero de 1971) fue un militar y político guatemalteco. Perteneció al grupo de militares que protagonizaron la revolución de 1944. Ministro de Defensa entre 1944 y 1951, y presidente desde 1951 hasta 1954.

130 De Frente, número 1, 11 de marzo de 1954, “Se le ha descubierto un raro sabor comunista a la banana”.

131 De Frente, número 16, 24 de junio de 1954, “Ni gerentes ni comisarios”.

Las debilidades de Getúlio Vargas

En la historia del Brasil, el período que va de 1930 a 1954 es de suma importancia. El Brasil de Getúlio Vargas fue la transición de la “Vieja República” al “Estado Novo”.

Vargas planteó una nueva economía, cuyo centro era el desarrollo industrial: la sustitución del modelo agroexportador por un fuerte impulso a la industria, el fomento del mercado interno y la eliminación de la dependencia externa. Tal política encontró su posibilidad de realización con la crisis mundial del 29, de graves consecuencias en la economía cafetalera brasileña. El ascenso de Getúlio Vargas a la presidencia interina el 3 de noviembre de 1930, lo enfrenta a una crisis económica monumental que la “oligarquía cafetera” no podía resolver.

La estructura política del “Estado Novo” obedeció a esos cambios (de una economía agroexportadora, hacia un modelo industrial). No fue fácil, encontró un problema de difícil solución: la integración económica de un país caracterizado por su fragmentación, por localismos de economías regionales cerradas. Se dio a construir un mercado nacional. La transformación provocó un aumento del 50% en la producción entre 1930 y 1940, y el despegue industrial de Brasil. No obstante, el campesinado permaneció despojado de la tierra, analfabeto y enfermo.

Como es sabido, el 24 de agosto de 1954, ante una grave crisis política, el presidente Vargas se suicidó de un balazo en el corazón. Dos días después, el 26 de agosto, el número 25 de De Frente incluía el artículo “Segundo acto del drama”:

En la mañana del martes, luego de negarse a firmar la renuncia que le imponían las Fuerzas Armadas, encabezadas por el Comando de la Aeronáutica, el señor Getúlio Vargas, presidente del Brasil, se pegó un tiro en el corazón. Culminó de esta manera la crisis y el escándalo que se inició la madrugada del 5 del corriente, cuando ex policías de la guardia personal del presidente Vargas dispararon sobre el periodista Carlos de Lacerda, dando muerte al mayor de Aviación Rubén Florentino Vaz.

Brasil, país de contrastes y de contradicciones infinitas, vio así que la bala que hirió en el pie al director de Tribuna de Imprensa —un órgano que disputa a los diarios del señor Assis de Chateaubriand[132] la hegemonía como receptáculo de los intereses de los monopolios internacionales y de la acción generalizada contra los pueblos de América y sus derechos de autodeterminación y de adelanto social— terminó por alojarse en el corazón del presidente de la República. Pero en este drama el pueblo no ofició más que como espectador, como convidado de piedra, al desarrollo de las luchas entre los grupos que en nombre de principios y de consignas brillantes y vacías, se disputan el poder para ponerlo a los pies de los monopolios imperialistas.

ESTABA CONDENADO AL FRACASO

El señor Getúlio Vargas, elegido en los últimos comicios por una aplastante mayoría, con el apoyo de todos los “marmiteiros” [un equivalente a los descamisados] de Brasil, estaba, sin embargo, condenado al fracaso más total. Encabezó, en su hora, una verdadera revolución, pero no supo, no quiso o no pudo darle el contenido que ella requería. El movimiento que lo elevó, por segunda vez, a la suprema magistratura, necesitaba llenarse de contenido social, de acción reordenadora en la distribución de lo producido, de capacidad reivindicadora de los derechos más elementales del pueblo brasileño. Sin embargo, los trabajadores vieron con desilusión y desengaño que se substituían sus esperanzas de reformas sociales con la espuma inoperante de una “revolución política”, conduciendo hacia el caos a las fuerzas desencadenadas para el triunfo electoral, mientras se mantenía intacto, y en un orden perfecto,

todo el aparato de conducción y de control de los sectores reaccionarios y contrarrevolucionarios, instrumentos serviles en manos de los grandes intereses internacionales que gravitan tradicionalmente sobre Brasil como los cuervos sobre la carroña.

El drama de Brasil no termina con el drama del señor Getúlio Vargas: su carta póstuma al pueblo brasileño, que sacude a trallazos a los consorcios internacionales y sus agentes internos, contribuirá a dar conciencia a ese pueblo. El drama de Brasil sigue su desarrollo, envolviendo en sus espirales de asco y de entrega a los personajillos que actúan en él de comparsas y partiquinos. Como los Lacerda —ex comunista, ex nacional-libertador, ex brasileño y ex ciudadano de esta América— mimetizados en defensores de la civilización, la fe y la democracia, pero capaces de emitir acciones y hacerlas cotizar en los mercados y en las bolsas de los tahúres y vividores del sentimiento nacional y continental.[133]

"Encabezó, en su hora, una verdadera revolución, pero no supo, no quiso o no pudo darle el contenido que ella requería. [...] Los trabajadores vieron con desilusión y desengaño que se substituían sus esperanzas de reformas sociales con la espuma inoperante de una 'revolución política'."

Habla de Brasil, sin dudas, pero ¿solo de Brasil?

La carta del presidente Getúlio Vargas denuncia a los monopolios y termina con estas palabras: "Luché contra las privaciones en el Brasil. Luché con el pecho abierto. El odio, las infamias, la calumnia no abatirán mi ánimo. Les di mi vida. Ahora les ofrezco mi muerte. Nada de temor. Doy serenamente el primer paso hacia el camino de la eternidad y salgo de la vida para entrar en la historia".

Una semana después vuelve sobre el tema en el editorial del 2 de septiembre con el título "El ejemplo de Brasil".

Tal vez la consecuencia que surge con más nítidos contornos es la de que con revoluciones superficiales no pueden remediarse problemas profundos. El extinto Presidente fue llevado al poder por las masas brasileñas, que se debatían en la miseria sin perspectivas. Y su exaltación se produjo contra los intereses de la alta finanza nacional y extranjera. Pero consumada su victoria electoral, no llevó a cabo la esperada revolución de tipo económico y social. Vargas procuró, es cierto, mejorar las condiciones de vida de las clases humildes, realizar algunas nacionalizaciones, frenar la codicia de los consorcios. Pero la vía buscada debía conducirlo, por lógica, al fracaso más absoluto, ya que no se atrevió —no interesa ahora dilucidar por qué razones— a desmontar en forma radical los instrumentos económicos y sociales que servían para la expolición de la riqueza y el vasallaje de las clases desposeídas. Con el mismo dispositivo manejado por las oligarquías, no se puede llevar a cabo la lucha contra ellas. Eso es axiomático.

La conquista del gobierno, cuando sólo significa la toma formal de las posiciones públicas, no basta para resolver con eficacia los asuntos que requieren soluciones de fondo. Son muchas las revoluciones que triunfan en este primer momento. Pero muy pocas las que consiguen imponerse en la imprescindible etapa posterior. Es la diferencia que va entre las revoluciones simplemente políticas y aquellas que trascienden ese plano para adentrarse en el económico-social.

La espera, la transacción, el pacto con las fuerzas antirrevolucionarias, sólo conduce al desastre. Al impedir el cumplimiento de las reformas esperadas, da lugar a que la desilusión popular reemplace al entusiasmo y el fervor inicial. Y al no desmontar la máquina que ha servido para oprimir al país y a su pueblo, dejan intacto los poderes que, a plazo más o menos breve, han de retomar las perdidas posiciones, cobrándose implacablemente el agravio de su momentáneo desalojo.

El Dr. Vargas cayó víctima de los poderes que él combatió sin vigor, y con los que creyó que podría contemporizar. En su gesto definitivo, pagó el error con su

propia vida, y esto lo reivindica de su equivocada debilidad. Pero está demostrado, una vez más, que las fuerzas de la reacción no perdonan ni olvidan. Y que los movimientos revolucionarios deben proceder, si quieren sobrevivir, con igual inclemencia.[134]

"Con el mismo dispositivo manejado por las oligarquías, no se puede llevar a cabo la lucha contra ellas. Eso es axiomático. [...] La espera, la transacción, el pacto con las fuerzas antirrevolucionarias, sólo conduce al desastre."

Nuevamente, De Frente (y podríamos decir Cooke sin temor, ya que es un editorial) habla de Brasil, pero no solamente de Brasil. Sabe que la Argentina agroexportadora, la que no necesita y hasta repele un mercado interno porque consume lo mismo que exporta, la de salarios bajos garantizados por un stock de desempleados ha sido limitada, pero no tiene heridas mortales. No se ha tocado la propiedad de la tierra y en el país no se escuchó el reclamo de ninguna reforma agraria. Se ha desviado parte de su renta, pero sigue siendo su renta.

Corre septiembre de 1954, hace un año el general de brigada Benjamín Menéndez se alzó contra Perón porque descontaba la derrota electoral de los democráticos. Fracasó. Corre septiembre de 1954, falta un año para que el golpe gorila triunfe. En ese septiembre Cooke afirma que el acuerdo con la reacción conducirá al desastre.

---

132 Francisco de Assis Chateaubriand Bandeira de Melo (Umbuzeiro, 1892-São Paulo, 1968), hombre influyente de Brasil, fue un magnate de las telecomunicaciones, dueño de Diários Associados, el mayor conglomerado de medios masivos de comunicación de Latinoamérica que, en su auge, contó con más de cien periódicos, emisoras de radio y televisión, revistas y agencias telegráficas.

133 De Frente, número 25, 26 de agosto de 1954, “Segundo acto del drama”.

134 De Frente, número 26, 2 de septiembre de 1954, “El ejemplo de Brasil”.

Vuelta a lo privado

Cuando Perón decide que el gobierno se desprenda de empresas que ha tomado a su cargo, algunos —fuera y dentro del oficialismo— consideran esto como un giro de 180 grados en la política económica peronista.

Corre septiembre de 1954. De Frente niega que haya una vuelta al pasado; apenas reconoce un eclipse en la intervención del Estado en las actividades productivas. Además, acuerda con Perón que la actividad privada es la fuerza central de la economía y que no es objetivo del Estado la administración de empresas.[135]

Ni hay vuelta al pasado, ni puede considerarse como objetivo la administración de las empresas por el Estado. Esta fue una necesidad dictada por las circunstancias, para que la liquidación de determinados monopolios particularmente atentatorios contra los derechos del pueblo y de la Nación no redundase en la inmovilidad de empresas que resultaban, además de explotadoras y expoliadoras, fuentes de trabajo —aunque mal remunerado— para millares y millares de familias argentinas.

Cumplida esta etapa inicial, que exigió la administración estatal de las viejas empresas —tal como las cervecerías del trust Bemberg[136]— la política económica del gobierno encara, como objetivo de actualidad, la transferencia de esa administración y la custodia de los grandes intereses en ella involucrados a la actividad privada, a la iniciativa privada, al afán de lucro también privado.

Pero no deshaciendo el camino que se hizo, sino despojando al concepto “privado” de su unilateralidad anterior y revalorándolo de una manera totalmente

nueva, pero también totalmente justa.

Esto es: en el marco de la Comunidad Organizada, que implica la incorporación de las clases populares a la república burguesa y, por ende, la función social de la empresa privada. En esa utopía peronista la apropiación de la plusvalía es regulada, no llega al límite de la subsistencia del obrero y su capacidad de reproducción. Lo que implica el reconocimiento del proletariado como elemento necesario en la producción, hasta allí no incluido en la república burguesa. La utopía supone también un capitalismo consolidado, estable, por completo ajeno de los pavores de la lucha de clases, capaz de hacer inviable el peligro comunista.

Días antes, Perón había hablado en el Congreso de la Federación Cervecera y De Frente reproduce un fragmento.

Nosotros no creemos que el Estado pueda seguir manejando estas grandes organizaciones. El Estado tiene otra función que cumplir; no está para ponerse a industrial. Los bienes industriales o de la producción deben ser regidos por el interés privado. Al gobierno le basta con tener los servicios públicos en sus manos, porque éstos no están para ganar dinero sino para prestar servicios. Las empresas, en cambio, están para ganar dinero y para lograr con ese dinero el bienestar social de la comunidad. Por esa razón, creemos que esto debe ir a manos de los privados.

Una digresión que nada descubre: Perón era un orador brillante, ajeno a la soberbia vacua de la verba balbinista, con sus discursos para unos pocos entendidos. Lo suyo pasaba por otro lado. Perón era un orador de masas.

Nosotros hemos considerado que ustedes, los cerveceros, son tan privados como todos los demás, y, en consecuencia, enviamos al congreso una ley que nos

permita entregar estas empresas a ustedes, para que ustedes sean sus propietarios y las administren. Creemos que éste es un acto de justicia.

Imaginate, un obrero cervecero de pronto convertido en cooperativista. Porque “los cerveceros, son tan privados como todos los demás”.

De Frente concluye:

No hay, pues, perspectivas de una contrarreforma económica en nuestro país. Lo que hay, sí, es una etapa nueva en la ejecución de una política económicosocial empeñada y decidida a barrer los monopolios y substituir el capital anónimo de los trusts por el capital de las empresas cooperativas que involucren a cuantos participen en la producción y la distribución de lo producido.

Nueva digresión, esta vez sobre el caso Bemberg. Esta es la opinión de Perón sobre los Bemberg[137]:

La familia Bemberg en la Argentina es algo así como un inmenso pulpo venenoso que todo lo va emponzoñando y ocupando. La corrupción de funcionarios públicos fue su especialidad. La “coima” es una institución bembergiana. Penetró el Poder Ejecutivo, el Poder Legislativo y el Poder Judicial. No hubo rincón de la Administración Pública donde Bemberg no llegara con su corrupción.

Mediante este procedimiento delictuoso llegó a amasar una gran fortuna; como Al Capone, se dedicó a la cerveza y constituyó el más extraordinario monopolio, para estar también fuera de la ley en este aspecto. Sus abogados fueron también famosos como lo son en el foro los que se dedican a esta clase tan torcida del

derecho. Bemberg fue tomando todas las cervecerías del país después de arruinar a sus legítimos dueños por la competencia desleal. Tomó todas las fábricas de levadura y monopolizó las malterías. Era desde ese momento el “Rey de la Cerveza”; como tal, había terminado con todos.

Obtenido esto, se dedicó a la yerba mate y tal vez habría creado otro inmenso monopolio si las cosas no hubieran cambiado con la muerte de “Don Otto”. A la muerte de este señor sus herederos iniciaron juicio sucesorio, de esto hace casi veinte años y con gran sorpresa para el fisco, su fortuna se reducía sólo a seiscientos mil pesos. Terminado el juicio, frente a tan insólita y absurda simulación, el Consejo Nacional de Educación denunció la evasión de impuestos y el asunto pasa a la justicia federal. Allí el juicio durmió el sueño de las cosas olvidadas durante quince años, en los que los herederos Bemberg han de haber movido algunas “influencias” para que “no se hablara más del asunto”. “Hijos de tigre, tenían que salir overos”.

Volvamos a De Frente, tres semanas después editorializa que el gobierno está dispuesto a devolver a la actividad privada algunas de las empresas y que el anuncio ha dado motivo a que comenzaran a circular los más contradictorios rumores.

Hay gente que afirma, con absoluta seguridad, que a plazo más o menos breve todo será desnacionalizado: industrias, transportes, servicios públicos, y suponemos que también incluirán al petróleo. Y se vuelve a vetustos planteos que creíamos que yacían en el desván de las antiguallas ideológicas nacionales: el Estado es mal administrador, el gobierno debe limitar al mínimo sus actividades, etc., etc.

Lo que subyace detrás de esto es el rápido acercamiento al triunfador de la guerra. Pero, como veremos más adelante, el peronismo no podía ser la herramienta para ese acercamiento.

No por lo menos en la década del cincuenta.

En cuarenta años Roberto Dromi[138] anunciará las privatizaciones de teléfonos, canales de televisión, radios, Aerolíneas Argentinas y las concesiones de rutas y ferrocarriles. En un famoso discurso que aún puede encontrarse en internet hablará del Decálogo Menemista de la Reforma del Estado y cometerá su histórico lapsus linguae: “nada de lo que deba ser estatal permanecerá en manos del Estado”.

Digamos con De Frente:

Por supuesto que no estamos en el secreto de los pensamientos de quien dirige en esta hora a la República. Pero no hay ninguna razón para que ignoremos el programa que ha hecho público, programa que en ninguna parte puede servir para confirmar los rumores que comentamos. Y que nadie tiene derecho a pensar que pueda haber variado en sus lineamientos.

Hay que comenzar por hacer un distingo. Es lógico que muchas industrias vuelvan a depender de la iniciativa privada. No hay razón alguna para que el Estado sea fabricante de cerveza, cultive yerba mate o produzca bicicletas. Esas actividades, si por razones de momento fueron estatizadas, deben volver a manos de empresarios particulares, porque de lo contrario estaríamos en presencia de una socialización parcial, injusta e innecesaria. Pero hay otra amplia esfera de la producción que no puede volver a manos particulares. Dentro de ella, nos referimos concretamente (por haber sido motivo especial de comentarios en circulación) al transporte ferroviario. Y, en general, a los servicios públicos, que están al margen de toda especulación comercial.

Sostener que el Estado es mal administrador, es uno de los slogans de los que postulan una contrarreforma económica […]. Que a veces el Estado tiene servidores que no administran bien su patrimonio, eso ya es otra cosa, completamente circunstancial. El principio que defendemos es que el Estado debe manejar ciertos servicios, porque son parte indelegable de la soberanía económica de toda nación moderna.[139]

---

135 De Frente, número 27, 9 de septiembre de 1954, "No se volverá al sistema monopolista".

136 Fundado por Otto Peter Friedrich Bemberg Drügg (Colonia, Alemania, 1827-París, Francia, 1895). Llegó a la Argentina en 1852, donde estableció una empresa dedicada a la importación de tejidos y exportación de granos. Aquí se casó con María Luisa Ocampo, lo que le permitió expandirse a otras áreas con apoyo de su familia política, encumbrados terratenientes, colonizadores y constructores de caminos y puentes, entre otras empresas.

Por encargo de los presidentes Bartolomé Mitre y Nicolás Avellaneda, Bemberg estableció colonias agrícolas en Santa Fe. En 1879, como consecuencia de la llamada "campaña del desierto", Otto Bemberg se quedó con 50.000 hectáreas de tierras fértiles robadas a los indios.

El grupo fue adquiriendo posición dominante a partir de 1907 con las compras sucesivas de las cerveceras Schlau y Palermo. En 1913, las sociedades del grupo Bemberg (Quilmes, Palermo y Schlau) se fusionaron junto a las cervecerías Germania y Buenos Aires creando el consorcio cervecero Unión. Para 1921, adquiere la cervecería San Martín de Bahía Blanca, la cervecería Santa Fe y la fábrica de gaseosas Bilz. En 1931 compra la cervecería Córdoba y en 1939 la cervecería Bella Vista.

El grupo Bemberg se había adueñado del mercado cervecero en Argentina.

137 “Los Bemberg según Perón”, Página/12, domingo 16 de abril de 2006.

138 Roberto José Dromi (Mendoza, 1945), ministro de Obras y Servicios Públicos durante los años 1989-1991. Su labor sería completada con la venta de YPF en 1992.

139 De Frente, número 30, 30 de septiembre de 1954, “Nostálgicos del absurdo”.

Salarios

El número 6, del 15 de abril de 1954, lleva el título “Reajuste de sueldos y salarios, sin huelgas”. En el párrafo final de la página 4 podemos leer:

El medio con que nuestro país resuelve el eterno problema del capital y el trabajo es, se nos ocurre, infinitamente superior a la feroz lucha de clases que estalla periódicamente en la mayoría de los países del viejo y el nuevo mundo. Lo ocurrido en el puerto de Nueva York, donde una huelga de 29 días desarticuló todo un vasto proceso económico, con pérdidas millonarias, recuerda que las grandes soluciones no siempre son monopolio de las grandes naciones, altamente civilizadas y desarrolladas.

No hablemos de lo que ocurre en Rusia, por ejemplo, donde es el Estado, monstruo absorbente, el que se deglute toda la plusvalía del trabajo y la producción.

Por cierto, la Argentina no está resolviendo hacia 1954 “el eterno problema del capital y el trabajo” ya que la inflación arruina el salario y los gremios exigen aumentos. Aquí y allá se extienden las huelgas mientras la oposición echa leña al fuego. En mayo de ese año De Frente editorializa:

El problema de la renovación de los contratos colectivos de trabajo, con su secuela de paros y conflictos, ha traído como consecuencia que se levantaran voces de alarma.

Entonces propone:

En los gremios donde las remuneraciones estén por debajo de lo que se considera un nivel de vida aceptable para un país socialmente adelantado, debe procederse a aumentar los salarios en la medida suficiente. En aquellas actividades donde los jornales no requieran modificaciones substanciales, debe procederse con cuidado a los reajustes, estableciéndose ventajas en las remuneraciones que estén en consonancia con el aumento de la productividad.

Pero (porque siempre hay un pero cuando las cosas no funcionan):

Algunos pequeños grupos, infiltrados en la masa trabajadora, procuran dificultar las soluciones. En general, la responsabilidad mayor por la demora radica en la intransigencia de un grupo patronal que, si bien cuantitativamente reducido dentro de la clase de empresarios, parece haber gravitado decisivamente en las tratativas como factor de retardo y de desorden.

Nada de ello ha dado pie para que pueda afirmarse, como aventuradamente se ha hecho, que debe hacerse una revisión del sistema económico-social que el país se ha dado.

De Frente transita por una incómoda línea que busca estar equidistante de obreros y patrones. Quiero aclararte que no le creo tal equidistancia. Es cierto que John aún no adscribe a criterios revolucionarios, pero me parece que él y sus colaboradores encuentran en ese territorio, en esa imposible objetividad, la mejor manera de influir en sus lectores que, fundamentalmente, integran las capas medias.

En eso andaba el país y, para poner las cosas en claro, llegó el Congreso de la Productividad:

Cuando esta edición llegue a las manos del lector, ya se habrá inaugurado el Congreso Nacional de la Productividad y Bienestar Social. En torno a esta reunión se ha desarrollado un vasto plan de publicidad, partiendo de la base de difundir esquemáticos “slogans” primarios, sin que el gran público sepa en realidad de qué se trata en definitiva.

Conviene anotar por ello, desde el principio, que los objetivos de esta clase de reuniones apuntan a una meta que debe desearse se logre para el bien del país: hallar en un punto coincidente del capital y el trabajo una fórmula que acreciente la producción.[140]

Vale la pena subrayar: un punto coincidente que aumente la producción. Lo que pregona la Comunidad Organizada.

Este planteo no fue claramente comprendido por todos, por lo menos al principio. Cuando se anunció su realización, algunos empresarios […] creyeron que había llegado SU hora, la oportunidad esperada para enervar toda la legislación social del país (estatutos, convenios y leyes), que protege el aporte obrero a la economía común. […] Simultáneamente, cundió la alarma en los medios obreros. Fue necesario explicar entonces que productividad no era MÁS trabajo, sino MEJOR trabajo; una diferencia sustancial, como se verá.

Hay que decir más. Este congreso está encaminado a demostrarle al capital que para su mayor beneficio le conviene mantener un alto standard de vida de la clase trabajadora, vigorizando el mercado interno. Y hacerle entender a los obreros que su régimen de salarios estará más concretamente respaldado, y defendido con permanente efectividad, cuando una más alta productividad dé por resultado la abundancia de productos. Sólo por ese camino se conseguirá que los precios vuelvan a su nivel lógico, por propia gravitación de una economía de la abundancia, resultado que no podrá obtener nunca la represión policial. (Las

mayúsculas y bastardillas son del original.)

Las divisas se han acabado hace tiempo, con divisas escasas desaparecen los subsidios directos y los indirectos. Hay que restaurar el pacto policlasista que significa el peronismo —la alianza entre el capital y el trabajo que había llegado a su cenit en el glorioso 49, cuando los salarios sumaron el 53% del producto bruto—. Y hay que hacerlo en tiempos de crisis económica, sobre una economía crujiente.

En este terreno hay que hablar claro. Así como hay “bolicheros” que creen que para ganar más hay que pagar menos al obrero, existen también grupos de trabajadores y dirigentes que entienden defenderse de la desocupación produciendo lo menos posible. No quieren ver que cuando el zapatero fabrica más zapatos, el panadero más pan y el sastre más trajes, bajan los costos de productividad y bajan los precios. Y el salario COMPRA más, que es, al fin de cuentas, la mejor defensa de las remuneraciones. […] Ambas son fuerzas negativas y deben ceder, ENTENDER que se trata de su propio beneficio y el de la comunidad de que son parte interesada.

Si bien De Frente reclama prudencia a las organizaciones gremiales, el texto parece estar principalmente dirigido a los industriales. Demanda de ellos la renovación del pacto con la clase obrera. Superar la avaricia de creer que ha llegado el momento de “volver las cosas a su lugar” —que es siempre un lugar antiobrero—, de hacer retroceder la legislación social, de anular los estatutos, los convenios y las leyes que protegen a la clase obrera. En definitiva, el momento de exigir al gobierno peronista que ataque los intereses de su base social.

Si el peronismo lo hace, si retroceden las condiciones materiales y políticas de la clase obrera, si se acaban los convenios colectivos, el estatuto del peón de campo y otras trabas a la productividad, el golpe de septiembre del 55 sería del todo innecesario.

La única verdad es la realidad, como dijo el bueno de Aristóteles y popularizó el general nacido en Lobos. El peronismo no puede hacer tal cosa sin negarse a sí mismo. Ya lo hará, pero aún falta que corra agua bajo el puente.

---

140 De Frente, número 54, 21 de marzo de 1955, p. 7, “La ceguera de los patronos y los obreros”.

La Iglesia

A partir de 1953 estalla el conflicto entre el gobierno y la Iglesia. La disputa es sorda primero, evidente y flamígera después. De Frente le dedica algunas palabras, pocas palabras como veremos. Pero antes es necesario que repasemos la relación entre el peronismo y la Iglesia católica.

Cuando corría el mes de marzo de 1937, Pío XI, en su condición de infalible vicario del Señor, divulgó la encíclica Mit Brennendrer Sorge. No habló de la persecución a los judíos ni condenó el racismo, al que juzgó “necesario y honorable”, aunque admitió que estaba muy lejos de la verdadera fe. El silencio papal —entre otros silencios— provocaría la brutal Kristallnacht, la “Noche de los cristales rotos”, la que fue del 9 al 10 de noviembre de 1938 con sus brutales ataques y linchamientos a los judíos alemanes y austríacos.

Muy trabajador, cinco días después Pío XI dio a conocer la encíclica Divini Redemptoris que arremetió contra el comunismo, enemigo inconciliable de la cristiandad.

• • •

La Iglesia argentina encontró muy satisfactorio el golpe del 4 de junio de 1943. Monseñor Gustavo Franceschi[141] escribió sus célebres “Consideraciones sobre la revolución”. “Dios —decía— es criollo: en otras palabras, la Divina Providencia cuida de nosotros mucho más de lo que merecemos. El Ejército salvó positivamente la situación: la revolución militar impidió la revolución social” (El destacado es de D. S.).[142]

Muy contento por esas palabras, el presidente Ramírez le mandó una carta al monseñor. Le dijo que había puesto su gobierno bajo la advocación de Dios y reconocía "el signo augusto de la Cruz con que España marcó para siempre el alma del continente".[143] El monseñor le respondió como un buen padre: "Constituís un ejército cristiano".[144]

Susana Bianchi apunta que el encuentro entre Iglesia y Ejército comenzó en la década del treinta, "a partir de una progresiva identificación entre el catolicismo y la nacionalidad y el temor común frente a los conflictos sociales".[145]

El Ejército fue consagrado a la Virgen María y Nuestra Señora del Carmen ascendida a generala. Pero no todo fue simbólico: el día de Navidad de 1943, Ramírez promulgó la enseñanza religiosa en las escuelas. Una circular de la Inspección General de Enseñanza Religiosa señalaba sin rubor que "En historia se debe considerar a Cristo como centro de la historia del mundo". También afirmaba que el fin del matrimonio era la reproducción, y quienes la impidieran o tuvieran en mente otros fines se hacían pasibles de grandes castigos del cielo.

Los enumeraba, el menú de castigos era corto pero sabroso: "enfermedades, muertes prematuras, desgracias sin número y el tormento eterno del infierno". Proclamaba que los hijos de cristianos unidos solo civilmente eran ilegítimos ante Dios, y consideraba como inválido el casamiento civil.[146]

La influencia del catolicismo sobre Perón incluyó voces menos cavernarias, como la del economista Alejandro Bunge que planteaba que la relación con Gran Bretaña estaba herida de muerte y que los Estados Unidos no podían sustituir a los europeos porque su economía no era complementaria sino competitiva con la argentina. Proponía entonces la creación de un fuerte mercado interno y la industrialización del país.

Desde un comienzo, Perón y la Iglesia tuvieron acuerdos, ambos se oponían al comunismo y al capitalismo liberal. Pero esos acuerdos no impidieron que cada cual tratara de subordinar al otro.

• • •

Pío XI había muerto y en Roma gobernaba su sucesor, Pío XII, quien supo marcar la política vaticana de posguerra, que bien puede reducirse a: uno: frenemos al comunismo, y dos: destruyamos al comunismo.

Ya no era aceptable ni seguro —o mejor, no era aceptable por no ser seguro— un sistema social que no pusiera límites al capital azuzando el hambre proletaria. Había que sostener el derecho a la propiedad privada, pero marcar sus límites. Nació entonces la Doctrina Social de la Iglesia.

En su mensaje radial de Navidad, en 1944, Pío XII hizo las paces con las democracias liberales. Al fin de cuentas habían ganado la guerra y, sin dudas, eran preferibles a los rojos. Se dio entonces a crear partidos católicos; organizaciones políticas que tuvieron buenos desempeños en Francia, Bélgica, Austria, Italia, Suiza y Noruega. Pío XII dijo sin vueltas que lo que se jugaba era el triunfo de la civilización cristiana o de un estado materialista y sin Dios. Se lo tomó muy en serio porque años después excomulgaría en forma automática a todos los comunistas.[147]

No obstante, los católicos argentinos —salvo monseñor De Andrea— se tardaron en advertir esos nuevos vientos papales.

• • •

Eso sí, el Vaticano pensó que había que salvar a los nazis y a sus colaboradores que, en los campos de prisioneros, comían “el pan duro de la cautividad”. De tal humanitaria preocupación se hicieron cargo las autoridades de la Iglesia argentina. Evitaremos extensos comentarios sobre el empeño puesto por los altos dignatarios de la Iglesia, tanto en Europa como en la Argentina, y del gobierno peronista para hacer entrar al país a criminales de guerra y genocidas. Lo haremos por una razón de brevedad y porque es un tema tangencial en este texto. Pero hay varios trabajos al respecto, entre los que destacamos La auténtica Odesa, de Uki Goñi, y Cristo vence, de Horacio Verbitsky.

Solamente algunos apuntes.

Uno: el cardenal Antonio Caggiano construyó en Roma y en Madrid las bases de apoyo por las cuales se traficó hacia la Argentina a los colaboradores franceses de la ocupación nazi.

Dos: está documentado que Pío XII, a través del cardenal Giovanni Battista Montini —después Paulo VI— le pidió al embajador argentino que los criminales detenidos en los campos de prisioneros de Italia fueran recibidos en Buenos Aires.[148]

Tres: La Sociedad Argentina de Recepción de Europeos, se encargó de traer innumerables nazis, Erich Priebke, por ejemplo. El abogado de Priebke, Pedro Bianchi, afirmó que en 1945 el gobierno de Farrell negoció la entrega de documentación (dos mil pasaportes y ocho mil cédulas en blanco) y que de ese modo habían ingresado al país dos mil nazis.[149]

La dolorosa lista podría continuar.

• • •

Claro que no todo fue armonía entre Perón y la Iglesia. La sindicalización obrera, por ejemplo, con su reconocimiento de una única organización gremial, lesionaba a la Juventud Obrera Católica. Los nuevos sindicatos eran un freno al marxismo, pero los herederos del padre Grotte quedaban afuera.[150]

Hubo más diferencias. El peronismo no predicaba la limosna sino la solidaridad social, que no es lo mismo. Tampoco compartían gustos en cuanto a libros escolares: la Iglesia deseaba que se alabara más a Cristo que a Perón, pero el gobierno ponía énfasis en el desempeño y competencia del Estado y en la Fundación Eva Perón.

Ante esto el Episcopado supo digerir los sapos y mantuvo la tranquilidad y el silencio.

Claro que la Iglesia no era una expresión monolítica. “Los minoritarios sindicatos confesionales proscriptos formaban parte de la concepción democrática de monseñor De Andrea; mientras el Episcopado y sus principales voceros, como la publicación Criterio y monseñor Gustavo Franceschi, eran decididos integristas y por lo tanto preferían un poderoso movimiento sindical unido y que se proclamara cristiano, aunque siguiera a Perón.”[151] [152]

Como ya hemos visto, Perón mandó al Congreso la ley de ratificación de la enseñanza religiosa en las escuelas y exigió que las bancadas peronistas acatasen su orden. Diputados y senadores cumplieron. Uno de ellos, John William Cooke,

se arrepentiría años después. En las universidades se amplió la influencia de la Iglesia, se cesantearon centenares de profesores, se prohibió toda actividad política y se ilegalizó a la Federación Universitaria de Buenos Aires. El gobierno y el integrismo católico barrieron la Reforma de 1918.

Simultáneamente, el Congreso discutió tres proyectos que revolvían las tripas católicas. Uno reformaba la ley de matrimonio civil, aceptando los divorcios hechos en el exterior, aunque los excónyuges no podían volver a casarse. El segundo equiparaba a los "hijos naturales, aun adulterinos e incestuosos, con los nacidos de legítimo matrimonio". El tercero desplazaba "a la esposa legítima por la concubina" en el Seguro Social.

Tampoco agradó a la Iglesia la creación de la Fundación Eva Perón. Evita despreciaba la limosna en nombre de Dios, lo suyo era otra cosa, la ya famosa justicia social, porque allí donde hay una necesidad existe un derecho (o debe crearse). Tan encarnizada fue la lucha que, al año siguiente, Evita creó el Hogar de la Empleada, con el mismo nombre y función que el hogar de monseñor De Andrea.

A instancias del doctor Ramón Carrillo[153], Perón propuso la legalización de los burdeles como manera de control sanitario. El general organizó una reunión entre el Episcopado y el sanitarista, pero la Iglesia siguió en sus trece. Caggiano dijo que la prostitución violaba el sexto mandamiento y Perón cedió a su pretensión.[154]

Luego llegó el debate de la reforma de la Constitución. La Iglesia propuso —a través del sacerdote salesiano Cayetano Bruno—[155] la eliminación de la referencia a la soberanía del pueblo en el artículo 33. En su reemplazo sostenía "el reconocimiento del origen divino del poder".[156]

¡El reconocimiento del origen divino del poder!

Casi dos siglos de retroceso.

Denostaba Bruno la terrible influencia de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789. Influencia que se hacía evidente en los inquietantes derechos que se otorgaba a los trabajadores. “Nuestra Constitución —decía— reconoce, casi diría tímidamente, la necesidad de la existencia de la Iglesia católica. Habla en algunos artículos de ‘sostenimiento’, sin llegar nunca a reconocer que es la religión del Estado, y concede iguales derechos a las demás religiones y cultos disidentes”.[157] Proponía que la católica fuese la religión del Estado, el matrimonio un vínculo indisoluble, las nupcias asentadas en actas religiosas válidas civilmente, y la enseñanza religiosa, claro, escrita a fuego en el texto constitucional.

Pero tan altas pretensiones fueron desilusionadas.

El rechazo de Perón abrió la primera grieta con la Iglesia. Horacio Verbitsky apunta que esa brecha nunca se cerraría. “Perón había pasado a ser la principal fuente de razón y justicia de la Nueva Argentina.”[158]

—Una digresión.

—¿Otra? Sorín, déjese de digresiones…

—Perdón, pero esta me parece interesante. El sacerdote Cayetano Bruno no

menciona —quizá la desconozca, quizá era demasiada herejía para él— la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, un texto redactado el 5 de septiembre de 1791 por la francesa Olympe de Gouges. Una heroína que hoy bien haríamos todos en recordar. Propone la emancipación femenina, la igualdad de derechos y la equiparación jurídica y legal de las mujeres en relación a los varones.

En el prólogo de dicho documento se declara:

Hombre, ¿eres capaz de ser justo? Una mujer te hace esta pregunta; por lo menos no le privarás ese derecho. Dime, ¿qué te da imperio soberano para oprimir a mi sexo? ¿Tu fuerza? ¿Tus talentos?

Olympe de Gouges (pseudónimo de Marie Gouze) nació en Montauban, Francia, en 1748. Se casó con un hombre mayor quedando al cabo de un tiempo viuda y con un hijo. Se mudó a París hacia 1770, allí frecuentó los salones donde se discutía de literatura y política.[159]

Las obras de Olympe de Gouche tratan sobre las condiciones sociales de la sociedad francesa. Su obra teatral más famosa es La esclavitud de los negros, acerca la condición de los esclavos en Francia y sus posesiones como Haití, fue publicada en 1792. En el contexto de la Revolución Francesa, Marie Gouze aumentó su actividad en favor de la abolición de la esclavitud. En el año de 1788 publicó el ensayo Reflexiones sobre los hombres negros; y en 1790 escribió otra obra sobre el mismo tema, El mercado de los negros.

¡Salud, Olympe!

• • •

Pío XII envió en 1950 un delegado, el cardenal Ernesto Ruffini, al nuevo Congreso Eucarístico que se realizaría en Rosario. El cardenal decidió alojarse en la residencia de la familia Pereyra Iraola, emblema del antiperonismo oligárquico —a la que el gobierno acababa de expropiar diez mil hectáreas para el parque público “Derechos de la Ancianidad”—. Ruffini visitó el Hogar de la Empleada, pero no el de Evita sino el de monseñor De Andrea; más aun, no quiso visitar la Fundación Eva Perón. El presidente y su esposa fueron al Congreso Eucarístico, donde los jóvenes de la Acción Católica los hostigaron al grito de “Jesús es Dios” y Caggiano tuvo que pedir varias veces que hicieran silencio. Ambos besaron el anillo del delegado papal, pero en su discurso Perón expresó un extraño pensamiento: no era buen cristiano el que iba todos los días a misa si pagaba mal a quien le servía o especulaba con el hambre de los obreros.

Para ese entonces el peronismo ya era una religión. Tenía sus altares, los asuetos “San Perón”, la Santa Evita, y vencía a la Iglesia en el espacio simbólico. Las interminables exequias de la Abanderada de los Humildes agudizaron aun más la grieta entre el peronismo y la Iglesia.

El desplazamiento de la Iglesia por Perón como fuente de legitimación hizo, a su vez, crujir a las Fuerzas Armadas. Y esto es extremadamente importante: La Iglesia había sido por décadas —y fuertemente desde el treinta— la formadora política de las Fuerzas Armadas.

• • •

Al mismo tiempo, y en consonancia con lo que sucede en el Vaticano, los católicos liberales avanzan haciendo retroceder a los integristas. Los jóvenes universitarios de la Liga Humanista le escriben una carta a Jacques Maritain[160];

el Episcopado —todavía afiliado al integrismo— los denuncia ante el Vaticano. El mismo Maritain defiende a los jóvenes y el Vaticano no desea sancionarlos. Fue entonces que los nuevos vientos de Roma se hacen evidentes para los católicos argentinos.

Las diferencias entre católicos integristas y liberales se liman a favor de estos últimos y nace, con participación directa de monseñor De Andrea, la Democracia Cristiana.[161] El manifiesto liminar del partido reconoce las conquistas sociales, pero critica el personalismo de Perón, reclama por los derechos constitucionales y la amnistía a los presos políticos. Recurre a una consigna que pronto hará historia: “Ni vencedores ni vencidos”.

A Perón no le gusta nada la creación de partidos demócratas cristianos (a los que apoya los Estados Unidos). “Si socialcristianos somos nosotros”, habrá pensado.

Mientras tanto, el cardenal primado Santiago Copello[162] pasa a segundo plano. La conducción de la Iglesia estará en las manos de los arzobispos de Rosario y Córdoba, Antonio Caggiano[163] y Fermín Lafitte[164]. La decisión del Vaticano, ejecutada por el nuevo nuncio, Mario Zanín, tiene como objetivo preparar a la Iglesia argentina para un nuevo escenario: la confrontación con el gobierno peronista.

En octubre de 1954, Perón afirma en la CGT:

[Que] así como los trabajadores no se meten con la religión, ésta no debe meterse con la organización sindical. Puede ser que entre en el corazón y en la mente del trabajador, pero con la organización ¿qué tiene que ver? [...] Que hagan política o religión en su casa, pero no en la organización donde todos somos iguales.[165]

El 10 de noviembre, Perón reúne en la Quinta de Olivos a ministros, gobernadores, parlamentarios y a la CGT. Acusa a los obispos Fermín Lafitte, Nicolás Fasolino y Froilán Ferreyra Reynafé de enemigos del gobierno. Como alguien advirtió que había que elegir entre Cristo o Perón, este le responde que nunca había tenido conflictos con Cristo, solamente con “cuatro o cinco curas descarriados”.[166]

La cosa va más allá: varios hombres de la Iglesia son detenidos y el Episcopado —cuya mayoría aun no quiere romper con el gobierno—, expresa que ningún sacerdote puede ni debe tomar parte en las luchas políticas. Pero no alcanza. Tres días después, en una concentración de la CGT en el Luna Park, los carteles anuncian: “Perón sí, curas no”. También se pide por el divorcio y que se suprima la enseñanza religiosa. Eduardo Vuletich[167] —secretario general de la CGT— dice que, si hay alguien que predicó la doctrina de Perón antes que Perón, ese fue Dios. Mientras, la Acción Católica pide la excomunión de Perón.

Una semana después se desata la guerra abierta.

El gobierno deroga la resolución que prohíbe la enseñanza mixta; elimina la subvención estatal a muchos colegios de la Iglesia, a los que acusa de defraudación al fisco; se da a sacar crucifijos de los lugares públicos; prohíbe la entrada de capellanes en las cárceles y levanta los espacios gratuitos destinados a instituciones católicas en las radios. El Estado argentino por primera vez retiene la designación de un obispo por el Vaticano. Anula la autorización previa de la Iglesia para la designación de docentes de Religión, suprime la Dirección General de Enseñanza Religiosa y cesantea a su personal. Con refinado sentido de la ironía eleva a la categoría de dirección general a Sanidad Escolar y Educación Física. Y, golpe brutal, “Religión” deja de ser materia de promoción: ya no era necesario aprobarla para pasar al año siguiente.

• • •

La cosa se había puesto fulera. El gobierno no autoriza la misa por el día de la Inmaculada Concepción a celebrarse en la Plaza de Mayo[168]; y Copello —su mayor sostenedor entre la curia— la levanta. Pero la concentración se hace de todos modos; mientras el gobierno organiza para ese mismo día el homenaje al primer campeón mundial de box argentino, el pugilista mendocino Pascual Pérez.

A mediados de diciembre se promulga el divorcio vincular, la iniciativa es aprobada por ambas cámaras en veinticuatro horas.[169]

El 20 de marzo de 1955 se inaugura el Congreso de la Productividad. Ese mismo día un decreto reduce los feriados y los días no laborables. Son suprimidos Reyes y Jueves Santo, Corpus Christi, la Asunción de la Virgen, el día de Todos los Santos y el de la Inmaculada Concepción. En cambio, se agregan el Día de la Lealtad y el Día del Renunciamiento. Copello va a ver al ministro del Interior, Ángel Borlenghi, pero la medida no se modifica.

El 10 de abril, Antonio Caggiano alude por primera vez a la excomunión: “el católico que temeraria e inconscientemente niega o desprecia dogmas de Fe, es decir, verdades que formalmente la Iglesia enseña como reveladas por Dios Nuestro Señor, él mismo se coloca fuera de la Iglesia e incurre voluntariamente en excomunión”.[170]

El 28 de abril la policía de la provincia de Buenos Aires detiene, acusados de preparar un atentado, al párroco de Cañuelas, a dos concejales católicos y al presidente de la Acción Católica local.

“El clero predica la resignación de rodillas —dice Vuletich durante la concentración del 1° de Mayo—, nosotros lo preferimos a usted, general, que preconiza la cabeza erguida [...] Queremos menos velas y más pan.”

Afirma también que la CGT promovería una reforma constitucional para separar la Iglesia y el Estado. Al día siguiente, el Partido Peronista y el Partido Peronista Femenino en un comunicado conjunto dicen acatar “la decisión popular libremente expresada en la Plaza de Mayo, sosteniendo la separación de la Iglesia y el Estado, y comunicar al Jefe Supremo del movimiento, general Perón, que las fuerzas políticas están listas para entrar en acción”.[171] En Diputados es aprobado un despacho en el que se declara la necesidad de una reforma constitucional y al día siguiente, es aprobado por el Senado.[172]

El 13 de mayo, la Cámara de Diputados deroga la ley de enseñanza religiosa, lo que provoca la renuncia del ministro de Comercio, Antonio Cafiero. Nadie del gobierno asiste al Te Deum del 25 de Mayo. Se promulgan dos leyes; una dispone la reforma parcial de la Constitución “en todo lo que se vincula a la Iglesia y a sus relaciones con el Estado, a fin de asegurar la efectiva libertad de cultos”; la otra suprime exenciones impositivas en favor de la Iglesia.

Según Verbitsky, el 21 de mayo el nuncio Zanín llama a Caggiano y le encomienda que prepare una reunión del Episcopado: fuera de Buenos Aires y sin la asistencia de Copello.[173] La reunión se organiza en la más absoluta reserva; Caggiano se coloca a la cabeza de la lucha, aliado al arzobispo de Córdoba, Fermín Emilio Lafitte, y al auxiliar de Copello, Manuel Tato. Las deliberaciones concluyen el 7 de junio: se resuelve que la Iglesia jamás aceptaría la separación de Iglesia y Estado.

El 9 de junio es Corpus Christi, el Arzobispado decide realizar la procesión el sábado 11, pero el ministro de Interior niega la autorización. Además, prohíbe que se realice la procesión y establece que el acto debe hacerse dentro de la Catedral. Se reúne una verdadera multitud que desborda la Catedral y ocupa

parcialmente la Plaza de Mayo; ante eso, Perón ordena que no haya ni un policía para evitar provocaciones. La calle sería de los manifestantes.

El obispo Manuel Tato pronuncia un sermón belicoso y luego sale al balcón de la curia para recibir los vítores de la concurrencia. Abajo se ha dado cita la Unión Democrática en pleno. Una vez finalizada la ceremonia, se forma una columna que enfila por la Avenida de Mayo hacia el Congreso. Sus integrantes arrojan piedras a los diarios oficialistas, rompen vidrios de edificios públicos y pintan con brea “Muera Perón” y “Viva Cristo Rey”. En el Congreso, arrancan una placa de homenaje a Eva Perón y arrían la bandera nacional para reemplazarla por la papal. Esa noche Borlenghi denuncia la quema de una bandera argentina. El martes 14 de junio la CGT declara la huelga general y convoca a un acto en Plaza Congreso para desagraviar a la bandera y la memoria de Evita.

• • •

Volvamos atrás. El 9 de mayo —cuatro días antes de la derogación de la enseñanza religiosa y a un mes de la concentración de Corpus Christi— aparece el número 61 de De Frente, que en su editorial habla de la reforma constitucional. Tres días antes una marcha de la Acción Católica había terminado en serios disturbios.

De Frente se pretende ajeno a los intereses en pugna. Adopta un tono algo distante, como el de un observador prudente. El editorial lleva el título de “Voluntad popular y explosivos”:

Cuando se dio instancia pública a las incidencias entre las organizaciones eclesiásticas argentinas y las “Organizaciones del Pueblo”, a raíz de las quejas de éstas contra infiltraciones ajenas al orden gremial en los sindicatos unificados en la CGT[174], tuvo comienzo una honda agitación pública que, a través de diversas

alternativas, ha inquietado y conmovido a nuestra sociedad durante varios meses. Negamos, en un principio, la existencia de un “conflicto religioso”. Pero afirmamos que el mismo sería creado y fomentado —pese a las declaraciones expresas del presidente de la Nación—, a menos que se fijara de una manera taxativa y terminante lo que corresponde en exclusividad a la sociedad civil y a la sociedad eclesiástica.[175]

O sea: dejemos a Dios, a Jesús y al Espíritu Santo de lado, hablemos de política, de sindicatos y de poder.

Cooke sabe qué se discute detrás del velo.

Y no se discute a Dios. Más aun: si discutimos a Dios, perdemos.

Amplios sectores de las clases dominantes están reformulando sus posiciones para dar un nuevo curso al capitalismo. El nuevo curso, básicamente, consiste en tres cosas: subordinación mucho menos plástica a los Estados Unidos, mayor concentración económica y ruptura del acuerdo policlasista, con el consiguiente derrumbe de salarios. Esa es la verdadera discusión.

Pese a que en los últimos dos años el gobierno ha mostrado mejor disposición hacia la potencia norteña, y al mismo tiempo mayores reservas para otorgar concesiones al movimiento obrero, para ese nuevo curso forma parte del problema y no de la solución. Es un obstáculo para los liberales, es un obstáculo para los desarrollistas, para los agroexportadores concentrados de la pampa húmeda y para las empresas norteamericanas.

Perón elige ocultar el conflicto. Porque su enfrentamiento con la Iglesia más que

desviar el conflicto significa ocultarlo.

Y eso es fatal.

Porque Perón permite, con una ceguera política rara en él, que el conflicto con la Iglesia devenga cuestión religiosa, y le ofrece gratuitamente a la reacción el campo de batalla perfecto donde pueden derrotarlo.

Ramón Prieto[176] apunta en El pacto: “El problema de la Iglesia —problema que se magnificó desde los dos extremos de la controversia— adquirió un doble aspecto: a) el de socavar la unidad gobierno-pueblo-Fuerzas Armadas; b) el de sellar la unidad opositora, dándole no solo una mística capaz de resistir a todo análisis objetivo, sino la bandera de que carecía. [...] Y logró tal gravitación que todos los problemas, hasta el del petróleo, quedaron circunscriptos al enfrentamiento peronismo-Iglesia, como antítesis absolutamente irreconciliables”.[177]

Sigamos con De Frente:

Los hechos nos han dado la razón, cosa que lamentamos. La calle se llenó de rumores que favorecían una agitación innecesaria y contraproducente. Desde el anonimato se enviaron panfletos que luego la animosidad, el extremismo vocinglero e inoperante o la beatería superficial vinculaban a uno u otro sector. La prensa diaria se hizo eco de hechos y circunstancias que nada aclaraban ni resolvían, sino que despertaban la alarma en los espíritus, ya sensibilizados, de grupos católicos. Desde las iglesias, ámbito destinado al sagrado monólogo entre el creyente y su dios, algunos púlpitos se transformaron en plataformas de controversia política. Últimamente, el atentado aleve puso su nota sangrienta en el ambiente y la protesta en todos los labios.

Y bien. Creemos que la palabra presidencial ha vuelto las cosas a su verdadero cauce: la consulta popular decidirá en favor o en contra de la situación que constitucionalmente tiene hoy fijada la Iglesia.

El planteo es sólido, en una república es el pueblo quien legitima, no la Iglesia. Porque en una república (burguesa) Dios no puede ser la "fuente de razón y justicia". Pero aquí lo importante es la manera en que De Frente presenta el conflicto.

La CGT y el partido oficialista han fijado su posición. No ha de ser compartida por todos, pero el pueblo escuchará la controversia y dará su voto en uno u otro sentido. [...] Eso es lo que debe resolver, ahora, el pueblo argentino, por el único medio aceptable, de una convocatoria democrática.

Cooke sabe que la situación es grave y que las bravatas impetuosas de algunos seguidores de Perón no colaboran. Elige un tono mesurado, aparentemente objetivo, porque está convencido de que la violencia y la pasión benefician a la reacción.

Ya no hay motivo para que florezcan peligrosos y envenenados odios. Ni para que algunos diarios opinen con ignorancia sobre asuntos teológicos, en cumplimiento de una solidaridad mal entendida y peor servida. Ni para que algunos párrocos confundan el púlpito con la tribuna. Ni para que nadie —cualquiera sea su extravío— pueda tener el más leve atenuante para llegar a la violencia en cualquiera de sus formas. Bien está acudir a la fuerza cuando la voluntad está sojuzgada. La consulta popular anunciada elimina toda validez a lo que no sea prédica y convicción. Razonamiento y respeto. Es la hora de la razón y no la de la pólvora. (El destacado es de D. S.)

El 30 de mayo, a escasos días de Corpus Christi, escribe[178]:

Fomentan el confusionismo los que han utilizado el púlpito para inmiscuirse en política, y también los que aprovechan la protesta del gobierno para dar rienda suelta a sus odios, y enjuician a la Iglesia y a sus creyentes como si estuviesen en juego las doctrinas e instituciones católicas, y no simplemente el “status” constitucional de sus representantes.

Delimita el campo de juego: nada de religión, todo de política: “Status constitucional”, ¡discutamos eso!, Dios está fuera de temario.

Porque los católicos auténticos no olvidan que cuando Constantino reconoció a la Iglesia, ésta constituía ya una realidad que se había impuesto a través de tres siglos de persecuciones. Por lo que resulta fácil concluir que el disfrutar de privilegios no es condición necesaria para su éxito espiritual: antes bien, pueden ser un obstáculo para su expansión, ya que suele servir para que la fe sea reemplazada por el simple hábito, las virtudes cristianas por una fácil ostentación que se conforma con el cumplimiento de los ritos sin trascender sus aspectos formales.

Imaginemos a John sentado junto a un sacerdote y a un militante peronista.

Le dice al sacerdote: “Porque si el problema de ustedes son las almas, no necesitan al Estado. Los privilegios no garantizan el éxito espiritual”.

Todo esto no lo decimos para consolar a los fieles ante la eventualidad del cambio constitucional, sino como demostración de que no es la esencia de la religión lo que está en juego.

Después clava el puñal:

[...] En momentos en que las naciones deben resistir el doble asedio de la Internacional del dinero, con sede en Wall Street, y de la Internacional roja dirigida desde Moscú, la gente pueda pensar que algunos prelados —que se presentan acompañados de funcionarios del departamento de Estado— crean que ellos forman parte de una nueva "Internacional", cuando es otro, en realidad, el carácter "universal" de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo y no instrumento de penetración política.

Hacen mal, entonces, los católicos que niegan al Estado el derecho a tener en cuenta factores de este tipo.

Cooke se da vuelta, ahora le habla al peronista:

[...] El presidente de la República no necesita de esos desaprensivos y oficiosos exégetas, porque si algo lo caracteriza es la costumbre de exponer su pensamiento con claridad. Y él no ha dicho que quiera un país de hombres sin Dios, desprovistos de ansias inmortales. En recientes declaraciones a un importante periódico de Lausana ha ratificado su fe católica. Ello implica su deseo de ser fiel a un sistema de principios éticos que están en la raíz de los argentinos. Que están al margen de la actual discusión. Que no deben ser rozados por ella.

---

141 Gustavo Franceschi (1881-1957), integrista católico, director de la revista Criterio.

142 Susana Bianchi, Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina (1943-1955), Buenos Aires, IEHS/Trama Editorial/Prometeo Libros, 2001, p. 13. [Las palabras de Gustavo Franceschi están en “Consideraciones sobre la revolución”, Criterio, 17 de junio de 1943, p. 128.]

143 Mercedes Gandolfo, La Iglesia factor de poder en la Argentina, Montevideo, Ediciones Nuestro Tiempo, 1969, p. 121.

144 Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 165. [Las palabras de Ramírez están en Alberto Ciria, Partidos y poder en la Argentina moderna (1930.1946), Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968. La contestación de Franceschi está en Mercedes Gandolfo, La Iglesia factor de poder en la Argentina, Montevideo, Ediciones Nuestro Tiempo, 1969.]

145 Susana Bianchi, Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina (1943-1955), Buenos Aires, IEHS/Trama Editorial/Prometeo Libros, 2001, p. 14.

146 Mercedes Gandolfo, La Iglesia factor de poder en la Argentina, Montevideo, Ediciones Nuestro Tiempo, 1969, p. 122.

147 L’Osservatore Romano, julio de 1949; Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 216.

148 Informe final de la CEANA (Comisión de Esclarecimiento de las Actividades del nazismo en Argentina), Buenos Aires, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1999.

149 Entrevista a Pedro Bianchi, La Nación, 20 de enero de 1997.

150 El sacerdote Federico Grote (1853-1940), nacido en la ciudad de Münster en la Renania alemana, fundó en Buenos Aires los Círculos de Obreros Católicos.

151 Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 199.

152 “El término ‘integrismo’ se aplica al catolicismo que considera que, en materia de compromiso temporal, el cristianismo tiene un contenido absolutamente determinante, que debe imponer al hombre sus formas en todos los campos. Para el integrismo, en la medida en que no existen varias morales humanas válidas tampoco existen varias fórmulas posibles de vida en sociedad acordes con la justicia, el orden y la verdad. La única posible es la que deduce rigurosamente su orden del catolicismo, no por inspiración sino por emanación. Para el integrismo la doctrina social cristiana contiene en sí el modelo de la sociedad ideal.” Susana Bianchi, Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina (1943-1955), Buenos Aires, IEHS/Trama Editorial/Prometeo Libros, 2001, nota en p. 16.

153 Ramón Carrillo (1906-1956), médico sanitarista, ministro de Salud durante ocho años de los primeros gobiernos de Perón. Destacado neurólogo y neurocirujano fue, principalmente, el gran precursor del sanitarismo en el país. Llevó a cabo una transformación sin precedentes, afirmaba que la medicina debía orientarse “no hacia los factores directos de la enfermedad —los gérmenes microbianos— sino hacia los indirectos […] La mala vivienda, la alimentación inadecuada y los salarios bajos tienen tanta o más trascendencia en el estado sanitario de un pueblo que la constelación más virulenta de agentes biológicos”. [Ramón Carrillo, Teoría del hospital, Tomo

I, Buenos Aires, Ministerio de Salud Pública, 1951, pág. 30.]

154 Apuntemos que, por aquel entonces, a nadie le interesaba la trata de personas. Al fin, las putas no eran más que pecadoras.

155 Cayetano Bruno (1912-2003), especialista en historia de la Iglesia católica. Entre sus obras se encuentra Historia de la Iglesia en la Argentina, Don Bosco, Buenos Aires, 1981

156 Susana Bianchi, Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina (1943-1955), Buenos Aires, IEHS/Trama Editorial/Prometeo Libros, 2001, nota en p. 103.

157 Cayetano Bruno, Bases para un Concordato entre la Santa Sede y la Argentina, Buenos Aires, Poblet, 1947, p. 14.

158 Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 228.

159 Fuentes: “Olympe de Gouche y la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana”, en: Perseo (UNAM), http://www.pudh.unam.mx/perseo/olympe-de-gouges-y-la-declaracion-de-los-derechos-de-la-mujer-y-la-ciudadana-2/ y “La Declaración de derechos de la mujer de Olympe de Gouges 1791: ¿Una Declaración De Segunda Clase?”, Gloria Ramírez, UNAM en: https://catedraunescodh.unam.mx/catedra/catedra/materiales/u1_cuaderno2

160 Jacques Maritain (1882-1973), filósofo francés cristiano. Sus ideas políticas influyeron poderosamente en los partidos Demócrata Cristianos de Europa y de América latina después de la Segunda Guerra Mundial. Animó la resistencia francesa durante la guerra, se refugió en los Estados Unidos, donde estaba enseñando en el momento en que se desató el conflicto. En 1945 fue embajador de Francia en el Vaticano, en 1947 presidió la delegación francesa en la segunda asamblea general de la Unesco.

161 También se creó el partido Unión Federal, más afín a los nacionalistas católicos.

162 Santiago Copello (1880-1967), arzobispo de Buenos Aires desde 1932 hasta 1959, fue ungido cardenal en 1935.

163 Antonio Caggiano (1889-1967), entre 1933 y 1934 fue vicario general del Ejército, en 1946 fue ascendido a cardenal y desde 1959 sucedió a Copello como arzobispo de Buenos Aires.

164 Fermín Lafitte (1888-1959), arzobispo de Córdoba entre 1934 y 1956.

165 Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 258.

166 Lo había dicho Eladio Bordagaray, asesor del Ateneo Universitario Católico de Córdoba.

167 Entre 1948 y 1953 Eduardo Vuletich asume la Secretaría General del Sindicato de Empleados de Farmacia, dándole a A.D.E.F. y F.A.T.F.A. un importante impulso y logrando nuevas conquistas: los Cursos Auxiliares de Farmacia a través de las universidades en todo el país, la imposición del Día del Empleado de Farmacia (el día 22) mediante resolución firmada por Perón y el ministro Ramón Carrillo, la adquisición de la nueva sede de la calle Rincón 1044. [fuente https://www.adef.org.ar/notas-y-editoriales/60-90-anos-del-sindicato-de-farmacia]

168 Una digresión. El día de la Inmaculada Concepción es el 8 de diciembre, fecha que yo —que nunca profese ni la católica ni ninguna religión— me resultaba extraña. Es obvio que lo que cuentan los libros sagrados no debe escrutarse de manera textual, eso lo tengo muy claro. Pero tampoco sus historias son arbitrarias. Nada hay de arbitrario en ninguna religión. Bien, si Jesús había nacido el 25 de diciembre, la concepción no podía ser el 8 de diciembre porque el periodo de embarazo sería muy largo o exageradamente corto. Así que averigüé con una amiga catequista que, sorprendida, consultó con su mentor. La respuesta me dejó de una pieza. La Inmaculada Concepción no se refiere a la concepción de Jesús sino de María, su madre. La Iglesia no solamente necesita una concepción sin mácula —es decir sin mediar sexo ni penetración alguna, sustancialmente por lo que implica el temido goce carnal— del hijo de Dios, por las dudas también la de su señora madre.

169 En el colmo de la histeria algunos colegios católicos contestan a la ley de divorcio con la expulsión de los hijos de separados que hubieran vuelto a casarse.

170 Antonio Caggiano, “Cristo resucitado fundador de la Iglesia” (homilía del 10 de abril de 1955), Criterio, 12 de mayo de 1955, p. 327.

171 La Nación, 3 de mayo de 1955.

172 La Nación, 19, 20 y 21 de mayo de 1955.

173 Horacio Verbitsky, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, p. 283.

174 El 2 de octubre de 1954, en un acto de la CGT.

175 De Frente, número 61, 9 de mayo de 1955, p. 3, “Voluntad popular y explosivos” (editorial).

176 Ramón Prieto fue colaborador de Cooke en el Congreso y después en De Frente. Estuvieron juntos en Chile en el 57, editó Línea Dura y fue un protagonista de primera línea impulsando el pacto Perón-Frondizi. Luego fue frondicista.

177 Ramón Prieto, El pacto, Buenos Aires, En Marcha, 1963.

178 De Frente, número 64, 30 de mayo de 1955, p. 3, “Lo dogmático y lo político”.

El bombardeo a Plaza de Mayo

Hay momentos graves, hechos que quedan grabados en la memoria colectiva. El 15 de junio el gobierno exonera al obispo auxiliar Manuel Tato a quien expulsa del país. El 16 de junio los diarios anotician que al mediodía aviones de la Fuerza Aérea sobrevalorarían la Catedral en adhesión al presidente y desagravio al Libertador.[179]

La trampa está preparada. La aviación naval, durante varias horas, arroja sobre la Plaza de Mayo, la Casa de Gobierno y la residencia presidencial cerca de catorce toneladas de bombas. Pero eso no basta: ametrallan a los transeúntes y a los manifestantes que apoyan al gobierno y que se han reunido en las inmediaciones de la CGT y del Ministerio de Marina que está en poder de los sublevados. Por momentos el bombardeo amengua, para después recrudecer nuevamente. En Hacienda caen muchas víctimas producto de la metralla. La CGT convoca a los trabajadores, y en una acción temeraria miles de ellos llegan a la Plaza, socorren a las víctimas, vivan a Perón. Están dispuestos a dar pelea. Allí está un joven obeso con su 45, tres cargadores vacía el Bebe Cooke.[180]

El siniestro ataque a una población civil indefensa se cobra trescientos muertos. La jornada es, como define Horowicz, “un atentado terrorista a escala gigantesca [...]. En el pasado, ningún golpe fallido había producido, comprobada su ineficacia, semejante daño de sangre civil, y ningún golpe triunfante había requerido tan elevado número de bajas”. Hay quienes piensan que el objetivo fue matar a Perón, me inclino a pensar que ese hubiese sido un premio de la lotería, una recompensa inesperada por los complotados. Creo que, como apunta Horowicz, la idea fue establecer el límite de la próxima insurrección.

Y el límite es que no habría límites.

“Cuidado, estamos dispuestos a ir hasta el final, es decir hasta la muerte, si es requisito de victoria.” [181]

A las seis de la tarde Perón habla al país. Elogia a las tropas y a los generales leales, y pide calma a los trabajadores. Pero en ese momento, bajo una fuerte lluvia, los que claman venganza incendian la sede de la curia y destruyen el interior de la Catedral. Después quemarían una docena de iglesias, entre ellas la Basílica de San Francisco, la preferida de Evita.[182]

El 20 de junio, el joven obeso de la 45 escribe su editorial, “Frente al crimen alevoso”. Es evidente que la reacción avanza: ¿pedirá venganza?, ¿clamará por justicia?, ¿llamará a la resistencia?

Un intenso clamor reclama la adopción de ejemplares sanciones contra los fracasados revolucionarios del día jueves. No hemos de unirnos a él.[183]

“No hemos de unirnos a él.”

No pide venganza, no se adhiere al clamor.

¿Por qué?

La controversia con la Iglesia ha debilitado a un gobierno que ya había perdido, hacia 1952, su mejor impulso nacionalista. Claramente, la contradicción principal no es Estado-Iglesia. La contradicción principal es la que confronta a la

clase obrera, las capas medias, los pequeños y medianos productores agropecuarios y el sector nacional de la burguesía industrial por un lado, y los monopolios extranjeros, los grandes terratenientes y los monopolios nacionales por otro.

Como nada es gratis, el solo reconocimiento de esta contradicción principal tiene sus consecuencias, ante el avance de la reacción se hace necesaria la movilización obrera y la destrucción de la base de sustentación del enemigo, o sea: reforma agraria y política antimonopólica.

Con el respeto que se merece el movimiento que albergó a la más notable experiencia política de la clase obrera argentina, esas consecuencias no estaban en el inventario del general Perón.

Hacia 1955, Cooke ve que el conflicto religioso no puede hacer otra cosa que esmerilar al gobierno y ahuyentar sectores de las capas medias. Ahora, después del bombardeo, pretende no hacerle el juego al golpe. Hay que intentar aislarlo.

No nos vamos a horrorizar porque alguien intente derrocar a un gobierno por la fuerza. Ni siquiera teniendo en cuenta que se trata de un mandatario elegido en comicios legítimos, por lo que el alzamiento era, en definitiva, contra la voluntad popular, a la cual se intentaba suplantar con el argumento —tan caro a las oligarquías— de que las masas carecen de la sabiduría suficiente para ser dueñas de su destino. Pero sí nos causa profundo horror que se haya apelado a la matanza aleve, añadiendo la crueldad innecesaria a la rebelión injustificada. (El destacado es de D. S.)[184]

La matanza aleve, dice. La crueldad innecesaria, concede. Sabe que este golpe es distinto a otros... y lo intuye similar a otro que se prepara en las sombras.

[...] En las épocas más cruentas de nuestras guerras civiles, se degollaban prisioneros, es decir, hombres que habían peleado y habían sido vencidos. Era barbarie, seguramente, pero todos tenían su chance de matar o morir. Ahora, en cambio, se bombardea y ametralla a civiles indefensos, lejos de todo objetivo militar. [...]

El 27 de junio editorializa: "Sepan que olvidar lo malo, también es tener memoria".[185]

Mientras el país vuelve a la normalidad después de la conmoción producida por los últimos acontecimientos, es deber de todos evitar cuidadosamente todo aquello que pueda avivar los odios [...] lo que no significa, por supuesto, ignorar que ellos han ocurrido [...] Se trata, en síntesis, de buscar la mayor cantidad posible de puntos de coincidencia.

[...] Los hechos del día 16 constituyen la demostración de que hay que vivir en alerta general para denunciar y combatir a los que son, en definitiva, enemigos comunes de todos. Y que han demostrado su peligrosidad porque han contribuido a que un grupo de miserables demostrase su desprecio por el pueblo bombardeándolo desde la impunidad del espacio aéreo, y a que otro grupo de bestias aprovechase el disturbio para quemar santuarios donde hombres y mujeres acuden a rezar a Dios. (El destacado es de D. S.)

Por supuesto, es una equiparación de dificultosa, de imposible defensa. Es un recurso oratorio extremo para una circunstancia extrema: hay que parar el golpe, y la forma no es quemar iglesias.

No es necesario que todos opinemos en idéntica forma sobre nuestros problemas.

Pero es evidente que todos los ciudadanos con amor a la patria están unidos en la condenación a esos actos criminales, y deben estarlo en el propósito de impedir que vuelvan a repetirse.

Hay que poner a la mayoría de los radicales, a la mayoría de los curas, a la mayoría de los militares del lado opuesto de la Marina: “los ciudadanos con amor a la patria están unidos en la condenación a esos actos criminales”. Los que no apoyan al gobierno que tampoco estén con la Marina.

• • •

Imaginemos. Una mañana de junio de 1955 suena el teléfono en la casa de Cooke. Despertado de un sueño feroz, John mira el reloj: aún no son las siete de la mañana. Se ha acostado a las cuatro, quizá a las cinco de la madrugada. ¿Quién será?, se pregunta. Siempre hay gente molesta. Se inclina sobre su izquierda y manotea el auricular.

—Hola.

Tiene la boca pastosa.

—¿El doctor Cooke?

—Sí.

—Buen día, doctor, aguarde...

Es una voz femenina, quizá treinta años. Imagina las uñas rojas, los labios con rouge.

Bosteza.

—... un momento por favor. El presidente quiere hablarle.

¿El presidente dijo…?

Se le cruza por la cabeza que debe ser un chiste de César.

—Doctor Cooke.

Escucha la voz de Perón.

—...

—¿Cooke, está ahí?

—Sí, presidente.

Tres minutos después cuelga el auricular, hacía años que no hablaba con Perón.

Se pregunta qué querrá el viejo, qué diablos quiere ahora, después de tanto tiempo.

Y lo que quiere es ofrecerle un ministerio.

Nos tenemos que preguntar por qué. Por qué después de dejarlo afuera de la Cámara, y por qué en ese momento. Podemos elucubrar algunas respuestas. La inmediata es que en el entorno del general no sobran los políticos de talento y Cooke tiene talento. Los Jauretche y los Scalabrini se han ido. Una segunda razón la podemos encontrar en que, para Perón, en esas circunstancias, la que había sido la debilidad de Cooke ahora puede ser la virtud: para propios y para ajenos, pero sobre todo para los ajenos, Cooke puede ser cualquier cosa menos obsecuente, por lo que su nombre no se ha gastado. Y finalmente, Perón sabe que en esas horas dramáticas necesita de todos los peronistas. Así que el general malicia sacarse de encima a Raúl Mendé y le ofrece el ministerio de Asuntos Técnicos.

Cualquiera hubiera saltado de alegría. Su padre, el excanciller hubiera saltado de alegría. Pero John no. Dicen que le dijo: general, no son tiempos de técnica.

Para John William Cooke hay que revitalizar con urgencia la conexión entre el líder y los trabajadores, ese mecanismo que los burócratas han oxidado.

Alejandro Leloir, amigo de Jauretche, es designado presidente del partido, y Oscar Albrieu, también amigo de don Arturo y del mismo Cooke, ministro de Interior. El General necesita renovar.

Eso no fue todo. El 15 de julio, Perón declara que la revolución se ha terminado. Así de simple: se ha terminado. Y, como era cosa del pasado, llama a la oposición a dialogar. Como prueba de la sinceridad de su convocatoria, archiva por seis meses la separación de Iglesia y Estado.

Tres días después aparece De Frente, el título del editorial es “Proponer una tregua no es rendirse”[186]:

Las respuestas que hasta ahora han formulado algunos grupos opositores llenan de desaliento. Se manifiestan partidarios del apaciguamiento —es cierto—, pero exigen tal cantidad de “imprescindibles bases previas” que, en realidad, están exigiendo una rendición y no pactando un cese de hostilidades. Según ellos el gobierno tiene que reconocer que carece de moral administrativa, que se ha equivocado en casi todo, que es cruel, despótico e ineficiente. A cada momento esperamos encontrarnos con una cláusula que establezca como requisito que el Presidente salga a la Plaza de Mayo vestido de penitente y entone un “mea culpa” político, acompañándolo con abundantes golpes de cilicio. Más lógico nos parecería que dijesen, lisa y llanamente, que no creen posible ninguna clase de tregua con este gobierno, y que no disfracen de documentos de paz sus manifestaciones de guerra.

Después le habla a Frondizi:

El Partido Radical, por ser la segunda fuerza de la República, tiene el peso de una gran responsabilidad. Si no quiere la tregua, que lo declare. Si su intransigencia le dicta no resignar ninguna aspiración, que lo diga. Pero en

cualquier caso su palabra debe ser clara y sus dirigentes están en la obligación de darla superando el lógico temor de que la decisión que adopten sirva de arma para sus adversarios en el orden interno partidario.

Y finalmente, el presidente no se ha rendido, ha ofrecido una tregua. Entonces el rencor, la rabia impotente que le hace doler la garganta, se transforma en una amenaza apenas velada:

Y al valorar su actitud, hay que tener en cuenta que él es el jefe de una poderosa fuerza revolucionaria, donde ha debido refrenar las pasiones de los exaltados y pedir que se acalle el llanto y la protesta por los hermanos que sucumbieron ametrallados.

En su discurso del 27 de julio, Frondizi rechaza la pacificación si esta es con Perón en el gobierno.

Ya no hay nada que hacer.

El golpe es un hecho.

En el proceso el gobierno puede hacer otra cosa que no hace: movilizar y organizar a los trabajadores. Porque al golpe no lo van a frenar Frondizi y mucho menos Balbín, no lo frenarán ni Repetto[187] ni los conservadores. No pueden ni quieren hacerlo. Y cuando decimos esto no nos referimos a actitudes suicidas como entregar millones de pistolas a trabajadores sin formación militar, sino a organizar políticamente fábrica por fábrica, barrio por barrio, pueblito por pueblito. Organización que, en el peor de los supuestos, serviría como futura resistencia. Ahora, que el peronismo no es clandestino aún puede hacerlo. Pero

no lo hace. Quizá porque no está en el ADN de un líder que supo decir el 10 de octubre del 45, siete días antes del 17: “De casa al trabajo y del trabajo a casa”.

---

179 La Nación, 16 de junio de 1955.

180 Primera Plana, 14 de enero de 1964.

181 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 153.

182 Winston Churchill diría: “Perón es el primer soldado que ha quemado su bandera y el primer católico que ha quemado sus iglesias” (Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 2, Buenos Aires, Javier Vergara, p. 63).

183 De Frente, número 67, 20 de junio de 1955, p. 3, “Frente al crimen alevoso”.

184 De Frente, número 67, 20 de junio de 1955, p. 3, “Frente al crimen alevoso”.

185 De Frente, número 68, 27 de junio de 1955, p. 3, “Sepan que olvidar lo malo, también es tener memoria”.

186 De Frente, número 71,18 de julio de 1955, p. 3, “Proponer una tregua no

es rendirse”.

187 Nicolás Repetto, médico cirujano, ingresó en 1900 al Partido Socialista y fue su líder luego de la muerte de Justo. Varias veces diputado por la Capi¬tal Federal. Coeditor del periódico La Vanguardia con Américo Ghioldi, miembro de la Junta Consultiva de la Libertadora.

El interventor, el cinco por uno, Alicia y el golpe

A mediados de agosto Cooke da una conferencia de prensa como interventor Partido Peronista de Capital. Constituye una soberbia lección antiburocrática. ¿Por qué lo hace ahora, cuando el golpe está en marcha? Porque el golpe está en marcha y los burócratas son inútiles para defenderlo.

Hay que abrir nuevamente los registros partidarios. [...] No se quiere, aquí, en el partido, a nadie que no esté afiliado por razones ideológicas. No tenemos interés en un partido que sea millonario en inscriptos, porque si hay inscriptos que en una elección no nos votan, sería hacernos trampa a nosotros mismos. La potencialidad de un partido la dan en su cohesión ideológica y el prestigio de sus dirigentes. [...] Emplear presión para que una persona se afilie a un partido, con la esperanza de ventajas personales o de otra índole, no sólo significa una farsa desde el punto de vista democrático, sino un agravio a la personalidad humana.

[...] El partido peronista saldrá a la calle. El 16 de junio nos masacraron, nos tiraron bombas y nos mataron compañeros de lucha. El Presidente nos pidió que contribuyéramos a la pacificación. Así lo hemos hecho sin tomar represalias, ni agitar a la opinión pública. [...] Pero ahora saldremos a la calle de nuevo, organizaremos actos públicos [...]. A nuestro partido no le gana la calle nadie. [...] La nuestra será una movilización de tipo político [...]. Sin que nadie vaya obligado [...]. De esta manera, demostraremos a los adversarios y enemigos que nuestra tarea está basada en la auténtica voluntad del pueblo cuya mayoría nos apoya incondicionalmente.[188]

Para Cooke el Partido es, como la Confederación General Universitaria, “apenas, una nómina oficial típica de la todavía más típica ficción burocrática”.[189]

El 17 de agosto el ministro de Interior Albrieu da por terminadas las negociaciones con la oposición. No obstante, se sigue permitiendo que los opositores hablen por radio, el 22 el demócrata progresista Luciano Molinas exige el “renunciamiento” de Perón.

En las primeras horas del 31de agosto, llega a las redacciones una carta de Perón dirigida al Partido Peronista y a la CGT, donde ofrece su “retiro”. La CGT declara un paro general con concentración en Plaza de Mayo: el líder debe reconsiderar su “retiro”. Cuando los obreros peronistas escuchan por radio la palabra retiro, dejan sus puestos de trabajo y acuden a la cita. El paro es total en el país.

Antes de que hable Perón hay varios discursos, todos violentos contra la oligarquía y los opositores. En el palco, además de Cooke, están Leloir, Bidegain, Di Pietro, Tessaire, Lucero, Aloé. “Solo John William Cooke intentó dar a su alocución un sentido movilizador, al tiempo que extendía el carácter de la conjura no solo a la oligarquía sino al conjunto de la gran burguesía argentina.”[190] El final del discurso de Cooke es:

Esta ciudad de Buenos Aires demostrará que, si alguna vez fue el punto colonial de la vergüenza pasada, también es la capital leal de la epopeya del 17 de Octubre. Y en ella, como en el resto de la Argentina, han de silenciarse los yunques y pararse las máquinas y detenerse los arados, hasta que millones de hombres y mujeres tengan la seguridad de que el general Perón continuará presidiéndolos en la construcción de esta patria de horizontes claros que han de heredar las futuras generaciones argentinas.

A las seis de la tarde aparece Perón, los gritos dan paso al silencio:

Hemos de restablecer la tranquilidad, entre el gobierno, sus instituciones y el

pueblo, por la acción del gobierno, de las instituciones y del pueblo mismo. La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. ¡Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos![191]

Como Perón no propone ninguna forma de organización, el cinco por uno no es más que agitación, apenas una bravuconada. Perón muchas veces expresará que el golpe triunfó porque prefirió irse antes de provocar la guerra civil. Dicho de otra manera: no estaba dispuesto a llevar adelante el cinco por uno.

Algo así piensan casi todos los futuros golpistas. Casi todos, porque algunos militares estaban intranquilos: ¿y si la CGT reúne milicias obreras? Hay quienes piensan que el discurso de Perón tuvo el efecto contraproducente de acelerar el golpe: lo único seguro es que era inevitable.

La noche del 15 de septiembre, Arturo Jauretche le dice a Cooke que tiene información de que esa noche se da el golpe. Juntos van a ver al ministro de Interior, el ministro consulta y les responde que es una falsa alarma.

Pero no es una falsa alarma. Efectivamente, el 16 de septiembre comienza el golpe. Tres días después, la superioridad militar de los leales es aún abrumadora; sin embargo, el 19 de septiembre Perón renuncia a la presidencia. La mañana del 20 de septiembre, su chofer, Isaac Gilaberte, conduce al general a la embajada de Paraguay donde pide asilo.

Dice Joseph Page: “Mientras [Perón] sobreestimaba el daño que podría resultar de su negativa a alejarse del cargo, no hay constancia alguna de que se haya detenido a sopesar los daños que sufriría la Argentina en manos de un gobierno antiperonista. La eliminación de las ganancias obtenidas por la clase obrera, la abolición de los programas de ayuda social, la devolución del poder a la

oligarquía y la reanudación de la explotación por parte de los capitales internacionales”.[192]

• • •

Cooke trata de organizar a las fuerzas peronistas, es un militante y aquellos días son dramáticos. Cuando ya se sabe que Perón ha renunciado, llega al centro de la ciudad en compañía de César Marcos, quien así recordaría esas horas:

Muertos de hambre llegamos con el Bebe a Santa Fe y Junín y vimos que en los balcones la gente brindaba con champán y súbitamente Buenos Aires pasó a ser una ciudad extranjera. El cielo entero se nos vino encima.[193]

• • •

John William Cooke y César Marcos pasan a la clandestinidad.

También en esos días peligrosos John se reencuentra con Alicia Eguren, la exesposa de Pedro Catella —quien fuera uno de sus amigos de la infancia de la banda que rompía los vidrios de los orejudos, luego devenido diplomático y oscuro antisemita—. John y Alicia se habían conocido cuando nacía la criatura imposible del peronismo. Fue en una conferencia de John en el 46, en un centro de estudios que dirigía Ricardo Guardo. Después, volvieron a coincidir en la casa del historiador Ernesto Palacio. Ahora es el tiempo de un proyecto en común.

Hace una década que no se ven. No es raro que el peligro llame al amor porque el peligro rememora la muerte y, como dijo Borges, el amor es un sucedáneo de la muerte. Recordaría Alicia años después:

El 16 de junio, después de la masacre, lo busqué para ponerme a su disposición. Estaba segura de que él era hombre de pelea. Recién lo encontré cinco días después del 16 de septiembre, gracias a José María Costa. Él estaba prófugo; la misma junta militar que asumió el poder por delegación de Perón ya había pedido su captura. Desde entonces, quedamos unidos en la lucha.[194]

Hagamos una brevísima reseña biográfica de Alicia Graciana Eguren: nació en Buenos Aires en 1924. Fue poeta, ensayista y periodista. Egresó de la Facultad de Filosofía y Letras como profesora de Literatura, oficio que ejerció en Buenos Aires y Rosario. Colaboró en el periódico Con Todo, dirigió la revista Nuevo Hombre, editó la revista Nombre y la revista cultural Sexto Continente con Armando Cascella entre 1948 y 1949.

Publicó cinco libros de poemas, con clara tendencia al idealismo católico: Dios y el mundo, El canto de la tierra inicial, Poemas del siglo XX, Aquí, entre magias y espigas y El talud descuajado.

Trabajó de traductora en el Ministerio de Relaciones Exteriores donde conoció a Catella, con quien se casó y acompañó a Londres. En 1948 nació su hijo Pedro, dos años después la pareja se separa.

Después del bombardeo a la Plaza de Mayo, Alicia lo busca a John para ponerse a su disposición. Como dice Miguel Mazzeo: “Alicia Eguren jamás pasó inadvertida. Ese fue su signo distintivo, junto con el inconformismo y la vocación de caminar por grandes realidades. Inteligente y apasionada, plena de seducción, era alta, muy alta, de ojos negros, inmensos e indiscretos”.

A partir de ahora John y Alicia serán compañeros y amantes. No tiene esta biografía crítica intenciones de profundizar en las capas más íntimas, y por eso ocultas, del alma de Cooke —lo que no estaría nada mal en lo absoluto, aclaramos rápidamente— pero tampoco intenciones de ocultar. John y Alicia constituyen una pareja al estilo de Beauvoir y Sartre, donde la fidelidad no pasa por la exclusividad sexual. Ha escrito con claridad Mabel Bellucci[195]:

A su modo, Alicia logró fisurar ese mandato patriarcal del deber ser femenino; permitiéndose explorar, cruzando las fronteras de su herencia católica, tanto en el campo privado como político. De allí, que aún ronden fantasmas en torno a su figura: fría, calculadora, amante pasional, rotativa y díscola.

Presumiblemente sin saberlo, esta dupla de J. W. Cooke-Alicia Eguren anticipó en la Argentina un modelo de pareja activista, propio del consenso epocal de los setenta, momento en los cuales se fue diluyendo la impronta machista del varón luchador y la mujer ajena al mundo público de su compañero.



1957, Alicia y John en la Penitenciaría de Santiago de Chile

A Alicia le dirían despectivamente la Cookskaya, en alusión a la compañera de Lenin, Nadezhda Krupskaia.[196]

Alicia Eguren será apresada y enviada a la cárcel de mujeres de Olmos. Cuando recupera su libertad irá a Chile para reunirse con Cooke, que se ha fugado del penal de Río Gallegos. Se casarán en Montevideo poco después. En 1957 Alicia y John viajarán a Caracas para encontrarse con Perón.

Alicia Eguren colaborará en la organización del comandante Uturunco y en el 60 arribará con Cooke a Cuba, a quien presenta al Che. Como miliciana combatirá en la invasión norteamericana de Bahía de Cochinos.

Entre 1971 y 1972, publicará los trabajos de Cooke, incluyendo la correspondencia con Perón. Alicia Eguren se identificaría con las Fuerzas Armadas Peronistas, el Peronismo de Base, el Movimiento Revolucionario 17 de Octubre y el Frente Revolucionario Peronista.

En 1971 publica su Carta abierta a Perón, y participa en el semanario Nuevo Hombre, dirigido por Enrique Walker y en el que escriben Pablo Damiani, Antonio Caparrós, Nicolás Casullo, Eduardo Luis Duhalde, Rodolfo Ortega Peña y Vicente Zito Lema. La publicación se identificará en el 73 con el Frente Antiimperialista por el Socialismo, impulsado por el PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo).

La dictadura terrorista la hará desaparecer el 26 de enero de 1977, y será

arrojada a las aguas del Río de la Plata en uno de los “vuelos de la muerte”.

• • •

La Libertadora busca a Cooke afanosamente. Los servicios visitan los lugares que solía frecuentar, los locales partidarios, el Tabarís y las casas de algunos amigos. No lo encuentran. John no está tres noches seguidas en un mismo lugar, su hermano Carlos y Alicia colaboran en el ocultamiento.

Mientras tanto, en una esquina, en la medianera de un baldío, en el centro de la ciudad y en una callecita suburbana, a la tarde, a la salida del sol o a medianoche, se tiran panfletos o se pinta una consigna con brea. Primero fue “Perón vuelve”, después simplemente PV. Estallan bombas molotov y se reparten textos clandestinos, hay súbitos piquetes, hombres que cantan la marcha y desaparecen. Y atentados, líneas de alta tensión que caen, vías con desperfectos.

Sin que nadie lo ordene, sin organización comienza la resistencia.

La resistencia es espontánea, disgregada y extendida; algunos peronistas trabajan solos, otros en grupo. Es la vanguardia en la clandestinidad que busca un líder. No serán los dirigentes de una CGT que no se juega por el “tirano depuesto”, ni el vicepresidente Tessaire que se arrepiente en público del pecado de haber sido peronista.

---

188 La Prensa, 16 de agosto de 1955.

189 De Frente, número 71, 18 de julio de 1955, "Y otro destino que intriga: el de la CGU".

190 Julio Godio, La caída de Perón/2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, p. 150.

191 Hernán Benítez, el confesor de Eva, le dijo al profesor Norberto Galasso que Perón se transformaba delante de la multitud, que ese no era exactamente el discurso previsto. Algo parecido dijo Arturo Jauretche. (Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 55.)

192 Joseph Page, Perón. Segunda parte (1952-1974), Buenos Aires, Javier Vergara, 1984, p. 77.

193 Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 57.

194 Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 58.

195 Mabel Bellucci, "Alicia Eguren: la voz contestataria del peronismo".

196 Nadezhda Krúpskaya (San Petersburgo, 1869-Moscú, 1939) fue la compañera de Lenin, pero ese fue el menor de sus méritos. Ejerció un importante papel en la dirección del Partido Socialdemócrata Ruso y, sobre

todo, por su implicación en la educación y en la creación de un sistema de bibliotecas profesional en la Rusia bolchevique. Nadezhda Krúpskaya luchó por erradicar el analfabetismo en la población rusa, transformando la educación en uno de los pilares del avance de la revolución bolchevique.

Durante su exilio (1907-1917) fue miembro de la Sociedad Pedagógica Pestalozzi en Suiza y de los Museos Pedagógicos de Friburgo y Berna escribiendo una de sus mejores obras Gente, Educación y Democracia.

Durante las dos primeras décadas del poder soviético encabezó la organización del Sistema Bibliotecario, contribuyendo a la popularización de las bibliotecas y su uso por un amplio sector de la sociedad. Fue una gran conocedora de todos los aspectos relacionados con la biblioteconomía. Dedicó mucho tiempo al desarrollo de la literatura infantil y a la organización de las bibliotecas escolares. Se preocupó por la creación de bibliotecas en ciudades y pueblos. Trabajó en el desarrollo de la bibliografía, especialmente en la compilación de listas e índices y en la evaluación de libros y el establecimiento de su relevancia según la categoría del lector.

Cooke prisionero

Cooke es el peronista más buscado, tanto esfuerzo logra darle caza el 20 de octubre. Lo detienen en el departamento de José María Rosa, el Pepe, su antiguo profesor y amigo. Ese mismo 20 de octubre es detenido también Alejandro Leloir, pero no en la casa de un compañero mientras se escondía, sino en el Plaza Hotel, a la vista de quien quisiera verlo.

De Frente comunica la detención de quien, ahora, reconoce como su director.

[197]

Desde la noche del jueves 20 del corriente está preso e incomunicado el director de De Frente, doctor John W. Cooke. La Comisión que hurga en la economía de los ex legisladores, a la caza de enriquecimiento ilícito, no debe haber tenido mucho trabajo con él. Investigar la pobreza de quien no tiene más propiedad que sus libros, más ingresos que su sueldo de profesor de la Facultad y de periodista, ni más empresa que su amor a la independencia, a la soberanía y a la justicia distributiva nacionales demanda escasas horas de verificación. Sin embargo, el director de De Frente sigue preso e incomunicado por razones exclusivamente de orden político tras una revolución en la que, formalmente, no hay “vencedores ni vencidos”.

¿Cuáles son sus delitos? Ahí están 85 números de nuestra revista señalando la trayectoria económica, política y social de ella en su conjunto y de su director en particular. Hemos sostenido que la soberanía política sin la independencia

económica es un sofisma, moneda falsa que como toda moneda falsa sólo tiene curso legal en los mercados de los tahúres y explotadores. Hemos reiterado que la justicia, sin alcance social, tiene tanto de justicia como el germen que está en el huevo tiene de gallo mañanero y despertador. Hemos aclarado que no se puede invocar la democracia y la libertad para disgregar el movimiento obrero, factor insustituible de democracia y de libertad. Hemos alertado al pueblo frente a todos los imperialismos. Y hemos combatido hasta el cansancio, arrancándole el disfraz liberal, a todas las formas del cipayismo que en los ámbitos de la economía, de la acción política y de la lucha social pretendían infiltrarse para carcomer, como termites afanosas, la obra básica de la revolución popular.

Estos son los pecados del doctor John W. Cooke. A ellos hay que agregar el de la lealtad y la consecuencia, que en los tiempos del desprecio puede ser considerado pecado mortal. Alejado de la militancia política activa desde 1952 —en la era de las bonanzas—, se reincorporó a la acción en agosto de 1955, en los momentos de enfrentar la tempestad.

¿Qué hacer ante tamaños pecados de dignidad? Cagatintas irresponsables han creído encontrar la luz en el callejón sin salida. Y la han buscado, como tímida insinuación primero, como información condicional después, y mañana seguramente como afirmación rotunda y escandalizada, en el proyecto de infamia de que no hay que echar en saco roto la posibilidad de que el director de De Frente, doctor John W. Cooke, haya participado en la quema de los templos en la noche del 16 de junio del año en curso. Una amplia campaña de publicidad crearía el clima buscado. Una serie de “pruebas” prefabricadas por el tecnicismo de los “panqueques” en boga haría lo demás. Y los enemigos políticos del Interventor del Partido Peronista en el Distrito Federal podrían dormir tranquilos.

De Frente denuncia ante el tribunal de la opinión popular la burda maniobra. Reitera esa misma denuncia ante la Comisión Nacional Investigadora. La quema de los templos —crimen de lesa dignidad popular—, fustigada enérgicamente por el doctor John W. Cooke desde estas mismas columnas, ni

puede ni será endosada impunemente a nuestro director.

Y dos semanas después, con el título “Chismes en los cotorros políticos”

[198]:

Esta revolución, por ejemplo, ha demostrado una clara tendencia a conjugar el verbo “incomunicar” en tiempo abusivo. [...] El caso del doctor José María Rosa[199] es un ejemplo de nuestra afirmación. Desde 1946, en que fue candidato a una diputación, dejó toda militancia política. Abogado, profesor de la Universidad de La Plata, historiador y polemista de la revisión histórica, su actividad no salió de la disciplina intelectual que se impuso y, accidentalmente, de la profesión de abogado que es. Ni requirió jamás un permisito de importación, de esos que hacían las delicias de los comerciantes, ni postuló órdenes en cadena de automotores, ni recibió del régimen depuesto una Siam Lambretta.

Su crimen reside en que el doctor John W. Cooke estaba en su domicilio al ser detenido, y todo hace suponer que visitaba al doctor Rosa en calidad de profesional. Y desde entonces, el 20 de octubre, fecha en que al doctor Cooke le están tomando la medida de la “cadena perpetua” que le corresponde por su amor a la independencia, la soberanía y la justicia social argentinas, el doctor Rosa está preso e incomunicado.

Esta revolución está conjugando el verbo incomunicar en tiempo abusivo.

---

197 De Frente, número 85, 31 de octubre de 1955, p. 3, “Está preso nuestro director” (editorial).

198 De Frente, número 87, 14 de noviembre de 1955, “Chismes en los cotarros políticos”.

199 José María Rosa (Buenos Aires,1906-ibídem,1991) fue uno de los historiadores más representativos del revisionismo histórico. Tras del 17 de Octubre, formó parte de la Alianza Libertadora Nacionalista. Fue docente en la Universidad Nacional de La Plata, años en que publicó Nos los representantes del pueblo, La misión García ante lord Strangford y El cóndor ciego. Despedido de sus cátedras en 1955, participó del levantamiento del general Valle. Estuvo exiliado en España hasta 1958. Entre 1955 y 1970 participó en los semanarios nacionalistas Azul y Blanco y Segunda República. De esa época son sus libros Rivadavia y el imperialismo financiero y La Guerra del Paraguay y las montoneras argentinas. En 1973 ocupó funciones diplomáticas en el Paraguay y Grecia hasta 1976. Fundó la revista Línea y publicó la monumental obra Historia Argentina (1964-1980) en trece volúmenes.

Los últimos suspiros de De Frente

Todavía faltan trece días para que asuma Aramburu y la consigna “Sin vencedores ni vencidos” está en el tacho de basura. El 31 de octubre, De Frente trata el asalto a los gremios. Dice que una activa fauna reaccionaria ha puesto sitio al gobierno del dictador Lonardi.

[...] La fauna es bastante poderosa, tanto como para ignorar olímpicamente las decisiones y decretos del Ministerio de Trabajo y Previsión y actuar siguiendo sus propios planes: con el gobierno, si éste ayuda; contra él, si no colabora. [...] Pero la fauna no quiere elecciones, y están dispuestos a hacer caer al ministro si se lleva el problema a las urnas. Ni siquiera se calmaron cuando el Ministerio anunció una fiscalización especial y directa de los comicios. La voz de orden en la fauna antiobrera es clara y rotunda: no quieren elecciones de ninguna manera porque han llegado a un descubrimiento sensacional: los peronistas son más, muchísimos más, y no los van a votar... (El destacado es de D. S.)[200]

Con el pretexto de “desperonizar”, hay voces que exigen destruir la CGT.

La clase obrera, que en estos diez años no olvidó los gritos de odio, dejó en el desván de los trastos superados las banderas rojas de la lucha sin contenido claramente nacional, olvidó los acordes y las letras de las canciones internacionalistas y entonó, con unción y con fe al levantar su propia bandera, las estrofas del Himno Nacional. [...] Es evidente que no habrá [...] paz social si no se mantiene el equilibrio entre el trabajo y el capital.[201]

De Frente esgrime el peligro comunista como intento de parar el atropello en los gremios. Quizá los militares se pongan a pensar que son preferibles los

peronistas a los rojos. A principios de diciembre —ya con Aramburu en reemplazo de Lonardi— titula: "La persecución sin medida, empuja a los obreros hacia el comunismo".[202]

La detención de los dirigentes peronistas amplía y perfecciona la destrucción de la CGT. Con ello se da satisfacción a los menudos rencores, a las menguadas ambiciones circunstanciales de los politiquitos sobrevivientes de épocas superadas. Pero a quienes favorece en realidad es a los comunistas. Podemos anticipar que entre los gremios de la carne, los metalúrgicos y los textiles, especialmente, gremios numerosos y poderosos por su gravitación en la vida sindical del país, se está produciendo una afiliación en masa al comunismo. Los dirigentes comunistas y criptocomunistas [sic] trabajan a toda máquina, capitalizando a su favor el fruto de los desaciertos y de los pequeños odios del "revanchismo".

De Frente debía saber (y los dictadores también) que los trabajadores no se estaban volcando masivamente hacia la izquierda.

Se producen en el país despidos masivos y los salarios comienzan a desplomarse. Unos días antes, el 28 de noviembre, puede leerse en De Frente:

Se ha quebrado la paz social. Y se la ha quebrado por la vía de los despidos injustificados en el ámbito de algunas actividades industriales, especialmente en la rama metalúrgica.

Los despidos se producen, en primer lugar, porque una serie de industriales imbuidos de ese espíritu revanchista que impera en amplios sectores sociales los lleva a la conclusión de que "les ha llegado su hora" [...]. En segundo lugar, la razón para los despidos está directamente ligada a la concepción patronal —siempre tan previsora— de que la ocasión les viene de perlas para despedir sin

indemnización algún personal en exceso que pudieren tener, aprovechando la declaración ministerial que no “hay plena ocupación sino exceso de empleados y obreros con bajo rendimiento”. El tercer motivo determinante de despidos proviene del afán de represalia de algunos industriales empeñados en plantear inconvenientes al Gobierno como réplica a la modificación de la política cambiaria que los perjudica y amenaza la continuidad de sus explotaciones industriales.[203]

Y en la página 5 anuncia el plan económico de los libertarios. La reforma de los tipos de cambio —sostiene De Frente— implica una tremenda amenaza al desarrollo de la industria nacional. Petróleo y carbón, bases de toda energía, que entraban al país a un dólar de 5 pesos, ahora lo hacen a un dólar de 7,50 pesos. Las materias primas pasaron de un dólar de 14 pesos a uno de18 pesos en el mercado oficial, y de 30 a 40 en el mercado libre.

En tales condiciones, la industria tendrá que disponer de dos o tres veces más pesos moneda nacional para conseguir la misma cantidad de materia prima, máquinas y repuestos para las máquinas que empleaba antes de la devaluación del peso en virtud de la reforma cambiaría de míster Prébisch. Por consiguiente, el alza de los precios industriales se presenta, a corto plazo, apenas se liquiden los actuales “stocks” de materias primas, como inevitable e inexorable, por más magos de las finanzas que digan lo contrario, a menos que los industriales se resignen a no ganar nada, perder algo, y estén dispuestos a descapitalizarse a corto plazo para que la oligarquía ganadera y terrateniente embolse lo que pierde la clase obrera, los empresarios, los pequeños rentistas y los industriales. (El destacado es de D. S.)

Ese es, exactamente, el mapa de quiénes ganan y quiénes pierden con la Libertadora.

El ministro de Finanzas ha declarado que “no es exacto que haya plena ocupación, sino superabundancia de empleos y de obreros por el bajo

rendimiento de unos y otros. De ahí que sobren 150.000 empleados administrativos, e igual problema tenga la industria. Por lo tanto, se procurará el desplazamiento de la mano de obra estimulando la actividad en el interior mediante el trabajo del agro y la construcción de obras públicas". La conspiración económica de ciertos sectores "aristocráticos", contra la clase obrera, la clase media y los empresarios, queda demostrada. Pero estos teóricos de la filosofía vacuna olvidan que en los países avanzados no aumenta la mano de obra en las tareas agrarias, sino en la industria. En Inglaterra, sólo el 5% de la mano de obra está ocupada en el campo, lo que no evita que allí se produzcan más alimentos que en la preguerra. En Estados Unidos, en la actualidad, trabajan en el agro unos 5.500.000 trabajadores, contra más de 9.000.000 de antes de la guerra, pero se produce 40% más ahora que entonces. ¿Por qué? Porque todas las granjas yanquis se electrificaron y se mecanizaron. Y eso fue posible porque se incrementó la ocupación en las fábricas de tractores, cosechadoras, y toda clase de máquinas agrícolas, así como empresas de productos químicos, fertilizantes, antiparasiticidas y yerbicidas [sic].

La industria nacional está en capilla. La desocupación en masa, el empobrecimiento colectivo y la recolonización son las perspectivas. Proporcionar mano de obra servil a la oligarquía es el objetivo de míster Prébisch y sus técnicos "cepalinos".[204]

---

200 De Frente, número 85, 31 de octubre de 1955, "Se desmorona una eficaz defensa social".

201 De Frente, número 86, 7 de noviembre de 1955, p. 3, "Algo superior a los partidos" (editorial).

202 De Frente, número 90, 5 de diciembre de 1955, pp. 4 y 5, "La persecución sin medida, empuja a los obreros hacia el comunismo".

203 De Frente, número 89, 28 de noviembre de 1955, p. 3, “La paz social se ha quebrado” (editorial).

204 Por la Cepal (Comisión Económica para América Latina y el Caribe).

Roberto Noble y Ricardo Peralta Ramos

Antes de terminar esta excursión por De Frente queremos reproducir dos fragmentos de magnífica pluma que no necesitan mayores comentarios.

LA GALERÍA DE LOS MÁRTIRES: EL “ROCKY MARCIANO” DE LA LIBERTAD.[205]

La historia grande de los pueblos perpetúa con bronce y laureles a los pocos escogidos por la gloria de la libertad. Pocos porque la historia grande es exigente; la inmortalidad rara vez omite la unanimidad y esta extraña flor humana requiere siglos para alcanzar su perfección.

Hay otros mártires de la libertad, sin embargo, que los textos clásicos no registran. Y esto es injusto. [...] He aquí uno de ellos: Roberto J. Noble. Espíritu exquisito, gran señor de las empresas periodísticas, faro eléctrico de la naciente libertad argentina. En su juventud, el impulso arrebatado y generoso de su edad, apenas regido por las razones de una inteligencia que ya entonces se revelaba avizora, lo enroló en las filas de las reivindicaciones obreras. Noble ingresó en el Partido Socialista, que entonces aparecía como un inobjetable punto de partida para la juventud que sentía la responsabilidad del futuro. La clásica evolución biológica —involución, dicen los técnicos—, fue llevándolo a la derecha, por sucesivas transformaciones. Fue, pues, socialista independiente y, antes que este nuevo partido alcanzara el fin natural de las concepciones contra natura, fue conservador. Y “fresquista”. En aquel gobierno bonaerense tan calumniado por los libertarios de entonces, el doctor Roberto J. Noble fue el ministro más joven del gabinete de Fresco. Es probable que algunas de las innovaciones democráticas del famoso gobernador, que provocaron —como el “voto

cantado”— la reacción que llevó al presidente Ortiz a defenestrarlo, fueran las causas de más de una quemazón política irreversible. Pero en medio del derrumbamiento, el doctor Noble tuvo el tino singular de sobrevivir, ofreciendo al país la prueba definitiva de una agilidad política innata que, con el tiempo, llegaría a hacerse proverbial.

Pero no sólo de pan vive el hombre. La clarividencia del doctor Noble se aplicó con provecho en otras vías, la principal de las cuales habría de enriquecerlo rápida y considerablemente. Los mal pensados, los enemigos eternos del progreso ajeno —y Noble es, esencialmente, un progresista—, empañarían la legitimidad de su riqueza con versiones maliciosas. Se dijo, por ejemplo, que su plan de cooperativas eléctricas había sido un negocio redondo para el trust, matando —de paso— las cooperativas existentes y aun las aspiraciones cooperativistas del pueblo en materia energética. Pero ¿quién se detiene ya ante “las calumnias de los mitristas”?... La riqueza del doctor Noble —la riqueza material, claro, porque la otra es fruto exclusivo de su espíritu exquisito—, debe haber venido por otros caminos, absolutamente inalcanzables para la suspicacia popular.

Esa misma distinción interior llevó al doctor Noble al periodismo, editando una revista que fue un éxito y que sin duda los hombres recuerdan: Caricatura Universal. El periodismo —él mismo lo ha dicho alguna vez— demuestra en quienes lo practican una irrefrenable pasión por el bien público. Cuando llega la revolución de 1943, la mutación no sorprende a este preclaro progresista que de inmediato advierte la responsabilidad del momento. Planea entonces Clarín, diario a dos colores que no tarda mucho en ver la luz.

Demora un poco más, en cambio, acertar la posición que iba a asumir. [...] Como se ha especulado mucho con esa indecisión hamletiana, es justo reivindicar la memoria de un momento que fue decisivo para nuestro mártir de la libertad. El doctor Noble iba a hacer, efectivamente, peronista a su Clarín, y por esa razón recibió 200.000 pesos de la Secretaría de Informaciones. Pero el 19 de septiembre de 1945 presenció la “Marcha de la Constitución y la Libertad” y se

convenció de que los “anti” eran más que los “pro”. Fiel a su vocación popular, pues, cambió ahí no más la ruta y colocó a su diario al servicio de la libertad. El despertar de los comicios del 24 de febrero de 1946 fue otro momento amargo para Noble. Se había equivocado: los peronistas eran más y su diario estaba en la oposición del gobierno triunfante. Mucha gente se equivocó entonces. Pero mientras la mayoría discutía y estudiaba las causas del error, la agilidad mental y la superior aptitud política de Noble vino a salvar a la empresa. Sin que nadie lo advirtiera, Clarín cambió de stud de la noche a la mañana. Otra vez volvía a estar con los que eran más...

Y con el gobierno, de paso. A éste le interesaba, luego de forjar los eslabones de la cadena periodística, un contracanto, algo que pudiera demostrar, principalmente en el trato internacional, que en el país no había restricciones a la libertad de prensa. Había que legitimar la cadena y, por supuesto, sin disonancias desagradables; una crítica constructiva muy formal, discretamente convenida desde “arriba”.

Al paso, De Frente le propina un violento cross a la mandíbula al gobierno peronista.

Clarín era un diario simpático y Noble, su director, un gran señor. Ambos fueron elegidos, pues, para el papel de villanos del régimen. Es cierto que la natural nobleza del director frecuentemente se rebeló contra esa discriminación, y Clarín dijo, a dos colores, las mismas cosas que los demás diarios decían a un solo color. Pero —honor al mérito— Noble siempre tuvo la intención de cumplir el rol opositor que se le había marcado, y sólo circunstancias muy imperiosas de fuerza mayor cambiaron las cosas.

Afortunadamente, la fuerza mayor no logró impedir la evolución material del diario y su director. Bajo la dictadura de Perón Clarín se convirtió en una poderosa empresa periodística; se levantó la lujosa galería de la avenida Santa

Fe; se montó el local de la avenida Corrientes; se hicieron frecuentes y dilatados viajes a Europa y los Estados Unidos. He aquí lo admirable en este gran señor de la industria periodística: cuando su vocación de libertad estaba de vacaciones, sufriendo, sin duda, su exquisito espíritu horriblemente por esa mutilación, tuvo la fuerza de voluntad suficiente para sobreponerse a la adversidad y cosechar los millones que su discreción le conquistaba. Por ese camino de silencio vino el raudal aurífero; por ése y sus crónicas y comentarios, displicentemente peronistas; sus elogios mesurados, con altura, al régimen; las secciones acreditadas como "Qué dice la calle", elegante ofertorio —con su precio, claro —, para todos los hombres del régimen: grandes, chicos y enanos...

Poco antes que el gobierno cayera, el gran señor de la libertad de prensa recordó una promesa, la única que Perón no había cumplido con él: la imprenta propia. "Todavía nos falta conquistar nuestra imprenta", dijo en un discurso de aniversario.

Todavía no había asumido formalmente el nuevo gobierno, cuando este hombre excepcional resolvía su problema de conciencia. Una oportuna vinculación familiar puso al alcance de su guante de gran señor una de las mejores imprentas de Buenos Aires. Otras le aseguran el cumplimiento de planes mucho más vastos, planes realmente ambiciosos, que harían vacilar a cualquier capitán de industria. Pero el doctor Roberto J. Noble, mártir de la libertad, ha sido ungido por los dioses del Olimpo... (El destacado es del original.)

• • •

LA HISTORIA DE "LA RÁZON O EL AMOR A LA LIBERTAD COMO NEGOCIO PRODUCTIVO". 150 MILLONES DE PESOS EN 20 AÑOS. EL "REY DE LOS PANQUEQUES" INTERVENIDO[206]

Como Roberto J. Noble —ver De Frente, Nº 83—, el señor Ricardo Peralta Ramos es otra víctima de la dictadura, mártir de la libertad de prensa y director del panqueque La Razón, que va dorándose a fuerza de vueltas. [...] La verdad es que Ricardo Peralta Ramos tiene tanto derecho como Roberto J. Noble a figurar en esta galería de los mártires de la libertad de prensa. Tal vez más el primero que el segundo, ya que (ahora que está de moda conviene ser diestro en el manejo de las cifras) La Razón ha ganado alrededor de 150 millones en los últimos 10 años, actuando como socio de Perón. Clarín tuvo el mismo socio..., pero no llegó a tanto.

Claro que el martirologio de Peralta viene de más lejos. Cuando Noble editaba sin problemas su pequeña revista Caricatura Universal (para hombres solamente), ya La Razón se debatía en esta lucha eterna de la libertad de prensa. Era en los tiempos de la guerra civil española. La hispanísima y porteña avenida de Mayo se había dividido en dos campos perfectamente delimitados: los milicianos de un lado, los franquistas del otro. Crítica se había reservado el primero, indudablemente el más popular. Peralta debió resignarse con el segundo, el más rendidor económicamente, y La Razón se vio obligada a cosechar los frutos de su franquismo contra su voluntad.

[...] La cosecha del franquismo trajo otra al poco tiempo. La Razón había desarrollado al máximo ese tipo de contrabando publicitario que en la jerga del rubro se llama “propaganda institucional”. Su obstinación libertaria, pues, no le impidió facturar a los ministerios de propaganda de los regímenes de Hitler, Mussolini e Hirohito crecidas sumas por la original difusión totalitaria que hacía La Razón por ese medio. El negocio duró toda la preguerra. Hacia 1940, sin embargo, al estrecharse las filas aliadas, ocurrió un fenómeno previsible: las naciones del Eje fueron prácticamente aisladas, cercadas y bloqueadas en materia económica. En cambio, las oficinas de publicidad de la coalición vencedora incrementaron su labor. Y entonces sí —¡por fin!—, encontró Peralta su verdadero camino convirtiéndose en furioso y súbito aliadófilo, es decir, supercampeón de las libertades en general y de la libertad de prensa en particular. Su satisfacción fue inmensa porque comprobó que los mismos negocios, y aun mejores, que había hecho con Hitler, podían hacerse con Roosevelt. Claro que no es tan fácil voltear el panqueque. El mérito de Peralta,

que exige su inclusión en esta galería, reside en su destreza rotatoria personal y su constante ejercitación. Hace pocas semanas, cuando junto con el nuevo gobierno apareció La Razón cambiando la “libertad” por la “tiranía”, muchos quedaron estupefactos por la rapidez del viraje. Sin embargo, no cabe el asombro. Peralta no es un improvisado. Cuando Justo “le impuso” un préstamo de 5.000.000 de pesos (5 millones de hace 20 años), con el convencimiento de no devolución, La Razón demostró día a día cómo la política entreguista de Justo era una bendición para el país; cómo las concesiones vigorizaban a la Nación y —muy particularmente— cómo el fraude era la quintaesencia de la democracia dinámica. Es cierto que Justo, viejo zorro desconfiado, le mandó un teniente 1ro. retirado para que dirigiera al director de La Razón. Pero eso no puede avergonzar a nadie puesto que Peralta recién comenzaba. Con el tiempo, prescindiría de la presencia física del coordinador de turno y se arreglaría a puro teléfono. Por otra parte, no hay mal que dure cien años. Cayó Justo y La Razón lo puso de oro y azul. Se hizo “orticista” y —por cuenta separada— “fresquista”. Cayó Fresco y La Razón, con toda valentía, reveló lo funesto que había sido su gobierno para la provincia de Buenos Aires. En seguida llegaría el turno a Ortiz o, lo que es lo mismo, las nuevas “imposiciones” de negocios brillantes de su sucesor.

[...] —Con la pistola al pecho me han obligado a hacerme multimillonario. Me han llenado los bolsillos de oro y mi diario de publicidad oficial. ¿Qué podía hacer yo más que aguardar que la libertad coincidiera con el gobierno y las dos cosas conmigo?

Sin embargo, las contradicciones continúan. Porque ahora que la libertad y el gobierno coinciden, el diario que fue del señor Peralta Ramos ha sido intervenido, y el rey de los panqueques goza de una licencia “sine die”. Tanto fue el dinero que el régimen depuesto puso en La Razón —sin contar los dineros anteriores—, que es difícil saber ya a quién pertenece la empresa. Lo único que se ve claro es que no puede ser del millonario que sufría con el alma destrozada cada vez que le llenaban los bolsillos. Por eso encargaba a su sastre bolsillos más grandes.

El panqueque, de todos modos, está en el aire. Peralta todavía espera que caiga con el lomo dorado quedándose él con el diario y —de paso— con la cadena de radios que compró con plata del gobierno caído.

---

205 De Frente, número 83, 17 de octubre 1955, pp. 4 y 5, “La galería de los mártires: El ‘Rocky Marciano’ de la libertad”.

206 De Frente, número 84, 24 de octubre 1955, “La historia de ‘La razón o el amor a la libertad como negocio productivo’”.

PARTE 1

El Bebe Cooke

Agradecido por el modo en
que llega la luz
sobre el espejo y sobre el cromo
de las canillas, ordeno la mente.
Yo estaba en un sueño donde iba a morir,
pero eso fue hace tiempo.
Ahora, despierto, en un planeta
que a ratos conozco
igual que piedra en agua espesa, caigo,
a este lugar y esta hora exactos,
o que hoja desprendida de árbol
en día de calma
(o que hoja
desprendida
de árbol
en día de calma). Atrás,
en la ventana, el mundo
a esta hora suena igual que el mar,
pero el mar está lejos, el mar no hace falta.
Sonidos de una fiesta ajena,

Daniel Freidemberg

Está por comenzar una etapa crucial en la vida de John William Cooke. Vendrán la cárcel, la organización clandestina y la huida, la resistencia, el acuerdo y la huelga. Treinta y ocho meses que van de mediados de octubre de 1955 a mediados de enero de 1959. Es el apogeo, el cénit de la estrella de Cooke.

Así que antes, retrocedamos, dejemos el 55 y naveguemos a contracorriente.

El 14 de noviembre de 1919 el matrimonio entre Juan Isaac Cooke y María Elvira Lenzi tuvieron, en la ciudad de La Plata, a su primer hijo. Eran tiempos de quiebre. Hacía tres años y un mes que el Peludo Yrigoyen había asumido la presidencia después de décadas de insurrecciones fracasadas. Faltaban aún cincuenta y cuatro días para el primer pogrom[207] de Latinoamérica, que ocurriría en la cosmopolita ciudad de Buenos Aires.

---

207 Un pogrom es una palabra rusa que significa "causar estragos, destruir violentamente". Históricamente, el término se refiere a los ataques violentos contra judíos perpetrados por poblaciones locales no judías en el imperio ruso.

La infancia en el nuevo país

Un país nuevo había sustituido al viejo. Era un país de múltiples lenguas, un país de Parlamento, de leyes y de chimeneas de barcos que llevaban al otro lado del Atlántico los frutos de la tierra y traían las maravillas de la industria. Este nuevo país se denominó con uno de los nombres del viejo, aquel de montoneras y señoritos, el de la interminable guerra civil: Argentina.

Además del nombre, tomó su biografía y la hizo historia: creó mitos, alabó a unos y defenestró a otros. El nuevo país tenía una elite culta y positivista, letrados que creían que la historia es un camino habitado por un progreso lineal e infinito. “Sin prisa y sin pausa, como el camino de las estrellas.”

La generación del ochenta hizo realidad el programa de Alberdi: poblar y atraer al capital extranjero. Hombres lúcidos, hicieron entrar al país en el mercado mundial, desarrollaron el capitalismo y la democracia burguesa. Pero, al hacerlo bajo la dependencia de los inversores extranjeros, la democracia en estas pampas tuvo sus vernáculas peculiaridades. En lo económico las empresas británicas y los grandes terratenientes se quedaron con la mayor parte de la renta nacional condenando al resto de la nación. En lo político, para evitarse trabas innecesarias, excluyeron al pueblo de los comicios y los cargos. Muy liberales y librecambistas en economía, la generación del ochenta fue elitista y discriminatoria en política.

A ese estado de cosas don Hipólito Yrigoyen lo llamó el “régimen”, y le opuso la “causa”. Para Yrigoyen las contradicciones entre la minoría gobernante y la mayoría populosa debían resolverse dentro de los límites de la democracia burguesa. Más aun: los hombres de Alem[208] temían tanto como los gobiernos conservadores la creciente combatividad popular que se produjo a partir de la última década del siglo XIX.

Corría 1891 cuando Mitre regresó de Europa. La Convención Nacional de la Unión Cívica reunida en Rosario lo proclamó candidato a presidente para los próximos comicios. A Bernardo de Irigoyen le reservaron la vicepresidencia.

El triunfo parecía seguro, hasta que Roca y Pellegrini negociaron con don Bartolomé y surgió la política del "acuerdo patriótico". Los partidos concurrirían a las elecciones con una lista única de candidatos. La candidatura de Mitre siguió en pie, pero Bernardo de Irigoyen fue reemplazado por el autonomista José Evaristo Uriburu. (Claro que todos se quedaron con sendas calles en la ciudad de Buenos Aires.)

El acuerdo entre la Unión Cívica y el Partido Autonomista Nacional fue hecho para descomponer al movimiento popular que se agrupaba alrededor de Alem. Así que tenía que provocar la irremediable ruptura en los cívicos, que se fracturaron en dos: la Unión Cívica Nacional, conducida por Mitre, y la Unión Cívica Radical, liderada por Leandro Alem.

Carlos Pellegrini —"la gran muñeca", como lo apodaban— había sido partidario de que el Estado protegiese el desarrollo de la industria. Coincidía así con las ideas de Vicente Fidel López volcadas en la Revista del Río de la Plata en 1872:

Somos dependencia del comercio extranjero y de las comisiones que lo agitan: nuestra producción, es decir, nuestra materia prima, que es lo único que la constituye, depende necesariamente de la demanda de los mercados extranjeros. Ellos nos fijan la línea a que puede llegar. Ellos nos tienen bajo su tutela despótica.[209]

Pero años después Pellegrini olvidó la protección a la industria y fue un

aguerrido defensor del librecambio y del capital inglés. En 1901, Roca, que ocupaba por segunda vez la presidencia[210], lo envió a Europa para unificar la deuda pública a largo plazo. Pellegrini convenció a los acreedores europeos, pero sucumbió ante la violenta oposición radical.

El oficialismo se dividió y don Carlos, al estilo del mejor malabarista, hizo un sorpresivo movimiento que lo acercó a los mismos que lo maltrataban, los radicales. Entonces, retomó el proteccionismo de su juventud. Se olvidó de que había dicho que los comicios libres eran "puro lirismo" y ahora lo defendía "porque no solo es el más grande de nuestros derechos, sino el más sagrado de nuestros deberes". Afirmó que los comicios dignificaban al ciudadano y hacían grande a un pueblo.

¡Qué menos, don Carlos!

(¡Viva el dotor!, grita uno de sus punteros.)

Ningún integrante de la oligarquía defendió tan acaloradamente como él la limpieza del sufragio, lo que no significaba otra cosa que abrirle las puertas al radicalismo.

¿Por qué cambió Pellegrini?

La razón es que dio cuenta de que el acuerdo patriótico hacía agua, que ya no funcionaba. Las tensiones sociales aumentaban en las ciudades y en el campo.[211] Además, tampoco lograba neutralizar a los radicales.

“Hay que retirarse en orden y mantener a salvo las fuerzas” —habrá pensado Pellegrini.

Él y una parte sustantiva de los conservadores daban por hecho que Yrigoyen —el Peludo— y su chusma no tenían capacidad para gobernar. Y, al fin, volverían ellos. Pondrían en orden alguna cosa que los radicales hubieran desajustado y listo, como si nada. Confiaban que, en el mientras tanto, sus intereses no serían lesionados en lo esencial.

Y en un punto no se equivocaban, la lucha entre el régimen y la causa no fue antagónica.

Pero se equivocó es en que lograrían alternarse en la Rosada, no por el sufragio, como en las “democracias avanzadas”.

No toda la oligarquía pensaba igual, otro sector no menos sustantivo no quería ni oír nuevas fórmulas. Había que hacer lo mismo, pero con más decisión, pensaban y, aterrorizados por la inusitada combatividad obrera finisecular se dieron a la represión. En 1902 se sancionó la Ley de Residencia, que permitía expulsar a un extranjero sin juicio previo, con el brutal agravante que no se echaba a su esposa e hijos, si los tuviera, con lo que se desmembraba la familia. Tan amorosa ley fue autoría del diputado Miguel Cané, nacido en Montevideo durante el exilio de sus porteños padres en 1851. (El autor de Juvenilia, un libro de recuerdos estudiantiles que en mi infancia los docentes se empeñaron en que leyera. No les di el gusto.)

Aprovecharon que el 26 de junio de 1910 manos anarquistas hicieron estallar una bomba de bajo poder, un petardo, en el Teatro Colón., para tratar sobre tablas y promulgar en cuarenta y ocho horas la ley de Defensa Social. No permitía la entrada al país a quienes tuvieran condenas o fueran anarquistas y

prohibía reuniones y manifestaciones obreras sin la autorización policial. Estas leyes no hicieron más que tirar nafta al fuego; y para apagarlo, o para tirar más nafta, eligieron como presidente al más descollante de los abogados de los consorcios extranjeros, Manuel Quintana.[212]

El acuerdismo no retrocedió en orden como quería Pellegrini.

Tras la muerte de Quintana, lo sucedió el vicepresidente José Figueroa Alcorta. Habló con Yrigoyen, pero no hubo arreglo, el caudillo no daba el brazo a torcer: quería comicios libres. En 1906 murió Pellegrini, pero cuatro años después su último socio, Roque Sáenz Peña[213], llegó a la presidencia con su proyecto: abrirle las puertas a los radicales, que estos frenaran las protestas obreras y campesinas, y luego alternarse en el poder.

Hipólito Yrigoyen asumió el 12 de octubre de 1916 entre el júbilo popular.

Su tío, el fundador del partido, Leandro Alem, había previsto que se necesitaría un gobierno fuerte. Así que desde el vamos había que echar a los gobernadores elegidos a través del fraude acuerdista y a sus funcionarios.

Pero Yrigoyen no lo hizo.

Porque tuvo miedo a un golpe de Estado, por la resistencia de los radicales que habían sido elegidos antes de 1916, por su apego al formalismo de la ley. Por cualquiera de estas razones o por las tres juntas no lo hizo.

Así que inició su mandato con las cámaras en su contra y el sabotaje generalizado de la burocracia de la administración pública. Los enemigos le hicieron una brutal campaña en su contra, lo acusaron de corrupto y demagogo, se burlaron porque lo rodeaban hombres de extracción popular que no pertenecían a la elite social. Comenzó un inevitable deterioro de su autoridad: era el precio por no haber destruido las bases del poder político de la oligarquía.[214]

Podemos decir que el yrigoyenismo no resolvió la contradicción existente entre el Estado liberal —concebido por los constituyentes de 1853 y consolidado por la generación del ochenta— y el movimiento de masas al que representaba. Dicho de otra forma: como lo que le daba contenido al yrigoyenismo eran las masas, tenía, necesariamente, que colisionar con el Estado liberal; y, en la medida en que no lo hizo, se alejaba irremediablemente de estas.

El yrigoyenismo renunció a la intransigencia. Aceptó la democracia formal que le proponía la oligarquía y trabajó dentro de sus límites.

Sufragio a cambio de renta.

Como dijo con envidiable claridad Rodolfo Puiggrós:

El yrigoyenismo, en la medida que era determinado por un movimiento de masas (contenido), chocaba con un Estado liberal (forma) que no le correspondía ni por su origen, ni por su estructura, ni por su finalidad.

Pero el yrigoyenismo no se reducía a un movimiento de masas, y aunque éste influyera, presionara y hasta cierto grado determinara a aquél, separaban a

ambos diferencias cualitativas específicas. El yrigoyenismo poseía un comando político que respetaba a la legalidad y al Estado liberales en la práctica del gobierno. Por lo tanto, la contradicción que acabamos de enunciar se daba también dentro del propio yrigoyenismo.

Al renunciar a la intransigencia revolucionaria y aceptar la solución pacífica transaccional ofrecida por la oligarquía, al no proceder al “derrocamiento de todos los gobernadores y todas las situaciones”, Yrigoyen entró en un camino que le haría imposible superar esa contradicción y que iría a parar en lo que no se atrevió, no pudo o no quiso realizar con los oligarcas y éstos ejecutaron con él sin el menor escrúpulo legal: su derrocamiento por la violencia. Con el triunfo de la ficción democrática del liberalismo se frustró el desarrollo de la revolución democrática del pueblo. Poco antes de morir, el caudillo radical resumió la amarga experiencia de sus debilidades en cinco palabras de esperanza: “Hay que empezar de nuevo”. (Las bastardillas son del original.)[215]

“Con el triunfo de la ficción democrática del liberalismo se frustró el desarrollo de la revolución democrática del pueblo.”

Así las cosas, sucedió lo peor para los paladares oligárquicos. Primero cae el imperio de los zares y, meses después, los sóviets toman el poder.

¡Joder! diría mi amigo español.

Y esto impulsó aún más las luchas sindicales.

La oligarquía tembló.

El radicalismo también.

Entre 1919 —año en el que nació John— y 1921, Yrigoyen desencadenó el terror contra la clase obrera y los campesinos que arrendaban campos.

En cada huelga la prensa veía agitadores pagados por Moscú. Para ir contra la importación de la revolución social nacieron la Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica Argentina. Eran organizaciones de rompehuelgas violentos, nacionalistas fanáticos y antijudíos. Su bautismo se produjo en enero de 1919 en los Talleres Metalúrgicos Pedro Vasena e Hijos[216], y se conoce como la Semana Trágica. Mientras la Liga atacaba judíos, haciendo un verdadero pogrom, los radicales reprimieron violentamente a los obreros de Vasena, a los campesinos en las provincias de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires y a los obreros de los ferrocarriles. Corrió sangre trabajadora en La Forestal y en la Patagonia.

• • •

El matrimonio entre Juan Isaac Cooke y María Elvira Lenzi vivía en una casa en la calle 50 entre 4 y 5 de la ciudad de La Plata. María era de una familia uruguaya asentada en la ciudad y se había casado con Juan hacía nueve meses. Juan Isaac era un joven abogado de veinticuatro años, hijo del primer odontólogo radicado en La Plata: Jenaro William Cooke y Arosemena.

De ascendencia irlandesa, Jenaro había nacido en 1864 en Panamá, o mejor dicho en Colombia, ya que por aquel entonces el país del Canal no existía y sus tierras, riquezas y habitantes integraban la nación que engendraría al Gabo García Márquez, a Fernando Botero y a Carlos Valderrama.

Cuando Juan Isaac fue a anotar a su primogénito, los empleados del Registro Civil le dijeron que no podía llamarlo John William. ¿Qué tal Juan Guillermo, doctor? Al flamante padre no le gustó, y a la mañana siguiente habló con el juez. Le recitó una larga lista de insólitos nombres admitidos y lo convenció. John William nomás, así se llamó el benjamín.

El matrimonio tuvo otros tres hijos varones después de Johncito, como le decía el padre: José Luis, Carlos Federico y Jorge Félix. Los Cooke integraban la franja superior de las capas medias, Juan era socio del Jockey Club y en los veranos la familia viajaba a Mar del Plata. Todavía faltaban tres décadas para que se inventasen las vacaciones obreras y la hotelería sindical.

Juan era radical, aunque no de las huestes de don Hipólito sino de las de Marcelo Torcuato de Alvear, los que mejor se acomodaban a los intereses de la oligarquía, y a los prejuicios de su situación acomodada. Era liberal, europeísta, admirador de los Estados Unidos, de la civilización y de su ininterrumpido progreso.

---

208 Leandro Alem (1842-1896) —erróneamente llamado Leandro Nicéforo, porque firmaba Ln como abreviatura de Leandro— fue inscripto como Leandro Alén. Trocó la ene por eme a raíz de que su padre, Leandro Antonio Alén, había sido oficial de policía durante el gobierno de Rosas. Comenzó en la política en el Partido Autonomista de Adolfo Alsina, para luego integrar el Partido Autonomista Nacional. En 1890 fue fundador de la Unión Cívica reclamando elecciones libres y honradez administrativa. Estaría al frente de la Revolución del Parque contra el régimen fraudulento del PAN. Las diferencias entre su sector y el de Mitre se profundizaron a raíz del “acuerdo patriótico” (entre Mitre y Roca) y Alem rompió el partido fundando la Unión Cívica Radical.

209 En Rodolfo Puiggrós, Historia crítica de los partidos políticos argentinos II. El yrigoyenismo, Buenos Aires, Galerna, 2006, p. 25.

210 La primera presidencia de Roca fue entre 1880 y 1886, la segunda entre 1898 y 1904.

211 Tensiones que en el sector agrario desembocarían finalmente en el Grito de Alcorta de 1912.

212 Manuel Pedro Quintana (1835-1906) fue presidente entre el 12 de octubre de 1904 y el 25 de enero de 1906, cuando delegó el mando en su vicepresidente José Figueroa Alcorta. Murió poco después.

213 Roque Sáenz Peña (1851-1914) fue elegido presidente como candidato del sector modernista del Partido Autonomista Nacional, ejerciendo el cargo entre 1910 y 1914, año en el que falleció. Fue hijo del también presidente Luis Sáenz Peña (1822-1907) que ejerciera la presidencia entre 1892 y 1895.

214 También fue atacado por socialistas y anarquistas que, con una visión europea y mecanicista que más adelante veremos, no entendían a ese fruto político del país.

215 Rodolfo Puiggrós, Historia crítica de los partidos políticos argentinos II. El yrigoyenismo, Buenos Aires, Galerna, 2006, p. 42.

216 Los talleres estaban ubicados en Cochabamba y Rioja, en el barrio de

San Cristóbal, donde hoy se encuentra la Plaza Martín Fierro.

Los orejudos

A poca distancia de la casa paterna de John vivía María Hegoburu. María era la viuda de Juan Oyhanarte, el desventurado fundador del periódico La Verdad de la ciudad de Rojas, que fuera la primera publicación radical del país. Después de la Revolución del Parque de 1890, La Verdad y su propietario sufrieron persecuciones y clausuras.[217] Asesinado Oyhanarte en 1896 por sicarios conservadores, se hizo cargo del periódico su esposa María quien, dos décadas después, alimentaría en Johncito el odio a los orejudos.

Orejudos llamaban los radicales a los oligarcas o conservadores. El término venía de “petiso orejudo” (por Cayetano Santos Godino, un famoso criminal de principios del siglo XX) con el que los hombres de Yrigoyen se referían al conservador Marcelino Ugarte, como respuesta a que los conservadores llamaban “Peludo” a Yrigoyen.

Compartían con John esas clases de sano odio anticonservador Aurora Venturini[218] (mujer de muchos y notables méritos que ha tenido la amabilidad —y nosotros la extraordinaria fortuna— de ser entrevistada para este trabajo) los hermanitos Anglada, Salvador y Marcos, y Pedro Catella. John ya era un chico de armas tomar y comandaba el grupo que se dedicaba a tirarle piedras a los orejudos. La primera víctima fue el farmacéutico del barrio.

Según nos ha referido Aurora Venturini, John comenzó a fumar cigarrillos bastante antes de los doce años, pero a esa edad se enteró su madre, doña Elvira, cuando descubrió una quemadura en la alfombra persa del living. El padre del prematuro fumador tuvo que arreglar cuentas con él, y lo hizo a la usanza de la época. Pero el cinto del padre no logró alejarlo del cigarrillo, aunque evitó que quemara más alfombras. John, que moriría a consecuencia del cigarrillo, fumaba Lucky Strike: golpe de suerte. Él y Aurora —que también fumaba, pero lo

disimulaba con abundante perfume— engañaban al kiosquero diciéndole que los cigarrillos eran para sus padres. Ese kiosquero, radical él, le dio las primeras novelas de terror a John, que devoró una tras otra hasta transformarse en un ávido lector.[219]

Otra de las víctimas de las piedras del grupo de delincuentes infantiles encabezado por John fue un tal Rivademar. El pobre Rivademar era homosexual en tiempos donde no era nada fácil serlo. La pandilla le gritaba “puto” y arremetía contra él, que se defendía a las patadas y como mejor podía.

Se memora que cierta vez Johncito le preguntó a su padre cómo su abuelo tenía un nombre italiano y que Isaac le contestó que eso no tenía nada que ver, que él era argentino y se llamaba John.

Le advirtió que no se le ocurriese preguntárselo al abuelo Jenaro. Que fue, precisamente, lo primero que hizo John. El abuelo Jenaro le contó que su padre, o sea el bisabuelo de John, se llamó Isaac Mc Kim Cooke y que, en efecto, era irlandés de cabo a rabo. Ese Isaac, era marino mercante y llegó a Estados Unidos promediando el siglo XIX. Allí conoció a una colombiana llamada Carmen Arosemena y se casó con ella. La bella y latina Carmen le había puesto a él Jenaro. [220]

---

217 Los hijos de Juan Oyhanarte colaboraban en La Verdad, entre ellos Horacio Oyhanarte, quien sería canciller en la segunda presidencia de Yrigoyen y el que trasladaría al viejo líder a La Plata cuando el golpe de Uriburu. Después, al morir el Peludo, en 1933, regresó al país luego de estar refugiado en Uruguay. Fue detenido y estuvo preso durante seis meses, al cabo de los cuales se instaló en París hasta su vuelta en 1944, cuando Perón le ofreció ser su vicepresidente, pero rechazó el ofrecimiento.

218 Aurora Venturini (La Plata, 1922-Buenos Aires, 2015) la entrevisté para este texto en su casa de La Plata, guardo de ella un vívido y cálido recuerdo. Venturini se graduó en Filosofía y Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de La Plata. Fue asesora en el Instituto de Psicología y Reeducación del Menor durante el primer gobierno peronista, donde conoció a Eva Perón, de quien fue amiga y con quien trabajó. En 1948 recibió de manos de Borges el Premio Iniciación, por "El solitario." Estudió psicología en la Universidad de París, donde se exilió tras la Revolución Libertadora. En esa ciudad conoció a Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Albert Camus y Eugène Ionesco. Estuvo casada con el historiador Fermín Chávez (a quien este autor también yuvo la fortuna de conocer). Recibió la condecoración de la Cruz de Hierro otorgada por el gobierno francés y, en 2007, recibió el Premio Nueva Novela otorgado por el diario Página/12 por su excelente libro Las primas.

219 Se ha dicho que John padeció secuelas de poliomielitis, sin embargo, todas las fuentes directas consultadas por este escriba lo han negado. Tampoco hemos encontrado confirmación alguna de un supuesto hipogonadismo. Según Aurora Venturini, fuente de enorme valor y de primera mano, tampoco lo acomplejaba el sobrepeso.

220 Franco Lindner, Cooke. El heredero maldito de Perón, Buenos Aires, Sudamericana, 2006, p. 15.

Alvear, Yrigoyen y el crac del 29

Cuando asumió la presidencia Alvear, Johncito no había cumplido aún los tres años. La presidencia de Alvear fue un paraíso para los liberales vernáculos. Para todos ellos. Conservadores y radicales antipersonalistas —como se denominaban los antiyrigoyenistas—, demócratas progresistas y socialistas, veían en Alvear la realización definitiva de los ideales de los constituyentes de 1853. A favor de la aparente salud del capitalismo mundial, en especial el británico, las exportaciones agropecuarias argentinas llegaron a su cénit y el producto bruto creció sin mayores interferencias. Para alegría de terratenientes y chacareros, el gobierno desoyó las protestas industriales expresadas por hombres como Alejandro Bunge y acentuó el librecambio que hería la industrialización.

Como buen liberal, Alvear había sido aliadófilo durante la guerra. Incluso después de firmarse la paz en Versalles, estando en París en calidad de ministro y delegado a la Liga de las Naciones, se negó a cumplir las directivas de Yrigoyen sosteniendo la posición de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos que, como beligerantes victoriosos, reclamaban derechos que las naciones neutrales no debían tener. Fue el canciller Honorio Pueyrredón, en Ginebra, el que expresó la posición del presidente Yrigoyen. Al ser rechazada esta, la Argentina se retiró de la Liga de las Naciones.

Pero lo bueno no dura cien años, en 1928 volvió el Peludo y en el 29 estalló la crisis mundial.

El golpe de Uriburu del 6 de septiembre de 1930 no fue la consecuencia del crac del 29, sino la respuesta de la oligarquía al quiebre de un sistema productivo. La caída estrepitosa de la bolsa de Nueva York y la conmoción de la economía global agudizó, sin dudas, el problema hasta el borde del pánico.

El golpe se venía planeando desde que los alvearistas vieron que era inevitable el regreso de Yrigoyen a la presidencia y con él las desviaciones nacionalistas de las que participaban militares como Mosconi y Baldrich.

El golpe se dio para defender el sistema librecambista, la dependencia, el país agroexportador y para que no florecieran industrias innecesarias. El golpe se dio también para descomponer el campo popular, como cuando en 1890, Mitre y Roca firmaron el "acuerdo patriótico".

Ya en 1924 los alvearistas organizaron el ala antipersonalista; tres años después, en 1927, el grupo más de derecha del socialismo creó el Partido Socialista Independiente. Todos, conservadores, antipersonalistas, socialistas independientes, venían trabajando con ahínco para el golpe.

También se sumaron otros. Una tarde lluviosa de agosto, el general Uriburu visitó a Lisandro de la Torre, lo invitó a participar en el próximo alzamiento y le prometió un ministerio. En la reunión, el general habló pestes de la ley Sáenz Peña, lo que no le gustó nada a De la Torre que, en un rapto de inspiración, formuló la consigna "votos sí, armas no". Sin embargo, no debía ser tan grande su amor por el sufragio, porque si así fuera, la reunión misma nunca se hubiese producido. Poco después, don Lisandro habló con el general Justo. Pero Justo, hombre inteligente, decidió dejar que Uriburu diera el golpe y se desprestigiara. Él ya tramaba los acuerdos posteriores: la concordancia y el fraude patriótico.

Los socialistas, con Repetto a la cabeza, multiplicaron sus críticas a Yrigoyen, a quien llamaban de todo menos lindo. Esmerilaron al gobierno, no para llegar al poder —tal cosa nunca jamás estuvo en los planes socialistas— sino por liberales.

Cuando el agua hirvió y los rumores de golpe eran ya un secreto a voces que se gritaba en los cuarteles, las aulas y las calles, cuando lo inevitable ya era inevitable, Alfredo Palacios pareció arrepentirse. Se dirigió a los estudiantes de su facultad desde las escaleras del hall central:

El del caudillo es, en efecto, un gobierno inepto, pero la juventud debe fiscalizar celosamente a la oposición, que no siempre es digna y detrás de la cual se agazapa el Ejército. En mi carácter de decano de esta casa declaro que si se constituye una junta militar la repudiaré y pediré a la juventud que se prepare a derrocarla, aun con el sacrificio de sus vidas.

Afecto como era a las frases célebres, Alfredo Lorenzo terminó sentenciando:

Cuando mandan los tiranos, los hombres dignos que se rebelan no tienen más que dos caminos: el destierro o la cárcel.

Aun siendo de lo mejor (o lo menos dañino) del socialismo argentino, los prejuicios liberales de Palacios le impidieron siempre defender a un gobierno popular. Tan es así que dieciséis años después, en 1946, no vería tan mal a la "junta militar" que ahora repudiaba, y sería defensor del presidente de la Corte Suprema que en breve declararía legal el golpe. Y veinticinco años después, no integraría la Junta Consultiva, pero sería embajador de la Libertadora en el Uruguay.

Repetimos: el golpe se planificó para defender la dependencia al Imperio británico, el librecambio, un país agroexportador desindustrializado y para frenar cualquier avance de la chusma nacionalista. Y se llevó a cabo en el contexto de una crisis donde el agotamiento de la Argentina agroexportadora se veía agudizado por el crac bursátil y su posterior Gran Depresión.

Es interesante apuntar que, desde la terminación de la Primera Guerra Mundial, se había producido un retraso de la economía británica con respecto a las otras naciones desarrolladas. La destrucción de la industria alemana y la reparación económica que esta debía abonar a las potencias victoriosas, le permitieron al Reino Unido seguir adelante.[221] Retrocedía ante los Estados Unidos pero su crisis no fue evidente hasta el crac. La sobrellevaba como quien padece una enfermedad crónica.

El 24 de octubre del 29 estalló la Bolsa de Nueva York. 30 mil millones de dólares (de aquellos dólares) en valores se esfumaron y miles de empresas quebraron. La producción industrial norteamericana se redujo a la mitad. La crisis se incubó con la superproducción de artículos industriales que se sumó a la agraria que se arrastraba desde el 20. Había tanto para vender porque no había muchos que compraran. Las crisis de superproducción existen porque hay crisis de demanda.

Comparado el año 1932 con 1929, en Estados Unidos la producción del Sector I (máquinas que hacen máquinas) descendió un 72,4%, y la Sección II (artículos de consumo) un 24,1%. En 1933 se ahogaron en sus ríos 6 millones y medio de cerdos y el 25% de los cultivos de algodón.[222]

La crisis en Estados Unidos, el crac de la bolsa y la Gran Depresión se extendieron por el mundo y llegaron a las riveras del Támesis transformando el sueño de los británicos en pesadillas apocalípticas.

Londres produjo entonces un cambio radical en su política: se replegó en su universo más cercano, el de sus colonias, y se defendió. En Otawa, Canadá, en 1932 —o sea dos años después del golpe de Uriburu—, el imperio, se reunió con sus colonias y dominios autónomos para encontrar una solución. Primero, salieron del patrón oro. Segundo, la Conferencia de Otawa decidió establecer lo

que se conoció como el “libre comercio imperial”, una zona de tarifas limitadas entre los participantes, pero con tarifas elevadas con el resto del mundo.

La oligarquía argentina entró en pánico.

Otawa equivalía a la expulsión del país del mercado británico, gracias al cual se realizaba buena parte de la renta agraria.

Podemos decir que la economía agroexportadora, que servía holgadamente a una parte minoritaria de la sociedad argentina, ya hacía tiempo había puesto en contradicción a toda la nación. La crisis del Imperio británico catalizó la contradicción hasta hacerla insostenible, porque el drama de la dependencia es que la colonia respira a través de la metrópolis.

La oligarquía decidirá acompañar a Londres, lo que cristalizaría el 1º de mayo de 1933 con el oprobioso acuerdo Roca-Runciman.

El día del golpe de Uriburu, el 6 de septiembre de 1930, John no había cumplido aún los once años. Se dedicaba a tirarles piedras a los orejudos, cosa que pronto dejaría de hacer gracias al invencible imperio de las hormonas.

---

221 La reparación económica que debía realizar Alemania era por un monto más grande que sus reservas y terminó llevando a la hiperinflación.

222 Rodolfo Puiggrós, Historia crítica de los partidos políticos argentinos. La democracia fraudulenta, Buenos Aires, Galerna, 2006.

Inés

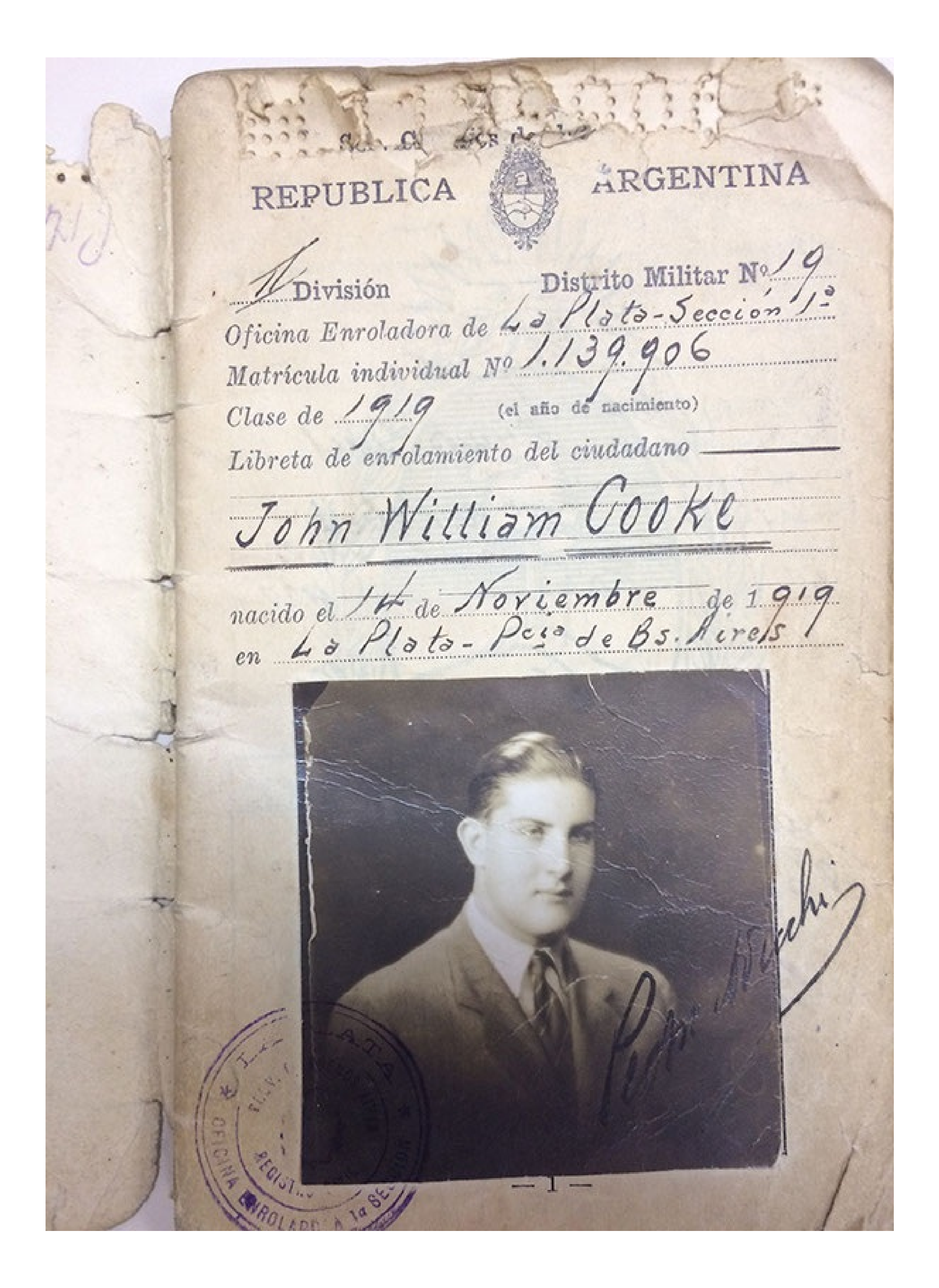
Johncito se transformó en un púber enamoradizo. Formó un equipo de básquet al que anotó en un campeonato interno de Gimnasia y Esgrima La Plata —pese a que simpatizaba con Estudiantes— que tuvo como nombre Amarey por una vecinita, Ana María, que lo desvelaba.

Con la adolescencia llegó su afición al juego. Primero los dados y después el póquer, del que sería siempre un habilísimo cultor. John era inteligentísimo y vago para el estudio, tenía una memoria prodigiosa, facilidad para las matemáticas y predilección por las letras.

Al empezar quinto año, decidió aprobar todas las materias para recibirse lo antes posible. Y todo fue sobre ruedas, hasta el último día: para festejar que había culminado la tortura John y sus compañeros tiraron algunos petardos en el baño. La alegre estudiantina terminó mal. El director de la escuela amenazó con suspender a todos si no aparecía el culpable (la escuela argentina siempre buscó delatores) y John se incriminó a sí mismo. Tuvo que dar todas las materias, como si no hubiese aprobado ninguna. Pudo, claro, le sobraba paño para eso.

Aurora Venturini parece haberle presentado a una niña frágil y tímida de nombre Inés, apodo Coca y apellidos Méndez Caldeira. Aurora le confió a este escriba que ella era la díscola de su escuela, y que no tenía amigas por dos razones: porque decía malas palabras y porque las demás eran “orejudas”. Pero entre sus pocas amigas estaba Inesita. Los encuentros entre Inés y John se transformaron en un noviazgo; ambos conocieron a los padres del otro y obtuvieron el permiso del padre de ella, subjefe de la Policía de la Plata, para salir solos por las tardes.

Ya bachiller, su padre le dio su primer trabajo: cronista deportivo para el diario que había fundado, El Plata. John veía los partidos de Gimnasia y de Estudiantes y luego hacía la crónica.



REPUBLICA ARGENTINA

II División Distrito Militar Nº 19

Oficina Enroladora de La Plata - Sección 1ª

Matrícula individual Nº 1.139.906

Clase de 1919 (el año de nacimiento)

Libreta de enrolamiento del ciudadano

John William Cooke

nacido el 14 de Noviembre de 1919

en La Plata - Pcia de Bs. Aires

OFICINA ENROLADORA 1a SECCION

— 1 —

Libreta de enrolamiento de John William Cooke

En 1938, Juan Isaac era diputado nacional y John comenzó a estudiar Derecho en la Universidad de la Plata. Su novia Inés no pudo anotarse en Letras porque hacía un tiempo se sentía débil. Poco después estalló la fatalidad: Inesita sufría leucemia. John quedó desolado, no podía estudiar, le era imposible concentrarse. Inés murió en los primeros meses del 39, aún no había cumplido los 19 años.

John se hundió en el desgano.

Y a su padre —primer abogado de la familia Cooke y renombrado en Derecho Constitucional— se le acabó la paciencia. Suele pasar, pero en esa época a diferencia de esta, no se discutía la paciencia de los padres.

Juan mandó a su hijo a trabajar en la escribanía de un amigo. ¡En el Chaco!

El castigo y el duelo duraron tres meses. John, en el destierro, aceptó volver según las condiciones de su padre. Ya en Buenos Aires, se volcó al estudio con pasión renovada. Poco después el padre diputado le consiguió al hijo estudiante de Derecho conchabo en el Congreso como taquígrafo y a los pocos meses ya se encargaba de la agenda diaria del diputado Cooke.

John superó el dolor por la pérdida de Inés y volvió a su rol de latin lover irlandés. Fue transformándose en un magnífico bailarín de tango, un bailarín elegante y con sobrepeso.

En 1941, Juan Isaac se dio cuenta de que debía disminuir gastos, ya que el diario le había dejado una cuantiosa deuda. Pagó la deuda con la venta de la casa familiar y se mudaron a Buenos Aires, alquiló un amplio departamento que ocupaba el cuarto piso del edificio de la avenida Santa Fe 1183. Abajo, funcionaba la confitería Fénix. John conoció el cabaré Tabarís, el hipódromo de Palermo y las mesas de póquer en el Club Argentino de Ajedrez.

Los comienzos liberales

El capitalismo, en las potencias, encontró la manera de superar la extraordinaria crisis del 29: redujo drásticamente la producción del Sector I y destruyó enormes cantidades de alimentos y materias primas. La industria en Francia descendió a los niveles que había tenido en 1911, la norteamericana a los de 1905 y la inglesa a los de 1897. Aumentó la cuota de plusvalía por el aumento de la productividad, los bajos salarios y el desplome del precio de las materias primas.

A partir de 1930 el país sufrió las consecuencias de tal desplome y, como en las metrópolis, la burguesía dominante descargó en los trabajadores el peso de la crisis. La ilusión positivista de la generación del ochenta, ese progreso continuo e infinito se hizo trizas. Durante el período 1930-1943 la oligarquía trató de salvarse completando al extremo la colonización del país. Lo arrodilló, y no ante un enemigo en la mayor grandeza de su poder, sino ante una potencia imperial que descendía inexorablemente.

En abril de 1931, Uriburu llamó a elecciones en la provincia de Buenos Aires. Creía el general y los partidos de la oligarquía que el yrigoyenismo estaba muerto. Pero, inesperadamente para ellos, los hombres del caudillo preso en la isla Martín García ganaron.

El general ingeniero Agustín Pedro Justo se dio cuenta de que era su hora y promovió la Concordancia, un acuerdo de conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes, para las elecciones de noviembre de 1931. La Concordancia presentó la fórmula que él encabezaba y llevaba como candidato a la vicepresidencia a Julio Argentino Pascual Roca. (Julito era hijo del general Julio Argentino Roca, el zorro. Además de sobrino nieto del exvicepresidente Marcos Paz y sobrino de dos poderosos hacendados: Ataliva y Alejandro Roca. Familia influyente la de Julito.)

Justo vetó a Alvear con el pretexto bastante absurdo de que la Constitución prohibía dos períodos consecutivos —haciendo desaparecer la segunda e inconclusa presidencia de Yrigoyen—. Marcelo Torcuato de Alvear resolvió la abstención del radicalismo, que era, justamente, lo que deseaba Justo.

La alianza de demócratas progresistas y socialistas —con la fórmula De la Torre-Repetto— convalidó esas elecciones que inauguraron los años del "fraude patriótico".

La Alianza no representaba ningún peligro real para el sistema dependiente, pero, ya porque podía ser más permeable a lo no deseado, o porque los márgenes de error se habían estrechado con la crisis, por alguna de estas razones o por ambas siguieron años de elecciones fraudulentas. A Justo lo seguirían Roberto Marcelino Ortiz y, a la muerte de este, Ramón Antonio Castillo (que por desconocidas razones pasó a la historia como Ramón S. Castillo).

• • •

John se inició en la militancia universitaria durante el gobierno de Ortiz, hacia el año 38, participando de la radical Unión Universitaria Intransigente. Defendía consignas liberales y democráticas en el sentido liberal burgués del término. Una democracia que, en el mejor de los casos, terminaba en el sufragio, desatenta al poder real. Además, era aliadófilo. Todos contra el Eje, todos con las repúblicas democráticas, con Gran Bretaña, con Francia, con Estados Unidos.

Lejos del pensamiento nacional de Forja, John concurría a las manifestaciones de la Acción Argentina, grupo aliadófilo que exigía la entrada del país en el conflicto. A la cabeza de los actos estaban Alvear, Repetto y Pinedo, junto a

Victoria Ocampo. Todos por la libertad, desinteresados de las causas profundas y últimas de la guerra, las económicas —la lucha por mercados— y las políticas, entre las que no era ajeno el problema de la Unión Soviética.

La Argentina participó de la guerra. Como dice con clara precisión Alejandro Horowicz: “Para entrar en guerra los países dependientes no deben autorizar a sus potencias dominantes mediante documento político alguno, les basta con no modificar la naturaleza de su relación. Por eso es una guerra mundial, porque de una u otra forma, combatiendo, ayudando a sostener a los que combaten o enfrentando al imperialismo, todos, absolutamente todos cumplen con sus ‘obligaciones’”.[223]

Entonces, ¿por qué enviar tropas, si ya estábamos en guerra? Una parte de la burguesía, ávida de equipamiento para la industria, pensaba que la presencia de tropas podía transformarse, en un mañana próximo, en ese equipamiento.

Corre abril del 40, John todavía no ha cumplido los veintiún años. La familia Cooke se conmueve: el tío Jenaro, hermano de Juan Isaac, se bate a duelo a sable con Scalabrini Ortiz, un nazi, según el tío.

Por ese tiempo John conoció fugazmente a Alicia Eguren, en la casa del historiador Ernesto Palacio. Alicia era una jovencita de dieciocho años, delgada, que estudiaba Letras, muy sensual y carismática. Muy creyente, militaba en el nacionalismo católico, su padre había sido un dirigente yrigoyenista de la provincia de Santa Fe.

El avance de las tropas nazis quedó empantanado entre la nieve y el lodo rusos. La derrota alemana comenzó en agosto del 43, en Kursk, donde los blindados soviéticos vencieron a los alemanes. Luego, en desbandada y cuando el estrépito de la caída ya era evidente para todos, incluso para los alemanes, el nazismo

cometería sus más horrorosos crímenes contra la humanidad. Exterminará con maldad y esmero administrativo únicos a millones de personas, hombres y mujeres, ancianos y niños, cumpliendo con un alarido profundo surgido de las entrañas oscuras del Occidente cristiano. Torturará y asesinará a millones por lo que no podían evitar ser. Se puede matar por muchas cosas, pero es indigno matar a alguien por ser lo que no puede dejar de ser, ni siquiera si pone en eso toda su voluntad. El capitalismo ha matado al negro por negro, al armenio por armenio, al originario americano por ser originario, y al judío por judío. No hay perdón para eso.

---

223 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 62.

Junio del 43

Churchill esperaba que Alemania derrotara a los soviéticos y cayera ante los aliados, así, borrada la Revolución de Octubre, Londres y Washington gobernarían el mundo. Roosevelt pensaba casi lo mismo: esperaba que Alemania derrotara a los soviéticos y cayera ante los aliados, entonces Washington, solo, gobernaría el mundo.

En estas pampas, el conservador salteño Robustiano Patrón Costas y los radicales proponían tomar nota de los cambios. Había que realinear al país en la órbita norteamericana, así la industria accedería al equipamiento necesario que solamente podía proveer la Unión. Los grandes terratenientes no veían con buenos ojos cambiar de imperio, la razón es evidente: Estados Unidos tenía de sobra todo lo que podían venderle. Entre los militares había de unos y de otros, con un vasto sector en el que prevalecía la influencia del nacionalismo católico, con su anticomunismo y sus preferencias por el Eje incluidos.

En el GOU[224] había aliadófilos y germanófilos, pero no pronorteamericanos. Se podía estar con Londres o con Berlín, pero no con Washington, ya que esa era la tradición agraria del país. En algo la logia lograba unanimidad: era decididamente anticomunista, nada de trapos rojos en la patria.

Más allá de esto, la logia resolvió por sí —inconsciente de lo trascendente que se jugaba— las posiciones contrapuestas dentro de las clases dominantes. Emplazaron al presidente Castillo a alejar al general Justo de toda actividad política vinculada al Ejército, a no permitir bases militares yanquis en territorio argentino, a mantener la neutralidad en la guerra, a posponer indefinidamente las elecciones y a cerrar el Congreso del fraude.

Lo de Justo se resolvió inesperadamente el 11 de enero de 1942 cuando el general murió de una hemorragia cerebral. El GOU se dio cuenta de que sus opositores en el Ejército se quedaban sin un líder natural y podrían adherir a las posiciones de la logia en honor a la “unidad institucional”. El presidente Castillo pensó que, sin Justo, él era el hombre fuerte y con la intención de hacer perdurar el fraude decidió que Robustiano Patrón Costas fuese su sucesor.

Patrón Costas era un magnate azucarero, dueño de gran parte de la provincia de Salta de la que había sido gobernador. Joseph Page recoge la semblanza de un observador:

[...] encarnaba todo lo que era detestable en el monopolio azucarero: el tráfico de indios bolivianos, el transporte de peones en vagones de ganado, el uso de almacenes de la compañía para mantener a los trabajadores permanentemente en deuda, la pobreza, la suciedad, las enfermedades que constituían el precio de las grandes fortunas individuales.[225]

El salteño, como presidente del Senado había influido en el nombramiento de Castillo como candidato a vicepresidente, y ahora el catamarqueño, devenido presidente tras la muerte de Ortiz, pagaba su deuda.

Patrón Costas equivalía a romper la neutralidad era, por consiguiente, inaceptable para el GOU. El coronel Juan Perón aumentó su influencia en la logia al momento que los radicales tomaban contacto con el general Ramírez —ministro de Guerra de Castillo— y tanteaban su disponibilidad para ser candidato en los comicios de septiembre. Castillo descubrió la maniobra. Ofendido —no podía creer que su ministro hiciese tratos con la oposición—, le exigió una explicación. Ramírez no negó la reunión, pero adujo que nada había aceptado. Y punto. Todos esperaban que renunciara, pero Ramírez no lo hizo. El 3 de junio Castillo firmó un decreto separando al general traidor, ese mismo día en el Hotel Buenos Aires el Partido Demócrata Nacional (tal el nombre que habían tomado los conservadores) designaba a Patrón Costas como su candidato.

El GOU no iba a hacer nada antes de las elecciones, pero la separación de Ramírez, su hombre en el gabinete, modificó las cosas. Como Ramírez no quería participar del golpe y el general Farrell se excusó porque se estaba separando de su mujer, la logia necesitaba un general para sacar a Castillo e impedir el ascenso de Patrón Costas. Así que encargaron al coronel Enrique González, amigo de Perón y a quien este llamaba cariñosamente Gonzalito, para encontrar uno. Y lo encontró: el santiagueño Arturo Rawson. Rawson era oficial de Caballería y estaba a cargo de Campo de Mayo, nacionalista con inclinaciones a favor del Eje, últimamente, al compás de los resultados de la guerra, se había mostrado más inclinado hacia los aliados. Esta ambigüedad, paradojalmente, lo hacía un buen candidato.

González y Rawson almorzaron cerca del Ministerio de Guerra (en este país, las cosas siempre se arreglaron comiendo) y Rawson se mostró receptivo a la sugerencia de González. Esa noche, ambos se reunieron con una docena de jefes militares en Campo de Mayo. Esos oficiales, que en su mayoría no pertenecían al GOU ni eran hombres de Rawson —y entre los que no se encontraba el coronel Perón—, acordaron apoyar el golpe y que Rawson lo encabezara.

Castillo se enteró de que el santiagueño Arturo iba hacia la Rosada al mando de diez mil hombres y que ninguna guarnición de la Capital lo defendería, se trasladó a La Plata y allí, como Yrigoyen, renunció.

El primer presidente del golpe, entonces, fue el general de Caballería Arturo Rawson. Pero el santiagueño, ante la sorpresa de los hombres del GOU, nombró un gabinete de conservadores. ¡Nombró a los que el golpe había echado! Había mostrado la hilacha: representaba más o menos la política de Patrón Costas, o sea el alineamiento con Estados Unidos.

Por otro lado, la salida electoral no era ninguna salida ya que equivalía a un

triunfo radical, y un triunfo radical era, también, el alineamiento con los Estados Unidos.

Las idas y vueltas, incluso la incompetencia estrictamente militar del golpe, demuestran su debilidad política. El ejemplo más evidente es que, cuando los hombres de Rawson pasaron por la Escuela de Mecánica de la Armada, el director de esta ordenó disparar contra los sublevados. Las tropas de Rawson en un momento de gran confusión dispararon contra ellos mismos. Esa confusión costó treinta vidas y unos cien heridos.

Así que, en el revoleo, la presidencia cayó en el general Ramírez. Con Ramírez avanzaba el general Edelmiro Farrell, y con ambos también avanzaban los coroneles Enrique González y Juan Perón. Y con ellos la heterogénea logia del GOU.

Dicen que, puesto a elegir, Juan Perón, que hasta ese momento no tenía un peso definitorio, prefirió el irrelevante Departamento de Trabajo. Si es así —y parece que fue así— es evidente que ese militar de segunda línea tenía un plan muchísimo más trabajado y profundo que la logia (y que ningún otro en el país).

Perón era, sin dudas, el más lúcido del GOU. Vio con claridad la contradicción entre el viejo país agrario y el reciente, tibia y promisoriamente industrial. Como todo golpe necesita una base social que lo sostenga, el coronel miró hacia donde ninguno antes había mirado desde el poder. Tomó nota del avance de la clase obrera y —como su dirección política estaba vacante— la impulsó hacia un programa nacional burgués que tuvo la novedad de incluir a los obreros en la república burguesa. A juicio discutible de este escriba, su programa fue limitadamente antiimperialista en la medida que no fue antioligárquico y no puso en discusión la propiedad monopólica de la tierra. Tal aseveración no lo menoscaba: la vida y la historia —para desgracia de extremistas y perezosos— no son sistemas binarios.

Entre paréntesis: el cine, con su síntesis, suele ser un muestrario ideológico de enorme claridad. La mayoría de las películas argentinas de aquella época suceden en grandes mansiones donde los personajes bajan por anchas escaleras. Los conflictos humanos solamente se dramatizaban en las clases dominantes. Dicho de otra manera, los trabajadores no eran posibles para el drama. En política, a los trabajadores industriales tampoco se los había tenido en cuenta. Los socialistas —que solamente repararon en la clase obrera descendida de los barcos— habían levantado reivindicaciones obreras, pero nunca vinculadas a una estrategia, ni siquiera a un tibio deseo de poder. Juan Perón fue el primero que elaboró un proyecto de poder que incluía a los trabajadores como una pieza clave.

---

224 El GOU fue la logia militar que daría el golpe de junio de 1943. La sigla corresponde a Grupo de Oficiales Unidos, la integraban coroneles en actividad, entre ellos Juan Perón, por eso una vez hecho el golpe tuvieron que llamar a un general para hacerse cargo de la presidencia.

225 Ysabel Rennie, The Argentine Republic, Nueva York, MacMillan, 1945, p. 305; citado en Joseph Page, Perón. Una biografía, tomo 1, Buenos Aires, Javier Vergara, 1984, p. 62.

César Marcos

Por esa época John conoció a quien sembrará en él las primeras semillas de pensamiento antiliberal: César Marcos. El encuentro no pudo ser más interesante, y así lo cuenta Raúl Lagomarsino:

Ferro[226], un periodista que hacía crítica de cine, nos había presentado a John William Cooke. César Marcos era entonces director del Instituto de Cinematografía. Un día Ferro nos invitó a comer a lo de Cooke, que era un cipayo, inglés a muerte, antirrosista. El padre era el conservador más increíble, embajador de todos los conservadores. Un inglés, en la casa hablaban en inglés. Esto año 42. César y Cooke se interesaron uno en el otro. César le empezó a dar literatura y se pasó de revoluciones, lo hizo marxista. El Bebe le tenía un respeto tremendo a Marcos.[227]

Lagomarsino exagera, cruza el límite entre lo opinable y la mentira. (Tengamos en cuenta que estas declaraciones a Marta Cichero son posteriores a su rompimiento con Cooke que ya veremos en el capítulo de la resistencia.) En la casa de los Cooke se hablaba español, John no era un cipayo ni un inglés a muerte, y su padre Juan, aunque liberal, no era el “conservador más increíble”. Después sigue con un comentario personal:

Yo le sacaba las mujeres de encima, porque Cooke se casaba. Era como Perón. Cuando el embajador de España le dijo [a Perón] que el gobierno español vería con malos ojos que llegara con una concubina, Perón le respondió: “Entonces me caso esta tarde”. Y se casó con Isabel. Cooke, antes de Alicia, se casó con dos o tres mujeres. Una vez yo le había prestado mi casa en Mar del Plata para que fuera con una mina. A los pocos días me llama y me dice:

—Raúl, ¡me agarré un metejón con esta mina! Me voy a casar.

—Pero hombre —le digo—, ¡si estás casado!

—No, yo no estoy casado. Hicimos no sé qué en Uruguay. ¿Por qué no vas y me la sacás de casa?

La otra casi me mata. Y yo con el discursito: "Mirá, es un hombre que no te conviene".

Hasta que se casó con Alicia. ¡Bárbara! Alicia le arregló la vida, le ordenó la casa. El Gordo tenía un solo traje. Y cuando lo mandaba a la tintorería se metía en la cama. ¡Y había que ver en qué piso vivía, en la calle Santa Fe! No le importaba. Estaba lleno de manchas, manchaba todo con cenizas. Alicia le alfombró la casa, se la hizo pintar, con muy mal gusto —al principio—, pobre Alicia. [228]

La declaración de Lagomarsino es la única fuente sobre esos supuestos casamientos de Cooke vía Uruguay. De forma que su testimonio debe estar más cerca de la fantasía que de la realidad. No obstante, los casamientos vía Uruguay no eran para nada exóticos; lo hacían sectores de las capas medias de ideas menos anticuadas que las leyes, porque en el Uruguay —país en el que la Iglesia católica ha desplegado menos poder que en la Argentina— existía el divorcio.

Lo que no admite discusión es que corresponde a César Marcos la introducción de John en un pensamiento social y nacionalista.

César Marcos había nacido en Buenos Aires en 1907 —era diez años mayor que John— en el seno de una familia pobre. Fue frutero en el Mercado Dorrego y se incorporó al Ejército de donde se retiró con el grado de sargento ayudante. Extraño personaje, de niño leía a Oscar Wilde, George Bernard Shaw, Emilio Salgari y a Anatole France. Pero lo más llamativo es que a los doce años leía a Karl Marx en el tranvía.

Al terminar la conscripción Marcos decidió entrar en el Ejército. Comenta Roberto Baschetti en su sitio de internet:[229]

Su amigo Raúl Lagomarsino tiene una teoría bastante particular para justificar su hábito por la lectura: “Siempre fue un cómodo y un malcriado, a veces pienso que leía, en parte, por lo molesto que le resultaba moverse”. Teoría que no parece tan descabellada si se sabe lo que una vez le escribió a su tía Ina: “Voy a seguir en el Ejército: sueldo seguro, jubilación y poco trabajo [...] con un par de pesos para darme un gusto, un buen libro y una pebeta que me quiera, el mundo es mío...” Inútil para cualquier tarea manual se destacaba como un gran charlista y conversador en donde desarrollaba a pleno dos de sus “vicios” más característicos: beber y fumar.

En el Ejército se desempeñó preparando informes para sus superiores, en especial para el coronel Cernadas en la Dirección de Archivos. A los veintiséis años se casó con Ana Opfer una muchacha polaca que gustaba del tango y llegaría a ser una excelente bailarina.

Durante los años de la Concordancia, Marcos se acercó a los historiadores revisionistas y colaboró con el Instituto Juan Manuel de Rosas. Cuando estalló la guerra, en el 39, fue neutralista. Su hija Mercedes le dirá a Norberto Galasso: “Mi madre era judía y papá que, pese a su catolicismo debió aceptar el rito de ella, la arrastraba ya en tiempos de la guerra a los actos neutralistas”.[230]

Cansado de escribir informes burocráticos, un par de años después de iniciada la guerra Marcos pidió el retiro del Ejército. Ensayó sin éxito alguna actividad independiente, hasta que se produjo el golpe del 43 que lo designó director de Espectáculos Públicos y secretario del Instituto Cinematográfico. Como hemos visto, sería a partir del 46 asesor del diputado John William Cooke y, a fines del todavía lejano 1955, fundador del Comando Nacional Peronista.

Marcos era un bohemio, amaba las tertulias extendidas hasta la madrugada, el vino, los amigos y las amigas, los libros y la política. Tal personaje no se interesó en Cooke porque era un cipayo, inglés a muerte y antirrosista, sino porque intuyó lo contrario. Y John descubrió en Marcos el concepto de la dependencia, la guerra como lucha interimperialista, el revisionismo histórico y las ideas de Marx y Engels sobre el capitalismo y la clase obrera. "Alemania será imperialista —sostenía Marcos— pero apenas es [un] 'posible' peligro frente al imperialismo real que nos viene sometiendo, que es el inglés. El radicalismo se ha vaciado de los arrestos del viejo Yrigoyen y es hoy apenas una cáscara vacía que hace el juego a los poderosos de adentro y de afuera."[231]

---

226 Hellen Ferro (1919-2011), escritor, docente, periodista y crítico de cine. Fue crítico de cine en De frente y en las revistas Qué (dirigida por Narciso Machinandiarena), Mundo argentino (cuando era su director Ernesto Sábato) y Platea (dirigida por Jorge Montes). Trabajó como jefe de redacción de la editorial Códex en México y España (1965-1966) y fue crítico de cine en los diarios El Nacional, La Prensa, La Nación y Clarín. Fue coautor de los guiones de las películas El tercer huésped, con Ernesto Sábato; y Barcos de papel con José Dominiani inspirado en el libro de Álvaro Yunque. Escribió la novela Los Testigos (1958), el libro de cuentos Dos mujeres y un herraje (1981), El convento del Cristo de la humillación, De noche hasta el infierno, Muertes paralelas, ¿Qué es el cine?, Historia de la Poesía Hispanoamericana, El alma de unos cuerpos y Los versos que aquí se dicen.

227 Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 140.

228 Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, pp. 140 y 141.

229 El licenciado Roberto Baschetti mantiene un sitio en internet que recomendamos: www.robertobaschetti.com

230 Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 14.

231 Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 14.

El coronel Perón, el canciller presentable y el joven testigo

A mediados de 1944 no podía dudarse del resultado de la guerra. En especial luego de la derrota en agosto de los blindados alemanes en Kursk. La política internacional del golpe hacía agua: era imposible mantener la neutralidad sin enfrentarse a los Estados Unidos. Y, para no enfrentarse a la potencia occidental que había ganado la guerra, el golpe tenía que hacer lo que jamás haría: aliarse a la otra potencia que había ganado la guerra, la roja Unión Soviética.

Internamente, la cuestión tenía una rara analogía. El golpe no podía llamar a elecciones si no quería un triunfo de la Unión Democrática, es decir, del parlamentarismo decadente de la Década Infame y de los aliados. Pero, para prolongarse sine die tenía que apoyarse en los que eran rencorosamente enemigos de la Concordancia: la clase obrera, los huelguistas de los frigoríficos británicos. En esos con los que el coronel Perón ahora mismo dialogaba. Horowicz define muy precisamente: “Los términos no eran reforma o revolución, sino reforma o crisis. Y por eso los militares se encaminaron muy a su pesar hacia la reforma”.[232]

El artífice del cambio en la política del GOU fue Juan Perón. El movimiento obrero se legalizó y los proletarios comenzaron a entrar en punta de pie en la república burguesa. Fue, en la historia de este país, un cambio copernicano, de una a otra antípoda. Todo se puso en entredicho, patas para arriba, por eso generó al mismo tiempo tanto amor y tanto odio.

No hubo parte de la sociedad argentina que no temblara. En el radicalismo, primero fueron los forjistas quienes se aliaron con Perón. Pero, hacia el mediodía del 45, algunos sectores alvearistas rompieron con el partido. La Razón del 30 de junio de 1945 informaba que “un grupo radical aceptará cargos en el gobierno,

entre ellos, Juan I. Cooke, Obdulio Siri y Alberto Reales”. El 25 de julio el mismo diario comunicaba que Perón había reunido a un grupo radical y les dijo que le tocaba enfrentar a los mismos enemigos que había enfrentado Yrigoyen.

En esa reunión estaba el doctor Juan Isaac Cooke, quien concurrió acompañado de su hijo. El flamante abogado John William Cooke fue testigo del cambio que se estaba produciendo. Fue, también, la primera vez que conoció personalmente al tal Perón.

En agosto Perón estaba en pleno conflicto con los Estados Unidos y su personero Spruille Braden, necesitaba alguien con antecedentes intachables (para los gringos) como canciller y le dijo a Farrell que nombrase a Juan Isaac Cooke. El doctor se hizo cargo de la Cancillería el 18 de agosto. Doce días antes, el 6 de agosto, una bomba atómica había caído sobre Hiroshima y tres días después otra explotará en Nagasaki. El Imperio japonés, derrotado en China y completamente vencido, se arrodillaba ante la nueva potencia hegemónica.

---

232 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 79.

El 17 de Octubre

A los Estados Unidos no les alcanzó que Castillo declarara a la Argentina país no beligerante. Tampoco le alcanzó cuando Farrell aceptó declararle la guerra al Eje. Para ellos ya era tarde. Y era tarde no porque necesitasen a la Argentina para ganar la guerra, sino porque exigían obediencia. Los fondos del gobierno argentino en la Unión fueron congelados y se dieron a presionar de mil maneras. Necesitaban poner de rodillas a la nación sureña y trabajaron al respecto.

Con la sutileza acostumbrada, el Departamento de Estado nombró su nuevo embajador en Buenos Aires, el obeso Spruille Braden, que se transformó de inmediato en el jefe de la oposición.

En el país las fuerzas se polarizaron. Nada ni nadie quedó en el medio. Los conservadores, los demoprogresistas, más socialistas y comunistas reconocieron la dirección radical y formaron la Unión Democrática.

La Unión Industrial también se volcó a esta alianza, aportándole ingentes fondos. Definamos: no era que a la Unión Industrial le cayesen mal las propuestas económicas de Perón, lo que no podía digerir era su política social. Ese inédito encarecimiento de la mano de obra, y que se desechara la intervención represiva del Estado de los conflictos gremiales. La UIA se oponía a la agremiación obrera, y se resistía a los “abusos” de los inspectores de la Secretaría de Trabajo. La UIA no lograba entender que la política industrialista solamente podía sostenerse con esa política social.

El país discutía con ardor las relaciones entre el capital y el trabajo. Así como la UIA estuvo con la Unión Democrática, los obreros, tanto los industriales como

los del campo, estuvieron con Perón.

El conflicto —en la sociedad y en las Fuerzas Armadas— se expresó a mediados de octubre del 45. Fue jugado por dos hombres: el general de brigada Eduardo Ávalos, comandante de Campo de Mayo, y Juan Perón, un alto oficial sin mando de tropa.

En las Fuerzas Armadas había tres sectores. La Marina que deseaba entregar el poder a la Corte Suprema, o sea a los más reaccionarios amigos del fraude; Campo de Mayo que estaba contra la política social de Perón, pero no aceptaba entregar el gobierno a la Corte; y un sector minoritario que defendía a Perón.

El 9 de octubre, la fracción más importante de las tres, Campo de Mayo, exigió que Farrell sacara a Perón de la escena y llamara a elecciones, pero se negó a que se entregara el poder a la Corte Suprema. Que las clases dominantes decidieran el conflicto a través de los partidos en el marco de las instituciones burguesas. Eso sí, Perón y su política social debían estar fuera. Eso no se discutía.

Aquellos días de octubre conforman un universo extraordinario que no podemos abarcar en este trabajo. Son, podemos decir parodiando el título del legendario texto de John Reed, los nueve días que conmovieron al país.[233] Digamos solamente que, ante el avance de Campo de Mayo, Perón entendió que carecía de respaldo militar, por eso renunció sin ofrecer mayor resistencia.

Ávalos no tenía una política concreta y esa fue su debilidad. Desplazó a Perón, pero no pudo mostrar un frente político. Necesitaba tiempo. Campo de Mayo, apurado por la ofensiva de la Armada, dio el golpe antes de lo debido. Los días posteriores fueron de cabildeos. Farrell, mientras tanto, le pidió a Perón —o negoció con él— que se dirigiera a los trabajadores para calmar las aguas. Perón,

ya perdidos sus tres cargos, dio un célebre discurso en los balcones de la Secretaría de Trabajo que fue difundido en cadena nacional.

No llamó a la resistencia.

Se acabó.

Sin apoyo militar se acabó.

El coronel procuró alejarse; se dirigió a San Nicolás, pero cuando llegó a Zárate fue informado de un ataque que lo esperaba pocos kilómetros más adelante. Cambió de dirección, se internó en el delta del Tigre y fue allí que el coronel Mittelbach, jefe de Policía y simpatizante suyo, mirándolo a los ojos, le tendió la orden de captura. Mittelbach trasladó al detenido. Entraron en el departamento de Perón, Mittelbach hizo una última tratativa con el presidente Farrell que terminó en fracaso. Confinado en un barco fue conducido a la isla Martín García.

Perón, preso de la Marina, temió que lo asesinaran.

Este hecho provocó el júbilo de los enemigos de Perón. El 12 de octubre —cuándo no un 12 de octubre— en la Plaza San Martín se concentraron las familias del Barrio Norte para volcar su odio reprimido contra los tiranos, y desfiló también el procerato de todos los partidos. Según las crónicas de la época, manos femeninas escribieron con rouge en las paredes del Círculo Militar: “Afuera los milicos”, “Les vamos a sacar las botas”, “Muera el tirano”.

Mientras, Evita fue a ver a Juan Bramuglia, el abogado de la Unión Ferroviaria vinculado con Perón desde el 43, para que presentara un recurso de amparo. Pero Bramuglia rechazó el pedido, cosa que Evita jamás olvidaría.

El 13 de octubre, Cipriano Reyes —dirigente del gremio de la Carne— le pidió a la dirección de la CGT una reunión urgente del Comité Central Confederal para lanzar un paro general.[234]

Ese día el general Ávalos, que ya era el nuevo ministro de Guerra, recibió a la Junta de Coordinación Democrática que quería la inmediata entrega del gobierno a la Corte Suprema. Pero horas después, el lema mutaba en la exigencia de un gabinete presidido por el procurador general, el doctor Juan Álvarez.

Álvarez, hijo de un español que militara en la Primera Internacional, había sido conocido en Rosario como "el juez rojo", pero hacia 1945 ya no quería acordarse de sus pecados juveniles y vivía entre una democrática devoción a las instituciones y el culto del espiritismo. Durante tres días hizo y rehízo decenas de veces la lista de futuros ministros. Las horas se perdían entre la confusión.

Nuevamente: Ávalos no tenía una política definida y esa era su debilidad.

El 14, el almirante Vernengo Lima asumió como canciller. El general Ávalos, a instancias de los conservadores, fue a ver al preso Codovilla y, antes de ponerlo en libertad, tuvo con él una larga conversación. Cuando por fin el dirigente comunista estuvo libre declaró a la prensa: "Hemos cometido un error en no haber apoyado antes a este gobierno".

El 16, los ferroviarios se vieron con Ávalos, el general les aseguró que el coronel

Perón tenía una salud perfecta y les prometió que el 17 a la mañana sería trasladado al Hospital Militar. Ese mismo martes 16 algunos dirigentes sindicales abandonaron los lugares donde se habían refugiado y se reunieron en una casona de Flores. Allí se dieron a la organización de una huelga general para el jueves 18.

Antes de terminar ese día, minutos antes de las ocho de la noche, se reunió el Comité Central Confederal de la CGT. A las seis de la mañana del 17 el Comité resolvió llamar a huelga para el 18. En la votación ganó la moción huelguista por 16 votos a 11, según consta en el acta taquigráfica publicada en el número 2-3 de la revista Pasado y Presente. De un lado estaban los ferroviarios —que decían que había que apoyar a Ávalos en contra del almirante Héctor Vernengo Lima— cuyos once delegados votaron en contra, y del otro todos los demás.

Veamos entonces, por un lado estaba Vernengo Lima (quien habló a lo más reaccionario de la sociedad reunido el 12 de octubre en la Plaza San Martín), su salida era entregar el gobierno a la Corte Suprema. Por el otro estaba Ávalos, que contaba con Campo de Mayo, pero no disponía apoyos políticos desde que Sabattini rehusó intervenir en su golpe para no fraccionar al radicalismo; su propuesta era que siguiese Farrell, pero sin la política social de Perón. Y, por fin estaba Perón, que ya no tenía a los militares, pero que contaba con la clase obrera.

El miércoles 17, desde las primeras horas, la ciudad fue surcada por correos. La organización celular llevó a cabo sus misiones. En talleres y oficinas, en las fábricas, en los barrios pobres de la urbe y en los arrabales de extramuros la plebe se agitó. Se organizaron ataques. Se acumuló combustible. Se prepararon las armas.

Los preparativos sindicales para el 18 no se concretaron. Los trenes que venían de Rosario, Córdoba y Tucumán, de Mendoza, Salta y Santiago del Estero llegaron, como siempre, cargados de rostros curtidos en las inclemencias de la

vida. Era gente dura, de manos curtidas y miradas ásperas, que había aprendido el ritmo del andar incansable, que aguantaba el hambre y soportaba la sed. Esos hombres de provincia encontraron en las calles de la gran ciudad a los trabajadores del Gran Buenos Aires, un río inmenso, clamoroso y desorganizado. Las masas adelantaron espontáneamente la huelga, no obedecieron ninguna orden de arriba. Ni siquiera la de Perón, que se había despedido recomendándoles que fuesen de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Fue un desborde de pasiones reprimidas, un aluvión que quebró las normas sociales, el resurgimiento peligroso de la chusma y de las tolderías que ahora se mezclaba con la grasa de los talleres metalúrgicos y la sangre animal de los frigoríficos.

Corrió el rumor que el coronel estaba gravemente enfermo, que lo habían sacado de la isla y lo estaban trasladando al Hospital Militar; chisme o patraña, se decía que lo habían envenenado.

Una electricidad recorrió la ciudad y los suburbios; fábricas y comercios estuvieron desde la mañana del 17 vacíos. Extraños hombres de los arrabales caminaban por las calles céntricas. Algunos se concentraron en el Hospital Militar, otros frente al Congreso o en la Plaza de Mayo; en ninguna parte había manifestaciones numerosas, pero esos individuos estaban en todos lados.

Perón llegó a Buenos Aires en horas del mediodía y, aunque no estaba enfermo, fue recluido en el Hospital Militar. A las tres de la tarde algunos amigos lo visitaron, cambiaron con él unas cuantas palabras y recibieron breves instrucciones; cuando se fueron, difundieron la noticia de su paradero y de su buena salud. Eso hizo enfervorizar a la gente que en columnas rumorosas rodeó los cuarteles de Palermo; a esa altura eran ya cientos de miles desparramados por una ciudad perpleja.

A las cuatro de la tarde llegaron los representantes del presidente y del general Ávalos y poco después los hombres del sindicalismo que le pusieron alto precio a levantar la huelga llamada para el día siguiente. Las condiciones de paz se formularon en los siguientes términos: el general Ávalos retornaría a Campo de Mayo, de la Casa Rosada desaparecerían todos los que no tuvieran responsabilidad legal, la policía debía abandonar las calles y acuartelarse en las comisarías y el presidente Farrell firmaría el “programa mínimo”.

Sobre esas bases, al atardecer se levantó el estado de huelga revolucionaria.

El 17 de octubre no fue una huelga “revolucionaria” ni insurreccional, sino una acción defensiva de la clase obrera para que no se redujeran a la nada misma sus recientes conquistas.

Fue, también, el nacimiento político del peronismo. Una rara alquimia se produjo ese día: el malón transmutó un coronel vencido en líder.

Entonces Perón viajó a la Casa Rosada donde lo esperaba Farrell y la tumultuosa masa, cansada y enloquecida, cebada hasta las lágrimas por el triunfo.

La dirección de la CGT no se movió por la libertad de Perón sino contra la entrega del gobierno a la derecha reaccionaria representada por la Corte Suprema. Por la libertad de Perón se movilizaron los trabajadores a los que el coronel representaba. Es decir, la CGT estuvo a la derecha de la clase obrera y del acto político más importante de su historia.

Los dirigentes del Comité de Enlace Intersindical, con Cipriano Reyes a la cabeza, sí impulsaron la movilización obrera desde los días previos al 17. El 15

se movilizaron en La Plata y Berisso (donde era fuerte el sindicato de la Carne), el 16 trataron infructuosamente de llegar a Buenos Aires y el 17 estuvieron a la cabeza del oleaje que llegó hasta la Plaza de Mayo.

Dice Horowicz en Los cuatro peronismos: “la derrota de Vernengo Lima es el resultado de una exitosa maniobra defensiva del movimiento obrero que no constituye una victoria sino una prórroga. La política del coronel es prorrogada hasta las elecciones y en las elecciones quedará en claro, blanco sobre negro, qué bloque logró mayor adherencia social”.[235]

Pero el 17 de octubre tuvo un efecto innegable en las elecciones, es decir: el 17 evitó el triunfo radical en la medida que la novísima presencia política de la clase obrera consolidó el campo popular. El 17 fue la pieza clave de la victoria.

Y sus límites influyen hasta hoy.

---

233 Por Los diez días que conmovieron al mundo, obra de John Reed sobre los sucesos de la Revolución de Octubre.

234 Cipriano Reyes venía de encabezar importantes victorias obreras sin el apoyo del gobierno. Integraba el Comité de Enlace Intersindical en el que había gremios que no estaban en la CGT.

235 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 93.

El Bebe y las listas

El 14 de octubre el ánimo del doctor Juan Isaac Cooke estaba por el piso, lo habían echado de la Cancillería, ahora estaba Vernengo Lima, el mayor enemigo de Perón. Cooke había jugado su trayectoria radical al entrar en el gobierno y había perdido. Pero el marino duró tres días. El 18, ya repuesto Perón, el doctor volvió a ser canciller.

Para su hijo, el Bebe, que aún no había cumplido los 26 años, la jornada del 17 habrá sido lo más impresionante de su corta vida.

Los hombres de Forja lo miraron de reojo cuando empezó a activar en busca de alguna candidatura para las próximas elecciones de febrero. Como en su momento reconocería Darío Alessandro[236], el Bebe llegaba a la política "más por el renombre de su padre que por su propia trayectoria. No lo conocíamos mucho, pero sabíamos de su actuación en 'Acción Argentina' como fervoroso aliadófilo y ello nos llevaba a desconfiar de él".[237] [238]

Lo que sigue ya lo hemos visto.

Empecemos ahora el momento crucial de la vida de John William Cooke.

---

236 Darío Alessandro (1916-1999) se incorporó a Forja en 1936. Amigo de Arturo Jauretche, apoyó el golpe de 1943. Fue convencional constituyente en 1949, diputado provincial en 1951 e intendente de Rojas en 1952, cargo para el que fue reelegido. Detenido por la "Revolución Libertadora",

permaneció preso durante meses sin condena ni acusación. En 1974 fue secretario de prensa del gobernador Oscar Bidegain; al producirse el golpe de 1976, fue nuevamente arrestado. Diputado nacional en 1987, se opuso al giro neoliberal de Carlos Menem y fundó el Grupo de los Ocho junto a Carlos “Chacho” Álvarez.

237 Acción Argentina, organización que promovía el ingreso de la Argentina a la Segunda Guerra Mundial sumándose al bando de los Aliados.

238 Declaraciones de Darío Alessandro a Liliana Meier, citado en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 18.

PARTE 4

El organizador de la resistencia

El pueblo teme hablar del pueblo
como si conociera esa primavera desde antes.
Es tan antiguo de anterior
que no está parido por madre sino por abuela
de sopas a discreción y otras desleídas
maneras de amamantar las bocas del mañana.
Las fábulas son el mérito de su pasado
comadres agitan el mediodía
llamando a comer cenar en nombre
de los que no han nacido.
Engendrar carne y huesos
sabiendo que el tiempo salta sobre el tiempo.
El pueblo usa mortajas duras
y no hace hijos sino testigos diferentes
de su propio alimento
primitivas cebollas gigantes de tanto llorar
su dolor acá.

Nihil Obstat

Daniel Muxica

Un tiempo de resistencia

Para acercarse a la resistencia peronista hay que entender al gorilaje.

En la complejidad de la realidad habitan múltiples identidades. Somos musulmanes, católicos, judíos, ateos, agnósticos; somos heterosexuales, homosexuales, bisexuales; simpatizamos con Boca, Ríver, Independiente; somos de izquierda, de derecha, quizá hasta caídos del catre. De entre todas estas identidades surge una colectiva, para algunos una construcción artificial, que toma una identidad de entre todas para unificar y dar sentido. Quizá la identidad más influyente en nuestra época sea la identidad nacional, la que otorga legitimidad al estado-nación.

Las identidades colectivas no se definen por lo que tiene en común, por el "nosotros" de quienes la comparten; sino más bien están definidas por la alteridad, por no participar del "ellos", de los que no la integran, de los que están afuera. En política esto suele ser muy claro: bárbaros eran los no civilizados.

La resistencia peronista nada tuvo de discurso único, lo que delimitó la resistencia fue el concepto de "gorila". El gorila, como alteridad, como el "ellos", le dio sentido a la resistencia. Por eso pudieron estar juntos John William Cooke, César Marcos y Guillermo Patricio Kelly. La resistencia fue la construcción de una identidad basada en la indignación por el atropello gorila, su resultado fue un "nosotros", una respuesta a la exclusión obrera. Ese "nosotros" adquirió, como en el caso de las hinchadas futboleras, rictus estéticos que transformaron el insulto peyorativo del enemigo en orgullo propio, en el orgullo de ser, por ejemplo, un cabecitanegra.[239]

La resistencia fue un proceso espontáneo. Fue la bomba casera, el “caño”, el sabotaje cotidiano y anónimo a la producción industrial, las pintadas en los muros, el “Perón vuelve”.



PERON
VUELVE

Fue, también, el delicado acto de guardar la llama del odio al “ellos” —un shabat donde Dios era Perón— día a día en las cocinas proletarias, en las milongas barriales, en los tablones de los estadios, en todas las ocasiones en que el anonimato hacía posible mostrar la acogedora y colectiva llama del rencor.

Mao Zedong[240] [241] dijo en alguna oportunidad que la victoria es la sucesión dialéctica de fracasos. Es decir, que es imprescindible enhebrar las derrotas, aprender de ellas. Tan notable fue la resistencia obrera desde el 56 al 60, que es necesario que no perdure solo como un recuerdo emocional. Eso sería fatal. No es que veamos solamente sus límites, sus debilidades, su impotencia; es que debemos aprender en qué falló. Y no por un problema de justicia histórica: es el presente (y el futuro) el que exige enhebrar las cuentas en el hilo de la historia.

---

239 Ejemplo notable de transformar el insulto en propio orgullo es el colectivo Putos Peronistas.

240 En este trabajo usamos el deletreo Han, normalmente llamado pinyin, el sistema de transcripción fonética del chino mandarín reconocido como oficial en la República Popular China. Por eso hemos escrito Mao Zedong y Beijing.

241 Mao Zedong (1893-1976) fue un político y teórico marxista chino. Hijo de un campesino, nació en la aldea de Shao Shan, provincia de Hunan, China. En julio de 1921, a los 27 años, Mao asistió al Primer Congreso del Partido Comunista en Shanghai. Dos años más tarde, en el Tercer Congreso, fue elegido miembro del Comité Central.

De 1931 a 1934 Mao ayudó a establecer la República Soviética de China en el sureste del país y fue elegido presidente.

A partir de octubre de 1934, comenzó la “Gran Marcha”, una retirada desde el sudeste al noroeste de China. En 1937, Japón abrió una guerra de agresión contra China, lo que dio al Partido Comunista motivo para unirse con las fuerzas nacionalistas del Kuomintang. Después de derrotar a los japoneses, en la siguiente guerra civil, los comunistas derrotaron al Kuomintang y establecieron la República Popular China en octubre de 1949.

Mao Zedong se desempeñó como presidente de la República Popular China hasta 1959. Todavía presidente del Partido Comunista, en mayo de 1966, Mao inició la Revolución Cultural con una directiva que denunciaba a “personas como Jruschov acurrucadas a nuestro lado”. Se desempeñó como presidente del Partido hasta su muerte en 1976.

Para que el hijo del barrendero muera barrendero

Hombre de ideas claras como pocos, el contraalmirante Arturo Rial sintetizó con extrema transparencia el porqué del golpe: “Sepan ustedes —le dijo a un grupo de sindicalistas que esperaba audiencia en la Rosada— que la Revolución Libertadora se hizo para que en este bendito país el hijo del barrendero muera barrendero”.[242]

Sabiduría gorila en estado puro.

El golpe de septiembre se vio venir. Para cualquiera que no lo cegara el miedo o la pasión era del todo previsible. Incluso más: después del bombardeo sobre la Plaza de Mayo era de esperar su extrema crueldad.

Ahora bien, para todo golpe de Estado son necesarias una justificación y la aprobación activa o tácita de una considerable porción de los golpeados. Pero, para que un golpe adquiera formas tan desmesuras como el de la Libertadora, para ser tan salvaje y ejemplarizador, para que pueda proponerse tan magnos objetivos —como es el de asegurar que el hijo del barrendero muera barrendero— es necesario un enemigo inerme. Esa fue la razón de su crueldad, anestesiar con inmoderada violencia al enemigo, atontarlo, impedirle volver en sí.

Dicen que, durante la víspera, Arturo Jauretche le informó a Cooke que el golpe era inminente. Dicen que la noche del 15 fueron a ver al ministro Albrieu y que este, después de hacer unos llamados, supo tranquilizarlos. Puede que sí, puede que no. De lo que no existen dudas es que horas después, durante la madrugada, un general retirado —o sea un general sin mando de tropa alguna— entró clandestinamente en la Escuela de Artillería de Córdoba sorprendiendo en la

cama a su comandante, el coronel Turconi. Siete días después ese general asumía como presidente.

Desde el punto de vista militar, Lonardi no podía tener éxito. Pero un golpe de Estado es una cuestión política y secundariamente militar. Lo que en verdad sucedió es que el gobierno peronista implotó.

Alejandro Horowicz afirma que la clave de la derrota peronista hay que encontrarla en “su incapacidad para combatir fuera del hemiciclo parlamentario”.[243] A lo que nosotros agregaremos que esa incapacidad se debió a la burocratización de sus cuadros y estructuras. Claro que esto explica solamente el costado instrumental del derrumbe.

Es innegable que el golpe se debió menos a la voluntad de Lonardi y más a la decisión de Perón de no presentar batalla. Lonardi consiguió convencer al coronel Brizuela —a cargo de la Escuela de Infantería— y los rebeldes se hicieron fuertes en Córdoba y Cuyo. Así, lo que debía ser una rápida represión sin balacera, por la sola comparación del tamaño de las fuerzas rebeldes y las gubernamentales, se transformó en otra cosa. Es decir: los leales no tenían inconvenientes militares para reducir a la nada misma al tozudo Lonardi y obligarlo a rendirse. El dilema para ellos fue entonces: enfrentamiento con disparos y sangre o sumarse al golpe.

Algunos piensan que Perón no peleó porque no quiso cargar en su conciencia con un millón de muertos. Nadie puede saberlo: la conciencia de un individuo es inescrutable.

Pero fuera del individuo, en la sociedad, viendo las líneas que dibujan los intereses, lo que parece evidente es que las clases dominantes buscaban distribuir de otra manera la riqueza producida y acelerar las relaciones de dependencia con

los Estados Unidos. Para lo cual necesitaban romper el acuerdo policlasista y nacional que significaba el peronismo. Por eso se hizo el golpe que, es cierto, contó con la ayuda de la burocratización del peronismo y la defección de su líder. La defección del líder consistió en el reconocimiento de que el frente que lo sostenía se había roto. Juan Perón no iba a reprimir a su base social, pero tampoco estaba dispuesto a enfrentar a las clases dominantes.

El golpe del 55 no solo fue antiperonista sino antiobrero. Especialmente antiobrero. Toda vez que su misión fue desalojar a los trabajadores de cualquier posición de poder. Más aun: fue antiperonista porque fue antiobrero. Dicho de otra manera: la Libertadora llegó para resolver dos problemas: la clase obrera y Perón.

El Plan Prébisch alentaba el ingreso de capital norteamericano como deseaban los industriales concentrados al tiempo que permitía una redistribución del ingreso a favor de los terratenientes. La devaluación favorecía a los sectores agrarios porque aumentaba su poder de compra interno. Pero también al ampliar los saldos exportables por la drástica reducción del consumo, por la vía de la depreciación del salario. Las mayores exportaciones debían traducirse en más divisas para importar bienes para la industria.

¡Pero el plan no consiguió más divisas!

No se lograron más divisas por dos razones: el deterioro de los términos de intercambio y las restricciones impuestas por los países compradores a las exportaciones argentinas.

Consuetudinarios ardides imperiales.

En consecuencia, a pesar de la política devaluatoria, el plan no logró los resultados prometidos. Hubo déficit en la balanza comercial, las reservas declinaron y, como siempre, se acumularon deudas.

Sintetizando: si el peronismo buscó conciliar al sector industrial, al financiero y al terrateniente entre sí y con la clase obrera, la Libertadora expulsó del acuerdo a esta última.

Lonardi cambió a la mayoría de los jueces de la Corte Suprema, prometió elecciones a las que no les puso fecha y, mientras tanto, hizo arrestar a trescientos legisladores peronistas por traición a la Patria.

Súbitamente arrepentido, el almirante Alberto Tessaire —que un año antes había sido electo vicepresidente por el fallecimiento de Hortensio Quijano— abominó públicamente del peronismo. Tessaire filmó una declaración de doce minutos en la que leyó un documento contra Perón. La filmación fue exhibida en los cines. Tessaire fue juzgado, privado del grado y del uso de uniforme y permaneció encarcelado en la isla Martín García hasta 1958.

Mientras, el almirante Isaac Rojas presidió la Junta Consultiva donde estuvieron representados casi todos. Porque, convalidando el gobierno golpista por el que habían trabajado sin descanso, estaban Alicia Moreau de Justo, Oscar Allende, Américo Ghioldi[244], Nicolás Repetto, Horacio Thedy y Miguel Ángel Zabala Ortiz. Todos salvo peronistas y comunistas. (Y eso pese a todo lo que las huestes del tano Codovilla habían hecho a favor del golpe. ¡Qué desagradecidos!)

Se anularon los precios máximos de los productos de la canasta familiar al tiempo que se congelaron los salarios. Lonardi, que aparentaba estar despojado de un antiperonismo rabioso —y que algunos hasta hoy en día se empecinan en reivindicar— invirtió dramáticamente la distribución del ingreso nacional en

contra de los asalariados. Dicho de otra manera: en lo que a la economía se refiere no le preocupó aparecer como rabiosamente antiobrero.

Durante dos meses el ala liberal del Ejército buscó cambiar de bando o al menos inmovilizar a los coroneles nacionalistas. Cuando lo consiguió, el 13 de noviembre, el golpe se desembarazó de los nacionalistas católicos y echó por la puerta de servicio a Lonardi. Asumió la presidencia Pedro Eugenio Aramburu. Ahora habría, sin ninguna duda, vencedores y vencidos.

La CGT había buscado mantener las mejores relaciones posibles con Lonardi. “No queremos hacerle el juego al sector más gorila de las Fuerzas Armadas”, se justificaba. Pero el 14 de noviembre, ya con Aramburu en la Rosada, la Confederación llamó a un paro general. La huelga tuvo buen acatamiento entre la clase obrera industrial y escaso entre los trabajadores “de cuello duro”, aunque ellos también eran víctimas de la brutal licuación de los salarios. Decidido y libertario, Aramburu intervino la CGT y las organizaciones gremiales fueron asaltadas por los libertadores. Se exoneraron 62.000 militantes peronistas para garantizar la “libertad sindical”. Se trató de atomizar al movimiento obrero con la proliferación de los sellos de goma que supuso la nueva legislación, que permitía e impulsaba más de una organización gremial por rama industrial.

La actividad sindical de los trabajadores integra el organismo vivo de la producción. Por eso, eliminarla requiere establecer la lucha de clases en su punto más alto: la represión militar. Represión que no es gratuita y tiene sus contraindicaciones, ya que solamente es posible en ciertas coyunturas históricas y por un tiempo limitado. Por otro lado, la actividad sindical no solo es imprescindible para los trabajadores, también es requisito de la moderna actividad industrial para resolver instrumentalmente los conflictos entre el capital y el trabajo. Es decir: prohibir la actividad sindical por la vía del asalto a los gremios no supone, ciertamente, resolver la contradicción capital-trabajo, todo lo contrario, es explicitarla y poner al rojo vivo la lucha de clases.

En esas circunstancias la clase obrera comenzó la resistencia.

• • •

La noche del 22 de diciembre de 1955, un escuadrón de militares armados con ametralladores entra en el edificio de la CGT intervenida. Con valentía impar se enfrentan al enemigo que permanece quieto sin decir palabra. Con arrojo, secuestran el cadáver de Evita, que tampoco ofrece resistencia.

Está al mando el jefe de los Servicios de Informaciones del Ejército, el teniente coronel Carlos Eugenio Moori Koenig. Así narra los hechos Joseph Page: “Moori Koenig y sus hombres colocaron el cuerpo en un cajón común que fue ubicado en la cabina de un camión del Ejército. Cuando el oficial que estaba al frente de la base a la que pertenecía el vehículo tomó conocimiento del contenido de la carga, no quiso saber nada de participar en un asunto tan delicado y ordenó al chofer que sacara el cargamento de su jurisdicción. El vehículo, entonces, fue estacionado en un inconspicuo lugar del centro de la ciudad. La misteriosa aparición de una vela y un ramo de flores al pie del vehículo hicieron necesaria una nueva movida.”[245]

(Sobre Moori Koenig, las velas, el cadáver de Evita, la represión y el gorilaje, Guillermo Saccomanno escribió una excelente novela que invito a degustar, La lengua del malón.)

Como nadie quiere tener el cuerpo de Evita, el teniente coronel Moori Koenig lo coloca en una caja con la leyenda “Equipo de radio” que ubica en su oficina a la espera de que el gobierno decida su destino. En junio de 1956 el coronel Mario Cabanillas sucede a Moori, quien no le informa sobre el verdadero contenido de la caja. Dicen que Cabanillas lo descubre por casualidad y que resuelve deshacerse del cadáver. Pero lo más probable es que haya recibido la orden de

hacerlo desaparecer. Para eso monta una organización secreta que despacha los restos de la Abanderada de los Humildes hacia Europa.

---

242 Miguel Gazzera, Peronismo, autocrítica y perspectivas, Buenos Aires, Descartes, 1970, p. 64; también en Ernesto Sábato, El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo, Buenos Aires, s/ed., 1956, pp. 40-47; citado en Carlos Altamirano, "¿Qué hacer con las masas?", en Beatriz Sarlo, La batalla de las ideas, Buenos Aires, Planeta-Ariel, 2001, pp. 136-140.

243 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 163.

244 Américo Ghioldi (1899-1984), dirigente socialista, hermano de los militantes comunistas Rodolfo y Orestes Ghioldi. Fue director de La Vanguardia, concejal y diputado. Violento defensor de la Libertadora.

245 Joseph Page, Perón. Segunda parte (1952-1974), Buenos Aires, Javier Vergara, 1984, p. 105.

Y por fin el decreto 4161

El 5 de marzo de 1956, con indudable ánimo libertador, se prohíbe la utilización de imágenes, símbolos, signos, expresiones, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan carácter peronista. Casi nada.

El decreto 4161 considera “especialmente violatoria de esta disposición” la utilización de la fotografía retrato o escultura de Perón y sus parientes (por más abanderada de los humildes que fuese, o quizá justamente por eso). Además, caen en desgracia el escudo y la bandera peronistas.

En un ataque melodramático, el decreto prohíbe el mismísimo nombre de Juan Perón —a quien, para cumplir con lo que ordena, llama como “presidente depuesto”— y el de sus parientes. Prohíbe también las expresiones “peronismo”, “peronista”, “justicialismo”, “justicialista”, “tercera posición” y la abreviatura “PP”.

También destierra la exaltación de fechas obscenas como el 17 de Octubre y las composiciones musicales Marcha de los Muchachos Peronistas y Evita Capitana.

La resistencia es un movimiento espontáneo; no puede ser de otra manera porque carece de estructuras. Las autoridades partidarias no existen y los delegados gremiales han sido despedidos o están encarcelados. Pero, como el ingenio popular nunca descansa, la resistencia inventa: cambia de escenario. El barrio reemplaza a la fábrica. También substituye el instrumento y fue de las asambleas al “caño”.[246]

Para soldar definitivamente el ataúd donde se retorcerían los huesos del peronismo, para obstruir la más mínima posibilidad de retorno, para que se acabara “la leche de la clemencia” y se hiciera “lo que debía hacerse”, pagan con su vida los generales Juan José Valle y Raúl Tanco, el teniente coronel Oscar Cogorno y otros oficiales y suboficiales sublevados el 9 de junio de 1956. “En los basurales de José León Suárez, la policía bonaerense, a cargo del teniente coronel Desiderio Fernández Suárez le ordena al jefe de la Regional San Martín, comisario Rodolfo Rodríguez Moreno, que fusile a doce civiles, de los cuales siete logran huir, pero cinco mueren”.[247]

El general Valle escribe en su celda la víspera de su fusilamiento una carta al general Aramburu: “Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado. [...] Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto, y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria”.[248]

Américo Ghioldi dirá entonces:

Los hechos de la noche del sábado 9 y domingo 10, dentro de su inmensa tragedia, definen circunstancias y posiciones sobre las cuáles parece necesario detenerse a pensar hondamente. En primer lugar, es dato fundamental de los hechos acaecidos, la absoluta y total determinación del gobierno de reprimir con energía todo intento de volver al pasado. Se acabó la leche de la clemencia. Ahora todos saben que nadie intentará sin riesgo de vida alterar el orden porque es impedir la vuelta a la democracia. Parece que en materia política los argentinos necesitan aprender que la letra con sangre entra.[249]

---

246 Caño: bomba de fabricación casera.

247 María Seoane, “Últimos secretos de los fusilamientos de 1956”, Clarín, domingo 6 de junio de 2006.

248 Roberto Baschetti, Documentos de la resistencia peronista 1955-1970, volumen I, La Plata, De la Campana, 2012, p. 84.

249 La Vanguardia del 14 de junio de 1956.

El local de la calle Riobamba y las llaves de las Unidades Básicas

Volvamos a los días del golpe. John William Cooke, César Marcos y Raúl Lagomarsino se ponen a trabajar, primero en el local partidario de Riobamba y Cangallo, después en la clandestinidad. Para acceder al clima de ese momento, escuchemos a sus actores.

Esto diría años después Raúl Lagomarsino[250]:

El 16 de septiembre de 1955 el presidente del Partido de Capital era yo. Estaba intervenido desde junio por Cooke, a quien habían empezado a perseguir, y como supone que lo van a meter preso, me nombra a mí.

Guillermo Patricio Kelly, siempre informado no se sabe por quién, ese día vino a decir: “ojo que viene un golpe”. Estábamos en el único local del que disponíamos, uno de la Juventud en Charcas [hoy Marcelo Torcuato de Alvear] entre Rodríguez Peña y Callao, César [Marcos], Cooke y cientos de dirigentes de las Unidades Básicas. Vuelve Kelly y anuncia que ya vienen las tropas. Mirá: yo nunca entendí cómo pudo salir tanta gente por una sola puerta en tan poco tiempo. Quedamos cinco inconscientes. Venían las manifestaciones de gorilas desde el centro. El Gordo Cooke tenía una ametralladora, yo tenía un arma que le había robado a Rolando Lagomarsino[251]... preciosa. Un chico Peceiro tenía una pistola y César otras dos. Dijimos: nos vamos a defender.

¿Sabés quién nos salvó? La policía. El policía de la esquina, que me conocía porque yo vivía a dos cuadras. Si no, moríamos aplastados. Me llevó a mi casa.

Cuando llegué, estaban baleando mi dormitorio. Quedaron varios agujeros en la persiana. De casa me sacó un amigo de la facultad, Dixon, que vino con distintivo de comando civil. A él le impresionaba que yo estudiara Derecho siendo “doctor” [odontólogo]. Me llevó a su casa. En cuanto pude, me fui a Riobamba.

Teníamos un local frente a Noticias Gráficas, en la calle Riobamba, y ahí me instalo. Yo era la única figura porque rajaron todos los dirigentes. Cooke había pasado a la clandestinidad y me había dejado un manojo con miles de llaves, los duplicados de todas las Unidades Básicas. En esa época había una cada tres cuadras, con su televisor y su máquina de coser. Empecé a recorrerlas, habían desaparecido los dirigentes, los televisores y las máquinas de coser. No quedaba ni uno, ¡pero ni uno, eh! Se metieron debajo de la cama. César Marcos, Carlos Held[252], los que estábamos en la superficie y dábamos la cara éramos tres o cuatro.

Un día entró un hombre, se cuadró y me dijo:

—A sus órdenes, soy el coronel Gentiluomo. Soy peronista. Usted ordena. ¿Qué debo hacer?

¿Y qué podíamos hacer? Repartir carbonillas y tizas para escribir V.P. en las paredes. Ahí lo inventamos.

Todo lo que existe debe tener un nombre. Se llaman Comando Nacional Peronista, un sello de goma que debe transformarse en organización. Como hemos visto, De Frente abandona por esos meses aquel tono mesurado de falsa equidistancia y adquiere un nuevo estilo combativo. Sigamos el relato de

Lagomarsino:

El Comando Nacional se formó espontáneamente en la calle Riobamba, originariamente éramos César [Marcos] y yo, nada más. Después lo incorporamos a Cooke. A Cooke lo buscaban con lupa hasta que cayó preso. A este comando lo armamos para desplazar a toda la dirigencia traidora. Sólo Perón fue comunicado, en febrero.

Hasta entonces hicimos boletines informativos que distribuíamos por todo el país. ¡Llegó a ser una organización tan poderosa! ¡Más que la Iglesia! Ese documentito que discutía con César iba —eso le gustaba mucho a la gente— a X1, X7, A4... según la zona del país. Yo mandaba a Fulano a Gualeguaychú, por ejemplo, y le preguntaba quiénes eran de su absoluta confianza. Diez, me contestaba, uno en Colón, otro en... Iba inmediatamente a mi mapa. Llegué a distribuir 4500 boletines. Robábamos los sobres en Harrods.

El primer comunicado de los comandos nacionales después de la caída de Perón fue una declaración de principios. La frase era: La vuelta incondicional de Perón. Cuando nos cerraron Riobamba nos convertimos en prófugos. Primero me fui a Tucumán en un tren lechero, escondido entre los tachos de leche grandes y vacíos. No sabés lo monstruoso que fue el ruido de los tachos que se chocaban. Insoportable. Me movilizaba permanentemente. Fundaba comandos.[253]

Darío Alessandro tiene una visión más moderada sobre los comandos:

Había, al mismo tiempo, diversos hechos de resistencia y cada uno creía que todo giraba alrededor de él. Pero no había algo organizado. Existía el Comando Nacional creado por Cooke y nadie puede negar la voluntad de lucha y el espíritu de esos compañeros, pero creo que, a veces, se sobredimensiona su importancia en cuanto a su función de núcleo realmente centralizador.[254]

La clase obrera, pese a su fragmentada dirección, la precarización del salario y su desalojo político resiste con todas sus fuerzas: en 1956 las huelgas alcanzan a 5 millones de días laborables por trabajador, en 1957 a 3,6 millones, en el 58 a 6 millones y en 1959 a 11 millones.[255]

---

250 Declaraciones de Raúl Lagomarsino a Marta Cichero, citado en Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, pp. 141 y 142.

251 Rolando Lagomarsino fue presidente de la Unión Industrial Argentina, ministro de Industria y Comercio en el gobierno de Edelmiro Farrell, y secretario de Industria y Comercio con Perón. Nació en una familia de buena posición económica. Su padre fundó la empresa Lagomarsino, la primera fábrica de sombreros de hombre del país. Rolando Lagomarsino participó en el golpe de Estado de 1943. Su hermana, Lillian Lagomarsino, se casó en 1934 con Ricardo César Guardo, que apoyó a Perón en la campaña electoral del 46 organizando el Centro Universitario Argentino. Guardo fue electo diputado y luego fue presidente de la Cámara de Diputados.

252 Carlos Eugenio Held (1932-2004) estuvo detenido siete meses en 1956, primero en Coordinación Federal y luego en Caseros. Al salir, partió para Italia y Alemania, volviendo en diciembre del 58. Se incorpora al Comando Nacional Peronista, tomando parte de acciones clandestinas de acoso a la dictadura. Fue uno de los animadores de la campaña electoral en la provincia de Buenos Aires en 1962 que ganó Andrés Framini. En 1973 fue designado director de Turismo de la provincia de Buenos Aires por el gobernador Oscar Bidegain y permaneció en el cargo hasta enero de 1974. [Fuente: www.robertobaschetti.com]

253 Declaraciones de Raúl Lagomarsino a Marta Cichero en M. Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, pp. 142 y 143.

254 Declaraciones de Darío Alessandro a Liliana Meier en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010.

255 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 197.

Cárcel y fusilamiento

Como sabemos, a John le dan caza el 20 de octubre. Lo detienen en el departamento de José María Rosa, su antiguo profesor.

Serían las dos de la mañana —recuerda Rosa— cuando tocaron el timbre de mi departamento. Era Cooke. [...] Yo no tenía mucha relación con él, aunque algunas veces había venido a casa a consultarme temas históricos. [...] No podía entrar en el departamento que le facilitaron en el mismo edificio pues le dieron una llave equivocada. Recordó que yo vivía allí y venía a pedirme asilo. Obré como debe obrar un criollo. [...] Lo hubiese hecho aunque fuese mi enemigo y Cooke no lo era. Puse la casa a su disposición y a la mañana me fui a dictar cátedra a La Plata. Cuando regresé, me metieron preso porque la presencia de Cooke había sido detectada por la policía."[256]

A John lo trasladan a la penitenciaría de la avenida Las Heras[257]; allí comparte el encierro con Oscar Albrieu (exministro de Interior)[258], Alfredo Gómez Morales (exministro de Asuntos Económicos)[259], Alejandro Leloir (presidente del Partido Peronista), Raúl Mendé (exsecretario de Asuntos Técnicos) y el empresario Jorge Antonio[260]. Las condiciones de encierro son duras, pero un día Cooke consigue filtrar una carta. Era una carta para el general.

Marta Cichero en su notable Cartas peligrosas nos cuenta de la cárcel en la voz de los presos que entrevistó.[261]

OSCAR ALBRIEU: A fin de año liberaron a sesenta ex legisladores acusados de "traidores a la Patria", pero eran los parientes y amigos de los libertadores […] El 6 de enero hubo otra lista. Escuchamos los gritos: "¡Fulano!, con todo..." Así,

dieciocho. A otros nos llevaron a la cárcel de Ushuaia por orden de Rojas.

JORGE ANTONIO: Subimos a un DC3. Diez horas en aquella condenada máquina. Solamente hacia un lugar podíamos marchar: ¡Ushuaia! Durante el gobierno peronista se había suprimido el penal donde en los tiempos de la implacable oligarquía se enviaba a los condenados a cadena perpetua. El Sing argentino. [...] A mi derecha estaba Leloir.

[...] Quince días después de la llegada, los marinos resolvieron que debíamos afeitarnos. Así, un día aparecimos en la planta baja en un lavabo colectivo. [...] A mí me correspondió estar con Leloir, Gómez Morales, el ministro de Economía, Albrieu y Kelly. Nos miramos con curiosidad. Se diría que cada uno estudiaba en los demás el estado de ánimo. Los encontré más delgados. Nos dieron cinco minutos para afeitarnos, con hojas desafiladas y oxidadas y jabón de lavar la ropa.

GUILLERMO PATRICIO KELLY: Como a las tres de la madrugada, cuando soplaba un viento de película de terror, comienzo a oír gritos. Como si estuvieran torturando, golpeando a alguien. ¡Qué raro! —me dije—. ¿Cómo no soy el primero en esto? Y empecé a golpear la pared de Cooke. El Gordo entendió y abrimos las ventanas. Se podía usar el jarro de lata que nos habían dado como micrófono, dirigiendo la voz.

OSCAR ALBRIEU: Tan perversos eran esos tipos que sólo nos sacaban a la mañana para ir al baño, pero nos teníamos que lavar de un cañito con agua de deshielo, no nos encendían las estufas, nos dieron una colchoneta en vez de una cama. Hacía cuarenta grados bajo cero, no se podía abrir las ventanas porque entraba la nieve. Cerrados bajo cadenas y candados desde las nueve. Incomunicados cien días. Eran unos hijos de puta.

Jorge Antonio recuerda en su ¿Y ahora qué?262:

Sobre un camastro de hierro, corroído por el óxido, había una colchoneta y cuatro o cinco frazadas. [...] Una ventanita de cincuenta centímetros de alto por treinta de ancho, con barrotes alternados, era toda la comunicación con el exterior. [...] Nos dieron un poco de arroz hervido con carne de oveja negra y dura [...] en un plato con vestigios de todas las comidas servidas anteriormente, percudido por la grasa y la mugre. [...] Sólo el agua tenía un gusto maravilloso. Después supe que se debía a las propiedades radioactivas del lugar de dónde se extraía. [...] Casi todos perdimos peso de modo alarmante [...]. Creo que ninguno bajó menos de veinte kilos.

En Ushuaia los presos están en celdas individuales de algo más de un metro por dos, donde únicamente hay un catre. Ahí pasan toda la jornada, salvo un pequeño lapso de diez minutos en que los dejan salir a caminar de a uno. El frío del sur se filtra en las celdas y los cala hasta los huesos. Entones vienen los dolores. No pueden recibir alimentos, ni ropas, nada de nada de afuera. El único lujo consiste —diría años después Antonio Cafiero[263]— en seis cigarrillos que reciben por día. Los médicos del penal reconocen que el régimen es inhumano, informan a sus superiores sobre la peligrosa disminución de vitaminas que se advierte en los presos como consecuencia de la dieta, el encierro y la inmovilidad. Recién en abril de 1956 este régimen es atenuado.

• • •

Desde ese confín, John William Cooke realiza una proeza personal, consigue mandarle a Alicia una carta. Son líneas sin asomo de tragedia, casi diríamos con esperanza[264]:

Stupity:

Cuando Ud. llegó a lo de Palacio, con su sombrero coronado de flores de durazno (¿o eran jazmines?) me dio la sensación de un bello junco a la espera del vendaval que lo abatiese inmisericorde. Ud. me dirá, señora, que desde entonces han pasado diez años y, ¡ay!, muchos vendavales. No haga caso del almanaque, señora, que es una obra mezquina de los burócratas del Tiempo. Son otros equinoccios los que rigen para nosotros. Yo le voy a contar la verdadera historia, la auténtica y real.

De lo de Palacio fuimos a su casa, y hablamos de presidentes depuestos y de políticos, en la penumbra propicia de un crepúsculo de primavera. Comimos chez moi, usted leyó versos. Desde entonces, su adorable sonrisa de conejo iluminó mis felices noches de conspirador en desgracia.

Ud., señora, aprovechó para hacerme víctima de sus artimañas e insolencias: puso en duda mi indiscutido talento, mis virtudes para el mando y mi condición de jefe; creó serias dificultades a mi acercamiento con el sector femenino del Partido; y en suma, intentó tratarme como a otro de sus peleles. Ahora culmina sus desafueros apareciendo en mi celda, a las horas más intempestivas para intranquilizar mi reposo y turbar mis pensamientos. (No crea que me quejo, señora: Ud. sabe que nunca me quejo.)

Dicen que estoy por abandonar esta celda y me apresuro escribirle. ¿Por qué? ¡Ah señora! No es que no sepa que de Ud. se puede decir la frase del poeta: Qu’est-ce qu’il y a de plus changeant qu’un matin d’avril, si ce n’est que le cœur de mon amant (confío en que mi francés sea menos traicionero que Ud.). Pero eso no impide que yo tenga el deseo de verla caminar y moverse cerca mío, mientras su cara conejil se anima y profiere impertinencias, y los lugares van quedando contaminados con su coquetería insoportable.

Ya ve señora, qué humildes son mis anhelos. Venga verme. La llamo apelando a

los lazos indestructibles que unen a los conspiradores y a una relación de la cual lo menos que podrá decirse (en el peor de los casos) es aquella frase: questa é una piccola aventura, patética, milagrosa, e cuasi d'amore.

Cooke

P.D.: Esta carta la escribí un día en que me anunciaron mi libertad. La he dejado como estaba.

Otra vez Cooke.

Alicia recibirá la carta en la penitenciaría de mujeres de Olmos. La habían detenido a principios de diciembre, en la casa de su hermana Elsa. Primero la llevaron a la cárcel del Buen Pastor donde compartió la celda con la esposa de Alejandro Leloir y un par de meretrices. Después fue trasladada a la penitenciaría de Olmos, donde recibe la carta de Cooke. Allí están también Delia Parodi y el grueso de la rama femenina del Partido.

Las directivas de Perón

Mientras tanto, ¿qué hace el líder?

Descolgados todos los retratos del "tirano prófugo" de cuanta oficina pública hay en el país, y sacados los escudos justicialistas de las solapas de todos los sacos argentinos, el 1 de diciembre de 1955 escribe estas breves líneas bajo el título de "A todos los peronistas":

A todos los peronistas:

La disolución del Partido Peronista por decreto de la dictadura, no debe dar lugar a la dispersión de nuestras fuerzas.

Es necesario seguir con nuestras organizaciones, tanto las mujeres como los hombres peronistas deben seguir reuniéndose para mantener el partido. Cada casa de un peronista será en adelante una Unidad Básica del Partido.

La Confederación General del Trabajo y sus sindicatos atropellados por la dictadura deben proceder en forma similar.

Yo sigo siendo el jefe de las fuerzas peronistas y nadie puede invocar mi representación.

Si hay elecciones sin el peronismo, todo buen peronista debe abstenerse de votar. Esta es mi orden desde el exilio.

En el exilio, 1 de diciembre de 1955.

¡Viva el Peronismo!

¡Viva la CGT! [265]

Poco después, en enero de 1956, desde Panamá, Perón baja sus “Directivas generales para todos los peronistas”, completada con “Instrucciones generales para los dirigentes”. El justicialismo, dice, es una revolución social y los peronistas han cometido el error de creer que las revoluciones sociales pueden ser incruentas. Así que ahora van a remediar el error.

Optimista en el calor caribeño, Juan Perón piensa: “lo que no mata, fortalece”. Así, resulta que la tiranía es, ni más ni menos, lo que se necesita para salvar la revolución justicialista. Le dará vigor y la purificará. “Es una ‘poda’ —escribe— que nos devolverá la dinámica revolucionaria”.

Frente al fracaso de las “formas incruentas ensayadas”, los peronistas deben prepararse para una “revolución social de proporciones definitivas”, que realizará sus objetivos mediante la lucha activa hasta el total desarme de la reacción y su extinción absoluta.

La tarea de la hora es organizarse en la clandestinidad y el sistema utilizado será el celular. Como las masas han superado a los antiguos dirigentes, es la hora de los nuevos. Nuevos dirigentes surgidos espontáneamente de las masas cuya autoridad se reafirmará en los hechos. Dicho de otra manera: repudia a los que hablan con la dictadura, repudia a los que hablan con Bengoa, y repudia a los que negocian puestos en los gremios a costa de la lucha de las masas.

En caso de elecciones, si el Partido Peronista es declarado fuera de la ley, con orgullo los peronistas votarán en blanco o en una boleta que dijese “asesinos”. La orden es crear y mantener el contacto.

Nadie que sea peronista debe permanecer aislado y debe agotar todos los medios para unirse al Movimiento. [...] Trabajar incansablemente por la causa común es la misión de cada peronista en esta hora de prueba: cada CASA debe ser una UNIDAD BÁSICA SECRETA y cada peronista un jefe y un vigía del Movimiento.

La única línea posible es la intransigencia, porque es la única línea que conecta al líder con la resistencia de la clase obrera. La clase obrera vuelve a ser, como el 17 de Octubre, la garantía de vida del peronismo.

Perón también divulga las “Instrucciones generales para los dirigentes peronistas” del Comando Superior Peronista. El imperativo de la hora es terminar con la dictadura. Para ello, el Comando Superior ordena una lucha sin cuartel donde cada uno hace lo que puede para causarle daño a la dictadura.

“Todo sirve: desde matar a un ‘gorila’ por cualquier medio, hasta murmurar en rueda de amigos.” Cada uno debe aguzar el ingenio, por ejemplo, “se puede trabajar aun cuando se duerme, si se tiene la precaución de dejar la canilla abierta”.

Mientras tanto el Partido Peronista debe formar sus nuevos cuadros por el sistema celular, igual que la CGT y los sindicatos disueltos. Pero todo debe ser secreto.

Cuando la resistencia civil haya desgastado al gobierno y la organización clandestina del pueblo esté pronta, se desatará la huelga general revolucionaria, cesando toda actividad en el país hasta que la canalla dictatorial abandone el gobierno. El paro general revolucionario presupone un trabajo intenso para producirlo y una organización férrea para mantenerlo, recurriendo a todos los medios.

Ningún gobierno puede resistirlo mucho tiempo. Cuando el paro no es firme y total, permite al gobierno ir “doblando” la resistencia de algunos y, paulatinamente, ir anulando la resistencia. Por eso la apreciación sobre la oportunidad de la huelga y la conducción en el propio teatro de operaciones, debe ser realizada por agentes activos y capaces. Lanzar el paro y fracasar, es perder la batalla.

Sobre esta última idea girará buena parte de las discusiones de la resistencia, cuándo es el momento de lanzar el paro revolucionario porque, es cierto, fracasar en ese paro es perder la batalla.

Después habla de la guerra de guerrillas:

Para afirmar el paro general, es menester disponerse a desatar la guerra de guerrillas. El guerrillero ataca cuando es fuerte y desaparece frente a fuerzas superiores. Ataca por sorpresa, empleando la astucia. La rapidez en la movilidad es su característica. La tiranía debe verse atacada por un enemigo invisible que la golpea por todas partes, sin que ella pueda encontrarlo en ninguna. Contando con el apoyo de la población, la guerra de guerrillas es invencible.

Y finalmente las acciones especiales, la intimidación.

El dominio por el terror es propio de los que temen al terror. La organización por el gobierno de su cuerpo de “gorilas” ha tenido por objeto aterrorizar a la población. Estos “gorilas” y los que los mandan son cobardes, porque sólo los gorilas asesinan a gente indefensa, enemigos vencidos o prisioneros. Es necesario reaccionar y matarlos. Hay que hacerles sentir el terror. Es necesario individualizarlos y hacerlos conocer públicamente por medio de panfletos, señalando el lugar donde viven, para que se les prepare el fin que merecen. La violencia más grande es la regla. No es sólo cuestión de patriotismo, sino de defensa propia. Hay que organizarse en grupos secretos para exterminarlos. Hay que buscar lo efectivo y no lo espectacular, recordando que un “gorila” quedará tan muerto mediante un tiro en la cabeza, como por efecto de un “accidente”.

Termina con una consigna: “El terror como sistema permanente conduce a la insurrección general”.

Firma y ordena: “Cumpla, donde y como pueda, las presentes instrucciones. Saque copias y hágalas circular”.

---

256 Pablo José Hernández, Conversaciones con José María Rosa, Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1978, p. 130; extraído de Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010.

257 La Penitenciaría Nacional, dependiente del Servicio Penitenciario Nacional, estaba ubicada en la avenida Las Heras (Buenos Aires). Fue inaugurada en 1877 y demolida en 1962.

258 Oscar Albrieu (Chilecito, provincia de La Rioja, 1915-Buenos Aires, 1992) ministro de Interior en 1955. Fue elegido diputado nacional por la provincia de La Rioja por la Unión Cívica Radical Junta Renovadora. Volvió a ser elegido diputado nacional en 1952; durante su gestión fue presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales, de la de Revisión de decretos de leyes y la comisión redactora del Segundo Plan Quinquenal.

259 Alfredo Gómez Morales (Buenos Aires, 1908-Buenos Aires, 1990) ex ministro de Asuntos Económicos. Contador Público Nacional y Doctor en Ciencias Económicas, graduado en la Universidad Nacional de Buenos Aires. De larga trayectoria en la función pública, donde desempeñó importantes cargos. Ministro de Finanzas (1949-52). Presidente del Banco Central de la República Argentina (1949-52 y 1973). Ministro de Asuntos Económicos (1952-55) y ministro de Economía (1974-75).

260 Jorge Antonio Chibene (Buenos Aires 1917-2007), empresario amigo de

Perón. Hijo de inmigrantes sirios que llegaron en el siglo XIX, pasó su infancia en Uruguay, retornando a su país a los 17 años. Se desempeñó como enfermero en el Colegio Militar de la Nación en 1942 y tras trabajar en varias empresas, llegó a dirigir la General Motors y la Mercedes Benz de Argentina.

261 Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 191 en adelante.

262 Jorge Antonio, ¿Y ahora qué?, Buenos Aires, Verum et Militia, 1983.

263 Antonio Cafiero, Cinco años después, apéndice, Ed. Buenos Aires, 1961, p. 401; en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 68.

264 John William Cooke, Obras completas, tomo II, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, p. 11.

265 Roberto Baschetti, Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970 Vol. 1, Campana de Palo, La Plata, 2012, p. 67.

Otro traslado

En mayo se produce el milagro: Cooke es trasladado a Buenos Aires, a la cárcel de Caseros, junto a Albrieu y Leloir.

“John vivía para ‘la cosa’ —diría Darío Alessandro—. En la cárcel, dormía de día y hacía política de noche. Ahí, en Caseros, teníamos un régimen relativamente abierto y él aprovechaba para recorrer de noche los pabellones, hablando con uno y con otro, de los que él sabía que eran luchadores probados.”[266]

Una de las diferencias entre Ushuaia y Caseros es que aquí John encuentra a los cuadros medios y a los activistas. Una geografía humana propicia para él.

Parece que vienen mejores tiempos.

Pero el 2 de junio son detenidos César Marcos y Raúl Lagomarsino, que días antes se han visto con el general Valle, sin llegar a un acuerdo.

El coronel González, segundo de Valle, me mandó llamar por intermedio de un tío. Nos llevaron a César y a mí en uno de esos taxis Mercedes Benz negros, con los ojos vendados, y me di cuenta de que nos esperaban en un conventillo del Viejo Palermo. Estaban [José] Irigoyen y [Juan José] Valle. Iba a haber un golpe. Querían que nuestros comandos lo apoyaran, se unieran, tuvieran misiones.

—Perón no se puede nombrar en las Fuerzas Armadas —dijo Valle.

Que él era peronista, pero el nombre de Perón era irritativo. En una palabra, era cambiarlo a Aramburu por él.

Lo miré a César y le dije:

—General, ojalá triunfen, pero no cuenten para nada con nosotros. No estamos en un golpe cuyo fin no sea la vuelta incondicional de Perón.

Y nos volvió a llevar González en ese cachivache. En el viaje se dio vuelta para mirarnos a César y a mí, que estábamos atrás, y nos dijo:

—Ustedes se lo pierden, porque si hubieran aceptado podrían acceder a un ministerio.

César lo agarró del cuello y le dijo:

—Pará acá, hijo de puta. ¿Qué te pensás? ¿Que nosotros estamos en esto por un cargo de subsecretario?[267]

Marcos y Lagomarsino son llevados al Arsenal Naval y por largos días no se conoce su paradero. El 9 de junio se produce el levantamiento de los generales Juan José Valle y Raúl Dermirio Tanco.[268] Cooke y varios presos son sacados la mañana del día 10 de la cárcel. Así lo recuerda Albrieu[269]:

Cuando el levantamiento de Valle nos sacaron de Caseros un Zuberbuller, un Sáenz Valiente y un Peraso Naón y nos llevaron a la Escuela de Mecánica del Ejército en la calle Pichincha a fusilarnos. Pero el coronel que estaba a cargo de la Escuela no quiso hacerlo sin una orden superior. Nos tuvieron desde las 11 de la mañana hasta la 6 de la tarde en el paredón (un día de mucho frío) a Leloir, el negro Benítez, Rocamora, Cooke y dos o tres muchachos de la Alianza.

—Y vos, ¿con ese nombre querés trabajar de nacionalista? ¿Con esa panza querías ser dirigente político? —se burlan de Cooke mientras esperan la orden de fusilamiento.

A algunos el poder les despierta el humor.

La noche del 11 de junio, ya a salvo, John lee La Razón en su celda. El jefe civil del golpe de Valle —informa el diario— ha sido Raúl Lagomarsino, con el apoyo de un comando dirigido por un exsuboficial llamado César Marcos, para entonces ya fusilado.

Sus dos amigos han muerto, lo aprisiona la congoja. Pero no por mucho tiempo, pues pronto se sabe que la noticia es falsa. Marcos y Lagomarsino están presos, pero vivos.

---

266 Declaraciones de Darío Alessandro a Liliana Meier, en Cooke, de Perón al Che, Norberto Galasso, Ediciones Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2010, p. 73.

267 Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 143.

268 Raúl Dermirio Tanco (Nueve de julio, provincia de Buenos Aires, 1905-Buenos Aires, 1977) acompañó como segundo jefe a Juan José Valle en el alzamiento militar del 9 de junio de 1956. Tras el fracaso, obtuvo asilo en la embajada de Haití. Pero fuerzas militares, violando la inmunidad diplomática, secuestraron a los asilados y golpearon a la esposa del embajador, a la que un oficial calificó de "negra de mierda". La airada protesta del embajador hizo devolver los asilados. [Ricardo Marconi, Conspiración comunicacional de gobiernos de facto. El miedo como construcción mediática, Universidad Nacional de Rosario. p. 87.]

269 Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 194.

La correspondencia entre Perón y Cooke

Gran parte de la historia de la resistencia y de la actuación que en ella tendrá Cooke se encuentra en la correspondencia que sostiene con Perón entre 1956 y 1958. Para este trabajo, las referencias y extracción de fragmentos de las cartas entre Juan Perón y John William Cooke corresponden a la edición compilada por Eduardo Luis Duhalde.[270] [271]

Si fueron o no sinceros, si la correspondencia alberga las enseñanzas del oficio del conductor, es materia opinable. Menos controversial es el periplo que define, que va desde el punto culminante del 2 de noviembre de 1956, en que Perón unge a Cooke como su delegado y heredero; hasta el final y absoluto silencio de un líder ajeno durante los años sesenta.

Queremos agregar que lo “no explicitado” no lo fue por casualidad ni por pereza, sino por una voluntad inteligente y razonada. Y que tal indefinición lo fue por ambas partes. Porque Cooke prolongó esa no explicitación mientras fue un enclave, y recién propondrá y exigirá definiciones drásticas cuando el mundo peronista ya tiene a la vista la profundidad de sus diferencias; o sea, cuando el movimiento lo ubique fuera de los lindes de su territorio ideológico.

Hay que notar que la correspondencia no fue solamente un cambio de ideas. Un texto de Perón era un documento que Perón sabía que Cooke iba a usar mostrándolo u ocultándolo. Y aquí se abre un mar imposible que quizá solo los argentinos podamos atisbar: lo apócrifo. Perón escribió cartas simétricamente opuestas a otros dirigentes. Entre las que decían blanco y las que decían negro corrían, paralelas, de norte a sur, otras cartas que nunca había escrito: las apócrifas. Lo que para algunos era la directiva de Perón, para otros no era más que el ardid mentiroso del supuesto receptor, al que se calificaba de traidor o infiltrado.

El juego de Perón de ser el “padre eterno” con sus bendiciones urbi et orbi multiplicó la confusión (y la consiguiente no explicitación) hasta el infinito.

La correspondencia entre Juan Perón y John William Cooke definirá, dentro de estos límites y salvedades, a la resistencia. Navegará entonces desde una insurrección sin fecha hasta el secreto a voces del pacto imposible con Frondizi.

También puede verse la correspondencia como una multiplicidad de combates, o como la infinita complejidad del combate entre el peronismo y la oligarquía. Combate este que encierra, como en una encrucijada inevitable, otro combate: el interno del peronismo. Ahí están las diferentes líneas: los intransigentes, los blandos, los del peronismo sin Perón y los ultraintransigentes, la línea diamante.

La correspondencia en su primera etapa, concretamente hasta que John William Cooke entra clandestinamente al país desde Montevideo para dirigir la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, ajetreará cárceles, exilios y clandestinidades.

---

270 John William Cooke, Obras completas, tomo II, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007.

271 Eduardo Luis Duhalde (1939-2012), abogado, juez, historiador, editor y periodista fue secretario de Derechos Humanos de la Nación. A principios de los años sesenta, junto a Rodolfo Ortega Peña, actuaron como defensores en causas que involucraban a militantes políticos tanto de las organizaciones de extracción peronista, FAP, Montoneros, como del ERP y FAR. Durante los años 73 y 74 dirigieron la revista Militancia Peronista. En 1976, la dictadura terrorista dispuso su captura, por este motivo se exilió en España,

donde organizó la Comisión Argentina de Derechos Humanos. Retornó al país en 1984; fundó el Instituto de Relaciones Internacionales y la editorial Contrapunto. A finales de los años ochenta, dirigió el diario Sur. Se desempeñó como juez de cámara hasta 2003, cuando, durante el mandato de Néstor Kirchner, presidió la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación. Continuó en ese cargo durante los mandatos de Cristina Fernández hasta su muerte. Ha sido consultor de Derechos Humanos de las Naciones Unidas y autor, entre otros trabajos, de El Estado terrorista argentino y El asesinato de Dorrego. Poder, oligarquía y penetración extranjera en el Río de la Plata.

Entre Valle y el caos

Las primeras cartas que se conservan son de Perón y están, ambas, fechadas el 12 de junio de 1956. Ya se carteaban hacía meses, pero, lamentablemente, la correspondencia anterior se ha perdido. Eduardo Luis Duhalde, el compilador de la correspondencia publicada en 2007, supone que tal ausencia se debe a las duras condiciones carcelarias que padecía Cooke.

No sabemos, por ende, si el inicio de la relación epistolar fue antes o después de que Perón afirmara, en su "Carta a todos los peronistas", que la disolución del partido no debía dar lugar a la dispersión de las fuerzas, que cada casa de un peronista sería una unidad básica, que seguía siendo el jefe de las fuerzas peronistas y que nadie podía invocar su representación.

Uno: si nadie puede invocar su representación quiere decir que muchos lo hacen. Dos: si llama a que cada casa fuera una Unidad Básica quiere decir que no cuenta con ninguna estructura, ni legal ni ilegal.

En una de las cartas fechadas el 12 de junio de 1956, Perón hace un ácido comentario sobre el levantamiento del general Valle producido tres días antes.

El golpe militar frustrado el 10 de junio es una consecuencia lógica de la falta de prudencia que caracteriza a los militares. Ellos están apurados, nosotros no tenemos por qué estarlo. Esos mismos militares que hoy se sienten azotados por la injusticia y la arbitrariedad de la canalla dictatorial, no tenían la misma decisión el día 16 de septiembre, cuando los vi titubear ante toda orden y toda medida de represión a sus camaradas que hoy los pasan por las armas. (El destacado es de D. S.)

En la otra carta, Perón le dice a Cooke:

El fracaso de la asonada del 10 de junio ha sido la consecuencia del criterio militar del cuartelazo. Los dirigentes de ese movimiento han procedido hasta con ingenuidad. Lástima grande que se haya comprometido inútilmente la vida de muchos de nuestros hombres, en una acción que, de antemano podía predecirse como un fracaso. Yo vengo repitiendo, a los mismos peronistas precipitados, que no haremos camino detrás de los militares que nos prometen revoluciones cada fin de semana.

Las revoluciones prometidas incluyen tanto al general Valle, que acaba de pagar hace tres días con su vida el levantamiento, como la demorada asonada del general Bengoa[272], con quien la dictadura supo ser más benévola. Lo alejó del gobierno tras la caída de Lonardi y le ofreció un cargo diplomático con tal de que se alejara del país; Bengoa no lo aceptó y desde febrero estaba confinado en la localidad de El Bolsón. Esos movimientos no se hacen para reponer a Perón sino, como expresó Lagomarsino, para reemplazar a Aramburu por Valle, en un caso, por Bengoa en otro.

Sigamos con la primera de las cartas:

Qué fe puedo tener yo en la acción de esos militares que no supieron cumplir antes con su deber jurado. Si ellos hacen ahora algo es porque están enconados con sus ex camaradas que los expulsaron del Ejército, cosa que ellos no esperaban. Si yo no me hubiera dado cuenta de la traición y hubiera permanecido en Buenos Aires, ellos mismos me habrían asesinado, aunque solo fuera para hacer méritos con los vencedores.

"Ellos mismos me habrían asesinado, aunque solo fuera para hacer méritos con los vencedores." El peronismo vistió a Valle, Tanco y los demás sublevados con ropas de héroes. Horas después de haber sido sacrificadas sus vidas, Perón no es de la misma opinión.

Yo no he querido decir la verdad de por qué [durante el golpe] no se accionó decididamente contra los rebeldes de Córdoba y Bahía Blanca. Tanto Lucero[273] como Sosa Molina[274] se opusieron terminantemente a que se les entregaran armas a los obreros; sus generales y sus jefes defeccionaron miserablemente, si no en la misma medida que en la Marina y en la Aviación, por lo menos en forma de darme la sensación que ellos preferían que vencieran los revolucionarios (sus camaradas) antes que el pueblo impusiera el orden que ellos eran incapaces de guardar e impotentes de establecer. El propio jefe de operaciones de Lucero era un traidor que estaba saboteando la conducción de la represión. Los revolucionarios lo nombraron después jefe de las tropas blindadas.

Perón acusa a los generales Lucero y Molina de no querer armar a los obreros, como en su momento había pedido el mismo Cooke. La acusación es discutible, ya que eran sus ministros y por tanto funcionarios bajo su autoridad y poder. Es claro que Perón tampoco estuvo de acuerdo con milicias obreras.

Yo no acuso de traidores a mis ministros que fueron fieles, pero sí los acuso de haberme impedido de usar al pueblo para mi defensa.

Es el reconocimiento de Perón de que solamente la clase obrera estaba dispuesta a sostenerlo.

Ahora bien, ¿piensa Perón que miles de obreros sin instrucción hubieran frenado el golpe?

Es seguro que no. Este escriba cree que era imposible frenar ese golpe con armas en manos inexpertas. Pero entre la opción heroica y no presentar batalla alguna había otras, como movilizar a los trabajadores. Generar una masiva movilización del único sector social que aún le permanecía fiel. Reunir millones en las plazas y organizarlos para la resistencia civil. Hacerle ver a la derecha golpista que en caso de golpe tendrían en sus manos a un país paralizado y una producción saboteada por trabajadores perfectamente organizados.

Hay una cosa que la derecha temió siempre: las masas movilizadas.

Cuando décadas después se produjo el levantamiento carapintada contra el presidente Alfonsín, este hizo bien en impedir que la masa fuese a Campo de Mayo —donde Aldo Rico se había acantonado en la Escuela de Infantería—, pero mal al afirmar que la casa estaba en orden y desmovilizar a la masa que se había pronunciado unánimemente en contra de los sublevados. Son errores o defecciones que siempre se pagan.

Por otro lado, más allá de los burócratas uniformados Lucero y Sosa Molina, y los generales y jefes que “defeccionaron miserablemente”, Perón se rindió ante el Ejército cuando esa fuerza le mostró que no estaba dispuesto a defenderlo. No por lo menos a costa de sangre militar. Sangre que a su vez se había transformado en necesaria cuando el tozudo Lonardi decidió no rendirse. Fue entonces cuando él, Juan Perón, decidió no resistir. Es decir, Perón no apeló a la clase obrera, a la base social de su movimiento, sino que, cuando evaluó que no contaba con el Ejército —ya que los “fieles” no reprimían a los sublevados— resolvió que el ciclo de su gobierno estaba terminado.

Usted imaginará querido amigo cuánta amargura hay en todos mis recuerdos. Esos pillos, que se hacen llamar camaradas, son cualquier cosa menos eso. Yo no tengo más camaradas que los hombres del pueblo que están dispuestos a todo

sacrificio por servirlo. Mis camaradas son ustedes. (El destacado es de D. S.)

En la segunda carta del mismo 12 de junio, dice que hace meses ha dado instrucciones sobre el camino a seguir: la “resistencia civil”. Que los golpes militares no interesan al peronismo. Que la única solución está en la voluntad del pueblo y que para ello hay que recurrir a las fuerzas del pueblo y no a las militares. Afirma que la acción de las fuerzas del pueblo son las operaciones de resistencia y no los golpes de Estado. Y que la de ellos es una revolución social, un tipo de revolución que siempre ha partido del caos.

En consecuencia, nosotros no debemos temer al caos sino provocarlo, teniendo la inteligencia de prepararnos para dominarlo y utilizarlo en provecho del pueblo.

No a los golpes militares y sí a la resistencia civil, que es caos y preparación de la insurrección. Amante de la historia y anticipador de conflictos futuros asegura que:

[…] en esta segunda mitad del siglo XX, se está gestando y consolidando la ideología que ha de presidir al siglo XXI, que va afirmándose en las “Democracias Populares” y en repudio de las “Democracias Imperiales”. En estos cincuenta años que quedan del siglo XX se han de afirmar “las horas de los pueblos” mediante revoluciones sociales. Las haremos nosotros o las hará el comunismo.

“Las haremos nosotros o las hará el comunismo”, o sea: somos imprescindibles. Y luego, yendo a la arena de lo concreto:

Nuestro camino es simple: organizarnos concienzudamente en la clandestinidad. Instruir y preparar a nuestra gente, con todo el tiempo que sea necesario para los fines que nos proponemos, agruparnos en organizaciones disciplinadas y bien encuadradas por dirigentes capaces, audaces y decididos, que sean respetados y obedecidos por la masa, planificar minuciosamente la acción y preparar adecuadamente la ejecución mediante ejercitaciones y “gimnasia” permanente. Si para ello es necesario utilizar al Diablo, recurrimos al Diablo oportunamente. Para esto el Diablo está siempre preparado.

Imaginemos la alegría de Cooke al leer en la carta de Perón: “dirigentes capaces, audaces y decididos, que sean respetados y obedecidos por la masa”. Mil años antes, el 17 de junio del 54, De Frente había alertado sobre los nuevos dirigentes que, recién llegados a las direcciones gremiales, descubrían un nuevo mundo (para ellos). Y que a medida que lo descubrían perdían el poco o mucho arraigo que habían tenido en la masa.

De ahora en adelante hay que organizar la lucha integral por todos los medios. Cada hombre, cada entidad, cada gremio, cada organización debe tener por finalidad la lucha. Por eso es necesario que la lucha sea básicamente de guerrillas. La fuerza de la reacción no debe encontrar nunca dónde golpear, pero debe recibir todos los días y todo el día impactos de la resistencia. Hay miles de formas de combatir en la clandestinidad sin ofrecer blanco.

La RESISTENCIA es una lucha intensa diluida en el espacio y en el tiempo. Ella exige que “todos”, en “todo lugar y momento” se conviertan en combatientes contra la canalla dictatorial que usurpa el Gobierno.

El epílogo de este drama que vive el pueblo argentino es el caos del cual solamente pueden salir soluciones definitivas. [...] El caos será la hora del pueblo, porque destruida la fuerza y disperso el gobierno, todo quedará en sus manos. Habrá llegado la hora de la justicia.

Para ello hay que dedicarse a la resistencia. Mientras esta se realiza, las fuerzas populares deben prepararse para la segunda acción: la paralización y el derrumbe. (Las mayúsculas son del original.)

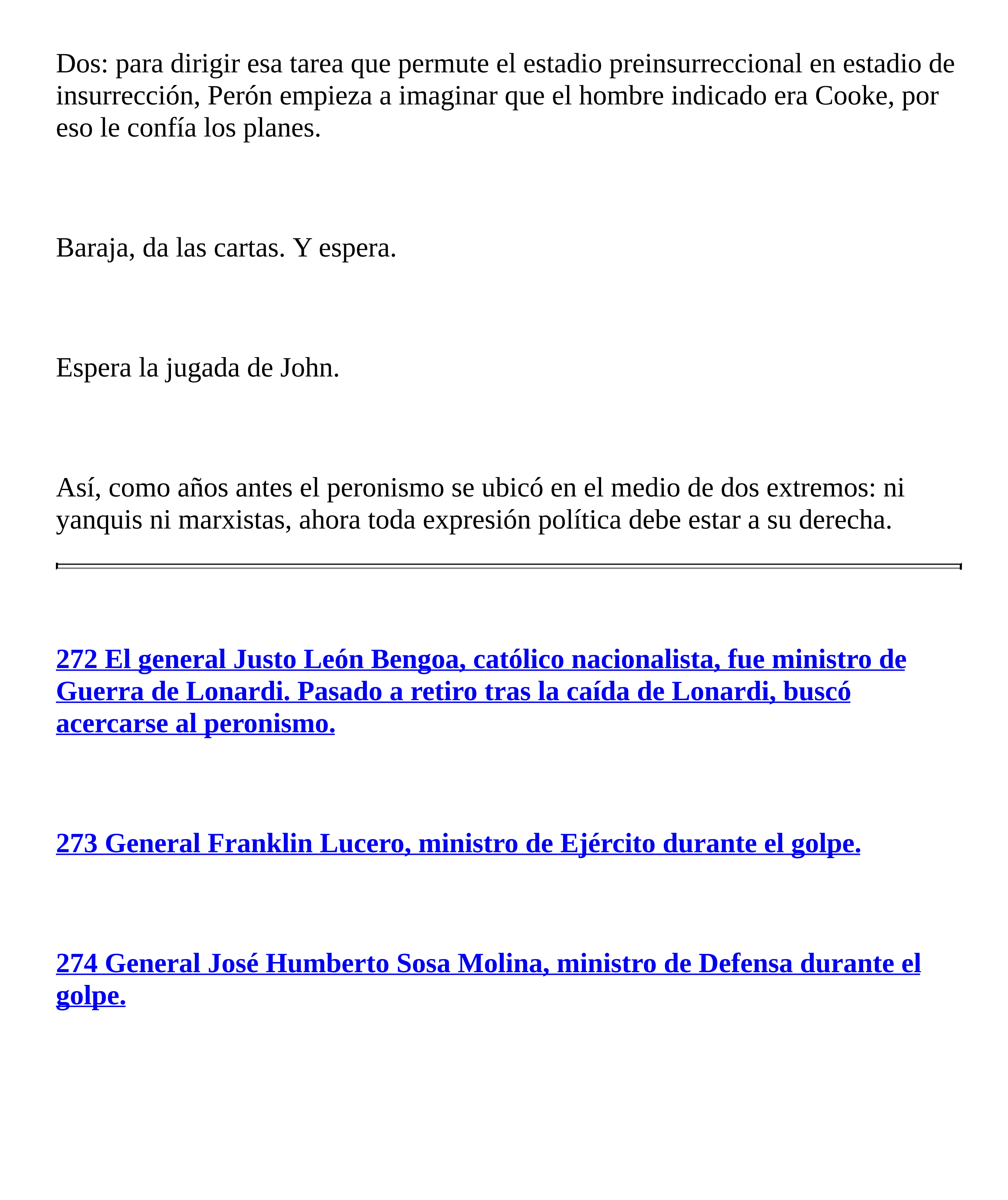
La paralización y el derrumbe equivalen a la insurrección.

La resistencia no depende en sus resultados de realizar grandes acciones de sabotaje, sino miles de acciones de todo tipo realizadas por todos individual y colectivamente. Es la suma de millones de pequeñas cosas en todo el territorio del país y en todas sus actividades, lo que hará realmente efectiva la resistencia.

[...] la clase proletaria, que es la preferentemente perjudicada en este caso, optará por la ruina de todos si ve que no puede evitar su ruina. Es precisamente allí donde hay que hacer hincapié. Cuando gozamos, lo hicimos todos, ahora que hay que sufrir, suframos también todos. Este ha de ser el slogan.

Perón sabe que los dirigentes peronistas más importantes lo han abandonado, que han tratado sin éxito de negociar con Lonardi. No puede confiar en ellos. Entiende que hay que reorganizar desde las bases y decide dos cosas que están relacionadas.

Uno: impulsar las acciones de resistencia, sabotajes, disminución de la producción y huelgas. Reclutar a los peronistas más combativos, organizarlos en comandos, y hacer acciones intensas, pero “diluidas” en el tiempo —o sea continuas— y en todo el país. Estas acciones deben provocar el caos preinsurreccional.



Dos: para dirigir esa tarea que permute el estadio preinsurreccional en estadio de insurrección, Perón empieza a imaginar que el hombre indicado era Cooke, por eso le confía los planes.

Baraja, da las cartas. Y espera.

Espera la jugada de John.

Así, como años antes el peronismo se ubicó en el medio de dos extremos: ni yanquis ni marxistas, ahora toda expresión política debe estar a su derecha.

---

272 El general Justo León Bengoa, católico nacionalista, fue ministro de Guerra de Lonardi. Pasado a retiro tras la caída de Lonardi, buscó acercarse al peronismo.

273 General Franklin Lucero, ministro de Ejército durante el golpe.

274 General José Humberto Sosa Molina, ministro de Defensa durante el golpe.

La prehistoria del Pacto

A Cooke lo trasladan. Otra vez. Ya es reconocido como organizador de la resistencia y los carceleros toman represalias. Ahora, nuevamente, está en Ushuaia. El invierno empeora las ya duras condiciones de la primera estadía. También se encuentran Albrieu, Cámpora, Leloir, Jorge Antonio y Kelly. Pasan las noches despiertos jugando a la canasta, después duermen hasta bien entrada la tarde, se levantan, y esperan la llegada de la comida que les manda la mujer de Jorge Antonio. Según Kelly —a quien junto a Cámpora le habían hecho un simulacro de fusilamiento—, Leloir permanece deprimido.

Perón, mientras tanto, deja Panamá, país al que llegó en noviembre del 55 y en el que conoció a Estela Martínez, cuyo nombre artístico era Isabel, y desde agosto se encuentra en la ciudad de Caracas.

El 14 de septiembre, a un año del golpe, Perón le envía una carta al padre de John, Juan Isaac, en la que se muestra alarmado por la suerte de John.

Usted sabe que su hijo es el único hombre del movimiento que tiene documentos míos que lo autorizan a proceder en mi nombre y representación en cualquier momento. Siempre he pensado si no le habrán secuestrado esos documentos y a eso obedece la persecución despiadada de que es objeto. (El destacado es de D. S.)

Ya es, aunque inoficiosamente, su delegado. Para ser su heredero aún falta un mes y medio.

Por lo demás, deja claro —consideremos que sus cartas serían usadas políticamente, especialmente estas líneas tan contundentes— que John es una pieza clave en su estrategia.

De esa misma fecha —14 de septiembre— es una carta que Perón le manda a John. Comenta una anterior del presidiario y le escribe:

Su nueva carta y sus impresiones e ideas referentes a la situación que vive el país las comparto en absoluto, más aún, las firmaría yo mismo. [...] Si las vicisitudes que soporta no han podido doblegar su espíritu, es porque usted es invencible.

Después le dice que Bengoa representa las tendencias conservadoras, nacionalistas y clericales. Que quiere hacer una revolución a los gorilas para poner un personero y, mediante el fraude o el engaño, hacerse elegir presidente constitucional. También que habían hecho circular una carta apócrifa atribuida a él, en que lo apoyaba.

Esta carta del 14 de septiembre del 56 da cuenta, por primera vez, sobre la intención de los radicales de Frondizi de acordar con el peronismo proscripto.

Los radicales, al darse cuenta que, en cuestión de elecciones, no se puede hacer un guiso de liebre sin liebre, es decir sin el Pueblo, trataron por todos los medios de sacarnos la masa, aun recurriendo a los más diversos arbitrios, pero, defraudados en sus esperanzas, recurren al último medio: buscar tener una entrevista conmigo a fin de llegar a un pacto mediante una fórmula mixta radical-peronista (Frondizi-Conte Grand) para lo cual me han tanteado con mano lerda en dos ocasiones. La primera fue hace algunos meses, en que vino a Colón el ex embajador Insausti, para ver si yo entraría en conversaciones con Frondizi: mi respuesta fue: según de qué se tratara. La segunda me llega por un conducto similar para ver qué diría yo de una entrevista en Caracas con Frondizi y

Rodríguez Araya. No he contestado aún, pero la contestación será la siguiente: que ellos, que se tratan con la canalla dictatorial a quien han apoyado hasta ahora, deben gestionar que usted vuelva a Buenos Aires y sea puesto en libertad y que ellos trataran con usted, en quien delego toda mi representación y autoridad al efecto. (El destacado es de D. S.)

En quien delega toda su representación y autoridad.

El heredero

Hay hechos que como interesan son noticias, y hay noticias que transforman un mundo. Tal fue el caso de la comunicación que Perón hace el 2 de noviembre de 1956.

Al Dr. D. John William Cooke, Buenos Aires.

Por la presente autorizo al compañero Dr. D. John William Cooke, actualmente preso por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En este concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía.

En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y, sus decisiones, tienen el mismo valor que las mías.

En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke el mando del Movimiento.

En Caracas a los 2 días de noviembre de 1956.

Perón

Al Dr. D. John William Cooke.
Buenos Aires

Por la presente autorizo al compañero Dr. D. John William Cooke, actualmente preso, por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En este concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía.

En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y, sus decisiones, tienen el mismo valor que las mías.

En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke, el mando del Movimiento.-

En Caracas, a los 2 días de noviembre de 1956.-

Juan Perón

Fue una explosión en el movimiento.

De todo el universo peronista, Perón elige a Cooke.

Ese universo multitudinario y heterodoxo está compuesto por diferentes sectores. Por un lado, están los neoperonistas o peronistas sin Perón. Juan Atilio Bramuglia con su Unión Popular, Vicente Leónidas Saadi con su Partido Popular y Domingo Mercante, quien fuera gobernador de Buenos Aires (y jugase su carta de sucesor del líder durante las tratativas de la Constitución del 49).

También está Alejandro Leloir, el último titular del Consejo Superior Peronista, a quien Jauretche ha convencido de que actúe como tal. Leloir ha mandado entonces un telegrama haciéndose cargo de lo hecho por el gobierno peronista y desde entonces está preso.

Después están las organizaciones gremiales, con sus viejos dirigentes y con otros nacidos al calor de la lucha. Y por fin los comandos de la resistencia donde se encuentra Cooke, que pronto, a su vez, sufrirán su escisión.

Jauretche y el partido vertical de base obrera

Por esos días en que es ungido delegado y heredero, Cooke recibe una carta de Arturo Jauretche. Resulta necesario no pasarla por alto. A don Arturo se le nota la bronca:

[...] no entiendo por qué me has mandado esas instrucciones pues yo no pertenezco a ninguna clase de organización y trabajo solo con dos o tres amigos exclusivamente en el campo de la publicidad de las ideas.

En esta carta Jauretche expone las razones de la caída del peronismo.[275]

Si había un partido en el mundo semi colonial que realizaba la máxima condición revolucionaria, era el nuestro; partido de base obrera que tomaba un treinta por ciento de la clase media y la burguesía. Paralelo a la pérdida de la vocación revolucionaria profunda, fue la mentalidad electoralista que entre otras cosas nos costó la caída. El "genio de la conducción" se olvidó de los factores de poder que están excepcionalmente en el campo de los trabajadores pero que de manera permanente reposan en la clase media y la burguesía. Éramos un partido con todas las condiciones deseadas por los teóricos de la revolución nacional, proletariado unido a las clases progresistas, es decir a los sectores del capitalismo vinculados al desarrollo del mercado interno. El "conductor" hizo una cuenta electoral: si los trabajadores me dan un millón de votos de diferencia votando solo los hombres, votando las mujeres me darán dos millones. Puedo prescindir de los sectores burgueses y de la clase media que lo único que hacen es crearme problemas y discutirme la unidad del mando que requiere mi genio.

El razonamiento de Jauretche se choca con la realidad. El peronismo no

prescindió de la burguesía, sino que la burguesía prescindió del peronismo y de un desarrollo que negociara desde cierta dignidad nacional con el imperio. Y, fundamentalmente, la burguesía prescindió del incómodo socio que le exigía el peronismo: la clase obrera. Más aun: la prueba de que el "genio de la conducción", como llama con evidente malicia a Perón, no prescindió de la burguesía es que se fue sin presentar batalla.

Sigamos a Jauretche:

Se dedicó entonces sistemáticamente a destruir al sector político, que era el que impedía la unidad total de las otras clases en su contra; después le metió al problema de la Iglesia. El resultado fue el lógico; unificó alrededor de sus adversarios todas las clases que son factores de poder, enervando a lo poco que le quedó de ellas que es el caso nuestro. Cuando esas clases estuvieron unificadas en su contra lo voltearon, y los trabajadores no sirvieron para defenderlo.

Para ello hubiera sido necesario convertirlos en factores de poder, es decir sacar del seno de los trabajadores las instituciones que constituyen la fuerza. Pero eso tampoco lo podía hacer. Primero, porque le va grande. Segundo, porque operó dentro del campo obrero con su única y exclusiva preocupación dominante: impedir la formación natural de comandos capaces. Tercero, porque aun logradas esas dos condiciones no tiene capacidad ni condición para llevar adelante una revolución de magnitud tal que podría desbordarlo. Y, por último, porque sabe demasiado de geopolítica para ignorar que, por razones estratégicas, aun realizando internamente el proceso que parecía insinuar, las condiciones históricas que son esenciales para los poderes continentales no lo habrían dejado dos días en el poder donde, o lo rebalsaban los trabajadores o lo atropellaban de afuera. (El destacado es de D. S.)

El bueno de don Arturo plantea al fin el drama de la revolución nacional en sus verdaderos términos. La única alternativa para no ceder ante la burguesía —que

en la Argentina se configuró como una clase espiritualmente raquítica, con la avaricia, pero sin la imaginación burguesas, y sin rastros de patriotismo alguno — es darles poder a los obreros quienes, finalmente, no harían más que "rebalsar" los límites de la revolución nacional burguesa, acomodándola a sus intereses de clase.

Que la burguesía argentina tenga estas características está lejos de cualquier especulación genética. Razones culturales habrá, pero no conforman el meollo del problema: la razón primera es que la "guerra de secesión" que cambió la historia de los Estados Unidos permitiendo un poderoso capitalismo industrial, en estas pampas argentinas la ganó el sur. La burguesía industrial, para el momento de la consolidación del capitalismo con la generación del ochenta, era poco menos que inexistente, y nunca se consolidó gracias al poder del latifundio y al capital británico.

Imaginemos una interesante ucronía. No importa para el caso que la juzguemos viable o imposible, lo que buscamos a través de ella es acercarnos a la riqueza del drama argentino.

Imaginemos un camino distinto al sucedido, imaginemos que el peronismo en el gobierno ensaya una reforma agraria. No una reforma agraria socialista —ya que hablamos de peronismo— sino una reforma agraria no anticapitalista pero sí antimonopólica. Vislumbremos una reforma agraria que exigiera de forma compulsiva que el pago por las expropiaciones de los latifundios se invirtiera fundamentalmente en el sector industrial y secundariamente en el financiero. Esa reforma agraria hubiera significado la conversión obligada de la burguesía terrateniente en burguesía industrial.

Para tal ardid hubo —en nuestra imaginación afiebrada— un momento para llevarla a cabo: el primer día de gobierno, el 4 de junio de 1946. Cuando el frente popular estaba consolidado y la reacción había perdido sus cartas, incluso en el Ejército.

Pero para llevar adelante esta reforma agraria no alcanzaba con el poder del líder bonapartista. Para destruir las bases del poder oligárquico —lo que a su vez es un requisito imprescindible para una política antiimperialista— hubiera tenido que movilizar a la clase obrera, el socio más revulsivo de su alianza. Así, Perón hubiera tenido que impulsar y no impedir las manifestaciones políticas obreras como el Partido Laborista.

A diferencia de lo expuesto por don Arturo Jauretche, la solución para no caer vencido era destruir a la burguesía latifundista con el concurso proletario.

Es una ucronía. No lo hizo. Nunca estuvo en sus planes.

Más aun: Perón nacionalizó los ferrocarriles y con ello subsidió las ganancias de los agroexportadores.

Sigamos con Jauretche:

La circunstancia de que la revolución no fue contra Perón sino contra el movimiento cuya representación política fue Perón, es decir contra los intereses nacionales en todos los sectores que lo representan, crea de nuevo las condiciones para el partido vertical de base obrera. Es el momento de revisar los errores anteriores, pero las instrucciones que llegan continuamente tienen la misma puerilidad de las instrucciones anarquistas y comunistas de la época romántica: proletariado solo contra el ejército, clase media, burguesía y aristocracia, etc. y los medios tácticos aconsejados corresponden al mismo estilo mental.

Cuestiona a Perón, cuestiona su liderazgo ausente de debate y democracia, pero cree que aún es el momento para reconstruir el partido vertical de base obrera, una alianza de clases antiimperialistas.

En lo particular tú sabes la fe y la esperanza que tengo depositadas en ti y ésa es la razón única y exclusiva —junto con el respeto que origina tu altiva conducta — de mi solidaridad contigo. Nada tiene que ver la designación hecha y que ya conozco, pues lo que él resuelve no me mueve un pelo de los pocos que me quedan. Es la primera vez que se fija en alguien que vale y debe ser porque no está en libertad de acción.

“Es la primera vez que se fija en alguien que vale y debe ser porque no está en libertad de acción.” Y aquí hay un punto que parece cierto: los neoperonistas lo querían a Perón lejos, los nuevos dirigentes de los gremios carecían de organización y experiencia. Perón necesitaba un organizador con urgencia, y había visto en Cooke al organizador capaz, inteligente. Vio en Cooke al organizador que podía poner en movimiento a las fuerzas que él y los militares habían puesto en cuarteles de invierno en el 55. A las fuerzas capaces de resistir.

Y, además, para hacer posible la insurrección no necesitaba a Leloir, necesitaba a la izquierda del peronismo.

La lucha de este año se ha hecho gracias a la espontaneidad de la acción que ha provocado la formación de centenares de miles de pequeños dirigentes que serán aplastados en cuanto los disciplinen según el concepto que el comando superior tiene de la disciplina, es decir impedir el desarrollo natural de la fuerza.

Por fin, le advierte a Cooke:

No te ilusiones tú tampoco. Ya pagarás caro lo que te has agrandado, como lo han pagado todos los que se han levantado siquiera un centímetro del rasero común. ¡Si hasta tiene miedo de nombrar a los muertos para que no se agranden!

Escribo estas cosas a la carrera, pero las tengo muy meditadas.

[...] Creo que nuestro Movimiento encontrará su cauce y su conducción natural más adelante y lamentaría que el hombre más indicado para el primer rango se quemase prematuramente en la posición que parece más popular y fácil pero que carece de sentido histórico.

La lección más importante de la historia es que la revancha no es la bandera, la bandera es la esperanza. Meditá sobre esto y analizá el planteo y el tono del que te dije.

Confidencial por ahora. Un gran abrazo.

---

275 La carta está fechada el 15 de octubre de 1956; citada en Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, pp. 131 y ss.

Fue el único dirigente que se conectó a mí

Hay una carta de Perón fechada el 3 de noviembre en Caracas donde le dice a Cooke que ha recibido la insinuación de Frondizi, por intermedio de Perina[276]:

[…] para hacer una alianza de "buena vecindad", en la cual nosotros seríamos los buenos y ellos los vecinos: aportaríamos los votos y ellos la tolerancia con la dictadura. Pero, el pueblo no acepta estos "chanchullos" sino que quiere sentir "tronar el escarmiento".

El 10 de marzo del 57, Perón le manda una carta a Pecari, como se solía llamar a Alejandro Leloir. Es de suponer que fue un pedido de Cooke, aunque no hay pruebas de ello. Lo fuese o no, no hay razón para pensar que falseaba sus ideas.

En los primeros días de 1956, perdidos todos los contactos con los dirigentes de la Patria, mientras estaba exilado en Panamá, establecí conexiones y enlace con el doctor John William Cooke que, desde la cárcel, me comunicaba que, en vista de la disolución del Partido Peronista, él había constituido el Comando Peronista en la Capital, para enfrentar la lucha a que nos lleva la canalla dictatorial. Desde ese día no hemos perdido el mencionado contacto. Fue por su intermedio que pude vivir la situación y hacer llegar mi palabra a los compañeros de todo el país. Por sus enviados supe el estallido de la Revolución del 9 de junio de 1956 y por él he conocido las ulteriores informaciones sobre la situación actual. A él le he hecho llegar mis directivas y en él delegué en aquella ocasión mi representación total en el país. (El destacado es de D. S.)

Y luego que, dado los intentos de asesinarlo, había mandado un documento en el que lo declaraba su reemplazante en caso de muerte.

El doctor Cooke fue el único dirigente que se conectó a mí y el único que tomó abiertamente una posición de absoluta intransigencia, como creo yo que corresponde al momento que vive nuestro Movimiento. Fue también el único dirigente que sin pérdida de tiempo constituyó un Comando de lucha en la Capital que confió a Lagomarsino y Marcos, mientras él estuviera en la cárcel. Fue también el único dirigente que mantuvo permanente enlace conmigo y que, a pesar de sus desplazamientos de una cárcel a otra, pudo llegar siempre a mí con sus informaciones y yo con él con mis directivas. Es así que, habiéndose visto en la necesidad de romper los documentos que yo le había enviado para que no cayeran en manos del enemigo, le ratifiqué los mismos en el mes de febrero pasado.

---

276 Moisés Konstantinovsky (1923-1998), conocido como Emilio Perina. Fue escritor (La Mary y La máquina de impedir) y editor de la revista Todo es Historia. Militó en Forja y en el sabattinismo antes de adherir al desarrollismo. Fue asesor del presidente Frondizi y, en la década del noventa, de Menem.

La fuga

La idea se le ocurre a Jorge Antonio. Hace viajar hasta Río Gallegos a su amigo Araujo, quien durante días se ocupa de los preparativos. La mujer y la hermana de Antonio entran armas a la prisión, seguramente gracias al soborno de algún guardia. Al principio, el grupo que se iba a fugar estaba compuesto por Jorge Antonio, Cooke, Espejo[277] y Kelly, pero finalmente se suma Cámpora, que se enteró por casualidad, y Pedro Gómiz[278].

Es la noche del 27 de marzo del 57, la mayoría de los guardias están de franco. Es carnaval. Kelly puso somníferos en el agua del té y el resto de los prisioneros ya duermen pesadamente después de la cena. A las dos de la madrugada se da la orden, atacan al único guardia y lo reducen. Avanzan por la oscuridad en silencio, acompañados por el jefe de la guardia, José Ocampo. Llegan al portón y, entre el ansia y el miedo, esperan al vehículo de Araujo. No llega. Cámpora, muy nervioso, sugiere volver a las celdas. Hacer otra tentativa más adelante. Pero en ese momento aparece un auto, que se acerca con sus focos apagados. Es Araujo. Los seis se trepan al vehículo y enfilan rumbo a la frontera con Chile. Luego empujan el vehículo por campo traviesa para evitar ser observados desde el puesto argentino y, a las 6 de la madrugada, cruzan a territorio chileno. En la tierra de Bernardo de O'Higgins, Baldomero Lillo y Pablo Neruda, piden asilo.

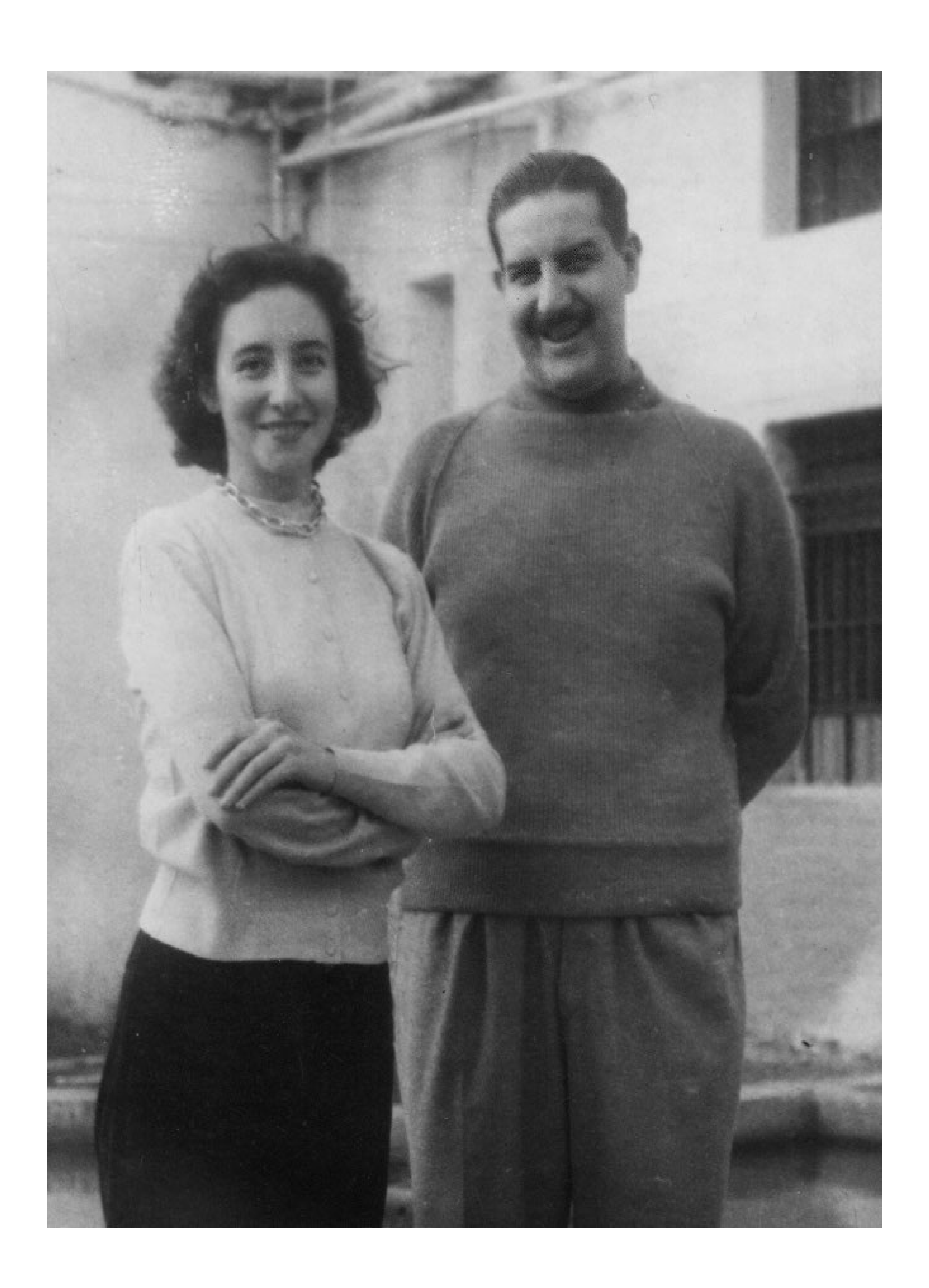
La fuga causa conmoción en el continente. El gobierno de Aramburu, humillado, pide la inmediata extradición de los prófugos. El presidente Ibáñez se siente incómodo con el hecho, no quiere problemas con los trasandinos, no quiere proteger a los peronistas, pero Chile tiene una vieja tradición de conceder asilo político.

Finalmente, después de idas y venidas que duran meses, el gobierno concede el asilo a todos salvo a Kelly, a quien el gobierno chileno considera un criminal

común. A fines de septiembre el aliancista huye disfrazado de mujer con la ayuda de la legendaria Blanca Luz Brum[279]. John es acusado de cómplice y lo esperará la cárcel por dos meses.

En la carta que John le manda al general el 14 de noviembre del 57, después de agradecerle "las gentilezas que tuvo con Alicia durante su estadía en Caracas", reconoce que ella había llegado "encandilada" por su personalidad:

Deseo participarle que nos hemos casado. Nuestro matrimonio sigue el "fatum" de toda nuestra extraña relación: nuevamente estamos presos, después de una luna de miel de exactamente siete días, vividos en medio de la excitación y las contrariedades provocadas por el asunto Kelly.



Alicia y John, 1957, Penitenciaría de Santiago de Chile

---

277 José Gregorio Espejo (Jáchal, 1911-Buenos Aires, 1980) fue un sindicalista argentino, integrante del Sindicato Obrero de la Industria de la Alimentación (SOIA), que se desempeñó como secretario general de la CGT (la dirigió junto a Isaías Santín, Florencio Soto y Armando Cabo). Ocupó la Vicepresidencia de la Constituyente de 1949.

278 Pedro Andrés José Gomis, diputado del Partido Peronista, electo en 1952, integró el primer Secretariado Nacional del sindicato de petroleros.

279 Blanca Luz Brum Elizalde (1905, Maldonado, Uruguay-1985, Santiago, Chile) se casó a los 16 años con el poeta Juan Parra del Riego. Años después viajó a Lima, donde conoció a José Carlos Mariátegui y escribió en la revista Amauta. En 1928 volvió a Montevideo y escribió una sección semanal en el diario Justicia del Partido Comunista. Un año después conoció al gran muralista Siqueiros, con quien se casó en México. Allí conocería la prisión y a los artistas Diego Rivera, Frida Kahlo y Sergéi Eisenstein (que estaba filmando ¡Que viva México!). En 1933, la pareja llegó a Buenos Aires donde Siqueiros trabajaría en un mural contratado por Natalio Botana. La modelo de las figuras femeninas fue Blanca Luz. La estadía culminó en escándalo: ella y Botana eran amantes. En 1935, divorciada de Siqueiros, se casó en Chile con Jorge Béeche; pero en 1943 se la puede encontrar en Buenos Aires, relacionada con los sectores sindicales que darían origen al peronismo. Se desempeñó como encargada de prensa de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social a cargo de Perón. En marzo de 1957 ayudó a Guillermo Patricio Kelly a huir de la cárcel de Santiago, disfrazado de monja. Su situación se complicó y se fue a vivir a la Isla Robinson Crusoe.

La primera

Retrocedamos unos meses. Hasta abril.

Si alguna vez el devenir caprichoso de tu vida y el de este país meridional y quejoso te arroja a la clandestinidad, con su silencio húmedo y la angustia de las madrugadas; si tal circunstancia se diera —que todo es posible bajo el cielo y aun sobre él— quizá debas informar a un superior sobre la situación del país, o de una provincia, de un pueblo o, incluso, de un barrio. Sin importar el tamaño del lugar ni la importancia de tu labor, si tal epopeya se diera, bueno es desde ahora esta clase gratuita de John William Cooke.

Esta es la primera carta que se conserva de Cooke dirigida a Perón. Acaba de escapar de la cárcel de Ushuaia y está detenido en Santiago de Chile. Es el 11 de abril de 1957. Por razones de síntesis he limitado esta excepcional misiva a trece temas. Por razones de claridad, me he permitido numerarlas.

—Usted es un maestro ciruela, Sorín.

—Preferiría que me diga Siruela, con ese. Jacobo Siruela es un editor genial.

1

Cuando nos veamos le contaré lo detalles de nuestra fuga, que fue realmente novelesca. Contra lo que dice la propaganda de la Tiranía, intervino muy poco

dinero y mucho la audacia y el coraje; pasamos por momentos de inmenso peligro, en que nuestro pellejo poco valía (estábamos juramentados los principales en que no nos llevarían vivos a la cárcel de vuelta). Nos hemos encerrado en absoluto mutismo en cuanto a los detalles, no sólo para no comprometer a gente humilde que se jugó valerosamente por convicción peronista, sino también para que las bestias del gobierno "de facto" sigan devanándose la cabeza y echándose mutuamente las culpas.

2

Cooke continúa con los comandos clandestinos. A más de medio siglo, estas líneas nos ofrecen una invalorable pintura de la resistencia; traza un panorama real, carente del nostálgico heroísmo al que son tan afectos los revolucionarios de lengua que aman el arrojo y la valentía (comúnmente de los otros):

La organización clandestina marcha aceleradamente, aunque aún no tenga la magnitud que suelen adjudicarle los que dirigen los diferentes grupos. Es natural y humano que cada uno tienda a exagerar la importancia numérica de sus huestes y la acción que ellas desarrollan. Después de cada acto de sabotaje me llegaban mensajes de varios grupos que se adjudicaban el mérito. Como estaba perfectamente enterado de quienes habían sido los verdaderos autores, me era fácil ir juzgando el grado de veracidad de cada uno.

Ghizzardi[280] le envió el informe, que en líneas generales coincide con lo que yo sé. Hemos unido sus datos y los míos para tener un panorama bastante aproximado. Hay un dato equivocado en la carta de Ghizzardi: al hablarle de los Comandos Coronel Perón[281], Ghizzardi hace referencia a su tendencia golpista. El error proviene de que él tomó contacto con un grupo minúsculo que se separó del Comando, grupo netamente golpista y atropellado para trabajar, aunque sin que haya motivos para sospechar de su lealtad. Como era de prever, las cabezas de ese grupito están ahora presas, víctimas de la improvisación y la falta de seriedad. Pero los Comandos Coronel Perón son un modelo de organización, que

trabajan sin veleidades golpistas, publican regularmente un boletín clandestino y tienen un sistema de comunicaciones excelente. Ya le he dado a Ghizzardi los contactos para que de inmediato tome contacto con los que integran los C. Cnel. Perón.

En general, la República está sembrada de células, que trabajan con entusiasmo, aunque anárquicamente. Aunque nuestra gente se va formando aceleradamente, aún estamos escasos de hombres con verdadero sentido y capacidad organizativa. Los dos mejores en ese sentido, Ramón Prieto y Vigo[282], están presos; Vigo está en Villa Devoto y Prieto en Esquel. Pero la gente que ellos organizaron sigue marchando perfectamente, porque la excelente composición de sus cuadros hace que las detenciones individuales no arrastren tras ellas a núcleos numerosos.

Claro que no siempre los comandos clandestinos llegan a ese nivel de organización profesional. A veces los servicios de la dictadura pueden con ellos.

Facilitan su labor nuestros propios camaradas, que en su entusiasmo se embarcan en aventuras descabelladas —a menudo preparadas por la propia gente de Informaciones— que terminan con la prisión de gente utilísima. Al pasar, le cito un caso entre tantos. Un muchacho textil, vivo, de esos “que se las conocen todas”, apareció en el Departamento de Policía detenido, junto con muchos compañeros. Yo conseguí hablar con él —el personal de la Federal, no siendo los jefes, es peronista— y le reproché que no hubiera seguido las directivas terminantes que se habían hecho circular. Me contó que se negó varias veces a participar en revoluciones que le anunciaban, hasta que un militar lo llevó, en un avión de Aeronáutica, hasta la Base de Córdoba, donde habló con el Jefe y el Subjefe de la misma, quienes le manifestaron que se levantarían contra el gobierno. Recién entonces dio una lista de compañeros dispuestos a participar. Como todo era una trampa, fueron a parar a la cárcel. A otros dirigentes obreros se los llevó a San Juan o a Mendoza y también se les hizo hablar con el jefe del Regimiento, quien siempre se mostraba decidido a salir con sus fuerzas en apoyo de la pretendida insurrección. Así, los servicios de informaciones han

conseguido detener y conocer a muchísimos núcleos obreros de la flor y nata del movimiento.

3

El problema de la inexperiencia viene de la mano de otro: la cantidad de caciques. Antes, la “prueba de verdad”, la validación, provenía del general. Pero ahora, los que necesitan la validación están clandestinos y el validador muy lejos. No es fácil crear un organismo vivo capaz de estar en Jujuy y en la Patagonia al mismo tiempo y que, además, reconozca una única cabeza. La dificultad es aun más espinosa para un movimiento acostumbrado a resolver las disputas internas mediante un mecanismo vertical que termina en su líder.

Otro inconveniente a sortear, y respecto al cual ya le hablé en otra oportunidad, es el de los “unificadores” o “coordinadores generales”, que ante el lógico desorden en que se trabaja y la imposibilidad de tener un centro común, deciden asumir el rol de cabezas del movimiento. Cada vez que uno de ellos se acercó a mí solicitándome poderes a tal efecto, le indiqué que debía formar su propio organismo, y una vez consolidado y asentado, yo le proporcionaría enlaces con otros similares, pero sin que debiesen unirse, amalgamarse o disputar supremacías. Los que me desobedecieron, casi sin excepción, están presos y junto con ellos los que les prestaron adhesión.

Aquí está planteado el obstáculo del organizador. Aunque ha sido vestido con los ropajes de delegado, algunos piensan que Cooke impide la comunicación horizontal para consolidar su propio poder. La organización celular —imprescindible en la clandestinidad— es complejísima y, ciertamente, otorga mucho —algunas veces demasiado— poder a quien centraliza la información que, por buenos o malos motivos, debe impedir el atajo práctico y peligroso de la horizontalidad.

Sigamos. Todo trabajo requiere una división de tareas; todo trabajo clandestino requiere, especialmente, una división de tareas.

Donde el trabajo no está bien regimentado suelen desempeñar simultáneamente las mismas personas la acción de “agitación y propaganda” y la de “sabotaje”. La práctica demuestra que esto es nefasto, porque los encargados de terrorismo no pueden andarse exhibiendo en faenas de propaganda, siempre más visibles. Supongo que en los cánones más elementales de la lucha subterránea figurará esta precaución, pero el Movimiento ha tenido que aprenderla en cabeza propia y a precio caro.

La resistencia peronista es la primera gran experiencia clandestina en el país.

Ha llegado el momento de la unificación, “pero debemos cumplir esa tarea nosotros y no los que pertenecen a uno u otro de los grupos organizados”, le dice Cooke a Perón. Y ese “nosotros” es la suma del conductor y el organizador, el líder y su delegado.

Todo el trabajo —especialmente en Capital y Gran Buenos Aires— se simplificaría si quienes reciben cartas suyas con autorizaciones se circunscribiesen a los límites de sus posibilidades.

Lo que también podría leerse como: “Todo el trabajo se simplificaría si usted limitara las autorizaciones”. Es decir, si las autorizaciones las hace ese “nosotros”, suma de usted y yo.

Incluso más, podríamos interpretar el párrafo como: “si las autorizaciones las hace ese ‘nosotros’ pero la mano que las firma es la del organizador. Porque para

eso soy su delegado —parece decir sin decir—, para eso usted dijo que mi palabra es la suya”.

Perón había preferido que el nombramiento de Cooke como su delegado y heredero no fuese divulgado masivamente. Temió, le dijo, las represalias que la dictadura haría recaer sobre él. El 14 de septiembre —como ya hemos visto—, antes del nombramiento oficial, le había escrito al padre de John diciéndole: “Usted sabe que su hijo es el único hombre del movimiento que tiene documentos míos que lo autorizan a proceder en mi nombre y representación en cualquier momento. Siempre he pensado si no le habrán secuestrado esos documentos y a eso obedece la persecución despiadada de que es objeto”. Podemos deducir que dos meses antes del documento de noviembre, Perón ya tenía la idea de que Cooke sería en breve su delegado. Incluso, podemos sospechar que para septiembre ya lo era, pero que el hecho estaba en conocimiento solo de un reducido núcleo.

John eligió otro camino: hacer público el nombramiento como forma de consolidar su poder continuamente jaqueado por el ala blanda. Ahora estamos en abril del 57, y así lo explica:

En el mes de noviembre decidí largarme a divulgar el nombramiento que Ud. me había conferido. Si bien eso me exponía a las represalias consiguientes, Ud. sabe que en una lucha como esta mi persona e integridad física son de importancia secundaria. Así que, analizados todos los factores, hice lo que era conveniente para el Movimiento.

El general no quería una divulgación masiva, sino solo entre los comandos organizados por Cooke, lo que nos habilita una pregunta: ¿no quería porque temía las represalias sobre su heredero, o porque no deseaba romper en forma definitiva con los que no querían a su heredero?

Y John: ¿cree en el general o duda, y por eso necesita que se sepa cuál es su situación?

Como fuera, ahora, en abril, siente la necesidad de explicitarle a su jefe los motivos.

En primer lugar, me cansé de la queja de que no había nada organizado. La gente parece creer que es posible crear un organismo central, conocido por todo el mundo, que dirija el Movimiento. Habiendo una persona que podía asumir su representación, se obviaba el problema de que nadie sabía a quién creer.

Al respecto le escribiría el padre Hernán Benítez a Cooke en junio[283]:

No es lo más pulcro que se vea usted forzado a enviar, bajo la sombra, copias fotográficas de un pequeño documento al que, aunque es intergiversable y nadie puede dudar de él, no parece condecir, en la forma, con lo que requiere un acontecimiento tan grande. Solo la palabra pública de Perón lograría evitar que grandes núcleos adhieran a Leloir o aprovechen esta circunstancia para volcarse al frondicismo, unión-Federalismo, etcétera. (El destacado es de D. S.)

Quien confesara a Evita reclama la palabra pública de Perón.

Porque si no, ¿a quién le van a creer las bases peronistas?, ¿al Consejo Superior de Leloir?, ¿a los comandos dispersos?, ¿a los peronistas sin Perón?

Cuando Cooke dice que se cansó de que dijeran que no había nada organizado

no se refiere solamente a los militantes, “la gente” son los millones de peronistas. Cooke siempre fue un político con la mirada puesta en la masa, no en los escritorios. Por eso aclara:

En segundo lugar, es necesario que la parte activa de nuestra masa sepa que hay algo serio y organizado. No todos tienen espíritu y condiciones para entrar en la lucha clandestina, pero aun los tímidos necesitan saber que detrás de todo está la organización. Los que andan actuando, trabajan mejor si se sienten respaldados y formando parte de un todo. Los equipos activistas tenían contacto permanente conmigo —de una u otra forma— pero la masa peronista y grupos aislados andaban muy a la deriva. Además, cuanto mayor creyese la gente que era la Organización, más contribuirían a engrandecerla. En otras palabras, comprobé que aquí el mito engendra su propia realidad.

Pero hay algo más. Lo tenía guardado en los pliegues de su alma:

Especulando con el miedo cerval del pobre Leloir, su “entourage” difundía directivas y orientaciones que debilitaban, desorientaban y desmoralizaban al movimiento. […] Y, además de la confusión que todo esto creaba, había un problema de prestigio: todo el mundo sabía de las aflojadas de Leloir y de las combinaciones que, al menos con su aquiescencia, se proponían o aceptaban; el gobierno y los “partidos tradicionales” nos estaban perdiendo el respeto.

También están los golpistas golpeados, esos nacionalistas que tienen buen trato con la Iglesia y una considerable parte de las capas medias. Si los bengoístas consiguen dar su golpe y tomar el gobierno, reconocerán a un Partido Peronista presidido por Leloir. Lo que para Cooke es inadmisible.

De ahí que hice las declaraciones de “O Globo” e incluso adjunté unas líneas de mi puño y letra, que también fueron publicadas. Aunque eso extremaba las

precauciones de los gorilas para custodiarme e impedirme las comunicaciones, siempre era más conveniente para el movimiento que mantener una dirección derrotada y traidora.

En esa época (noviembre) estuve tres días en la Cárcel de Caseros, esperando el avión que me condujo a Río Gallegos, y se desató una verdadera campaña difamatoria. Si bien descontaba el porcentaje lógico de envidia, la saña superó todo cálculo. Los pequeños burócratas que pasaban por dirigentes políticos en nuestro movimiento no se atrevieron, después del zarpazo septembrino, a enfrentar a la Tiranía. Pero tampoco quieren que otros lo hagan, porque las nuevas promociones significan, para ellos, el merecido olvido o repudio. Me acusaron de ambicioso. Gente de alma mezquina, solo ven móviles mezquinos o, al menos, simulan verlos.

Como no pueden acusarlo de ladrón ni de cobarde, apelan a otras imputaciones. Uno: rompe la unidad del partido desconociendo al Consejo Superior. Dos: es un “procomunista”. John transcribe una parte de la edición del 20 de febrero de 1957 de Azul y Blanco[284] donde, con todas las letras, afirma que Caracas se había embarcado en una tendencia “izquierdista-trotskista” con su nombramiento.

4

Ya ha dicho lo que necesita decir, ahora entra en escena el analista político. Así piensa Cooke la situación del país. Primero la dictadura:

El gobierno combatió a los obreros, después los halagó para que se apretasen el cinturón a fin de que los ingleses comiesen barato, y ahora vuelve a amenazarlos. Busca desesperadamente apoyos espurios: congresos anticomunistas, creación de dieciséis nuevas diócesis, campañas anticomunistas,

etc. Como ya ha descubierto demasiadas conspiraciones peronistas, esta vez le toca el turno a la “maquinación roja”. La entrevista Gainza Paz-Eisenhower responde a esta línea.

Luego aborda la situación de la economía con datos precisos. Desmiente que el stock ganadero fuera de 49 millones y le recuerda a Perón que en el 54 se vendió la carne a 195 libras la tonelada y en el 56, a 153.

Pues bien, Mercier[285] calificó de alarmistas y embusteros a los que se quejaban por la merma del stock ganadero. Ahora he conocido las cifras de la Junta Nacional de Carnes, integrada por personeros del Ministro, y de allí resulta:

a) nuestro stock no es de 49 millones sino de 45 millones;

b) en 1956 se han faenado casi doce millones de vacunos, lo que representa un 26% del stock;

c) todos los técnicos estiman que la matanza no debe exceder el 23% del stock; en 1956 se mató el 26%; es decir, que debió haberse matado, como máximo, 10 millones y no 12;

d) la proporción de vacas y vaquillonas matadas no debe constituir más que una proporción alrededor del 30% de la faena (34% como máximo); en 1956 se faenó un 39% de vacas y vaquillonas;

e) todo esto conspira contra la producción futura, así que dentro de un año debe-

rá reducirse aún más el consumo interno (ya que no hay posibilidad de que se disminuya la cuota de exportación). Y la propia Junta Nacional de Carnes ha debido, pese a su oficialismo, formular una advertencia sobre la destrucción del plantel vacuno.

El otro asunto se refiere a la política de destrucción de la industria. La desocupación obrera demuestra las funestas consecuencias de la acción económica del equipo Prébisch. Tomando desde septiembre de 1955 hasta diciembre de 1956, la ocupación ha disminuido en 5%. En los quince meses anteriores a la traición de septiembre, había aumentado en 4%. La reacción que veníamos experimentando después de las sequías del 51 y 52 no solamente se detuvo, sino que comenzó la declinación desde que los magos de las finanzas comenzaron sus enjuagues.

5

Después de la economía, la política, y en la política se detiene en Frondizi:

Frondizi gana terreno dentro del neoperonismo. Beaulac[286], los corresponsales extranjeros y la embajada británica lo combaten, agrandando su personalidad. Él halaga a los industriales (el plan que propone es, exactamente, el peronista) y a las fuerzas armadas. Dentro de las tres armas tiene elementos dispuestos y numerosos. Para colmo, los radicales de los otros grupos lo atacan por radio, y él contesta con discursos donde no se enzarza en riñas personales. Su diferencia con respecto al resto de los políticos es astronómica, y dentro de la chatura del ambiente actual resalta nítidamente. (El destacado es de D. S.)

Frondizi vende la idea de un gobierno peronista en economía y democrático en política, lo que no quiere decir otra cosa que sin la política social del peronismo. Tal mixtura prende en las capas medias, pero ciertamente no es bien vista por el capital concentrado. Ser peronista en economía no es, precisamente, el tipo de

gobierno que buscan los monopolios. Ellos pretenden un gobierno liberal que avance por el camino donde el peronismo se había detenido. De allí las diferentes líneas que tensionan la Libertadora. Los más duros no quieren ni escuchar hablar sobre elecciones, no limpias al menos; los menos duros apuestan por el radicalismo del pueblo; y los más blandos por un gobierno que descomprima la tensión y ponga en caja al peronismo.

6

El bengoísmo, fortalecido por los desaciertos cometidos por el gorilismo en las Fuerzas Armadas, parece que recién siente que está "a punto" para su tan comentado y anunciado golpe. Por diversas razones —¿deseo de esperar que la descomposición siga su curso?, ¿falta de elementos suficientes?, ¿simple cobardía?— siempre fueron dejando pasar las oportunidades aparentemente propicias.

Si realmente tienen fuerza considerable en el Ejército, deberán aprovechar esta oportunidad. En tal caso, se nos plantearán nuevos problemas, porque a la brutal represión de ahora seguirán maniobras de otro tipo. Habrá reconocimiento para el peronismo, pero otorgado al antiguo Consejo Superior; este simulará formular consultas con Ud. y ganará tiempo para llegar a la transacción.

Cooke piensa que en el sector obrero los bengoístas trabajarán a favor de la Constitución del 49, pero que atacarán sin tregua a los que luchan por el regreso de Perón. Si su golpe triunfa, reconocerán a una burocracia a la que presentarán como la autoridad del Movimiento Peronista.

Si los bengoístas no dan su golpe de inmediato, ya la maniobra quedará desbaratada porque estamos difundiendo rápidamente la caducidad del Consejo Superior, que es ignorada por mucha gente todavía.

7

Bramuglia y Saadi —escribe Cooke— se hacen los vivos con la sigla PP (Bramuglia había fundado el Partido Popular y Saadi el Partido Populista). El primero cuenta con gran cantidad de dinero, Cooke ignora de donde lo consigue. Los populistas de Saadi recorren el país intentando abrir comités con el engaño de que tienen órdenes de Perón.

8

El Partido Socialista, por su parte, critica la política social, económica y gremial de la dictadura, pero como no aclara qué es lo que apoya de la Libertadora. John supone que lo que enciende los fervores de la Casa del Pueblo es la adjudicación de cátedras, de puestos y de intervenciones rentadas para sus afiliados.

9

¿Y los comunistas?

Es inevitable cierta promiscuidad entre nuestros obreros y los comunistas, tanto en la fábrica como en las cárceles. Ellos predican ahora la unión sagrada contra la oligarquía. Lo de Braden es un poco difícil de explicar, por cierto, pero Ud. sabe que ellos no son muy escrupulosos en materia de explicaciones, y mientras Codovilla sigue tratando al peronismo de “régimen corporativo-fascista”, los militantes de base adoptan una postura afectiva hacia los nuestros. Aprovechando la persecución común procuran por todos los medios hacer

propaganda para votar por Frondizi, presentando una mañosa analogía entre lo sucedido en 1945 y lo de ahora, donde el candidato radical vendría a representar el papel de perseguido por el engranaje oligárquico-imperialista. Hay que machacar sobre el voto en blanco, porque la teoría del "mal menor" seduce a muchos como un camino táctico aceptable. (El destacado es de D. S.)

10

Entramos ahora en una polémica muy rica sobre si el peronismo en las elecciones a constituyentes tenía que abstenerse o llamar a votar en blanco.

Con Ghizzardi hemos discutido sobre la propaganda a realizar. Él opina que la consigna debe ser "abstención"; teme que los votos en blanco se repartan entre los partidos actuantes y señala el mayor contenido revolucionario de la abstención. Estoy decididamente en contra de ese razonamiento. Los votos no podrán repartirse, porque para ello tendrían que entrar en complicidad partidos que se odian entre sí. La abstención sería cumplida por un apreciable porcentaje del electorado, pero también hay muchos que están dispuestos a votar en blanco y no lo estarán, seguramente, a abstenerse (descuento que el gobierno establecerá penalidades para los que no sufraguen). [...] Sería peligroso ordenar la abstención, porque no todos son héroes, y no tenemos por qué circunscribirnos a los que están dispuestos a llegar al sacrificio de arrostrar las sanciones que —seguramente severas— establecerá la reglamentación. Todo esto me parece de una lógica cristalina y en tal sentido se está trabajando desde noviembre. Pero el planteo de Ghizzardi me demuestra que él no ha llevado una consigna terminante sobre la línea de acción. Opino que debe proclamarse la abstención y voto en blanco, dejando librado al elector la decisión sobre la forma en que exteriorizará su resistencia. Tal vez sea conveniente una resolución expresa del Comando Superior emitida ahora; así, aunque luego Frondizi declarase también la abstención (lo que no creo) iría, una vez más, a la zaga de nosotros.

Aquí hay más que una discrepancia entre una propuesta ideológica sin mácula y

el practicismo; lo que está por debajo es si el movimiento debe circunscribirse a la vanguardia o dirigirse a la masa.

11

Omitiremos las largas disquisiciones sobre los comandos de exiliados en el extranjero. Lo hacemos solamente en orden a la extensión de este trabajo. Avancemos hasta el apartado "Asuntos militares".

No sé si el optimismo en cuanto a la posibilidad de un levantamiento en las Fuerzas Armadas es excesivo. Ud. puede juzgar perfectamente a la milicia y a los militares que conspiran en favor nuestro.

Ahora bien. Descontando que sea exacto que los militares con cuya adhesión se cuenta sean peronistas, creo advertir que siempre existe la tendencia a centrar en dicho levantamiento el éxito insurreccional. Ud. conoce mi pensamiento desde el primer momento: el apoyo militar, es una de las formas que adopta el movimiento insurreccional, pero no el eje alrededor del cual gira la acción gremial y popular. (El destacado es de D. S.)

12

Pendiente como está el viaje de Cooke a Caracas para trabajar con Perón en presencia y codo a codo, John le expresa que, en cuanto el tema de la extradición se resuelva, irá adonde fuera necesario.

Desde ya le digo —y creo que Ud. sabe que no soy hombre de hacer retórica— que en cualquier momento que Ud. lo disponga estoy dispuesto a entrar nuevamente en el país, por el lugar que me indique y para cualquier misión que disponga, disfrazado y clandestinamente o “de frentón”, como dicen aquí. Ud. ordena.

13

Finalmente hace algunos comentarios sobre Kelly, Cámpora y Gómiz. Rescataremos únicamente sus palabras sobre Alicia Eguren:

Le adjunto recorte de la revista “Qué” donde se habla de los presos políticos y se hace mención del caso de mi novia, Alicia Eguren. La pobrecita está bastante enferma, pero cuando después de noviembre le ofrecieron la opción se negó a aceptarla por solidaridad conmigo, a pesar de mi insistencia en que saliese del país. La gestión la hicieron sus abogados contraviniendo sus órdenes. Los Servicios de Informaciones la tienen fichada como “organizadora peligrosa” y la energía y agresividad de sus declaraciones ante ellos contribuye a que se opongan a que se la deje en libertad. Comprenderá mi angustia por su situación. Yo no la conocía sino por haberme sido presentada hace diez años. Después del 21 de septiembre de 1955 se presentó ante mí y me rogó que la incorporase al movimiento para luchar por la vuelta de Perón, ofreciéndose para las cosas más peligrosas. Veinte días después yo caía preso y ella continuó luchando día y noche. La detuvieron y después de una larga incomunicación la dejaron en libertad, con la recomendación de que no tomase contacto conmigo ni desarrollase actividades peronistas. No hizo más que salir de la cárcel y me visitó en la Penitenciaría, organizó reuniones de dirigentes sindicales y grupos de agitación y lucha clandestina. A la semana la detuvieron y lleva catorce meses a disposición del Poder Ejecutivo. Desde la cárcel siguió actuando y cuando en mayo cayó el comando de Lagomarsino y Marcos, aparecieron cartas de ella, por lo que la trasladaron a Olmos y allí permanece aislada, pues es la única presa política. Y desde allí redactó panfletos, mantuvo correspondencia conmigo, estableció enlaces con el grupo de la Capital, organizó células femeninas,

etcétera. Le cuento todo esto porque sé cómo se alegrará cuando se entere de que Ud. conoce su actuación. Y también como desahogo de mis íntimas penas por este idilio —triste y profundamente alegre al mismo tiempo— desarrollado en veinte días de compartida persecución policial y quince meses de correspondencia clandestina donde no hay una sola línea de debilidad o desesperanza.

---

280 Julio Ghizzardi (en otras cartas nombrado como G1), en 1933, siendo técnico egresado de la Escuela de Mecánica de la Armada, fue destinado en comisión naval a Italia. En 1937 pidió la baja y se fue a vivir a la Patagonia donde dirigió una usina eléctrica. Según relató a Marta Cichero en Cartas peligrosas (Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 215), mientras esperaba un avión en Chile escuchó por los altoparlantes: "Apareció La fuerza es el derecho de las bestias, de Juan Domingo Perón". Entonces fue a comprar el libro a la dirección indicada. No había tal libro, era un anuncio publicitario de reclutamiento para un comando en Santiago.

281 El Comando Coronel Perón se constituyó apenas producido el golpe, dirigido por Enrique Oliva y Alfredo Stagnaro.

282 Juan Vigo integró el Movimiento Obrero Comunista que dirigía Rodolfo Puiggrós. Luego del golpe, militó en el Frente Emancipador, un comando en Santa Fe. Fue detenido en la provincia de Buenos Aires, durante los días previos al levantamiento de Juan José Valle.

283 Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 85.

284 Revista nacionalista dederecha dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo,

quien sería en 1973 candidato a senador por el FREJULI.

285 Alberto Mercier, ministro de Agricultura y Ganadería de Lonardi, después de Aramburu y finalmente primer titular de la cartera en el gobierno de Arturo Frondizi.

286 Willard L. Beaulac (1899-1990), embajador norteamericano en Argentina.

Frondizi, el más vivo

Perón le contesta el 21 de abril. Encabeza la carta con un ceremonioso “Señor Doctor Don John W. Cooke” para seguir con el más afable “Mi querido amigo”. Agradece el informe sobre la situación argentina que le comprueba su conocimiento y le confirma sus impresiones.

Comparto en absoluto cuanto me dice en su carta. Nuestra completa unidad de doctrina nos ha llevado insensiblemente a una misma manera de ver y, en consecuencia, a un mismo modo de apreciar y a un idéntico estilo de resolver.

Escribe que ansía que John esté en Caracas.

Contando con usted, aquí todo se me facilitaría, porque le entregaría toda la conducción política del Movimiento en tanto yo podría permanecer con la coordinación general de todo.

Reparemos en las palabras de Perón sobre el tema de la divulgación del nombramiento de John:

Con referencia al nombramiento suyo de que me habla, han llegado hasta mí consultas de todas partes, incluso del Dr. Leloir que, sin decirlo, me escribió una carta hace tres meses (la primera y única) en la que pretendía sin duda tomar, en cierta medida, la manija. Yo le confirmé que usted había recibido mi palabra designándolo, no solo para dirigir en mi nombre, sino también para reemplazarme en caso que fuera “puesto fuera de combate”.

Se refiere a la carta que ya hemos visto, en que Perón le confirma a Leloir que le ha hecho llegar sus directivas a Cooke. Más aun, que en él delegó su representación en el país. Y le explica por qué: porque el doctor Cooke había sido el único dirigente que se conectó con él y el único que tomó abiertamente una posición de absoluta intransigencia.

Esa carta se la remití por el mismo conducto que me llegó la de él y hasta ahora no he recibido contestación, pero veo que el Consejo Superior del Partido Peronista ha dejado de existir.

Definitivo, no hay lugar a dudas: usted es mi representante, su palabra es la mía y, además, si yo fuera puesto fuera de combate —si muero en un atentado— en usted delego el mando del movimiento. Además, veo que el Consejo Superior del Partido Peronista ha dejado de existir.

Temió cuando circuló la autorización, tuvo miedo por las represalias de la dictadura para con Cooke, pero ahora está libre y lejos de sus garras, así que

[…] ha llegado el momento de hacer público, en la mayor medida, la designación suya para la dirección política integral del Movimiento.

¡Acepta! Podemos verlo a John subido a una mesa y agitando sus brazos en alto. Sobre las declaraciones de Cooke a O Globo, dice que fueron de una eficacia muy grande. Que él le había contestado a todos que era cierto, que tenía el mandato de él para reemplazarlo en todos los casos y que no existía Consejo Superior alguno.

Por lo que vemos, el asunto está acabado.

En cuanto a Frondizi:

Es sin duda el más vivo, porque trata de ganar por sí, y cosecha lo que no ha sembrado mediante la oposición de la dictadura. Sin embargo, nuestro mayor triunfo ha sido, sin duda, el hecho de que deba hablar “en peronista” para que lo escuchen.

Eduardo Luis Duhalde comenta en su compilación de las cartas entre Perón y Cooke al respecto:

En campaña por los votos de la Constituyente, Frondizi proponía el cese de las inhabilitaciones sindicales y la libertad de los presos políticos, diferenciándose netamente del resto de los candidatos. A esto se refiere Perón, cuando afirma que habla “en peronista”.[287]

Perón se muestra de acuerdo con Cooke en que es necesario decretar la abstención y el voto en blanco.

Yo pienso como usted que es necesario decretar la abstención y el voto en blanco y no cerrarse de ninguna manera. [...] Dentro de poco mandaremos la orden. En ella aclararemos lo de la abstención y el voto en blanco.

Cooke le escribe el 23 de abril, allí insiste:

Para poner fin a la desorientación de la gente de buena fe, he hecho circular entre los comandos leales la fotocopia del nombramiento que Ud. me hizo. Con eso en sus manos, demostrarán que la prédica de “Intransigencia total” y “Perón o muerte” estaba inspirada en la verdadera línea.

---

287 John William Cooke, Obras completas, tomo II, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007, nota 70, p. 92.

La insurrección y su momento

Seis días después, el 29 de abril, Cooke le escribe sobre la situación gremial:

Hay gremios donde existen organizaciones peronistas; muchos, en cambio, tienen masa peronista pero no organizada. En el campo político, los dirigentes, en su gran mayoría, huyeron como ratas o, como en la Capital, se pasaron tranquilamente a alguna de las fracciones radicales. La masa, entonces, se limitó a despreciarlos. Pero en el campo sindical pasó otra cosa: los tránsfugas fueron utilizados por el bengoísmo, el frondicismo o el propio gobierno. Frente a una represión implacable para los peronistas auténticos, los acomodaticios fueron dejados en una relativa libertad de acción.

Como en las viejas épocas de De Frente, Cooke apunta la mira hacia los burócratas gremiales, los que comienzan con un sombrero Orión y siguen con el auto más largo que consiguen.

Hay sindicatos sin reorganizar (me refiero a que no se realizaron elecciones); hay otros en que hubo elecciones y triunfaron listas pro-peronistas; en ciertos gremios ganaron “frentes populares” con fuerte infiltración comunista; en los demás, mediante el fraude ganaron los “sindicalistas libres”. Las tentativas que se hicieron para hacer una organización peronista netamente gremial fracasaron, y los dirigentes principales están presos.

En el Comité Intersindical predominan los peronistas, aunque hay frondicistas, bengoístas y una buena cantidad de comunistas (que, como observamos, para John no participan, sino que se “infiltran”). Se lucha por la devolución de la CGT, la anulación de las elecciones fraudulentas en los gremios, el

levantamiento de las inhabilitaciones sindicales y la libertad de los presos gremiales.

En general, pienso que para las huelgas “de hostigamiento” andamos muy bien, pero para el paro general y definitivo todavía nos falta andar bastante (bastante se refiere a intensidad organizativa y no a tiempo). Hay muchísima gente ansiosa por “largar” con la huelga general revolucionaria, pero aún nos expondríamos a un fracaso si no se ajusta más y se extiende la coordinación.

Hay que contener a los impacientes porque un fracaso nos atrasaría muchísimo. Ya se sabe que en cualquier momento el malestar general podría desembocar en una situación caótica, pero eso, aunque previsible, no está dentro de lo planificable. Aún en esa hipótesis, en la medida en que estemos organizados podremos orientar la insurrección y aprovecharla. (El destacado es de D. S.)

“Ya se sabe que en cualquier momento el malestar general podría desembocar en una situación caótica.” Detengámonos un poco en eso.

El valor de la espontaneidad en las luchas populares es un tema clave y de controversia. El desarrollo de las “condiciones subjetivas” no es un proceso de acumulación progresiva sin pausas ni retrocesos; más aun, en contra del sentido común, no puede afirmarse que el trabajo sostenido de una vanguardia influya de manera decisiva en el reconocimiento por las clases subalternas de sus intereses. Sería extraordinario, los luchadores correrían a trabajar sin pausas con el éxito asegurado, pero no funciona así la historia. Más bien la relación entre la masa y su vanguardia es inversa, y es esta —la vanguardia— el resultado de aquella. Porque, al fin, nadie aprende con la experiencia que le cuentan, sino con la vivida en carne propia.

¿Qué sucedió para que las masas rusas demolieran, en febrero de 1917, al

centenario gobierno de los zares y al sanguinario Nicolás II?[288] Quizá podamos decir que afloró el instinto colectivo de supervivencia. Millones de rusos reconocieron una sola alternativa posible: dar un salto hacia adelante. Porque era menos peligroso dar ese incierto salto que seguir en las condiciones en que estaban. Y ese salto era parar la guerra que los desangraba y mataba de hambre (literalmente) de inmediato. A como diera lugar. Porque las condiciones para la paz interesaban más a una aristocracia asesina y a una burguesía avara que a los trabajadores y soldados que caían de a miles por el hambre y por las balas.

Octubre fue la prolongación del salto. Las masas de obreros, campesinos y soldados sortearon siglos en esos siete meses. Y, ante la defección del Gobierno Provisional dirigido por Aleksandr Kérenski[289], esa masa eligió, en defensa propia y como acto de supervivencia, a una nueva vanguardia.

En condiciones menos dramáticas, por cierto, Cooke dice que "ya se sabe que en cualquier momento el malestar general podría desembocar en una situación caótica". Es decir: en cualquier momento la clase obrera podría decidir que la mejor alternativa para frenar el desplome sin fin de su salario era el combate final contra la dictadura. Pegar el salto hacia adelante, hacia octubre, específicamente en el caso argentino hacia el 17 de Octubre. (Aquí debemos darle la derecha a don Jauretche: la clase obrera estaba sola, y para dar el salto debía sentirse acompañada por las capas medias, cuyos ingresos la Libertadora también licuaba dramáticamente, pero que parecían lejos de querer dar salto alguno.) Ese salto hacia adelante Cooke lo considera previsible... pero no "planificable".

Ahora bien, los hombres de Lenin, los bolcheviques, no esperaron sacarse el número premiado en el sorteo navideño de la historia. Venían trabajando desde hacía mucho. Aprendieron de la lucha de la clase obrera y los campesinos, construyeron un partido organizado y, hacia 1917, integraban la vanguardia real, no una vanguardia ficticia y autodeclarada, junto con algunos sectores de los mencheviques. Es decir, su gran labor fue aprender, ser la vanguardia lucha por lucha.

Mencheviques y bolcheviques tuvieron una actitud opuesta ante el Gobierno Provisional. Y si bien los primeros pagaron la cuenta de la traición de la burguesía rusa, los segundos estuvieron preparados para asumir la dirección del salto. Nuevamente: el trabajo de años no incide centralmente en la toma de conciencia, pero sí en la posibilidad de dirigir la espontaneidad cuando esta estalla. Porque, cuando el huracán se desata ya no hay tiempo.

Cooke piensa que, si se diera la "situación caótica", "en la medida en que estemos organizados podremos orientar la insurrección y aprovecharla". Mientras tanto la política insurreccional es ser vanguardia fábrica por fábrica, barrio por barrio y, en el caso de los comandos, caño por caño.

Todo se reduce, entonces, a trabajar infatigablemente, con celeridad y orden, para obtener el poder de ser árbitros. Cuando lo logremos —y aún no lo hemos logrado— podremos paralizar el país en el momento en que Ud. dé la orden o, en caso de acontecimientos inesperados, encauzar los acontecimientos hacia nuestros objetivos. Lo contrario es jugar al manotón de ahogado, y es el gobierno y no nosotros a quien el agua está tapando.

El 1º de mayo, Juan Perón se levanta eufórico, y le manda a John una carta donde le habla de la huelga general y la insurrección:

Hay que paralizar el país ya antes de declarar la huelga general. La dictadura tiene preparado un decreto estableciendo la "Ley Marcial" para el caso de una huelga general que se declare, en consecuencia, no declaremos la huelga sino hagámosla, sin previa declaración.

La euforia y la política no se llevan bien, todo buen político debe repudiar la

euforia. ¿Cómo pensaba Perón lograr que millones de trabajadores se enteraran de una huelga no declarada? Sería necesaria una orden única que bajara a toda la base al mismo tiempo, ya que una huelga es una carrera contra el tiempo que no suele beneficiar a los huelguistas. Por eso las huelgas se hacen públicas. En una huelga general nacional es imprescindible golpear fuerte desde el vamos, si el acatamiento es mínimo el fracaso está del todo asegurado.

Una semana después, el 8 de mayo, el líder parece entender que se ha dejado llevar por el entusiasmo:

Ahora es cuando debemos hacer la guerra sin cuartel y sin descanso a la dictadura desde adentro y desde afuera, persuadiendo a todos los peronistas que es menester que todos, en todas partes y en toda circunstancia combatamos por todos los medios a la dictadura que ha de caer vencida no como ella espera en una gran batalla, sino por medio de millones de pequeños combates donde su fuerza sea impotente para concurrir y sus medios insuficientes para detener.

Ya no lo inquieta la huelga general, sino los pequeños combates diluidos en el tiempo —recordemos su frase: “La resistencia es una lucha intensa diluida en el espacio y en el tiempo”.

Si se intensifica ahora la resistencia inteligente y bien dispuesta, golpeando donde duele y cuando duele, haciendo todo donde no está la fuerza y nada donde ésta se encuentra, terminaremos por desarticular la defensa de la canalla, anarquizar sus organizaciones, asustar a sus hombres, desgastar sus fuerzas y descomponerlas, llevar el derrotismo a sus comandos, hacer que se peleen entre ellos y desarticular toda idea de conjunto. [...] Por eso las acciones nuestras deben ir paulatinamente tomando un tono agresivo pero limitado, sin pasar a acciones mayores, porque nada hay mayor que el todo, sin que sea necesario hacerlo en una sola acción reunida.

---

288 Nikolái Aleksándrovich Románov (San Petersburgo, 1868-Ekaterimburgo, 1918) fue el último zar de Rusia. Durante su reinado el Imperio sufrió una ruinosa caída económica y militar. Fue apodado “el sanguinario” por la increíble Tragedia de Jodynka (con motivo de los festejos por su coronación en 1896), el Domingo San¬griento (en San Petersburgo en 1905) y por las persecuciones antisemitas. Involucró al Imperio en la Gran Guerra.

289 Aleksandr Fiódorovich Kérenski (Simbirsk 1881-Nueva York 1970), abogado de profesión, desempeñó un papel importante en el derrocamiento del régimen zarista. Fue el segundo y último primer ministro del Gobierno Provisional instaurado tras la Revolución de Febrero, fue barrido por la Revolución de Octubre.

Todavía no estamos a punto

El 11 de mayo, Cooke despacha hacia Caracas otro informe de situación. (Notemos que los intervalos entre cartas son mínimos, los tiempos arden.)

La gente está dispuesta y solo espera su orden. Especialmente en Rosario, donde me instan a que le trasmita la opinión de que debemos largarnos de inmediato. Sin embargo, y sin redundar en razones que ya le he expuesto, todavía no estamos a punto, aunque avanzamos aceleradamente hacia el necesario punto de organización. Como no nos facilitarán la Radio del Estado para que Ud. trasmita en cadena la orden de paro, el éxito depende de que la podamos trasmitir rápidamente a través de nuestros organismos clandestinos. (El destacado es de D. S.)

Hay un cerebro que debe dar la orden a los músculos. El cerebro es Juan Perón, pero está lejos. Tan lejos que necesita que la orden la dé el Comando de Operaciones dirigido por su representante, John William Cooke. Pero este comando no es un organismo visible —como la CGT o una dirección partidaria — sino clandestino. Y también está fuera del país, aunque más cerca.

Además, la aceptación del representante —Cooke— no es unánime. No lo es por desconocimiento y por la batalla de apócrifos. De manera que el mecanismo de relojería necesario para que el cerebro pueda dar la orden claramente y al mismo tiempo todos los músculos respondan, está lejos de ser realidad.

Después se ocupa del gobierno.

Durante varios días se libró una batalla en el seno del gobierno. Se originó en el temor que algunos círculos sienten por el programa excesivamente revolucionario de Frondizi, cuyos objetivos son repetición de los del peronismo. Proponían, en consecuencia, impedir que Frondizi obtuviera mayoría en la Constituyente y, eventualmente, en la elección general de autoridades.

Porque ahora, para Aramburu, Frondizi es peronista. Detengámonos también en esto.

Las dos fuerzas políticas que pueden suceder a los militares son los radicales del pueblo y los radicales intransigentes. Los primeros siguen siendo partidarios de los antiguos maridajes: exportar granos e importar bienes intermedios, no han abandonado la raíz agraria del radicalismo. Los intransigentes de Frondizi proponen una industrialización más afín con el gran capital industrial. Si para Aramburu Frondizi es peronista, eso quiere decir que en la cúpula libertadora el sector terrateniente obtuvo el predominio.

El medio para impedir el triunfo frondicista es una amnistía política que permita la actuación de un partido neoperonista.

El propio Manrique[290], a pesar de su gorilismo, hizo algunos sondeos para conocer la actitud de los presuntos cómplices en caso de aprobarse el plan. Bramuglia dijo que sí; Mercante se mantuvo a la expectativa sin dar respuesta; Leloir, cansado de participar en todos los rompecabezas sin obtener la libertad que siempre le prometen como precio, se negó a dar una respuesta categórica.

Pero la maniobra muere antes de nacer. Aramburu declara que las inhabilitaciones políticas se mantendrían.

Cooke pasa a los secuaces, a los que llama “partidos gubernistas”.

Afirman que el gobierno es inexperto e inhábil, pero patriótico y democrático. Le transcribo algunos párrafos de las momias insurrectas que pasan por próceres de la Libertad:

GHIOLDI[291]: “El gobierno tuvo errores, pero no se puede desconocer su buena fe y la limpieza de sus intenciones”.

SABATTINI[292]: “El plan Prébisch fue un error, pero no vamos a permitir que se responsabilice al gobierno actual de las arcas vacías, como lo está haciendo Frondizi”.

SANMARTINO[293]: “El gobierno ha cometido y comete errores que no vamos a disimular ni callar, pero está animado por móviles patrióticos que tampoco vamos a negar”.

BALBÍN[294]: “Los críticos implacables de la revolución cometen una injusticia”.

PALACIOS[295]: “Critico a quienes con pesimismo —a veces simulando— fustigan violentamente a los hombres de gobierno, que se equivocan, sin duda, porque los estadistas no se improvisan, pero que demuestran en su acción reivindicatoria desinterés y patriotismo”.

Los bengoístas continúan haciendo actos en favor de la Constitución del 49, a la cual demuestran un inesperado amor. […] Eso, sin dejar de seguir prometiendo

el golpe, para lo cual hacen promesas a los diversos grupos proclives a la componenda. Siguen en contacto con Bramuglia, con Leloir, con Saadi. Aseguran [...] que usted ha dado su bendición al intento, que una vez triunfantes, reconocerán al “peronismo”.

Sobre Frondizi, John dice que su acto del 30 de abril en el Luna Park tuvo una magra asistencia: llenó la platea y poco más de la mitad de las tribunas. Que todos sus esfuerzos se dirigen a la caza de votos peronistas, confiando en ser elegido como el “mal menor”.

El “mal menor” es el gran problema del peronismo. Dicho de otra forma: si la clase obrera no logra desalojar a la dictadura con un nuevo 17 de Octubre, optaría por el gobierno menos gorila. Y Frondizi jura que, en tal caso, volvería a la Constitución del 49.

Desgraciadamente, se ha sumado a esta posición Jauretche, cosa que verdaderamente lamento porque me ha puesto en la necesidad de romper con un hombre por el que siempre he sentido respeto intelectual y personal. Junto con él, hay otros que, con menos franqueza, trabajan por la “fórmula YPF” (Yrigoyen, Perón, Frondizi).

Le duele lo de Jauretche. No hay ni rastros de rencor por la carta que don Arturo le mandó en octubre pasado; hay dolor y respeto.

Sobre la “acción directa” y los caños dice que para la acción directa sobran voluntarios, y hay que luchar contra los que reclaman bombas. Desgraciadamente, las bombas son de fabricación muy deficiente, algunas no estallan y otras lo hacen prematuramente. El día 30 de abril se colocaron setenta bombas —informa— de las que solo estallaron veinte. Pero ahora han conseguido “un químico muy bueno”, así que esperan mejorar.

Y entre líneas:

Le sugiero la conveniencia de que usted haga conocer expresamente a los Comandos de Exilados y demás organizaciones mi designación.

Otra vez.

El asunto, entonces, no ha terminado.

A lo que Perón le contesta el 17 de mayo:

He comunicado a todos los Comandos la consigna de reconocer ese nombramiento y lo reiteraré en forma que no quede la menor duda. […] Nadie está autorizado por mí para desarrollar ninguna acción en la dirección de conjunto, como no sea usted, que lo tiene por escrito.

Sobre el tema de la huelga general, Perón parece haber entrado en realidad.

Los que creen que es posible paralizar al país porque mucha gente es opositora al “gobierno” se equivocan. Paralizar todos los gremios implica una tarea larga, difícil y que impone medidas muy inteligentes y apropiadas. Si la paralización no es total no tiene efectos decisivos porque el “gobierno” aguanta y luego mediante la presión puede ir metiendo la gente de prepotencia. Si no es decidida y enérgica, además vigilada por pelotones especiales para sancionar efectiva y duramente a los rompehuelgas, comenzarán paulatinamente a volver al trabajo

los cobardes primero y los débiles después con el pretexto de los anteriores y todo se desmoronará en pocos días y el fracaso será la derrota nuestra y el fortalecimiento del “gobierno”. Por eso es un arma de dos filos que, para fracasar, es mejor no hacerlo.

Además, hay que asegurar la participación de parte de las fuerzas militares y policiales. Tendrían un rol pasivo, dice Perón, que es la mayor participación que se puede conseguir. Sería un terrible error basar el alzamiento en ellas. Por eso hay que confiar solo en las fuerzas populares. Si las fuerzas militares ayudan tanto mejor. Termina Perón, acordando con la idea que ya le expresara Cooke.

---

290 Francisco Guillermo Manrique (Mendoza, 1919-Buenos Aires, 1988) fue oficial naval y político. Ocupó el cargo de jefe de la Casa Militar durante los gobiernos de Lonardi y Aramburu. Fue ministro de Salud y Acción Social durante las dictaduras de Levingston y Lanusse y candidato a la presidencia en 1973 por la Alianza Popular Federalista, obteniendo el 12 por ciento de los votos. En 1986 fue nombrado secretario de Turismo por el presidente Alfonsín. Al año siguiente fue elegido diputado por la Capital Federal, formando parte de la lista de candidatos de la Unión Cívica Radical.

291 Rodolfo Ghioldi (1897-1985), dirigente del Partido Comunista. Fue elegido vicepresidente de la Federación de Juventudes Socialistas (luego Federación Juvenil Comunista) el 21 de agosto de 1917. No hay que confundirlo con sus hermanos Orestes, también integrante del PCA, y Américo, dirigente del Partido Socialista Democrático.

292 Amadeo Sabattini (Buenos Aires, 1892-Villa María, Córdoba, 1960) se graduó de médico en la Universidad de Córdoba. En 1919 se instaló en Villa María, donde ejerció la medicina y se dedicó a la política en la Unión Cívica Radical. Fue ministro de Gobierno entre 1928 y 1930. Producido el golpe, participó en distintos levantamientos radicales y sufrió persecuciones. En

1936 fue electo gobernador de Córdoba.

293 Ernesto Enrique Sammartino (Ramallo, Buenos Aires, 1902-Buenos Aires,1979) fue un diplomático y político argentino perteneciente a la Unión Cívica Radical, que se desempeñó varias veces como diputado nacional y miembro de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Se hizo célebre por haber calificado a la bancada peronista como el “aluvión zoológico”.

294 Ricardo Balbín (Buenos Aires, 1904-La Plata, 1981) fue una de las figuras más notables de la Unión Cívica Radical (UCR). Presidió el Comité Nacional desde 1959 (en ese momento Unión Cívica Radical del Pueblo) hasta su muerte. Fue candidato a presidente de la Nación en cuatro oportunidades, 1951, 1958, y las dos elecciones del año 1973, siendo derrotado en todas.

295 Alfredo Lorenzo Palacios (Buenos Aires, 1878-1965), fue abogado, legislador, profesor y, en 1904, el primer diputado socialista de América. Constituyó el ala nacionalista del Partido Socialista, del que fue expulsado varias veces, la primera en 1915. Fundó el Partido Socialista Argentino. Fue elegido senador en 1931 y reelegido en 1935.

En 1930, fue designado decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, y en 1941, a propuesta de los estudiantes, fue elegido presidente de la Universidad de La Plata.

Cuando en 1946 se lleva adelante el juicio político a la Corte Suprema que había declarado legal el golpe que derrocó a Yrigoyen, Palacios actuó como defensor de su presidente, Antonio Sagarna. Tras el fallido golpe de estado del general Benjamín Menéndez en septiembre de 1951 fue encarcelado. Volvió a ser

senador nacional en 1958.

El atentado

La madrugada del 25 de mayo de 1957 explotó una bomba colocada en el auto de Perón. El Opel quedó completamente destruido. Por fortuna su chofer, Isaac Gilaberte —que conducía el vehículo rumbo a un mercado para comprar carbón y carne para festejar la fecha patria— resultó sin lesiones de gravedad.

Según dirá Cooke más adelante, el atentado habría sido cometido por un enviado del coronel Santamarina, llamado Bruno Scarfalatti. Debido al atentado realizado por agentes de la Libertadora, Venezuela expulsó al embajador argentino en ese país, general Federico Toranzo Montero[296], lo que derivó en la ruptura de relaciones diplomáticas.

El 5 de junio, ya librado del gobierno de la emoción, Cooke le escribe:

Por Catella nos enteramos de los detalles del criminal atentado contra Ud. Se imaginará que pasamos un 25 de Mayo angustiado, pendientes de los cables que llegaban a las agencias noticiosas, hasta que al atardecer confirmamos que no había sufrido daños.

Lo felicita por las declaraciones después del atentado y lo pone al tanto de los volantes que ha distribuido. La idea era impresionar a los que creyeran en la impunidad después del crimen. El volante está firmado por el “Comando de Acción”, y se dan directivas para el supuesto de un atentado exitoso.

El texto es extremadamente sanguinario: si Ud. llega a resultar herido o muerto, se deberán ocupar de inmediato las fábricas, comercios, estancias y

establecimientos de toda clase; cada organización clandestina y cada peronista en particular deberán desde ahora fijar su “objetivo” para esa eventualidad; debe procederse sin ninguna clase de reparos y matar a los gorilas de cada barrio, sus familias y servidores de cualquier categoría; los comandos clandestinos y los grupos JDP cumplirán de inmediato los planes fijados, en los que deberán estar incluidos todos los funcionarios del gobierno.

Superando inconvenientes —dice Cooke—, se va estructurando la organización clandestina con menos anarquía y más sincronización.

Ese estado de ánimo no se traduce en una resistencia civil total como la que deseamos. Hay grupos activistas que ponen bombas y hacen sabotaje; esto va creando una mentalidad proclive a la acción y anima a muchos expectantes.

El pueblo admira estos actos, pero…

[…] solo muy débilmente los secunda con otros que, si bien menos espectaculares, son sumamente eficaces.

La estrategia insurreccional de la línea Caracas consiste en avanzar hacia una huelga general insurreccional y reforzarla con la acción de los comandos.

Como ya le dije en una carta anterior, Rosario dice estar a punto, lo mismo que mucha gente de Capital y Gran Buenos Aires. Se dan como argumentos para apoyar esta tesis que la espera desalienta a la gente; que los dirigentes más capaces van cayendo presos y, aunque recuperen su libertad, quedan marcados. […] Yo valoro todas esas razones. […] Pero comparto sus puntos de vista sobre el peligro de apresurarnos y creo que su razonamiento no deja lugar a réplicas.

Los que están en algún Comando clandestino tienen una visión, a menudo, parcializada y viven un poco el ambiente de ese círculo. [...] Yo soy partidario de continuar organizándonos. En esta etapa y circunstancias soy un maniático con un solo tema: organización.

Para ese fin es necesario lograr, además, la aceptación o por lo menos la neutralidad de un amplio sector militar.

Ese mismo día, Perón le despacha a Cooke otra carta desde Caracas. Ha recibido información que, antes de terminar junio, habría un golpe de los bengoístas. Los golpistas aceptan la reivindicación del Partido Peronista, la libertad de todos los presos y una amplia amnistía. Pero rechazan su vuelta.

Las elecciones —le dice Perón— se realizarían en noventa días.

Y los apoyaría Frondizi.

Hasta aquí la información. Puede ser un rumor más, pero dentro de la situación actual no es descabellado pensar que pueda haber algo a este respecto.

[…] Quién sabe si esta no es una oportunidad para nosotros. De producirse se presentaría un momento de caos absoluto en todo el país y tal vez hubiera lucha en algunas partes, en cuyo caso nuestra gente podría intentar la paralización total y tratar de copar la situación.

Un golpe al golpe. Perón se entusiasma, pero hay un problema instrumental:

Yo no tengo la menor duda que, dada la situación presente, si fuera posible dar la orden a todos, se podría hacer cualquier cosa. Pero, desgraciadamente, no estamos preparados, ni en condiciones de utilizar enlaces y comunicaciones seguras, fehacientes y rápidas. Por eso, creo que hay que tratar por todos los medios de resolver este problema, cosa que yo no puedo hacer solo desde aquí.

El 5 de junio Cooke escribe que el mayor problema es que la masa ve con simpatía la resistencia, pero no se suma a ella (“Ese estado de ánimo no se traduce, sin embargo, en una resistencia civil total como la que deseamos”). El mismo 5 de junio, Perón no tiene dudas de que “si fuera posible dar la orden a todos, se podría hacer cualquier cosa”. Es decir, no hay un impedimento político sino organizativo.

Pero lo que John y Perón aún no asumen es que no están dadas las condiciones sociales para una insurrección. No es un problema de organización de comandos ni de recomposición de la vanguardia en condiciones de clandestinidad lo que impide la resistencia civil como la que desean. Las capas medias no se pliegan y el apoyo militar es nulo en cuanto a oficiales con mando de tropa. Solamente el sector fabril de la clase obrera sigue resistiendo, pero sus huelgas han disminuido en 1957 (volverían a subir de manera piramidal durante el 58 y el 59).

Ya porque el golpe bengoísta no se produce, ya porque Frondizi nada había arreglado con Bengoa, el intransigente hace contacto con Caracas. El 9 de junio, a un año del levantamiento de Valle, Perón se refiere a eso:

Frondizi me mandó tantear dos veces en forma indirecta desde el Brasil, la última por medio del Mayor Vicente que no me dejará mentir, ofreciendo que vendrían a Caracas Frondizi y Rodríguez Araya. Yo les contesté que, si el Pueblo decidía su apoyo a Frondizi, yo votaría por él, de manera que al que debían

consultar era al Pueblo y no a mí.

Perón le dice que si buscara una solución para él no tendría necesidad siquiera de proponerla. La dictadura y Frondizi darían todo por una palabra suya de apoyo. Pero eso sería traicionar al pueblo. Está convencido de que lo único que quieren es la destrucción de las conquistas de los trabajadores, comenzando por la Constitución de 1949, “la entrega del país a la oligarquía y al extranjero, la explotación de los trabajadores y el colonialismo más inaudito”. Por eso ellos deben tener la intransigencia más absoluta.

---

296 Federico Guillermo Toranzo Montero (1911-1980) tras participar en el golpe de estado de 1955 fue nombrado director del Liceo Militar General Paz, situado en Córdoba. Posteriormente fue comandante de la 4ª División de Caballería con sede en Mercedes, director general de Remonta y Veterinaria y comandante del IV Cuerpo del Ejército, con autoridad sobre el noroeste argentino. En 1962 fue nombrado interventor en la provincia de Salta por decreto del dictador José María Guido.

Organizar a millones de personas con el jefe lejos

Hay una carta de John, no está fechada, pero la suponemos escrita alrededor del 15 de junio, en ella contesta las de Perón del 9 y del 11.

Nuestro movimiento tiene doctrina y Jefe. Cuando los dirigentes se perdían en la trama de las combinaciones políticas, la masa no vaciló un solo instante, dejó atrás a sus “conductores” —entretenidos en jueguitos minoristas— y proclamó la intransigencia absoluta. Hoy, todos se manifiestan intransigentes, aun los desviacionistas más notorios, pero eso es la demostración de que el pueblo no se equivocaba y ellos sí.

El motivo por el que ahora los peronistas blandos vuelven a alinearse con Perón es que este retiene la voluntad de la base social del peronismo. Cooke apunta que una de las grandes virtudes del movimiento es el número:

[…] una masa como la nuestra, que a dos años de persecución se mantiene inalterablemente firme en sus convicciones y en su adhesión a Perón.

Pero:

Nadie puede pensar en organizar a millones de personas bajo la persecución despiadada y con el Jefe a 5000 kilómetros. Ni tampoco hace falta. Pero hay que llegar a cierto grado de organización. Lo suficiente como para tener grupos que encabecen la insurrección llegado el caso, y que mientras tanto cumplan funciones de hostigamiento a la Tiranía.

Lo que escribe Cooke es correcto pero parcial, digamos: incompleto. Porque sobre el pueblo argentino pesa en 1957 lo que John no puede decirle a Perón ni a ningún otro. Lo que hacia 1957, quizá, no puede siquiera decirse a sí mismo: la masa está sin jefe. O sea, sin dirección.

El jefe se ha ido en septiembre del 55; se quedaron los cabecitanegras, los descamisados que hicieron el 17 de Octubre, los que crearon al peronismo y refundaron al propio Perón. Aquí no hay un juicio ético al individuo, en absoluto. Perón dejó el poder porque su frente nacional era impracticable en 1955 y porque, para retenerlo, tenía que negar la base social que lo sustentaba o negar la condición burguesa del peronismo.

Pero, desde que la clase obrera se ha embarcado en la resistencia, las cosas han cambiado. O debieran haber cambiado.

Hay dos motivos por el que "ese estado de ánimo no se traduce, sin embargo, en una resistencia civil total como la que deseamos". Uno: porque el jefe no está clandestino en el país, ni ha dicho públicamente de manera inobjetable que es representado por Cooke. Dos: porque al no tener una cabeza unánimemente reconocida, el peronismo le baja a las masas consignas contradictorias.

John lo sabe, y por eso reclama que Perón baje pocas y claras consignas.

Un partido como el comunista, por ejemplo, completamente organizado, disciplinado, y donde las jerarquías están estructuradas perfectamente, puede permitirse muchísimas piruetas tácticas, y hacer hoy lo contrario de lo que dijo ayer. Pero un mastodonte como el peronismo debe limitarse a un menor potencial de maniobras tácticas. El comunismo puede actuar como una ardilla,

pero nosotros debemos partir de la base de que somos como un elefante.

Más adelante le dice a Perón que intentarán copar la Comisión Intersindical para hostigar al gobierno. Exigirán la entrega de la CGT a los trabajadores. Si lo consiguen, la Intersindical se disolverá; de lo contrario se convertirá en un organismo paralelo.

Pero algunos comandos consideran una traición trabajar en la Intersindical. Cualquier rastro de legalidad les es horroroso, para ellos los sindicatos deben ser clandestinos. Cooke no desea ponerse esos comandos en su contra, pero menos quiere desechar a los nuevos militantes gremiales que, en la semilegalidad permitida ahora por el gobierno, ganan terreno día a día.

Prescindir de ellos es renunciar a una política de masas.

Con los meses, la discusión se hará más violenta. Cooke apoyará decisivamente a los nuevos dirigentes gremiales, tratará de incorporar a los viejos al trabajo con la base y promoverá encuentros de la CGT Auténtica y las 62 Organizaciones.

La carta termina anoticiando novedades sobre Alicia. Después de diecinueve meses de prisión está, por fin, en libertad. Ha sobrellevado la cárcel como una combatiente, escribe, orgulloso.

Jefe de la División Operaciones

El 21 de junio, Perón le señala que está persuadido de que las embajadas de la "canalla dictatorial" han sobornado a los empleados del correo y se apoderan de la correspondencia. Hay que abandonar el uso del correo: las cartas para los comandos de exilados deben llegar a través de emisarios desde Caracas. Por eso ha resuelto que Cooke funcione como jefe de la "División Operaciones del Comando Superior Peronista adelantada", su misión es conducir todo lo referente a la insurrección y la organización.

Con un día de diferencia Perón escribe otra carta. Las manda juntas mediante un astuto ardid.

La carta adjunta [la fechada el 21 de junio] ha sido leída con Colom, pero esta no. Es un sistema mío: doy a leer la carta así puedo cerrarla, pero antes le agrego lo confidencial, sin peligro.

Reproducimos unos fragmentos imperdibles:

He conversado largamente con él [Colom], que me ha dicho que es su amigo, de modo que todo puede ser acordado allí por ustedes sin dificultades. Sin embargo, como el Diablo sabe por viejo, me permito agregarle algunos consejos al respecto.

Perón sabe —y se lo dice a Cooke— que su nombramiento ha levantado un gran revuelo en contra en algunos y a favor en otros. Era de esperar: "por lo menos para los que conocemos a los hombres buenos y a los malos".

Pero, como usted tiene que manejar a unos y otros, es necesario que se prepare para hacerlo con la mayor sabiduría y prudencia, de modo que haga de ellos lo que usted quiera sin que siquiera ellos mismos se den cuenta.

El hombre necesita ser mandado, pero nadie le reconocerá semejante cosa y menos aún que usted sea el hombre indicado para hacerlo. Se pueden congeniar las dos cosas. Mandándolo sin que él se dé cuenta que se lo hace. De todas maneras, lo que usted necesita de él es la obediencia, no el reconocimiento. (El destacado es de D. S.)

Muy cierto, un conductor no puede ser una persona común. Un conductor no debe buscar reconocimiento. El reconocimiento suele ser un bálsamo a la inseguridad, pero la inseguridad del conductor nunca debe ser visible.

Por eso las directivas mías a los Comandos de Exilados tratan de presentar el problema en forma que no tenga usted ningún inconveniente, trabajando en mi nombre, como División Operaciones adelantada y ordenando lo que sea necesario sin que nadie pueda objetar nada. Eso y su buen tino, permitirán aun favorecer la zona de transición entre mi dirección y la suya. [...] Lo que usted necesita es que le obedezcan, no que lo amen y, mediante el sistema, yo le aseguro esa obediencia. Ya se irán acostumbrando a "su mano" y no habrá dificultades.

Trabaje en mi nombre, yo le aseguro la obediencia, y no va tener problemas si tiene buen tino (o sea, si no mete la pata). Hay quien advierte en esto la enseñanza del oficio de conducir, y puede ser cierto. Pero observemos también los límites que Perón pone a la acción de Cooke. Trabajar en su nombre implica, necesariamente, limitar la acción de Cooke. O sea: tiene usted libertad para hacer lo que quiera siempre que se ajuste a las líneas de mi pensamiento.

Para conducir se necesita “saber cargar con la responsabilidad y tener la libertad de acción suficiente como para poder defender esa responsabilidad”. Yo le cargo con la primera, pero también le doy la segunda. Quedo yo, atrás de reserva, para aguantar lo que haya que aguantar.

Y entonces Perón le da por primera vez un consejo que él ha llevado a la práctica y que, también, encierra una orden:

No debe olvidar que usted, en esta tarea, es una especie de Padre Eterno, que ha de dar la bendición a todos por igual y que, si se embandera en la lucha parcial de los pequeños bandos termina por perder a uno de ellos y eso no debe ser. Hay que arreglarlos a todos porque todos sirven para algo, todo es cuestión de encontrarlo.

Un Padre Eterno.

Y le da el ejemplo de Leloir. Perón ha leído que aparecía adhiriendo a la marcha del silencio y recostándose en los legalistas.

No hay que combatirlo y menos violentamente. Usted ha leído mi carta a Leloir. Ese es el tipo de acción frente a esto. No va a engañar a nadie de la masa y los dirigentes que lo siguen no representan nada en ella, de modo que no hay peligro. Trate de no llegar a romper lanzas con él, nada ganaría con eso. En cambio, mucho se hace cuando uno es el tolerante, por lo menos en las palabras.

Como podemos ver, el camino que traza Perón es opuesto al pedido de Cooke de

pocas y claras consignas. Veamos un poco. Un frente nacional compuesto por diferentes clases es un organismo heterogéneo donde hay fuerte lucha interna. Al pedirle pocas y claras consignas, Cooke le solicita a Perón las consignas afines a su peronismo antiimperialista, antiburocrático y obrero.

Después de decirle que no se pelee con Leloir, Perón le cuenta que, en 1796, cuando Napoleón recibió el mando del Ejército francés, que se encontraba cubierto de harapos y hambriento, encerrado en el Golfo de Génova, entre el mar y los Alpes, con los austríacos que le cerraban los pasos, decidió atacar a través de las montañas. Era necesario echar mano a todos los recursos para levantar la moral de esa tropa sometida a terribles privaciones.

En la proclama de Napoleón se decía: nosotros estamos hambrientos y privados de todo, pero del otro lado de esas montañas están las campiñas piamontesas abundantes en recursos de todo género y de hermosas muchachas y vida placentera.

Quizá haya llegado para nosotros el momento de hacer llegar a la gente por diversos medios algunas indicaciones que, en estos momentos [...] pueden ser de efecto muy interesante.

En primer término, de acuerdo con el precedente sentado por la dictadura, se entregará al Pueblo todos los bienes de los oligarcas y gorilas que han participado, creando igualmente una entidad de restitución patrimonial que se encargará de someter a todos a una confiscación total.

Dentro de ello los que tomen una casa de oligarcas y detengan o ejecuten a los dueños, se quedarán con ella.

Los que tomen una estancia en las mismas condiciones se quedarán con todo, lo mismo que los que ocupen los establecimientos de los gorilas y enemigos del Pueblo. (El destacado es de D. S.)

Levantar la moral es la consigna y —si bien el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón— la que propone es una moral de saqueadores y no de revolucionarios. Pero lo más dramático —viniendo de un militar— es lo que sigue:

Los Suboficiales que maten a sus jefes y oficiales y se hagan cargo de sus unidades tomarán el mando de ellas y serán los jefes del futuro. Esto mismo regirá para los simples soldados que realicen una acción similar.

En fin, buscar otras cuestiones del mismo tipo. Esto no conviene que sea expresado públicamente ni en nombre de nuestro Movimiento, pero se puede hacer llegar por otros medios igualmente eficaces.

Es claro que Perón no piensa hacer nada de lo que escribe, solamente se trata de subir la moral. Que se sepa, Cooke no trabajaría en esa línea.

Voto en blanco o abstención

Existe una larga carta de Cooke, también sin fecha, que probablemente fuera del 11 de julio, que comienza —otra vez— con el espinoso tema de las directivas contradictorias de Perón.

Como mi primera obligación es decirle la verdad, tal como la veo, debo declararle que la directiva que trajo Colom sobre la abstención ha causado serios inconvenientes. Cuando le sugerí la redacción de la orden anterior, que disponía la abstención, pero contemplaba el voto en blanco y el voto anulado para el caso de los ciudadanos que debiesen concurrir a las urnas, tuve en cuenta todos los argumentos que me llegaban en favor de las diversas maneras en que el electorado podía demostrar su repudio a la farsa. G.1 [Julio Ghizzardi], por ejemplo, sostenía que debía proclamarse la abstención, lisa y llanamente. Agregaba que, en el futuro, el que no mostrase su libreta en blanco debía ser expulsado del Movimiento; también hablaba de la posibilidad de maniobras para repartir los votos en blanco entre los diferentes partidos. Como le dije entonces, considero que esa repartija de los votos en blanco es imposible de consumar, porque se necesitaría la complicidad de miles y miles de autoridades de mesa, fiscales de todos los partidos, etc. En cuanto al primer punto de vista, tiene el error que a menudo confunde a G.1, a pesar de su perspicacia para la parte operativa de la lucha: considera al pueblo como una abstracción y no como lo que es, un conglomerado donde hay valientes y cobardes, tímidos y valerosos, peronistas cien por ciento y peronistas de menor graduación en el fervor. Me parecía que había que ofrecer todas las facilidades para que nuestra masa se expresase de acuerdo al coeficiente personal y la circunstancia de cada uno. (El destacado es de D. S.)

La posición de Cooke es inobjetable. Ghizzardi quiere expulsar a los que no se abstengan porque piensa en una insurrección hecha sin obreros, sin profesionales, sin maestros, ni bancarios, ni militares, en definitiva, sin pueblo, únicamente con los comandos. Camino por el cual la política se reduce a un

problema de logística y arrojo.

Esas masas irreales, “abstractas”, que Ghizzardi imagina heroicas nunca han existido. La sabiduría de la supervivencia de las clases subalternas sabe que el heroísmo no sirve. Los saltos hacia adelante de las insurrecciones populares son más un acto de autodefensa que de heroísmo. Dicho de otra manera: hay extrema racionalidad en la espontaneidad de las masas.

Llegó su directiva, que a mi juicio era perfecta, y tuve un encontronazo con los partidos del voto en blanco. El Padre Benítez me envió una larga carta sosteniendo que era un error funesto mencionar la abstención, pues toda la campaña se venía sosteniendo, desde meses atrás, por el voto en blanco. [...] Le escribí una verdadera andanada de raciocinios a favor de la orden tal cual estaba redactada, significándole la inconveniencia de encerrarnos en posiciones unilaterales. Como Ud. ve, el apasionamiento que ponen los que propugnan una u otra actitud es la mejor demostración de que ninguna puede ser adoptada en forma excluyente. Así que le dije al Padre que comenzase a difundir la directiva tal cual estaba, y la envié también a los Comandos de Exilados, a los grupos obreros, a los comandos clandestinos, a todas partes. Incluso hice confeccionar aquí una gran cantidad de clisés, de forma que no tuviesen que perder tiempo —ni en los países limítrofes ni en el nuestro— en buscar grabadores clandestinos. También hice reproducir las cintas, grabé el mensaje en discos, etc.

Y entonces el jefe cambia la orden:

Días después llegó Colom con una nueva directiva, en muchos aspectos contradictoria con la anterior, pues se afirma que “quien concurre a los comicios respalda a la tiranía y apoya a los partidos que la sostuvieron durante dos años de robos y crímenes”, “Votar, aunque sea en blanco, es favorecer el fraude” “VOTAR ES TRAICIONAR AL PUEBLO”, etc., etc.

Cooke trata de mantener la calma. Explica que desde septiembre se venía difundiendo el voto en blanco —recordemos que hace poco le había dicho que un mastodonte como el peronismo no podía hacer cambios tácticos sobre la marcha—. Dice, también, que uno de los males es el exceso de directivas que, como en este caso, son ciertamente contradictorias. Los que recibieron la primera directiva dicen que ahora son sospechados de falsedad.

El pueblo recibe muchas y diferentes informaciones. A las anteriores se suman las apócrifas: los semanarios frondicistas publican directivas “de su puño y letra” ordenando la abstención, y Manrique fabrica otras que llamaban a votar en blanco. Por fin, en las “Directivas Generales para todos los Peronistas” se da la posibilidad de anular el voto escribiendo “asesinos”.

Como la directiva que Ud. me envió contemplaba todas las hipótesis, no se contradecía con las anteriores. La última, en cambio, siembra dudas sobre la autenticidad de las demás.

John no lo dice, pero seguramente ha sido la concesión del “Padre Eterno” a algún comando diamante.

Nosotros fuimos los inventores de las penalidades para los que no votan; para cualquier trámite administrativo, por insignificante que fuese, se requería tener la constancia de haber votado. La Tiranía puede, en cualquier momento, imponer obligaciones semejantes, y el número de héroes dispuestos a desafiar cualquier cosa es muy inferior al número de peronistas.

Hay 600.000 jubilados y pensionistas que corren el peligro de no poder cobrar sus emolumentos si se abstienen. A los que hay que sumar los empleados públicos, los que tienen trámites administrativos pendientes, etc.

Queda claro que la actitud de “Padre Eterno” no rinde buenos frutos. En un momento, la carta aborda el tema gremial y la semilegalidad abierta por el gobierno.

Cuando los dirigentes importantes no sabían qué hacer y deambulaban de General a General, los muchachos de segunda y tercera línea mantuvieron la lucha sin cuartel y corrieron todos los riesgos. Ahora, gracias a la semilegalidad existente, los antiguos vuelven a tomar el predominio, pero no es admisible que los que hicieron posible la coyuntura favorable presente desaparezcan de la dirección del Movimiento gremial. Es conveniente, por otra parte, que los “antiguos” cuenten en el seno del organismo con la presencia y control de los “nuevos”, pues esa será la mejor garantía de que no incurrirán en nuevas debilidades y transgresiones en cuanto aparezca en el escenario alguna figura estelar del Ejército.

Eduardo Luis Duhalde apunta muy bien que este “es el primer reconocimiento de que algo había cambiado, junto a los grupos clandestinos actuaban otros peronistas que aprovechaban cierta legalidad, tal el caso de la Comisión Intersindical”.[297]

Al final de la carta le agradece a Perón su telegrama de pésame por la muerte de su padre. Juan Isaac, el que fuera canciller, había sido víctima de un ataque cardíaco mientras viajaba hacia Punta del Este.

Perón le contesta el 17 de julio:

Comparto con usted cuanto me dice sobre el asunto de la abstención, mediante la no concurrencia a los comicios, al voto “en blanco” y a la anulación del sufragio.

El nuevo manuscrito, tenía por objeto reforzar el anterior cargando “las tintas” sobre la abstención lisa y llana, pero, según veo, las cosas no se han interpretado así, debido a las distintas opiniones allí reinantes. Eso prueba una vez más la necesidad de conducir de cerca y pulsar permanentemente la opinión. Ya he subsanado el asunto y espero que usted haya recibido mi cable.

Pero, cuántas maneras hay de interpretar que votar es traicionar al pueblo.

---

297 John William Cooke, Obras completas, tomo II, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011, nota 154, p. 202.

Las elecciones para constituyentes

El 28 de julio de 1957 se realizaron las elecciones. Los votos se dividieron de esta manera: en blanco hubo 2.119.147, algo así como el 24,3%; los radicales del pueblo consiguieron 2.117.160, el 24,2%; los radicales intransigente 1.821.459, el 21,2% y, lejos de las luces del centro, el socialismo 525.721.[298]

El 1º de agosto, tres días después de los comicios, Cooke analiza lo sucedido. “La farsa electoral —dice— ha servido para que afloraran muchos defectos e incontables virtudes del Movimiento.”

La primera parte de la carta está dedicada a la etapa preelectoral, en la que había tenido “largas polémicas” con Alejandro Olmos[299] y el padre Hernán Benítez. Ambos dirigen las publicaciones peronistas más importantes y gravitan sobre mucha gente. Olmos y Benítez habían insistido con el voto en blanco y no quisieron saber nada con la abstención. Mientras tanto, la “línea blanda” se había lanzado a “una campaña desesperada por el voto en blanco”. Pero recién a último momento. Demasiado tarde. Y Frondizi había tratado de conseguir por todos los medios los votos peronistas.

Los frondicistas acusaban de estar al servicio de los gorilas a todos los que hablaban de abstención o voto en blanco. En su último discurso, Frondizi habló del cadáver de Evita, de convocar a elecciones inmediatamente, de levantar la proscripción a nuestro Partido, etc. No dejó ningún lema peronista sin mencionar.

Para peor, Scalabrini Ortiz y Jauretche continuaron sosteniendo —y con ellos el grupo Forja— que votar en blanco o abstenerse era favorecer a la dictadura, y

que solamente los ilusos podían creer en la vía insurreccional.

Esto es muy importante, porque hay un vasto sector de clase media muy sensible a argumentos de este tipo enunciados por hombres de prestigio intelectual y sindicados como peronistas.

Pero, contra todo eso —aclara—, la masa peronista ha permanecido cohesionada, la consigna había circulado de boca en boca y “miles de compañeros corrieron riesgos para que el confusionismo no nos debilitase”.

Después, los resultados. La información sobre provincias como Tucumán y Corrientes, donde las cosas habían ido de maravillas, no oculta que en la Capital y la provincia de Buenos Aires no habían soplado buenos vientos. En la Capital, aun contando abstenciones y votos anulados habían estado por debajo de lo que esperaban. La prédica de Frondizi y los razonamientos del tipo Forja habían ganado al electorado fluctuante, que prefirió votar por los radicales y, en gran proporción, por el frondicismo. Y en la provincia de Buenos Aires muchos peronistas se habían inclinado por Frondizi.

Enseguida se repone (la depresión no es un sentimiento peronista): conseguimos más de dos millones de votos en blanco. Una hazaña. Una hazaña increíble. “Y más aún si se tiene en cuenta que Ud. lo consiguió desde 5000 kilómetros de distancia y sin propaganda pública, diarios ni facilidades para difundir la directiva sin exponerse a la represión gorila.” Así que:

En una elección libre, el peronismo mantendría su antiguo caudal electoral, pues tendría, además de los votos en blanco, abstenciones, anulados y los excluidos, los sufragios que ahora han votado a Frondizi u otros partidos.

Cooke insiste en que la dirección del movimiento debe ser férreamente intransigente y vertical, evitando pactos y componendas:

Mientras sigamos trabajando bajo la persecución, la Unidad doctrinaria y organizativa y la armonía operativa deben ser establecidas desde arriba. [...] Hay que buscar formas de organización y conducción que impidan el éxito de los intentos —que ahora se multiplicarán— para sacarnos de la línea insurreccional y transferir nuestra lucha a la "legalidad".

Pero apenas más abajo admite:

Varios amigos me consultan al respecto, y creen que la hazaña de ahora será difícil de repetir en la elección de febrero, donde Frondizi tendrá más argumentos aún que los esgrimidos para captar votos peronistas. El razonamiento de ellos conduce a que hay dos salidas: una insurrección inmediata (o plazo más o menos breve) o un arreglo que nos permita volver a la legalidad, terminar con las persecuciones y vivir en paz.

No es posible saber si para esta fecha Cooke se da cuenta de la encrucijada. Uno: se habían preparado para un golpe, una insurrección a corto plazo, no para una batalla prolongada en la clandestinidad. Y dos: de ser prescindente el peronismo en las próximas elecciones ganarían los peores, los más gorilas.

---

298 Completaban la grilla los demócratas cristianos con 420.606 votos, los demócratas de centro con 407.695, los demócratas a secas que obtuvieron 269.089, los demócratas progresistas 263.915, y los rojos comunistas con 228.451 voluntades.

299 Alejandro Olmos (1924-2000), director del periódico Palabra Argentina. En 1982 publicará Todo lo que usted quiso saber sobre la deuda externa y siempre se lo ocultaron. Quiénes y cómo la contrajeron, donde denunciará la deuda externa contraída por la dictadura terrorista 1976-1983.

Informe General y Plan de Acción

El 28 de agosto John le envía —a través de Alicia Eguren— una extensísima carta a Perón. Le dice que ha recibido a los amigos de Frondizi, a quienes explicó que el frondicismo no podía ser la continuación dialéctica del peronismo.

También le advierte que un tal José Priori, de nacionalidad italiana, domiciliado en Villa Mercedes, San Luis, viajaría a Caracas para atentar contra él. Que era enviado por el coronel Santamarina, el mismo que enviara a Bruno Scarfalatti y que hiciera explotar su auto.

Junto a la carta, Cooke envía el famoso "Informe General y Plan de Acción", cuya divulgación determinará decisivos enfrentamientos.

Cooke afirma que el 28 de julio ha terminado una etapa.

Las elecciones han demostrado que el peronismo mantiene intacta su base popular, pero es necesaria una severa autocrítica. El carácter revolucionario del peronismo se justifica porque, en el poder, había producido la caducidad del orden oligárquico-imperialista. Así que el peronismo debe comenzar por no negarse a sí mismo, lo que haría si perdiera su condición antioligárquica y antiimperialista. Que la oligarquía y el imperialismo hubieran mantenido parte de sus fuerzas, explica la posterior restauración libertadora.

El proceso que desembocó en las elecciones tuvo como objetivo —explica— simular una legalidad que la dictadura carece, pero que necesita para ofrecer seguridad a los intereses económicos que la respaldaban. Además, si lograban

que los peronistas votaran por los partidos tradicionales —aunque fuera en contra del gobierno— podría exhibir el eclipse del peronismo. Las elecciones hubieran sido, en tal caso, la tumba del movimiento.

Desde septiembre de 1955, la rebeldía del Peronismo se expresó en las formas más diversas, desde el activismo terrorista, hasta la protesta pasiva, desde la huelga hasta el sufragio. Que el Grupo de Ocupación aún continúe en el Gobierno no autoriza a desconocer la potencialidad de esa resistencia; cuyo primer mérito está dado por el fracaso de los intentos para disgregarnos mediante la propaganda, la fuerza o el halago. Tampoco es lícito concluir que existe correlación entre el éxito de la Intransigencia y la eficacia de su organización combatiente. Es evidente la desproporción entre el gigantesco aparato represivo y nuestros inconexos mecanismos clandestinos. Pero nadie dijo que nuestra política insurreccional contemplase la posibilidad de un triunfo de éstos sobre aquél: eso sería lo mismo que enfrentar en campo abierto un ejército regular con un cuerpo de guerrilla. (El destacado es de D. S.)

Cooke quiere dejar claro que intransigencia y comandos no son lo mismo. La intransigencia peronista es el mantenimiento de una línea antioligárquica y antiimperialista; los comandos, una herramienta táctica, una respuesta de subsistencia del peronismo en condiciones de clandestinidad. Los comandos están muy lejos de poseer la organicidad de un partido clandestino capaz de estructurar y dirigir la lucha armada de masas.

El Peronismo era parte en la contienda electoral —más aún: protagonista de ella — pero debía seguir actuando en la ilegalidad. Contra una coalición que disponía de la casi totalidad de los medios propagandísticos del país, solo contábamos con las organizaciones clandestinas, descentralizadas y sin coordinación entre sí.

A pesar de todo, la consigna llegó a casi todas partes y salimos fortalecidos de la prueba. [...] Pero el triunfo no debe ocultarnos la evidencia de que la actual

estructura clandestina no constituye réplica adecuada a las nuevas condiciones dadas en el país para los conflictos políticos-sociales. El dispositivo de combate debe ser ampliado y fortalecido, extendiéndolo a la zona de semilegalidad abierta para nuestra acción. (El destacado es de D. S.)

Dicho de otra manera: ahora el caño limita la política, la frena, la empequeñece. Si la insurrección no pasa en lo fundamental por los comandos, sí pasa por los dirigentes semilegales y la actividad de masas.

La elección del 28 de julio ha conmovido profundamente al peronismo, haciendo aflorar sus grandes virtudes y, también, sus debilidades. Mientras una parte ha refirmado su cohesión y la confianza en sí mismo, por otro ha desatado una ola de politiquería. Todos los jerarcas de alta, mediana o ínfima categoría están en algún plan transaccional con vistas a los comicios presidenciales de febrero.

¿Y qué piensan esos jerarcas?

Uno: que el peronismo ha sacado algo más de dos millones de votos en blanco, una cuarta parte del electorado; es, por sí solo, una fuerza minoritaria.

Dos: que el frente gubernamental obtuvo dos millones de votos de los radicales del pueblo, más los que aportaron los democristianos, los demoprogresistas, los socialistas y los conservadores. Para equiparlo hay que sumar los votos de Frondizi.

Tres: existen dos frentes, el oligárquico y el popular, de valor numérico casi equivalente; pero el primero de ellos tiene, además, la fuerza de las armas; por lo tanto, es ridículo pensar en la insurrección.

Cuatro: la gente votó en blanco por disciplina. Pero en febrero va a querer votar porque, de no hacerlo, resultarán seis años de gobierno gorila.

Cinco: Frondizi —que perdió por escaso margen, apenas 300.000 votos— redoblará sus esfuerzos para seducir voluntades peronistas, y sus argumentos tendrán gran atracción. La masa deberá optar por Frondizi o por Balbín.

Seis: cerrado el camino insurreccional no se puede mantener la unidad llamando a votar en blanco: hace falta una solución política. (La misma que hasta aquí Perón se había negado a darle a la dictadura.)

Esto opinan los jerarcas —informa Cooke—. También señala que circulan diversas salidas, entre ellas: apoyar a Frondizi, o a Bramuglia, o formar el partido Blanco.

En resumen, existe una gran tendencia a buscar caminos legales para la elección de febrero. Esto es alentado por el frondicismo, los nacionalistas y el "neoperonismo".

Cooke expresa que la verdadera lucha es la entablada entre la oligarquía y el 17 de Octubre. Y escribe entre paréntesis:

(Frondizi es el único que parece haber visto esto con cierta claridad, y por eso ha ido abandonando el vago misticismo radical para tomar contacto con las expresiones del fenómeno inédito).

Y luego:

Cuando sus correligionarios le imputan apostasía a las ideas partidarias, están señalando un hecho cierto. Pero como son incapaces de formular definiciones sino en términos anticuados o de generalización universal, lo tachan de "comunista", cuando en realidad Frondizi hace denodados esfuerzos por participar en el "Hecho Nuevo" cuya trascendencia ha comprendido tal vez tardíamente.

Estas frases levantarán el odio y las burlas de los duros entre los duros. Ese "parece haber visto esto con cierta claridad" y "hace denodados esfuerzos por participar en el 'Hecho Nuevo' cuya trascendencia ha comprendido tal vez tardíamente", habilitan una pregunta: ¿Cooke cree que Frondizi apoyará el capitalismo nacional e inclusivo del 17 de Octubre? Mi respuesta es que no, no lo cree en absoluto.

• • •

Sobre el movimiento apunta que, si bien existen dos líneas —la intransigente, fiel a Caracas, y la "blanda"—, para la masa hay una sola: la de Caracas.

La "línea blanda" es un monstruo parasitariamente alimentado por el Movimiento. Reconocerla o respetarla no obedece a ninguna necesidad práctica, a ninguna finalidad positiva. [...] Eliminar la "línea blanda" no significa eliminar a todos los individuos que la sirven, eso presentaría grandes dificultades en las circunstancias actuales.

No se le puede escapar a Cooke que Perón no quiere eliminar la línea blanda. Recordemos que hace poco le había dicho que no debía combatir a Leloir, y menos violentamente.

• • •

John vuelve al tema de la clandestinidad y lo semilegal. Concluye que el peronismo salió fortalecido después de dos años de persecución que lo han depurado y dado la mística y la dinámica del trabajo insurreccional. Pero que ahora el proceso electoral, al distender los mecanismos represivos, da cierta libertad de movimiento. Y ese aflojamiento, que no puede ser capitalizado por el aparato subversivo, en cambio, favorece a la "línea blanda" que reconquistó posiciones y ahora trata de hegemonizar el movimiento.

Así que hay que contemplar el hecho de la semilegalidad para mantener la intransigencia.

La etapa que se inicia requiere cambios de la morfología del Movimiento. Los comandos clandestinos han actuado en el puro azar de las iniciativas individuales. Si bien su acción estuvo orientada por las Directivas Generales del Comando Superior, cada grupo trabajó desconectado de los demás y de la Dirección Central del Movimiento. En el futuro esos esfuerzos deben canalizarse no solamente dentro de las líneas estratégicamente generales, sino también operativamente encuadrados en un planteamiento común.

Es decir, es necesaria una dirección política que dé un sentido único a las acciones. Cooke sabe y nosotros sabemos que la dirección —o sea Perón— juega a impulsar a todos, que se mueve hábilmente en el desorden y la anarquía. La existencia misma de la línea blanda es la prueba. Y enuncia la amenaza latente:

La semilegalidad abre perspectivas nuevas para nuestra actuación, pero también crea infinitas facilidades para el confusionismo y las tendencias pactistas.

Lo que equivaldría al triunfo de la línea blanda.

John cree que, pese a los riesgos que prevé, hay que dar la lucha en el territorio no escrito pero real de la semilegalidad.

El aflojamiento de la represión requiere la formación de nuevos organismos, aunque parte de ese aparato semilegal, provenga de las formaciones clandestinas.

Si nos encerramos en lo puramente insurreccional de tipo clandestino, quedará una zona de semilegalidad no ocupada, hacia la cual se corren los grupos "blandos", los neoperonistas y los elementos que la Tiranía estimula para dividirnos.

No se puede regalar ese territorio porque, si no lo ocupamos nosotros no quedará vacío: lo va a ocupar la reacción. Dirá más abajo que la clandestinidad fue y es un frente estrecho para contener a millones de combatientes, y ahora que

[…] se nos ofrece un frente mayor, lo suficientemente amplio como para que lancemos por él a nuestras reservas, es necesario ponerlas de inmediato en movimiento.

• • •

Y otra vez:

Dentro del orden de ideas que vengo exponiendo, destaco la importancia de mantener el mayor secreto sobre la División Operaciones y sus actividades, pero en cambio despejar las dudas que puedan existir en cuanto a mi calidad de representante suyo con amplios poderes.

A esta altura podemos preguntarnos si no hay un doble camino. Un ida y vuelta. John reclama que la figura del líder defina sin lugar a dudas su rol en el movimiento, eso está claro; pero notemos también que hay otra vía por la cual la sombra del conspirador clandestino Cooke calificaría o delimitaría a Perón si este, por fin, declarase pública y fehacientemente que John es su delegado y que su palabra es también la suya. O sea, si nadie tuviera ya dudas que él, Cooke, es el representante y heredero de Perón; Perón, el Padre Eterno, ya no sería tan ecuménico, porque estaría delimitado por su representante. Perón sería, entonces, el líder de un movimiento antioligárquico y antiimperialista; lo que no se puede congeniar fácilmente con la Comunidad Organizada. Y por eso mismo, Perón jamás lo confirmó a Cooke como representante en reportaje ni declaración pública alguna.

• • •

Cooke sabe que el mayor problema del peronismo es que tiene una conducción que no es clara. Entonces propone dos grandes consignas para unificar tanto la acción legal como la semilegal: la derogación del decreto 4161 y la legalidad del partido peronista.

A ellas se agregarían otras: amnistía, libertad de presos políticos y gremiales,

derogación de la junta de defensa de la democracia, etcétera. Estoy convencido que cualquiera sea la magnitud del movimiento de masas que logremos poner en la calle, la Dictadura negará violentamente ambas reivindicaciones. Diré más; será lo suficientemente empecinada para no llevarnos a la necesidad de tener que crear otras consignas.

John está convencido de que el movimiento responderá positivamente a esas dos consignas. Piensa que el pueblo no votó por una constitución, votó si aceptaba la legalidad fraudulenta que le imponía la dictadura o exigía la libertad de votar por Perón.

El pueblo respondió que seguía fiel al peronismo y a su Jefe. Esto pasó inadvertido para algunos. De ahí las tratativas para crear el "partido Blanco", sin comprender o haciendo como que no comprenden que el "partido Blanco" es una nueva forma de ser del "peronismo sin Perón".

Y, ¿cómo llevar adelante las dos consignas que deberían soldar al movimiento? El plan es simple, y según Cooke fácilmente realizable:

Promoveremos la formación de juntas en cada lugar de la República, que tomarán contacto entre sí y darán lugar a la formación de organizaciones zonales, provinciales y regionales. El proceso será algo confuso al principio, pero eso no importa porque lo fundamental es que el peronismo tendrá tareas concretas, núcleos que las dirijan en cada lugar y unidad de orientación. Ello nos dará no solo la puesta en marcha del movimiento en la legalidad o semilegalidad —tantearemos cuidadosamente las perspectivas en cada sector— sino el principio de la organización que encuadre a decenas de millares de peronistas ahora inactivos y deseosos de actuación.

Cooke se ubica lejos del concepto cerrado y elitista de los comandos. Esas juntas

estarían lejos de la clandestinidad, pero también lejos de los blandos, porque los blandos no arrastran masa y las juntas deben ser la expresión de las bases. Piensa, además, que la acción para llevar adelante las consignas, la conquista de la calle en actividades legales o semilegales, debe necesariamente provocar el encuentro “del Movimiento Político, el Movimiento Gremial y de la Resistencia propiamente dicha”.

Además, es un notable organizador.

Pese a las discrepancias y competencias en los planos dirigentes, la clase obrera como tal, se reorganiza rápida y eficazmente. Lo demuestran tanto la Intersindical como la CGT Auténtica. Si a este hecho evidente sumamos la perspectiva de una elevación constante del costo de la vida, el incumplimiento de los convenios colectivos de la patronal, las progresivas reivindicaciones económicas de los gremios —incluyendo los que tienen direcciones entreguistas y amarillas—, es necesario prever grandes luchas sociales en los próximos meses.

Efectivamente las luchas gremiales aumentarán considerablemente durante 1958.

Y no sólo preverlas sino poner en la calle el movimiento político, para que, accionando paralelamente, se transforme en el mejor aliado del movimiento sindical, de la lucha de los trabajadores por las conquistas sociales que son, en síntesis, anhelos y conquistas de todo el pueblo. (El destacado es de D. S.)

Desde esta perspectiva Cooke define a la política como lo único capaz de profundizar el contenido de la lucha gremial.

Para la resistencia, el movimiento legal o semilegal de masas ofrece amplias perspectivas de captación de nuevos activistas, amplía el ámbito de su actividad práctica, tiende a diluir el sectarismo y el complejo de suficiencia de sus cuadros y los prepara para dirigir mayores efectivos. Y lo que es esencial: en la acción se sella la solidaridad política del todo porque se politizan las luchas gremiales, lo que equivale a realizar y llevar a la práctica una política insurreccional, sin la cual la insurrección, como culminación de un proceso, es inconcebible, ya que solo por razones políticas el pueblo en su conjunto considera que la toma del poder es la única garantía para satisfacer sus apetencias económicas y sociales. (El destacado es de D. S.)

Para Cooke la insurrección, entonces, ya no es el sueño de una toma del poder inminente llevada a cabo por comandos. La insurrección es un trabajo político que nace y termina en el pueblo y en su clase obrera, en el que las clases populares se organizan, adquieren experiencia, definen su campo definiendo el del enemigo y —cuando se presente la “ocasión”— toman el poder.

Los diamantes son más duros que los duros

(Marcos, Lagomarsino y el Informe General y Plan de Acción)

Conocido el Informe, Raúl Lagomarsino le escribe a Carlos Held[300] que el frente interno está en crisis.

Al colocarse en la “línea dura” los Albrieu y Cía. hemos pasado a formar en las filas de la “línea diamante”.

Te acompaño —ignoro si ya te lo enviaron las chicas— copia de nuestra crítica al informe del gordo [Cooke] a papi [Perón].

Es necesario que se lo hagas llegar como cosa tuya. ¡Ojo!, ¡como cosa tuya!

Con la lectura de esta crítica, podrás darte cuenta de los problemas que tenemos con el gordo.[301]

Tres días antes, el 6 de octubre, Lagomarsino le había escrito a César Marcos:

Es evidente que el C.S. [Comando Superior Peronista] está muy lejos de interpretar al Jefe. Sólo al Gordo se le puede ocurrir que Frondizi ha “entendido el hecho nuevo”.

Les va como les va porque los dos —el gordo y Frondizi— lo entienden como lo entienden.

[...] Todo se reduce al problema de fondo: el gordo no interpreta ni entiende el “hecho nuevo”.

Por eso digita a los dirigentes “superados por la masa”: CGTA.[302]

Por eso tiene esperanzas en una salida electoral.

Por eso el episodio Rojo[303] que no es más que un típico acto fallido. Por eso califica a Albrieu como Intransigente.

En fin, por eso la absurda pretensión de accionar en la “banda de la semilegalidad”, y la serie de ridículas directivas emanadas del C.S.

Yo no creo —como decís vos— que ignore las normas más elementales de la lucha insurreccional. Lo que pasa es que no cree en la insurrección popular como único camino para llegar a nuestra Revolución. Es por eso que la casi totalidad de las directivas del C.S. tienden a frenar el impulso insurreccional. Por eso subestima la labor de los comandos clandestinos.[304]

Dejemos de lado los aspectos personales, ese tratamiento despectivo que Marcos y Lagomarsino dispensan a un Cooke que no contestaría de la misma manera. Centrémonos en la disputa de fondo. Para Marcos y Lagomarsino la lucha de las

masas está al rojo vivo y las fuerzas reaccionarias en retirada, no es necesario ganar aliados en las capas medias ni en las Fuerzas Armadas. Esto es lo que no entendería Cooke. Los dos campos están definidos palmariamente y la toma del poder a corto plazo es inevitable, como la fuerza de gravedad. Como Cooke no entiende algo tan claro, conserva esperanzas en una salida electoral —aunque en el Informe esto no está explicitado— y cree en la absurda pretensión de trabajar en la banda de la semilegalidad.

Marcos le envía a Perón sus críticas al Informe de Cooke, las llama poéticamente (dicho esto sin asomo de ironía) “Del obscuro instinto de las masas”. Perón nunca le contestaría. Tomaremos ahora algunos fragmentos.[305]

Existe un desencuentro teórico-doctrinario entre el pensamiento y terminología de la Conducción y la actitud de las masas. [...] Creemos que ese desencuentro radica en que los que asumen la responsabilidad del mando son exponentes de la mentalidad de las clases medias. O son profesionales o entran en la típica clasificación de intelectuales.

El Movimiento Peronista es un movimiento de masas populares. [...] Esas masas se simbolizan en un arquetipo, en un complejo humano: el grasa, eje del movimiento de masas argentino. [...] La Conducción, en cualquiera de sus escalones, como primera condición debe conocer a los “grasas” y sentir como “grasa”. Debe captar ese obscuro instinto de las masas y comprender que ese instinto es, nada más y nada menos, que el valioso tesoro de su propia, dura y directa experiencia.

En ese obscuro instinto de las masas —cuya mera enunciación en boca de intelectuales es flor de cretinismo tilingo—, en ese instinto (usado como una expresión de insuficiencia mental, de incapacidad racional), si es revolucionaria, debe ver un “hecho”.

El debate político no es un discurso agitativo, menos cuando el que escribe y el que leerá son cuadros políticos (sin comparar). El concepto “grasitas” tuvo contenido cierto en los discursos de Evita, pero qué significa en este debate. Porque no existe la clase grasa, sino la clase obrera, y esta sustitución de términos —en alguien como César Marcos— es extraña. Pero también un síntoma, ya que no apela a los obreros, sino en tanto grasas, es decir, en tanto peronistas. Lo hace porque cree que el peronismo, lejos del 25%, es una multitud inconmensurable. Más aun, piensa que los grasas están en la misma situación fundacional del 17 de octubre del 45.

Pero, ante todo, ¿qué es la Intransigencia? Surgida de la masa, es la guerrilla, la resistencia, la rebeldía, la clandestinidad, y es finalmente la Gran Abstención del 28 de julio de 1957.

Sin embargo, aun aceptando el fraude, no hay ningún indicio de que las abstenciones hayan llegado el 28 de julio a un número relevante. Lo cierto es que la abstención no fue considerada, en esas elecciones, un camino aceptable por la clase obrera.

Esta época no es política, y hay que entenderlo en profundidad, porque no es época de transición. Es Histórica porque es una época de revolución.

La palabra suele tener dos caminos, uno es ajustado y lleva a la idea; el otro transita adjetivos altisonantes y conduce a la oquedad misma. Nuevamente: las cartas están echadas, y ya hemos ganado: solamente hace falta el hecho burocrático de la toma del poder. Así que no haremos alianzas, ni acuerdos, ni mucho menos pactos. Menos que nada pactos. Como diría décadas después el coronel carapintada Aldo Rico: “La duda es la jactancia de los intelectuales”.

No participamos de la limpieza y altura que el Doctor Cooke atribuye

asombrosamente al Doctor Frondizi. [...] Lo que el Doctor Cooke llama “comprensión tardía” para nosotros no es más que la última maniobra que le queda al Doctor Frondizi en su aventura presidencial, en su actual condición de “limón exprimido”.

Y aquí llegamos nuevamente a la posición del Movimiento en el acto circunstancial del 23 de febrero de 1958, si se hace.

Para el Comando Nacional la posición es una sola: Abstención. No abstención o voto en blanco. Abstención. Y ordenarla ya, inmediatamente, [...] cobraría valor de contribución al estado insurreccional que tratamos de extender y profundizar.

No hay dudas de que el apoyo a Frondizi es discutible, tampoco hay dudas de que la abstención hubiera cosechado escasas voluntades.

El grupo de ocupación, todos los grupos de ocupación, están señalados desde su origen por vicios de insanable nulidad. Cualquier participación del Movimiento, directa o indirectamente, en los planes legales, semilegales o electorales, sería convalidar y legalizar la situación del grupo de ocupación y todos sus actos.

[...] Participando estamos vendiendo por el bíblico plato de lentejas nuestra primogenitura, clara, legítima, inalienable, en el destino del Pueblo y de la Patria.

Ni aun cuando nos dieran el poder deberíamos aceptarlo.

El Movimiento Peronista tomará el poder incondicionalmente, revolucionariamente.

Y ahora Cooke:

Estamos en completo desacuerdo con la dirección, la orientación y la conducción del doctor John William Cooke en el Comando Superior Peronista.

[...] Estamos contra las direcciones que no se afirmen y sustenten en el movimiento insurreccional de masas, que se desentienden de las vanguardias combatientes y clandestinas y den primacía a los exjerarcas y políticos ineptos.

El “Informe y Plan de Acción”, las consignas sobre derogación del decreto 4161 y legalidad del Partido Peronista [...] vinieron en medio de la preparación de las grandes huelgas generales de todo el país. Lógicamente desconectadas de la realidad viva, todo ese palabrerío cayó en el vacío.

El 8 de octubre Marcos le escribe a Lagomarsino:

La campaña contra el C.S. debe intensificarse sin ningún reparo. [...] En este momento debemos mantener en todos lados un solo objetivo: La guerra al Comando Superior.

Todo lo demás no nos interesa: ni Prieto, ni Leloir, ni Albrieu, ni S. Aranda, ni nada. Sólo la guerra al Comando Superior. [...] El gordo no es de tiro largo, ni es orgánico, ni mucho menos tiene ninguna idea concreta de la realidad.

Contra viento y marea, a riesgo de perder gente, a pesar de que aparentemente existen otros frentes de lucha más interesantes, nuestro único objetivo actualmente es la guerra al Comando Superior.

Y, como amigos son los amigos:

En combinación con el "asunto Consejo Superior" tratado, podría hacerse circular el rumor de que, si los jerarcas y papanatas se entregan sin garantías a Cooke, éste los va a aprovechar a todos en beneficio propio. ¡Lindo asunto para trabajarlo bien! Hay que difundir estos rumores venenosos para encarajinarlos bien.

---

300 Uno de los fundadores del Comando Nacional Peronista, junto a César Marcos y Raúl Lagomarsino.

301 Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 152.

302 CGT Auténtica, formada en oposición a la CGT "Negra" integrada por sectores sindicales que negociaban con el sector militar desplazado por Aramburu.

303 Por Ricardo Rojo, el primer emisario de Frondizi que vio a Cooke en Chile.

304 Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 158.

305 Marta Cichero, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992, p. 171 y ss.

Perón y el Informe General y Plan de Acción

Perón contesta la carta de Cooke que contiene el Informe: lo felicita. Lo felicita por la “excelente información” y la “admirable ubicación”. Comparte absolutamente las ideas.

Que no sólo apruebo en todas sus partes, sino que encomio como demostración fehaciente de sus extraordinarias condiciones de conductor. Queda ahora la tarea de realizarlo.

Amante de Napoleón, Perón vuelve al Gran Corso. En una de las cartas del 21 de junio le había referido cuando, en 1796, Bonaparte había tomado el mando del ejército que hasta entonces conducía el general Scherrer; ahora le cuenta lo que sucedió un año antes. Corría 1795, Napoleón presentó a la Convención un plan de acción que difería del presentado por el general Scherrer para las tropas en Italia que, superadas ampliamente en número, estaban en una grave situación. El plan de Napoleón consistía en un ataque a través de los Alpes, entre las líneas, para batir a los enemigos por separado. La Convención aprobó su plan y se lo envió al viejo Scherrer y este contestó que el autor del plan fuese a ejecutarlo.

Usted está en las mismas condiciones y estoy seguro que los resultados han de ser similares.

No obstante, tan de acuerdo no debe estar. A Perón no le cierra lo de Frondizi. Piensa que la dictadura solamente permitiría ser sucedida por un gobierno continuista elegido a través del fraude. Y, si esto fracasara, habría un golpe y no entregaría el gobierno. Además, no confía en Frondizi.

Los pactos políticos entre fracciones adversas son siempre de mala fe, aunque sean convenientes. En el caso de Frondizi concurre además la circunstancia de que los votos los tenemos nosotros y él cuenta sólo con la “cornisa”, de la cual la dictadura puede empujarlo en cualquier momento y hacerlo caer en el vacío. Cambiar votos por “cornisas” no creo que sea buen negocio, desde que en el hipotético caso de que nos dejaran ganar, suprimiendo el fraude, y luego nos entregaran el gobierno, lo que es mucho suponer, quedaríamos en la peor situación y habríamos legalizado la situación de la revolución “gorila” que es lo que persiguen los de la dictadura.

Finales del 57

Cuarenta y cinco días después, el 15 de octubre, Perón sigue pensando que, si el fraude se pusiera difícil, los libertarios simularían un golpe de Estado. “En ningún caso podrá triunfar el ‘juego limpio’, o habrá fraude o habrá golpe.”

Un mes después, el 14 de noviembre, John razona:

Una revolución requiere “partido revolucionario, jefes revolucionarios y mito revolucionario”, por un lado y la “ocasión” por el otro. [...] Nosotros tenemos el Jefe revolucionario y el mito revolucionario: Perón. A través de la unificación y la labor organizativa estamos creando la fuerza revolucionaria. Después aprovecharemos la ocasión.

Pero con respecto al “mito” hay algo que debe ser recalcado. Uno de esos elementos es la viabilidad, la gente debe estar convencida de que la Insurrección es posible. Todos los artículos de Jauretche, los editoriales de Qué, la campaña para la transformación de partidos neoperonistas, tienden a demostrar que debe votarse positivamente contra el gobierno “de facto” porque está cerrado el “camino de la fuerza”, que solo acarrearía sangrientas represiones. Este es un sofisma que debe ser destruido por Ud. para que las mentalidades pequeño burguesas no se impresionen con él. La aceptación del “juego limpio” que se propone es lo que convertirá en imposible la revolución porque habremos desviado hacia la legalidad ficticia las fuerzas insurreccionales. En cambio, si no caemos en la celada que se nos tiende, contribuiremos a que se presente la ocasión. Ud. lo expresó en forma clara: “No darle salida política a la Tiranía”. (El destacado es de D. S.)

Perón y Cooke hacen un juego a dos puntas (o quizás aun a más). Cooke, que ha desmentido los rumores de un pacto entre Perón y Frondizi, luego mantiene un silencio hermético. No desea —admite— cortar las esperanzas de los frondicistas. Dice que lo hizo porque la dictadura teme ese pacto y es conveniente no despejarle las dudas, y porque así dificulta cualquier arreglo de Frondizi con Sabattini.[306]

Cooke recibe a los enviados de Frondizi y lo pone al tanto a Perón sobre lo que les dijo:

Nosotros somos un movimiento que no podemos aspirar a nada que no sea la toma del poder. Sería mentirles el admitir que estamos dispuestos a esperar otros seis años. Por otra parte, Perón es el único que, por su gravitación en la masa, puede hacer algunas cosas indispensables para la reconstrucción económica del país. Por lo tanto, yo solamente entraría a considerar una proposición que satisficiese a nuestra masa, que quiere a Perón y no a otro. ¿Cómo lograrla? Pues, de la siguiente manera: nosotros apoyaríamos a Frondizi, si éste se comprometiese a convocar, seis meses después de asumir la presidencia, a una Asamblea Constituyente. Esa Constituyente dispondría una nueva convocatoria a elección de autoridades, y nosotros llevaríamos nuestro candidato, es decir, Perón. Incluso admitía yo que el propio Perón, en esa eventualidad, prefiriese dejar que Frondizi terminase su período: eso dependería de la forma en que se desarrollasen los acontecimientos. De tal forma, Frondizi cumpliría lo que ha declarado es su máxima aspiración (terminar con el gobierno de la oligarquía y dar una salida popular) y el peronismo tendría a su jefe de nuevo en el gobierno. El frente Nacional Popular se habría integrado automáticamente.

Con esto ganamos algún tiempo, y los sabatinistas se entendieron con Balbín. (El destacado es de D. S.)

A mediados de noviembre del 57, entonces, Cooke mantiene los planes insurreccionales a la espera de la “ocasión”. Pero también podríamos decir que, a

mediados de noviembre del 57, la idea de un voto positivo sigue dándole vueltas en la cabeza. La duda puede expresarse de esta manera: ¿la base obrera del peronismo aceptará no intervenir en la elección presidencial votando en blanco?

El 22 de noviembre, Perón le escribe a Cooke que estuvo por Caracas Alejandro Olmos. Este estaba detrás del Partido Blanco, pensaba que, si sacaban bastantes legisladores, después podrían presentar batalla. Y, si el fraude se lo impidiera, entonces habría otro justificativo para la insurrección.

Perón piensa que detrás de Olmos debe haber alguien que no se puede presentar. "Este muchacho me parece que no es lo que dice y sus intenciones tampoco son las que enuncia." Campestre como siempre, asegura que perseguir dos liebres es la mejor manera de no cazar ninguna.

Por lo demás insiste en que intervenir indirectamente en las elecciones de febrero apoyando a cualquiera que fuera era darle una salida política a la dictadura.

Las elecciones de febrero las ganará el que la dictadura quiera porque se hará fraude. [...] Si reconocemos que harán ese fraude, ¿a qué concurrir a unas elecciones que, de antemano, sabemos que van a ser fraudulentas?

No hay dudas, menos después del siguiente párrafo:

El gran inconveniente está en que ellos pueden ofrecer una solución aparente a través de las elecciones y nosotros no tenemos otra disyuntiva que la insurrección. Si nosotros somos lo suficientemente ingenuos y entramos en su solución estamos perdidos porque, de una situación muy favorable pasamos a

una muy desfavorable para el futuro.

Días después de esta carta, John William Cooke consigue salir con documento falso de Chile y viaja a Caracas. Podemos inferir que ha llegado el momento de la toma de decisión. Después de años Cooke y Perón volverán a verse.

Cuando John llega a Caracas, se estaba realizando un “plenario” a instancia de Jorge Antonio, a quien el arribo de Cooke no le causa la mínima gracia.[307] El objetivo del plenario es impulsar el voto en blanco. Dura dos días, en los que Perón no se pronuncia y solamente presta oídos (el general siempre fue un hombre de paciencia). El mapa que trazan los hombres de Antonio está lleno de inmejorables perspectivas insurreccionales, surtido de auspiciosos informes de la resistencia y de dirigentes gremiales. La insurrección sucedería antes del 23 de febrero, el día de las elecciones.

Según Ramón Prieto, al terminar el cónclave Jorge Antonio, a solas, urge a Perón que le guiña un ojo y le dice “blanco”. Entusiasmado, Jorge Antonio habría enviado sendos telegramas al Ermitage de Montevideo y a Borlenghi que decían: “Anticípole la decisión de la gerencia de comprometer todos sus medios en las ropas blancas”.

Jorge Antonio, a través de Madariaga y Serú García, ha tenido contactos con el escribano Balbín —hermano del candidato continuista— los últimos días de diciembre en el hotel Ermitage de Montevideo. A nadie como a Ricardo Balbín le conviene que el peronismo vote en blanco.

Así que caso terminado: no habrá arreglo, el peronismo no apoyará a nadie y se dedicará a producir el estado de caos y la insurrección. Las elecciones las ganará el matrimonio Balbín-Aramburu.

---

306 En la carta no confidencial del 14 de noviembre de 1957.

307 Cooke y Antonio se despreciaban mutuamente y en más de una oportunidad Perón tuvo que calmar las aguas.

El pacto Perón Frondizi

Ramón Prieto ha dicho que Cooke, cuando se fugó de Chile, ya llevaba el convencimiento que la mejor alternativa era apoyar a Frondizi. Durante la víspera de su fuga habrían mantenido una reunión con Gómiz y Espejo, donde analizaron el problema. Prieto dirá que llegaron a la conclusión que el voto en blanco “institucionalizaba a la Libertadora”, legalizando sus atropellos; que el voto al neoperonismo era o perderlo o transformarlo en instrumento de los enemigos, mientras que el voto a la UCRI daba la posibilidad de una salida política. Ese era el planteo que Cooke, en nombre del Comando Adelantado, le llevaba a Perón.[308]

En la capital venezolana, en enero del 58, ya pasado el “plenario” de Jorge Antonio, Cooke participa de la cumbre que ha llamado Perón. Además de ellos dos están Rogelio Frigerio y Ramón Prieto. “Nadie —dice Prieto—, ni el Comando Adelantado, ni Cooke, ni ninguno de nosotros convenció a Perón [...] puesto que él ya se había formado opinión en lo fundamental”.[309]

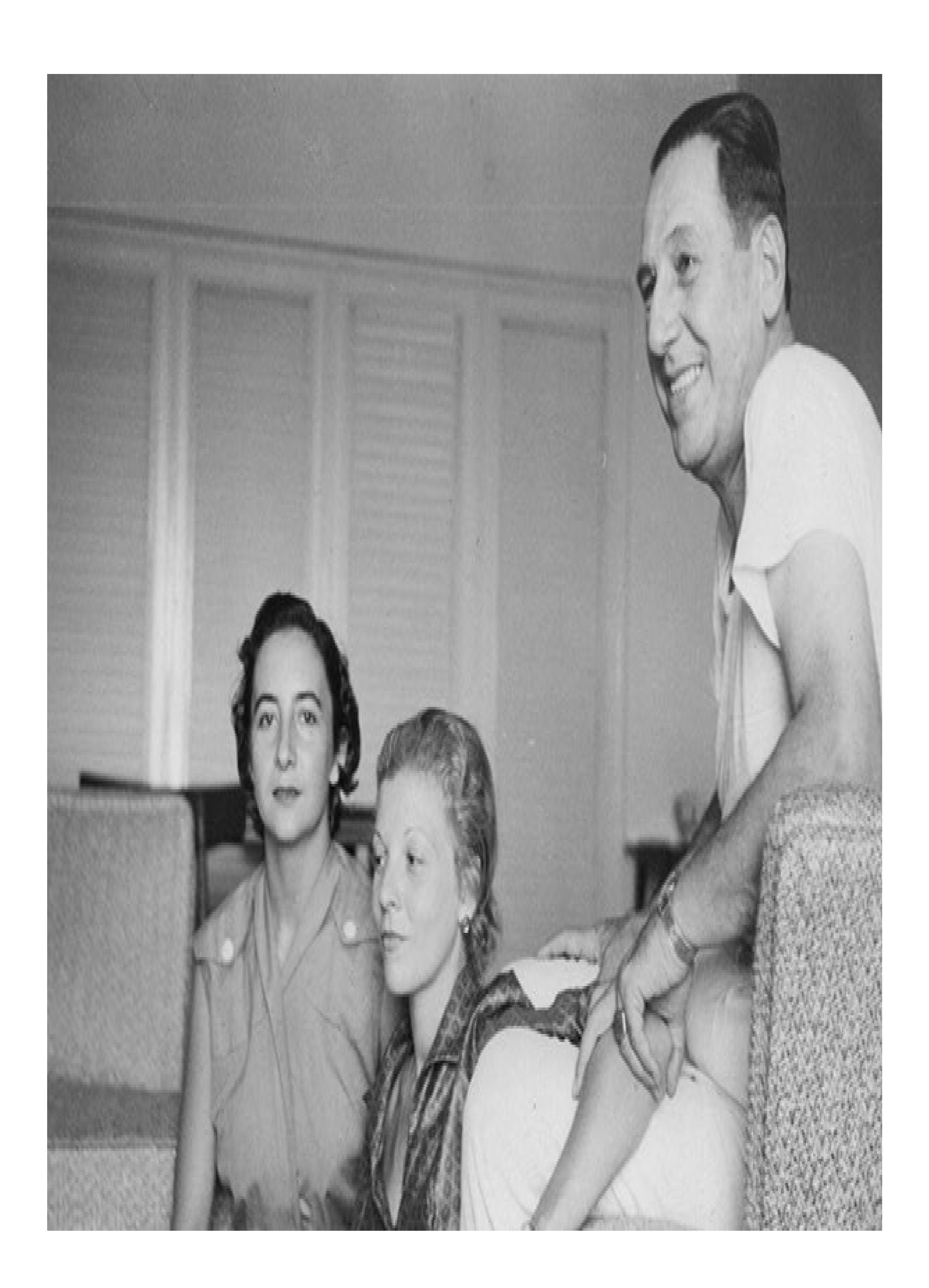
Pese a quienes creen que la insurrección es la única alternativa del peronismo y a quienes la usan para favorecer a terceros, el pacto Perón-Frondizi es un hecho.

• • •

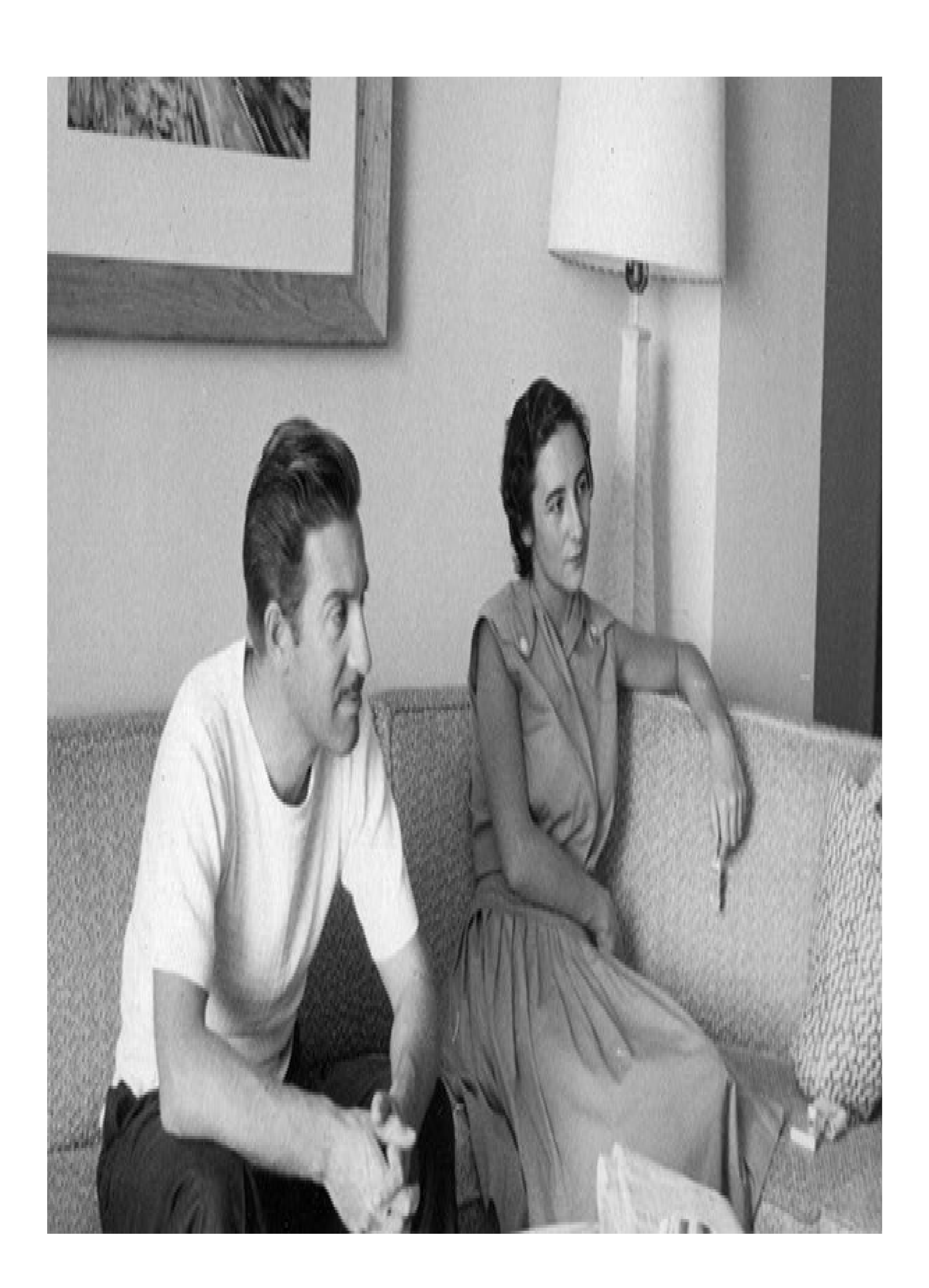
El 23 de enero de 1958 estalla un golpe de Estado en Venezuela y Pérez Jiménez ya no es más presidente. Las calles de Caracas hierven, Perón y los demás argentinos son visualizados como cómplices del dictador —Kelly ha trabajado con la policía del depuesto Pérez Jiménez—. Perón se refugia en la casa de un matrimonio argentino, con él están Isabel y Cooke; y luego, a instancias de John,

pide asilo en la embajada de la República Dominicana, que concede los asilos a Perón, Isabel, Cooke, Kelly, Gilaberte, Ramón Landajo y Américo Barrios. Tal es la situación en Caracas que durante dos días los asilados duermen vestidos y armados. Una noche, mil personas rodean la embajada, Perón reparte algunas balas y aclara que él dispararía primero. Pero no hace falta, el embajador habla con los que están afuera y estos prometen dispersarse sin violencias.

Finalmente, el 26 de enero le comunican al embajador Bonnelly que el nuevo gobierno autoriza la salida de Perón hacia Ciudad Trujillo, pero no la del resto de los argentinos. Según cuenta Américo Barrios, él y Cooke se opusieron terminantemente: "el general no saldrá solo de aquí".[310] El embajador Bonnelly le dice entonces al militar venezolano que se ha apersonado a la embajada, que consultara si puede acompañarlo él a Perón, lo que es aceptado. El Douglas que transporta a Perón y al embajador Bonnelly despega del aeropuerto La Carlota diez minutos antes de las seis de la tarde del 27 de enero. Cooke, Isabel y Barrios viajarían poco después. Frigerio tendría una mejor, aunque más trabajosa suerte para salir de Caracas: logra viajar a Curaçao, de allí a Nueva York, para finalmente regresar a Buenos Aires.



Alicia Eguren, Estela Martínez y Juan Perón en Ciudad Trujillo



Alicia Eguren y Roberto Galán en Ciudad Trujillo

• • •

¿A qué se debe el cambio?

¿Por qué ahora Perón y Cooke aceptan un acuerdo con Frondizi?

Según Norberto Galasso, Perón se dio cuenta de la intención de gran parte de los trabajadores de votar por Frondizi, lo que hacía peligrar su liderazgo si decidía el voto en blanco o la abstención.[311]

Para Alejandro Horowicz, "los núcleos iniciales de la resistencia peronista no mostraban, tal cual pensaba Cooke, el embrión de un peronismo revolucionario nacionalmente organizado, sino el embrión del reagrupamiento obrero bajo la conducción política del peronismo".[312]

Negro sobre blanco: Cooke sabe que la insurrección es imposible. Literalmente imposible.

Sabe también que no pueden llamar a votar en blanco porque amplios sectores obreros no cumplirán con una consigna que significaría aguantar seis años a los peores. Sabe que, por las mismas razones, la abstención es inviable.

Y teme: Cooke teme que Frondizi pudiera ganar sin la ayuda del peronismo, sin que le deba nada. Entonces el movimiento estaría en la peor situación, sería verdaderamente una catástrofe. Incluso, si ganara Balbín, Frondizi podría transformarse en el opositor oficial, un opositor reconocido, y el peronismo se hundiría en las arenas movedizas de la indiferencia.

El 16 de septiembre de 1955 los dos polos políticos eran el peronismo y la Libertadora, veintiocho meses después los dos polos son Balbín y Frondizi. Dado que Balbín es la continuación de la Libertadora por otros medios, su triunfo es el triunfo del golpe; pero como Frondizi no puede ser, y de hecho no fue, la continuación del peronismo, su triunfo no podría ser el triunfo del peronismo. Dicho de otra manera: la resistencia había mantenido vivo al movimiento, pero no había podido transformar la derrota del 55 en victoria.

• • •

El acuerdo firmado es el siguiente:

Con el fin de encontrar una salida a la actual situación de la República, promover la convivencia normal de los argentinos, poner fin a la política económica y social llevada a cabo a partir del 16 de setiembre de 1955, que ha significado un marcado sometimiento de la Nación y un progresivo empeoramiento de las condiciones de vida del Pueblo, el General Juan Domingo Perón y el Doctor Arturo Frondizi acuerdan el cumplimiento del siguiente Plan Político:

I. Al fijar su posición frente a la elección del 23 de febrero de 1958, el Peronismo

a) Declarará que los partidos neoperonistas que deseen pertenecer al Movimiento deben retirar sus candidatos;

b) Ordenará a los peronistas que hayan aceptado candidaturas que las renuncien, quedando en caso contrario, separados del Movimiento;

c) Frente al hecho concreto de la votación, dejará en libertad de acción a la masa peronista a fin de que sufrague en la forma que mejor exprese su repudio a la dictadura militar y a la política seguida por ella en todos los órdenes;

d) Aclarará que lo expresado en el punto c) no implicará, por parte de los peronistas, compromiso alguno con los partidos que elijan para expresar su protesta;

e) El documento contendrá un párrafo en el que se hará la crítica de la política conservadora, de manera que sea inequívoco que la opción no incluye al Partido Conservador Popular.

Queda aclarado que esta enumeración no limita en forma alguna el derecho del Peronismo a fundamentar su posición frente al acto electoral y reafirmar las líneas estratégicas del Movimiento.

II. De asumir el gobierno el Dr. Arturo Frondizi se compromete a restablecer las conquistas logradas por el Pueblo en los órdenes social, económico y político, adoptando entre otras las siguientes medidas:

1) Revisión de todas las medidas de carácter económico adoptadas desde el 16 de setiembre de 1955, lesivas a la soberanía nacional, y de aquellas que determinaron un empeoramiento de las condiciones de vida del Pueblo. Se consideran como de fundamental urgencia el restablecimiento de la reforma bancaria de 1946, la estructuración de una política económica de ocupación plena y amplio estímulo a la producción nacional, la elevación del nivel de vida de las clases populares y el afianzamiento de los regímenes de previsión social;

2) Anulación de las medidas de toda índole adoptadas por el gobierno provisional desde el 16 de setiembre de 1955 con propósitos de persecución política;

3) Anulación de todo proceso, cualquiera sea su carácter, iniciados con propósitos de persecución política;

4) Levantamiento de las interdicciones y restitución de los bienes a sus legítimos dueños;

5) Devolución de los bienes de la Fundación Eva Perón;

6) Levantamiento de las inhabilitaciones gremiales y devolución de los sindicatos y de la Confederación General del Trabajo. Todo se cumplirá en un plazo máximo de ciento veinte (120) días. Las elecciones en los sindicatos serán presididas por interventores nombrados de común acuerdo;

7) Reconocimiento de la personería del Partido Peronista, devolución de sus bienes y levantamiento de las inhabilitaciones políticas. Tanto la personería como los bienes serán acordados a las autoridades que designe el General Juan

Domingo Perón;

8) Reemplazo de los miembros de la Corte Suprema de Justicia y eliminación de los magistrados que han participado en actos de persecución política;

9) En un plazo máximo de dos años se convocará a una Convención Constituyente para la reforma total de la Constitución, que declarará la caducidad de todas las autoridades y llamará a elecciones generales.

Las medidas consignadas en los puntos 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8 se adoptarán dentro de un plazo máximo de noventa (90) días a contar desde la asunción del mando.

Queda a cargo del Dr. Arturo Frondizi arbitrar los medios para el cumplimiento de las cláusulas precedentes. Por su parte, el General Juan Domingo Perón se compromete a interponer sus buenos oficios y su influencia política, para crear el clima pacífico y de colaboración popular indispensables para poder llevar a cabo los objetivos establecidos en el presente Plan.

Suscriben este Plan Político, además de los titulares, John William Cooke y Rogelio Frigerio, en virtud de haber participado en su discusión y colaboración. Los firmantes empeñan su palabra de honor en el sentido de que hasta el primero de agosto de mil novecientos cincuenta y ocho, este Plan permanecerá en reserva y sólo podrá ser divulgado posteriormente de común acuerdo, salvo el caso de incumplimiento por las partes.

Febrero de mil novecientos cincuenta y ocho.

PERÓN – FRONDIZI – COOKE – FRIGERIO

El 18 de febrero, Perón declara al diario Clarín:

El confusionismo que se anuncia es provocado por la dictadura y los que siguen sus inconfesables fines. Conocemos todas las maniobras que se están realizando, pero nuestra masa, disciplinada y consciente, y nuestras organizaciones bien encuadradas, no caerán en engaños. La orden no deja lugar a dudas: votar contra Balbín, que representa el continuismo; no votar ni en blanco, ni a los conservadores o reaccionarios, ni a los neoperonistas, porque no pertenecen al Movimiento Peronista.

No dice "voten por Frondizi" —a Frondizi no se lo nombrará nunca— pero qué otra alternativa deja.

• • •

Nadie permanece indiferente al pacto.

Jauretche critica la táctica de Frigerio, dice que, al descubrirse el acuerdo, los gorilas tienen la excusa para anular las elecciones.

El pacto es un secreto a voces y Aramburu no puede desconocerlo. Así que mira para otro lado. Hace que no sabe porque, si no, tiene que proscribir a Frondizi. Y proscribir a Frondizi es negarle una salida política a la Libertadora. Mientras los hombres de Aramburu tengan la dirección del gobierno habrá elecciones. Habrá

elecciones, aunque el marinero Rojas comente en su círculo íntimo que hay que dar otro golpe antes que aceptar la burla de que Perón, desde el exterior, siga decidiendo la política argentina.

Los duros de la línea diamante hablan de traición. Ellos solamente pueden pensar en los caños.

El padre Benítez, apoyado por Rodolfo Puiggrós, cree que es una claudicación y escribe en Rebeldía que Borlenghi y Cooke traman la entrega del peronismo a Frondizi.

Los rumores de golpe no se hacen realidad y, en efecto, las elecciones se realizan el 23 de febrero. Frondizi recauda más de 4 millones de votos, el 45% del padrón, superando ampliamente a Balbín que apenas obtiene el 29%. La UCRI conquista todas las gobernaciones, todas las senadurías y más de los dos tercios de los diputados. Lo que se dice un triunfo aplastante.

Hubo 690 mil votos en blanco, apenas el 8% de los votos emitidos.

A los pocos días Perón declara a los periodistas desde Ciudad Trujillo que considera las elecciones como fraudulentas porque el peronismo estuvo proscripto. Que el apoyo a Frondizi no implica compromiso alguno y que si cumple con los peronistas y con la nación está todo bien.

---

308 Ramón Prieto, El pacto, Buenos Aires, En Marcha, 1963, p. 108.

309 Ramón Prieto, El pacto, Buenos Aires, En Marcha, 1963, p. 112.

310 Américo Barrios, Con Perón en el exilio. ¡Lo que nadie sabía!, Buenos Aires, Treinta Días, 1964.

311 Norberto Galasso, Perón, tomo II, Buenos Aires, Colihue, 2011, p. 849.

312 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 185.

El otro pacto

Según diría don Arturo Jauretche el día D fue el 27 de marzo. Ese día Frondizi habría hecho un segundo pacto, esta vez con Aramburu, en el que cambia su plan de gobierno anulando el convenido con Perón. Leamos a Jauretche en Última Hora del 5 de agosto de 1964[313]:

Una vez conseguidos los votos justicialistas —con lo que se lograba la derrota de la revolución liberal de 1955, en la persona del Dr. Balbín— hubo que conseguir la entrega del poder. Desde ese momento me distancié definitivamente del señor Frigerio —pues yo entendía que era mejor perder el gobierno que tomarlo condicionado— y advertí que ahora Frondizi iba a completar el pacto con Perón, que le daba la mayoría, con el pacto con Aramburu, para que le entregara el gobierno. Así ocurrió.

Jauretche denuncia la existencia de una reunión, el 27 de febrero de 1958 —cuatro días después de los comicios— de Frondizi y Frigerio con Cueto Rúa en la que se habría hecho el segundo pacto.

[...] se puede datar entonces oficialmente el cambio del programa nacional con el que pintorescamente se ha bautizado "desarrollista", esa fue la fecha.

[...] De este nuevo pacto, salió un ajuste de políticas económicas a cumplir y la contrapartida de la entrega del gobierno, reservándose al general Aramburu el control de las Fuerzas Armadas.

[...] continué en contacto con el doctor Frondizi para recabarle el cumplimiento

del programa que el pueblo había votado y la toma efectiva del poder, modificando el 19 de mayo los comandos de las Fuerzas Armadas.

Le advertí reiteradamente que la traición al programa electoral lo dejaría sin base política. (El destacado es del original)

Jauretche le avisa a Frondizi que su gobierno tendrá patas cortas si no empieza descabezando a las Fuerzas Armadas.

Le advertí que, en tales circunstancias, incluso su nuevo programa sería impracticable, porque dependiendo —sin base política y sin base de fuerza— de los intereses financieros internacionales, no estaría en condiciones de negociar, porque su misma debilidad lo pondría a merced de los usureros.

Ramón Prieto hablaría después de reuniones en las oficinas de quien fuera años después ministro de Economía del azulino Onganía, Adalbert Krieger Vasena.[314] Intervienen en las tertulias los dos Alemann, Roberto y Juan[315] y Aldo Ferrer.[316]

Cooke declarará el 8 de julio de 1964 ante la Comisión Especial Investigadora sobre el Petróleo de la Cámara de Diputados sobre el segundo pacto:

Maglietti: ¿Ustedes creían que [Frondizi] iba a cumplir con el programa hecho a través de su campaña electoral?

Cooke: Sí; además era una línea seguida consecuentemente no sólo en el libro Petróleo y política, sino en todas las manifestaciones de Frondizi y de su partido.

En enero de ese año el Dr. Frondizi había contestado un cuestionario de la revista Qué, donde le interrogaban sobre la política petrolera y dice que para el autoabastecimiento no era necesario recurrir a capitales extranjeros.

Maglietti: ¿Ustedes no tenía conocimiento de que estaba gestionando una política opuesta para el caso de ganar el gobierno?

Cooke: No; la verdad es que todavía tengo mis dudas sobre esa de presunta gestión. En un momento dado se cambió la política, pero no creo que a esa altura.

Para mí, fue en el lapso que media entre el triunfo de febrero y el 1 de mayo, cuando el Dr. Frondizi se dio cuenta de que si no lo hacía no podía asumir el gobierno. Y uno de los indicios, entre otros, que me confirma esto, es que, por el mes de marzo de 1958, viejos luchadores antiimperialistas como Catalano, Jorge del Río y otros iban a ese instituto de estudios económicos que dirigía Frigerio a exponer sus puntos de vista; no había necesidad de citarlos a ellos si ya se hubiera cambiado la política. Pienso que primero fue convencido Frigerio y los grupos vinculados a él y que luego lo convencieron a Frondizi. Es decir que las presiones tuvieron que comenzar antes del 1º de mayo.[317]

Cuatro días antes de asumir Frondizi, Perón cree que está en buena disposición para cumplir los compromisos del pacto. No obstante, en la carta que le envía a Cooke —fechada el 26 de abril de 1958 en Ciudad Trujillo— observa algunas “macanas” que estaba por cometer el radical, como ascender a Rojas y Aramburu.

Perón también cree que no hay que ceder sobre la Corte Suprema. Se han prestado a la persecución política así que abajo con los jueces de la tiranía. Y tampoco tiene que ceder con la reforma bancaria. Ambos son compromisos que

Frondizi ha asumido en el pacto.

Es conveniente que Frondizi sepa desde el principio que, si bien nosotros haremos la vista gorda en algunas cosas de forma que le faciliten su gestión inicial frente a las presiones de la oposición gorila, no haremos tal cosa en los asuntos de trascendencia para el bien del país.

---

313 Última Hora, Mar del Plata, 5 de agosto de 1964; también reproducido en Arturo Jauretche, Mano a mano entre nosotros, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1975.

314 Adalbert Krieger Vasena (Buenos Aires, 1920-Buenos Aires 2000) fue ministro de Economía en dos dictaduras. Durante la Libertadora fue ministro de Aramburu. Propició el ingreso de Argentina al FMI, del que luego fuera funcionario. En 1966, fue nuevamente ministro de Economía en el gobierno de Onganía. Entonces suspendió los convenios colectivos de trabajo, permitió la participación de empresas privadas en el negocio del petróleo, suspendió los aumentos de salarios por el término de 2 años y sancionó la ley de alquileres que facilitaba los desalojos.

315 Roberto Alemann (1922-2020) y Juan Alemann (1927), ministro de Economía y secretario de Hacienda respectivamente de la dictadura terrorista de 1976.

316 Aldo Ferrer (1927-2016), ligado a la Unión Cívica Radical, ministro de Economía y Hacienda de la provincia de Buenos Aires entre 1958 y 1960, ministro de Economía y Ha-cienda de la Nación en los gobiernos dictatoriales de Levingston y Lanusse entre 1970 y 1971, presidente del Banco Provincia de Buenos Aires durante el gobierno de Raúl Alfonsín

hasta 1988, presidió la Comisión Nacional de Energía Atómica, fundador del Grupo Fénix, presidente de Enarsa en el gobierno de Néstor Kirchner, embajador en Francia en el go-bierno de Cristina Fernández, entre otros cargos.

317 John William Cooke, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974, p. 45.

Frondizi presidente

El 1º de mayo de 1958, Frondizi se transforma en el vigésimo quinto presidente constitucional, aunque la lista incluye una mayoría de presidentes elegidos solo "por los mejores" —antes del voto secreto, universal y masculino— y otros por el fraude descarado de la Década Infame. De manera que si nos apegamos a una aritmética democrática es el sexto, después de dos elecciones ganadas por Yrigoyen, una por Alvear y otras dos por Perón.

Ha ilusionado a los trabajadores con una mejora sustancial del salario. La promesa, dadas las condiciones dramáticas en que deja la economía la Libertadora, solamente puede cumplirse con una intensa y urgente apropiación de la renta agraria.

Además, están los militares. De allí en más el sistema político argentino será bipartidario: la UCRI y el partido de las Fuerzas Armadas. En este extraño sistema, el partido militar tendrá más que el poder del veto: Frondizi gobernará dentro de los estrechos límites impuestos por las gorras, ahora reconvertidas nuevamente en custodios armados indubitables de los intereses del sector más concentrado de las clases dominantes. El radicalismo del pueblo, el socialismo y los demócratas de distinta laya trabajarán por el fracaso frondicista, a la mezquina espera que los uniformados barajaran y dieran de nuevo.

Ese cerco solo puede romperse con las clases populares movilizadas, algo que está en la antípoda del universo mental de Frondizi, y fuera del alcance de su partido.

En esas condiciones, el presidente intenta navegar las aguas turbulentas tratando

de conformar a todos, lo que es imposible sin engaño.

El 7 de mayo envía al Congreso una ley de amnistía que tiene el resultado paradójico de disgustar a los radicales del pueblo, que lo acusan de retroceder a las épocas tenebrosas anteriores al golpe septembrino, y a los peronistas, que se quejan de no avanzar lo suficiente para abolir el decreto 4161.

Julio es el turno de los contratos petroleros. Más o menos lo mismo que había tratado de hacer Perón y a lo que él se había opuesto con soberana y nacional vehemencia. Paga el precio de su antigua oposición. Aunque Frondizi lograría en materia petrolera mejores resultados que el peronismo, parte de sus propios seguidores quedarían desilusionados.

Recurre al Fondo Monetario Internacional para paliar el déficit de la economía y poder solventar el aumento salarial que ha decretado. El desarrollismo se deshace así de cualquier ingenua ilusión de desarrollo independiente: no cabe tal cosa con el FMI. Muy amable, el Fondo le exige tirar nafta al fuego: restricciones salariales, levantamiento del control de precios, devaluación de la moneda y amplios despidos en la administración pública.

El derrotero frondicista incluye atraer a la Iglesia católica ofreciéndole la desmonopolización estatal de la enseñanza universitaria; con lo cual otra parte de sus seguidores quedan aun más desilusionados. Suspicaces, los militares impugnan a Frigerio por izquierdista y hasta el vicepresidente Alejandro Gómez se suma a quienes desean destituirlo.

Mientras tanto, tiene que capear las huelgas de ferroviarios y de petroleros (recordemos que en el 58 las huelgas alcanzarán los 6 millones de días laborables por trabajador y que, en 1959, a 11 millones).

A los seis meses de asumir, a Frondizi se le acaba la tolerancia democrática, el 10 de noviembre, ya acorralado, declara el estado de sitio, a consecuencia del cual John —que había regresado a favor de la ley de amnistía— es encarcelado brevemente.

En enero del 59 los obreros de la carne toman las plantas del frigorífico Lisandro de la Torre que está a punto de ser privatizado, al tiempo que un terremoto con epicentro en una isla del Caribe recorre el continente. Pero antes de ese enero —punto culminante en la vida de John William Cooke— debemos transitar otros tópicos.

• • •

Volvamos a días antes del 1º de mayo (porque tiene, además, la mala suerte de asumir un día tan simbólico). Frondizi le pide al peronismo que los obreros no fueran a Plaza de Mayo. Así lo narra Cooke:

Para combinar la estrategia que íbamos a seguir, en Santa Ana[318] nos reunimos con los dirigentes sindicales. Allí se transmitió el siguiente pedido: que el 1º de mayo no mandásemos a los obreros a la Plaza de Mayo, porque si ese día iba a la plaza una multitud de personas, gritando “Perón, Perón”, la situación iba a resultarle muy difícil a Frondizi. Nosotros acordamos no ponerlo en esa situación el mismo día que él se hacía cargo, aunque pensábamos que la medida que él debía adoptar, para sostener su gobierno, era apoyarse precisamente en esa multitud. (El destacado es de D. S.)[319]

Si en algún momento Frondizi tendría poder, era ese primer día de gobierno. Pero no está en su naturaleza hacer lo que prometió hacer y, ante la ira de

Jauretche, respeta a las cúpulas militares y con eso anuncia su final.

Joseph Page dice que tiene por delante una tarea imposible. Y le asiste razón: es una tarea que Frondizi ha transformado en imposible cuando pacta con la Libertadora.

---

318 Cooke, que estaba en Asunción días antes de hacerse cargo Frondizi de la presi-dencia, se entera de que la dictadura había pedido al gobierno paraguayo que lo detuviese. Por eso pasa la frontera, entra en Brasil con documentos falsos, y llega a Santa Ana do Livramento.

319 John William Cooke, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974, p. 59.

Los primeros desacuerdos

Durante todo el mes de mayo la situación fue muy tirante, y más tirante se hizo cuando el 30 de mayo Silenzi de Stagni[320] denunció que había tenido una conversación con Frigerio en la que se había hablado de algunos temas relacionados con el petróleo, y que Frigerio le había dicho que él no temía la impopularidad del gobierno, porque "había conseguido el apoyo total de la clase trabajadora". Efectivamente, se habían tomado algunas medidas, como levantar algunas interdicciones de sindicatos, aumentar los salarios, etcétera; pero otros reclamos populares no eran satisfechos y el gobierno cedía a presiones gorilas. A fines de mayo, principios de junio empezaron a haber manifestaciones peronistas y algunos conatos de huelga y gran agitación en nuestras bases.[321]

Cooke ahora se encuentra en Montevideo con su esposa Alicia. No puede entrar en el país porque todavía hay un pedido de extradición sobre él. Allí organiza un nuevo comando adelantado.

Entre otras desavenencias con el gobierno está el nombramiento como ministro de Trabajo y Previsión de Alfredo Allende, dirigente del Sindicato del Seguro.

Viajó Prieto a Montevideo y me dijo de parte de Frondizi que necesitaba que ese mismo día modificase mi criterio y que por favor le diese el visto bueno porque existía un planteamiento militar y posiblemente hubiese un golpe si no se nombraba a Allende. A mí Allende no me gustaba; preferíamos un ucrista que fuese político, no queríamos un ucrista militante sindical porque haría política sindical a favor de su partido. Nosotros lo único que necesitábamos eran elecciones libres en los sindicatos. No pedíamos más. Prieto quería que diese el acuerdo y le contesté que no quería el golpe pero que tampoco le daría el visto

bueno. En las otras propuestas había dicho que sí sin exigir mucho, pero esto se relacionaba con el movimiento sindical y no podía dar mi consentimiento a la ligera. Le dije que propusiera a cualquier otro adicto su partido pero que Allende no me ofrecía las garantías de imparcialidad. Prieto regresó y me encontré luego con que pese a todo se había designado a Allende. Convoqué a una reunión de emergencia en el Uruguay a las 62 Organizaciones y a la CGT Auténtica donde expuse que había una violación flagrante, que teníamos que consultar con Perón si entrábamos en guerra total, y necesitaba conocer la opinión de los organismos gremiales, pero que de todos modos se fueran preparando para hacer agitación en las bases. En ese momento el presidente Frondizi me pide que entre clandestinamente en el país.[322]

Frondizi no puede legalizar a Cooke ni a Perón ni al peronismo, pero los necesita; así que le pide que la segunda figura del movimiento entre al país a hurtadillas para hablar con él.

Me fueron a buscar dos amigos de él [de Frondizi] en una avioneta que aterrizó en el Aero Club de Montevideo y yo me metí con documentos ajenos acompañado por un dirigente de confianza; luego aterrizamos en Ezeiza y me llevaron a una casa.[323]

Preguntado por qué pensó que eran emisarios de Frondizi, contesta:

Yo soy muy experimentado en esto y no iba a caer así nomás. Además, en un “Piper” íbamos dos personas armadas y resueltas. Me llevaron a una casa por Olivos o San Isidro, que después me enteré que era la casa del Dr. Machinandiarena; luego como a la madrugada llegó el Dr. Frondizi.

SCHAPOSNIK: ¿En forma clandestina?

COOKE: Creo que sí. Además, me enteré que tenía algún problema con la custodia ya que él no podía designarla.

MAGLIETTI: ¿Quién lo acompañó a Frondizi?

COOKE: Frigerio; pero primero hablamos Frondizi y yo solos y después vino Frigerio; más tarde pedí la presencia de Prieto. Yo expresé que en las condiciones como se desenvolvían los acontecimientos no podíamos seguir.

[...] Lo que se trató en esa reunión fue un pedido de tregua de sesenta días que yo debía transmitir a Perón. Les expresé que no habían cumplido lo prometido.

SCHAPOSNIK: ¿Es el presidente de la Nación quien le pide la tregua?

COOKE: Sí, es el presidente de la Nación quien nos expresa que necesitaba que durante sesenta días le facilitásemos el clima necesario para poder desenvolverse sin agitación popular. Le respondí que cada día le iba a resultar más difícil resistir la presión gorila, que hasta el momento había logrado imponer una política que no daba soluciones a la clase trabajadora; que a eso se agregaba una violación expresa de lo convenido —el nombramiento del ministro de Trabajo —. Frente a eso perdía fuerza el argumento de que debíamos hacer sacrificios para evitar un golpe gorila. “Si lo que ocurre es que gobiernan los gorilas por intermedio suyo, pues entonces es mejor que gobiernen directamente y asunto terminado; así no se puede seguir”, le expresé. (El destacado es del original.)[324]

---

320 Adolfo Silenzi de Stagni (1914-1996) fue asesor de la Secretaría de Energía y Com-bustibles en 1963, aportando decisivamente al análisis de los contratos con las multina-cionales del petróleo que habían sido suscriptos por el presidente Frondizi y que fueron finalmente anulados por el gobierno del presidente Illia. Desarrolló numerosos trabajos de análisis de las políticas en energía e hidrocarburos. Publicó Política Energética Nacional (1972), Claves para una política petrolera nacional y Las Malvinas y el petróleo I y II, publica-dos en 1983.

321 John William Cooke, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974, p. 61.

322 John William Cooke, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974, p. 65.

323 John William Cooke, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974, p. 66

324 John William Cooke, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974, pp. 66 y 67.

Los platos rotos I

También durante esos primeros días de junio —seguramente aún no enterado del pedido de tregua— Perón le escribe a Cooke que tienen que hacer arreglos para el caso de que Frondizi los deje “en la estacada, como también para obligarlo a cumplir”. Si el 1º de agosto —día en que vencerá el plazo del pacto— Frondizi no ha cumplido lo prometido, ellos descargarían “un golpe mortal”. Van a paralizar el país, disminuir la producción, iniciar la desobediencia civil. Harán una oposición violenta en lo político e iniciarían una campaña de desprestigio del gobierno.

Perón cree que Frondizi usa la presión de los gorilas como excusa para no cumplir lo pactado.

Y creo aún más: que Frondizi está entendido con ellos para frustrar nuestra intención y anular los objetivos que perseguimos.

Lo que es básicamente cierto.

Cuando las acciones populares se realizan, los dirigentes deben estar al frente para impulsarlas, no para detenerlas. Los Pueblos marchan con sus dirigentes a la cabeza o con la cabeza de sus dirigentes.

Y entonces, súbitamente, cambia de tema y tira la piedra:

Yo pienso también en usted porque si esto llega a fallar, sus enemigos han de otorgarle a usted toda la responsabilidad y es seguro que lo anularán y destruirán.

Un terremoto.

Piensa en él. Si el acuerdo con Frondizi fracasa, sus enemigos lo destruirán. O: si el acuerdo con Frondizi fracasa no tendré otra opción que echarle la culpa a usted, John.

No olvide que ellos han tendido sus líneas por si esto falla, preparando en sus diarios y revistas un ambiente propicio para poder decir, en el momento oportuno, que usted es el inspirador de los acuerdos y el responsable del fracaso. Piense en la ocasión que se les presentará a los del "voto en blanco", a los Leloir, los Olmos, etcétera, si un día pueden decir que usted los ha traicionado por un acomodo con el enemigo, que es lo que dirán.[325]

Advertencia y profecía.

Cooke, hace público en junio un documento llamado "A cuarenta y cinco días de la toma del mando". No hay allí intención de contestarle a Perón, pero nosotros podemos leerlo como una respuesta.

Cuando el pueblo argentino cumplió la consigna de su líder, el General Perón, y sostuvo con cuatro millones de sufragios al candidato opositor, consumó una maniobra táctica de gran envergadura que puso de manifiesto una conducción con sentido histórico y una masa fiel a los altos destinos de la Patria.

O sea: la maniobra es producto del genio político de Perón.

Sobre esto es inútil querer desatar la bruma de la confusión. El éxito de dicha actitud no estuvo supeditado a que, posteriormente, se obtuviesen una serie de concesiones, porque ese voto se dio contra el continuismo y no implicaba responsabilidad alguna con la actuación ulterior del partido optado.

El pueblo y Perón derrotaron al continuismo, a Aramburu y a Balbín. Además, si Frondizi no cumple, la culpa es de Frondizi, no nuestra (y menos mía).

Dicho de otra manera: el triunfo peronista del 23 de febrero no se empañaría por el hecho de que su eventual beneficiario no hiciese fe a la palabra empeñada con la ciudadanía, porque la elección fue un episodio en la lucha por objetivos que solamente se obtendrán con la conquista del poder para cumplir nuestro programa de liberación popular.

Podemos reiterar, para que sepan los enemigos de la línea blanda: culparme a mí es menospreciar a Perón.

Establecido eso a fin de desvirtuar interpretaciones de sectores empeñados en desmerecer el genio político de nuestro Jefe, quedan en pie todos los interrogantes que se refieren al grupo que gobierna desde el 1º de mayo.

En el tablero de ajedrez, John ha jugado, ahora debe esperar. Sigamos con Perón y sus cartas del 7 de junio:

Para encarar las reivindicaciones a que se ha comprometido el actual Gobierno debemos proceder con criterio práctico y racional, de manera de apreciar bien la situación, tomar una resolución, planificar la acción, formar un equipo de ejecución y realizar toda la acción necesaria para llevar a buen término la operación. Ese equipo ha de estar formado por un grupo que conciba y otro que ejecute. El equipo de la concepción debe tomar la tarea de conjunto y el equipo de ejecución debe estar dividido en tantas partes como tareas imponga la ejecución.

[…] Así el equipo ejecutivo estaría formado por el Doctor Isidoro Ventura Mayoral (con poder otorgado), el mayor Carlos Vicente Aloé[326], los señores González Torrado y Roberto Galán para todo lo que se refiere a mis bienes personales, bajo la coordinación y dirección de usted que posee mi poder general, que le adjunto. Usted verá de formar los equipos de ejecución en los demás aspectos, para los que pueden ser útiles los amigos que le menciono anteriormente, a cuyos efectos le adjunto también el poder especial como Apoderado del Partido Peronista. [327]

Apunta Eduardo Luis Duhalde en su recopilación de la correspondencia, que este es el primer anuncio de que Perón se propone formar un equipo para reemplazar a Cooke.

Además, este texto es escrito el mismo día en que le advierte: “yo pienso también en usted porque si esto [el pacto con Frondizi] llega a fallar” usted, y no yo, será el responsable.

No pensemos en ninguna mezquindad personal, hay aquí una aritmética economía política: Perón no puede ser el culpable del fracaso. Prueba de esto es que Cooke jamás le echará en cara haber sido soltado al vacío.

John puede cumplir o no cumplir una palabra empeñada, como cualquier político, puede decir toda o una parte de la verdad; pero nunca, jamás, pasaría la línea que separa la fidelidad a su país de la traición.

Claro que también hay otro punto de vista. Si Frondizi no cumple —y recordemos que Perón le había escrito el 1º de septiembre del 57: “Los pactos políticos entre fracciones adversas son siempre de mala fe, aunque sean convenientes”— el pacto ha abierto de cualquier manera un espacio de mayor legalidad y alejado a jugadores molestos. Como en el póquer: ahora solamente quedan el peronismo y los militares. La UCRI estaría fuera de juego, y los peronistas sin Perón también.

---

325 En una de las tres cartas de Perón a Cooke del 7 de junio de 1958.

326 Carlos Vicente Aloé (Rosario, 1900-Rojas, 1978), amigo de Perón y gobernador de la provincia de Buenos Aires hasta 1955.

327 Fragmento de otra de las cartas de Perón a Cooke del 7 de junio de 1958.

Los platos rotos II

El 18 de junio Perón vuelve a escribirle a Cooke. Le dice que las promesas del gobierno los han adormecido y que había que despertar. Si Frondizi no puede manejar a sus propios partidarios, no puede tener la pretensión de que ellos manejen a todo el pueblo. Definitivamente hay que lanzar ya mismo campañas de agitación para mantener despierta a la gente e impedir que otros consigan agitar mientras ellos apaciguan.

Y entonces, cambia de tema: la rama femenina.

La rama femenina del partido está descontenta, le dice. No los nombra, pero está claro que el problema es con él y con Alicia. Los acusan de querer madrugar a las viejas dirigentes.

No sé qué fundamento tendrá esta información, pero si ello fuera cierto, no podría encontrarse una manera mejor de destruir al o a los que tal trabajo realizan que, mediante ese expediente solo conseguirán despertar la oposición de todos los demás y su anulación y repudio.

La orden es clara: no incida en la reorganización del partido. Las autoridades deben surgir de elecciones partidarias y esa es tarea del Comando Táctico. No de usted, Cooke, que integra el Comando Superior.

Toda intromisión abierta o encubierta será fatal para el que la realice porque cuando se plantee esa cuestión al Comando Superior no tendremos más remedio que condenar tales procedimientos.

Súbitamente, a Perón le interesa la democracia interna.

No vamos ni por un segundo a despreciar la democracia interna que es un antídoto, aunque no infalible, a las desviaciones. Más ahora, que el peronismo ya no es tan duramente perseguido. (La democracia interna es proporcional a la legalidad, a más legalidad puede haber más democracia, y esta se restringe a grado extremo en las organizaciones clandestinas.)

Pero lo que está en juego es muy otra cosa. Lo que se discute es un valor simbólico, el Partido Peronista Femenino. Y de alguna forma, la herencia de Evita. Dada la extrema heterogeneidad del peronismo y el perfil antiburocrático de Cooke, es imposible que esa lucha simbólica no adquiriera características dramáticas. La "no intromisión" que Perón le reclama —bajo la amenaza no velada de sanciones— no puede significar otra cosa que la exclusión de Cooke: el Partido Peronista Femenino será para la burocracia.

Según las cartas que recibo, hay un poco de mar de fondo contra usted y Alicia que no alcanzo a comprender por qué sucede, pero debo tener la franqueza de decírselo, evitando toda reserva mental inaceptable entre nosotros. Creo que ustedes deben de abandonar toda acción directa de ejecución y reducirse a la conducción estratégica si no quieren verse envueltos dentro de poco en un galimatías irresoluble. La concurrencia de gente a Montevideo, ni es necesaria, ni es conveniente. En el mejor de los casos quedan contentos los que van, que no siempre son los que merecen y que son muy pocos, y descontentos los que no van que son los más y a menudo los que más merecen. Así se conectan pocos amigos y se fabrican muchos enemigos y, no olvide nunca que, "muchos perros hacen al fin la muerte del ciervo".

[…] Mi interés no es otro que el de cuidarlo a usted y asegurar que los grupos adversos que comienzan a moverse, caigan aniquilados, como cayeron antes.

Solo mi vigilancia cuidadosa evitará que le hagan una zancadilla a tiempo. No vaya a creer que pienso que usted no anda bien, todo lo contrario, comete errores, en mi concepto atribuibles a su falta de experiencia, pero para eso estoy yo y si me hace caso, no tenga la menor duda que todo saldrá bien. El resto se lo comentará Prieto. Un gran abrazo. (El destacado es de D. S.)

Una semana después, el 25 de junio, John le escribe a Perón:

Sería un error confiar el futuro del peronismo al fervor de la masa exclusivamente, o al grado de adhesión a su Jefe. Porque el pueblo necesita que esa idolatría a Perón —mito indestructible— se transforme en elemento aglutinante para crear el instrumento que resuelva los nuevos problemas que se van presentando: es decir, el Partido-movimiento. Debe ser el mejor partido, desde que responde a los mejores ideales, a la mejor doctrina, al sentido más progresista de la Historia. Por lo tanto, debe tener los mejores dirigentes, los más revolucionarios, capacitados y ágiles. Así podrán cumplirse ahora sus planteos estratégicos y derrotar a los enemigos. (El destacado es de D. S.)

Entonces ametralla:

Y cuando usted haya muerto, su supervivencia no será exclusivamente emocional, sino traducida en formas vivas y dinámicas, en realizaciones que prorrogarán su vigencia más allá del hecho físico. (El destacado es de D. S.)

Es un error confiar exclusivamente en el fervor de la masa y hacen falta los mejores dirigentes que, para Cooke, son los más revolucionarios; porque si no, cuando usted haya muerto, general, será, apenas, un recuerdo cargado de emoción.

La CGT tiene una estructura que, sin ser extraordinariamente revolucionaria, fue lo más sólido del Movimiento. Sus formas organizativas fueron suficientemente fuertes como para resistir la vocación predatoria de la Tiranía. No me dedicaré a detallar los esfuerzos que debía realizar —solo, sin la comprensión ni la colaboración de los viejos dirigentes del Partido— para lograr que la conducción gremial formara un todo con la dirección del Movimiento. Ese divorcio los llevaba, en un momento dado, hacia una exclusiva sindicalización apolítica de la conducción gremial, perjudicial en lo inmediato para el Movimiento y en lo mediato para la clase trabajadora en su conjunto. El origen del fenómeno está en la debilidad del Partido en el momento de la caída de nuestro gobierno: La CGT fracasó, lo mismo que muchos altos dirigentes, pero la desintegración se detuvo en los delegados de fábrica y en muchos dirigentes medios, de forma que la clase obrera peronista tuvo una conducción a partir de la cual se fue organizando: en el Partido, en cambio, el proceso de desintegración no se detuvo en ninguna estructura, y para la acción contra la Tiranía hubo que valerse de los Comandos, nuevas formaciones que nada tenían en común con las formaciones políticas partidarias. (El destacado es de D. S.)

El pensamiento de Cooke es claro: organizamos comandos porque no había CGT ni partido, y ahora que podemos reorganizarnos, fortalecer a las 62 Organizaciones y al Partido Peronista, lo último que tenemos que hacer es entregárselos a la burocracia que no defendió su gobierno y que después negoció con la dictadura.

Lo de Perón no es menos claro: reorganiza la estructura reemplazando al Comando Táctico con una Delegación del Comando Superior Peronista integrada por referentes políticos y gremiales. La intención es debilitar a Cooke, quien queda como un eslabón intermedio entre Perón y la Delegación.

Sobre la reforma agraria

En la edición del semanario Mayoría del 23 de junio aparece un largo reportaje a Cooke del periodista Osiris Troiani. Preguntado sobre la reforma agraria prometida en el 45, Cooke responde:

Se hizo una etapa importante de la Reforma Agraria. Este es un tema de aquellos en que opinan todos, pero sin presentar un programa completo, factible y conveniente. Los propietarios de la tierra aumentaron sustancialmente durante el período peronista, como demuestran las estadísticas. El general Perón defendió los precios en el mercado internacional y aseguró la remuneración a los productores. En la medida de lo posible fue cambiando estructuralmente la producción agropecuaria, que se diversificó y racionalizó. La defensa de los arrendatarios estabilizó al trabajador de la tierra e impidió que fuese explotado. La mecanización del agro fue considerable si tenemos en cuenta que en la época de la oligarquía había un tractor cada 1100 hectáreas, y en la de Perón uno cada 220 hectáreas, según datos que figuran en la memoria de la CEPAL. La organización cooperativista permitió la defensa económica y la defensa social del agricultor. Se sostuvo el equilibrio entre los precios de la carne, el trigo y las oleaginosas. Perón recibió el país con 33 millones de vacunos y lo devolvió con 45 millones. Es una capitalización equivalente a 1200 millones de dólares. Aumentó en dos millones el número de lanares: así nos capitalizamos en otros 20 millones de dólares. Los 60.000 tractores incorporados importan 330 millones de dólares. ¿Qué más puedo añadir?

Tratemos de contestar la pregunta que deja John.

Se puede añadir, John, que esos son los límites puntuales del capitalismo dependiente basado en la exportación de productos primarios. Si el peronismo hubiera sido una expresión al límite de la burguesía industrial, habría destruido

las bases del poder de los latifundistas.

Es decir, hubiera saldado política y económicamente la lucha entre los sectores de la burguesía a favor de los industriales, entre otras cosas impulsando el Sector I de la economía, las máquinas que hacen máquinas. El drama argentino, o parte importante de él cuanto menos, es que, si el peronismo hubiera sido eso y no una provisoria tregua bonapartista, tendría que haber reinventado al actor social del desarrollo capitalista: a la burguesía nacional.

Pudo ser, pero no fue. Y no fue porque el límite infranqueable para el peronismo —estimado John— fue la invulnerabilidad de la propiedad de la tierra y, por eso mismo, el poder de los grandes propietarios de la pampa húmeda.

Usted, John, me habla de tractores, pero eso poco importa, ni siquiera fue decisiva —o si prefiere irreversible— la admirable defensa del gobierno de Perón del trabajador del campo.

Como nunca es lo que no es, la burguesía concentrada —incluido su sector industrial— olvidó cualquier prurito nacional y terminó siendo socia del capital imperial.

• • •

Hay otro punto que no desarrollaremos en extensión pero que es importante para entender algunos procesos. La cultura terrateniente es una cultura rentística. Los grandes propietarios, desde las antiguas familias patricias, no invirtieron en la industria —eso se lo dejaron a los nuevos inmigrantes— pero sí en bancos. Esa cultura rentística permeó en las capas medias que, por décadas, albergaron el

sueño de llegar a un mínimo de capital que les permitiera vivir de la renta, por ejemplo, de alquileres.

Las capas medias, a favor de su ingenua fantasía rentística, son proclives a pegarse ideológicamente a los grandes propietarios; tal alianza pone obstáculos a un proyecto industrial y redistributivo.

Cuando luego, la lógica capitalista despierta del ensueño al pequeñoburgués, cuando le confisca sus ahorros, le roba su pequeña industria o comercio, y lo pone al límite de caer en la temida desdicha proletaria, este parece despertar. Sucede entonces —como luego de la horrorosa crisis que explotara como pus de una infección en el 2001— un período de necesaria redistribución para recomponer las relaciones sociales. El pequeñoburgués acepta esto porque está en el fondo del tacho, porque está desesperado.

Pero existen sectores de las capas medias que tienen una genética repulsión por la clase obrera y, apenas levantada su nariz de las aguas sucias de la crisis, dan una voltereta en el aire y vuelven a pegarse a la patria rentística, como en el caso del debate por la famosa resolución 125 de retenciones móviles a la exportación de granos.

Durante el aciago verano de 2002, los comerciantes de Liniers esperaron con el desayuno servido a las columnas de desempleados que venían del profundo conurbano. Se sentían solidarios con esos compatriotas. Es encomiable, desde ya, pero fácil: toda buena persona se solidariza con el que carece. Lo que requiere una transformación profunda —espiritual y política— es reconocerle el derecho de no carecer. Lo dijo Evita: “Ahí donde hay una necesidad, hay un derecho.” Por eso la caridad es profundamente reaccionaria.

Así que, incluso en el campo cultural, la única solución posible es que las capas

medias no tengan con quién pegarse, que el poder agroexportador no exista sino en manos del Estado.

• • •

El 10 de octubre de ese agitado 1958, Cooke y Héctor Tristán[328] son detenidos en el aeroparque por efectivos de la SIDE, minutos después de haber aterrizado provenientes de Montevideo.

—¿Cree, doctor Cooke, que Perón regresará al país? —le preguntó un periodista.

—Sí. No tengo la menor duda.

—¿Podría señalar la fecha en que su arribo podría producirse?

—Yo soy político, no adivino.

---

328 Héctor Tristán (1918-1993) nació en Salta, fue jugador de fútbol, obrero metalúrgico y delegado gremial durante el primer peronismo. De origen trotskista, integró el Comando Nacional Peronista en la clandestinidad, siendo sobreviviente del levantamiento de Juan José Valle. Detenido en la Penitenciaría Nacional, sufrió simulacros de fusilamiento. Luego de la toma del frigorífico Lisandro de la Torre debió exiliarse. A principios de 1962, durante la conferencia de cancilleres de Punta del Este, le entregó al Che Guevara una copia de la carta que Perón le enviaba al presidente Kennedy. De regreso al país, volvió a actuar en la Unión Obrera Metalúrgica y fue

uno de los más tenaces opositores al Lobo Vandor. Inter-vino en la creación de la Guardia de Hierro, organización a la que criticó por fusionarse con el Frente Estudiantil Nacional en vez de hacerlo con Montoneros.

La toma del Lisandro de la Torre

1959 es un año de combate para la clase obrera. Comienza con un conflicto decisivo que sacude al país, la toma del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre. El presidente Frondizi está a punto de viajar a los Estados Unidos, allí se vería con Eisenhower, al tiempo que aquí se implementa el Plan de Estabilización recomendado por el Fondo Monetario Internacional.

Para entender el conflicto retrocedamos un poco. En 1933, como consecuencia de la crisis del 29, el precio del ganado había caído peligrosamente. El Estado actuó en defensa de los productores con la creación de la Junta Nacional de Carnes que sostuvo el precio. Fue una enorme transferencia de riqueza del conjunto de la sociedad hacia los productores.

Había dos tipos diferenciados de productores: los invernadores y los criadores. Los invernadores eran los grandes terratenientes de la pampa húmeda que colocaban su producción directamente a los frigoríficos para la exportación. Poseían campos de alfalfa y su actividad fundamental era el engorde de los animales. Por otra parte, estaban los pequeños y medianos ganaderos del interior que se dedicaban a la cría del ganado, y que tenían dos alternativas: vendían su producción a los grandes terratenientes para el engorde o al mercado interno.

Los frigoríficos norteamericanos más los ingleses tenían el 85% de la cuota de exportación. Los invernadores odiaban que el Estado se inmiscuyera en el negocio de los frigoríficos, ya que estos eran sus socios. Nucleados alrededor de la Sociedad Rural Argentina, eran liberales hasta la médula en las buenas épocas, pero cuando los precios bajaban exigían la intervención del Estado para salvarlos.

Los criadores, por su parte, deseaban que el Estado interviniera en la industria frigorífica. Que comprara, construyera o nacionalizara los establecimientos para permitirles hacer uso de la cuota de exportación que le estaba reservada por los tratados con Inglaterra, y para mejorar sus intereses en el mercado interno. Se reunían en torno de las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), cuya organización más fuerte era la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y la Pampa (CARBAP).

El largo trámite intervencionista del Estado, sumado a que la faena para exportación cayó en el período 1951-1954 al 16% de la destinada al consumo, provocó un acercamiento entre los sectores que habían pugnado en los veinte años anteriores por el control de la CAP [Corporación Argentina de Productores] y la Junta [Nacional de Carnes]. El conflicto que había enfrentado a invernadores, criadores y frigoríficos durante las dos décadas anteriores perdió peso.[329]

La Libertadora anuló el Instituto Nacional de Carnes y retrocedió a la situación previa al 4 de junio de 1943; pero la realidad había cambiado. Disminuida al extremo la exportación, la SRA y la CRA actuaban ahora unidas en defensa de su mayor espacio común, el mercado interno. Tan así fue que, para las elecciones de la CAP, presentaron una lista en común. Ganadas las elecciones, presionaron al Estado para que la CAP se convirtiera en el ente comercializador e industrial que los pequeños y medianos productores querían desde hacía décadas. Volvió la antigua idea de un frigorífico central, que atendiera a la ciudad de Buenos Aires.

Solícito, el 10 de enero, Frondizi gira al Congreso un proyecto que autoriza la venta del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre, y ubica a la CAP como compradora preferencial. El proyecto compensa así a la burguesía agraria por la eliminación de los subsidios a los productores.

Los obreros se enteran del proyecto de venta unos días antes y disponen una movilización al Congreso para el día que se tratará la ley. El 12 de enero, un día

antes de la concentración, una delegación obrera encabezada por el dirigente Sebastián Borro va al Congreso y habla con el presidente de la Cámara de Diputados, Gómez Machado, quien promete dar contestación a las demandas obreras el día siguiente.[330]

Un periodista del diario Clarín le pregunta a Borro qué pasaría si votaban la ley pese a la oposición de ellos. Borro le contesta: “Entonces, amigo periodista, le diremos a usted algo que no le hemos dicho al Dr. Gómez Machado. En camiones cargaremos los escombros del frigorífico”.

El 13 de enero dos mil obreros acuden al Congreso, llevan un ternero pintado: “Señores diputados no me entreguen, quiero ser nacional”, y dos carteles: “En defensa de nuestro patrimonio, contra la entrega de nuestro frigorífico a la empresa privada” y “Como argentinos no podemos aceptar la entrega del frigorífico nacional”.[331] Dentro del edificio, una comisión sindical espera la respuesta prometida por Gómez Machado. La respuesta es que Frondizi los recibirá al día siguiente.

Al día siguiente…

¡Pero esa noche se sanciona la ley!

Una trampa.

Cuenta la historia que Busquet Serra, el nuevo presidente de la CAP, acude al sindicato. Los obreros, para que aprendiera, lo dejan esperando tres cuartos de hora. Ernesto Salas, en su magnífico texto La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, reproduce el diálogo que Busquet Serra sostiene

con los obreros:

Busquet Serra: Bueno, vamos a hablar comercialmente. ¿Cuántos son ustedes en la Comisión Directiva?

Borro: Somos veinticinco.

Busquet Serra: Bueno. Hay 30.000 pesos para ustedes y una participación en acciones en el directorio de la CAP. Pero nosotros vamos a tomar medidas con el personal que ustedes van a avalar.

Tras un silencio habla Borro: ¿Me permite que llame aquí a los demás integrantes de la Comisión Directiva para que usted mismo les haga la propuesta?

Ante la afirmativa del ganadero son convocados los demás. Una vez reunidos, Borro le pide que repita la propuesta. Y luego, fuera de sí, lo insulta frente a sus compañeros.

El miércoles 14, la Comisión Directiva obrera convoca a una asamblea para esa misma noche, al tiempo que le pide al ministro de Trabajo una reunión urgente con Frondizi. La asamblea recibe la adhesión de las 62 Organizaciones por medio de Avelino Fernández, de la Asociación de Propietarios de Carnicerías, de la Federación Universitaria de Buenos Aires, y de cooperativas de la provincia de Buenos Aires. El barrio de Mataderos, donde se ubicaban las plantas del frigorífico, empieza a convulsionarse.

El jueves 15, la Comisión Directiva es recibida por Frondizi en la quinta presidencial de Olivos, también están representantes de las 62 Organizaciones. Paralelamente, en el frigorífico los obreros entran al trabajo, pero al terminar el turno no abandonan el establecimiento. En las inmediaciones empiezan a concentrarse los familiares.

Siempre según Ernesto Salas —quien entrevistó años después a los dirigentes obreros—, Jorge Di Pascuale[332] le dice a Frondizi que se ha apartado del programa del 23 de febrero. Frondizi le contesta:

—Señores, aquí vinimos a hablar del problema del Frigorífico Nacional y no de política, de política conversaremos en otro momento.

Rivas le recuerda que tenía un informe obrero sobre el frigorífico que estaba "durmiendo en un cajón". Le piden que vete la ley, la respuesta del presidente es negativa.

La asamblea obrera se realiza con una participación masiva, están reunidos ocho mil obreros. Hablan unos cuarenta oradores. Se decide tomar el establecimiento y permanecer en él. Paro por tiempo indeterminado. Y se pide a las 62 Organizaciones, a los 32 Gremios Democráticos y al Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS, comunista) que convoquen a un paro general.

Salas apunta que, si bien se dice que la organización de la insurrección de Mataderos fue realizada y planificada por Cooke y Borro, esto no es totalmente cierto. Durante la asamblea se hace presente John que, a través de Héctor Tristán, les pide a Borro y Saavedra hablar. La respuesta es negativa. Ellos están con el Comando Nacional, no el de Cooke sino el de Cesar Marcos.

Lo que no impide —sigue Salas— que Cooke no haya tenido un papel protagónico, particularmente respecto de su relación con las 62 Organizaciones, activando la huelga general.

La noche del jueves 15, los obreros permanecen en el Lisandro de la Torre. Hay que organizar. Conseguir comida, ubicar donde dormirán las ocho mil almas, definir la resistencia en caso de represión, y coordinar acciones con los vecinos del barrio.

Se forman grupos. No se va a permitir que se deteriore ni una máquina. Hay que impedir cualquier sabotaje, que puede venir de obreros enardecidos o de provocadores. Un grupo va a darles de comer y beber a los animales, otro recibe la comida que llevan los familiares (que ya están en los alrededores y suman entre veinte y treinta mil personas). Otro acompañará a la Comisión Directiva en las negociaciones. Otro sacará el conflicto a la calle y reclamará la solidaridad de los vecinos.

Sebastián Borro ordena que la caldera no sea apagada para tener mangueras con agua caliente como arma contra la represión. También se piensa en largar la hacienda acumulada a la tropa represora. Por Radio Rivadavia —que transmite desde adentro del establecimiento— se escucha de fondo a grupos de obreros con bombos gritando por primera vez: “¡Patria sí, colonia no!”.

La reunión con el gobierno del viernes 16 no se hace con Frondizi. El presidente nombra como negociador ¡al jefe de la Policía!, el capitán de navío Ezequiel Niceto Vega. La toma no es, entonces, un hecho político sino policial.

Por el sindicato están: Borro, García, Saavedra y Rivas. El policía les dice que en las asambleas han hablado libremente los comunistas, y Borro le contesta que en su gremio la palabra era de todos.

La propuesta gubernamental es que confiaran en Frondizi, y que no se va a innovar sobre el frigorífico —o sea no se va a dar marcha atrás— en ausencia del presidente. Cuando vuelva conversaremos… Quedan para otra reunión por la noche. En esa reunión Vega —que se ha reunido con Frondizi— les lee un comunicado:

Existiendo medidas de fuerza, no habrá lugar a ninguna clase de tratativas. Si no se admite la veracidad del compromiso contraído por el suscripto en nombre del señor presidente y se mantiene la huelga y la ocupación, el Poder Ejecutivo actuará con toda decisión y energía.

Firmado: Ezequiel Niceto Vega, capitán de navío, jefe de la Policía Federal.

El ministro de Trabajo, Alfredo Allende, declara ilegal la huelga y conmina a los obreros a desalojar el establecimiento antes de las 3 de la madrugada del sábado.

Una hora vencido el plazo se desencadena la represión.

• • •

A las 2 de la mañana, mientras la Comisión Directiva aún espera la reunión con Frondizi y no se encuentra en el frigorífico, salen del Departamento Central de Policía veintidós ómnibus con efectivos. También llevan carros de asalto de la Guardia de Infantería, camiones de bomberos y patrulleros. En San Pedrito y Bilbao esperan hasta que se les suman cuatro tanques Sherman del Regimiento de Granaderos a caballo y varios jeeps con soldados armados con

ametralladoras. Estas fuerzas están al mando del teniente coronel Alejandro Cáceres Monié. También se suman cien hombres con armas largas y ametralladoras, en total dos mil efectivos.

Como lo primero es lo primero, empiezan por tomar el local sindical. Luego se dirigen hacia el frigorífico. Como eran pocos, a las cuatro de la madrugada reciben refuerzos de Gendarmería y toman posición frente al portón de acceso.

El subjefe de la Policía, el capitán de fragata Carlos Barzone, se encamina al portón y exige que lo abran. Le responden que esperarán a los dirigentes del gremio. Finalmente ordena el avance y un tanque Sherman arremete contra el portón. Seis mil obreros reunidos en el mástil cantan el Himno Nacional.

Estallan las granadas de gases lacrimógenos.

Los obreros vivan a Perón.

Largan la hacienda, pero las vacas no caminan, están entumecidas, con las mangueras de agua caliente no tienen mejor suerte. La resistencia se traslada al barrio, participan los vecinos y por varios días las fuerzas represivas no pueden entrar a Mataderos.

• • •

Cuando la noticia de la entrada de las fuerzas militares al frigorífico llega a la reunión plenaria de las 62 Organizaciones, Augusto Timoteo Vandor[333] mociona

un paro general por tiempo indeterminado.

Dirá Héctor Saavedra:

El primero que se levanta, muy piola, es Vandor. Y dijo: ¡Al paro general! Pero resulta —y esto es lo paradójico— que todos dijeron ¡paro general!, pero salieron para un lado, para otro, y nadie dijo cómo se tenía que organizar el paro general. Y entonces fueron directamente arriba del celular. ¿Por qué? Porque yendo presos salvaban su responsabilidad, como pasó con la mayoría. ¿Y quién queda? Queda la gente joven: eran Di Pascuale y otros que se quedaron encargados del paro general […] y nosotros que estábamos organizándolo desde el frigorífico.[334]

Los integracionistas de las 62 Organizaciones no pueden negarse al paro, pero hacen lo posible para que fracase. Es una vieja técnica que conocen a la perfección. Entre los duros muchos están de acuerdo, pero también piensan que no están en condiciones de llevarlo adelante. Unos y otros temen perder la legalidad conquistada. La mayoría de los dirigentes se trasladan a sus gremios y son arrestados.

El paro comienza a la hora cero del domingo 18 de enero. El MUCS lo declara por cuarenta y ocho horas, los 32 Gremios Democráticos apenas resuelven el estado de alerta.

Frondizi viaja y el Ejecutivo queda a cargo de José María Guido, quien acuartela al Ejército, los diarios dejan trascender la posibilidad de aplicar el famoso plan Conintes (Conmoción Interna del Estado, que determinaba la realización de juicios de civiles por tribunales militares).

El domingo es allanado el local central del Partido Comunista y secuestrada la edición de La Hora. El lunes 19, los líderes de las 62 Organizaciones son detenidos con Vandor a la cabeza. El martes los detenidos son más de cuatrocientos, entre ellos Amado Olmos, Eleuterio Cardozo, John William Cooke, Felipe Vallese y Susana Valle (hija del general Juan José Valle).

El gobierno dispone la aplicación del plan Conintes.

Seguro de que tiene la sartén por el mango, Frondizi declara en Estados Unidos que “la conducción del país la tiene el gobierno y no los gremios”.

Ese mismo lunes 19, el Ministerio de Trabajo asegura que el paro es “una típica huelga subversiva con un objetivo bien concreto: torpedear el viaje del presidente de la República a los Estados Unidos y frustrar el Plan de Estabilización económica”.

Cooke declara durante la huelga que “la defensa del Frigorífico Nacional será la chispa que incendiará el país y barrerá el gobierno de la entrega”.

Recrudecen las acciones de los comandos. Estallan bombas en la casa de Frigerio, en el comité de la UCRI, en el cine Ópera, y muchas otras. Pero la medida de fuerza, desorganizada, comienza a perder fuerza con el correr de los días. Así, el miércoles 20 el paro ya es parcial y solo lo sostienen las 62 Organizaciones.

Hasta que la noche del 20 de enero las 62 suspenden el paro.

Avelino Fernández declara: “el mantenimiento del movimiento equivaldría a crear un ambiente propicio para el golpe de Estado”.[335]

Un mes después detienen a Sebastián Borro y a los miembros de la Comisión Directiva que permanecían prófugos.

Ya hay dos mil cesantías, y van en aumento: a fin de mes en el frigorífico solo quedan tres mil de los ocho mil obreros.

Los frondicistas insistirán que estuvieron frente a una conspiración golpista de comunistas, un sector del peronismo, más militares y la oligarquía. Acusarán a los gremialistas duros y a John William Cooke. Los llamarán “la banda trotskista”.[336]

Poco después, renuncia Alfredo Allende; asume David Blejer, pero por poco tempo, ya que pronto desembarcaría Álvaro Alsogaray como ministro de Economía, quien también asumirá la cartera de Trabajo.

---

329 Ernesto Salas, La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990.

330 En diciembre de 1958 hubo elecciones gremiales. Se presentaron tres listas, una comunista y dos peronistas. Ganó una de ellas, la encabezada por el que había sido el se-cretario adjunto del sindicato en los últimos dos años, Sebastián Borro. Con Borro estuvie-ron Edilio García, secretario adjunto, Héctor Saavedra, secretario de prensa y propaganda, y Fernando Rivas, secretario de cultura.

331 Ernesto Salas, La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990.

332 Jorge Fernando Di Pascuale, dirigente gremial de los empleados de farmacias, dete-nido-desaparecido el 29 de diciembre de 1976.

333 Augusto Timoteo Vandor (Bovril, provincia de Entre Ríos, 1923-Buenos Aires, 1969), dirigente sindical del gremio metalúrgico. Fue asesinado con cinco disparos en un atenta-do en su oficina.

334 Declaración de Héctor Saavedra a Ernesto Salas en E. Salas, La resistencia peronis-ta: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, Buenos Aires, Centro Editor de América Lati-na, 1990.

335 Diario La Prensa, 23 de enero de 1959.

336 “Significa que la versión de tipo conspirativo es patrimonio exclusivo de la visión frondicista de los hechos que hace hincapié en la posibilidad de una conspiración golpista para evitar el viaje de Frondizi a los Estados Unidos. La toma del frigorífico y el paro del gremio debe buscarse en la decisión de los sindicatos “duros” de enfrentar al gobierno, y particularmente, en la negativa de los obreros del frigorífico de entregar el establecimiento a manos privadas. Allí es donde reside la coincidencia con Cooke, en la intransigencia. Ambos terminarán acusando a las 62 Organizaciones de no continuar con el paro general y de hacerle el juego al “integracionismo” del gobierno.” Ernesto Salas, La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990.

Cooke se defiende

Cooke sabe lo que le espera —ya se lo había adelantado Perón— y se defiende con un furibundo ataque.

El 30 de enero, escribe un documento interno del Comando Nacional Peronista.[337] Allí expresa que el paro fue una “formidable demostración” de repudio al gobierno, que ha confirmado a las masas trabajadoras como vanguardia combatiente, y que solamente el Movimiento Peronista, “por encima de la incapacidad, el temor y el aventurerismo de muchos de sus dirigentes”, había probado que es capaz de jugarse entero por ella. Los demás habían apoyado la entrega.

Durante cuatro días —sigue Cooke—, el país entero quedó paralizado en señal de protesta; así que rechaza la idea de que fue un fracaso:

Ante todo, debemos señalar que el resultado inmediato del Paro General, sólo aparentemente puede ser computado como un triunfo del gobierno entreguista. Ante la huelga popular, que en ningún momento asumió caracteres de insurrección ni mucho menos contó con una Conducción Orgánica, el gobierno entreguista tuvo que recurrir a todos los efectivos y reservas de su aparato represivo policial y militar y emplear todas las medidas de fuerza y de coacción de su propio dispositivo de poder. (El destacado es de D. S.)

La defensa consiste en que la huelga fue para impedir la entrega del frigorífico, no para tomar el poder. Nunca podría haber sido insurreccional porque no tuvo una dirección que asumiera el rol de conducir la espontaneidad combativa de los trabajadores.

La vacilante dirección de las 62 Organizaciones declaró un Paro General por 48 horas; igual temperamento siguieron las ex 19 y casi todas las organizaciones sindicales. A esa altura las masas habían rebasado completamente a sus dirigentes y éstos, temerosos de verse barridos y superados, pasaron de una completa pasividad a un desorbitado aventurerismo. Entre gallos y medianoche, sin preparación alguna, sin tomar las precauciones más elementales, transformaron el Paro de 48 horas, convirtiéndolo en tiempo indeterminado.

Recordemos lo que dijo Héctor Saavedra: "¡Al paro general! Pero resulta —y esto es lo paradójico— que todos dijeron ¡paro general!, pero salieron para un lado, para otro, y nadie dijo cómo se tenía que organizar el paro general".

Cooke había pergeñado otro plan, un plan que suponía pasos previos hasta que el plenario de las 62 Organizaciones declarara el paro general. Había que crear el clima necesario, coordinar la lucha con los grupos sindicales disidentes, con las organizaciones de comerciantes, de estudiantes y de industriales. Explicar claramente al pueblo los objetivos de la medida. Pero nada de esto se hizo, se queja Cooke.

A poco que el Gobierno Entreguista tomó las primeras medidas represivas, el Paro quedó totalmente descabezado. En la madrugada del domingo 18 de enero [o sea desde las primeras horas del paro] la dirección de la Huelga había dejado de existir y todos los locales sindicales estaban allanados o cerrados. La alta dirección sindical demostró así, en los hechos por lo menos, su total incapacidad. (El destacado es de D. S.)

Dice incapacidad, pero sabe que no es incapacidad. El punto débil fue la carencia de una dirección política revolucionaria y de cuadros dirigentes sindicales combativos y leales. Durante meses —señala Cooke— él había tratado de explicar esto a los dirigentes de las 62 Organizaciones.

El movimiento sindical, por su propia naturaleza, no genera espontáneamente una Dirección capacitada especialmente para abordar la Conducción General, fijar los objetivos finales y, en base a éstos y a las situaciones dadas, articular los distintos momentos del proceso.

Se refiere a la naturaleza reformista, esencialmente económica, de las organizaciones sindicales, que no las habilita por sí para resolver el fondo del asunto que quiere discutir Cooke: la superación del estatus de capitalismo semicolonial del país. Y vuelve a reclamar la conducción política:

Esta Conducción Política [el Comando Nacional Peronista], como el Estado Mayor para un ejército, es condición indispensable para obtener la victoria en la batalla por la Liberación Nacional.

Esto es la conducción política del "nosotros", la suma del líder y el delegado y alejar definitivamente a la burocracia. Cooke sabe que un nuevo gremialismo ha avanzado. Un nuevo gremialismo cuya figura relevante sería —hasta su asesinato, una década después— Augusto Timoteo Vandor. Ese gremialismo se haría fuerte en el peronismo y disputaría el control del movimiento a su jefe.

Tropezamos con la suficiencia y la soberbia de estos dirigentes "peronistas" que prefirieron siempre la vinculación con agentes de Frigerio, como el traidor Prieto, o con aventureros sin principios, a la colaboración del Comando Nacional Peronista. […] Los resultados están a la vista, difícilmente se volverá a contemplar el fenómeno observado en las jornadas de enero, de que la combatividad de las masas sea tan inversamente proporcional a la ineptitud de los dirigentes.

Cooke aclara por las dudas: para Frondizi ha sido una victoria a lo Pirro. Las intervenciones a sindicatos y la persecución del peronismo han liquidado definitivamente las posibilidades de cualquier “integración”. Así que no es victoria sino su primera gran derrota.

Finalmente, define las tres tareas del momento: unir al movimiento, hacer un frente común con todas las organizaciones populares y, la más importante y previa al cumplimiento de estas dos, la construcción de la tendencia revolucionaria del peronismo.

Y también es un mensaje a Perón: este es el resultado de bendiciones urbi et orbi.

---

337 Roberto Baschetti, Documentos de la resistencia peronista 1955-1970, volumen I, La Plata, De la Campana, 2012.

Lejos, más lejos

El 25 de enero de 1959, mientras el movimiento obrero cura como puede sus heridas tras la derrota de la toma del Lisandro de la Torre, el general Perón viaja en un avión que aterrizará en Madrid.

Ha estado en Paraguay por menos de un mes por la presión del gobierno argentino. Después se fue a Panamá, donde se alojó en un lindo hotel propiedad del gobierno de Estados Unidos, pero la Libertadora volvió a presionar. Tuvo que irse a Caracas, hasta que cayó Pérez Giménez y otra vez armó las valijas. Llegó a Ciudad Trujillo, República Dominicana, y ahora, aún más lejos de la patria, traslada su exilio a la muy católica España del generalísimo Franco.

Viaje hacia los extramuros

El 5 de febrero John se queja amargamente con Perón, los frondicistas lo acusan de liarse a los comunistas y qué contestan desde el movimiento:

Pues bien, aparece el C.C. y Supervisor [se refiere al Consejo Coordinador y Supervisor] y da el comunicado, cuyo análisis demuestra que nuestro organismo máximo en el país está en un todo de acuerdo con las tesis frigerianas, pues se especializa en el ataque al otro sector del gobierno (Vítolo-Raimúndez). Hasta les da la razón en sus ataques contra mí, haciendo la aclaración —oficiosa e innecesaria— de que carezco de autoridad dentro del Movimiento. ¿A título de qué, si yo no invoqué autoridad alguna? Esa aclaración tiene un doble objeto: hacerme daño y congraciarse con la línea integracionista.

Efectivamente, el 16 de octubre del 58, Perón había creado el Consejo Coordinador y Supervisor del peronismo "el que se manejará en relación con el Consejo Superior Peronista".[338] Hacia octubre, Cooke ya no es, definitivamente, el delfín del jefe.

Esa agresión es torpe y, para colmo, llevada a cabo en momentos en que debo actuar perseguido como una bestia feroz. Sin ánimo melodramático, puedo afirmarle que no solamente mi libertad está en peligro, sino posiblemente mi vida, pues a mí no me defiende ningún sector del gobierno, y todos concuerdan en que hay que cazarme. Esa persecución, los peligros inherentes a mi actividad, las medidas que diariamente se toman contra mi familia y mis amigos, todo eso son riesgos que siempre he corrido con plena conciencia y forman parte de lo que debe soportarse cuando se lucha por una causa como la nuestra. Pero las puñaladas por la espalda, dadas desde el propio Movimiento al amparo de posiciones otorgadas por Ud., eso ya es otra cosa, y no puedo silenciar mi enérgica protesta. (El destacado es de D. S.)

“Al amparo de posiciones otorgadas por Ud.”, ya no hay lugar para suavidades: Cooke le protesta airadamente a Perón.

Ud. sabe con cuánta mesura he procedido frente al Sr. Albrieu y sus amigos. Soporté la vergüenza de verlos desaparecer cada vez que hay peligro, para hacerse presentes cuando la situación está calma; aguanté que se hiciese una campaña sistemática sobre mi “defenestración”; defendí al C. Coordinador, demostrando a los grupos de la Resistencia y de políticos sanos que había que mantener una rígida disciplina, aun cuando se despreciase a los componentes del organismo conductor; contribuí a que se formasen las Juntas Promotoras Provinciales, aun cuando los delegados del C. Coordinador eran notorios neoperonistas y, en algunos casos, partícipes pasivos de la revolución de septiembre de 1955. Cuando estuvimos en Trujillo recientemente, nada dije ni critiqué sobre la conducción en el país, y en lo que se refiere a las personas, entendí que se había sellado una especie de tregua. Pero no bien llegamos a Buenos Aires, nos buscaron los periodistas: yo me limité a decir que no existía pacto ni tregua con el gobierno, y que los informes sobre la reunión en Ciudad Trujillo debían ser dados por el C. Coordinador. Pero el Sr. Albrieu, al preguntársele cuál era mi situación jerárquica dentro del Movimiento, dijo que yo era “un buen amigo del general Perón” ocultando mi condición de integrante del C.S.P. [Comando Superior Peronista] No lo desmentí, y aguanté ese agravio como tantos otros provenientes de los mediocres. (El destacado es de D. S.)

Pero el comunicado ya es demasiado:

Todos los partidos y partiditos del país se expidieron a favor de la huelga, tal había sido su éxito y popularidad. Cualquier fuerza política hubiese dado cualquier cosa por haber sido promotora o participante del paro. Solamente el peronismo, a través de su C. Coordinador, aparece con un documento chirle, dado 11 días después de la declaración de la huelga, y que a los ojos de la opinión pública implica una complicidad con Frigerio y su sector. No hago acusaciones sobre esto: destaco lo que aparece objetivamente. Por mucho

menos se desprestigió el Comando Táctico.

[…] Este documento ha sido motivo de repudio general dentro del Movimiento y el hazmerreír de nuestros adversarios. La aclaración sobre mí sobrepasa los límites de una malevolencia contra mi persona, pues todo el mundo lo interpreta como una señal de debilidad de nuestros “conductores”.

[… En los anexos] verá cómo hay un monstruo, que soy yo, y un sector de tipos macanudos que son los del Consejo Coordinador (me refiero a los miembros destacados de este último, pues los muchachos de lucha no son tenidos en cuenta ni consultados para nada).

[…] Todo esto se lo planteo porque el comunicado de referencia sirve para confundir al Movimiento. Hay algunos que piensan que Ud. ha desautorizado, de esa manera, la huelga general, que tanto éxito tuvo y por la cual hay tantos compañeros presos. (El destacado es de D. S.)

Le asegura que su indignación no se traducirá en acciones que quiebren la formal unidad del movimiento. Pero apela a Perón para que episodios semejantes —a los que llama la alevosía de los eunucos— no se repitan.

Sobre el movimiento es contundente:

Lo que antes insinué tímidamente, debo afirmarlo ahora con toda mi responsabilidad: el Partido Justicialista puede ser el camino para que la corrupción penetre en el Peronismo. En cada provincia hay un grupo que quiere ser incluido entre los “buenos” que no darán mucho trabajo al gobierno.

[…] El triunfo de esa tendencia nefasta es el mejor regalo que puede hacerse al gobierno. Este no “desperonizará” al país, pero puede evitar que nuestro Movimiento lo combata eficazmente. […] Salvo que en la dirección del Partido Justicialista haya hombres a quienes no les importe mayormente las bancas de concejales o de diputados. De lo contrario, el P. Justicialista actuará como freno del Movimiento y en lugar de ser un instrumento de la lucha contra la oligarquía será una parte del engranaje de la oligarquía. (El destacado es de D. S.)

¡Con razón John, hoy, a seis décadas de esa carta, sos mala palabra la mayoría de los políticos y gremialistas peronistas!

Hay un fragmento dramático de la carta donde Cooke le dice a Perón algo que vale como profecía:

Desde ahora habrá mucha más represión, más cárcel y más palos. Pero también habrá mucho más dinero y muchas más facilidades para quienes quieran complicarse con el gobierno.

Ya no tenemos noticias de correspondencia alguna entre Perón y Cooke hasta una carta de Perón del 31 de julio de 1960. John está en la Habana, Perón en Madrid. “Al compañero Dr. D. John W. Cooke”, escribirá Perón y más abajo: “Querido Bebe”.

---

338 El Consejo Coordinador y Supervisor estaba integrado por Carlos Aloé, Oscar Al-brieu, Alberto Rocamora, Rodolfo Arce, José Barro, Pedro San Martín, Fernando Torres, Manuel Damiano, Julio Troxler, Juan Brid, José Parla, Adolfo Philippeaux, Delia D. de Pa-rodi, Ceferina Rodríguez de Copa y María Elena

Solari de Bruni.

Otra consecuencia de la derrota

El Reino de Epiro fue un estado ubicado en una región montañosa del norte de la actual Grecia. Pirro —considerado uno de los mejores generales de su época, y uno de los grandes enemigos de Roma— fue su rey durante el lustro entre 307 y 302 a. C. y nuevamente entre 297 y 272 a. C. Cuentan que Pirro, luego de una victoria sobre los romanos que tuvo el costo de miles de sus hombres, dijo al contemplar el resultado: “Otra victoria como esta y volveré solo a casa”. De allí lo de victoria pírrica, aquella que se consigue con tantas pérdidas que puede terminar siendo desfavorable.

Suele hablarse de la toma del Lisandro de la Torre con tono épico y aliento emocionado. Se la reivindica sin reflexionar en sus agudas consecuencias que llegan, incluso, hasta fines de la década de los 60. Me refiero a su influencia en el segundo gran avance de las masas populares en el siglo XX, el Cordobazo.

Miguel Mazzeo lo interpreta de manera brillante en El hereje:

La experiencia de la toma del Frigorífico y la huelga hizo un gran aporte a la deconstrucción del nacionalismo como ideología de la unidad nacional y de la colaboración entre las clases antagónicas. Al tiempo que contribuyó a forjarlo como un motivo de discordia entre ellas y como un componente imprescindible de la subjetividad plebeya en la lucha de clases en un país periférico.[339]

---

339 El hereje, Editorial El colectivo, 2016, p. 120. Reeditado con ampliaciones por Al Fondo a la Derecha, 2021.

PARTE 5

Cuba

La idea de que primero hay que observar la realidad, para luego encontrar la forma de pensarla es un prejuicio que proviene del liberalismo positivista. No existen observaciones puras en las cuales se pudieran evitar la influencia de algún modo de pensar.

Cultura y Liberación. Esbozo de una antropología filosófica americana,

Rodolfo Kusch.

Final y comienzo

Nada enseña más que el fracaso. No hay libro, no hay pensamiento ni fe que pueda reemplazar al fracaso. John había sido siempre un peronista militante, al fin, un hombre del general. Pero ahora Perón le da la espalda. Y también el movimiento. John William Cooke está solo. Perdido.

Lo comprendió perfectamente cuando lo ve al general en Ciudad Trujillo durante la larga semana del 17 al 25 de marzo.

Está afuera.

John no tiene una base social que le responda, la base se la había dado Perón, y sin él solamente tiene a buena parte de los comandos y algunos dirigentes sindicales. No muchos.

Como dirigente político está acabado.

Es el final.

El final...

Y qué puede hacer un individuo como Cooke cuando llega el final, pues

reinventarse.

El 11 de junio Perón denuncia el pacto con Frondizi.

El radical arguye que no hubo pacto, que la firma no era suya, que cómo piensan que él… ¡Por favor!

El peronismo había conseguido la normalización de los sindicatos y que le devolvieran la CGT, amnistía para los peronistas exonerados y la Ley de Asociaciones Profesionales. Pero sigue proscripto y su líder impedido de regresar.

El congreso de las 62 Organizaciones

En noviembre, las 62 Organizaciones hacen el Congreso de la Liberación Nacional. Al congreso Cooke llega clandestino desde el Uruguay; el que fuera delegado y heredero de Perón, ahora se encuentra en los suburbios orientales del peronismo. Es como esas localidades del conurbano bonaerense que están formalmente fuera y esencialmente dentro de la metrópolis. Podemos decir que John está fuera del partido y dentro del movimiento. Lo saben Perón y Cooke, lo saben los gremialistas de las 62, un mosaico heterogéneo y brioso.

John expone que debían partir del hecho de que el país es una semicolonia que integra un continente semicolonial.[340]

La crisis económica, política y social que los sirvientes de la oligarquía terrateniente argentina y de la Gran Bretaña crearon y desarrollaron hasta sus últimas consecuencias a partir de setiembre de 1955, se descarga en una “solución” a costa de las grandes masas populares. Para comprender el sentido criminal de la política Prébisch-Frigerio-Alsogaray hay que recordar que el futuro nacional depende de la superación de la contradicción económica, política y social entre la entidad nación-pueblo y la unidad oligárquico-imperialista.

[...] El golpe reaccionario del 16 de setiembre fue un serio esfuerzo para restaurar el antiguo sistema de la entente. El imperialismo yanqui y la gran burguesía industrial lo apoyaron, en definitiva, colocando por encima de toda otra consideración la necesidad de echar abajo un gobierno popular basamentado en la clase obrera.

[...] Cualquier política de liberación debe ser, por sobre todo, antiimperialista. La

oligarquía nativa es un subproducto que solamente será eliminado cuando se liquide la influencia del imperialismo.

[...] La lucha por la liberación parte, entonces, de la determinación del enemigo real: el imperialismo, que actúa a través de la oligarquía nativa y de los engranajes políticos, económicos y culturales a su servicio. (El destacado es de D. S.)

Cooke muestra la "contradicción principal", que en sus palabras es la establecida entre el imperialismo y la oligarquía, por un lado, y la nación y el pueblo, por otro. Develando al enemigo definimos el campo popular; porque el enemigo, y no otra cosa, es lo que nos delimita (y nos salva de la abstracción vacua). Por ejemplo, determina —y esto es fundamental— la extensión del campo propio.

Si la burguesía industrial apoyó el golpe de septiembre del 55, es que supo distinguir entre la contradicción principal y las contradicciones secundarias. Colocó por encima de sus diferencias con los terratenientes, el terminar con un gobierno de base obrera, dice Cooke, y nosotros podemos agregar: con un gobierno que trataba de adaptarse plástica y no mecánicamente al dictado del imperio norteño.

Cuando John indica que el enemigo es el "imperialismo, que actúa a través de la oligarquía nativa", no sobredimensiona al imperio, pero desmerece a la clase terrateniente argentina al llamarla "subproducto". No son sus mejores tiempos y la renta agraria ha disminuido, aun así, habla de una clase con poder real y simbólico, de hecho, con más poder que la gran burguesía industrial. Es ciertamente imposible para los capitales norteamericanos no tenerla en cuenta.

En ese marco analiza la situación política:

El gobierno, al proscribir la fuerza política mayoritaria, ha cerrado el camino para las soluciones electorales. El procedimiento desmiente en los hechos las declamaciones democráticas de la oligarquía gobernante, pero responde a la férrea lógica interna que preside sus acciones.

Hay un ardid extraño en estas pampas. Los demócratas son liberales en economía, porque esto responde a la lógica agroexportadora, pero no en política y menos en relación con los trabajadores, porque esto también responde a la lógica agroexportadora. Lo desarrolla claramente John:

El régimen establecido por la Constitución de 1853 constituye la aplicación local del sistema de instituciones del capitalismo, entonces en pleno ascenso. Se debilita al Estado con el argumento de garantizar la libertad y la igualdad de los ciudadanos, pero al mismo tiempo para excluirlo de toda intervención en el terreno de los hechos económicos donde la burguesía ha reemplazado las formas feudales. Las multitudes populares no pueden ejercer los derechos que teóricamente les otorgan las constituciones, salvo en una sola dirección: la que favorece el control del Estado por parte de la clase pudiente. Cuando, como sucedió en Francia en 1848 y 1870, el pueblo reclama por el despojo, el propio Estado se encarga de reprimirlo inmisericordemente.

Notemos que John plantea que el capitalismo en el país no es esencialmente diferente al del resto del mundo.

Este proceso, perfectamente estudiado desde muchos ángulos, adquiere características peculiares en América latina. La República Argentina toma de la Constitución de Filadelfia —que fue una Constitución estudiada y sancionada por ricos— todo el mecanismo que asegura la mínima participación popular en el manejo del Estado: elección indirecta de presidente y senadores, frenos y controles, poder judicial, etcétera. Los comentaristas y redactores de la

Constitución norteamericana fueron bien explícitos en el sentido de que ellos concebían la democracia como un gobierno de las elites.

Podríamos agregar cómo las clases dominantes se reservaron para sí al Poder Judicial. Ese poder nunca quisieron compartirlo, aunque tuvieron que soportar los aciagos días en que se instauró el foro laboral.

La oligarquía, consecuente con los puntos de vista que ha sostenido a través del grupo rivadaviano, trasplanta esos principios e instituciones. Si, como sucedió a veces, el sistema amenazaba dar resultados adversos a los previstos, entonces la clase dirigente hace trampa: veta candidatos (como sucedió después del año 30) o recurre al fraude electoral; a partir de 1955, impide que el Partido Peronista concurra al comicio [sic].

La primera línea de defensa de la casta dominante está ubicada en el sistema del 53, que otorga libertades políticas a cambio del respeto por la organización que permite el mantenimiento de las desigualdades sociales. Cuando esa línea es rebasada, está la segunda línea del fraude, cuya característica moderna consiste en la calificación apriorística de cuáles fuerzas son democráticas y cuáles no. Esto es, como he dicho, lógico. Una clase dominante no abandona sus ventajas ni siquiera por consecuencia con sus propios principios políticos. (El destacado es de D. S.)

Repitamos: “Una clase dominante no abandona sus ventajas ni siquiera por consecuencia con sus propios principios políticos”.

Es otro caso de idealismo burgués: se defiende la “Libertad” como idea platónica y desencarnada, pero en el terreno vulgar de la práctica se desconoce la condición de libres a los que ponen en peligro los privilegios. La oligarquía no solamente es dueña de las cosas: también es dueña de las palabras. “Libertad”,

“democracia”, “moral” figurarán cuantas veces sea necesario en un decreto que dé el zarpazo a las libertades civiles argentinas. La democracia y la libertad se definen a partir del mundo de valores liberal burgués; por lo tanto, cualquier tentativa de sustituir la explotación económica por sistemas más justos de distribución de la renta nacional está al margen de la convivencia. El Estado debe ser indefenso frente a los poderes del dinero y despiadado en la represión de los rebeldes. (El destacado es de D. S.)

Brillante. La oligarquía no solamente es dueña de las cosas: también es dueña de las palabras. (Y las palabras constituyen el gran campo de batalla, porque son las que definen el “sentido común” y la voluntad mayoritaria.) Y porque se adueñan de las palabras, puede el Estado ser indefenso frente a los poderes del dinero y despiadado con los trabajadores.

En ese orden de cosas los jueces no serán elegidos por voto popular. José Hernández en La vuelta de Martín Fierro (él también pega la vuelta) trae los consejos del viejo Viscacha:

Hacete amigo del Juez

No le dés de que quejarse;

Y cuando quiera enojarse

Vos te debes encojer,

Pues siempre es güeno tener

Palenque ande ir á rascarse.

Muy a gusto del establishment.

Los militares serán prontamente separados por clase social siendo oficiales o suboficiales.

Y, ya que nos ocupamos del valor de la palabra, el prefijo sub —define el bueno del diccionario— viene del latín. Su significado es “bajo” o “debajo de”. Pero después aclara que, en otras acepciones, a las que llama traslaticias, puede indicar acción secundaria, atenuación, disminución e inferioridad, como es el caso de suboficial. Una inferioridad que en las armas argentinas no proviene de otra cosa que de la condición de clase del “inferior”.

El caso del naufragio en las costas del Uruguay de la torpedera Rosales, en 1892 ilustra esta situación. De acuerdo con la versión de su capitán, ante el inminente peligro de hundimiento, llamó a un consejo de oficiales que decidió abandonarla. En el barco viajaban 24 oficiales y alrededor de 50 tripulantes. Hasta ahí, todo bien. El problema es que, contra toda probabilidad estadística, sobrevivieron los oficiales y perecieron ahogados los tripulantes.

En los grandes países industriales el régimen liberal funcionó sin mayores perturbaciones durante muchos años porque la prosperidad general, obtenida mediante el desarrollo de las fuerzas productivas y la expansión imperialista, permitía una mejora constante de los niveles de vida. Eso explica el carácter reformista de muchos partidos obreros en Europa, que se beneficiaban con parte

de los ingresos provenientes de la depredación colonial.

En los países coloniales como la República Argentina, donde un alto porcentaje del producido nacional se desvía hacia las capitales financieras, el régimen liberal sólo sirve a la oligarquía, cuyo enriquecimiento es el resultado de su comunidad de intereses con el imperialismo, mientras el país y el pueblo se empobrecen.

Reparemos en esto: Cooke, por primera vez, parece alejarse de la Comunidad Organizada que incluía a la burguesía concentrada, tanto la agrícola como la industrial.

Establecida la estructura, Cooke avanza hacia los mecanismos que permiten sostenerla.

Ese orden de injusticia permanente impuesta a través del sistema es propiciado por una serie de estratos que lo defiende: desde la prensa comercial, los grupos profesorales, los intelectuales cipayos, la masonería, hasta los partidos políticos llamados “tradicionales”. Una parte de la pequeña burguesía siempre se alínea con la opresión, ya sea porque cree ejercer una parte del poder social, ya sea por influencia de la propaganda que masivamente se descarga sobre ella desde hace un siglo.

Las clases dirigentes y parte de la pequeña burguesía del país colonial adoptan los esquemas mentales impuestos por el país dominante, y ello por varias razones: porque sus intereses están vinculados a los del imperialismo; porque se consideran parte integrante del mundo cultural al que esas ideas responden, mundo del cual creen participar merced a su sedicente superioridad intelectual sobre el resto de la población; porque se encandilan con el relumbrón del pensamiento europeo o norteamericano, sin entrar a considerar que responden a

contingencias que son en muchos aspectos antitéticas de los intereses nacionales.

[...] No somos fuerzas del desorden, porque el orden que combatimos se identifica con intereses y privilegios y el orden al que aspiramos no puede instaurarse dentro del régimen liberal por dos razones: 1) porque el esquema liberal excluye la revolución, que es una modificación del status quo existente; 2) porque el régimen liberal es el instrumento de la opresión y el problema nacional implica la liquidación de la oligarquía como clase y la libertad frente al imperialismo.

“El problema nacional implica la liquidación de la oligarquía como clase y la libertad frente al imperialismo”. Nuevamente, Cooke explicita la imposibilidad de la Comunidad Organizada.

Recordemos el texto de Perón:

Cuando Marx nos dice que de las relaciones económicas depende la estructura social y su división en clases y que por consiguiente la Historia de la humanidad es tan sólo la historia de la lucha de clases, empezamos a divisar con claridad, en sus efectos, el panorama de Leviathan. [...] Al pensamiento le toca definir que existe, eso sí, diferencia de intereses y diferencia de necesidades, que corresponde al hombre disminuirlas gradualmente, persuadiendo a ceder a quienes pueden hacerlo y estimulando el progreso de los rezagados. […] La llamada lucha de clases, como tal, se encuentra en trance de superación.[341]

La idea de la Comunidad Organizada supone que los latifundistas —en una sociedad con clases, pero sin lucha de clases— para tener un lugar en la comunidad ceden en sus intereses. Se hermanan con sus explotados, morigeran su apropiación de la plusvalía y se integran en la nación. Cooke sabe que tal alquimia es imposible y, ya afuera de todo poder, asume los límites del

peronismo como expresión antioligárquica.

Sigamos con él:

Al analizar el papel de la clase trabajadora en el Frente de Liberación, debe partirse del hecho concreto de que la lucha de clases existe y no se trata, como sostiene la reacción, de un invento comunista. El marxismo ha analizado el problema, pero no lo ha creado, porque la lucha de clases no es una teoría sino un hecho.

[…] La lucha de clases no es un problema de sentimientos ni de ideas. Es algo concreto, resultante de la estructura económica. Por lo tanto, querer solucionar los problemas de ella derivados por medio de fórmulas conciliadoras es creer en la magia negra y ser tan reaccionario como los que niegan su existencia.

Esto lo dice en el Congreso de las 62 Organizaciones, más de un oyente educado en el “ni yanquis ni marxistas” habrá fruncido el entrecejo.

Hay que ir a la modificación de la estructura que provoca la lucha de clases y la opresión de la clase proletarizada. Esto no es un planteo comunista, sino un planteo real del problema nacional. Dentro de las actuales estructuras no hay posibilidad de emancipación. Los terratenientes dependen de los intereses de Gran Bretaña. La burguesía industrial, en su mayor parte, está subordinada o deseando subordinarse al imperialismo [norteamericano] y se apoya en él para acentuar su predomino interno. Como clase carece de empuje, y lejos de afirmarse como clase nacional —para lo cual contó con el impulso que dio el gobierno de Perón al desarrollo industrial— pactó sistemáticamente con la oligarquía vacuna y con las fuerzas colonialistas. (El destacado es de D. S.)

Y por fin:

La liberación nacional y la revolución social no son dos asuntos independientes o paralelos, sino un solo problema indivisible.

---

340 “La lucha por la liberación nacional”, trabajo leído en el congreso de las 62 Organizaciones en noviembre de 1959, en John William Cooke, Obras completas, tomo V, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011, p. 174.

341 Juan Domingo Perón, La comunidad organizada, Buenos Aires, Instituto Nacional Juan Domingo Perón, 2006.

Los Uturuncos

Desde los albores de la resistencia, en 1956, el Comando 17 de Octubre formó parte del dispositivo armado de Cooke. Vinculado al Comando Nacional Peronista que había creado John con Marcos y Lagomarsino, el 17 de Octubre, recibía volantes y lo distribuía en el noroeste. También mandaba cargamentos de gelinita[342] robados de las canteras de Bolivia, los colocaba debajo de vagones de convoyes que hacían el recorrido de La Quiaca a San Miguel de Tucumán y, desde allí, por el Central Argentino hasta Buenos Aires. El 17 de Octubre tenía un importante apoyo obrero en la zona de Alto Verde y Río Seco.

En 1958 sus acciones se intensificaron. Interfirieron emisoras de radio para difundir la palabra de Perón y llamar a la resistencia. En Santiago del Estero robaron un transmisor y Félix Serravalle creó la radio Patria Libre.

Después de la huelga en el Lisandro de la Torre, Cooke hace los contactos para que un anarquista español, veterano de la Guerra Civil, Abraham Guillén, se vea con el Gallego Mena y la dirección del 17 de Octubre. El peninsular les plantea la lucha armada en su variante de guerra de guerrillas para lograr la vuelta de Perón. A mediados del 59 el asunto está decidido, en julio exploran el terreno y en octubre el primer grupo se instala en el monte.

Ese grupo (bajo el nombre de Ejército de Liberación Nacional-Movimiento Peronista de Liberación) lleva adelante una guerrilla en la zona boscosa del sur de Tucumán, en el departamento de Chicligasta.

Juan Carlos Díaz elige “Uturunco” como nombre de combate. Según la leyenda, el Uturunco es un hombre que por las noches se transforma en tigre y, ya

convertido en animal, marcha con los otros tigres, se aparea con las hembras y ataca por sorpresa a los viajantes a quienes mata con sus garras. Los pobladores del lugar, quizá pensando que Díaz es el jefe, extienden la denominación a todo el grupo.

Los Uturuncos actúan desde octubre del 59 hasta junio del 60. El primer grupo parte de la ciudad de Concepción y veinte minutos antes de las siete de la tarde instala el campamento. La dirección está a cargo de Ángel Reinaldo Castro, cuyo nombre de combate es Iván; siguen Franco Luppi, el Tano; Juan Carlos Díaz, el Uturunco; Juan Silva, Polo; José Diógenes Romano, Búfalo; Santiago Molina, el mejicano o teniente Acha; Raúl Miranda, Rulo; Juan Carlos Miranda; Pedro Anselmo González, Gorrita; un tal Ibáñez, conocido como León; y un Villafañe apodado Azúcar.

El 28 de octubre, a pesar de que Mena y Guillén les han ordenado permanecer en el monte y pasar desapercibidos, deciden comenzar la acción. Un grupo baja a Concepción y, al amparo de la noche, inicia un incendio en una gomería de la calle San Martín. La idea es que fueran los bomberos y así asaltar el cuartel de policía para hacerse de armas. El ardid fracasa porque los bomberos dejan en consigna a un guardia con ametralladora. Esa noche otro grupo baja del monte y asalta la guardia del Ferrocarril Mitre en San Miguel de Tucumán.

Autores como Ernesto Salas no dudan en afirmar que los Uturuncos responden al liderazgo de John William Cooke.[343] No obstante, su participación práctica es difícil de establecer. Podemos decir que los Uturuncos son una consecuencia de la resistencia y del abandono de la línea dura por la conducción peronista. Cooke ya no es delegado y muchos sienten que lo que habían hecho no alcanza. No alcanzan las bombas ni las huelgas.

Para colmo, otros se alejan de la vía insurreccional; de hecho, los comandos fueron apoyados por los gremialistas hasta el levantamiento del general Iñíguez.

Miguel Ángel Iñíguez, un oficial superior que se mantuvo leal a Perón en el 55, avanzó con una división hacia Córdoba para enfrentar a Lonardi. Cuando lo desplazaron del gobierno al general sublevado, trabajó con los nacionalistas que habían promovido el golpe. Antes de las elecciones del 58, se fue con los peronistas sin Perón. Finalmente, creó una organización clandestina: la Central de Operaciones de la Resistencia para trabajar por el regreso de Perón.

En la primavera de 1960, Iñíguez idea un plan insurreccional. El 30 de noviembre unos cincuenta hombres armados atacan el Regimiento de Infantería Nº 11 de Rosario al mando del coronel Julio Barredo, quien muere en el asalto. Pese a la muerte de Barredo, otros grupos al mando de Iñíguez, Armando Cabo y Máximo Castillo, combaten durante horas sin lograr la toma de la unidad. La acción está coordinada con la de varios comandos en Buenos Aires y Salta que deben cortar cables, volar centrales e interrumpir comunicaciones. En Salta el golpe es comandado por el teniente coronel Augusto Escudé. Cuando el intento ya es un fracaso, Iñíguez logra escapar escondido en la caja de un camión de verduras y se refugia en Paraguay.

Cooke dirá poco después:

Los acontecimientos de estos últimos meses habrán por fin liquidado las ilusiones “golpistas” que tanto mal nos han hecho y han servido para que se colasen en la conducción (al menos de hecho) los militares “peronistas” con sus ejércitos fantasmas, sus “fuerzas” espectrales y, eso sí, su ideología reaccionaria y sus maquiavelismos de kermese.[344]

Después del fracaso de Iñíguez, los sindicalistas, que ya tienen un rol legal, van dejando a un lado el regreso de Perón, para ellos ahora menos líder, y olvidan la intransigencia. El 29 de noviembre de 1960 termina, entonces, la resistencia peronista.

El 18 de agosto de 1961, Cooke le envía una carta a Genaro Felipe Carbajal, el compañero Alhaja.

El proceso se profundizó inmensamente, y las circunstancias mundiales se han tornado incalculablemente favorables. Los americanos no pueden voltear una revolución socialista a 90 millas de sus costas. Quiere decir mucho, como casi lo más importante para nosotros. Los países socialistas no abandonan, sino que se juegan en la defensa de los movimientos de liberación en América Latina. Quiere decir algo tan importante como lo anterior. Las juventudes de todos los partidos, y fuertes sectores aun de los partidos tradicionales comienzan a tener la clara visión de que el ajedrez electoral no resuelve nada, y que tampoco nada se puede resolver en el país si las masas peronistas no se movilizan revolucionariamente. El mundo del 61 no es el del 55, ni siquiera el del 59. Saltando el cerco doméstico de las pequeñas cosas que todo lo nublan, el panorama de todas partes se aclara rápidamente y positivamente en el sentido de las revoluciones populares. ¿Qué hacer entonces? Pues construir la vanguardia de la revolución para realizar la insurrección popular, por un método, por otro, o por varios combinados. Pero lo fundamental es tener cuadros, y muchos cuadros, porque en la lucha se necesitará mucha gente y segura, y disciplinada, y con experiencia, que es lo que todos vamos adquiriendo. (El destacado es de D. S.)

---

342 La gelignita es un explosivo gelatinoso utilizado habitualmente en canteras, minas y en voladuras bajo agua. Su composición es de un 60% de nitroglicerina, 4% de nitrocelu-losa o algodón pólvora, 8% de aserrín y 28% de nitrato de potasa (salitre).

343 Ernesto Salas, Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista, Buenos Aires, Biblos, 2003, p. 17.

344 Carta a Perón, fechada en La Habana, el 11 de septiembre de 1960.

Cuba, la revolución en castellano

En abril de 1960 John viaja a Cuba invitado por el Movimiento 26 de Julio[345] para participar en el Primer Encuentro Latinoamericano de Solidaridad con Cuba. Pero un diplomático lo ha denunciado como peligroso terrorista y los servicios de seguridad cubanos lo detienen a poco de llegar. Después de ser interrogado, Cooke espera tranquilo. Lo invitan a pasar al despacho del jefe de Seguridad mientras averiguan. Pero pasan las horas y John sigue en el despacho. De pronto, siente que le tocan el hombro y escucha una voz que le dice:

—¿Qué tal, Cooke? ¿Está en cana?

La voz tiene un indisimulable tono argentino.

John se da vuelta.

Es el Che.

Emilio Aragonés Navarro, hombre influyente en el 26 de Julio, le extiende un salvoconducto:

Habana, mayo 13 de 1960.

A quien pueda interesar: el portador de la presente, compañero W. Cooke, es un revolucionario argentino invitado a venir a Cuba por el Movimiento 26 de Julio. Los enemigos de la revolución argentina, que son los mismos enemigos de nuestra revolución, están muy interesados en causarle molestias al Sr. Cooke, y para ello han querido usar, valiéndose del engaño, a miembros de nuestros cuerpos armados, para interrogarlo y hasta para detenerlo. Ruego a los compañeros de las Fuerzas Armadas que no molesten en absoluto a este compañero y que si en algún momento reciben instrucciones contrarias, consulten antes de actuar a las siguientes personas: comandante Ernesto Guevara (Che), comandante Ramiro Valdés, comandante Abelardo Colomé Ibarra (Furry), teniente Juan Abrantes o al que suscribe.

Revolucionariamente, Aragonés.

Fernando Nadra[346] recuerda:

Con J. W. Cooke también he tenido una interesante experiencia con motivo de nuestro viaje a La Habana en 1960. Cooke, como nosotros, llegaba por primera vez a Cuba, atraído por su aureola revolucionaria. Yo estaba comenzando a sacudir mis resabios con el peronismo, a través de la experiencia política viva y de la reflexión. Y Cooke no sólo mantenía sus prevenciones con los comunistas, sino que todavía no entendía el fenómeno cubano. […] Mantuvimos una larga y provechosa discusión, encerrados en un cuarto, para que sus términos no trascendieran a la delegación argentina; porque, en verdad, el debate fue acerado y a veces violento. La temática fue de lo más variada: el 17 de octubre, la Unión Democrática, nuestra formulación del Frente Democrático Nacional, la cuestión sindical, el golpe de 1955, y naturalmente todo lo que se refería a Cuba.

Ambos defendíamos con pasión nuestros puntos de vista, entonces divergentes. Pero terminamos siendo buenos compañeros. Cooke se convertiría con el tiempo en ardiente defensor de la Revolución Cubana. Le corresponde el mérito de haber transmitido sus ideas y su entusiasmo al propio Perón, y a un sector de la

juventud de su partido, el sector más avanzado, el que hoy busca, por diversos caminos, su objetivo revolucionario.[347]

---

345 El Movimiento 26 de Julio fue una organización política y militar creada en 1953 por Fidel Castro. Su nombre proviene del asalto al Cuartel Moncada el 26 de julio de ese año. De ideología antiimperialista, fue la organización más importante de las que partici-paron de la Revolución Cubana; a fines de 1956 estableció una base guerrillera en la Sie-rra Maestra y terminó venciendo a las tropas del dictador Fulgencio Batista.

346 Fernando Nadra (Tucumán, 1916-Buenos Aires 1995), dirigente del Partido Comu-nista Argentino, integrante del Comité Central desde 1969, candidato a diputado nacional en el 51 y el 54, a convencional constituyente en el 57 y a concejal en el 58. En 1986 es dejado fuera del Secretariado Nacional cuando, en el XVI Congreso, se aprueba una auto-crítica respecto de la política de conciliación con la dictadura terrorista (1976-1983). Se entrevista a título personal con Menem, lo que provoca una fuerte reacción en su partido, producto de la cual es separado del Comité Central. Fue nombrado asesor por el presidente Menem.

347 Fernando Nadra, La religión de los ateos. Reflexiones sobre el estanilismo en el Partido Comunista Argentino, Buenos Aires, Puntosur, 1989, p. 119.

Las diferencias con el Partido Comunista

Podemos admitir que ambos, Nadra y Cooke, defienden en Cuba con pasión sus puntos de vista. Puntos de vista que no solamente son divergentes ahora, lo habían sido en el pasado y lo seguirán siendo después. Si bien podemos admitir que Cooke sería un "ardiente defensor de la Revolución Cubana", no podemos decir lo mismo de Nadra y de su partido que verían en Cuba una revolución diferente a la de John, o por lo menos distintos motivos para apoyarla.

En los números 2 y 3, correspondientes a julio y diciembre de 1973, Pasado y Presente editaría un trabajo de relevante importancia, que John escribe a mediados de 1961. En ese texto define palmariamente sus diferencias con el Partido Comunista.

La importancia de estas líneas no solo consiste en marcar límites, tradiciones y traiciones, sino también como una radiografía del pensamiento de Cooke, ahora en contacto con la construcción socialista.

El Partido Comunista tiene, hacia 1961, una módica inserción en la clase obrera, dirige apenas un puñado de gremios, en los demás es muy minoritario. Tampoco cuenta con un interesante caudal electoral, y lo normal es que estuviese en la ilegalidad. Como define Daniel Campione:

Contaba sí con decenas de miles de afiliados, una disposición de recursos organizativos, propagandísticos y financieros más que considerable, y una influencia entre profesionales, pequeños empresarios, intelectuales, artistas y otros sectores de las capas medias, nada desdeñable. Más allá de la distribución social de su militancia, eran sus afiliados de capas medias los que le asignaban la

mayor “visibilidad” social al partido, y los que marcaban el “tono” de la cultura del comunismo argentino en esos años. Ello no debe confundirse con la toma efectiva de decisiones, que seguía descansando en un reducido núcleo de dirección que llevaba tres décadas en la dirección del partido: Victorio Codovilla, los hermanos Ghioldi[348] y Gerardo Arnedo Álvarez.[349]

El título del trabajo de Cooke es “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina” y es realizado como un informe para su estudio por Fidel Castro. Por motivos que John no especifica, no cumple con ese propósito y, dada su índole, no tiene difusión. Del trabajo tienen conocimiento solamente “dos compañeros comunistas extranjeros a cuyo requerimiento fue redactado” y el texto final el autor se lo entrega al Che Guevara.

“Aportes” es un análisis de las posiciones históricas del Partido Comunista de la Argentina, y explicita las profundas discrepancias que con él tuvo Cooke. Como veremos, carece de toda amabilidad, aunque John le aclara de entrada a Fidel que sería aun más ácido si el partido de Codovilla no fuese representante del comunismo internacional.

Es, además, una pieza política excepcional.

La táctica del PCA puede resumirse así: “formación de un amplio Frente Democrático Nacional, base de sustentación en un futuro próximo de un gobierno de amplia coalición democrática” (V. Codovilla, 5.5.61). Los medios de lucha implican la coalición electoral, apoyando a candidatos y/o partidos progresistas, y la presión de masas contra la política proimperialista y antipopular del gobierno.

Está descartada, en cambio, la acción insurreccional, por no existir condiciones objetivas; sin perjuicio de que, si en el curso de la lucha por el pleno

restablecimiento de las libertades públicas, dichas condiciones apareciesen, podría entonces recurrirse a formas violentas para tomar el poder; mientras eso no ocurra, la incitación a la violencia es provocación, que desata la saña persecutoria y disminuye el margen de legalidad. Así podrán solucionarse los problemas de la Nación, mediante la "revolución democrática, agraria y antiimperialista" (V. Codovilla).

[...] Sería incompleta la afirmación de que el frente propuesto no toma en cuenta "las nuevas circunstancias": la verdad es que tampoco tuvo en cuenta las "anteriores" circunstancias. Si en alguna de las oportunidades propuestas pudo haber cumplido un fin útil, es materia de especulación literaria. Lo cierto es que cuando funcionó en alguna forma, el PCA estuvo en la vereda de enfrente de las masas.

Pero ahora ya es totalmente obsoleto, además de impracticable —cosa que nadie puede afirmar sin incurrir en cierto margen de agorería—, es inocuo para los fines propuestos. Es demasiado amplio, demasiado vago, demasiado impreciso y no da solución a los problemas fundamentales. Carece, por lo demás, de atractivo para las masas: es un frente de superestructura que, de ser factible, sólo serviría para usufructo de políticos burgueses con veleidades progresistas. (El destacado es de D. S.)

Cooke se pregunta si el frente electoral planteado por el PCA es una actividad "hasta tanto se den condiciones para otra clase de lucha", o que pueda combinarse armoniosamente con "otro tipo de lucha". Contesta que el frente:

Significa canalizar las energías y la rebeldía popular hacia vías electorales, haciendo concebir falsas esperanzas si se tiene éxito o dando sensación de debilidad del movimiento popular en caso contrario. [...] Sería admisible la posición, si el planteo fuese insurreccional, y dentro de él se adoptase, como acción táctica eventual, un determinado apoyo electoral. Pero la táctica del PC es netamente electoralista.

[...] Vamos a suponer lo que ninguna persona en su sano juicio puede aceptar como posible: que con la organización del PC y la fuerza numérica del peronismo comencemos a imponer candidatos que lleven planteos de izquierda, y que eso triunfe contra las maniobras del gobierno, los divisionismos fomentados desde los poderes públicos, el silencio de la prensa, la campaña de la iglesia contra el “avance rojo”, etcétera; y que las Fuerzas Armadas dejen que este proceso se desarrolle sin tomar medidas en defensa de la “democracia”. Aun en ese supuesto idílico habríamos actuado como disolventes de la unidad que puede darnos el triunfo, que es una unidad dinámica, solamente forjable en una lucha trascendente, y no la unidad que consiste en la coincidencia comicial. Porque no son dos aspectos de una misma unidad, sino dos tipos de unidades, excluyentes entre sí. La unidad que nos interesa no es independiente ni de los fines perseguidos ni de las tácticas empleadas. (El destacado es de D. S.)

A Cooke ya no le interesa la participación popular en la democracia burguesa si dicha participación no tiene otra finalidad que la democracia burguesa. O, dicho de otra manera: no cree que la democracia burguesa sea el requisito previo al cambio revolucionario.

Hay en esta discusión un telón de fondo: la coexistencia pacífica entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, planteo al que adhería el PCA.

En la lucha insurreccional, tanto en sus aspectos centrales como en las acciones marginales de agitación, propaganda, etcétera, únicamente el proletariado puede asumir el rol de vanguardia. En la táctica reformista, el proletariado deberá someterse a la burguesía, abandonarle la dirección, actuar en el terreno que ella fija, someterse a las reglas de juego que ella establece, quedarse dentro de los límites que ella admite. Es decir que los trabajadores se reducirán, en última instancia, a las tareas de “presión” sobre los aliados —la mayoría de los cuales serán circunstanciales— para que éstos a su vez “presionen” dentro del régimen.

Y todo este ajedrez tan complicado se termina con apenas tres guarniciones que se pongan de acuerdo por teléfono y resuelvan darle una patada al tablero so pena de frenar la “ola roja”. Porque la presión de las capas populares, para ser efectiva, tiene que expresarse en formas que nada tienen que ver con elecciones.

Y todo para qué, para tener algunos legisladores e ilusionarse en cogobernar.

Sí un mérito nadie le niega a Perón es el haber desarrollado en los trabajadores el sentido de clase y la conciencia de su fuerza. Sobre esa mentalidad así preparada, hay que actuar sembrando la ideología de la revolución. Lo que será imposible si se encara como mera difusión teórica, mientras se aconsejan políticas pragmáticas dentro del orden establecido. (El destacado es de D. S.)

Es decir, favorecer el paso del proletariado de clase en sí —en lo que Cooke otorga mérito a Perón— a clase para sí, esto es: consciente de sus intereses históricos. Tarea que no es libresca sino de acción política; si fuera por la mera divulgación de ideas, las bibliotecas barriales fundadas por los socialistas hubieran desembocado en el socialismo.

Esta dicotomía entre pensamiento y acción es factible para movimientos pequeños integrados por iniciados; es nefasta para un gran movimiento de masas, donde el ascenso al sentido de la libertad real se adquiere por la praxis y no en la difusión teórica.

“Es factible para movimientos pequeños integrados por iniciados; es nefasta para un gran movimiento de masas.” Recordemos la carta que Cooke le mandó a Perón el 15 de junio de 1957: “Un partido como el comunista, por ejemplo, completamente organizado, disciplinado, y donde las jerarquías están estructuradas perfectamente, puede permitirse muchísimas piruetas tácticas, y hacer hoy lo contrario de lo que dijo ayer. Pero un mastodonte como el

peronismo debe limitarse a un menor potencial de maniobras tácticas. El comunismo puede actuar como una ardilla, pero nosotros debemos partir de la base de que somos como un elefante”.

Los que separan el pensamiento de la acción, los que cauterizan al primero hasta hacerlo inofensivo, son los defensores del status quo. Por eso es muy cara a la pequeña burguesía la idea fantástica de que la clave es un pueblo educado. Un pueblo educado que, por arte de las ideas en abstracto, lograría sus objetivos. Aun admitiendo esa conciencia abstracta, separada de la acción, de la realidad y de la vida misma, lo que no pueden responder es por qué las clases dominantes dejarían, olvidadas de sus propios intereses, que el pueblo acceda a esa conciencia.

Los objetivos no pueden estar divorciados de los medios que se utilizan, porque los pueblos no asimilan las nuevas concepciones en abstracto, como pura teoría, sino combinadas con la acción.

Esta relación entre práctica y teoría fue siempre el flanco débil de la izquierda argentina, entre otras cosas por su composición pequeñoburguesa. La izquierda, no solo los dirigentes que sabían bien lo que hacían, sino los miles de honestos militantes, no podían dejar de privilegiar la teoría. Los textos de Marx, Engels y Lenin fueron convertidos en libros sagrados y los de Codovilla en evangelios. Ya los fundadores de la izquierda argentina, desde Juan Bautista Justo, creyeron con honesta o deshonesta petulancia que si hubiera una contradicción entre la teoría y la práctica había que revisar esta última. De tal manera la teoría, que debe ser siempre una construcción inconclusa, no enhebra dialécticamente la experiencia popular, sino que la censura con el pretexto de guiarla.

La preeminencia de la teoría es, además, un recurso de políticos miedosos: en la teoría todo es claro y encaja; pero en la práctica abunda la confusión, hay pocos negros y blancos y muchos grises y, en medio de esa selva de datos, cómo saber que no se pierde el rumbo.

Ahora Cooke aborda el tema de la “revolución democrático-burguesa”:

La revolución democrático-burguesa fue progresista en Europa, al romper los estamentos feudales y apresurar el desenvolvimiento económico y político de la sociedad, librándola de la estratificación medieval. Su desarrollo implicaba no solamente el fortalecimiento de la clase destinada a sustituir a la burguesía, sino también un ámbito institucional más favorable a la organización y la lucha de ese proletariado. Esa burguesía arrastraba a las demás clases, ya que era la clase más orgánica y consciente de sí. Pero en los países de la periferia, y en esta etapa de la historia, esa revolución ya no representa progreso alguno porque el desarrollo es de otra índole como consecuencia de la expansión imperialista.

Es decir, la etapa no está signada por un desarrollo capitalista que cree las condiciones objetivas, tal sería el objetivo de un frente popular dirigido por la burguesía. Piensa que esa posibilidad no existe desde que la burguesía se ha concentrado y el capitalismo llegó a su etapa imperialista. Observemos el cambio: ya no admite que en el concepto de revolución democrático-burguesa esté incluida la lucha antiimperialista. La expansión de la burguesía nacional no es para Cooke un requisito previo para la revolución nacional y social.

Aun así, hay una contradicción insalvable entre esa revolución democrático-burguesa que preconiza y los métodos que ofrece para poder realizarla.

No se derrota al imperialismo y a sus socios naturales y vernáculos con un frente electoral.

La burguesía no tiene interés en ninguna reforma agraria seria. En primer lugar, porque un error en el que persisten los comunistas es el de creer que el campo

argentino abunda “en restos semifeudales que pesan sobre la agricultura” (Rodolfo Ghioldi), cuando la verdad es que la subsistencia de latifundios no obsta a una explotación altamente capitalista de la tierra.

La confusión de Ghioldi no es nada ingenua, si hay feudalismo el carácter progresista de la burguesía estaría garantizado. Así que tiene que ver feudalismo donde nunca lo hubo para que la revolución democrático-burguesa fuera necesaria y justifique así su táctica frentista y electoral.

Pero, de cualquier modo, la burguesía nacional argentina tiene muchos intereses comunes con los terratenientes, y lo común es que los industriales coloquen capitales en las sociedades anónimas dedicadas a la producción agropecuaria.

[...] Las contradicciones entre la burguesía nacional y aquella parte de la burguesía ligada al imperialismo, con ser agudas, no las desunen cuando está en peligro el ordenamiento capitalista. El imperialismo no deja ya margen para que la estructura que ha levantado en la Argentina sufra sacudimientos por choques intercapitalistas. (El destacado es de D. S.)

Este autor coincide con algún reparo. La producción agropecuaria en Argentina es capitalista y los grandes terratenientes de la zona núcleo (hoy expandida) integran la burguesía. La burguesía industrial, que John aquí llama “burguesía nacional”, no tiene interés en luchar contra los grandes terratenientes de la pampa húmeda desde que integra sus sociedades. Pero, además, la concentración del capital no le deja margen alguno de maniobra si por un extraño arte de magia esa burguesía industrial jugara cartas antiimperialistas.

Hace quince años, una revolución democrático-burguesa era un paso lógico. Y eso fue el peronismo en términos generales. Había que nacionalizar el sistema bancario, los transportes, seguros, etcétera o sea el mecanismo de

comercialización dominado por los ingleses y paralelamente, apoyar la industria nacional contra el avance del imperialismo yanqui que buscaba remplazar al británico.

Pero esa política, cuyos méritos o defectos no interesan ahora, se pudo hacer con un gran apoyo de masas que permitió concentrar el poder y crear un inmenso capitalismo de estado, mientras una redistribución de la renta y el monopolio del comercio exterior impulsaba la industrialización y elevaba el nivel de vida del pueblo. Era lo más que podía hacerse sin modificar la estructura básica de la propiedad privada.

Si el frente nacional del 45 dirigido por la burguesía hizo lo más que podía hacer, es un tema a interpretar que tiene una solución indemostrable. De lo que está seguro este escriba es que Cooke no puede decir otra cosa, no puede admitir en Cuba límites más estrechos que estos para el peronismo: sería como escupir para arriba. Ante Fidel, ante el PCA, incluso ante el Che, él debe partir de la esencia proletaria y revolucionaria del peronismo. Así que llega a la conclusión que los cubanos pueden escuchar: “Era lo más que podía hacerse sin modificar la estructura básica de la propiedad privada”.

Vale decir, que si bien los industriales no pudieron explotar a los obreros porque la legislación social y el aparato del estado lo impedían, fueron beneficiarios directos de esa política de desarrollo. Sin embargo, allí está la diferencia entre esa clase pujante que creó los estados y los afirmó como entidades nacionales, y la burguesía argentina: indecisa, embarullada, que fluctuó entre el apoyo a una política que le aseguraba el florecimiento y el temor a las masas, sin las cuales esa política nacionalista no era posible. (El destacado es de D. S.)

Que “los industriales no pudieron explotar a los obreros” es por lo menos una exageración optimista; mejor podemos decir que los patrones tuvieron límites precisos a la apropiación de la plusvalía que generaba el trabajo. Aun así, John está lejos de sus discursos en la Cámara y lejos de sus tiempos de De Frente.

Ahora, después de los años de la resistencia y de sus diferencias con Perón, despojado de los restos liberales de sus primeros tiempos radicales, visualiza de otra manera los límites de la burguesía nacional. Y por un momento deja salir su rencor:

En el momento de crisis, se alió [la burguesía industrial] con el imperialismo y contribuyó a la caída del gobierno, para luego ser la primera víctima de los planes anti industrialistas implantados por presión de los imperios anglosajones.

Pero enseguida vuelve al pensamiento, la emoción no es buena en la política. Y se pregunta: si eso ocurrió entonces, ¿qué se puede esperar ahora, que el imperialismo controla el aparato productivo?

Admito que la burguesía no ligada al imperialismo pueda contribuir a dar soluciones, pero a condición de que el proletariado tenga la dirección del proceso, ya que es la única clase antiimperialista hasta fin.

Los comunistas del PCA parecen reconocer la necesidad de que el proletariado tenga la dirección del proceso, admite Cooke, y cita a Rodolfo Ghioldi que sostiene la necesidad de la hegemonía de la clase obrera en la revolución democrático-burguesa.

Lo que no deja de ser en sí mismo un contrasentido.

Ya que, si el proletariado tuviera la dirección de la revolución en alianza con otras clases subalternas, esta no sería democrático-burguesa, sino democrático-popular.

Pero propugnan una táctica que tienden a fortalecer a la burguesía desde que la “lucha por la legalidad” nada tiene de común con la lucha por la “revolución agraria y antiimperialista”.

En 1970, Mike Nichols —un director estadounidense nacido en Berlín en 1931 — filmó una película excepcional: Catch-22, conocida en estas tierras como Trampa 22. La trama es la siguiente: un capitán aviador combate desde su base en una isla italiana del Mediterráneo. El capitán, asqueado de la guerra, intenta por todos los medios escapar y solicita su baja por enfermedad mental. Pero el médico de la base le revela una norma, la regla 22, según la cual, en la guerra, quien argumenta locura en realidad está cuerdo, y por ende debe seguir combatiendo. Atrapado en este círculo vicioso, el capitán no tiene opción.

Ghioldi reconoce que para tener éxito el frente antiimperialista debe tener dirección obrera, pero para formarlo deben fortalecer a la burguesía, así la lucha antiimperialista muta en consignas de legalidad dentro del capitalismo dependiente, con lo que la burguesía termina teniendo la hegemonía.

El pensamiento del Partido Comunista siempre ha sido de un mecanicismo infantil, en el que los cambios se producen por simple acumulación, no por rupturas. Hay que echar carbón a la caldera de la democracia, mucho carbón hasta que la democracia, a cierta temperatura, se transforme en democracia obrera. Este concepto nunca llegó ni llegará jamás al poder. La historia no funciona así.

Cualquier posibilidad de liberación nacional está fuera del marco de esa “legalidad”, que actúa como chaleco de fuerza del desarrollo independiente y no como campo para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

Cooke no reniega porque sí de la legalidad, no es que no entienda los problemas que plantea la clandestinidad —de eso sabe mucho—, lo que no confunde es su alcance y aporta sus fundamentos históricos:

En los países industrializados, las formas democráticas nacieron como superestructuras del desarrollo capitalista, y luego se van transformando cuando se entra en la etapa de la desaparición de la competencia por la concentración monopólica; en los semicoloniales, en cambio, el capitalismo local no se desarrolla plenamente, ya que antes de que maduren las fuerzas productivas internas por el funcionamiento de un mercado competitivo real, la subordinación de la oligarquía al imperialismo, hace que el proceso sea interferido por el capitalismo foráneo ya concentrado. (El destacado es de D. S.)

El análisis de John —y no el de los comunistas del PCA— es perfectamente compatible con el materialismo dialéctico. Sigamos su razonamiento:

De ahí el desajuste entre las instituciones calcadas al constitucionalismo anglosajón y la realidad del país. Cuando en el seno de la semicolonia se dan condiciones para quebrar la dominación de los privilegios económicos, las masas rebalsan los partidos tradicionales, que están concebidos para moverse en el esquema de la legalidad importada.

La falla de los partidos de izquierda en la Argentina proviene de haber aceptado que esa "legalidad" de la democracia capitalista anglosajona respondía al país considerado en su conjunto. Si como táctica para no caer en infantilismos extremistas era aceptable una posición flexible frente a las instituciones del régimen, la verdad es que cometieron el pecado mortal de llegar más allá de eso: es a partir de esa legalidad democrático-burguesa que comenzaron a analizar los hechos nacionales. (El destacado es de D. S.)

De manera que hay dos posibilidades:

O creemos que el proletariado, uniéndose con los sectores rurales sometidos a la explotación y aliado con todos los sectores no imperialistas, hará las transformaciones, pero sin abandonar la dirección; o de lo contrario pensamos que esas transformaciones no son posibles (y entonces podemos hablar de que "no hay condiciones").

[...] En los numerosos "frentes" que ha propuesto el PCA a través de los años, no hay posibilidad de "hegemonía del movimiento obrero" ni de su acceso al poder. Y las propuestas concretas que ha formulado con relación al sistema institucional reflejan que no tiene en vista una posibilidad revolucionaria sino un predominio de la burguesía que considera invencible.

Y dado que no tienen en vista la revolución, John aventura:

Así que la táctica propuesta es parte de una línea que podrá, si acaso, traer algún beneficio para las actividades del partido, pero que ciertamente no facilita la revolución liberadora que el país necesita, ni tiene en cuenta la fuerza potencial de un proletariado numeroso y combativo. [...] O hacemos la revolución agraria o jugamos a la democracia burguesa (que no desea dejarnos participar). Pero no establezcamos un programa y patrocinemos actividades prácticas que son la mejor garantía contra su cumplimiento.

Algo es irrebatible: el desencuentro del Partido Comunista con las masas trabajadoras argentinas se origina en sus pecados políticos. Pecados que concibió una interpretación mecánica del internacionalismo socialista. Estaba bien todo lo que ayudara a mantener a la Unión Soviética. A lo que diera lugar, incluso a costa de los intereses del proletariado argentino.

Lo que ocurre ahora es secuela de ese desencuentro de 1945. Entonces, el PCA hizo de la defensa de los Aliados en la segunda guerra mundial el criterio inspirador de su conducta, mientras el pueblo puso en primer término el problema nacional que requería aprovechar la coyuntura para liberarse del imperialismo inglés. Mientras que para las masas populares el lema era “Braden o Perón” (es decir, un dilema en el que el enemigo era el imperialismo y la oligarquía), los comunistas proclamaron la antinomia “democracia o fascismo” que no encerraba la contradicción real de esa hora y los ponía del lado de las fuerzas más reaccionaras. El resultado de las elecciones demostró cuál era la verdadera voluntad del país.

Por supuesto que influyeron en esto dirigentes bien aceitados desde Moscú. Pero esto explica solamente una parte, la parte que no explica es la razón por la que los militantes de base, honestos y trabajadores, se quedaron en el partido hasta bien entrada la década de los 60.

Reincidieron en el error de 1930, en que el gobierno de Irigoyen, jaqueado por la oligarquía y por el imperialismo que necesitaba impedir la nacionalización del petróleo (la famosa revolución con olor a petróleo de que habló Waldo Frank)[350], al PCA no se le ocurrió mejor cosa que tratarlo de... fascista. Irigoyen representó el ascenso de la clase media, de la primera generación de hijos de inmigrantes, rompiendo el cerco de la oligarquía terrateniente. Perón encarnó (dejemos de lado si estuvo o no a la altura de su papel) el ascenso del proletariado industrial y de las capas explotadas de la población campesina. Las formas escogidas para oponerse a uno y a otro, el alineamiento en ambos casos con las fuerzas reaccionarias, el desajuste en ambos casos entre los esquemas y la vivencia del hombre de la tierra, indican más que fallos aislados.

El Partido Comunista fue un fanático aliadófilo. Y el peronismo no era una alianza de ultraderecha contra la clase obrera como fue el fascismo; confundirlo con el fascismo significa que nunca entendió el peronismo.

Más, en su teoricismo antidialéctico, lo creyó una anomalía de la historia.

No percibió que no solo no era una excepción al materialismo dialéctico, sino que, por el contrario, se correspondía con las contradicciones de la sociedad argentina.

No entender las luchas internas de una sociedad equivale, en política, a no entender lo esencial. El Partido Comunista definió fascismo-democracia como la contradicción principal del mundo y del país. Esto encierra a primera vista una opacidad ya de por sí lamentable: el traslado mecánico al país del combate entre potencias imperiales por la repartición de mercados (al que fue arrastrada la Unión Soviética que, de haber podido, hubiera permanecido gustosamente al margen).

Podemos preguntarnos cuál fue la razón por la que las huestes de Codovilla ubicaron a la clase obrera argentina en el mismo bando de la potencia imperial que dominaba el país antes del conflicto (Gran Bretaña) y de la potencia en ascenso que signaría las décadas futuras (Estados Unidos). La respuesta debe ser encontrada en que colocaron por arriba de cualquier otra misión el apoyo a la Unión Soviética. La defensa del Estado socialista estuvo por encima de sus deberes con la clase obrera argentina, de la cual pretendía malamente ser vanguardia. Convirtieron a la Unión Soviética en la piedra filosofal que, en algún momento, transformaría el vulgar metal del descamisado argentino en oro revolucionario.

Esa actitud transformó al partido en una sucursal más o menos eficiente del homónimo dirigido por Joseph Stalin. Durante la guerra, lo esencial fue la lucha contra el Eje, que en la Argentina estaba representado, según ellos, por los fascistas del GOU que se escondían detrás de una “vergonzosa” neutralidad. Por lo tanto, en vez de disputarle a Perón la dirección del frente antiimperialista,

ofendido y asustado se cruzó a la vereda de enfrente.

Ahora en 1961, corren los tiempos de la guerra fría; la defensa de la Unión Soviética deviene un antiimperialismo de cotillón en el marco de la “coexistencia pacífica”, como marca la línea trazada por Moscú.

Durante la campaña electoral de 1946, tuvieron que tratar de “grandes demócratas” a los integrantes de la Bolsa de Comercio, la Sociedad Rural, la Unión Industrial, el Jockey Club, el Partido Conservador, etcétera, convertidos a la santidad por su belicismo aliadófilo. En cambio, todos los neutralistas (y el PCA había sido neutralista hasta el ataque a la URSS) recibieron el tilde de “fascistas”.

[...] El mérito del nuevo movimiento era hacer del imperialismo el problema central, cosa que nunca había planteado ningún partido político y era tema reservado a pequeños núcleos sin gravitación. Pero el PCA vio un cómplice del totalitarismo en cada antiimperialista.

[...] El peronismo, como correspondía a su esencia, fue dinámico, cambiante, agitado por profundas contradicciones entre un ejército nacionalista en materia económica pero incapaz de captar el problema social y el movimiento obrero que por primera vez participaba en el gobierno; entre los intereses de una burguesía miope que quería crecer sin que le tocasen la plusvalía y una organización sindical que presionaba por mayores conquistas; entre direcciones político sindicales burocráticas y las bases, donde el sentir revolucionario impulsaba a los cambios de estructuras; entre elencos que sostenían la necesidad de “afianzar las conquistas obtenidas” y un ala izquierda que buscaba impulsar el proceso hasta sus últimas consecuencias; entre núcleos apegados a un paternalismo “por encima de las clases” y Eva Perón, que fomentaba el odio a la oligarquía y actuaba como agitadora de la lucha de clases; entre restos del nacionalismo católico que creían que las inocuas encíclicas papales encerraban el secreto del problema social, y los grupos marxistas que veían al justicialismo como etapa

previa del pasaje a la economía socializada. Pero, como hemos dicho, el PCA había hecho una clasificación y se atuvo a ella, como si se encontrase frente a una mariposa pinchada con un alfiler. La falta de método lo volvió a cegar: creyó que al pensarlo como estático, el proceso se convertía en estático. (El destacado es de D. S.)

No puedo dejar de sonreír, te juro que no puedo dejar de sonreír. Para un varón machista no debe haber peor cosa que lo acusen de impotente; para un marxista, que carece de método. (No quiero con esto hacer una interpretación fálica del materialismo dialéctico. ¡Carlos, Federico y Vladimiro me amparen!)

Además, con qué precisión política y belleza literaria John rebate la base fascista del peronismo:

Había dicho que era fascismo, y eso bastaba. Porque como en el sector militar que había participado en el golpe militar junto con Perón había simpatizantes del totalitarismo, se atribuyó esa ideología al justicialismo; cuando ese sector fue desplazado, se persistió en el calificativo; cuando esos desplazados comenzaron a conspirar contra el régimen, empavorecidos por el ascenso del movimiento obrero, tampoco hubo cambios de la etiqueta. Con lo que, de paso, quitaron validez a la significación del "fascismo", que es una expresión terrorista de la burguesía ante el avance del proletariado que amenaza quebrantar las instituciones que resguardan sus privilegios. En la Argentina, nada de eso ocurría, porque no había un movimiento sindical que reclamase participación política ni estuviese en condiciones de hacerlo; el peronismo fue el que agitó las masas, el que organizó el proletariado. (La Confederación General del Trabajo, que no llegaba a 200.000 afiliados en la época preperonista, y estaba dividida en dos centrales irreconciliables, pasó luego a tener 4.000.000 de cotizantes.) Rodolfo Ghioldi aceptaba la definición de Dimitróv sobre fascismo —"la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero"— y lo aplicó a un movimiento de un país semicolonial, tal como hacía la maquinaria de propaganda imperialista anglo-yanqui con ese y con cualquier movimiento de liberación nacional, por tímido

que fuese.

Y, como siempre estaban juntos, comunistas y conservadores, las clases populares veían a ambos como lo que eran: aliados.

Si siempre se encontraban en la misma trinchera de las fuerzas conservadoras, no era extraño que las clases populares se negasen a admitir distingos entre ellos y los representantes de la reacción, aunque la coincidencia se justificase con profundos e inéditos trabajos de doctrina. Aspirando a ser el partido de la clase trabajadora, ésta los rechazaba por contrarrevolucionarios. Eso conspiraba también contra las tendencias de izquierda que pugnaban en el seno del peronismo, porque los anticomunistas no necesitaban apelar a ninguna imagen tremebunda del “espectro rojo”: les bastaba señalar que la “izquierda” se identificaba, objetivamente, con las fuerzas de la oligarquía. (El destacado es de D. S.)

Imaginamos (parodiando palabras de Cooke) a Rodolfo Puiggrós y sus seguidores, o a los trotskistas de la época, tratar de explicar que comunistas, lo que se dice realmente comunistas, eran ellos. Puiggrós se separó del tronco del partido, no sin dar ardua batalla, en 1946. En el 52 el Partido Comunista —para enojo de Rodolfo Ghioldi que siguió apegado a las viejas definiciones— modificará su relación con el peronismo hacia una mayor tolerancia. (El término es justo: toleramos lo que en algún lugar repelemos.) Tiempo después volvió a girar y Codovilla, con la previa aprobación de Moscú, corrigió la desviación tolerante y expulsó a sus promotores, entre ellos Juan José Real. De tal manera, el peronismo volvía a ser fascismo.

Un análisis de la esencia del movimiento de masas, hecho con buen método, hubiese demostrado que el ataque frontal sólo podía darse desde la derecha, como se demostró cuando a la caída del peronismo vinieron dos gobiernos que hicieron olvidar sus errores y redujeron sus mayores culpas a “pecata minuta”, al desatar el odio clasista y abrir las puertas de par en par al imperialismo. Desde la

izquierda, la oposición, sin dejar de ser crítica, nunca hubiese llegado a extravíos explicables en la historia de una oligarquía desplazada (por ejemplo, llamar lumpen a los obreros peronistas, es decir a casi todos los obreros), o a incurrir en equivocaciones como confundir la afluencia de la gente del campo a la ciudad, donde la industrialización y las leyes sociales aseguraban altos salarios, con el "éxodo de las masas campesinas víctimas de la explotación por causa del gobierno", etcétera. La desconfianza y el rencor de la masa para con el PCA no proviene, entonces, de la prédica anticomunista reaccionaria, sino de una actividad de indiscriminada hostilidad, de la incomprensión demostrada hacia un movimiento que ellos aceptaban como el suyo y del cual habían obtenido mejoras sustanciales. (El destacado es de D. S.)

Sobre este punto, Daniel Campione tiene otra perspectiva:

La prédica anticomunista reaccionaria, cuya influencia J. W. C. descarta, jugaba un papel en esa "desconfianza y rencor", sobre todo cuando salía de la boca del propio Perón o de dirigentes y cuadros peronistas, ya que el ataque al comunismo en nombre de la "conciliación de clases", el rechazo a las "ideologías exóticas" y otros argumentos no precisamente progresistas tuvo durante los gobiernos de Perón un cultivo frecuente. El "anticomunismo" reaccionario del que habla Cooke venía de antes y continuó durante el peronismo.[351]

Podemos remitirnos a lo que hemos visto en De Frente para advertir que el anticomunismo reaccionario permeaba incluso en Cooke antes de la época de la resistencia. Podemos rastrearlo fácilmente hoy en los sindicatos. Lo cual no se opone, sino que completa, o corrige parcialmente lo escrito por Cooke: de haber participado el partido de Codovilla en el frente popular y no en la alianza reaccionaria, la actitud del peronismo, no cabe duda, hubiera sido diferente. Entre otras cosas porque el peronismo se hubiera encontrado con otra relación entre el comunismo y la clase obrera.

Sigamos con el texto de Cooke:

El peronismo no era la maravilla que creían sus prosélitos, pero tampoco era lo que el PC afirmaba. Criticaba a un movimiento que no existía, creado literariamente; el resultado era que cuando atacaba con justicia algún aspecto de la política oficial, la gente no les creía. Si el balance que hacen del peronismo fuese exacto, gran parte de la culpa recaería sobre ellos, que pudieron haber contribuido al afianzamiento de sus tendencias de progreso a poco que hubiesen dejado la autosuficiencia libresca para acercarse a él con el amor que merece un movimiento de masas, y con la comprensión y la tolerancia a que los obligaba su mayor preparación teórica.

Terminada la lucha electoral en el año 1946, la curiosidad científica, por lo menos, podría haberlos volcado hacia lo nuevo que hacía eclosión. Pero en lugar de eso, se parapetaron en sus esquemas, para demostrar que no eran ellos sino el pueblo el equivocado. Han pasado dieciséis años y la clase trabajadora argentina sigue pensando en esa hora como la de su apoteosis, mientras en los cuadros del PCA ha quedado la nostalgia —no confesada sino en la intimidad amistosa— de la oportunidad perdida.

No hay nada más impiadoso que la memoria.

John evoca, menciona, revive, desentierra frases. Recordemos que el destinatario del trabajo es Fidel Castro. Veamos algunas frases desenterradas:

“En lo internacional, la república exige [...] el desarrollo nacional; mejorarla radicalmente con los Estados Unidos, partiendo de la línea de “buena voluntad”, retomada ahora por el Secretario Byrnes y ratificada con tanto calor por Míster Braden” (Rodolfo Ghioldi).

“Inglaterra y EE.UU. han remplazado la vieja política reaccionaria e imperialista por una política democrática y progresista” (Victorio Codovilla).

“Las naciones de gran desarrollo industrial ayudarán con su potencialidad económica, financiera y científica a reconstruir la vida de los pueblos víctimas de la agresión fascista y a desarrollar la economía nacional de los pueblos atrasados sobre nuevas bases que impulsarán...” (Victorio Codovilla).

“El interés de los EE.UU. e Inglaterra está en apoyarse y apoyar gobiernos verdaderamente democráticos, que reúnan en su seno a todos los sectores progresistas, desde la burguesía hasta el proletariado, desde los conservadores hasta los comunistas, para asegurar el orden democrático” (Victorio Codovilla).

De exótica manera el imperialismo ya no era el imperialismo. Pero con la guerra fría el PC tuvo que acordarse del imperialismo, porque ahora no era aliado y convenía a los intereses de la Unión Soviética.

Pero como no podía abandonar la infalibilidad, entonces se dedicó a “demostrar” que el gobierno era proimperialista.

[...] El gobierno sufría el embate de la cadena mundial de propaganda imperialista, y el PC aportaba a esa campaña mundial proyectiles de aparente calibre marxista leninista. De la negación del imperialismo, a un antiimperialismo inflexible de fiscales de biblioteca. En lugar de la liberación que se intentaba entre tropiezos, vacilaciones, avances y retrocesos, errores y aciertos —que así es todo lo que ocurre en la historia— el PC estaba fascinado ante la revolución perfecta e impoluta, desarrollada en el mundo sin fricciones de la teoría pura. El programa y propósitos del nuevo régimen eran muy

revolucionarios para la época, y jamás había sido planteado nada de eso en el país. El PC que había adherido al programa ultraconservador de la UD [Unión Democrática], ahora pasaba a un ataque tan artificial como el que había hecho desde posiciones totalmente diferentes.

Cuando Cooke habla de las posibles causas del error metodológico dice:

Si nuestra crítica es correcta, estamos ante la paradoja de que el PCA, aliado indispensable por sus vinculaciones con el socialismo internacional y con el de Cuba en especial, adopta una línea de acción que retarda el avance e integración de las masas. O sea que el prestigio que automáticamente le agrega la radicalización de la Revolución Cubana, sirve para frenar las tendencias similares en el orden interno de la República Argentina.

• • •

Un lustro antes, entre el 14 y el 26 de febrero de 1956, se había realizado el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) que tuvo severas críticas para el fallecido Stalin y que adaptó la política del país a las nuevas exigencias de la guerra fría. Jrushchov dio su célebre “Discurso secreto”, en el que condenó al régimen de Stalin.

Los chinos no estuvieron de acuerdo. Cuando Moscú restauró las relaciones diplomáticas con Yugoslavia, que había cortado Stalin en 1948, el gobierno chino también cuestionó la decisión. Y, finalmente, cuando Moscú postuló la necesidad de una “coexistencia pacífica” con el Occidente capitalista, terminó de enfurecer a Mao Zedong.

La URSS cancelaría su ayuda al proyecto nuclear chino y, en 1958, rehusó apoyar las acciones militares chinas en los archipiélagos de Matsu y Quemoy, controlados por Taiwán. Mao denunció esta negativa soviética como un repliegue de la URSS ante Estados Unidos.

Llegamos al momento en el que John está en la isla. En 1960, los soviéticos dan una solución pacífica al grave incidente del avión espía U-2, lo que también provoca el enojo maoísta.[352] Moscú retira entonces de territorio chino a sus técnicos y militares y cancela toda cooperación técnica.

Poco después de este trabajo de Cooke de mediados de 1961, se realizará el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética entre el 17 y el 31 de octubre de 1961. En su discurso de apertura, Jrushchov atacará al régimen del albanés Enver Hoxha[353], lo que enojaría a los representantes de los partidos comunistas asiáticos (China, Corea del Norte, India, Indonesia, Japón y Vietnam) que se alinearán con el gobierno de Albania.

Es decir que, hacia mediados de 1961, cuando John escribe este informe para Fidel Castro, las disidencias entre la línea de Moscú y la de Beijing ya son profundas y manifiestas. Es, además, el momento en que comienzan a emerger en el mundo organizaciones comunistas que, alejadas de Moscú, están inspiradas en el Che (que pronto dejaría Cuba) y Mao Zedong. John, ya porque no observa el sisma, ya porque prefiere obviarlo, conocedor de que la misma Revolución Cubana es escenario del conflicto, ha criticado al Partido Comunista de la Argentina sin cerrarle las puertas, como si fuera aún un aliado posible. Años después cambiaría de opinión.

• • •

Como hemos visto, mientras la radio del PCA sintoniza por onda corta los

discursos oficiales de Moscú, la realidad del país le es completamente ajena. Si no encaja —y no encaja— con lo dictado por el Kremlin... peor para la realidad. Es obvio que de esta manera el Partido Comunista no puede transformarse, jamás, en un partido de masas.

Corren los años sesenta, las filas del PCA están integradas por afiliados reclutados entre las capas medias de la sociedad semicolonial. El partido —como esas capas medias— busca con afano una inserción en el sistema capitalista dependiente que dice querer destruir. Aunque muy pocas veces lo encuentra, reclama con ahínco un lugar cálido bajo el sol de las clases dominantes.

Cooperativas, beneméritas organizaciones en defensa de la paz, de los derechos humanos, de las mujeres, son elementos centrales en su política. Al tiempo que monopoliza las relaciones con el campo socialista, internamente promueve entendimientos en los colegios profesionales, en el campo de la docencia y en organizaciones empresarias. Pone especial esmero en su trabajo con los intelectuales y los artistas.

La preservación de esos espacios necesita, como bien apunta Daniel Campione, de la legalidad, o al menos una clandestinidad que no desemboque en la confrontación armada y se vuelva así total y permanente.[354] La sentencia de Marx en cuanto al papel de la violencia revolucionaria es dejada para un futuro indeterminado, y cualquiera que la recuerde es un provocador. Así que, sin dudas, Cooke entra dentro de esta definición.

Consecuencia inevitable de esta política es la obsesión por formar el frente de “partidos democráticos”, al que Cooke define como “inocuo para los fines propuestos” por ser “demasiado amplio, demasiado vago, demasiado impreciso” y carecer “de atractivo para las masas”, “un frente de superestructura que, de ser factible, sólo serviría para usufructo de políticos burgueses con veleidades progresistas”.

Cooke tiene frente a sus ojos un dilema que expresa con precisión el citado trabajo de Campione:

De algún modo, Cooke desarrolla sus observaciones sobre la línea comunista en interrelación con su crítica, desde adentro, al propio peronismo. La pregunta básica que trata de responder es por qué el peronismo no se constituye en fuerza verdaderamente transformadora, asumiéndose como partido revolucionario. Y por qué, al mismo tiempo, quienes se asumen y proclaman como tales, los comunistas, no actúan consecuentemente con esa identidad, no traducen en la acción lo que desarrollan en su discurso. Cooke ve delinearse una situación revolucionaria en la Argentina, sin una organización política capaz de convertir esa oportunidad en un proceso revolucionario.[355]

El dilema contiene en sus entrañas gran parte del drama argentino.

---

348 Rodolfo y Orestes Ghioldi.

349 Daniel Campione, "'Los comunistas somos nosotros': Cooke y el Partido Comunista Argentino", en Miguel Mazzeo (comp.), Cooke de vuelta, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999, p. 52.

350 Waldo David Frank (Long Branch, Nueva Jersey, 1889-1967), novelista e hispa-noamericanista estadounidense. Presidió el Primer Congreso de Escritores Americanos de 1935 y fue designado presidente de la Liga de Escritores Americanos.

351 Daniel Campione, "'Los comunistas somos nosotros': Cooke y el Partido Comunista Argentino", en Miguel Mazzeo (comp.), Cooke de vuelta, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999, p. 65.

352 El 1° de mayo de 1960, un avión espía estadounidense U-2 es derribado por la Unión Soviética en su territorio. Primero, el gobierno de Washington niega espionaje, pero se ve obligado a admitirlo cuando Moscú muestra los restos de la nave y anuncia que su piloto, Francis Gary Powers, ha sobrevivido.

353 Enver Hoxha (Gjirokastra, 1908-Tirana, 1985), político comunista albanés, máximo dirigente del Partido del Trabajo de orientación marxista leninista, primer ministro de ese país entre 1944 y 1954 y su máximo dirigente hasta su muerte.

354 Daniel Campione; "'Los comunistas somos nosotros': Cooke y el Partido Comunista Argentino", en Miguel Mazzeo (comp.), Cooke de vuelta, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999, p. 54.

355 Daniel Campione; "'Los comunistas somos nosotros': Cooke y el Partido Comunista Argentino", en Miguel Mazzeo (comp.), Cooke de vuelta, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999, p. 73.

Ahora la correspondencia se escribe en La Habana y Madrid

Retrocedamos un poco, volvamos a julio de 1960. Hace tres meses que John está en la isla. El último día de ese mes de julio, Juan Perón —ya radicado en Madrid — le escribe a John. Contesta una carta del que fuera su delegado que no se ha conservado. No sabemos, lamentablemente, cuál fue el tono de la misiva de John que reiniciaba la conversación suspendida. Perón encabeza la suya con un formal “Al compañero Dr. D. John W. Cooke”, pero prosigue con un “Querido Bebe”. Sobre este aspecto epitelial ha dicho Horacio González en La revolución en tinta limón. Recordando a Cooke:

Los dos hombres se tratan con afecto y sin demasiadas cautelas. Invariablemente, uno encabeza las largas epístolas con un “mi querido jefe”. El otro responde con mayores ceremonias, casi siempre con un “Señor Doctor”, que de inmediato suele suavizar con un “mi querido amigo”. Porque ceremonioso es Perón con Cooke cuando tejen y destejen las cuitas de la insurrección en la Argentina. Eso, durante los años 1957 y 58. Curiosamente, cuando la relación se va enfriando, Perón distiende el trato. Y entonces, las pocas cartas que le mande al hombre al que poco tiempo antes le había dicho “su decisión será mi decisión, su palabra mi palabra”, se permite un informal “mi querido Bebe”. Podemos inferir que quedaba el afecto, tamizado en la ironía paternalista con la que Perón emplea el apodo de Cooke. Sobrevolando el mar de diferencias nunca demasiado explicitadas entre ambos, quedaba esa palabra, Bebe.[356]

Las diferencias entre Perón y Cooke —que bien dice González “nunca demasiado explicitadas entre ambos”— están en camino de ensancharse. Ambos son conscientes de eso y ambos tratarán de no adelantar lo inevitable. Uno seguirá reconociendo un liderazgo que cada vez lo representa menos (hasta la conocida carta de enero del 66: “Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto: Ud. procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en

forma totalmente antitética”.) El otro, como siempre, dirá una cosa pero sabrá hacer otra; y terminará usando la respuesta del silencio, no solo para establecer distancia sino también para evitar la ruptura definitiva.

En este sentido las palabras son (siempre) reveladoras. Hemos dicho “epitelial” no por superfluo sino por expuesto. Al fin de cuentas la piel es un escudo esencial sin el cual la vida es imposible.

Cooke sigue usando “Mi querido Jefe” y Perón —que siempre ha sido un hombre formal— encabeza la carta con “Al compañero Dr. D. John W. Cooke” (extrema la consideración agregando, después del “doctor”, el respetuoso “don”), al que le sigue, afectuoso, un “Querido Bebe”.

El líder, desde España, se muestra amigo de la revolución.

A nosotros nos llamaron fascistas en 1943, nazis en 1946 y comunistas en 1955, sin que fuéramos otra cosa que buenos argentinos deseosos de liberar a nuestro país. Al coronel Árbenz lo declararon también comunista y así Guatemala pudo ser ocupada por fuerzas organizadas por Foster Dulles[357] que era el principal accionista de la “United Fruit”. Es lógico ahora que Fidel Castro y los patriotas que le acompañan sean también “comunistas” desde que se han atrevido a decir la verdad, a liberar a su Pueblo y a poseer la firme decisión de vencer a sus enemigos.

Perón alaba la carta abierta que Cooke le dirigiera a Frondizi. Cuba ha firmado un pacto con la Unión Soviética en la que esta compromete sus fuerzas militares en defensa del país caribeño en caso de invasión norteamericana. El presidente Frondizi, en un alarde de extremo servilismo, le ha pedido a Cuba que, en caso de que se agravara su conflicto con Washington, esto es, en caso de invasión norteamericana a la isla, se abstuviera de aceptar la defensa soviética. La Habana

podía elegir entonces, a su gusto, entre una masacre a la paraguaya o la esclavitud colonial.

Excelente su carta abierta al cretino que, para vergüenza de los argentinos, hace que gobierna el país. Su repugnante actitud en el "caso Cuba" lo presenta en toda su miseria moral. No escapa al menos advertido, que el noventa por ciento de los pueblos latinoamericanos están con Cuba y con Fidel, no solo porque tiene razón, sino también porque enfrenta valientemente a los eternos enemigos de esos pueblos, que esta vez no conseguirán engañar con la falacia de su propaganda.

La fuerza de Cuba, como la de todos los que luchamos por la liberación, radica en que la línea intransigente que sostenemos coincide con el desarrollo histórico y la evolución.

Una semana después, el 7 de agosto, John le contesta. Prologa la carta, como siempre, con un: "Mi querido Jefe".

He leído, con intensa alegría, su carta del 31 de julio. Era de descontar que Ud. captase en toda su profundidad y trascendencia el proceso cubano. […] Cuando Ud. declaró hace un tiempo que la Revolución Cubana "tiene nuestro mismo signo", creo que sintetizó una realidad que los acontecimientos han ido confirmando cada vez más, y marcó un sendero que los pueblos van descubriendo poco a poco.

Recién luego de la invasión de Bahía de Cochinos por exiliados cubanos entrenados por la CIA, el 16 de abril de 1961 —algo más de ocho meses después de la carta de Perón—, Fidel Castro reconoce pública e internacionalmente el carácter socialista de la revolución. Durante 1959 y quizá 1960, muchos la visualizan como exclusivamente antiimperialista. El mismo Che, en julio de

1960, declara:

Si los rusos intentan hacer de Cuba un satélite comunista, el pueblo los combatiría hasta la última gota de su sangre [...] Ser comunista significa que se pertenece a un partido internacional. Puedo decir con toda conciencia que jamás he estado vinculado al Partido Comunista, ni con los movimientos comunistas. Actualmente estamos vinculados económicamente con Rusia, el que sea comunista o no, nada tiene que ver con la decisión de comprarnos azúcar.[358]

John no es del todo transparente y evita, aún, mostrar lo profundo de la transformación de sus ideas. Se reconoce peronista, pero es evidente que el de ahora no es el mismo peronismo de cuando era diputado, ni de cuando dirigía De Frente, ni siquiera el mismo peronismo de sus tres años en la resistencia.

Algunos piensan que este cambio se debe a su contacto con la naciente e improvisada Revolución Cubana y, sin duda, Cuba influye en él; pero siempre es más importante la mirada que lo mirado. John no es el mismo después de la huelga del Lisandro de la Torre. Y —aun más importante— tampoco es igual su ubicación en el movimiento, que mudó de central a periférica.

De manera que todo: su conciencia, la experiencia política de la resistencia, la derrota de la huelga del Lisandro de la Torre, la acción de los comandos y la violenta animosidad de las autoridades partidarias en la Argentina, lo empujan hacia la izquierda. Lo que para sus enemigos no quiere decir otra cosa que afuera del peronismo. Cooke, lógicamente, trata de oponerse a esa fuerza centrífuga, porque ningún político sensato regala territorio, más si ese territorio es nada menos que el peronismo. Así que en Cuba se ha dado a la tarea de combatir la imagen de fascista que del peronismo tiene la izquierda latinoamericana. Hay un motivo y dos destinatarios. El motivo es estar adentro, por lo cual trata de volver a ser una pieza imprescindible. Los destinatarios son el peronismo y la izquierda. En este sentido el Che será de gran importancia.

Sigamos con John:

Esa es la principal tarea que he emprendido por medio de entrevistas, contactos en Latinoamérica, correspondencia con líderes obreros, conferencias, etc. Frente al proceso de la Revolución Cubana, es fácil demostrar que el peronismo y Perón son una cosa y las dictaduras proimperialistas otra muy diferente.

Pero advierte:

Es esencial, eso sí, que haya pruebas de que el peronismo está con la Revolución Cubana, lo que destruye los sofismas desparramados sobre nuestro reaccionarismo.

Cuba divide aguas en el mundo. Cooke lo sabe, y Perón lo sabe.

Cuba calienta la guerra fría, de alguna manera pone en peligro el acuerdo básico de la posguerra: el conflicto EEUU-URSS se dirimiría en combates localizados de menor intensidad que las pasadas dos guerras mundiales. Estar con Cuba era estar contra EEUU, lo demás poco importaba.

Alfredo Palacios puede estar con Cuba porque jamás podría ser presidente, pero Perón ¿puede estar con Cuba?

Además, la Revolución Cubana tiene una enorme influencia en la vida de la izquierda argentina. Lejos de aumentar la proyección de los partidos Comunista

y Socialista produce rupturas en ellos. Un ejemplo es el grupo liderado por Elías Semán[359], que romperá con el socialismo argentino de Palacios y Moreau para formar el Partido Socialista Argentino de Vanguardia y que terminaría constituyendo la primera agrupación maoísta argentina: Vanguardia Comunista.

Los dirigentes cubanos —dice John— tienen nociones muy claras sobre el problema de Latinoamérica, y eso significa que también las tienen sobre el peronismo:

No sucede lo mismo en los cuadros medios, que han vivido en el cautiverio intelectual de la propaganda imperialista, y han creído durante años en la leyenda negra de la prensa oligárquica. Como ahora sufren la misma campaña de descrédito que nosotros, están maduros para conocer la verdad: pero esos procesos mentales no se cumplen […] en forma espontánea. Hay que aclarar, explicar, argumentar. […] Hay que hacerles dar el paso lógico que lleva a eliminar los preconceptos y valorar al Peronismo de acuerdo al sistema de pensamiento que se emplea para valorar a la Revolución Cubana.

Claro que para nada ayuda a la comprensión del peronismo en los cuadros medios cubanos las buenas relaciones que Perón ha mantenido con el dominicano Trujillo, el venezolano Pérez Jiménez y, muchísimo menos, las que ha cultivado con el dictador Fulgencio Batista.

Pero aun más importante es cómo ve el peronismo a la Revolución Cubana, y sobre eso dice Cooke:

Cuando Fidel Castro viajó a la Argentina el año pasado, le tendieron un cordón sanitario para que no percibiese el verdadero sentido de nuestro pueblo. Entonces era todavía ídolo de nuestra oligarquía, si bien ésta ya comenzaba a darse cuenta de que no era uno de los suyos. El hecho es que después de haber

tenido entrevistas con muchos figurones, quiso dar una vuelta por las fábricas. Se le aconsejó que no lo hiciera, pero él insistió. Y pudo ver que lo recibían con la más absoluta frialdad. Como él es un gran caudillo popular, percibió esto y enseguida encontró la verdadera explicación. Más o menos para entonces las fuerzas reaccionarias comenzaron a atacarlo y en la Argentina perdió la simpatía de la oligarquía y ganó la de las masas. Pero esa compenetración con la revolución cubana ha sido combatida desde la reacción infiltrada en nuestro propio Movimiento, que así se prestaba al juego de los enemigos de presentarnos al margen del despertar latinoamericano. (El destacado es de D. S.)

Reanudada la correspondencia con Perón, Cooke vuelve a reclamar por ser el blanco de sus enemigos en el movimiento. Dice sin decir: “ante su pasividad, general”. Reclama por su condición marginal, de extramuros en el universo del peronismo.

No sería discreto aprovechar la feliz reanudación de nuestra correspondencia para formular un alegato en favor de puntos de vista que ya le he expresado con respecto a la conducción del Movimiento. Ud. conoce mis discrepancias con la conducción del país y me basta con expresarle que por deber de lealtad hacia Ud. y hacia mí mismo debo ratificar cuanto le dije, hace muchos meses, en dos informes. Solamente quiero decirle que esas opiniones —que jamás he expresado públicamente— me convierten en blanco de muchos ataques por parte de los interesados en desmerecer cualquier informe o sugestión que yo formule ante usted.

También dice sin decir: América tiembla, Cuba pateó el tablero y el peronismo, si quiere seguir siendo una alternativa, distinguirse de los radicales y de los frondicistas, debe estar con Cuba.

No pierdo las esperanzas de poder expresarle personalmente muchas cosas que pienso y observo. Mientras tanto, le adelanto o le expreso, resumidamente, algunos puntos de vista:

1) Creo que hay que acentuar la línea revolucionaria del movimiento. Aunque es la única línea real y posible, claramente expresada en muchas de sus directivas, hay quienes siembran la confusión y tratan de influir sobre nuestra masa, ayudados por la falta de facilidades para difundir nuestros principios. Que Azul y Blanco o los pasquines frigeristas o los grupos nacionalistas-clericales opinen a nombre del peronismo o ejerzan presión sobre ciertos sectores, revela la necesidad de intensificar la divulgación del pensamiento de Perón, perfectamente claro en su oposición a todo integracionismo, legalismo, reformismo o tendencia a la pacificación.

2) Postular que debemos influir sobre los factores de poder (Ejército e Iglesia) para que nos ayuden o nos perdonen, es una traición. Creer que la oligarquía dará garantías democráticas al Peronismo es propio de politiqueros que nada tienen que hacer en el movimiento, que es revolucionario y no reformista.

3) Esa clarificación y reiteración es posible que no agrade a los grupos “pacifistas” y reaccionarios. Pero lo que perdamos por ese lado —y esa pérdida es en realidad una ganancia— la compensaremos ampliamente con el aporte de grupos no peronistas que se unirán a nuestra lucha (estudiantes, izquierdistas varios, etcétera).

4) El peronismo no tiene como objetivo defender los “valores de occidente” ni los intereses de la Iglesia. Los que piensen de esa manera, tienen que ir a los partidos demócrata-cristianos. Frente a los bloques mundiales en pugna por hegemonías, somos terceristas; pero frente a la lucha de los pueblos por su liberación no permanecemos neutrales, sino que somos beligerantes contra el colonialismo en todas sus formas.

5) Romper la unidad con los gremios del MUCS[360] puede ser un error muy serio. Si el MOU[361] no constituía la fórmula ideal, puede buscarse otra de convivencia

con los sindicatos comunistas e independientes. Las maniobras de los clericales y de los integracionistas para dividir el frente obrero deben ser rechazadas. Sostener la unidad obrera —no incluye, por supuesto, a la unidad con los amarillos— no es posición comunista ni trotskista: es una necesidad del peronismo.

6) El apoyo a la Revolución Cubana no es una simple materia de secundaria importancia. Está vinculada con el movimiento de masas de toda Latinoamérica, donde el peronismo es una vanguardia indiscutida por su trayectoria y por su permanente combatividad. El verdadero enemigo es el imperialismo y los instrumentos del imperialismo: querer llevarnos a luchar contra otros enemigos es apartarnos de nuestra lucha real para distraernos en escaramuzas.

Juan Perón le contesta el 30 de agosto.

Estoy completamente en claro de la situación que se vive en nuestro desgraciado país y coincido con cuanto me dice Usted al respecto en la carta que contesto, especialmente en sus puntos uno al seis. Hace ya meses que he impartido instrucciones terminantes al respecto que se encuentran en plena ejecución. Los hechos que se están produciendo, precisamente, son en parte consecuencia de esa ejecución. Se ha entablado una verdadera lucha entre los dirigentes leales y fieles por un lado y los sobornados por Frigerio por otro, lo que ha ocasionado la expulsión de algunos del Movimiento, a los cuales les hemos comprobado connivencias con el enemigo.

Le agradezco su “tarea apostólica” y le ruego que la siga con el mismo entusiasmo que manifiesta porque la verdad peronista necesita de verdaderos predicadores para destruir las patrañas sembradas por los bandidos que, dominando los medios publicitarios, pudieron difamarnos “a piacere”.

ntes de un prolongado silencio John contesta en septiembre, le informa que continúa la difusión de “nuestra verdad”, que colabora en todo lo que puede con los “compañeros cubanos, que están en medio de una lucha difícil y esforzada”; que da conferencias, escribe artículos y prepara un libro sobre Cuba.

Un cable que reproduce Noticias Gráficas en su edición del 13 de julio de 1960, da cuenta de que John William Cooke y Ángel Borlenghi han mantenido numerosas entrevistas con el comandante Guevara y aunque, en su momento, este era antiperonista, se afirma ahora que está firmemente a favor de una alianza con los peronistas.[362]

---

356 Horacio González, “La revolución en tinta limón. Recordando a Cooke”, revista Uni-dos, número 11/12, octubre de 1986.

357 John Foster Dulles (1888-1959), político estadounidense, secretario de Estado del presidente Dwight D. Eisenhower entre 1953 y 1959. Fue una figura importante en los primeros años de la guerra fría, en especial en la lucha contra el comunismo.

358 Noticias Gráficas, 15 de julio de 1960; también en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010, p. 152.

359 Elías Semán (1934-detenido desaparecido en 1978, visto por última vez en el campo de concentración El Vesubio), hijo de padres inmigrantes libaneses, abogado, nombrado varias veces por Cooke como defensor de presos políticos. Durante la crisis del Partido Socialista de 1957-58 se alinea con la fracción mayoritaria que forma el Partido Socialista Argentino (Palacios). Viaja a Cuba en 1960 y es influenciado fuertemente por la

revolución. En 1961 se produce una nueva fractura en el PSA, y Semán integra el PSA de Vanguardia, del que es secretario político y editor del periódico No Transar. Vuelto por segunda vez de Cuba, publica El partido marxista leninista y el guerrillerismo. Cuando se divide el PSAV, Semán confluye con un sector del PC (Comité de Recuperación Revolucionaria) con el que en 1965 forma Vanguardia Comunista que se ubica decididamente en la línea de Mao Zedong.

360 Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical, comunista.

361 Movimiento Obrero Unificado, donde convivían comunistas y peronistas; más tarde se retiraron los comunistas para formar el MUCS.

362 Noticias Gráficas, 13 de julio de 1960; reproducido en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2004, p. 150.

Playa Girón y la crisis de los misiles

Retrocedamos quince meses. En abril del 59 Fidel Castro visita Estados Unidos invitado por la Asociación de la Prensa. Durante esa visita de once días, tiene por lo menos una reunión con el vicepresidente Nixon. La Unión no quiere saber nada con la reforma agraria y menos con la nacionalización de empresas de propiedad yanqui. Y nada es nada. Así que el gobierno de Eisenhower comienza a imponer restricciones comerciales a la isla: deja de comprar azúcar y de vender petróleo. El efecto es devastador sobre la economía cubana.

Un año después, en marzo del 60, las tensiones aumentan cuando Castro exhibe pruebas que culpan a los Estados Unidos del estallido del vapor “La Coubre” mientras estaba anclado en el puerto de La Habana, y que costó la vida de más de cien personas. En ese mismo momento, Eisenhower autoriza en secreto a la CIA a organizar, entrenar y equipar a emigrados cubanos con el fin de acabar con Castro.

El 19 de octubre el gobierno de la Unión prohíbe toda exportación a Cuba, paralelamente dos de sus diplomáticos son expulsados de la isla por apoyar actos de terrorismo e introducir armas al país. El 3 de enero del 61, el trigésimo cuarto presidente de los Estados Unidos, el republicano y presbiteriano Dwight David Eisenhower, cuando faltan dos semanas para finalizar su mandato presidencial, rompe relaciones con Cuba.

El 20 de enero comienza el mandato de John Fitzgerald Kennedy, demócrata y católico él.

Por fin, a cincuenta y cinco días de iniciada la presidencia del Kennedy, el 16 de

abril se produce lo esperado.

Un nutrido fuego aéreo facilita el desembarco de tropas en distintos puntos de la isla. La batalla más conocida es la de Playa Girón en Bahía de los Cochinos, que dura tres largos días y donde los invasores son derrotados. John y su compañera Alicia Eguren se presentan como voluntarios y son destinados a la defensa como milicianos. Cooke presta servicio en el sector Norte, Batallón 134, con el número de miliciano 1331.



De izquierda a derecha: Cooke, Alicia Eguren y Elías Semán

SECTOR NORTE
Batallon 134 Fecha Mayo 14

C E R T I F I C A D O

El Mil 1331 John W. Cooke

ha estado con este Bon 134 desde el dia 17 de Abril de 1961 participando en la OPERACION MUERTE AL INVASOR.

Y para que asi pueda acreditarlo se le extiende este Documento.

VIVA LA REVOLUCION SOCIALISTA!!



2do Tte. MNR R BLANCO
Jefe Bon 134

Cinco meses antes, en noviembre del 60, Cooke escribe un artículo llamado “Cuba ante la invasión” que es publicado en la revista El Popular. Allí hace un hermoso fresco de los preparativos defensivos cubanos ante el inminente ataque imperial.

Al escribir estas líneas, en Cuba hay seguridad de que vendrá la invasión. Se sabe que los varios miles de mercenarios concentrados en Guatemala y otros sitios cercanos a la isla están a punto de ser embarcados, y que es propósito firme de quienes dirigen la operación colocar inmediatamente esas tropas en territorio cubano. No descarto que la agresión pueda ser postergada, pues lo que yo veo aquí también lo han visto los espías imperialistas, pero hasta el momento no ha habido cambio de planes.

Nosotros sabemos lo que sucedió y sabemos del triunfo de los revolucionarios, pero cuando Cooke escribe estas líneas el resultado es incierto y el peligro enorme. Esta es su descripción de los preparativos.

Los últimos días han sido aquí de actividad febril para completar la preparación de las milicias revolucionarias. Fidel ha dado instrucciones bien explícitas a toda la población y a los grupos de combate. Anoche, el Secretario de la Confederación Cubana de Trabajadores completó las directivas a seguir durante la lucha a fin de evitar interrupciones del proceso productivo. En cada centro de trabajo están repartidas las funciones y seleccionados los que tendrán a su cargo la vigilancia y los que integrarán formaciones mayores de milicia. Los hospitales, bancos de sangre y de plasma han hecho sus reservas de guerra, mientras las milicianas se vuelcan en la organización de primeros auxilios. Todas las madrugadas veo pasar decenas de ómnibus conduciendo milicianos que van a cubrir sus destinos. La televisión suple diariamente alguna posible deficiencia preparatoria repitiendo explicaciones sobre el manejo y desarme de fusiles.

Quien conozca al cubano sabe que es un tipo extrovertido, dicharachero, ocu-rrente, cuyas actividades colectivas, por serias que sean, tienen un acompañamiento invariable de cantos y bailes. La procesión religiosa no es incompatible con el cha-cha-cha, ni el paso marcial con cierto ritmo extramilitar que transforma en puro deleite contemplar el paso de las brigadas femeninas. La Revolución, al convertir los problemas nacionales en un quehacer de todo el pueblo, determina que los episodios de la política interna y externa se traduzcan en música: "Pero la reforma agraria va", "Venceremos", "Con OEA o sin OEA", "Los yanquis son guanajos (pavos)" son algunas de las composiciones que se corean y a cuyo compás bailan las parejas. Pues bien, nada de esto ha cambiado ante el peligro de la invasión, respecto de cuya inminencia nadie abriga dudas.

El ambiente es de alegría, casi diría de fiesta. Las calles están llenas de estrategos improvisados que se trenzan en discusiones interminables sobre los puntos probables de la invasión y la táctica que Fidel adoptará. Omniscientes teóricos exponen complicadísimos planes de exterminio e intercambian conocimientos en cuanto al tipo de armas que los yanquis han suministrado a los invasores. Cuando algún participante en el debate apunta la posibilidad de que, ante el fracaso de la intentona, intervengan directamente los "marines" norteamericanos —cosa a la que el Caribe está dolorosamente acostumbrado— los temas bélicos se proyectan al plano mundial y asistimos al desarrollo de vastas comparaciones entre los respectivos poderíos de EEUU y la URSS, con mención de escalofriantes instrumentos de guerra de cuya ultrasecreta existencia parecen tener conocimiento solamente el Kremlin y el imprevisto contertulio que lo menciona. Todo esto en medio de chistes, risotadas y confianza ilimitada en la victoria. Pero lo importante es señalar que no hay ni desconocimiento ni subestimación de los riesgos: las veinte mil muertes de la lucha contra Batista son demasiado recientes como para suponer que en esta alegría hay proporción alguna de inconsciencia. Es, por el contrario, producto del carácter cubano unido a la seguridad absoluta sobre la justicia de su causa y la capacidad para defenderla.

La pluma de Cooke, siempre precisa y con ese tono que hoy puede sonar grandilocuente, era una voz fiel a su época. A un tiempo en que al pueblo se nombraba pueblo y no como "la gente". Pero ahora esa voz adquiere un tono

amoroso y dulce; está profundamente conmovido por ese pueblo.

De noche recorremos la ciudad y concurrimos a los sitios de concentración de milicias. Los habaneros, que llevan varios meses de práctica, están ansiosos por tener armas. Ahora las están recibiendo y la felicidad se trasluce en los rostros y en los gestos. Los “responsables” de milicia, enloquecidos con el trabajo de planilleo, tienen que interrumpir a cada momento sus tareas para llamar al orden: “Eh, tú, deja ese fusil en paz”, “Mira, chico, que esa metralleta no es un juguete”; pero nada, el miliciano la arma y desarma, apunta a ficticios enemigos, repele sigilosos y fantasmales atacantes. Salen los grupos encargados de reemplazar a los que andan patrullando la ciudad. Los demás escuchan a los instructores. A cada rato, y con cualquier pretexto, algún miliciano ensaya posturas con su metralleta, en medio de la reconvención exasperada de los “responsables”. Uno de estos —argentino y peronista— me muestra el techo: parece un colador, como resultado de la impaciencia de los novicios por manipular el arma. Dirigiéndose a un muchacho que apunta como si acabase de descubrir un avión en el cielorraso le grita: “Tené mano, pibe, ¿te pensás que en cinco minutos lo vas a desbancar a Fidel?”. Una carcajada estruendosa rubrica la salida, que tiene la gracia adicional de estar expresada en el extraño idioma de los “ches”.

Entonces agita:

No se sonrían nuestros atildados militares que van a las reuniones de la Junta Interamericana de Defensa a provocar la intervención continental contra Cuba. Estos obreros que recién aprenden el uso de las armas, estos guajiros, este pueblo movilizado y en revolución es el ejército que derrotará al imperialismo, el que apoyará a otros ejércitos populares en nuestra América traicionada. Porque San Martín y Bolívar pelearon y vencieron con este mismo humilde pueblo: con los negros, con los indios, con los mulatos, con los pobres, con los gauchos de América; hartos, entonces como ahora, de injusticias; decididos, entonces como ahora, a dar la vida —que no es poco dar— para construir una sociedad nueva.

Parece decir lo que aún no se ha dicho: “Hasta la victoria siempre, Patria o Muerte”.

De pronto, llega Fidel, que recorre todos los puntos de reunión y, de acuerdo con su característica, de improviso, a cualquier hora del día o de la noche. Examina todo, lo importante y lo minúsculo, escucha las explicaciones de los “responsables”, contesta preguntas. Les dirige luego la palabra. Se necesitan voluntarios para ir al interior a aprender rápidamente el manejo de armas antitanques y antiaéreas reforzando el personal ya asignado. Se reproduce lo que ha sucedido en cada lugar: todos se ofrecen. Resuelve, entonces, que vayan los menores de treinta años y sin empleo fijo. Cuando Fidel parte, comienzan los comentarios, que con toda seguridad se prolongarán durante horas.

Cooke se pregunta:

¿Cómo es que esta gente, con tendencia a la despreocupación, escéptica después de cincuenta años de corrupción política y administrativa y de sometimiento total a los Estados Unidos, es hoy un pueblo con acerada voluntad, ansioso por combatir y dispuesto a morir si es preciso?

Y se responde:

Es que la Revolución ha sacado a la luz todas las virtudes nacionales, que antes no encontraban cómo expresarse, y ha convertido a la isla en una fortaleza que se alza desafiando al opresor, hasta ayer invencible. La aventura contra Cuba, patrocinada por la histeria del imperialismo, terminará con el aniquilamiento de los que pongan sus pies en estas playas. Con seiscientos mil milicianos y cuarenta mil soldados del Ejército Rebelde, bien armados todos y dirigidos por

un grupo de hombres que cumplieron la hazaña de derrotar a un ejército profesional, el agresor que llegue hasta aquí, aquí quedará.

A la movilización de un pueblo para conquistar el poder, primero, y para defender sus conquistas revolucionarias, después, es bueno que le consagremos algo más que tributos admirativos o retóricas bienintencionadas. Más vale que la estudiemos como un proceso que encierra muchas claves para la emancipación de nuestros países.

“Más vale que la estudiemos como un proceso que encierra muchas claves para la emancipación de nuestros países.” Dice, y es enteramente cierto. Aquí su análisis, observa Cuba, piensa en la Argentina:

El triunfo de Fidel Castro es el resultado de haber visto claro, desde el primer momento, el camino a seguir. Eso determinó no solo la toma del gobierno, sino la política revolucionaria desarrollada después. De no liquidar las estructuras del institucionalismo liberal-burgués, la gran popularidad del héroe de la Sierra Maestra no le hubiese servido de nada: o tenía que someterse al imperialismo, o éste lo liquidaba. Los engranajes parlamentarios y judiciales, la prensa comercial, los resortes culturales oligárquicos, todo se hubiese conjurado; y siempre quedaban las fuerzas armadas, por si se tornaba inmanejable. Al eliminar todo eso, comenzando por disolver el ejército profesional y sustituirlo por las milicias obreras y campesinas, pudo promulgar la legislación revolucionaria —reforma agraria y urbana, nacionalización de empresas, expropiación de monopolios— y cumplir con su programa de liberación. Todo lo cual fue posible, insisto, porque desde el primer momento planteó correctamente las formas de lucha.

Cuando todos los partidos políticos de Cuba, inclusive el Ortodoxo en cuyas filas militaba, mendigaban de Batista algunos resquicios de legalidad y se proponían como objetivo la vuelta al constitucionalismo que en nada tocaría los intereses del privilegio, Fidel comprendió que toda acción de masas debía

basarse en el abandono de los métodos del pasado y en el desprecio del electoralismo.

[...] El abandono de la política “tradicional”, el programa revolucionario y la integración de un frente de liberación en forma dinámica, por la acción insurreccional, son las claves iniciales. Desde entonces, los estudiantes y los grupos progresistas que militaban en los partidos se concentraron detrás de la nueva fuerza en gestación, mientras el campesinado se fue incorporando al Ejército Rebelde y selló su alianza con los obreros. Esto no comenzó con solemnes acuerdos, ni con crecido número de activistas, ni con coordinaciones minuciosas o ingentes recursos. Comenzó con los que elegían una política revolucionaria enfrentando a la dictadura y a los politiqueros. El pueblo se fue uniendo a los rebeldes porque no retrocedían ante las dificultades y ofrecían un camino difícil y duro, pero a cuyo término habría soluciones de fondo para el drama del país y de sus clases desposeídas. Esa integración con las masas no solamente culminó en el triunfo, sino que influyó en Fidel, el Che, Raúl [Castro], Almeida363, etc., enseñándoles por experiencia directa y contacto con la gente humilde cuáles eran los problemas fundamentales, aclarándoles cuestiones confusas o insuficientemente planteadas y fortaleciendo en ellos ese espíritu que les hace llevar hasta las últimas consecuencias las iniciativas revolucionarias.

Cualquier tentativa de realizar una lucha de liberación nacional dentro de los carriles de la seudo legalidad liberal-burguesa es un contrasentido. Como lo es creer que las fuerzas revolucionarias pueden alinearse en forma estática, sin salir del terreno teórico. O, lo que ya sería un disparate, hacer alianzas electorales y mangonear votitos para pegar algunos gritos en el parlamento, gritos que nadie escuchará, y que, en todo caso, nada remediarán. (El destacado es de D. S.)

Cooke ahora entiende que la lucha de liberación nacional no puede darse dentro de la legalidad burguesa, porque la gran burguesía no está dispuesta a suicidarse.

Frente de Liberación Nacional es sinónimo de unión e incorporación progresiva

de distintos sectores a una lucha por la recuperación integral, es decir, que incluye la soberanía del país y la revolución social como partes indivisibles de un proceso indivisible. La conciencia de las masas argentinas, su larga lucha, facilitan la constitución de un frente, donde han de deponerse los sectarismos y las vanidades particularistas. Ni oportunismo como el que practican los cazadores de votos proscriptos, ni grupos dirigentes moviéndose en el Olimpo de la pura teoría y las revoluciones ideales. Acción en común, compenetración de masas y dirigentes, en una acción que busca transformaciones fundamentales del régimen económico social. Creo que en Argentina estamos haciendo apreciables progresos en ese sentido. Los milicianos de Cuba —cuyos cantos trae la noche mientras escribo— me confirman que vamos por buen rumbo. (El destacado es de D. S.)

---

363 Juan Almeida Bosque (La Habana, 1927-2009), vicepresidente del Consejo de Esta-do, intervino en el asalto al cuartel Moncada y fue comandante de un frente guerrillero en la Sierra Maestra.

La Revolución y su ética

Para completar una visión acabada de las ideas de Cooke en esta quinta etapa de su vida, leamos partes de un notable artículo publicado en La Habana, en el número 76 de Lunes de la revolución364, del 12 de septiembre de 1960. Se Llama “La Revolución y su ética”.

Frente a la revolución, los reaccionarios se enredan y caen en la incoherencia, porque la característica de la revolución es, precisamente, que desconoce los valores que se toman como referencia para juzgarla. Donde el liberal ve un mundo de armonías, el revolucionario ve un caos de desigualdades; donde el liberal ve una sociedad que debe preservarse, el revolucionario se propone repararlas destruyendo el sistema que las origina. En una palabra: donde Mr. Wilson[365] ve al Hombre (una abstracción extrañamente parecida a Mr. Wilson), el Che Guevara ve guajiros sin tierra, niños escrofulosos y proletarios subalimentados. La democracia capitalista alega ser un orden natural. El revolucionario la considera un orden histórico, y, como tal, modificable por el esfuerzo de la voluntad humana.

La ideología liberal burguesa no es, por lo tanto, una inmanencia conocida por revelación, ni el resultado último del proceso racional: es tan contingente —condicionada por la historia y la geografía— como el mundo cultural del que nació, y debe ser superada como prerrequisito para la eficiencia revolucionaria. Mediante este doble reconocimiento, estamos fuera de las trampas de la resignación, de la conformidad o del pesimismo. El mundo se nos ofrece como inacabado, y nuestra tarea irá abriendo, con cada conquista, nuevas posibilidades de acción. Aunque las hipótesis futuras de ese desafío son impredecibles, no lo es el fundamento moral que permite avanzar por los caminos de la emancipación humana.

Luego habla de las dos éticas.

Desde las más primitivas agrupaciones (familia, tribu), los sentimientos humanos se agitan en una antítesis: amistad interna, hacia los integrantes de la comunidad, y hostilidad externa, hacia aquel que no pertenece a ella. La civilización ha conseguido dar forma racional a la convivencia —al menos durante parte del tiempo— sin que el hombre moderno haya dejado de seguir dividiendo la humanidad en dos grupos, que Bertrand Russell [366]delimita así: amigos, hacia quienes tenemos una ética de cooperación, y enemigos, hacia quienes seguimos una ética de competencia.

En el seno de una nación capitalista, no solamente coexisten esas dos éticas, sino que constituyen su fundamento organizativo. El sistema económico social —basado en la libre empresa, la iniciativa privada y la supervivencia del más apto — enfrenta a los individuos y a las clases en una "ética de la competencia", donde prácticamente queda abolida la regla moral. Sobre esa realidad se erige un sistema institucional cuyo soporte teórico es la igualdad de los ciudadanos, unidos por una "ética de la cooperación". La ideología se encarga de conciliar esta contradicción entre dos morales antitéticas, encubriendo las diferencias económicas con el dogma del pacto liberal.

Sobre la brutal ética de la competencia se erige —dice John— un sistema institucional que teoriza sobre la igualdad de los ciudadanos contra toda evidencia empírica. Y la mayor mentira es el acto eleccionario donde todos tienen un voto, solo un voto, pero otros deciden las opciones del voto.

Sobre las capas medias y el proceso revolucionario apunta:

Así como la movilización comprende a todo el pueblo, siempre habrá pequeños grupos que no depondrán su hostilidad. Pertenecen al sector de profesionales

liberales, magistrados, profesores. En ellos entran en colisión las dos éticas. Aunque no hayan sido perjudicados en sus intereses económicos, la transformación revolucionaria los afecta porque pierden “poder social”, es decir, la gravitación e influencia de que es tan celosa una parte de la clase media, que no es capaz de superar su condicionamiento clasista.

El doctor Sixto Sosa es enemigo de la revolución y sus razones tiene, con los cambios producidos ya no es el doctor Sosa sino el compañero Sosa. Y no es que “compañero” le moleste porque su significado es el que comparte el pan, sino porque compañero es Rodríguez, es Fernández y es López. De manera que, aunque no se vea perjudicado económicamente, siente que le han robado algo importante. Su doctorado conserva su valor específico —cuando actúa como tal en su trabajo— pero ya no tiene el mismo valor simbólico y esas seis letras ya no despiertan admiración. De manera que cualquier morocho lo mira a los ojos —porque ahora ellos lo miran a los ojos— y le dice que no, que no se confunda, compañero Sosa, que la revolución no se hizo contra él sino contra... Antes estaba mejor. No tiene dudas de eso. No siempre llegaba a fin de mes, nunca le sobraba nada y a menudo le faltaba, pero era el Doctor Sosa. Ni Sixto Sosa, ni compañero Sosa: Doctor Sosa.

No fui a Cuba y los Sosa que conocí no tenían doctorado alguno, pero seguro hubo más de un doctor Sosa en Cuba, aunque tuviera otro apellido. En todos lados, y los argentinos lo sabemos muy bien, hay multitud de personas dispuestas a tirarse un tiro en el pie, a soportar injusticias económicas y sufrir la angustia que genera un sistema capitalista que los puede dejar sin trabajo, o sin jubilación cuando ya no puedan trabajar, con tal de que se reconozcan sus pertenencias simbólicas.

La revolución comienza por destruir algunos valores en que se cifraba la preeminencia de esos círculos: el desaliño revolucionario, el desprecio por las exterioridades los perjudica, porque ellos quieren distinguirse y marcar una diferencia con el resto de los cubanos. Han perdido, así, una singularización, y el burgués apegado a sus particularismos no perdona la ofensa.

Como nuestro imaginario pero real doctor Sosa.

A eso se agrega que su mayor nivel cultural con respecto a las masas le crea la ilusión de que no pertenecen al mundo del guajiro, del sudor y del sacrificio, sino al más fascinante de la cultura occidental, cuyos mitos difunde con sincera convicción. Mentalmente colonizados, desempeñan en nuestros países el papel de un ejército intelectual de ocupación.

Cooke plantea un ejército de cipayos entre los intelectuales de la pequeña burguesía. Cada sistema político tiene su maquinaria de propaganda y, como final reaseguro, su maquinaria de violencia:

El objetivo principal de estos engranajes propagandísticos [en el régimen liberal burgués] es buscar que las desigualdades sociales no emerjan al terreno político; es decir que la masa acepte que son libres y tienen la suerte de pertenecer a una organización social donde resplandecen los valores del espíritu. En los grandes centros imperiales el nivel de vida que se alcanza —en parte gracias a la explotación colonial— torna el engaño bastante fácil. Sobre todo, porque además se explica que existe “igualdad de oportunidades para todos”: esta afirmación de que en cada uno hay un Rockefeller potencial los deja satisfechos a todos, porque la “ética de la competencia” sólo concibe éxitos individuales; y Mr. Rockefeller, el real, no será molestado con rebeliones impertinentes.

A diferencia del sistema esclavista y del feudal, en el capitalismo “el sueño americano” —solo como sueño— está al alcance de todos.

En los países semicoloniales la cosa es más difícil. Cada vez más difícil. Pero el aparato de represión compensa las insuficiencias del de propaganda. Éste se

encarga de demostrar que el imperialismo es un invento de Fidel Castro, y la lucha de clases es un invento comunista. De que entre la miseria nativa y el sistema institucional no hay relación de causalidad: la miseria pertenece al sórdido mundo de lo material, mientras esas lindas constituciones están en el dominio puro de los valores. Postular que para que desaparezca el infraconsumo hay que cambiar las instituciones es incurrir en “grosero materialismo” (ese que tanto hiere la virginal sensibilidad de los presidentes y generales) y agraviar a Washington, a Madison y a Jefferson.

Tanto en el centro imperialista como en la colonia, la misión de la propaganda es fomentar la pasividad. Es propaganda para que el pueblo “no haga”.

La propaganda de la Revolución busca todo lo contrario: es incitación a hacer y explicación de lo que hay que hacer y cómo hacerlo. Lo que se quiere, no es dominar la conciencia de los oprimidos, sino llevarlos a liquidar las causas de la opresión.

La explotación no resulta de un fatalismo de la Naturaleza: es un producto de los hombres contra los hombres. La Historia no está hecha por anticipado, sino que se realiza en la contingencia y el riesgo. No es un desarrollo externo al hombre, sino un resultado de la actividad humana.

Esta confianza puesta en el hombre de carne y hueso y no en el limbo de las ideas descarnadas, marca la tónica de la propaganda revolucionaria: en lugar de adormecer a las masas, de arrancarles el consentimiento por la astucia o la fuerza, se las acicatea convenciéndolas de que cada uno responsable por sí y por todos. (El destacado es de D. S.)

Ahora le toca el turno a la violencia y su relación con la ética.

La violencia no es una anomalía de la convivencia, como se empeña en hacernos creer el liberalismo. La Historia desconoce la no-violencia: conoce diversos tipos de violencia. La ideología de la democracia capitalista afirma que el mundo ha encontrado, por fin, el sistema ideal —o, por lo menos el mejor posible— y que la paz entre los hombres es una cuestión de buena voluntad kantiana. Pero su legalidad, como todas, parte de un poder de hecho, y cuando reprueba la violencia revolucionaria es para consolidar la violencia establecida.

El estado liberal admite la discusión dentro del círculo de hierro de sus propios dogmas: los que están de acuerdo en excluir la hipótesis revolucionaria o mantengan sus discrepancias en el terreno teórico, no deben temer nada. Para los que pasen esos límites hay comisiones investigadoras, acusaciones de totalitarismo, etc. Porque, aunque el liberalismo incorpora el concepto racionalista de la relativización de los juicios de valor, extiende sus ideas como absolutos, más allá de la crítica.

En el hecho de que un hombre tenga 1.000 caballerías y otro no tenga para vivir, el liberal no ve una situación que encierre violencia, sino un producto de la diferencia de aptitudes o de la fatalidad. El prestamista usurario está dispuesto a amar a quienes le abonen religiosamente el diez por ciento mensual; el dueño de la fábrica a sus obreros, con cuyo trabajo se enriquece; el parásito militar al pueblo que paga sus sueldos y sus juguetes mortíferos. Pero si los explotados reaccionan contra la opresión, recién entonces los explotadores creen que ha aparecido la violencia. Entonces su propia violencia, petrificada en sus instituciones de clase se torna activa y reprime la agresión utilizando al ejército y a la policía, brazo armado de las estructuras del privilegio.

La revolución ha llegado por el único medio posible —la violencia— y necesita de ella para defenderse del ataque combinado del imperialismo y la oligarquía. Pero no necesita de un brazo armado para ejercer coerción contra la mayoría, sino un pueblo armado, para que no se frustre la acción emancipadora. Cuando Fidel desafía a los gobernantes latinoamericanos a que repartan fusiles, está

marcando una diferencia entre el poder ejercido por gerentes y otro que está seguro de la decisión popular.

Ya sea que el reclutamiento se haga mediante el servicio militar obligatorio o la confrontación de mercenarios, el ejército profesional tiene una oficialidad unidad por razones de casta y una tropa sometida a disciplina ciega y mecánica.

[…] Mr. Wilson dista de ser un desalmado. No solamente siente compasión por los millones de seres que carecen de pan y techo, sino que contribuye —me atrevo a afirmarlo— para obras de caridad destinadas a aliviar esas situaciones afligentes. Lo que jamás admitirá es que en ellas tenga responsabilidad el sistema social del que es pilar la General Motors.[367] Y no vaya a creerse que por razonamiento de tipo económico; los filósofos le han demostrado que allí hay un problema moral: el de la libertad del Hombre. Si alguien adelanta un último argumento de que esa moral es tan producto de las relaciones capitalistas como puede serlo en un Chevrolet, Mr. Wilson llamará enseguida al FBI: solamente un “materialista”, un agente de la tiranía cubana puede entreverar las cosas del espíritu con los artículos de la manufactura.

• • •

El 7 de febrero de 1962, Kennedy firma la orden de bloqueo económico, comercial y financiero contra Cuba, a la vez que impone su aislamiento político.

El 14 de octubre, aviones espías U-2 toman fotografías de la construcción de instalaciones para misiles de largo alcance en la isla. Estados Unidos se encuentra ante una amenaza imposible, jamás imaginada. Kennedy ordena un bloqueo naval, la Armada estadounidense inspeccionará todos los barcos que lleguen a Cuba e inicia conversaciones con Moscú para que retiren todo material bélico. Una semana después, llega a un acuerdo con el primer ministro soviético:

Jrushchov eliminará los misiles y los Estados Unidos emitirán una declaración pública asegurando que nunca invadirán Cuba.

---

364 Lunes de Revolución fue un suplemento literario semanal del periódico cubano Revo-lución, cuyo primer número salió el 23 de marzo de 1959 y el último, el 6 de noviembre de 1961.

365 Charles Wilson (1890-1961), secretario de Defensa de Estados Unidos entre 1953 y 1957.

366 Bertrand Arthur William Russell (Trellech, Monmouthshire 1872-Penrhyndeudraeth, Gwy-nedd 1970) fue matemático, filósofo, lógico y escritor británico ganador del Premio Nobel de Literatura. De familia aristocrática, a principios del siglo XX, encabezó la "revuelta contra el idealismo". Conocido por su influencia en la filosofía analítica, fue coautor de su obra Principia Mathematica. Apoyó la idea de una filosofía científica y propuso aplicar el análisis lógico a problemas tradicionales, como el problema mente-cuerpo o la existencia del mundo físico. Su trabajo ha tenido una influencia considerable en las matemáticas, lógica, teoría de conjuntos, inteligencia artificial, ciencia cognitiva, informática, filosofía del lenguaje, epistemología, metafísica, ética y política.

Russell fue un destacado activista social. Pacifista estuvo contra la guerra y defen-dió el antiimperialismo. Russell se consideró a sí mismo liberal y socialista. Fue a prisión por su pacifismo durante la Primera Guerra Mundial. Más tarde, llegó a la conclusión de que la Segunda Guerra Mundial fue un mal menor necesario, también criticó el régimen estalinista, condenó la participación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam y fue un abierto defensor del desarme nuclear. En 1950, Russell recibió el Premio Nobel de Literatu-ra

367 Wilson había declarado: “Lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos”.

Los comunistas somos nosotros

Después de la carta del 30 de agosto del 60, el general recibe en Madrid una carta de John fechada el 11 septiembre. En 1961 una misiva del 24 de julio. El general no contesta. Durante 1962 llegan a sus manos cuatro cartas fechadas el 3 de marzo, el 15 de junio, el 30 de septiembre y el 18 de octubre (estas dos últimas escritas y enviadas desde París). El general permanece en silencio.

John insiste con sus críticas a la dirección del partido, ahora llamado Justicialista. La táctica electoral del 61 produce los molestos regresos de Leloir, Albrieu y Bramuglia. Cooke considera que es una maniobra equivocada; teme —le dice al general— que esa “unidad” tenga otro motivo que el de sumar voluntades ante las próximas elecciones.

Es bien ilustrativo el hecho de que han sido llamados —y han accedido a venir— no para reponer al Movimiento de la debilidad que su alejamiento le causaba, sino porque se ha adoptado la posición que coincide con la de ellos, vale decir, la lucha electoral en cuanto sea posible.[368]

John asume que no se incorporan a una táctica, sino que imponen su estrategia conciliatoria. Porque la electoral, acusa, es la única forma de lucha que conciben. Harán —prevé— vibrantes declaraciones y llorarán por la masa trabajadora pero la reacción sabe que de ellos no debe temer ningún peligro.

[...] Si me he detenido en ellos ha sido porque la “unidad” indica un rudimentario criterio para medir el vigor del Movimiento, como si este dependiese de la suma aritmética de elementos dispares. No es así en ningún caso, pero mucho menos cuando el acceso al poder no depende del caudal

numérico que se junte para una elección. La posibilidad de triunfo está dada por una táctica y una estrategia que pueda hacer jugar activamente la masa peronista. Juntar y juntar cuando no hay un libre juego que permita llegar al gobierno electoralmente sirve de muy poco; en última síntesis, es contraproducente, porque al ampliar demasiado el frente sacrificamos su contenido ideológico y, de esta manera, el espíritu de combate. (El destacado es de D. S.)

“La posibilidad de triunfo está dada por una táctica y una estrategia que pueda hacer jugar activamente la masa peronista.” Esta frase encierra una de las características más notables de Cooke. Para él, cuando se integra un frente popular, el poder está dado por la movilización de masas. Quien aspire a dirigirlo debe saber que la energía que genera es extraordinaria, que la masa, puesta en movimiento, se transforma en una fiera y pone a prueba a la dirigencia. La masa en movimiento es menos dúctil que cuando está en reposo.

“Juntar y juntar cuando no hay un libre juego que permita llegar al gobierno electoralmente sirve de muy poco”, le dice Cooke a Perón el 24 de julio de 1961. Y, en efecto, meses después, el 18 de marzo del 62 habrá elecciones en las que el peronismo triunfará ampliamente con sus listas cargadas de dirigentes sindicales. Los resultados —como vaticina Cooke— son desconocidos. Los militares desalojarán el 29 de marzo a Frondizi y asumirá las funciones de los poderes Ejecutivo y Legislativo el senador por Río Negro José María Guido.[369]

[…] Y ya no es sólo el enemigo quien trata de confundirnos, sino que el barullo es también interno, porque tan peronista resulta siendo el señor Bramuglia como el que intransigentemente se ha negado a hacer concesiones, el que cree que “Dios, Patria y Hogar”[370] es lema peronista como el que sabe que esta democracia liberal-burguesa, aun cuando funcionase, es un régimen caduco.

¿Y para qué la confusión? Cooke contesta:

Pronto los nacionalistas-católicos y los politiqueros conciliadores se unirán a la reacción para denunciar como extremistas, o comunistas o trotskistas o lo que sea, a los que hablen seriamente de “revolución social”. Lo hacen, pero a media voz, en escala modesta. Ya serán vociferantes si es menester.

[…] Es allí, en esas posiciones ideológicas absurdas y reaccionarias, donde está el mal y donde radica nuestra debilidad. Porque mientras ellas subsistan, de nada servirá la “unidad”. (El destacado es de D. S.)[371]

Para John la debilidad del peronismo proviene de su sector derechista y reaccionario, que lucra con la indefinición ideológica del movimiento. La unidad que los integra solamente puede servir a la derecha.

Por otro lado, los que se unen pueden tener diferentes intereses, pero por lo menos deben coincidir en el objetivo principal. John niega que los “burócratas” adhieran a las tres banderas peronistas: la justicia social, la independencia económica y la soberanía política

Entonces hace la pregunta del millón: si no son esas banderas, ¿cuál es el punto de coincidencia entre los peronistas?

Uno solo: Perón. Como allí está el elemento común de aglutinación, no es de extrañar que hasta los que precisamente discrepan con él simulen, sin embargo, participar de la devoción general. Y cuando más imprecisa, más indefinida, más ambigua sea la caracterización del Peronismo, más podrán cobijarse bajo su bandera y utilizar su nombre para cometer las más repugnantes estafas a la buena fe común. Es cómodo, y beneficioso, proclamarse peronista cuando eso no importa definición ninguna sino ahorrarse el trabajo y el riesgo de pronunciarse. E incluso cuando no obliga a guardar ninguna línea de conducta y es posible ceñirse a la moral de las propias conveniencias. (El destacado es de D. S.)

Esto le escribe Cooke a Perón, cuyo eclecticismo alentó y alienta a unos y otros. El “Padre Eterno”. Tal eclecticismo no es solamente una característica del individuo Juan Perón —lo que finalmente resultaría poco relevante—, es también la necesidad política del jefe de un movimiento heterogéneo. Movimiento que no se propone el reemplazo del capitalismo ni la superación de la dependencia, pero que obtiene su fuerza no de otro lado que de su base proletaria.

Puede decirse que la clase obrera argentina, esa masa que cantó con entusiasmo los versos de Los muchachos peronistas, no se movilizó por banderas anticapitalistas:

Por ese gran argentino

que se supo conquistar

a la gran masa del pueblo

combatiendo al capital

Puede decirse que esos versos no fueron dichos ni oídos en un sentido marxista, sino dentro del contexto de la Comunidad Organizada.

Es cierto.

Pero también es cierto que Perón fue “ese gran argentino” por combatir al capital.

La clase obrera hacia esos primeros años sesenta sigue siendo peronista por salarios dignos, por el aguinaldo, la jubilación, el Estatuto del Peón de Campo. Por la dignidad. En definitiva, por la más grande redistribución de la riqueza que se ha conocido en estas tierras. Es decir, por los límites que el peronismo en el gobierno puso al capital.

Escuchemos a Hugo del Carril:

¡Perón, Perón,

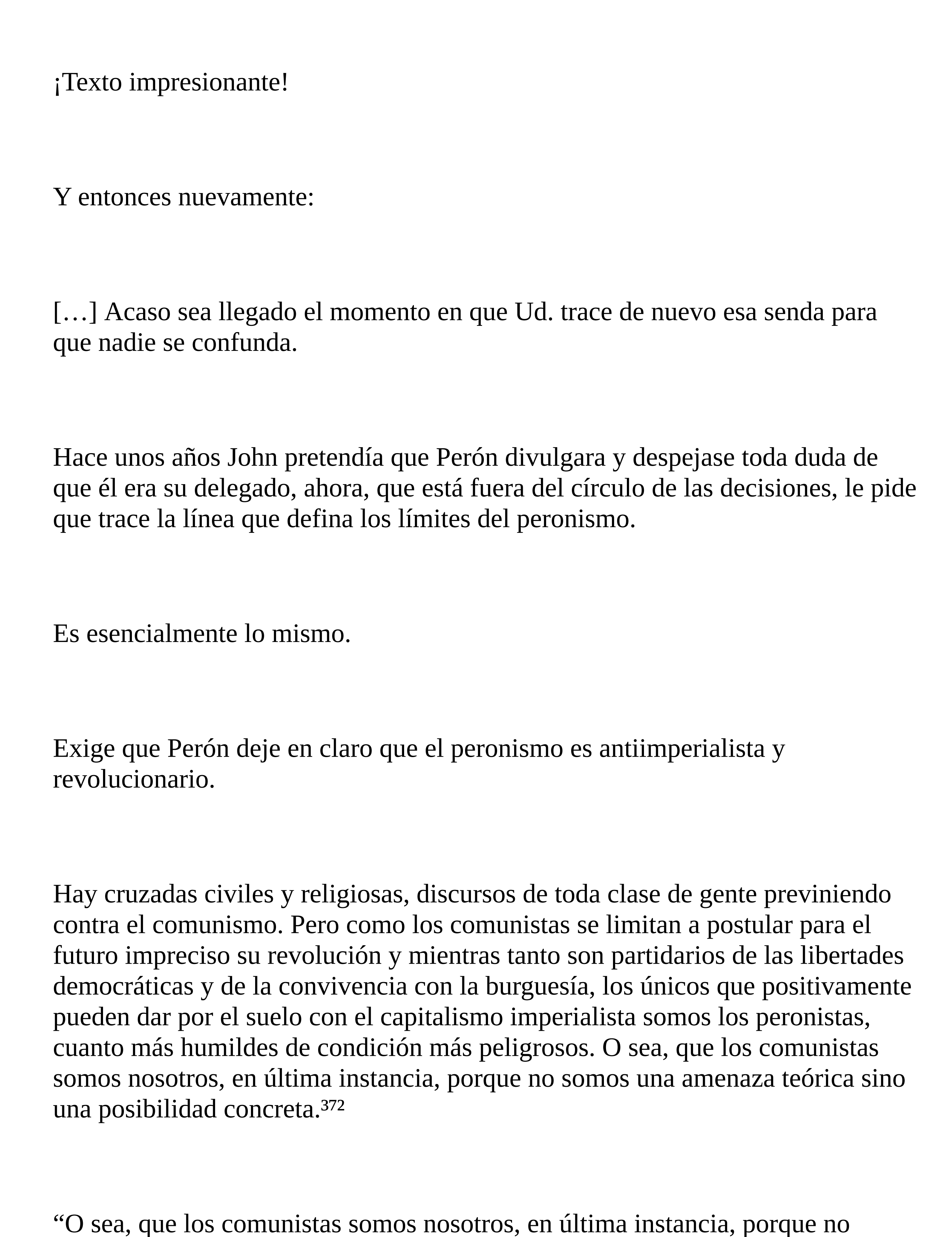
gran conductor,

sos el primer trabajador!

El mayor himno del peronismo hizo del militar un trabajador, lo que no es extraño ya que al peronismo no lo fundó Perón sino la plebe obrera un afiebrado día de octubre.

El proletariado supo reconocer la contradicción principal que dividía la sociedad argentina, enfocó con claridad a su enemigo, el imperialismo y sus socios vernáculos, y se movilizó por consignas antiimperialistas. Que esta contradicción no haya sido observada por la izquierda, aliadófila y antiperonista, es parte sustancial del drama argentino.

Se está sustituyendo al Peronismo tal cual es y tal cual está como vigencia, por otra cosa que no tiene más que el fetichismo del líder; estamos cambiando a Perón como significado, definición y fuerza concreta, por Perón simple conjuro emotivo, simple valor sentimental. Es decir, lo estamos debilitando.



¡Texto impresionante!

Y entonces nuevamente:

[…] Acaso sea llegado el momento en que Ud. trace de nuevo esa senda para que nadie se confunda.

Hace unos años John pretendía que Perón divulgara y despejase toda duda de que él era su delegado, ahora, que está fuera del círculo de las decisiones, le pide que trace la línea que defina los límites del peronismo.

Es esencialmente lo mismo.

Exige que Perón deje en claro que el peronismo es antiimperialista y revolucionario.

Hay cruzadas civiles y religiosas, discursos de toda clase de gente previniendo contra el comunismo. Pero como los comunistas se limitan a postular para el futuro impreciso su revolución y mientras tanto son partidarios de las libertades democráticas y de la convivencia con la burguesía, los únicos que positivamente pueden dar por el suelo con el capitalismo imperialista somos los peronistas, cuanto más humildes de condición más peligrosos. O sea, que los comunistas somos nosotros, en última instancia, porque no somos una amenaza teórica sino una posibilidad concreta.[372]

"O sea, que los comunistas somos nosotros, en última instancia, porque no

somos una amenaza teórica sino una posibilidad concreta.”

Si Ud. no ha hecho un pacto con el Diablo y, como me temo, sigue siendo mortal, cuando Ud. desaparezca también desaparecerá el movimiento peronista, porque no se ha dado ni la estructura ni la ideología capaz de permitirle cumplir tareas en la nueva era que ya estamos viviendo.[373]

---

368 Carta fechada el 24 de julio de 1961.

369 Escribirá Cooke en 1966 en Peronismo y Revolución: “Uno de los casos de política surrealista fue, por ejemplo, el de marzo de 1962, en que las FF.AA. imponen a Frondizi la anulación de los comicios y luego utilizan esa anulación como causal para destituirlo. Un admirable caso de justicia poética. Otro, de esa misma secuencia, es la entronización de Guido como presidente de la República justificada por presentarse el supuesto que con-templa la Constitución y la ley de acefalía de que el titular se halla inhabilitado para ejer-cer el cargo... Y resulta que esa ‘inhabilitación’ consiste en que Frondizi está preso de los mismos que entraron a gobernar poniendo a Guido como pelele ‘institucionalizado’; y Gui-do, como titular de la primera magistratura, pasó a tenerlo ‘inhabilitado’ en Martín García mientras ocupaba la vacancia forzosa” (John William Cooke, Obras completas, tomo V, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2001).

370 En 1936, con el lema “Dios, Patria y Hogar”, el gobernador Fresco —de claras simpatías fascistas— encaró un plan de edificaciones en la provincia de Buenos Aires, para “dignificar el perfil oficial y paisajista de la región”.

371 Carta fechada el 24 de julio de 1961.

372 Carta fechada el 24 de julio de 1961.

373 Carta fechada el 3 de marzo de 1962.

El frente del 45

Cooke se pregunta si en 1961 es posible recomponer el frente del 45[374]:

Se ha contagiado a una capa de dirigentes algo así como la idea de que el camino del éxito está dado por una reconstrucción del frente del 45: el pueblo, la Iglesia, el Ejército. Entonces se han dado al empeño de presentar al Peronismo como la barrera contra el comunismo y viven haciendo la apología de nuestra esencia cristiana, occidental y anticomunista. Da la coincidencia que esto permite —mejor dicho, obliga— a ser respetuosos y bien educados, para no alarmar a nuestros “aliados”.

¿Es sorprendente que estas palabras puedan aplicarse para la actualidad?

Nosotros pasamos a ser, entonces, los cruzados del orden vigente, aunque, claro está, pondremos coto a los “abusos” del capitalismo.

[…] La esencia de ese “pensamiento” es la siguiente: el frente del 45 nos llevó al triunfo; si ahora lo reconstruimos, entonces están en conjunción los tres “factores” de poder y podemos considerarnos gobierno. Hasta que esto sea una realidad total, cada paso que damos vamos ganando terreno. Y el “rana” está convencido de que ha descubierto el movimiento continuo. Ve que hay muchos que muerden, porque ¿puede haber algo más peronista que lo que se hizo en el 45?

[...] En esa coyuntura [la del 45], por diversas causas el Ejército y gran parte del clero nos apoyó; aquél porque, aun cuando incapaz de comprender los cambios

sociales que luego ocurrieron, era nacionalista; los curas, porque del otro lado estaban los enemigos tradicionales: masones, librepensadores, socialistas, anticlericales, etc. Tuvimos que sufrir el lastre de los piantavotos del nacionalismo de sacristía, y algo se compensó con el apoyo de los curas. Pero cuando el asunto de la justicia social tomó aspectos concretos, y en lugar del habitual palabrerío paternalista y de las inocuas encíclicas hubo una redistribución de riqueza y, muy importante, una redistribución de "poder social", perdimos los aliados eventuales y postizos y nos quedamos con lo medular: el pueblo desposeído. Esos aliados formaron en el frente adversario, junto a los mismos que antes habían combatido.

[...] ¿Qué significa eso de llorar por ese frente del 45, creyendo que se destrozó por "malentendidos", maniobras de los masones o influencias de los marxistas? Significa no haber entendido lo que ha pasado en nuestro país y confundir lo eventual, que eran los componentes del frente, con lo esencial, que eran los objetivos. Para reconstruir el "frente del 45", debemos renunciar a lo que nos caracteriza y nos da razón de ser: el antiimperialismo y la revolución social. Porque esos aliados de otrora están ahora embanderados con el imperialismo en la guerra santa contra el comunismo y seremos aliados si nos enrolamos en sus filas. Además, seremos unos aliados sospechosos, aceptados por lo que aportamos, pero mantenidos a considerable distancia del poder, del cual se nos dará algún mendrugo.

[...] La esencia del Peronismo es el planteo de la lucha antiimperialista y de las reivindicaciones del proletariado como problemas básicos.

John contesta con soberbia contundencia, pero debemos admitir que, además del de Cooke, hay otros peronismos.

Es cierto que los aliados de ayer, los milicos y el clero, nunca dejaron de ser tributarios de las clases dominantes; lo que cambió fue el alineamiento de esas clases dominantes. El capital concentrado nacional buscaba un acercamiento con

la nueva potencia económica cuando lo sorprende el 17 de Octubre, “el subsuelo sublevado” le hizo aceptar a regañadientes a la clase obrera como socia en el gobierno peronista y esperaron (y trabajaron) para mejores tiempos. El capital no concentrado, la burguesía nacional, aprovechó el dólar barato para importar bienes de capital y ganó con el impulso del mercado interno, pero a partir del 53 prefirió otros socios no proletarios y en el 55 eligió el bando del imperio.

---

374 Carta fechada el 24 de julio de 1961.

Un problema de ritmo

Otro tema que se repite en las cartas del 61 y el 62 es la relación entre el peronismo y la Revolución Cubana:

No hubo un solo activista del antiperonismo que no se alinease contra Cuba; no hubo ningún líder o movimiento de pueblo que no repudiase la agresión. Janio Quadros[375] y Velazco Ibarra[376] tomaron de la noche a la mañana jerarquía de líderes continentales y los gobernantes de México se tuvieron que olvidar de sus recientes desviaciones y ponerse del lado de Cuba.

Pero el más grande movimiento de masa del continente, el que había conocido en carne propia los zarpazos del monstruo y había resistido sin ser comprendido, sin solidaridad alguna, sin apoyo de bloque mundial alguno, el Peronismo, víctima del imperio, con muertos y torturados por los servidores de los poderes financieros, hizo el juego a sus enemigos y apareció, cobardemente, lavándose las manos. Esto tiene un solo calificativo.

Y, sin embargo, no he de ser yo quien emplee con ligereza la palabra traición, aunque quien nos juzgue fríamente tendrá razón en hacerlo, frente a los hechos objetivos.[377]

Una digresión: le está hablando a Perón. En el ancho mapa del peronismo nadie que pretendiese estar dentro del peronismo le habla así a Perón. Nadie desliza que el movimiento del cual es líder “hizo el juego a sus enemigos y apareció, cobardemente, lavándose las manos”. Nadie aclara que no usará la palabra traición, pero quien los juzgue tendrá razón en hacerlo.

Si Cuba no pasó el examen de Democracia de que son jueces los yanquis, ¿creen acaso que lo pasará el Peronismo? ¿Creen que porque expliquen que son anticomunistas el imperialismo dejará surgir en paz a un movimiento de liberación nacional?

Hay un ardid literario. El sujeto corresponde a la tercera persona del plural, los que creen son “ellos”. Son otros. No soy yo. No es usted, general. Son ellos, los burócratas. Pero Cooke, Perón y nosotros sabemos que ese “ellos” no puede existir sin la aprobación o, aunque fuera, el silencio del líder.

¿A qué viene este razonamiento? Por supuesto que no a propugnar que nos hagamos comunistas. Pero sí a llamarle la atención sobre las nuevas formas que va tomando la división del mundo, que de hecho hace coincidir la suerte de los dominados con la del mundo socialista. Aquí vienen los revolucionarios de todas partes del mundo: Cuba es paso obligado de centenares de hombres de todos los continentes que vienen a conocer, ya sea como revolucionarios ya triunfantes, ya como integrantes de pueblos en lucha, ya como miembros de partidos o movimientos que buscan lanzarse a la lucha. Especialmente he hablado con gente de todos los países latinoamericanos. Algunos son comunistas, pero muchísimos no. Lo que sí: son todos gente que está en el mundo del futuro, que, si no triunfó ya, lo haría más tarde o más temprano. (El destacado es de D. S.)

Y usted, general, ¿quiere ser parte del pasado, un descartado de la historia; o parte del futuro, un líder revolucionario? —parece que le pregunta Cooke.

En resumen. Mantenernos al margen del movimiento mundial, con todas las posibilidades que eso encierra, es desaprovechar una oportunidad histórica. (El destacado es de D. S.)

El 30 de septiembre del 62 John está en París, quizá con el propósito de ver a Perón. De cualquier manera, la reunión no se realiza, y le escribe una carta:

En las grandes líneas que Ud. va trazando, cualquiera que tenga un mínimo de claridad se da cuenta que hay una búsqueda permanente de formas operativas que culminen en la revolución (además, Ud. lo expone sin ninguna reticencia en sus escritos y mensajes). Pero la dirección ignora la gran política y se aferra a las pequeñas políticas. LA TÉCNICA [debería decir "táctica"] SE DEVORA A LA ESTRATEGIA. Si Ud. dice que aprovechen el diálogo con algunos prelados, la burocracia se ve en el poder llevada de la mano por las púrpuras[378] y las espadas. Si Ud. en determinado momento autoriza la vía electoral, es un torneo para ver quien declara más terminantemente que somos mansitos como ovejas y nos constituiremos en preservativos de los "factores de poder"; esa falta de dignidad nos debilita como fuerza revolucionaria, aparte de que enseguida dan un paso al frente los ejemplares más repugnantes de la reacción que tenemos infiltrados en el Movimiento y estudian las mil maneras de castrarnos.

Inclusive admito que, para no desperdiciar ninguna oportunidad, tengamos un ala derecha que intente convencer a la Iglesia, los militares, las fuerzas vivas y el imperialismo de que somos un peligro menor que el comunismo (aunque, ya que estoy opinando con toda franqueza no creo que salga de ello nada positivo y en cambio sufrimos todos los perjuicios). Pero, ¿por qué ese ala reformista, burguesa en el peor sentido de la palabra e incapaz, ha de ejercer el predominio de las direcciones? (no sé si predominio numérico, pero sí en cuanto a fijar posiciones). ¿A quién representan? No a Ud., aunque en última instancia de Ud. emane su designación, porque ni ese es su pensamiento íntimo ni mucho menos el que expresan todos sus trabajos, declaraciones y documentos. Tampoco a la masa, que está subjetivamente preparada para la acción revolucionaria. (Las mayúsculas son del original, las bastardillas de D. S.)

John le dice a Perón que las grandes líneas que traza son revolucionarias, pero que la dirección las ignora con tácticas conciliatorias. Y que pueden hacerlo porque tienen el poder que Perón les otorga. Hay dos maneras muy distintas de

interpretar la ubicación de Cooke: es inocente o es calculador, y entre ellas una gama de puntos intermedios. Pero es difícil, casi imposible pensar en un Cooke inocente.

Y después en mayúsculas (o sea levantando la voz):

He ahí el tema central de mis preocupaciones: POR FORMACIÓN MENTAL, POR HÁBITOS DE VIDA, POR EL REPERTORIO DE SUS IDEAS Y MÉTODOS LAS DIRECCIONES BUROCRÁTICAS PERONISTAS NO PUEDEN PLANTEAR SERIAMENTE NI EJECUTAR —NI SIQUIERA EN SUS ASPECTOS TÁCTICOS— UNA POLÍTICA CAPAZ DE LLEVARNOS AL PODER. (Las mayúsculas son del original.)

Días después, el 18 de octubre, John le escribe:

Las conclusiones diferentes sobre cómo proceder no tienen origen temperamental. No estamos ante un revolucionario eufórico, que ve todo fácil (yo) y otro revolucionario tranquilo y realista (Ud.). No tendría nada de particular que así fuese, pero no es el caso: ni confundo mis deseos con la realidad ni veo ante nosotros caminos fáciles.

En esencia, lo que se discute es un problema de ritmo, de cómo operar sobre las líneas de acción que Ud. ha trazado para el Movimiento. Ud. ve la necesidad de un desenvolvimiento gradual hacia posiciones que multiplicarán nuestro poderío y facilitarán las batallas finales contra la oligarquía. Yo opino que esa mejora decisiva de nuestra situación estratégica no nos demanda ni combinaciones complicadas ni políticas a largo término: están a nuestro alcance y basta la decisión drástica y tajante, pocas y categóricas medidas de su parte, para eliminar plazos y tramitaciones.

Por mi contacto permanente con el mundo revolucionario, puedo apreciar integralmente datos que aclaran cómo y cuándo podemos accionar en tal sentido, y basado en ellos advierto que “las posibilidades que se nos abren son concretas e inmediatas, y que demorarnos solo puede servir para desmejorar esas condiciones óptimas”. (El destacado es de D. S.)

---

375 Jânio da Silva Quadros (Campo Grande, Mato Grosso del Sur, 1917-São Paulo, 1992), en 1961 fue candidato en las elecciones presidenciales por la Unión Democrática Nacional. Resultó elegido con un amplio porcentaje de votos presidente de Brasil, cargo que ocupó entre el 31 de enero y el 25 de agosto de 1961, fecha en que renunció.

376 José María Velasco Ibarra, presidente de Ecuador. Su cuarta presidencia duró des-de septiembre de 1960 hasta su derrocamiento, en noviembre de 1961.

377 Carta fechada el 24 de julio de 1961.

378 “las Púrpuras” por los cardenales.

Huerta Grande

Como hemos visto, en las elecciones del 18 de marzo de 1962 el peronismo tiene algunos éxitos, el más resonante es que Andrés Framini[379] gana la gobernación de la provincia de Buenos Aires. Integran las listas peronistas muchos dirigentes sindicales: Sebastián Borro (Frigorífico Nacional), Jorge Di Pascuale (Empleados de Farmacia), Roberto García (Caucho) y Eustaquio Tolosa (Portuarios) que obtienen bancas de diputados.

Los resultados —como le había anticipado Cooke a Perón— son anulados. Días después, el 29 de marzo, los militares se deshacen también de Frondizi. Demorémonos un poco en esto.

Frondizi dependió de un acuerdo imposible con Perón primero, y de la voluntad de las Fuerzas Armadas en sostenerlo después. El acuerdo con Perón se ha roto hace tiempo y —con la prueba de las elecciones del 18 de marzo a la vista— para los militares sostener a Frondizi equivale a aceptar que el peronismo gobierne la provincia de Buenos Aires. Si hacen eso, piensan las botas, mañana tendrán que entregarles la Rosada a las huestes de Perón. Y tal albur equivaldría a clausurar con ominosa derrota la era de la Libertadora.

Dice Alejandro Horowicz:

El último intento de sobrevivir estuvo ligado a la mediación de Pedro Eugenio Aramburu, jefe político del legalismo militar. Ante un pedido presidencial, trató de capear, en favor de la UCRI el conflicto, pero la fracción ultragorila, que más adelante devendría colorada, se negó terminantemente. [...] El final del cogobierno [FF.AA-UCRI] exigía una clara hegemonía militar, lo que equivalía

a decir la victoria de una fracción sobre otra. Las tres fracciones existentes del 45 al 55 se habían reducido a dos: el centrismo legalista de los generales Rauch y Onganía (caballería) y el derechismo liberal de Poggi y Toranzo Montero (infantería). Si en 1958 el ala derecha fue incapaz de vencer, en 1962 esta operación resultaba harto más compleja. (El destacado es del original.)[380]

El general Poggi —comandante en jefe del Ejército— trata que el golpe reconociera a la Junta Militar como Poder Ejecutivo, pero el ministro de la Corte Suprema de Justicia Julio Oyhanarte se le adelanta y hace jurar al presidente provisional del Senado, José María Guido, como presidente. El senador Guido es un radical intransigente que ocupa la presidencia de la Cámara de Senadores debido a la renuncia del vicepresidente Alejandro Gómez, ocurrida en noviembre del 58. La misma noche del golpe, en una maniobra de hábil prestidigitador, Oyhanarte considera el derrocamiento de Frondizi como un caso de acefalía. Le corresponde entonces a Guido asumir la presidencia por encontrarse en el primer lugar de la línea sucesoria. Pero Guido no le debe a Oyhanarte más que los pasos formales. Es gracias a la no solución de la disputa entre las fracciones que dividen a las Fuerzas Armadas que puede inscribir su nombre entre los presidentes argentinos.

La caballería va por la infantería y esta se defiende, hasta que el 23 de septiembre la caballería pasa a la acción, hay enfrentamiento armado, víctimas y un comunicado azul, el 150, redactado por el periodista Mariano Grondona, que, empalagoso y cínico, sostiene que “solo la voluntad popular puede dar autoridad legítima y majestad a la investidura presidencial”. Propicia la realización de elecciones mediante un régimen que asegure a todos los sectores la participación, pero que exige a todos los partidos que aseguren la imposibilidad del retorno a épocas ya superadas. (O sea, a los años del tirano prófugo y su chusma.)

• • •

Entre el ascenso de Guido (29 de marzo de 1962) y el comunicado 150 (23 de septiembre) las 62 Organizaciones realizan en junio el Plenario Nacional de Huerta Grande. El programa al que arriba tiene diez puntos:

1. Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.

2. Implantar el control estatal sobre el comercio exterior.

3. Nacionalizar los sectores clave de la economía: siderurgia, electricidad, petróleo y frigoríficos.

4. Prohibir toda exportación directa o indirecta de capitales.

5. Desconocer los compromisos financieros del país, firmados a espaldas del pueblo.

6. Prohibir toda importación competitiva con nuestra producción.

7. Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.

8. Implantar el control obrero sobre la producción.

9. Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.

10. Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la Nación y el Pueblo Argentino, fijando líneas de prioridades y estableciendo topes mínimos y máximos de producción.

Hoy, que discutimos los mendrugos de los “modelos”, este programa puede ser visto como extremista. Pero no es extremista sino revolucionario, términos que ciertamente no son sinónimos. Es firmado por luchadores de mil batallas populares y también por burócratas sindicales en el contexto del giro a la izquierda al que llama Perón. Las autoridades partidarias giran de mala gana con Raúl Matera[381] a la cabeza; del otro lado están los “duros” con Andrés Framini como figura reconocible.

En la carta del 18 de octubre del 62 —a tres semanas del comunicado 150— John le dice a Perón:

Lo que la prensa llamó “giro a la izquierda” no es más que el desenvolvimiento lógico de nuestros presupuestos teóricos y nuestra acción práctica. El programa de Huerta Grande compendia, en un abanico de soluciones, un pensamiento central coherente.

Según definamos al peronismo, el programa de Huerta Grande es o no es el desenvolvimiento lógico de sus presupuestos y acción. Y como el peronismo es, de a partes, muchas cosas; popular y antipopular, antiimperialista y conciliador, el programa de Huerta Grande es y no es el desenvolvimiento de sus presupuestos y acción.

No es un juego de palabras, sino la constatación de que el peronismo es un campo de batalla. Que fue, siempre, un lugar político a ocupar.

---

379 Andrés Framini (Berisso, provincia de Buenos Aires 1914-Buenos Aires, 2001), fue secretario general de la Asociación Obrera Textil entre 1951 y 1955 y entre 1959 y 1968. En dos oportunidades, 1955 y 1961, integró la conducción ejecutiva de la Confederación General del Trabajo (CGT). En 1962 fue elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires pero, presionado por los militares, el resultado fue desconocido por el gobierno del presidente Frondizi, quien a su vez resultó derrocado por un golpe militar pocos días después.

380 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 202.

381 Raúl Matera (1915-1994), médico neurocirujano, fue representante de Perón y se-cretario general del Consejo Coordinador y Supervisor en 1962.

El prisionero de la Puerta de Hierro

En esa misma carta del 18 de octubre del 62 John le dice a Perón que es “el prisionero de la Puerta de Hierro”.

Esa es la manera que se me ocurre para definir su situación actual. No le estoy diciendo nada que ignore, pero la estrechez de su encierro es todavía mayor de lo que me parece, y justifica que emplee lo que parece un título de novelas para Alejandro Dumas.

[…] ¿Cómo es posible que el líder de las masas argentinas no conozca en forma directa —personal, si es posible— el pensamiento de Ben Bella382, de Sekú Touré383, de Nkruma?384 ¿Que no esté en relación directa —no formal, ni protocolar— con Nasser385, con Tito?[386]

[...] Por eso le digo que es el prisionero de la Puerta de Hierro. Está limitado en sus elementos de juicio, obligado a descifrar la realidad de entre un aluvión de falsedades, a extraer la verdad desde indicios parciales e informes fragmentarios. […] Está limitado, en fin, en su liberad para operar. Tiene que ver el mundo por una ventanita, actuar desde la reclusión, permanecer como rehén.

[…] España —unida por el idioma, con un pueblo que comprendemos y estimamos— parece lo firme, lo familiar, Occidente. Por eso mismo disimula la cárcel sin rejas en que usted está. Porque usted no está en Occidente, sino en Santa Elena.[387] Los millones de kilómetros de Occidente están en los mapas: “su parte” de Occidente es un perímetro muy reducido.

[…] El imperialismo nunca se equivocó en cuanto a su peligrosidad, cualquier ambigüedad sobre lo que representa el peronismo y las ideas que lo guían queda disipada por la audacia de los análisis y las directivas que desde allí produce. Cuando les parezca necesario, hasta eso le impedirán por cualquier medio. (El destacado es de D. S.)

Entonces parece enardecerse:

Cuando escucho el comentario de gente que lo ha visitado: "¡Qué bien está el General en España!", me dan ganas de gritar (y grito): ¿Bien de qué? ¿De salud? ¿Bien porque hace un tiempo que no anda como judío errante y tiene un principio de arraigo, una casa donde vivir y un jardín para cultivar sus plantas? Si fuese un general retirado, estaría perfectamente; como un líder de masas, no está bien, está pésimamente, porque está trabado para accionar.

Repasa los lugares de exilio o de reclusión:

Eso es lo que le ofrece Occidente. Venezuela y el clancito militar de Pérez Jiménez; el ambiente enclaustrado de República Dominicana; la colonia de Panamá, con la soledad de su cuartucho de hotel para escribir incansablemente o consumirse de fiebre en la soledad; y ahora España, con el Opus Dei y los monárquicos en puerta. Aun del mundo en caducidad del capitalismo, los lugares marginales, rezagados. Esos son los verdaderos lugares irreales, porque están fuera de la historia, fuera de donde se está haciendo la historia; los reales son los otros, muchos de los cuales parecían existir solo para ser filmados en colores.

Ud. no es un exilado común: es un doble exilado. Exilado de su Patria y exilado del mundo revolucionario donde se decide la historia y donde tiene sus hermanos de causa. (El destacado es de D. S.)

No soy yo, parece decirle, el que está fuera de la realidad sino usted, general. Usted, general, porque está en lugares irreales. Irreales por estar fuera de donde se está haciendo la historia. Y yo, general, estoy en un lugar real; un lugar donde usted debiera estar.

John aún está en Europa. En la carta le hace llegar la invitación oficial del gobierno de Cuba para radicarse en la isla. “De esto hubiese necesitado hablarle largamente y en persona”, le dice, o se queja.

Traigo a Europa la misión de trasmitirle, en nombre de la Revolución Cubana, una invitación fraternal y amplia. El comandante Fidel Castro lo invita a que visite Cuba, por el tiempo y las condiciones que Ud. desee. Además, lo invita a que se vaya a vivir a Cuba, donde Ud. será acogido como corresponde a su jerarquía de líder del pueblo argentino.

Para el caso de que acepte la segunda de estas invitaciones y fije su residencia allá, el gobierno revolucionario se encargará de brindarle todo lo que sea necesario para su comodidad: vivienda de acuerdo a sus gustos y necesidades, transporte, medios de locomoción y cuanto pueda contribuir a su bienestar y a sus actividades, como así también facilidades para llevar todo lo que desee. (El destacado es de D. S.)

Perón no iría de visita ni se radicaría en Cuba.

A través de Héctor Villalón el general le comunica a John que no está de acuerdo en radicarse en Cuba y que necesita de Fidel otro tipo de ayuda: dinero. Dos años después, en una carta del 12 de septiembre de 1964, John le escribirá al general:

Él [por Héctor Villalón] es un revolucionario de carnaval, la caricatura de un revolucionario; yo soy un revolucionario en serio —aunque hasta ahora, ¡ay!, algo infortunado— que no oculto mi pensamiento.

[...] Ahora que ha llegado la oportunidad, le menciono uno de los hechos más dolorosos para mí y sobre lo cual nunca quise escribirle. Cuando Fidel me envió en 1962 para transmitirle la invitación para vivir en Cuba, Ud. me planteó, por intermedio de Villalón, que en lugar de esa ayuda, que no consideraba conveniente en ese momento, se le diese otra que contribuiría a atender las necesidades del Movimiento.

El ofrecimiento de Fidel era la culminación de ese proceso de aprehensión de un fenómeno lejano y, como le dije entonces, tenía el sentido de grandeza propio de la revolución cubana. De modo que cuando regresé a La Habana y le indiqué la conveniencia de cooperar con el Mov. estuvo de acuerdo y le comuniqué a Villalón que podía viajar, haciendo que se le diese la visa. Lo demás es largo, enrevesado y lastimoso. Pero traigo este recuerdo para significarle que Villalón (como antes Mendoza) fue atendido "porque era el representante de Perón". Él había intervenido en la comercialización del tabaco dos años antes y gozaba de pésimo concepto.

Lo que me interesa subrayar no son las mil canalladas grandes y chicas del susodicho; ni el desparpajo con que pasó de fascista admirador de la OAS[388] francesa en noviembre de 1962, cuando Ud. lo mandó a entrevistarme en París, a ultrarrevolucionario de izquierda una vez que vio la perspectiva que le ofrecía Cuba. Lo que me causa amargura es que como buen chapucerito malogró una oportunidad para el Movimiento que habíamos ido cimentando poco a poco. Ayuda económica tirada a la calle en una grotesca carnavalada seudorrevolucionaria y, para colmo, llevado por el carácter, liquidar una relación entre ellos y Ud. que hubiese sido un aporte constante para sus necesidades políticas y que, si bien no solucionaba todo el problema material, lo aliviaba. Pero prefirió hacer una trapalonada, una fechoría más y cerrarnos una puerta.[389]

Es interesante conjeturar los efectos de una residencia de Perón en Cuba. Perón en Cuba sería en el peronismo un terremoto de proporciones. El general ubicado no en el centro sino a la izquierda. Más aun, el general reformulando al peronismo: ahora con base y dirección obreras.

Tal albur es imposible porque, en tal caso, Perón dejaría de ser Perón. Cooke a la izquierda y Kelly a la derecha pueden ser peronistas, pero si Perón ocupa la ubicación de cualquiera de los dos no puede seguir siendo el jefe de ambos.

---

382 Ahmed Ben Bella (Orán, Argelia, 1916-Argel, Argelia 2012), líder político argelino y primer presidente de la República Argelina Democrática y Popular tras su independencia en 1962.

383 Ahmed Sékou Touré (Faranah, Guinea, 1922-Cleveland, Estados Unidos, 1984), lí-der político de Guinea, impulsor de la independencia de su país, antigua colonia de Fran-cia. Fue presidente de Guinea desde su independencia en 1958 hasta su muerte.

384 Kwame Nkrumah (Nkroful, Ghana, 1909-Bucarest, Rumania, 1972), líder político de la independencia de Ghana.

385 Gamal Abdel Nasser (Alejandría, Egipto, 1918-El Cairo, Egipto, 1970), militar y es-tadista egipcio, principal líder político árabe de su época. Nacionalizó el Canal de Suez.

386 Josip Broz, “Tito” (Kumrovec, Croacia, 1892-Liubliana, Eslovenia,

1980), político y militar croata, jefe de Estado de Yugoslavia desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta su muerte. Fue partidario de una economía fuerte e independiente de la URSS, su país, la desaparecida Yugoslavia fue líder de los No Alineados.

387 La referencia es porque Napoleón fue encarcelado y desterrado por los británicos en la isla de Santa Elena después de la batalla de Waterloo, el 15 de julio de 1815.

388 La OAS, Organisation de l'Armée Secrète (Organización del Ejército Secreto), fue una organización terrorista francesa de extrema derecha dirigida por el general Raoul Sa-lan.

389 Dice sobre Héctor Villalón el periodista Walter Goobar en su página de internet: "El nuevo amigo de Blumberg, Héctor 'El Pájaro' Villalón, es un enigmático personaje que supo oscilar entre la guerrilla de izquierda y la ultraderecha peronista, entre Fidel Castro y los norteamericanos, entre Perón y Massera, entre secuestradores y secuestrados de diversas nacionalidades, entre la CIA y el ayatolla Jomeini, entre guerras y conspiraciones. La de Villalón es una historia apasionante y siniestra. De militancia de extrema derecha peronis-ta en su juventud, huyó al Brasil tras el golpe de 1955, donde organizó una empresa im-portadora y exportadora con la que financiaba a grupos comando que planeaban derrocar a la Revolución Libertadora. Fue mecenas del Movimiento Revolucionario Peronista y se relacionó con los grupos guerrilleros Uturuncos y Tacuara, este último liderado por Joe Baxter, quien terminó integrando una de las fracciones más radicalizadas del Ejército Re-volucionario del Pueblo (ERP)". Disponible en <http://www.waltergoobar.com.ar/notices/view/24/-el-extrano-asesor-de-blumberg.html>.

PARTE 6

El hecho maldito

Después me refirieron cómo murió Gómez.

Desfiló marcialmente por delante del batallón repitiendo el rezo del sacerdote.

Se arrodilló delante de la bandera, que no flameaba sin duda de tristeza.

Le leyeron la sentencia, y dirigiéndose con aire sombrío a sus camaradas, dijo con voz firme, cuyo eco repercutió con amargura:

—¡Compañeros: así paga la Patria a los que saben morir por ella!

Textuales palabras, oídas por infinitos testigos que no me desmentirán.

Quisieron vendarle los ojos y no quiso.

Se hincó... Un resplandor brilló... los fusiles que apuntaron... oyóse un solo estampido... Gómez había pasado al otro mundo.

El batallón volvió a sus cuadras y los demás piquetes del ejército a las suyas, impresionados con el terrible ejemplo, pero llorando todos al cabo Gómez.

A los pocos días tuve una aparición... Decididamente hay vidas inmortales.

Una excursión a los indios ranqueles

Lucio Victorio Mansilla

El regreso

La dirección sindical, el vandorismo, pensó que ganaría Aramburu. Eso sí: los votos en blanco serían un aluvión y superarían en un millón al engominado libertador. Se prepararon para eso, ya arreglarían cuentas más o menos amablemente con el triunfador. La clase obrera mostraría su peso en las urnas —eso todos lo daban por descontado—, y ahí tallaban los vandoristas, ofrecían la garantía de que ese peso no se transformara en presencia política.

Para cualquier arreglo, el Lobo debía probarle al gobierno y a las Fuerzas Armadas (es decir a la Libertadora), a Perón y a los trabajadores mismos su gravitación en las bases obreras. En ese contexto se inscribirá, meses después, el empeño en el frustrado retorno de Perón.

Pero no nos adelantemos, antes cambiaría el gobierno.

El domingo 7 de julio de 1963 se hicieron las elecciones. Mala suerte para Vandor, el radical del pueblo Arturo Illia[390] ganó con casi el 32% de los votos, seguido a prudencial distancia por el radical intransigente Oscar Alende[391] con casi el 21%. El restaurador Pedro Aramburu quedó tercero con menos del 18%. Los votos en blanco más los anulados sumaron el 21%, es decir, 400.000 votos menos que el médico de Cruz del Eje.

El galeno don Arturo, de sesenta y tres años, aunque parecía cargar más sobre su espalda, asumió el 12 de octubre (que por aquel entonces no era el “Día del Respeto a la Diversidad Cultural”, sino el oprobioso “Día de la Raza”).

El radicalismo del pueblo llegó al gobierno porque las Fuerzas Armadas pueden ejecutar los intereses de las clases dominantes sin negociación ni consenso por un período corto. Luego, como en el 58, deben entregar el gobierno a quienes sepan recortar las aspiraciones que falazmente propusieron a la “ciudadanía”. Las “instituciones” deben ser repuestas entonces, ya que ninguna dictadura se sostiene sin alguna base social. Dicho de otra manera: las armas sirven —incluso son imprescindibles— pero no alcanzan.

El gobierno del doctor Illia ha sido sobrevaluado últimamente. Se dice que lo sacaron a empujones de la Casa Rosada los intereses de la industria farmacéutica y los consorcios petroleros. Se dice que fue un ejemplo de dignidad cuando lo echaron, cosa que no ponemos en duda. Pero la verdad es que su gobierno, muy radical él, no dio contestación a ninguna de las contradicciones en que estaba ocupada y empantanada la sociedad argentina. No democratizó el país porque no renunció para permitir elecciones presidenciales con un candidato peronista. No trató de quitarle poder a los militares porque para eso tenía que movilizar a las fuerzas populares para lo cual necesitaba el concurso del peronismo, cuya proscripción permitió su llegada a Balcarce 50. Tampoco impulsó los intereses del capital concentrado y del imperialismo. No contestó el afán consumista de las capas medias que, pese a su gorilismo, extrañaban los buenos tiempos del general (a condición que no estuviera el general ni sus secuaces, claro). No se convirtió en suficientemente gorila, ni promovió el retorno de Perón.

Su gobierno se hundirá por ser tan leve como una pluma y, llegado el momento, nadie movería un dedo para defenderlo. Claro que, en comparación con Ricardo Balbín, Illia fue un hombre decente e íntegro. Pero, aunque no carentes de importancia, este texto no trata de decencias individuales.

• • •

Un día, el canciller Zabala Ortiz declaró que no se impediría el regreso de Perón. Tal manifestación alentó a los vandoristas, que de inmediato se abocaron al

regreso imposible del general. Regreso imposible no porque la vuelta de Perón tuviera que ser necesariamente imposible, sino porque los vandoristas necesitaban que así fuera. Trabajaron para que el líder abdicara a favor del Lobo Vandor, cosa más improbable que lo improbable; o que el regreso fuera un fracaso.

• • •

La apertura democrática del nuevo gobierno permite el regreso de John, que se encuentra en la vecina Montevideo. El día de Navidad de 1963, el Bebe, en Ezeiza, desciende por la escalerilla del avión. Al día siguiente declara: "El drama del país es que el peronismo, que es de esencia revolucionaria y antiimperialista, está dirigido por elementos de extrema derecha que no saben, concretamente, nada de lo que hay que saber para dirigir un movimiento popular. No saben qué es el antiimperialismo, no conocen los intereses del pueblo. Solamente sirven para que el sistema burgués gobierne tranquilo".[392] También expresa que se encuentra "dispuesto a insuflar un inquietante aire subversivo en los pulmones del peronismo cuyos cuadros dirigentes están aburguesados".[393]

---

390 Arturo Umberto Illia (Pergamino, provincia de Buenos Aires, 1900-Córdoba, 1983) integró la Unión Cívica Radical. En 1928 le ofreció a Yrigoyen sus servicios como médico, el presidente le propuso trabajar como médico ferroviario en localidades del interior. Illia se radicó en Cruz del Eje, al norte de Córdoba, donde practicó su actividad de médico desde 1929 hasta 1963. En 1935 fue electo senador provincial; en 1940 vicegobernador de Cór-doba, cargo que desempeñó hasta el golpe del 43; en el 48 asumió como diputado nacional hasta el 52. Con la muerte de Amadeo Sabattini, fue reconocido como referente del sabat-tinismo. Con la escisión del radicalismo, integró las filas de Balbín en el radicalismo del pueblo. Fue electo gobernador de Córdoba en el 62, pero no llegó a asumir debido al golpe. En 1963 fue presidente de la Nación hasta el golpe del 66.

391 Oscar Eduardo Alende (Maipú, provincia de Buenos Aires, 1909-Buenos Aires, 1996) fue médico de profesión y político perteneciente a la Unión Cívica Radical. En 1945 fue uno de los firmantes de la Declaración de Avellaneda realizada por el sector yrigoyenis-ta intransigente de la UCR. Entre 1948 y 1952 fue diputado provincial; entre el 52 y el 55 diputado nacional; del 55 al 57 miembro de la Junta Consultiva Nacional de la Libertado-ra. En 1956 estuvo con Frondizi en la UCRI. En 1958 fue gobernador de la provincia de Buenos Aires. Fundó el Partido Intransigente en 1972 ya que el gobierno militar le prohibió a la UCRI el uso del nombre. En 1973 fue candidato a presidente por la Alianza Popular Revolucionaria, obteniendo el 7,4% de los votos. Desde el 85 hasta el 97 se desempeñó co-mo diputado nacional. Murió durante su último mandato.

392 Pregón, 26 de diciembre de 1963; reproducido en Norberto Galasso, Cooke, de Perón al Che, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2010.

393 Primera Plana, 14 de enero de 1964.

Hernández Arregui y el grupo Cóndor

En 1964, John es invitado a integrarse a los Centros Organizados Nacionales de Orientación Revolucionaria, colectivo conocido como el Grupo Cóndor. Al grupo lo encabeza Juan José Hernández Arregui[394] y lo integran Rodolfo Ortega Peña[395], Ricardo Carpani[396], Alberto Belloni[397], Rubén Bortnik[398] y Eduardo Luis Duhalde.

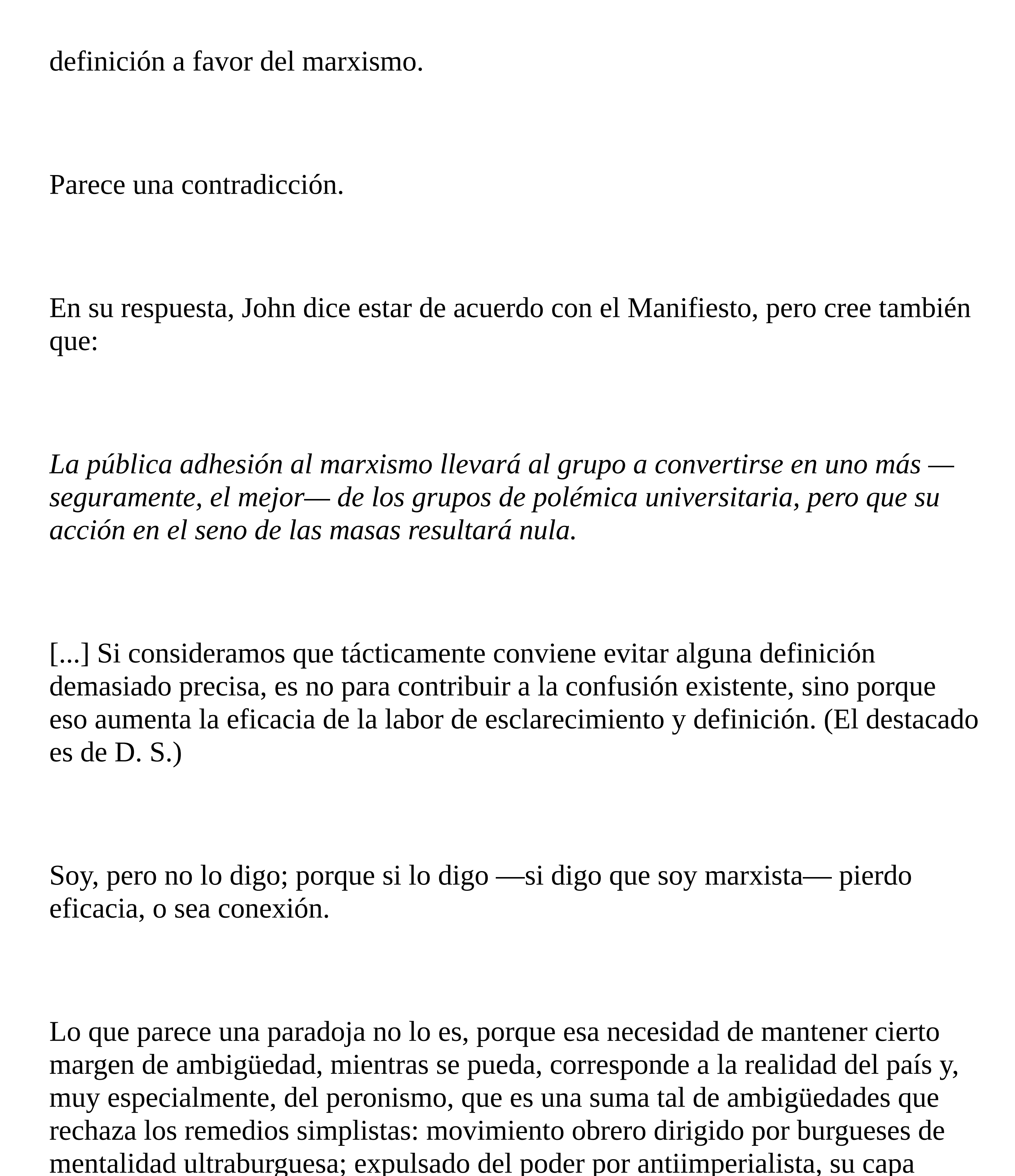
A John, la invitación le llega junto con el Manifiesto, redactado por el propio Hernández Arregui. El grupo se declaraba marxista y "adoptaba públicamente, y por determinación conjunta de sus miembros, la metodología del marxismo en sus investigaciones históricas, económicas y culturales. Y asimismo como guía de la acción política de las masas".[399]

Cooke le responde a cada uno de los firmantes con una larga carta: no va sumarse.

¿Por qué?

Porque se declaran marxistas.

Eduardo Luis Duhalde sostiene que Hernández Arregui —a quien reconoce el "enorme mérito" de haber sido un puente por el cual militantes de izquierda hicieron su inserción en el peronismo— reivindica "la percepción científica de los fenómenos". Esto es: comprender la dinámica de los procesos políticos, para lo cual Hernández Arregui propone la utilización del materialismo dialéctico. Pero Cooke, precursor en el uso del instrumental marxista, se niega a una



definición a favor del marxismo.

Parece una contradicción.

En su respuesta, John dice estar de acuerdo con el Manifiesto, pero cree también que:

La pública adhesión al marxismo llevará al grupo a convertirse en uno más —seguramente, el mejor— de los grupos de polémica universitaria, pero que su acción en el seno de las masas resultará nula.

[...] Si consideramos que tácticamente conviene evitar alguna definición demasiado precisa, es no para contribuir a la confusión existente, sino porque eso aumenta la eficacia de la labor de esclarecimiento y definición. (El destacado es de D. S.)

Soy, pero no lo digo; porque si lo digo —si digo que soy marxista— pierdo eficacia, o sea conexión.

Lo que parece una paradoja no lo es, porque esa necesidad de mantener cierto margen de ambigüedad, mientras se pueda, corresponde a la realidad del país y, muy especialmente, del peronismo, que es una suma tal de ambigüedades que rechaza los remedios simplistas: movimiento obrero dirigido por burgueses de mentalidad ultraburguesa; expulsado del poder por antiimperialista, su capa dirigente juega a la carta de valla contra el comunismo; combatido por la Iglesia, se presta al juego más descarado de sus prelados y se considera “subjetivamente” aliado de la Iglesia; movimiento de características que no tiene otro desemboque que las revoluciones socialistas propias de esta época, su jefe, que vive en un

reducto de la reacción, difamado por toda la prensa y la propaganda, no osa, sin embargo, dar una declaración cuando Cuba es agredida; pasa del programa de Huerta Grande al frente con Frondizi. (El destacado es de D. S.)[400]

Así de complejo describe al peronismo, porque no puede admitir como válida la idea de que el peronismo es una cosa y los dirigentes otra.

Y tampoco puede descartarse esa ambigüedad con el argumento de que es la capa burocrática dirigente, porque eso no es exacto, pero esa capa imprime su estilo y en alguna medida, la masa está contaminada de ideas y métodos que descienden desde esas estructuras. Sería falso decir que esos burócratas, que la masa evidentemente no quiere y despiertan su sospecha, no son representantes de las bases. Claro que no lo son, en el sentido de que perjudican sus intereses y no expresan sus necesidades, pero sí lo son en cuanto participan de ese estilo chato, ampuloso, mediocre, que es propio del Peronismo. (El destacado es de D. S.)

Y aclara: las formas del peronismo ya fueron plasmadas por la burocracia entre el 45 y el 55. La burocracia que Cooke atacó sin descanso desde De Frente, es la antecesora de la que enfrenta ahora. Claro que:

Por debajo de eso bulle el peronismo del 17 de octubre, de la resistencia popular, de las huelgas, etc., lo que es esencia y no apariencia. Lo que buscamos, precisamente, es hacer estallar eso que está contenido, aplastado, que no se siente interpretado por la burocracia, pero que, por ahora, rechaza a un burócrata, pero cree en algún burócrata igual. En las crisis, en los casos límite, en el espontaneísmo renace el verdadero peronismo, aparece su verdadero rostro. (El destacado es de D. S.)

Para John la masa desconfía del burócrata, pero aún no de la burocracia.

Desconfía del que se le ve la hilacha, pero aún acepta los caminos de la burocracia. La razón parece clara: tiene presente en la memoria los buenos años, cuando la Comunidad Organizada y la conciliación de clases tornaba más amable la vida del trabajador. Es necesario impulsar sus luchas para que descubra la trama invisible que la inmoviliza y, para eso, Cooke cree que es mala cosa romper con el peronismo.

Dicho de otra manera: Cooke piensa que entre un burócrata peronista y un revolucionario no peronista la masa obrera preferirá al primero.

Como hombres honrados, si cualquiera nos pregunta si somos marxistas, contestamos que sí. Pero nos parece contraproducente suscribir una declaración de marxismo... De la misma manera, consideramos que la Iglesia es una de las más importantes instituciones de opresión en el mundo contemporáneo y en nuestro país, y si alguien nos pregunta si creemos en Dios contestamos que no creemos, que somos ateos. Sin embargo, no suscribiríamos declaraciones de ateísmo, ni atacando a la Religión, aun cuando como marxistas sabemos que es una de las formas de alienación del ser humano.

Y entonces formula una definición de profundas consecuencias:

El intelectual puede adelantarse hasta donde su mirada se lo indique porque es un precursor, porque marca rumbos lejanos... Su fuerza es que se siente con razón, históricamente. El político, en cambio, necesita tener razón históricamente y políticamente, es decir, con la mirada puesta en el destino lejano, tiene que actuar sobre la realidad inmediata, impulsando los cambios, sí, pero no en cuanto ampliación de su ámbito mental exclusivamente, sino sobre la realidad concreta: los seres humanos sobre los que desea influir... (El destacado es de D. S.)

Cooke, político tan brillante como realista, escribe un párrafo inolvidable:

Aquello que en Hernández Arregui es fría lucidez, la adecuación de una filosofía correcta a la realidad correctamente interpretada, en las masas es una mezcla de supersticiones e ideas nuevas, de prejuicios venerables conviviendo con formas ideológicas del futuro...

Para ser más claro, Cooke ejemplifica:

Podemos decir en una tribuna que queremos eliminar al capitalismo, librarnos del imperialismo y darle los bienes de producción al pueblo y arrancaremos aplausos. Ese mismo auditorio, si nos declaramos marxistas, nos mirará con desconfianza, no sabrá a ciencia cierta "en qué juego andamos" y en lugar de ver allí la culminación del peronismo, pensará que hemos cambiado de chaquetilla. Irracional, ilógico y todo lo que se quiera, pero exacto.

"Y en lugar de ver allí la culminación del peronismo, pensará que hemos cambiado de chaquetilla."

Duhalde apunta que la discrepancia entre Hernández Arregui y Cooke es:

[…] sin duda, la distancia que va del intelectual comprometido con la política (JJHA) al político con un compromiso intelectual (JWC). Fino hilo que separaba ambas posiciones, no desde lo ideológico, sino desde lo político.

Tiene razón Duhalde (el bueno), sin dudas. El punto es irrebatible.

Nadie en su sano juicio elegiría operarse con un cirujano malamente sensible a la sangre; cuando vamos o nos llevan a un juicio, no buscamos que nos represente un abogado escrupuloso de la ley sino quien defienda mejor nuestros intereses. El político hace política, y la política es la lucha por el poder. El político debe hacer lo mejor posible para los intereses que defiende. Digámoslo de una vez: la política no es ni debe ser el territorio de la traición, pero tampoco el de los valores. No es filosofía ni ideología, aunque ellas se expresan constantemente en su acto. Un político que dice siempre todo lo que piensa, es un cirujano que se horroriza con la sangre.

La política y el arte, vistas desde adentro (es decir, ubicados en los zapatos del político o del artista), son territorios del cálculo y la especulación. El político (no nos referimos al profesional baladí solamente atento a su carrera de mérito, sino al que defiende intereses de clase, ya de izquierda o de derecha, fuese Cooke, Perón, Pinedo, Aramburu o Alsogaray) busca la pasión —claro—, pero en los otros. Y lo hace fríamente, como un buen cirujano que en el momento de la operación olvida la suerte del paciente. Debe hacerlo, si no lo hiciera no podría hundir el bisturí.

Se ha opinado sobre la sinceridad de Cooke y de Perón en su correspondencia. Se ha dicho que John fue alumno de Perón en clases de conducción. También se lo ha adjetivado como ingenuo por creer lo que el líder le decía, cuando no de falso por pretender hacerle creer al general que pensaba igual que él. Preferimos otras explicaciones.

Perón y Cooke no solamente son dos políticos, son dos formidables cuadros políticos. Tuvieron entre ellos la mayor sinceridad posible.

En Perón es claro. Trató siempre de manejar el equilibrio en una fuerza política extremadamente heterogénea y contradictoria: base obrera e ideología burguesa, defensora del capitalismo que, en el poder, puso inéditos límites a la apropiación por parte del capital de la plusvalía con el objetivo nada oculto de reproducir el sistema, o sea: de que el capital siguiera extrayendo plusvalía. Una fuerza que se declara antiimperialista cuando no occidental y cristiana. Un animal extraordinario sí, pero no utópico (eso es lo que la izquierda argentina no quiso ni pudo entender). El equilibrio de Perón nunca fue fácil; no lo fue en el 45 ni en el 58 y terminó siendo imposible en el 74.

Perón no le enseñó conducción a Cooke, sino que trató que la conducción de Cooke —en momentos en que debía tener preeminencia el ala izquierda del movimiento— no fuera antagónica con los sectores blandos y no antiimperialistas del movimiento (a los que Cooke definía como proimperialistas).

Cooke fue un radical devenido peronista. Diputado brillante, se ubicó en el extremo antiimperialista del movimiento y, por antiimperialista, fue su ala izquierda (y no al revés como rumora malamente la derecha peronista). Para Perón cumplió y no cumplió, por eso en el 52 se quedó sin banca de diputado. Cuando el golpe era inminente, Perón lo llamó a Cooke porque necesitaba a los más antiimperialistas para frenar el golpe imperialista. Pero ya era tarde, porque —como John diría años después— el frente del 45 ya no era posible.

Luego del golpe del 55, en las profundidades del abismo, Perón pensó en la insurrección. Trabajó con todos (con Cooke, con Kelly, con Leloir); pero fundamentalmente con la izquierda que comandaba John como punta de lanza y organizadora de la resistencia, porque los tiempos necesitaban y favorecían a los más combativos. Cuando fue evidente que la insurrección era imposible (tanto para John como para Juan) el ala izquierda tuvo menos que aportar, y el juego fue otro (aunque con alternancias).

No podemos estar seguros si Cooke se dio cuenta o pasó por alto esto antes de proponer el acuerdo con Frondizi. Nuestra especulación es que sabiendo que la insurrección inmediata era imposible y conduciría al fracaso, convencido de que la masa votaría a Frondizi —a cualquiera que le sacase a los dictadores de encima—, estando seguro de que Frondizi no podría cumplir el pacto (por eso John incluyó las cláusulas más duras), estando como estaban en un momento de avance de las luchas obreras, John creyó que hacia fines del 58 o principios del 59 los sectores combativos se encontrarían en mejores perspectivas.

Es una especulación de este escriba.

Hasta la derrota del Lisandro de la Torre.

Y no porque fuera una derrota, no porque la burocracia sindical se saliera con las suyas, sino porque Perón lo dejó de lado. Le soltó la mano.

Porque digámoslo: la dura realidad es que su capital político era prebendario del de Perón.

En contacto con la Revolución Cubana, quien fuera radical y peronista asumió el marxismo, pero en silencio, con dientes apretados y a condición de no reconocer jamás marxismo alguno en el Partido Comunista de la Argentina. Como hemos visto, Cooke no descubrió a Marx, Engels y Lenin en Cuba, ya los había estudiado más de veinte años antes. Durante la resistencia es evidente su acercamiento al marxismo-leninismo. La Revolución Cubana pudo haber actuado como catalizador de su propia experiencia, pero lo decisivo fue su situación, la ubicación periférica en la que se encontraba: mientras estuvo en el centro del movimiento su marxismo no podía ser visto más que como una argucia intelectual.

Además, con la Revolución Cubana cambió el mapa político del continente. Su correspondencia con Perón es un arduo esfuerzo por demostrarle al líder que el peronismo debía recostarse hacia el lado cubano para no ser fagocitado como los demás movimientos nacionalistas latinoamericanos. Pero para eso el peronismo debía dejar de perseguir la Comunidad Organizada y transformarse en una herramienta de la clase obrera, ya que John daba por históricamente concluida la etapa de la revolución democrático-burguesa, el frente del 45. O sea: el peronismo debía dejar de ser el peronismo. Y eso lo entendió perfectamente Perón, por eso nunca fue a radicarse a la isla de los barbudos.

Volvamos a John. Un político de segunda línea se hubiera conformado con ser un noble referente barrido del movimiento. Un político de segunda línea se hubiera conformado con conservar las manos limpias, aunque afuera, en extramuros.

Y vivir tranquilo.

Pero John no fue, nunca, un político de segunda.

Más aun, en cualquiera de sus momentos políticos, siempre fue un político con la mirada puesta en las masas populares. Cooke siempre fue, consciente o no, lo suficientemente marxista para saber, o intuir, quiénes eran los verdaderos actores de la historia.

Definitivamente, para este escriba, el individuo no es una miscelánea en el devenir de la historia, se llame Perón o Yrigoyen; pero tampoco mucho más que una miscelánea.

Las clases sociales, sus intereses, sus contradicciones, sean antagónicas o no, constituyen hasta hoy el motor de la sociedad humana. Los llamados a la unidad de “todos los argentinos” han escondido ayer, esconden hoy y esconderán mañana, la intención de subordinar los intereses de las clases populares a los de las clases dominantes. Individuos e ideas son consecuencia de intereses.

Ahora bien, en la historia, los intereses siempre encuentran al genio. El genio, más que crear, corporiza, define, sintetiza lo que su tiempo y los intereses a los que adscribe han generado. Para dar un ejemplo revulsivo: de haber muerto de pequeño Adolf Hitler, el capital concentrado alemán hubiese encontrado otro Adolf Hitler. (Y el viejo odio antijudío del cristianismo europeo también.)

De forma que, con la mirada puesta en la masa, Cooke no puede, ahora, en 1964, renunciar a su capital. Sería estúpido hacerlo.

Y, ¿cuál era su capital?

Haber sido delegado y heredero del hombre al que aún sigue la masa, haber organizado la resistencia para que ese hombre volviera, ser el líder combativo del gigante invertebrado que espera con ansias el regreso del hombre.

John William Cooke no va a ser un ensayista más. El bueno de Hernández Arregui puede serlo, él no.

---

394 Juan José Hernández Arregui (Pergamino, 1913-Mar del Plata, 1974), profesor uni-versitario, ensayista, uno de los ideólogos más influyente del

nacionalismo de izquierda de los años sesenta y principios de los setenta. En su juventud fue radical yrigoyenista, afi-liándose a la UCR en 1931. Escribió en los periódicos Doctrina Radical y La Libertad. Estu-dió Filosofía en la Universidad Nacional de Córdoba, donde fue alumno de Rodolfo Mondol-fo. Se graduó como doctor en Filosofía. Colaboró con las publicaciones Nueva Generación, Intransigencia y Debate. En 1945 se opuso a la Unión Democrática polemizando con el his-toriador Ravignani en la convención de la UCR; en las elecciones del 46 votó a Sabattini para gobernador y a Perón para presidente. En el 47 renunció a la UCR. Por mediación de Jauretche fue designado director de publicaciones y prensa del Ministerio de Hacienda de la provincia Buenos Aires. En 1957 publicó su primer ensayo, Imperialismo y Cultura. Le seguirán La formación de la conciencia nacional, ¿Qué es el ser nacional?, Nacionalismo y liberación, y Peronismo y socialismo, textos que ejercieron una enorme influencia. En sep-tiembre de 1973 editó la revista Peronismo y socialismo. Amenazado de muerte por la Triple A, murió un mes después de un síncope cardíaco en Mar de Plata.

395 Rodolfo David Ortega Peña (Buenos Aires, 1935-1974) fue abogado gremialista y de-fensor de presos políticos, historiador y parlamentario. Pasó fugazmente por el frondicismo, se afilió a la Federación Juvenil Comunista en el 57, para entrar en contacto con la resis-tencia peronista a través de César Marcos y trabar relación con Cooke. Fue influenciado vivamente por la obra del argelino Franz Fanon. Participó de la campaña electoral de Fra-mini en 1962, y fue asesor letrado de la CGT en el 63. En el 73 lanzó, junto con Eduardo Luis Duhalde, la revista Militancia Peronista. El 31 de julio de 1974 fue asesinado por un grupo de la organización terrorista Triple A.

396 Ricardo Roque Carpani (Tigre, provincia de Buenos Aires,1930-Buenos Aires, 1997), artista plástico y militante político, alumno de Emilio Pettoruti, se vinculó con Jorge Abe-lardo Ramos, Cooke, Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche. A partir de 1968 tuvo una intensa colaboración en la CGT de los Argentinos (Ongaro). En 1975 se exilió en España.

397 Alberto Raúl Belloni (Pérez, provincia de Santa Fe, 1931-París, Francia, 2005), obre-ro mecánico y luego estatal, dirigente gremial y militante. Vinculado en el 55 a Jorge Abe-lardo Ramos, colabora en Política, Lucha Obrera, al tiempo que tuvo una intensa actividad gremial durante la Libertadora en ATE, de la que fue miembro del Secretariado Nacional y luego del Comité Central Confederal de la CGT. Publicó Del anarquismo al peronismo. Histo-ria del movimiento obrero argentino, Peronismo y socialismo nacional y Pasado y presente del peronismo. Fundó la revista Programa, y escribió en la revista Apuntes. amenazado por la Triple A pasa a la clandestinidad en 1975 y se exilia un año después en Francia.

398 Rubén Bortnik (Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires,1934-Buenos Aires, 1991), abogado e investigador histórico. Fue secretario nacional del Partido Socialista de la Izquierda Nacional en 1962, hasta que rompe con Jorge Abelardo Ramos. En el 64 integra el Grupo Cóndor y la tendencia revolucionaria del peronismo. Amenazado por la Triple A pasó a la clandestinidad en el 74 y luego se exilió en Montevideo. Algunos de sus trabajos fueron: Dependencia y revolución en América Latina, Peronismo, gobierno y poder, Breve historia de las luchas sociales e Yrigoyen y el primer movimiento.

399 “Manifiesto al país y propósitos. Grupo Cóndor”, en Roberto Baschetti, Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970, tomo II, La Plata, De la Campana, 2012, p. 392.

400 El 7 de julio de 1963 se realizan elecciones presidenciales. La decisión de Perón es la abstención. Sin embargo, previamente, su delegado Alberto Iturbe ha llamado a sufragar por el Frente Nacional y Popular, una alianza de la Unión Popular (UP) y la UCRI de Fron-dizi.

El regreso del general

El general anuncia que antes que termine 1964 volverá al país. Como sabemos, Zabala Ortiz declara que ellos no se lo impedirán. El peronismo se conmueve hasta los tuétanos.

El 11 de agosto de 1964 Cooke le escribe a Perón.

Hacía tiempo que no le escribía (de lo que Ud. tal vez se alegrase) pero ahora debo hacerlo ante el hecho que ahora se ha constituido en el punto central de todo el Peronismo: su regreso a la Argentina.

Señala que ha seguido atentamente todas sus declaraciones y no tiene ninguna duda de su determinación de regresar ese mismo año. Sabe que no faltarán quienes traten de disuadirlo. Porque para algunos Perón es más útil lejos que cerca. Otros querrán demostrarle que lo aman tanto que se desesperan al pensar que pueda ocurrirle algo, es el reflejo de sus propios miedos.

Aunque soy menos obsecuente y aparatoso que todos esos consejeros, tengo por Ud. una adhesión y un cariño que ninguno supera y casi ninguno iguala. Para mí Ud. no es un dispensador de mandatos y posiciones sino el jefe de la revolución, y es desde ese auténtico enfoque que puedo decirle que quienes realmente sienten amor por Ud. le dirán, como yo: no escuche a quienes tratarán de quebrar su decisión, venga en las condiciones que sea, si buenas, mejor, pero en cualquier caso venga, tal como lo ha resuelto.

Lo halaga. Lo hace por dos razones concurrentes. Uno: tiene sincero afecto por

el general, incluso en los momentos de mayor disidencia muestra respeto y cariño. En la memorable carta de enero del 66, en la que reconocerá que Perón es invulnerable a sus razones, muestra una profunda consideración que no cambiaría hasta su muerte. Dos: sabe que el general es gustoso del halago.

No hay garantías que puedan tramitarle, no hay seguridades que puedan aparecer misteriosamente de los toqueteos de burócratas con militares y embajadores. La garantía somos nosotros, la gente del pueblo. Es ante nosotros, también, que Ud. ha empeñado su palabra y quienes caeremos con Ud. si eso tuviese que ocurrir, aunque no va a ocurrir. (El destacado es D. S.)

Le indica quienes lo defenderán y, también, con quién es deudor.

Ya que jugamos —sin título ni talento habilitante— a conocer el alma de nuestros personajes, un último apunte: Cooke no halaga como un rastrero, no endiosa ni se humilla. “La garantía somos nosotros, la gente del pueblo.” Usted necesita al pueblo, más aún, es lo que es por su pueblo. “Es ante nosotros, también, que Ud. ha empeñado su palabra y quienes caeremos con Ud. si eso tuviese que ocurrir.” Usted tiene una deuda, nosotros somos sus acreedores. Pague, general, como un hombre de bien, como un líder del pueblo.

Envalentonado trae a San Martín y a Rosas que han muerto en el exilio. Los trae porque le dice al general que tiene esa misma dimensión histórica:

Pero Ud., a diferencia de estos casos insignes en nuestra historia, con los cuales tiene de común la grandeza, “no ha concluido su obra”.

Debe completarla, no tendrá la misma dimensión que ese militar y aquel

estanciero estadista si no lo hace.

La adversidad hizo que quedara a mitad de camino en 1955; la fortuna quiere que, en 1964, todavía cuente con las masas capaces de acompañarlo en la liberación nacional que no tiene otro abanderado posible.

Han desfilado todos los políticos y politiqueros que tenía el régimen, todos los partidos, grupos, equipos, etc. y solo un prestigio queda en pie, solo un nombre hace vibrar de esperanza a los argentinos, el suyo. Ud. no es un recuerdo melancólico, como San Martín o Rosas exilados, sino un hecho vivo y palpitante, con el cual la masa popular se siente obligada, y el cual, a su vez, tiene obligaciones para con la masa popular. Las “condiciones” pueden no cambiar en años, y esperando el cambio muy posiblemente llegue primero la muerte. Pero las condiciones actuales son las mejores posibles para Ud., por la crisis del régimen, porque está intacto su poder sobre la masa. Y, si eso fuera poco, porque el 1º de enero, si Ud. no ha venido, entonces sí que estas condiciones desaparecerán, porque soportar la derrota no destruye a los pueblos; lo que los destruye es la desilusión, la pérdida de la fe, la apatía. (El destacado es de D. S.)

No habrá mejores condiciones, es ahora o nunca. Ahora o traición. Juan Perón no podrá arribar a la patria en 1964 sino una década después y, ciertamente, no como “jefe de la revolución”.

Le estoy alegando en favor de la vuelta, y Ud. no ha dejado dudas en cuanto a que volverá. Pero lo hago no porque piense que su ánimo pueda vacilar, sino porque temo a que ceda a consideraciones “estratégicas”, a una burocracia que hace meses que anda repitiendo “Perón vuelve” pero no ha pensado en hacer nada para facilitar ese regreso. Ni lo hará, aunque les dé diez años de plazo. (El destacado es de D. S.)

Cooke sabe lo que sucede y teme lo que pasará. Entonces se atreve a decir que, si cumple, si vuelve a la patria:

[…] no solamente se inicia la era de nuestra libertad recobrada, sino que también la de América latina.

Afirma que esto no lo afirma por euforia sino por las nuevas condiciones del continente. No lo dice, pero está claro: Cuba ha puesto patas para arriba al patio trasero.

• • •

El 2 de diciembre de 1964, el general Perón aborda el vuelo 901 de Iberia con destino a Buenos Aires. Al aterrizar en la escala de Río de Janeiro la dictadura brasileña de Castello Branco, a pedido de las autoridades argentinas, lo declara persona no grata y obliga al avión a regresar a España.

El "Operativo Retorno" ha terminado con pena y sin gloria.

¿Cómo pudo un gobierno intrínsecamente débil como el del galeno Illia impedir el regreso de Perón?

La respuesta es simple: las autoridades del peronismo no hicieron más que declaraciones, llamados a la paz, a la concordia y a la democracia. No movilizaron a la masa peronista, no hicieron actos, no pusieron en pie de lucha a los trabajadores, no colocaron en jaque ni al gobierno ni a la Libertadora.

Tras el fracaso, el 27 de enero de 1965, John le escribe a Perón:

El secretario de la CGT, compañero Alonso, entrevistado por los periodistas, declara a media tarde [del día del retorno] que no hay instrucciones que impartir en relación con el retorno y que “cada peronista es piloto de sí mismo”. Vale decir, que las “estructuras”, comandos y demás organismos sirven para el floreo, pero justo cuando se necesitan desaparecen, y el pueblo queda mano a mano con su propia incertidumbre y anarquía.

Cuando luego se le hacen cargos a Alonso, él aclara que no tenía instrucciones que dar por cuanto, por su parte, también supo del viaje por la prensa, como el resto de los mortales y que “nada se le dijo” sobre qué hacer en caso como el que se presentó. ¿Para qué sirve el sistema de estructuras si nada menos que la conducción gremial no tenía directivas sobre cómo actuar y qué decirle a los peronistas que ese día estaban reunidos y concentrados, es decir, en las fábricas?

El desorden culmina, entonces, transformando a la masa, la fuerza real del Movimiento, en convidado de piedra el 2 de diciembre, tal como pasó en septiembre de 1955. (El destacado es de D. S.)

Tal como pasó en septiembre de 1955.

Una conferencia histórica.

Política de grupo o política de masas

Dos días después, el 4 de diciembre, Cooke da una histórica conferencia en la Universidad de Córdoba. Dice que el gobierno tuvo “una actitud desdeñosa” frente al retorno, y trató de reducirlo a lo banal: un simple problema de decisión personal del exiliado. Viniese o no viniese, nada turbaría la tranquilidad. Pero cuando el viaje se transformó en certeza, corrieron “a pedirle a la liga de satélites agrupados en la OEA” que detuvieran la nave.

Pero lo importante para Cooke no es esto, sino la confusión provocada en el movimiento por el fracaso de la Operación Retorno.

Ya desde el seno de nuestro Movimiento se alzan voces que especulan diciendo: “Fracasó la burocracia en la Operación Retorno”. Pero quienes se han adelantado a exponernos esa crítica en largos comunicados, no nos han explicado en qué consiste la superioridad de ellos sobre la burocracia que actualmente detenta los máximos cargos de dirección. No nos han explicado de qué manera ellos hubiesen obviado la etapa brasileña, con qué nave aeroespacial hubieran depositado al General Perón en una travesía sin etapas desde la Puerta de Hierro al punto de destino. Desconfiemos de este tipo de críticas, porque la diferencia entre un burócrata que está en la conducción y otro burócrata que aspira a suplantarlo es de situación y no de calidad. Ni uno ni otro puede apreciar dónde estuvieron las verdaderas fallas del planteo reformista o sacar las debidas conclusiones del episodio reciente. (El destacado es de D. S.)

Cuando habla de burocracia —salvo indicación específica— Cooke no se

refiere, como ha apuntado Galasso, a la burocracia sindical sino más bien a la burocracia política. Más adelante apunta:

El burócrata no sirve como dirigente porque, en definitiva, no se considera parte de la masa; actúa por ella, tal vez para ella, pero no con ella. Es un personero auténtico o ficticio, pero siempre diferenciado de la masa.

Pero qué sucede con los que no podríamos calificar de burócratas:

Al lado de esos críticos están también los superviolentos que, como los anteriores, se apresuran a proclamar el fracaso de la operación y, por su parte, prometen guerra civil, baños de sangre y Apocalipsis a corto plazo. Su lógica viene a ser así: “Como la burocracia no logró traer a Perón por las buenas, nosotros lo traeremos por las malas”: y desde ya anuncian que están en guerra total contra el gobierno y proceden como poseedores de las recetas infalibles para la revolución perfecta, trazada con escuadra y tiralíneas.

Pero ambos, la burocracia y los tremendistas revolucionarios, según Cooke, son expresiones de una misma concepción errónea que lleva al abismo.

Ambas son concepciones no revolucionarias. Porque entre la no violencia del burócrata y la violencia sin base teórica y sin base moral del tremendismo, la única diferencia viene a ser la violencia, pero despojada de su carácter instrumental, transformada en inmediatez, en respuesta por sí misma suficiente.

[...] La no violencia corresponde a una manera de ser, a una modalidad intrínseca de burocracia reformista; la violencia sin fundamentos teóricos suficientes es también una simplificación de la realidad, supone un expediente —el de la

violencia— sacado del contexto revolucionario, desvinculado de la lucha de las masas, es la acción de una secta iluminada. (El destacado es de D. S.)

¿Cuál es la diferencia entre unos y otros? Ante la realidad, la burocracia reformista la acata tal cual es:

Mide la correlación de fuerzas y, como evidentemente el enemigo tiene la máxima concentración de la fuerza material, los tanques, las armas, el dinero, más las armas y el dinero del imperialismo, se resigna y busca que el régimen le dé entrada con alguna porción de poder compartido; es el neoperonismo y todas las variantes de la burocracia reformista.

Y los que Cooke llama tremendistas:

Al mismo tiempo, el violento porque sí, el que se proclama exclusivamente como "línea dura", cree que esa correlación de fuerzas puede ser modificada por el mero voluntarismo de un grupo pequeño de iniciados; no aspira a un movimiento de masas en que la salida revolucionaria sea la consecuencia lógica y la dirección revolucionaria se convierta en la única posible, sino que aspiran a constituirse como vanguardia del movimiento caído de la estratosfera para venir a decirle las verdades reveladas de esa revolución sin fundamento doctrinario, sin base en la realidad, sin otro elemento que la pura demagogia del llamado a la violencia inorgánica y anárquica, porque sí. (El destacado es de D. S.)

Agreguemos simplemente —cosa que no dice Cooke porque como peronista integra un rumoroso movimiento de masas— que "vanguardia" es una calificación que debe otorgar el dirigido, no una autoproclamación hecha al calor de las reuniones de célula, de microscópicas organizaciones revolucionarias. El fervor entre cuatro paredes hace perder contacto con la realidad. Se memora que el Partido Comunista de China comenzó con media docena de inteligentes

militantes y décadas después hicieron hocicar al Japón imperial, por tomar un ejemplo posible. Animados en un delirio místico disfrazado de materialismo, algunos suponen que era por la inteligencia de esa media docena de militantes, así que si ellos pudieron... No se percatan, porque no tienen ciencia, que todo tiene como origen al pueblo, incluso la conciencia de esa media docena de militantes.

En síntesis: las “líneas duras” —burocráticas o seudorrevolucionarias— plantean el cambio de aquella correlación por métodos violentos, sin decir en virtud de qué procesos, por qué mecanismos sociales la acción de grupos dispersos ha de transformarse en el triunfo final del movimiento de masas. Son soluciones milagreras: se espera que las cosas salgan bien, se espera que, como el régimen anda mal, nosotros, automáticamente, andemos bien, se espera que con algún cambio de elenco dirigente, o con la proclamación de líneas duras, también cambie la situación.

Es decir que no se plantean todos los factores en juego, no se plantea una verdadera política revolucionaria, una línea de acción con fundamentos teóricos reales. El reformismo burocrático y el tremendismo revolucionario no son los términos del dilema peronista. Esa es una falsa disyuntiva. La verdadera disyuntiva es entre una política reformista y una política revolucionaria, entre una política de grupos y una política de masas.

Entonces se pregunta qué fracasó el 2 de diciembre.

Lo que fracasó en esa tentativa no fue, como dicen algunos, el grupo burocrático dirigente; o, como dicen otros, el propósito de venir antes de que se haga la revolución. Lo que fracasó el día 2 de diciembre fue la concepción burocrática de la política en general; fracasó la concepción de que es posible hacer cualquier tipo de acuerdo con el régimen; la concepción de que el peronismo puede progresar sobre la base de concesiones y no sobre la base de mantener inflexiblemente sus principios de fuerza revolucionaria frente al régimen. Lo que

fracasó también fue el desprecio por la organización, el desprecio por la estructuración de nuestro potencial de masas y activistas, el desprecio por una metodología correcta. El desprecio por la teoría. Eso es lo que fracasó. (El destacado es de D. S.)

• • •

Alejandro Horowicz sostiene en Los cuatro peronismos que Perón, tanto en el 64 como en el 72 dependió del gobierno.

Illia, al igual que el general Lanusse, estaba en condiciones de impedirlo, sin que Perón pudiera torcer esta decisión gubernamental. [...] no era la fuerza propia la que Perón utilizaba para retornar, sino que capitalizaba como propia segmentos dinámicos que no controlaba y que, de alcanzar en la lucha política el máximo de su vigor, quedaría claro que lo dejaban fuera de juego.[401]

Es decir: Perón prefirió recostarse en quienes, como Vandor, nada apreciarían más que dejarlo fuera de juego.

O, dicho de otra manera: Perón coincidía —en los hechos— con la "concepción de que es posible hacer cualquier tipo de acuerdo con el régimen; la concepción de que el peronismo puede progresar sobre la base de concesiones y no sobre la base de mantener inflexiblemente sus principios de fuerza revolucionaria frente al régimen". Y no es posible suponer, ni por un segundo, que Cooke no lo supiera.

En la carta que John le manda a Perón el 27 de enero del 65, hace un esfuerzo por argumentar que la imagen de Perón había quedado revalidada ante la masa,

que era el único que había salido victorioso de la Operación Retorno. Hay en esto más astucia que inocencia, cree este autor. Se pregunta cómo salir de la vía muerta del deterioro.

La forma como se da la política argentina ha puesto, una vez más, la solución en sus manos, únicamente en sus manos. [...] Pero si Ud. tiene las cartas del triunfo, no tiene opción de jugarlas cuando quiera: son cartas de triunfo “ahora”, es un triunfo que Ud. puede capitalizar, consolidar y proyectar hacia el futuro, “ahora”. O lo hace, y el Peronismo se pone en condiciones de superar inmediatamente sus fallas estructurales y la gravitación de la desfavorable coyuntura presente, o se abstiene y entonces esas cartas de triunfo se degradan, dejan de serlo y se transforman en cartas que utiliza el enemigo.

[...] El único hecho que puede volcar las condiciones, es que Ud. abandone España y se vaya a Cuba.

Perón le contesta el 8 de febrero. Sabe que en la carta de John hay más astucia que inocencia, y le responde sin eufemismos: desplazarse a Egipto o Cuba no es racional

[…] por lo menos hasta tanto no se hayan creado en nuestro país las mejores condiciones para mi regreso, aunque sea con los riesgos presumibles que ni eludo ni temo.

---

401 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 210.

La polémica con León Rozitchner

La Rosa Blindada fue una de las expresiones de la izquierda vanguardista de los años sesenta, se inscribió en un tiempo particular. Se acercaba la derrota definitiva de Estados Unidos en Vietnam, resonaban las denuncias de los crímenes de Stalin, se sentía el profundo impacto de la revolución cubana y se había producido el sismo de la ruptura entre China y la Unión Soviética. Ahí estaban la producción teórica italiana y el clima que provocaron las aperturas posteriores al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. En el mundo y en el país se había abierto un debate rico y feroz con la presencia de nuevos abordajes heterodoxos del marxismo.

Fundada por jóvenes encabezados por José Luis Mangieri[402], La Rosa Blindada publicó dos artículos que provocaron una intensa discusión.

En su número 6, de septiembre/octubre de 1965, se conoció “Bases para una política cultural revolucionaria”, de John William Cooke. Acompañaban en esa edición el texto de John trabajos de Ernesto Guevara, León Pomer, Antonio Caparrós y Carlos Gorriarena. Un año después, en la entrega 9, apareció la réplica de León Rozitchner[403] bajo el título de “La izquierda sin sujeto”. También Rozitchner estaba bien acompañado, con él estuvieron Ho Chi Minn, León Pomer, Jorge Onetti, David Kohon y Mario Benedetti.

Según Néstor Kohan[404] los dos artículos hicieron época. El planteo contrahegemónico de la revista estaba lejos del populismo antiintelectualista que asimilaba a los intelectuales con el “cipayismo”, por eso la primera figura a la que acuden fue Cooke, alguien al que nadie podía acusar de gorila, de academicista y menos de liberal. La operación era inteligente, porque —seguimos tomando prestado las ideas de Kohan— “dejaba sin argumentos tanto a los cultores del frente cultural laico-democrático-cientificista-progresista del

stalinismo como a los del frente nacional-populista". Tampoco le resulta casual que el organizador de la resistencia eligiera para responder la encuesta los Manuscritos económico-filosóficos de Karl Marx.

Vayamos al texto de Cooke: "Una política cultural revolucionaria (lo mismo que una política revolucionaria a secas) es un 'proceso' que abarca la lucha hasta desplazar del poder a las clases dominantes, la toma del poder por los trabajadores y la construcción de la sociedad nueva."[405]

Siendo así, ocuparse de las tareas de la última etapa era, para él, un ejercicio fútil, porque presuponía una historia sin dialéctica. Una historia donde pueden predeterminarse las condiciones que encontrará el poder revolucionario cuando, en verdad, tales condiciones serán la resultante de un extenso camino previo.

Así que para principiar se aboca a algo más contemporáneo: la unidad entre la teoría y la práctica. Para John esta no se da automáticamente, sino que requiere de un proceso. En este punto agrega una nota al pie muy interesante donde clava un filoso puñal al codovillismo: "El stalinismo, desde este punto de vista, se caracterizó por la ruptura de esa unidad de teoría y praxis, negación del marxismo que ha merecido que la crítica lo caracterizase como 'idealismo voluntarista' (G. Lukács), 'neo-platonismo' (G. Della Volpe), 'pragmatismo conservador' (J. R. Vincent), etcétera."

Cooke comprende esa unidad como el desarrollo de la autoconciencia crítica. Autoconciencia que incluye una constante indagación que permita sintetizar, atrapar conceptualmente la realidad en su esencia dialéctica.

Pero hay un hecho que lo desvela: si la actividad revolucionaria debe estar subordinada a la estrategia de la toma del poder, no debe descuidar los objetivos inmediatos en el frente cultural. O sea, ve necesaria la lucha por conseguir

ciertos progresos en el marco de la sociedad capitalista. En esto puede observarse claramente una similitud con la tarea reformista de los sindicatos y nos permite ver cómo entiende Cooke la acumulación de fuerzas.

Luego se aboca al tema de la alienación y el trabajo, para lo cual despierta a Georg Hegel y a Karl Marx.

La categoría de “enajenación”, que en Hegel era una relación absoluta de sujeto a sujeto, para Marx se da en las relaciones concretas del hombre y se puede desentrañar a partir del hecho económico real del trabajo alienado en la sociedad capitalista.

[…] Mientras el animal tiene con la realidad que lo rodea una relación inmediata, forzosa, individual, unilateral, la relación del hombre es mediata, múltiple y libre. En esa relación múltiple tiene una primera relación con la naturaleza, a nivel de hombre particular y que sería equivalente (comparativamente hablando) a las actividades del animal que tienden a asegurar su subsistencia, su existencia física. Y tiene otra relación que lo distingue radicalmente del animal, que es su “actividad vital o genérica”; mediante su trabajo transforma la naturaleza y crea un mundo de objetos y productos. A diferencia del animal, cuya realidad se agota en el tipo de relación que satisface sus necesidades inmediatas, el hombre enriquece sus relaciones con el mundo entero para así satisfacer sus necesidades específicamente humanas.

En esa naturaleza que transforma, el hombre tiene su propia imagen, se “objetiva” en cuanto ser “genérico”. Esos objetos que crea el hombre en su mundo son humanos, en el doble sentido que sirven para satisfacer sus necesidades humanas —es decir, son objetos útiles— y que, al “objetivarse”, materializa en ellos sus ideas, sus fines, su voluntad (o sea, sus fuerzas esenciales como ser humano). La actividad mediante la cual se realiza como humano es el trabajo, que lo libera de sí mismo, de su necesidad natural, y lo libera de la naturaleza, hacia la cual tenía, en cuanto ser solamente natural, una

actitud pasiva. Y su riqueza como ser humano es mayor en la medida en que, además de objetos con utilidad material (vale decir: aptos para satisfacer una necesidad determinada), produzca otros que eleven su capacidad de expresión, testimonien su mundo interior (obras de arte) o satisfagan necesidades más alejadas del nivel de subsistencia orgánica.

Pero si el hombre se humaniza y humaniza la naturaleza, eso ocurre porque las diversas actividades productivas individuales forman un todo, la producción, que es social. Así, la objetivación se despliega en el cuadro de una sociedad determinada, en la cual las relaciones del hombre con la naturaleza pasan por las relaciones sociales que se contraen en el seno de dicha sociedad: la relación, cualitativamente nueva, hombre-naturaleza pasa por la mediación de lo social.

Hegel, en su obra Fenomenología del espíritu, desarrolla una historia de la conciencia, de las diversas formas que va tomando el saber que ella tiene de sí misma como su objeto, la dialéctica del sujeto y del objeto comprende diversas formas de relación, que van desde aquella en que el objeto se alza como extraño, contrapuesto al yo, hasta llegar al saber absoluto, en que se produce la identificación del sujeto que se ha asimilado por completo al objeto. La historia de la conciencia es la de sus enajenaciones sucesivas, que desaparecen finalmente en ese saber absoluto que es el espíritu conociéndose a sí mismo, presentándose a la conciencia como su objeto, de manera que, al desaparecer toda objetividad, no le queda en qué enajenarse. Siendo la esencia humana puramente espiritual, el mundo objetivo, la naturaleza, la sociedad son espíritu enajenado: la "objetivación" equivale a "enajenación". "Enajenación" que se da en el reino del espíritu: la exterioridad del objeto es sólo aparente, pues no estamos ante una oposición entre el sujeto y un objeto exterior, sino entre la conciencia y el conocimiento que la conciencia tiene de sí misma. El trabajo humano que reconoce Hegel es "el abstractamente intelectual". Y esa enajenación en la esfera espiritual terminará por el más perfecto trabajo espiritual —la ciencia—, o sea el saber absoluto. (El destacado es del original.)

Por enajenación Hegel no se refiere ciertamente al estado mental de quien no es

responsable de sus actos. Aquí debemos entender la enajenación como “el devenir otro de la Idea”. Es un punto clave de su idealismo, porque es así como todo el horizonte de lo existente o de lo real se reduce a lo ideal. Puede decirse que es un paso necesario en el despliegue racional de lo real. Una frase muy conocida de Hegel es “todo lo real es racional”. Eso podría traducirse diciendo que todo lo real es nada más que despliegue de la Idea.

Ahora John trae a Marx:

Para Marx, en cambio, todo trabajo es “objetivación”, pero no necesariamente “enajenación”. En principio, por esa “objetivación” es como se trasciende la inmediatez natural hacia lo humano. Mientras Hegel “sólo ve el lado positivo del trabajo” —como medio de que el hombre cobre conciencia de su humanidad—, Marx no abstrae al trabajo como “el ser del hombre”, como “su esencia”, sino que mira la situación del trabajador.

[…] Y la “enajenación” o “alienación” recién aparece en determinada situación histórica; no es una desventura del espíritu, sino una forma concreta de las relaciones en la sociedad: cuando su trabajo deja de ser la forma de ascender de lo natural a lo humano, cuando sus productos no le pertenecen y ya no se reconoce en ellos sino que son “extraños”, “ajenos” a él.

Con el trabajo, el hombre superaba a la naturaleza no rompiendo con ella sino remontándose sobre ella en una doble forma: 1) fuera de sí mismo, transformándola, humanizándola; 2) en sí mismo, superando su vida instintiva puramente biológica, creándose por sí mismo unos sentidos humanos, una sensibilidad humana. Ahora pierde esa esencia, y esos productos son su carencia, la negación de su calidad humana. (El destacado es del original.)

John ha estudiado en profundidad a Marx quien, en sus Manuscritos, habló del

trabajo enajenado. La alienación del obrero en el producto de su trabajo. El renano escribió: “el objeto producido por el trabajo, su producto, se enfrenta a él como algo extraño, como un poder independiente del productor. El producto del trabajo es el trabajo que se ha plasmado, materializado en un objeto, es la objetivación del trabajo. La realización del trabajo es su objetivación. Esta realización del trabajo como estado económico, se manifiesta como la privación de realidad del obrero, la objetivación como la pérdida y la esclavitud del objeto, la apropiación como extrañamiento, como enajenación”.

Sobre la alienación en el acto de producción, en la propia actividad productiva, Marx se pregunta cómo podría el obrero enfrentarse al producto de su actividad como algo extraño, si no se enajenase a sí mismo ya en el acto de la producción. El producto no es, después de todo, más que el resumen de la actividad, de la producción.

Y en ese proceso el obrero se empobrece cuanto más riqueza produce. Y, por fin, se convierte en una mercancía. Una mercancía que se abarata cuantas más mercancías crea. Así, el trabajo, lejos de servir a las necesidades humanas, es una esclavitud, algo que se cumple obligada y penosamente.

Volvamos a Cooke:

En ese trabajo se siente “fuera de sí mismo”, y sólo fuera del trabajo se siente dueño de sí. La “exterioridad” de ese trabajo se le revela al obrero en el hecho de que no es algo suyo sino de otro; no le pertenece, y él mismo, en el trabajo, no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a otro.

Él mismo, en el trabajo, no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a otro.

La actividad humana se ordena bajo el control de la economía y sus categorías: valor, mercancía, capital. Categorías que ocultan la naturaleza social de la producción y de las relaciones que en ella observan los miembros de la comunidad. Las estructuras sociales se desenvuelven de acuerdo a sus propias leyes, pero con una mentira que bien podría ser de Perogrullo: la apariencia de una existencia natural, donde no media la voluntad humana. El Estado, el Derecho, la moral aparecen como entes naturales.

De todo lo anterior se desprende que el trabajo enajenado hace que la vida "genérica" del hombre se convierta en medio de su vida "individual". En el capitalismo, el trabajo no es la satisfacción de una necesidad, sino el medio de satisfacer la necesidad primaria de conservar la existencia física del obrero: "la vida misma aparece como medio de vida". El hombre, ser consciente, hace de su actividad "vital", de su esencia, un medio para su existencia. El trabajo enajenado, al arrebatarle al hombre el objeto de su producción, lo despoja de su vida genérica. (El destacado es del original.)

Cooke tiene cuentas que saldar. Bajo el subtítulo "El pensamiento revolucionario", acusará al socialismo soviético de haber olvidado sus fines últimos, sustituyéndolos por una teología política justificatoria. Los gigantescos sacrificios que demandó la supervivencia de una Unión Soviética cercada hicieron olvidar el objetivo final de lograr la libertad humana.

Quiero decir, en lo que atañe a nuestro tema, que el plan quinquenal o la industria pesada, por ejemplo, de hecho fueron perdiendo su carácter de medios para cobrar una existencia mitológica de fines: eran los instrumentos con que el hombre construía su mundo y buscaba su libertad, pero, por una inversión maligna, esos fines humanos quedaron como resultados que se darían "por añadidura" en la producción de cosas materiales. Las "bases materiales" de la sociedad comunista usurparon a ésta última su carácter de fin supremo.

Y entonces aclara:

Sabemos cómo eso se prestó a la propaganda capitalista, y poco nos importa: sólo los revolucionarios tienen derecho a pedir rendición de cuentas desde los valores revolucionarios. (El destacado es del original.)

Y, finalmente:

No hay liberación a precio módico, y yo debería excusarme por repetir semejante lugar común: pero también hay quienes son “extremistas” por transferencia, abogados gratuitos para cualquier exceso que ocurra en tierras lejanas, mientras aquí ni siquiera son capaces de mancharse los zapatos con barro si tienen que caminar unas cuadras para firmar el manifiesto con que periódicamente se autorreivindican como “revolucionarios”. En cambio, los que verdaderamente se proponen la revolución, esos no son tan generosos con la sangre ajena y remota, porque no están jugando con abstracciones sino con posibilidades. Sea lo que fuere, aunque el stalinismo pudiera invocar el descargo de las circunstancias históricas (lo que no está en consideración aquí), esos atenuantes no pueden transportarse para anticipar indulgencias a nuestras revoluciones en proyecto.

Tiempo después aparecería en La Rosa Blindada un artículo de León Rozitchner, “La izquierda sin sujeto” que, sin nombrarlo, polemiza con Cooke. John y León habían compartido sueños en Cuba, los unía la amistad y el mutuo respeto.

Para Rozitchner las “soluciones” capitalistas perpetúan el desequilibrio y la desintegración. El sistema ofrece soluciones oficiales a sus contradicciones; así, las verdaderas soluciones aparecen como clandestinas y fuera de la ley. Esas escapatorias de la cultura burguesa mantienen, en vez de resolver, los desequilibrios.

Plantea que Marx no hablaba solo de las condiciones materiales de producción en el sentido economicista, ya que toda sociedad humana no es solo productora de cosas, sino productora de hombres.

La cultura burguesa abre en el hombre un ámbito privado —unido a lo sensible —, separándolo del ámbito social —el orden racional, lo externo— que sin embargo lo constituyó.

Semejante separación, en el centro mismo del hombre, lo desconecta del proceso histórico que lo produjo. […] Si creyéramos en la cultura revolucionaria a la manera como la burguesía cree y ejerce su poder de formación de hombres, la cosa sería fácil: bastaría con darle al sujeto aquello que, proviniendo de la cultura, sirve para ubicarlo en el proceso de la división del trabajo social, precisando su tarea y colocándolo en su sitio.

Pero no es ese el objetivo de la izquierda. Mediante este procedimiento los fines burgueses se logran, pero los fines marxistas se pierden: no se lo convierte al sujeto en activo reorganizador de la cultura que asimila. Por el contrario, se lo pasiviza. […] Sospechamos que sin esta transformación el proceso no es efectivamente revolucionario. Sostengo que sin modificación subjetiva, sin elaboración de la verdad de la situación total en la que participa el hombre, no hay revolución objetiva. En todo caso: no hay revolución en el sentido marxista.

Para resumirlo en pocas palabras: pasar de la cultura burguesa a la cultura revolucionaria significa enfrentar la siguiente dificultad básica: 1) describir la contradicción del sistema burgués en todos los niveles de la producción social (económico, político, moral, etc.); 2) descubrir la permanencia de la contradicción, la permanencia de la estructura burguesa en el individuo mismo que adhiere al proceso revolucionario. (El destacado es del original.)

Llegamos al punto de la disidencia.

Para Rozitchner, hablar de “cultura revolucionaria” significa comprender los caminos que permitan desarmar la trampa de la burguesía. Trampa que afirma que, buenos o no tan buenos, los únicos caminos transitables son los modelos burgueses de rebeldía.

Por eso, hablar de “cultura revolucionaria” significa comprender primeramente cuáles son los caminos que nos permitan desarmar la trampa que la burguesía tendió en nosotros. Y el obstáculo que descubrimos cuando buscamos la actividad eficaz es el siguiente: los únicos caminos transitables, inmediatamente dados, por los cuales se nos permite conducir la actividad de izquierda, son los caminos amojonados por los modelos burgueses de rebeldía. Modelos que circulan atentos a las luces rojas y verdes, pero que sólo llevan, por último, al fracaso y a la justificación. Aquí, en estos modelos burgueses de rebeldía residen los enlaces sociales tolerados dentro de una congruencia que no fuimos capaces de deshacer: entre nuestra propia individualidad, nuestra sensibilidad así conformada, y el orden del mundo del cual depende. Y si la realidad está ordenada a la derecha desde dentro de nosotros mismos, puestos que fuimos hecha por ella, ¿cómo llenar con un contenido de izquierda a la teoría revolucionaria que recibimos con cargo de hacerla pasar a la realidad? ¿Cómo imbricar a la racionalidad revolucionaria para que anime a esta realidad social si no somos capaces de encarnarla, de situarla en el centro mismo de nuestra individualidad, por ahora ocupada por los modelos y las categorías de derecha? Una cosa es al menos cierta: la modificación no puede ser proyectada sólo a nivel de la objetividad política —que es el plano de la máxima generalidad— sino también convertir en política la propia subjetividad. Es decir, ser uno mismo el índice, el más cercano, de la imposibilidad de alcanzar la unidad de sí mismo dentro de la racionalidad burguesa, y del requerimiento tenaz de construir otro orden que nos contenga.

[…] Digámoslo de una vez: el proceso revolucionario es necesario porque el sujeto mismo lo requiere para dar término a sus propios conflictos, para realizar

al proceso que la lleve a su coherencia y su unificación. Se va viendo hacia dónde pretendemos ir: cuando hablamos de la “racionalidad revolucionaria” no queremos decir que el obrero se convierta en un intelectual, ni el intelectual en un obrero: con ser sólo lo que son, ninguno de ellos tiene el privilegio de la verdad. Nos referimos en cambio a lo que da término a la mera racionalidad del intelectual, o a la sensibilidad del obrero: al modelo humano en el cual el conflicto que ambos expresan halla su superación. Nos referimos al modelo humano de racionalidad hecha cuerpo, al nuevo ordenamiento hecho proyecto de solución, de esa organización de la realidad que aparece, como prototipo, en los conductores y dirigentes de los movimientos revolucionarios. (El destacado es del original.)

¿Conductores, dijo don León?

¿Conductores?, se me dirá. ¿Acaso Perón no fue uno de ellos? ¿Acaso no tenía él también su esquema revolucionario, su propia racionalidad? Pero entendámonos: no me refiero a la validez separada ni de la teoría ni de la actividad práctica. La doctrina “justicialista”, en tanto abstracción, no tiene validez en sí misma, como tampoco en sí misma la tiene la teoría marxista. El justicialismo no solamente es una falsa racionalización desde el ángulo de las ideas revolucionarias; no, aquí no reside la verificación de su verdad. Es falso, sobre todo, por el modelo de hombres que necesariamente lo encarnaron en tanto “modelos” que lo hicieron comprensible y en los cuales se encarnó como verdad histórica. (El destacado es del original.)

León ha llegado al punto. Qué revolución se hace sin revolucionarios, o con supuestos revolucionarios cuyos valores son los mismos del sistema que dicen querer destruir. Admite, don León, que desde algunos ángulos el proceso peronista tuvo su lado positivo. Pero piensa que el fracaso del peronismo es un buen ejemplo “de eficacia negativa, que linda con la contrarrevolución”.

Que el modelo peronista es un modelo de contención burguesa. Un modelo de

racionalidad adecuada al capitalismo. Un modelo que proporcionaba a la clase obrera, es cierto, el cálido sentimiento de su propio poder, pero la sujetaba a las formas de dominio y dependencia de intereses contrarios a su clase.

---

402 José Luis Mangieri (Buenos Aires, 14 de diciembre de 1924-1 de noviembre de 2008) fue un poeta y editor argentino. Publicó más de ochocientos títulos originales en las tres principales editoriales que tuvo (La Rosa Blindada, Ediciones Caldén y Libros de Tie-rra Firme) de escritores argentinos e internacionales del siglo XX, como Pablo Neruda, Ju-lio Cortázar y Nicolás Guillén, Yves Montand, Bertolt Brecht. En el momento de represión política también publicó obras de Antonio Gramsci, los vietnamitas Võ Nguyên Giáp y Ho Chi Minh, Mao Zedong y Ernesto Guevara.

Se afilió al Partido Comunista en 1953, trabajando como coordinador de la revista del Instituto Argentino-Soviético hasta 1959, fecha en que junto a Juan Carlos Portantiero, Juan Gelman y Andrés Rivera fue expulsado del PC.

Con Carlos Alberto Brocato creó en 1962 la editorial Ediciones Horizonte, que luego tomó el nombre definitivo de La Rosa Blindada, en homenaje al libro homónimo de Raúl González Tuñón. Bajo el gobierno de facto de José María Guido, fue detenido y encarcelado junto a otros personajes de izquierda vinculados a la cultura como Osvaldo Bayer y Juan Gelman.

A comienzos de los años ochenta, retomó su labor de editor con Libros de Tierra Firme, y desde la colección Todos Bailan difundió obras de Raúl González Tuñón, Raúl Gus-tavo Aguirre, Leopoldo Marechal, Juan Gelman, Francisco Madariaga, Raúl Gustavo Agui-rre, Joaquín Giannuzzi, Leónidas Lamborghini, Luisa Futoransky, Alberto Szpunberg, Dia-na Bellessi, Jorge Aulicino, Daniel Freidemberg, Irene Gruss, Jorge Fondebrider y Fabián Casas. El catálogo superó los trescientos cincuenta títulos.

403 León Rozitchner (Chivilcoy,1924-Buenos Aires, 2011) fue un importante filósofo, escritor, profesor y un notable intelectual. Enseñó en la Universidad de Buenos Aires y fue docente de la Fa-cultad Libre de Rosario. Fue muy reconocido por su compromiso con el contexto social y cultural, y disertaba fundamentalmente en el campo filosófico, al igual que el psicoanalíti-co.

Estudió en la Universidad de Buenos Aires y más adelante se traslada a París, donde sigue cursos en la Sorbona teniendo como profesores a Mauricio Merleau Ponty, Lucien Goldman y Claudio Lévi-Strauss. Se licenció en Letras en 1952 y obtuvo el grado de doctor en 1960. Fue uno de los colaboradores de la revista Contorno, dirigida por Ismael Viñas y David Viñas, junto con Noé Jitrik, Oscar Masotta, Carlos Correas, Rodolfo Kusch, Adelaida Gigli, Ramón Alcalde y Juan José Sebreli.

Entre sus obras se pueden nombrer: Persona y Comunidad (Buenos Aires, EUDEBA, 1963), Moral burguesa y Revolución (Buenos Aires, Tiempo Contem-poráneo), Ser judío (Buenos Aires, De La Flor, 1967), Freud y los límites del in-dividualismo burgués.(México, Siglo XXI. 1972); Freud y el problema del poder (Losada, 2003), Las Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia (Buenos Ai-res, Losada, 2006), Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la polí-tica (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985), Las desventuras del sujeto político (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996), La Cosa y la Cruz (Buenos Aires, Losada, 2001), El terror y la gracia (Buenos Aires, Norma. 2003), Materialismo ensoñado (Tinta Limón, 2011).

404 Néstor Kohan (Buenos Aires, 1967) es un filósofo, intelectual y militante marxista argentino. Publicó decenas de libros de teoría social, historia y filosofía. Se desempeña co-mo investigador del CONICET y profesor de la Universidad de Buenos Aires.

405 La Rosa Blindada (año 1, nº 6, septiembre-octubre 1965)

Onganía, el triunfo azul.

Informe a las bases

Corre 1966, John está definitivamente afuera de las grandes ligas.

La suya es una voz que se pierde entre las espiras del movimiento. Ha perdido la posibilidad de llegar a las masas, su militancia pasa por las ideas y la formación de cuadros. Como nunca antes, entiende la necesidad de que la práctica revolucionaria produzca una teoría revolucionaria, y que esta, a su vez, rectifique la práctica.

Apenas vuelto al país, John crea la Acción Revolucionaria Peronista, una pequeña organización, una usina.

• • •

El 28 de junio de 1966, el agónico gobierno de Illia es corrido al desván de los trastos olvidados por un golpe que, como gusta a la pompa militar, se da el nombre de Revolución Argentina. El azulino general Onganía, recientemente retirado, es vestido con las ropas de presidente. El golpe cuenta con la unanimidad de las Fuerzas Armadas, el fervor de las direcciones sindicales, la actitud expectante de la población y la colaboración esperanzada de amplios sectores peronistas.

Apenas producido, y mientras Perón dice desde Madrid que había que "desensillar hasta que aclare", Cooke elabora un documento que es un ajustado diagnóstico de la situación. Conocido simplemente como Informe a las bases[406], fue publicado en una pequeña tirada en noviembre de 1966. Este trabajo es medular en la obra de Cooke. Por no extendernos tomaremos solamente algunos de sus temas; lo que sigue, entonces, no pretende ser una síntesis sino apenas una muestra. Te invitamos a leerlo porque, al fin, siempre es mejor de primera mano.

Informe a las bases es una ácida crítica a la burocracia peronista que ahora mismo se siente atraída por el golpe de Onganía. Ese es el centro y la motivación del trabajo: la lucha interna dentro del movimiento. Cooke define al golpe de Onganía como liberal —pese a su supuesto antiliberalismo— y absolutamente reaccionario.

Por razones que podemos entender luego de haber visto su contestación al grupo Cóndor, no sale al cruce de Perón, que ha llamado a esperar.

A Cooke no le interesa hacer un análisis del gobierno del presidente Illia, apunta solamente que:

[…] se fue quedando sólo con el apoyo de las magras huestes de la UCRP, pues careció de política y en su lugar siguió varias políticas —a menudo contradictorias— que terminaban por dejarlo mal con todo el mundo.

Hoy, algunos incluyen al gobierno del doctor Illia entre los que tuvieron una política nacionalista, esa no es la idea Cooke, ya que para Cooke el nacionalismo sólo es posible como una política antiimperialista consecuente.

Para Cooke, lo precario del gobierno de Illia era su función. En marzo habría elecciones y el objetivo del gobierno era que no ganase el peronismo. No podía proscribirlo y las esperanzas en la división del movimiento habían fracasado con la elección de Mendoza.

Allí, en Mendoza, se jugó una batalla central en la política nacional: quién sacaría más votos, Alberto Serú García, el candidato de Vandor —quien había dicho: “hay que enfrentar a Perón para salvar a Perón”—, o Corvalán Nanclares, el postulante de Perón. El 19 de abril tuvieron lugar los comicios. Emilio Jofré, candidato por el Partido Demócrata, ganó tal como se esperaba. Sin embargo, el acontecimiento relevante fueron los 102.000 votos con los que Corvalán Nanclares venció al candidato vandorista que obtuvo apenas algo más de 62.000.

Las Fuerzas Armadas no estaban dispuestas a que se repitiera lo del 62. Había sido un bochorno: tuvieron que intervenir después de los comicios. Como siempre es mejor prevenir que curar, esta vez dieron el golpe con suficiente tiempo, casi un año antes. Para guardar las formas... para que no parezca antiperonista.

Más que el golpe, a John lo desvela el apoyo peronista al golpe.

Una gran parte del movimiento apoya a Onganía porque lo cree antiliberal. Ilusionados, confunden el 66 con el 43, y esperan el 45.

Hubo un acuerdo previo, sin dudas. Por eso los voceros del golpe omiten toda referencia agraviante al peronismo. No se encuentra gorilismo explícito en los documentos de la Junta ni en las palabras de Onganía. Este golpe, a diferencia del de septiembre del 55, morigera su aversión al peronismo en la justa medida en que este se aviene a integrarse. El 66 no es el 43 porque lo que menos desea es el 45.

Así que el golpe —el del 66— declara que ampara “a todos los ciudadanos”, y reclama el concurso de todo el pueblo. El mismo Onganía afirma: “he de gobernar para todos los argentinos sin distinción alguna”, y pide “la colaboración de todos sin exclusiones”.

Dice Cooke en Apuntes para la militancia:

En las bases peronistas hay descontento, desconfianza, irritación. […] Detrás de todo eso hay un estado espiritual de desasosiego, de vaga incertidumbre, de secreto desconcierto. […] El origen del descontento no es […] la violencia del régimen —ella está en la lógica de las cosas y nos confirma como su antítesis—, sino, las sospechas sobre la aptitud del Movimiento para doblegarlo. “Nuestra masa está librada a su intuición, a su probado espontaneísmo, al impulso exclusivo de factores sentimentales.”[407]

Ahora, a fines del 66 pregunta en Informe a las bases:

¿Cómo, después de los sucesivos callejones sin salida en que vienen metiendo al Movimiento sus dirigentes, no ilusionarse cuando de repente nos señalan que el reencuentro pueblo-Fuerzas Armadas, que venían anunciando como hecho ineludible y fatal, se ha cumplido y nos abre un atajo hacia el poder?

El descontento hace campo orégano a la ilusión. Pero ahora quiere ver por debajo de los espejismos que seducen a los ingenuos: y otra vez apunta a los que con inteligencia nada cándida confluyen con el golpe. A los que les dicen a las masas que el golpe es antiliberal.

Esos elementos [de supuesto antiliberalismo] aparecían confirmados por el trato que se dispensó a los sindicatos, que no condice ni con los antecedentes ni con los juicios reiteradamente expuestos por las Fuerzas Armadas a través de los años. La presencia radiante de los jerarcas gremiales peronistas en los actos de toma de posesión del mando del presidente Onganía y de sus ministros, la devolución de la personería a sindicatos privados de ella por el gobierno depuesto, la atención que se prestó a los planteos de los sindicatos, la participación que se anunció tendrían en organismos económico-sociales del Estado, indicaban una conducta que ya se había ido insinuando durante los trámites conspirativos.

Además, la supresión de la constitución del 57 y la disolución de los partidos políticos son consideradas conquistas de las que el peronismo obtendría jugosas ventajas por tres razones. Uno: pone en igualdad al peronismo con los demás partidos al extender a todos la proscripción. Dos: el peronismo queda como la única fuerza política, ya que puede seguir operando a través de sus estructuras sindicales. Y tres: el peronismo puede negociar con los golpistas ya que es el único en condiciones de proporcionarles una base de masas para apoyarse. A partir de esos elementos se argumenta que se está ante una encrucijada muy parecida a la del 43-45: "las masas peronistas y el Ejército constituyendo un bloque frente a las agrupaciones demoliberales".

Los contactos entre dirigentes burocráticos del peronismo y jefes militares son cosa corriente desde hace tiempo y responden a la interinfluencia de dos fenómenos. Uno de ellos es parte del deterioro del régimen burgués argentino, que acarrea el debilitamiento de las formas tradicionales de unificación de los intereses dominantes y exigió que los militares, dispuestos a desalojar un poder civil inocuo, buscasen algún tipo de compromiso que neutralizase en lo posible la oposición de las masas. El otro deriva de fallas internas de nuestro Movimiento. Si bien la inestabilidad del régimen y la potencialidad del peronismo son los dos aspectos de un mismo proceso, en las estructuras directivas del movimiento popular, por falta de una teoría revolucionaria y la consiguiente política de poder, se ha acentuado de más en más la burocratización, la "institucionalización" de una capa de dirigentes políticos y gremiales, que no enfrenta al régimen globalmente sino que es dentro de él que

concibe su estrategia (golpismo, frentes electorales, candidaturas “potables”), y por consiguiente también es allí donde busca apoyos.

Hacia 1966, el “deterioro del régimen burgués argentino” es su imposibilidad de dominar al peronismo; al que trata de neutralizar suspendiendo el sistema liberal burgués. Por eso la “inestabilidad del régimen” y la “potencialidad del peronismo” son dos caras del mismo fenómeno.

La solución del golpe es la integración de la burocracia peronista, en especial, aunque no solamente, la sindical. Cooke define lo burocrático:

Lo burocrático es un estilo en el ejercicio de las funciones o de la influencia. Presupone, por lo pronto, operar con los mismos valores que el adversario, es decir, con una visión reformista, superficial, antitética de la revolucionaria. Pero no es exclusivamente una determinante ideológica, puesto que hay burócratas con buen nivel de capacidad teórica, pero que la disocian de su práctica, y en todo caso les sirve para justificar con razonamientos de “izquierda” el oportunismo con que actúan.

[...] El burócrata quiere que caiga el régimen, pero también quiere durar; espera que la transición se cumpla sin que él abandone el cargo o posición. Se ve como el representante o, a veces, como el benefactor de la masa, pero no como parte de ella; su política es una sucesión de tácticas que él considera que sumadas aritméticamente y extendidas en lo temporal configuran una estrategia.

[…] Afirma que el peronismo no debe ser “clasista”, porque confunde la composición policlasista del Movimiento con su ideología, considerando que existen ideologías “policlasistas” o “neutras”. No puede entender que, en un frente de lucha, con el policlasismo estamos todos de acuerdo, pero que la ideología sólo puede ser o la revolucionaria del proletariado o la burguesa. (El

destacado es de D. S.)

La burocracia peronista decide que, con el golpe de Onganía, el liberalismo ha terminado. Augusto Timoteo Vandor controla las 62 Organizaciones y ahora va por la CGT. Pero el triunfo del candidato de Perón sobre el suyo en las elecciones de Mendoza, alienta a José Alonso —dirigente del gremio del Vestido y secretario general de la CGT— a pedir la renuncia del Lobo. Mala suerte para Alonso, que pierde el control de la central obrera.

Se produce entonces la fractura de las 62 Organizaciones. La nueva fracción, que responde a Alonso, tiene un nombre largo y militante: “62 Organizaciones De Pie junto a Perón” o, simplemente, las “62 de Pie”.

El liberalismo no perece porque a los burócratas se les ocurra extenderle el certificado de defunción; previniéndoles, de paso, que los preparativos funerarios del régimen militar están destinados a otra víctima, y no al liberalismo.

El peronismo surgió, efectivamente, como antítesis de la Argentina liberal. Expresaba fuerzas que habían crecido como consecuencia de la quiebra del sistema mundial de intercambios en que la Argentina estaba integrada como dependencia pastoril de los centros imperialistas, fuerzas que recibieron el estímulo del cese de importaciones durante la segunda guerra y determinaban una dinámica del desarrollo nacional que tropezaba con el molde de estructuras que sobrevivían al viejo esquema del trueque de excedentes agropecuarios por productos manufacturados. Al atacar el complejo de intereses oligárquico-imperialistas y negar los dogmas que durante ochenta años habían impreso una mentalidad homogénea en la apreciación y el manejo de las cosas del país, al expresar las reivindicaciones de la clase trabajadora que por primera vez se convertía en agente histórico asumiendo participación directa en las decisiones políticas, el movimiento peronista tuvo que luchar contra toda la antigua superestructura político-cultural representada en lo electoral por la Unión

Democrática. Por sus características de movimiento de liberación nacional que eclosionaba como resultante de fuerzas y procesos que por primera vez emergían al plano de la controversia pública, lo empírico casi siempre precedió a las formulaciones teóricas: pero partiendo de un estado de conciencia que rechazó la injusticia social y la servidumbre semicolonial. La deformación económica, geográfica y social, la descapitalización del país y la explotación del trabajo interno fueron denunciadas como males que tenían su origen en nuestra condición dependiente, instrumentada por el liberalismo como sistema de instituciones y como alineación cultural. (El destacado es de D. S.)

Queda claro por qué el peronismo surge cuando surge, expresando "fuerzas que habían crecido como consecuencia de la quiebra del sistema mundial de intercambios en que la Argentina estaba integrada como dependencia pastoril de los centros imperialistas", incluida, entre las fuerzas que expresa, una nueva clase obrera criolla.

También resulta visible que "lo empírico casi siempre precedió a las formulaciones teóricas". Podemos admitir que, por su condición de criatura recién nacida, el peronismo actuó sin tener una teoría. Incluso podemos agregar que radicales, socialistas y comunistas nada aportaron —más allá de algunas voces como Jauretche, Ugarte o Puiggrós—, a la conciencia antiimperialista.

Pero, aun así, debemos admitir que un movimiento heterogéneo hasta la contradicción, que en la cúspide tiene un líder bonapartista, no requiere, o mejor aún, repele la teorización, porque la elaboración de una teoría (no de un programa acotado, sino una teoría antiimperialista globalizadora) acabaría con su precaria unidad. La misma Comunidad Organizada fue presentada en sociedad no en un congreso político sino en uno filosófico. Prescindiendo —dada la incompetencia de este escriba— de cualquier crítica o valoración filosófica, sus bases políticas son tan endebles como la historia argentina ha sabido comprobar.[408]

Pero lo que parecen ignorar nuestros burócratas es que todo eso no lo produjo el liberalismo político sino el liberalismo económico.

De manera que no basta la suspensión de las instituciones liberales para proponer el acabose del carozo del liberalismo argentino que es su aspecto económico.

Los representantes de la minoría privilegiada del puerto de Buenos Aires, los unitarios, los que después de Caseros asumieron los intereses de la burguesía comercial portuaria, integrada luego a la oligarquía terrateniente, negaron siempre la participación popular en los asuntos públicos. Las complicidades con los jefes ingleses vencidos en las invasiones, las traiciones a Artigas, la segregación de la Banda Oriental y el sometimiento a los planes ingleses y a la corte imperial brasileña, los tratos para ponernos bajo el protectorado inglés o francés, los pedidos de perdón a Fernando VII, la resistencia a proclamar la Independencia, las maniobras que aún después de haberla proclamado se hicieron para ser acogidos como dependencia de las potencias europeas, el empleo de los ejércitos libertadores como fuerzas de represión contra las provincias, las maniobras con el Banco de Descuentos, el empréstito Baring Brothers, la entrega de las minas de Famatina, la negativa de fondos a las tropas que luchaban contra españoles o brasileños, etcétera, fueron siempre obra de minorías a espaldas del pueblo.

Las masas que habían peleado en las invasiones inglesas, y actuado en los hechos de Mayo, que formaron los ejércitos libertadores y que exigieron la Independencia, que reaccionaron contra los desmedros de nuestros intereses nacionales y resistieron ataques y bloqueos, no fueron nunca tenidas en cuenta por las minorías del privilegio económico. Y en esta nación que ellos hicieron con su sangre, les fueron negadas todas las libertades que refulgían en la retórica. El decreto de “vagos y mal entretenidos” o el proyecto constitucional de los rivadavianos en 1826, que reservaba el voto para la “gente principal”, fueron la expresión jurídica de una actitud constante. Después de 1853 se les cargó de derechos y garantías, pero como abstracción, como ciudadanía que existía en la

zona fantasmal de los artículos constitucionales y de los discursos; como seres de carne y hueso eran chusma productora de riqueza para el Imperio Británico; raza inferior destinada a la extinción; sin bienes ni tierra ni justicia, objetivo de las expediciones punitivas de Mitre y Sarmiento. La masa quedó segregada de los centros del poder; ya había cumplido su parte creando un país, ahora molestaba a los que iban a traficarlo. Quedaba en el ostracismo, depositaria única de los valores de la nacionalidad que ella había conquistado, y Martín Fierro gritó sus protestas desde las angustias del país profundo. Pero ya no contaba: había muerto la Argentina de las lanzas y faltaba mucho para la Argentina de las alpargatas. La cabeza del Chacho asesinado simboliza a la clase dominante argentina mucho mejor que los mármoles con que ella se ha idealizado.

Hermosísimo párrafo este, que condensa, mejor que las payasadas tradicionalistas, las desventuras de gauchos y chinas.

Hacia el tiempo que memora Cooke, era indetenible el proceso de integración de la economía argentina al mercado mundial. Las características de esa relación, si dependiente o soberana, es la discusión de fondo. Como en estas tierras meridionales ganaron los que en los Estados Unidos fueron los sureños vinculados a la explotación agropecuaria, el sistema capitalista tuvo como cimiento una burguesía de latifundios vinculados al mercado inglés como la sed al agua.

Esa burguesía no consideró ni a gauchos ni a indios ni a negros mano de obra proletaria y, como no los necesitaba, en vez de explotarlos los exterminó.

Incluso podemos decir que algunos, que tenían una visión más industrialista, como Sarmiento y después Pellegrini[409], tampoco consideraron posible la proletarización de estos sectores sociales, y corrieron a conseguir trabajadores europeos.

La voz en disidencia fue la de Lucio Mansilla, por razones que exceden este trabajo. Solamente queremos apuntar que el hecho que tanto la derecha como la izquierda tradicional hayan levantado al sanjuanino y recelado del porteño sobrino del Restaurador de las Leyes es altamente revelador.

Lo que sí funcionó y gozó de respeto sacrosanto fue el sistema económico de la Constitución liberal, que nos dejaba a merced del imperialismo inglés. El liberalismo, ideología de la clase burguesa en las naciones centrales en su período cenital, era un desastre para países como el nuestro, en estadios inferiores de evolución económica.

Se aplicó para consagrar el absolutismo de la propiedad privada, perpetuar los fueros del privilegio y sentar, con el libre cambio como doctrina comercial, la indefensión ante la penetración de las finanzas imperialistas, concentradas en nuestro medio económico incipiente; el resultado fue un siglo de desarrollo deformado y tributario, de imposibilidad de capitalización autónoma.

Este es el ardid oculto en la contradicción sarmientina de civilización y barbarie.

Si eso convenía a la minoría apátrida que se beneficiaba de nuestra condición de circuito complementario del capitalismo ultramarino, le impedía en cambio utilizar la superestructura político-electoral del sistema. Lo que hicieron, entonces, fue utilizar del régimen democrático-burgués la parte que se refería al libre cambio y a la libertad económica, mientras la democracia política quedó en la letra muerta del texto constitucional.

Así, en 133 años de vigencia, la democracia representativa funcionó de 1916 a 1930 y de 1946 a 1955, o sea, alrededor de veinticuatro años. Cuando se aplicó,

surgieron los dos movimientos plebeyos, populares, contrarios a la entente oligárquico imperialista, el yrigoyenismo y el peronismo (con las diferencias que corresponden a sus respectivas circunstancias). Ambos derrocados por golpes militares, si no recordamos mal.

Yrigoyen llega a la casa de gobierno porque, para las clases dominantes, defender el sistema político de la generación del ochenta era la peor de las opciones por el avance del radicalismo y de la izquierda (ocho años antes ya Alfredo Palacios era diputado). Una particularidad original de la oligarquía argentina

[…] ha sido su flexibilidad política, su capacidad para adaptarse a las circunstancias adversas a la espera de mejores oportunidades. Prefirió siempre la legalidad formal y la democracia artificial a la dictadura abierta, lo mismo que sus amigos y socios, los inversionistas ingleses.[410]

De manera que los cambios de la ley Sáenz Peña son consecuencia y no causa de avance de las huestes de Yrigoyen. Y el peronismo nació durante un gobierno militar, podemos decir en oposición al parlamentarismo fraudulento de la Década Infame.

Así que el golpe militar del 27-28 de junio ha terminado con lo que no fue aplicado del liberalismo, con lo que era un impedimento para lo que sí hubo siempre interés en aplicar.

Esa inautenticidad, que concebía al país desde la refracción de los intereses clasistas, idealizándolo como si lo real fuese la definición constitucional de nuestras libertades y no su desconocimiento permanente en la práctica concreta, fue una de las grandes modificaciones que denunció el peronismo, reconociéndose en las tradiciones del país y sus masas perseguidas y no en el

país oficial donde el pueblo sólo era una figura literaria, marginado políticamente y explotado desde adentro y desde afuera. (El destacado es del original.)

Ese empeño tan radical, tan de abogado constitucionalista, de confundir lo real con el Derecho (la Constitución) necesita de un engaño previo que, de alguna manera, el peronismo desechó: el Estado como árbitro ajeno de intereses de clase. Y este engaño, a su vez, necesita otro previo: el poder está en el presidente y, en menor escala, en los congresistas y, por fin, en los custodios de que todo marche bien: los jueces. No hubo texto escolar que se preguntase dónde está radicado el poder. El poder real.

El gobierno peronista puso el acento en una democracia concreta, se diferenció así de las risueñas y lacrimógenas posiciones formalistas, afectas siempre a confundir el empaque con la esencia.

La historia falsificada por Mitre fue rechazada como parte de la ideología del sometimiento al imperialismo y de la hegemonía de las élites, porque era una versión apócrifa del pasado que servía a una concepción general del país nociva para toda acción que buscase recuperar la soberanía desmedrada, interrumpir el drenaje de la riqueza o terminar con las injusticias.

La afirmación del rechazo peronista a la historiografía mitrista es discutible, ya que la visión revisionista fue impulsada desde el llano más que desde el gobierno. (Que no vio problema alguno con Sarmiento, Mitre y Roca, los equiparó con el bueno de Belgrano y con San Martín, y le dio a cada cual su línea férrea.) El papel de San Martín como padre de la patria se subrayó durante el gobierno peronista: pero fue un San Martín de dibujitos escolares (que llegará al colmo del ridículo después, en el año 70, con El santo de la espada, el lamentable film de Leopoldo Torre Nilsson).

Desde la negación del hombre argentino como factor de su destino y el encandilamiento ante las creaciones de los grandes países occidentales, toda una serie de acciones aseguraban la continuidad del sistema que el peronismo vino a suprimir: la economía autorregulada por el mercado, el papel neutral del Estado en lo económico-social, el Estado mal administrador, la supuesta igualdad de todos los contratantes, el respeto ilimitado por la propiedad privada, etc., etc. Todo eso lo negó el peronismo. Negaba incluso que en el Estado liberal, aún funcionando la legalidad electoral, el hombre fuese libre. Pero no renegó de la democracia, que permitió llevar a cabo las transformaciones necesarias y reparar las injusticias apoyándose en las masas.

[…] Los ideales invocados por la oligarquía argentina —Democracia, Libertad, Progreso, Civilización, etc.— la forzaron a convertir la vida política argentina en una farsa permanente, en que la oposición entre las declaraciones de principios, por un lado, y la práctica, por otro, fue lo permanente. En esa forma distorsionada propia de toda la deformación del país, se dio una contradicción que está en la esencia del Estado moderno: aunque se ha dado genéricamente el nombre de "liberalismo" al régimen burgués democrático, los principios liberales y los principios democráticos no han sido una sola y misma cosa sino dos filosofías que en algunas oportunidades coexisten armónicamente y en otras, las más, entraron en conflicto. La democracia afirma la soberanía del pueblo y el imperio de la voluntad general; el liberalismo pone en primer término ciertos derechos individuales que no pueden ser afectados por el poder público.

A partir de los primeros años cincuenta se produjo un cambio en la acción política de la burguesía industrial, que comenzó a adherir al liberalismo económico.

La burguesía industrial beneficiaria de esa política [la del gobierno peronista], no sólo no tomó parte activa, sino que, además, siguió en la órbita gravitacional política, ideológica y cultural de la vieja oligarquía terrateniente-mercantil. La prosperidad no fue obstáculo para que se sintiesen amenazados por el avance del poder de los sindicatos y las condiciones nuevas en que se desenvolverían las

relaciones obrero-patronales.

El deterioro de la balanza comercial por la baja de los precios de postguerra, la exclusión de nuestros saldos de las compras norteamericanas para el Plan Marshall, el agotamiento del fondo de divisas acumulado durante el conflicto mundial y hasta la calamidad natural de las dos sequías más grandes del siglo que causaron la pérdida de las cosechas de 1950-51 y 1951-52 determinaron el cese del auge y su empalme con una coyuntura depresiva. El gobierno fue logrando paulatinamente el restablecimiento del equilibrio y por primera vez en nuestra historia una crisis no se paga con un mayor aherrojamiento de la economía a manos del capital extranjero y con el hambre y la sed de las capas humildes de la población. Pero, al desaparecer las condiciones en que el ingreso nacional creciente permitía el enriquecimiento empresario y el mejoramiento de la vida de los trabajadores, la burguesía se pasó masivamente al frente antiperonista. (El destacado es de D. S.)

La historia nos invita a pensar la razón para esto. Y, al menos que creamos en algún designio genético o en incomprobables maleficios culturales, encontraremos la razón en que la burguesía concentrada agropecuaria seguiría siendo el centro gravitacional del conjunto de la burguesía.

En las décadas posteriores habrá momentos de mejores y de peores rentabilidades para la exportación de granos, pero el poder del sector seguirá intacto, al extremo de oponerse al imperio cuando así dictaran sus intereses. En marzo del 79, tropas soviéticas invadirán Afganistán y Estados Unidos decretará un embargo cerealero a la Unión Soviética. Invitará, entonces, a los países de su bloque a unirse a la medida. La dictadura terrorista argentina se negará a sumarse y venderá a los soviéticos todo el trigo y los granos que el Kremlin querrá comprar.

Pero, ateniéndonos a lo ocurrido, señalamos que no es exacta la tesis del frigerismo-frondizismo de que el gobierno cayó porque la clase trabajadora se

aisló; cayó porque la clase trabajadora, que era la que sostenía al régimen y la que contaba para un salto hacia la intensificación de sus tendencias más revolucionarias, no participó en la lucha en que se resolvió su suerte y la del país para un largo período histórico. El 17 de octubre fue un hecho de masas; el 16 y 21 de septiembre de 1955, las masas se enteraron por la radio de que habían perdido una guerra sin llegar a pelear en ella. (El destacado es del original.)

La idea de la clase obrera aislada, o mejor, de que el gobierno peronista se aisló al establecer vínculos exclusivos con el proletariado, como hemos visto, viene de don Arturo Jauretche. Ahora, que John reemplaza gobierno (idea original de Jauretche) por clase obrera, podríamos agregar que tal aislamiento fue una consecuencia de la dirección burguesa del gobierno. Es decir: si la clase obrera sostiene un gobierno con dirección burguesa, cuando la burguesía en su conjunto deja huérfano de apoyo al gobierno, los obreros tienen dos posibilidades: modifican la dirección del gobierno (y la suya propia en reconocimiento de sus intereses de clase) o caen con él.

En los años de la guerra fría, el capitalismo mundial se estructuró alrededor del liderazgo norteamericano. Las burguesías de los países dependientes, aun con sus contradicciones secundarias con el imperio, se plegaron a este ya que era el que podía proveer ayuda financiera, armamentos y capitales.

En nuestro país, la caída de Perón significó el ingreso del país en ese orden imperial: la política internacional repudió el tercerismo y las actitudes independientes. [...] En lo económico, la ratificación de los acuerdos de Bretton Woods (que el peronismo tenía encarpetados desde hacía años), nos incorporaron al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial; las restantes disposiciones de orientación económica dieron paso a la recolonización del país que fue servida por todos los gobiernos civiles y militares de los últimos once años.

Según Cooke desde Lonardi hasta Onganía se aplicó, con los correctivos que la

realidad impuso, un único plan, el de Prébisch.

Sus rubros principales eran: “Fuerte incentivo a la producción agropecuaria elevando apreciablemente los precios mediante el desplazamiento de los tipos de cambio” (o sea devaluación), “Restablecimiento del mercado libre de cambios”, “Desarticulación progresiva del aparato de medidas intervencionistas”, “Liquidación de empresas comerciales e industriales del Estado”, “Eliminación progresiva del control de precios de los artículos de primera necesidad”, “Eliminación progresiva de los subsidios a los precios” y “del control de cambios”, “Contratación de empréstitos exteriores”, “Desnacionalización de los depósitos bancarios”, “Transformación del Banco Industrial en un banco autónomo de desarrollo”.

[...] En cuanto a las consecuencias, están a la vista y las puede detallar cualquier obrero o su esposa. Las remuneraciones al trabajo que llegaron a constituir el 56,9% del producto interno durante la época peronista, bajaron rápidamente y llegaban al 45,9% en 1960, lo que significa que el ingreso de los trabajadores disminuyó para que aumentase el de los empresarios (dentro del sector empresario, se favoreció en gran medida a los terratenientes).

Así llegamos a la Revolución Argentina. John reproduce textualmente citas oficiales. En Políticas del Gobierno Nacional, del 13 de julio de 1966, se enuncia sin ambages que su propósito es “implantar un sistema económico en el que no haya lugar para totalitarismos que ahoguen la iniciativa, las energías y las libertades individuales, ni para deformaciones del sistema de libre empresa”.

No puede pedirse una definición más ortodoxa de fe liberal. Y aunque en la práctica tendrá que atenuarse en ciertos aspectos, no deja dudas sobre cómo se propone alcanzar la salvación nacional.

Recordemos lo que ha dicho Cooke más arriba:

[...] el golpe militar del 27-28 de junio ha terminado con lo que no fue aplicado del liberalismo, con lo que era un impedimento para lo que sí hubo siempre interés en aplicar.

Termina con las instituciones liberales para aplicar el liberalismo en la economía. Entonces pregunta:

¿En qué contraría este programa los principios de una economía ultra-liberal?

Es un secreto de nuestros jerarcas: seguramente está escrito en clave y los iniciados saben que todo es al revés de como lo leen las personas “de afuera”. Porque suponemos que no pensarán que este far west libre-empresista se atenúa en algo porque se acompañen frases sobre el “bien común”, la “justicia”, etcétera.

[...] ¿Creen que habrá monopolio estatal de comercio exterior, nacionalización de los depósitos bancarios, derecho de propiedad condicionado al deber de hacerla servir socialmente, propiedad del Estado sobre los bienes y servicios nacionales?

[...] Sin embargo, nuestros jerarcas, que son hombres “realistas” y no creen más que en lo concreto, han declarado que “se abre la perspectiva hacia un venturoso proceso argentinista” (62 de Pie), que “nos encontramos ante el momento expectantes del despegue” (José Alonso), que “adelantan su decidido apoyo a los enunciados contenidos en la proclama revolucionaria” (Sindicato de la Carne), que “nadie tiene derecho a frustrar esta esperanza” (Sindicato de Luz y Fuerza), etcétera. Vandor, March, Taccone, Coria, Izetta, han decorado con su presencia

las ceremonias de la dictadura, han avalado sus modalidades antipopulares, han silenciado sus atropellos y exaltado una presunta orientación nacional.

---

406 John William Cooke, Obras completas, tomo V, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011.

407 Apuntes para la militancia, en John William Cooke, Obras completas, tomo V, Eduar-do L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011.

408 La Comunidad Organizada fue presentada en el Primer Congreso Nacional de Filoso-fía, realizado en 1949 en la ciudad de Mendoza.

409 Carlos Enrique José Pellegrini (Buenos Aires, 1846-1906), varias veces legislador, fue vicepresidente en 1886. Cuando los sucesos conocidos como la Revolución del Parque determinaron la renuncia del presidente Juárez Celman, Pellegrini se hizo cargo de la pre-sidencia hasta finalizar el mandato en 1892.

410 Rodolfo Puiggrós, Pueblo y oligarquía, Buenos Aires, Galerna, 2006, p. 135.

Las huestes del doctor Justo.

Apuntes para la militancia

En Apuntes para la militancia[411] John recopila trabajos de 1964 y 1965. Para no repetir conceptos y para abreviar, tomaremos de Apuntes solamente un tema. Hemos visto arriba la ojeriza de John con el comunismo argentino, en Apuntes se la agarra con los socialistas. Y fue aún menos delicado.

El aliado más consecuente que siempre tuvieron los conservadores fue el Partido Socialista, que no solo los acompañó en las maniobras concretas contra el radicalismo —como luego lo acompañaría contra el peronismo— sino que daba fundamentación "científica" a los mismos dogmas que la oligarquía venía sosteniendo desde la época de Rivadavia. El Dr. Juan B. Justo, fundador y principal teórico, ignoraba la trama que formaban las finanzas, el transporte, la producción agropecuaria y su comercialización como sistemas disimulados de colonización. Aplicaba el esquema de las naciones industrializadas y planteaba la lucha de clases como dirimida entre el proletariado y los patrones de la industria semiartesanal de la época. Al tomar como blanco a esta última, le prestaba un magnífico servicio a la oligarquía vacuna, contribuyendo a que no abandonásemos la conducción agrícola-pastoril.

[...] La gran mayoría de los explotados estaba en el campo: eran los peones de estancia, los obrajeros, los hijos de la tierra convertidos en mano de obra miserable. El Dr. Justo los borraba del cuadro de la lucha por la transformación social, como si el capitalismo agrario fuese menos expropiador del trabajo ajeno que el capitalismo fabril. También borraba a la pequeña burguesía y al comercio independiente de las provincias, a los pequeños arrendatarios, víctimas todos del mecanismo oligárquico-imperialista. (El destacado es de D. S.)

Los socialistas argentinos entendían al capitalismo solamente de la manera en que se daba en Inglaterra, Francia o Italia. Escribió Justo el 1º de mayo de 1894 en La Vanguardia:

En todas partes las consecuencias del capitalismo son esencialmente las mismas, como lo son también los reclamos más perentorios del proletariado.

Borradas las diferencias, Justo negaba el desarrollo desigual, las formas precapitalistas de producción y las características que asumía la economía en cada país. No era ni es así. Nunca hubo tal extraordinaria simultaneidad en los procesos históricos, la formulación de Justo no fue más que un modelo ideal, que solamente estaba en las mentes socialistas, no en la realidad, mecanicista y, por ende, anticientífico.

Esto no sería más que una nota de color importante solo para los intelectuales especializados, si no tuviera notables consecuencias. Como la sociedad argentina no era la que era sino esa ilusión justista del capitalismo europeo, los socialistas no tenían otra alternativa que estar del lado de la civilización importada (la que traía el capitalismo) contra la barbarie nativa (que consideraban una anomalía). Se ubicaron, entonces, en la línea liberal, y tomaron partido por los unitarios contra las montoneras.

Además, como escribe Rodolfo Puiggrós:

[…] soñaban con tener como adversarios a un Clemenceau, a un Lloyd George, a un Orlando, y no a un Peludo lleno de mañas que hablaba en difícil.[412] [413] [414] [415]

Los socialistas se consideraban por encima del medio social que la fatalidad les hacía convivir. Sus escritos se alimentaban de los pensamientos de sus colegas ingleses, franceses, alemanes y escandinavos. Explicaban la historia argentina con un criterio europeo. Hacia 1961, durante la campaña previa a los comicios de febrero, Nicolás Repetto declaró que el pueblo argentino no era digno de los candidatos del socialismo democrático entre los que estaban nada menos que Américo Ghioldi.[416]

Sigamos con Apuntes:

Por entonces había unos 125.000 obreros ocupados en las industrias —semiartesanales, semifabriles—, los transportes y la construcción; 95.000 eran extranjeros. La gran afluencia de inmigrantes en el último cuarto de siglo XIX planteaba el problema de asimilarlos al país. Buenos Aires, con sus características europeas, no cambiaba la visión que los grupos más combativos del proletariado inmigrante traían de sus países de origen. Los socialistas, al incitar a la minoría de trabajadores industriales a proceder como grupo autónomo, y al fomentar los prejuicios contra el criollo, contribuían a demorar la integración de los trabajadores extranjeros con los trabajadores argentinos, a mantenerlos marginados cultural y socialmente de la comunidad en cuyo seno convivían.

Releamos: “Los socialistas, al incitar a la minoría de trabajadores industriales a proceder como grupo autónomo, y al fomentar los prejuicios contra el criollo, contribuían a demorar la integración de los trabajadores extranjeros con los trabajadores argentinos, a mantenerlos marginados cultural y socialmente de la comunidad en cuyo seno convivían”. Hay pocas cosas más reaccionarias que esta división del proletariado y este desprecio por lo nacional y americano.

John agrega una nota al pie muy interesante donde transcribe un párrafo del primer editorial de La Vanguardia:

Han llegado un millón y medio de europeos, que unidos al elemento de origen europeo ya existente, forman hoy la parte activa de la población, la que absorberá poco a poco al viejo elemento criollo, incapaz de marchar por sí solo hacia un tipo social superior.[417]

El doctor Justo (es verdaderamente una fuente inagotable) escribió en La Vanguardia del 7 de abril de 1894:

Venimos a representar en la prensa al proletariado inteligente y sensato.

Petulante actitud que desprecia las expresiones espontáneas de los trabajadores nativos y los separaba, definitivamente, del “proletariado inteligente y sensato”. Sigamos con John:

En lugar de facilitarles la comprensión de la realidad nacional [al proletariado inmigrante], los fijaban en una realidad que era solo porteña; de la cual también excluían a la masa de gente del interior que el monopolio de la tierra había ido empujando hacia la Capital y que se agrupaban en los suburbios trabajando como carreros, peones de mataderos, estibadores, vigilantes, etc.; los socialistas tenían hacia ellos la actitud que tuvieron los petimetres unitarios hacia los candomberos federales.

La Argentina quedaba seccionada en una porción industrial y en otra que no lo era, cuyos respectivos asalariados se incomunicaban entre sí y perseguían objetivos contrapuestos. Era una estrategia que podía deparar algunas mejoras a sectores reducidos del proletariado (creando nuevos motivos de desunión interclasista) pero le vedaba la lucha política para avanzar en conjunto como clase. Los obreros industriales, sin peso en el cuadro global de la economía

subdesarrollada, no podían ser factor de transformaciones revolucionarias si actuaban de espaldas al resto de los perjudicados por el sistema oligárquico-imperialista. (El destacado es de D. S.)

No obstante, hay algo que los trabajadores no inteligentes ni sensatos comprendieron espontáneamente y los socialistas no: era imposible que las semicolonias se desarrollaran por los mismos caminos que las naciones de Europa donde el capital había concluido la etapa de la libre concurrencia y ahora, en su fase imperialista, ahogaban sus economías.

A cambio de la fantasía de buscar una liberación exclusiva, para ellos solos, en medio de la Argentina desangrada, rompían el frente capaz de obtener una liberación real y abdicaban del papel que les correspondía dentro de ese frente como clase revolucionaria.

En suma, no les quedaba más que “el sindicalismo puro”, la lucha economista, por mejoras inmediatas, aunque debilitados por renunciar a la solidaridad de los otros grupos con intereses comunes... y votar por los socialistas con lo que terminarían de suicidarse.

Ahora bien, preparate:

Como el Partido Socialista era enemigo de la industrialización, la clase proletaria no crecería; y como también era librecambista y enemigo de lo que llamaba las “industrias artificiales”, cuando estas desapareciesen, los obreros sin trabajo aumentarían la oferta de mano de obra y bajarían los salarios. Limitándose a una política meramente encaminada a las mejoras salariales en la industria, estas servirían, por una parte, para aumentar la diferencia entre las remuneraciones de la ciudad y del campo, característica de los países subdesarrollados; al mismo tiempo, servirían de pretexto para el aumento de costos de producción y, sin

proteccionismo, las industrias quedarían en peores condiciones ante la competencia extranjera.

Con el transcurrir del tiempo, todas las rectificaciones que los socialistas hicieron a ese programa fueron para empeorarlo: el extremismo antiburgués que se utilizaba para dividir a las fuerzas populares se fue atenuando cuando amenazó perturbar el concubinato con los conservadores.

Con sus razonamientos "socialistas" el Dr. Justo produjo tesis tan admirables como las siguientes: afirmar que la huelga no sirve como medio de lucha para conquistar mejoras económicas (porque descubrió que aunque se obtenga el derecho buscado, "la clase gobernante queda a cargo de su forma de aplicación"); predicar el gandhinismo social ("para los trabajadores conscientes toda violencia declamada o instigada se hace cada día más sospechosa"); creer en la "revolución en permanencia", sin lucha de clases; admirar el sistema político inglés, ignorando que los trabajadores que él intentaba dirigir contribuían con su trabajo a pagar ese funcionamiento armónico ("Donde, como en Inglaterra, la clase capitalista gobernante comprende tan bien como el pueblo las verdades del socialismo, ella conserva su preeminencia moral y es capaz de conducir al país por el camino del progreso").

Y entonces, John agrega una nota al pie:

La preeminencia moral de la aristocracia inglesa y su vocación socialista es un descubrimiento que solo puede hacer un socialista argentino: la frase parece inventada.[418]

El doctor Justo estaba con Eduard Bernstein[419]: el capitalismo tiende a la distribución de las riquezas y no a la concentración del capital. Si esto es así, el paso al socialismo sería gradual y pacífico.

Decía Bernstein:

Una disminución relativamente progresiva en el número de los capitalistas y una riqueza creciente del proletariado o una clase media más numerosa: tales son las únicas alternativas que permite examinar el continuo aumento de la producción.[420]

Volvamos a los razonamientos “socialistas” del doctor Justo que enumera John:

[…] criticar la lucha violenta de los irlandeses contra la dominación británica; pronosticar poco antes de 1914 que en este siglo no habría guerras; embanderarse en el belicismo cuando estalló esa guerra “imposible”; oponerse al trazado de las líneas férreas nacionales; defender la libre empresa; oponerse a las estatizaciones; atacar la industrialización entre otras razones porque “prefería los productos extranjeros” de más alto nivel; o abogar por el librecambismo que nos engrillaba en la etapa agrícola-ganadera y arruinaba nuestra industria precoz (“Todavía hay estancieros que se les llena la boca cuando hablan de la industria nacional”; “La ilusión está en creer que el progreso del país depende de la implantación de industrias artificiales o que las buenas industrias necesitan protección legal”; “la tontería es no darse cuenta de que esa protección se hace en detrimento de su propia industria, de la ganadería y de la agricultura, bases del bienestar económico del país”).

Con estas menciones basta para apreciar que, si el Partido Socialista nos ha negado siempre hasta “la leche de la clemencia”, no es por oportunismo ni por improvisación, sino por una vocación rectilínea —desde la cuna hasta la tumba —. La oligarquía copiando instituciones liberales y el Dr. Justo remedando enfoques socialistas llegaban siempre a las mismas conclusiones y compartían los mismos prejuicios. Por ejemplo, al peón de campo y al obrajero que los oligarcas explotaban y denigraban, el Dr. Justo los crucificaba teóricamente

negándoles toda capacidad política. Su discípulo, el Dr. Repetto, explica que era imposible hacerles comprender razones porque “se trata de gente muy ignorante, envilecida en una vida casi salvaje, que llegaría tal vez, después de un ímprobo trabajo de propaganda, a sentir vagamente la explotación de que es víctima, pero incapaz de disipar de su cabeza la idea superstición que atribuye su triste condición a los designios de la fatalidad”. Su conclusión: “lanzarse a hacer propaganda entre los peones de los ingenios y los hachadores de leña es una obra dificilísima, llena de peligros para los que intentaran realizarla y a la que puede pronosticarse de antemano un resultado negativo”. Es una medida prudente para los socialistas no aventurarse fuera del ejido municipal; sobre todo si es para llevarles a los asalariados rurales la novedad de que los estaban explotando. Hay razones para creer que en el poco entusiasmo por los predicadores socialistas hay más buen sentido que retardo mental, como suponía el Dr. Repetto.

Para no dar la impresión de que somos parciales y solo mencionamos las modalidades que los hacen indistinguibles del conservadorismo, destacaremos algo que acredita a los socialistas como caso político único. Es el partido socialista del mundo colonial y semicolonial que nunca fue antiimperialista, ni siquiera doctrinariamente. Más aún: es el único partido socialista del mundo que ha defendido expresamente al imperialismo. Hasta los más viscosos amarillismos social-demócratas de Europa, beneficiarios y cómplices de la política colonial de sus burguesías, al menos en teoría han condenado al imperialismo. En la Argentina tenemos un fenómeno mundial: un partido socialista proimperialista en la teoría y en la práctica.

Pertrechados por la teoría de Eduard Bernstein (y alejados irremediablemente de Marx y Engels), los socialistas argentinos esperaban la homogenización de la humanidad por la simple evolución. Lejos de eso, los grandes capitales de los países europeos impidieron el desarrollo armónico del capitalismo en los países recientemente incorporados al mercado mundial. En el mundo ficticio de Justo, el problema nacional simplemente no existía. No había contradicciones entre la burguesía nacional y la burguesía imperialista, y si las había, no tenía ninguna importancia si el capital era nacional o extranjero.

Los designios de Estados Unidos de imponer su hegemonía en todo el continente no constituían ningún secreto; sus hombres de Estado lo venían proclamando desde hacía un siglo y había muchos hechos probatorios en exceso, la oposición a los proyectos de Bolívar para la unificación continental, la destrucción de nuestro Puerto Soledad en las Malvinas, el robo a México de más de la mitad de su territorio, las depredaciones en Nicaragua, la incursión naval contra Paraguay, eran algunos ejemplos. Pero cuando la intervención yanqui en Cuba, a principios del siglo XX, Juan B. Justo observó: "Apenas libres del gobierno español, los cubanos riñeron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner y mantener la paz a esos hombres de otras lenguas y otras razas. Dudemos pues, de nuestra civilización". Dudemos más bien de los socialistas cipayos; porque hasta los obrajeros analfabetos del Dr. Repetto saben que cuando los cubanos tenían ganada la guerra de la Independencia, en 1898, los norteamericanos, mediante una provocación, tomaron parte en la contienda y se constituyeron en usufructuarios del sacrificio de los isleños que venían guerreando desde hacía treinta años, firmaron un tratado de paz con España sin dar intervención a los cubanos, y se apoderaron de la Filipinas, Cuam, Puerto Rico, etc. En Cuba nombraron un gobernador militar y solo lo retiraron cuando se les dio la base de Guantánamo (que todavía ocupan) y se les reconoció el derecho de intervenir militarmente. Cada vez que había protestas por el fraude con que se elegía a un presidente amanuense de los yanquis, estos mandaban fuerzas amparados en esa concesión.

Únicamente a los socialistas argentinos se les podía ocurrir echarle la culpa a los cubanos de esas intervenciones imperialistas que sufrieron todas las naciones que estaban en el radio geopolítico de EE.UU.

Cuando decía "dudemos de nuestra civilización", se trataba de una ironía justista: quería decir que estaba seguro de nuestra barbarie. Como la civilización y el progreso solo pueden llegar del extranjero, también aplaudieron la maniobra yanqui que quitó una provincia a Colombia y creó la república artificial de Panamá[421]. Pensaban, como los yanquis, que nuestro continente sería un emporio de civilización si no estuviese poblado por latinoamericanos.

Los socialistas tenían una idea equivocada de lo que era el “internacionalismo proletario”, pero muy clara en cuanto al internacionalismo proimperialista. No era solo para América latina que pedían el plomo civilizador: también Asia y África los llenaban de ternura, desenmascarando a los que hacían cuestión por las crueldades de los colonialismos europeos. Decía el Dr. Justo: “No nos indignamos demasiado porque los ingleses exterminen algunas tribus de negros en África Central. ¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en África porque se acompaña de crueldades?”.

John toma la frase de un texto de Justo llamado Teoría y práctica de la historia. Detengámonos un poco en él, vale la pena.

Entre pueblos salvajes y bárbaros la guerra subsiste como forma instintiva de la lucha por la vida. Entre sociedades civilizadas ella es un crimen, cada vez más difícil de consumar y más peligroso para la clase privilegiada, a medida que avanza la conciencia política del pueblo trabajador.[422]

Para Justo, la guerra, entre los pueblos “salvajes y bárbaros”, no fue la primera forma de acumulación de capital sino un mero comportamiento animal. Sigamos leyendo a Justo:

No puede éste [el pueblo trabajador] reconocer a la guerra sino un objetivo legítimo, el de abrir nuevas zonas del medio físico-biológico para la vida inteligente, objetivo en que la guerra conserva su carácter primitivo de lucha biológica, y que llenado con sinceridad, abre nuevos territorios a pobladores propietarios, no sólo técnica y económicamente adelantados, sino también políticamente libres.

Al socialista Justo se le escapa el inconsciente con eso de “abrir nuevas zonas del medio físico-biológico para la vida inteligente”. Si se necesitó una guerra

para ocupar un territorio, es que otros hombres vivían antes; hombres a los que Justo no les otorga ni siquiera condición de inteligentes.

Cada pueblo está obligado a explotar por sí mismo o abrir a la explotación de los otros las riquezas naturales del suelo que considera suyo, so pena de perder su dominio por la violencia. Ante feraces llanuras sin cultivo o preciosos depósitos minerales que yacen sin aprecio, nada detendrá a la extensión del progreso técnico, aun cuando para realizarlo sea necesaria la guerra.

Cuando una nación no posee los recursos tecnológicos para extraer las riquezas del subsuelo o cultivar toda la extensión de su territorio, las naciones más desarrolladas le arrebatan sus riquezas. Digamos que esto es un hecho. Lo que hace Justo es justificarlo éticamente. Como dijo John al comienzo: dar fundamentación "científica" al robo.

Pero no solamente justifica, sino que alienta:

Los conflictos de esta clase, entre pueblos alejados ética y geográficamente, son tanto más simples cuanto mayor es la diferencia de cultura entre las partes combatientes. Con un esfuerzo militar que no compromete la vida ni el desarrollo de la masa del pueblo superior, esas guerras franquean a la civilización territorios inmensos.

Dicho de otra manera, la guerra contra los bárbaros es fácil y económica.

¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en África porque se acompaña de crueldades?

Pregunta el doctor. Y podemos escuchar su respuesta: ¡Claro que no!

Crimen hubiera sido una guerra entre Chile y la Argentina por el dominio político de algunos valles de los Andes, cuya población y cultivo se harán lo mismo bajo uno u otro gobierno.

Sería un crimen porque no sería una guerra entre un pueblo civilizado y uno bárbaro, sino entre dos pueblos civilizados. ¡Qué horror!

¿Pero vamos a reprocharnos el haber quitado a los caciques indios el dominio de la Pampa?

Y haberlos exterminado con las armas y el alcohol.

Pero Justo es un optimista. Confiado en un progreso continuo y lineal nos informa:

Con la difusión de la cultura, más raras se hacen las ocasiones de semejantes guerras.

Parece que el doctor cree, contra toda evidencia, que con más cultura la guerra se acabaría. Pero, para no parecer tan pueril, enseguida aclara:

Para que desaparezcan, sin embargo, será necesario que los pueblos marchen a la par por el camino de la Historia.

Y ahora, agarrate Catalina:

Suprimidos o sometidos los pueblos salvajes y bárbaros, incorporados todos los hombres a lo que hoy llamamos civilización, el mundo se habrá acercado más a la unidad y a la paz, lo que de[be] traducirse en mayor uniformidad del progreso.

Es como decir que para luchar contra la pobreza hay que matar a todos los pobres: muerto el perro se acaba la rabia.[423]

Sigamos con Cooke:

Claro que no, ¿para qué diablos sirven los negros y con qué derecho van a oponerse a ser conquistados? No se puede andar perdiendo el tiempo en sentimentalismos porque corre un poco de sangre de seres inferiores como los africanos, los asiáticos o los peones y obrajeros que no quieren que los socialistas les expliquen que son desgraciados.

Lenin, explicando la desviación reformista de los movimientos europeos que recibían su cuota del producto colonialista, dijo que "el partido obrero-burgués es inevitable en todos los países imperialistas"; ha mencionado asimismo que "en todos los países en los que existe el modo de producción capitalista hay un socialismo que expresa la ideología de las clases que han de ser sustituidas por la burguesía". En esta segunda categoría estaría el Partido Socialista de nuestro país pero sin describirlo totalmente. La Argentina, siempre al día con las modas del Viejo Mundo, quiso darse el lujo de tener un partido obrero-oligárquico-

proimperialista, una creación de la fantaciencia política. Desde que se acriollaron los inmigrantes, nunca más, consiguieron reclutar a un proletario. Cuando en la Casa del Pueblo ven acercarse a un grupo de obreros, cierran las puertas y piden custodia policial.

Un partido obrero-oligárquico-proimperialista.

---

411 John William Cooke, Obras completas, tomo V, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011.

412 Rodolfo Puiggrós, El yrigoyenismo, Buenos Aires, Galerna, 2006, p. 57.

413 Georges Benjamin Clemenceau (1841-1929), médico, periodista y político francés que alcanzó el cargo de primer ministro y jefe de gobierno en 1917 durante el régimen de la Tercera República Francesa.

414 David Lloyd George (1863-1945), político británico, primer ministro entre 1916 y 1922, durante la última etapa de la Primera Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra.

415 Vittorio Emanuele Orlando (1860-1952), primer ministro italiano desde 1917 hasta 1919.

416 Rodolfo Puiggrós, El yrigoyenismo, Buenos Aires, Galerna, 2006, p. 57, nota al pie.

417 John William Cooke, Obras completas, tomo V, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011, p. 274.

418 John William Cooke, Obras completas, tomo V, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011, p. 275.

419 Eduard Bernstein (1850-1932), integrante del Partido Socialdemócrata Alemán, es considerado el fundador del revisionismo marxista. Durante el gobierno de Bismarck estu-vo exiliado en Suiza, después fue a Londres, donde tuvo contacto con el socialismo mode-rado y gradualista de la Sociedad Fabiana y con el evolucionismo social. Fue delegado a los congresos socialistas obreros internacionales de 1889 y 1893. Sus tesis revisionistas in-cluyen la socialización gradual y pacífica.

420 Eduard Bernstein, Socialismo evolucionista, Valencia, F. Sempere y Cía., p. 60.

421 A fines de 1903, los Estados Unidos promovieron un levantamiento que separó Pa-namá de Colombia. Esto se debió a que el Congreso colombiano se negaba a entregar la soberanía de la zona del canal interoceánico en construcción. Días después se firmó un tratado por el que la Unión obtuvo la entrega a perpetuidad de diez millas a ambos lados del canal.

422 Juan B. Justo, Teoría y práctica de la historia, Buenos Aires, Líbera, 1969, pp. 135 y 136.

423 Hablando de si podríamos reprochar¬ a los europeos su penetración en África por-que se acompaña de crueldades, Justo aporta una justificación interesante: “Los africanos no han vivido ni viven entre sí en una paz idí¬lica; todavía en nuestros días, el jefe zulú Tschalka ha aniqui¬lado 60 tribus vecinas y hecho perecer 50.000 individuos de su propia nación”. Así que el europeo no hizo otra cosa que ahorrarle trabajo.

El hecho maldito de la política del país burgués

Corre mediados de 1967. No sabemos si John lo sabe: un feroz cáncer devora su cuerpo.

Tiene los días contados.

Si vivimos convencidos de algo, si el pasado tiene un peso. Si logramos algo. E incluso si no logramos nada, pero hemos tratado con ardor irrenunciable. Si colocamos en algo nuestra fuerza vital, la libido con que hemos sido regalados, es posible que sepamos morir.

John tiene los días contados, el cáncer es rápido en los cuerpos jóvenes.

Milita, escribe, dirige.

• • •

La revolución y el peronismo es su último trabajo.[424] *El líder de la izquierda peronista, el que fuera delegado y heredero de Perón, amanece en su agonía.*

El primer capítulo de La revolución y el peronismo comienza con un título que será la más célebre de las frases que la historia recordará de Cooke: “El

peronismo es el hecho maldito de la política del país burgués”.

Las burguesías adelantadas que impusieron en sus países la democracia liberal eran clases de vanguardia en esa época, y su hegemonía no se basaba solamente en el poder económico que les aseguró el manejo del Estado, sino que también impusieron su concepción del mundo a toda la sociedad; contaron con el consenso general para sus sistemas ideológicos y político-sociales.

En esos tiempos la burguesía era progresista, en el sentido que liberaba las fuerzas productivas que el vetusto sistema feudal había tenido encarceladas. Pero también —y debemos entenderlo como parte del mismo proceso— traía una concepción del mundo y del hombre que mejoraba la situación de otras clases sociales. El pensamiento burgués fue hegemónico y la burguesía que lo pergeñó la clase dirigente.

En la Argentina, esas instituciones las impuso una oligarquía portuaria comercial y terrateniente, al margen de la voluntad del pueblo: le faltó el requisito de la universalidad, que hace de una clase la expresión, en un momento histórico, de la sociedad en su conjunto. Su política no estaba trazada en función del país como unidad sino de la parte de la pampa húmeda que se fue incorporando a la producción con destino al comercio exterior, formando un circuito con los centros industriales europeos.

La no participación popular fue acompañada por el sostenido exterminio de gauchos, negros e indios.

La burguesía no puede buscar el exterminio del proletariado, su clase antagónica, porque lo necesita en la producción, es decir, para la apropiación de la plusvalía que produce su trabajo. La oligarquía no estaba preocupada por el desarrollo industrial y necesitaba escasa mano de obra; además, no vio en los gauchos

“malentretenidos”, ni en los negros, ni en los indios la poca mano de obra proletaria que requería. Y, como no los necesitaba, se dio por no ahorrar su sangre. Sarmiento lo puso negro sobre blanco en su carta a Bartolomé Mitre del 20 de septiembre de 1861. Ahí expresó con su original falta de escrúpulos:

No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre de esta chusma criolla incivil, bárbara y ruda, es lo único que tienen de seres humanos.

El genocidio fue acompañado con la ampliación de las fronteras, primero completando toda la pampa húmeda y, hacia comienzos del siglo XX, la Patagonia. Y ambos —genocidio y ampliación de las fronteras— fueron la consecuencia de la incorporación rampante del nuevo país al mercado mundial vía el Imperio británico.

La ampliación de las fronteras tuvo un sinónimo: el ferrocarril, es decir el brazo terrestre del puerto. Cuando el proceso se cumplió, la oligarquía nacionalizó el puerto de Buenos Aires. El Congreso sancionó la Ley Nº 1.029 de Federalización de la Ciudad de Buenos Aires y declaró “Capital de la República al Municipio de la Ciudad de Buenos Aires” un cínico 20 de septiembre de 1880. La razón es obvia y nada tiene que ver con el ilusorio federalismo que se enseña malamente en las escuelas: la aduana podía ser nacional porque la nación ya le pertenecía a la oligarquía terrateniente.

Podemos decir que el proceso que culmina en 1880 es el triunfo final de los terratenientes vía la multiplicación de las tierras laborables que el mercado mundial de alimentos necesitaba.

Lo hizo de la mano de Julio Argentino Roca, el fundador de la nueva Argentina, de la Argentina moderna. Él combatió las montoneras federales, guerreó al

Paraguay del mariscal Solano López y llevó adelante el genocidio en el "desierto". Fue tanto lo que le dio a la patria terrateniente, que aún hoy se multiplican sus bustos y las calles con su nombre por todo el país.

La asociación de la oligarquía con el Imperio tuvo sus buenas y sus malas. Es decir, para tirar manteca al techo en París había que asumir una posición de subordinación a Londres, pero no de total entrega. (Salvo cuando entraron en pánico por la crisis mundial del 29 y firmaron el pacto Roca-Runciman.)

Como escribió Alejandro Horowicz:

Allí reposa condensada en una sola frase la tragedia de la historia argentina: los terratenientes son su clase nacional. Son suficientemente nacionales para impedir que la sociedad argentina constituya un enclave colonial, pero no son lo suficientemente nacionales para impulsar un país independiente. (El destacado es del original.)[425]

Volvamos al texto de John:

Recién en 1880 se completó la integración del país como unidad nacional, aunque dentro de los moldes impuestos por la complementariedad semicolonial con el imperialismo inglés. Así fue como la burguesía comercial y terrateniente nunca aplicó el sistema democrático-liberal (y sí el liberalismo económico), y buscó suprimirlo las dos veces que funcionó, por medio de los golpes reaccionarios de 1930 y 1955.

Esa oligarquía, como hemos visto, no solamente no se comprometió con el desarrollo económico, sino que —salvo algunas voces que ya hemos apuntado—

vio en el desarrollo un peligro para sus intereses. Su negocio principal fue exportar productos de la tierra e importar bienes de consumo. Y hacer construir muchos edificios, especialmente en la Capital. (Entre ellos —y citando solo los de Buenos Aires— el Jockey Club, el demolido Teatro La Ópera, el puerto, la apertura de la Avenida de Mayo, el viejo y el nuevo Teatro Colón, el Congreso Nacional, el Correo Central, el Palacio de Justicia, el Palacio de Aguas Corrientes de la calle Córdoba, el Colegio Nacional, y la vieja Biblioteca Nacional de la calle México que Paul Groussac supo arrebatar a la Lotería, que era su original destinataria.)

La oligarquía nunca logró convencer a una parte mayoritaria de la sociedad. No hubo en esto un déficit publicitario, ya que en los primeros cincuenta años (1880-1930) —a diferencia de este último medio siglo— tuvieron buenos publicistas. No convencieron porque no pudieron crear un frente que incluyese al proletariado industrial y agrario. Apenas supieron contar, y por momentos, con sectores de la pequeña burguesía, y más por la alergia que las capas medias tienen a los trabajadores que por consenso de ideas. Bo fue entonces una clase dirigente, se conformó con ser una clase dominante.

No pudieron encabezar un frente porque su capitalismo era un capitalismo tan estrecho que, simplemente, no tenía socios. Y, porque no pudo convencer a la sociedad es que se dio a promover golpes de Estado.

A partir de 1945, el país realizó, bajo el liderazgo de Perón, su proceso democrático-burgués, aunque en forma indirecta, como imposición de un frente antiimperialista cuya base de apoyo estaba en la clase trabajadora, sectores de la clase media y el sector nacionalista del Ejército.

Entre el 45 y el 55 la Casa Rosada tuvo una óptica nacional y, a juicio de este comentarista, limitadamente antiimperialista.

(Sabrán los compañeros peronistas disculpar esta mirada agria. Tengo por las expresiones peronistas populares una gran empatía y creo haber gozado en mi vida de su amistad; desde el respeto es que digo que el peronismo se quedó en un punto, no franqueó una línea, no arrojó de la barca común a los grandes terratenientes de la zona núcleo, no quiso molestarlos hasta la misma destrucción, creyó que podía incluirlos en la Comunidad Organizada y, por eso, no fue cabalmente antiimperialista.)

El primer peronismo fue posible porque la oligarquía, ese aliado imprescindible del imperio, estaba golpeada y confundida: el país debía pasar a la esfera de los Estados Unidos, que había ganado la guerra y tenía de sobra todo lo que el país producía, mientras que la antigua potencia británica, compradora de los productos agropecuarios, estaba de rodillas.

Si hubo un momento para destruir a la oligarquía terrateniente fue ese.

Pero la burguesía no concentrada, industrial y con intereses en el mercado interno, era demasiado débil para liquidar a la oligarquía agroexportadora, y el peronismo prefirió no llevar adelante una reforma agraria que le diese justa muerte. Preferencia que, a su vez, morigeró su aliento antiimperialista. Morigeración que, a su vez, repercutió frenando aún más las pulsiones antioligárquicas.

El tiempo pasó. Siempre pasa. Y siempre corre a favor de lo que Cooke llama el statu quo. Por eso los cambios de raíz se hacen rápido y a las apuradas. Por eso sostenemos con Cooke que un nacionalismo carente de antiimperialismo está condenado a un pasajero momento de gloria.

De donde no se debe deducir que, en un inútil acto de suprema higiene intelectual, haya que combatir al nacionalismo tibio, sino exactamente lo

contrario.

No se trata de estar en contra, sino de impulsarlo, incluso pese a sus dirigentes. Seguramente pese a sus dirigentes. Tampoco sirve a la causa revolucionaria plegarse a él sin condiciones: se trata de disputar ferozmente para las clases populares la dirección del proceso. No es una cuestión de vasos medio llenos o medio vacíos: se trata de lo que sirve para el avance popular, para la síntesis de su experiencia política.

Cuando desaparecieron las condiciones de la gran prosperidad de postguerra, y se cerró el ciclo de ingreso nacional creciente, se agudizó la lucha de clases. Pero las contradicciones ya no se dieron tajantemente entre dos frentes tal y como se constituyeron en 1945, sino también en el seno del peronismo entre el Ejército, partidario de la industrialización pero no de la política social demasiado avanzada, y la clase obrera, que al fortalecerse tendía a radicalizar al movimiento; entre la burguesía, que había progresado con el régimen y ahora deseaba aumentar las cuotas de plusvalía y buscar acuerdos con el imperialismo, y el proletariado que defendía su salario y las tendencias progresistas de nuestro Movimiento; entre los burócratas, que trataban de "consolidar las conquistas", y la corriente popular, que se oponía a la pérdida de la dinámica renovadora.

Y entonces Cooke sintetiza el drama peronista:

Lo que en 1945 había sido una concentración de poderío mediante la amalgama de fuerzas diversas, se transformó en causa de nuestra debilidad, cuando éstas tendieron a chocar.

Dicho de otra manera: la disputa interna dentro del peronismo como expresión transparente de la lucha de clases.

En lugar de aquella unidad existía una dispersión que se disimulaba por el liderazgo de Perón, aceptado sin reservas por la clase trabajadora y con apatía creciente por los otros sectores de nuestro Movimiento, hasta convertirse en simulación a la espera de la oportunidad para defeccionar. Durante bastante tiempo el prestigio de Perón evitó las colisiones; pero aunque podría absorber esas contradicciones, no las suprimía; algunas aparecieron a la luz en los momentos previos al golpe de setiembre del 55, otras después de la caída. El desequilibrio era ya ostensible y el frente estaba desarticulado.

Cooke no define, ni siquiera en este, su último escrito, como jugó el liderazgo de Perón en el escenario de lucha de clases en el peronismo. No es que no se lo haya preguntado, ni siquiera afirmamos que no tuviera una respuesta; simplemente, no la expresó. Y murió antes de que esa definición fuera del todo imprescindible.

Íntimamente relacionado con la forma en que el liderazgo de Perón influyó en la lucha de clases en el interior del peronismo, está el hecho de que ese liderazgo fue “aceptado sin reservas por la clase trabajadora”. Perón lo supo desde siempre; por eso, apenas ganadas las elecciones, el 23 de mayo de 1946, resolvió la disolución de las organizaciones que habían apoyado su campaña y la fundación de un nuevo partido: el Partido Único de la Revolución. Tal ardid tenía un solo objetivo: la disolución del Partido Laborista. No deseaba una organización política obrera, aunque fuera reformista.

Eso explica por qué el peronismo, los peronistas, seguimos siendo el hecho maldito de la política argentina.

El peronismo es el hecho maldito de la política argentina, o como escribió en el título: de la política del país burgués, por su componente proletario, sin el cual —piensa Cooke— el peronismo ya no sería peronismo. Y fue cierto, hasta

Carlos Menem.

La cohesión y empuje de nuestro Movimiento es el de las clases que tienden a la destrucción del statu quo. Pero la ideología del Movimiento no está en correspondencia con ese papel objetivo y concreto dentro de la sociedad argentina.

Para Cooke el peronismo es esencialmente revolucionario, pero no se piensa revolucionario.

El peronismo no es la maravilla de los siglos, como por momentos hemos parecido creerlo muchos de sus militantes, ni el partido revolucionario tal como se lo concibe desde el punto de vista del marxismo.

Debemos entender por “el marxismo” al Partido Comunista vernáculo: un partido de ávidos lectores de Marx y Lenin, una fuerza homogénea, con una dirección férrea, con un “centralismo democrático” que ahogaba dudas y disidencias. Un partido que pensaba una revolución abstracta más parecida a un balance de suma cero que a la vida.

Pero tampoco es un partido de la burguesía ni una alienación de la clase trabajadora, tal como lo concibe un izquierdismo pueril que adjudica a un proletariado ideal ciertos niveles teóricamente determinados y luego los toma como pautas para juzgar al movimiento obrero concreto. (397)

Como el ideal es siempre inalcanzable por la realidad, ese izquierdismo pueril no busca influir en lo probable, sino que lo desecha por no parecerse ni ahí al sueño.

La fórmula de Cooke es:

El peronismo fue el más alto nivel de conciencia a que llegó la clase trabajadora argentina. Por razones que sería largo explicar aquí, el peronismo no ha reajustado su visión…

Tales razones remiten a un hecho que parece indiscutible: las vertientes obreras y antiimperialistas del peronismo nunca tuvieron el control del peronismo.

Ni siquiera cuando John William Cooke fue el delegado y heredero.

[…] y sigue sin elaborar una teoría adecuada a su situación real en las condiciones político-sociales contemporáneas.

Pero la teoría capaz de movilizar y dirigir hacia la victoria a ese animal de cuerpo obrero y cabeza burguesa que es el peronismo, solamente podría negarlo en un sentido dialéctico: solo podría superar al peronismo.

Los peronistas en conjunto no hemos llegado aún a comprender que ese déficit es el que nos costó la caída del gobierno y que mientras persista no nos será posible llevar a cabo seriamente y con éxito la toma del poder. Por eso es que hemos sido formidables en la rebeldía, la resistencia, la protesta; pero no hemos conseguido ir más allá porque, como alguna vez lo definimos —con gran indignación de los adoradores de mitos y de fetiches— seguimos siendo como Movimiento, un gigante invertebrado y miope.

Un gigante invertebrado y miope, como conviene a una cabeza burguesa.

---

424 John William Cooke, La revolución y el peronismo, en La lucha por la liberación nacio-nal, Granica, Buenos Aires, 1973; y en Obras completas, tomo V, Eduardo L. Duhalde com-pilador, Colihue, Buenos Aires, 2011. Fue pensado para circulación interna de la Acción Revolucionaria Peronista, pero Alicia Eguren le daría conocimiento público en 1971.

425 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011, p. 17.

Los payasos solemnes

En enero del 66 se había celebrado en la Habana, la Primera Conferencia Tricontinental, en la que participaron más de quinientos representantes de organizaciones políticas, sindicales y estudiantiles de América latina, Asia y África.

Meses después, con el fuerte apoyo de Salvador Allende, surge la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que integran agrupaciones antiimperialistas de América latina. Su primera conferencia comienza el 31 de julio de 1967, también en la Habana, con participantes de más de cuarenta países. Cooke preside la delegación argentina, integrada entre otros por Juan Carlos Coral (Partido Socialista Argentino, la escisión hecha por Alfredo Palacios), Ismael Viñas (Movimiento de Liberación Nacional, más conocido como MALENA, con tesis cercanas al nacionalismo revolucionario y antiimperialista, que se disolvió luego del Cordobazo, no sin antes alcanzar cierta influencia en sectores medios y universitarios), Carlos Laforgue (Juventud Peronista) y Alcira de la Peña (Partido Comunista).

En la conferencia tiene lugar una lucha encarnizada entre la línea prosoviética y la procastrista, entre la “moderación” y la lucha armada. En su discurso John toma posición:

Si en la Tricontinental la Delegación Argentina afirmó que la solidaridad debía dejar de ser atributo del espíritu para transformarse en una categoría revolucionaria como imperativo de una práctica combatiente, ahora vemos la forma de cumplir este anunciado. Con esto queremos decir que aquí debe sellarse la solidaridad dinámica de América Latina en busca de su liberación, para lo cual hay que renunciar a sustituirla por vaguedades y contorsiones conciliadoras, que unen abstractamente lo que en la práctica es incompatible. La

unidad en base a vagas fórmulas, a la indefinición y la prórroga de los conflictos, pudo haber sido posible y conveniente hasta hace muy poco. Ahora es inconcebible.

Imaginemos a Cooke evitando los rostros de Luis Corval o de Rodney Arismendi para no cargar aún más sus palabras.[426]

No será por malicia de nadie si algunas conciliaciones resultan imposibles. Ni por falta de tolerancia, pues los que discrepan con nosotros en puntos fundamentales, deben comprender que, precisamente, el tipo de unidad revolucionaria combatiente que consideramos la única válida y posible excluye ciertas transacciones que implicarían convertir la unidad en un fin al que se sacrificaría el objetivo supremo de la liberación.

[...] Si bien en determinados y excepcionales países funciona la institucionalidad burguesa, y es lógico que los revolucionarios sigan una política sobre la cual no nos consideramos autorizados a emitir juicios, la estrategia general sólo puede ser planteada en base a la lucha armada, con miras a una confrontación cada vez más generalizada.

Cuando vuelca su mirada hacia nuestro país, Cooke quiere de ser cauto; preside la delegación argentina, y trata de mantener el equilibrio interno de la delegación:

En cuanto al caso particular de nuestro país, las organizaciones presentes comparten la opinión de que no es excepción sino todo lo contrario, de esa situación global. Si alguna discrepancia existe, es metodológica, e imposible de dirimir por el simple debate crítico: se trata de aspectos prácticos de la lucha para tomar el Poder, liberar la Nación e implantar el socialismo, y no hay más argumento que la práctica misma.

No tenemos fórmulas infalibles y la unidad que propugnamos como única posible no implica dispersarnos y correr a montes y trincheras, o a barricadas. Pero sí compartir la voluntad, de actuar con miras a una estrategia insurreccional común. Los realistas que viven plácidamente a la espera de condiciones que ellos estiman, por misteriosos sistemas de medición teórico, condiciones que tienen la propiedad de estar siempre más allá de las imperantes en cada momento real, creen que entre la política burguesa y el asalto final del proletariado (que será una epopeya gloriosamente lejana asegurada por determinismos que la historia les ha confiado en secreto), sólo quedan el aventurerismo y el delirio suicida. Pero nosotros sabemos, tan bien como ellos, sumar soldados, cañones, tanques: solamente que esa lógica y esa aritmética no nos parecen aplicables. No conocemos ningún caso en que una revolución las haya empleado. (El destacado es de D. S.)

Estados Unidos ya sucumbe herido de muerte en Vietnam, meses después se producirían en Francia gigantescas manifestaciones estudiantiles anticapitalistas. Estamos a un año y medio que la Argentina fuese recorrida por el temido fantasma de la alianza obrero-estudiantil en Córdoba y Rosario.

Sabemos, en cambio, que fuera del magro repertorio táctico que ellos manejan, hay otros métodos que buscamos poner en práctica. Que si en nuestro país no hay lucha insurreccional, hay tareas insurreccionales y el propósito en mucha gente, dentro y fuera del Comité, de llevarlas a buen término. Y si hasta ahora no lo logramos, no volcamos la responsabilidad en inalcanzables condiciones objetivas, sino en otras que no hemos logrado superar, y entre las cuales bien pudieran estar nuestros propios déficits como vanguardias. Pero eso es superable. Siempre que lo intentemos por los caminos que son los del triunfo popular revolucionario.

Creemos que América está demasiado llena de varones prudentes, administradores prolijos del buen sentido y la verdad revolucionaria por igual. Está llena de personas sensatas, respetuosas de la respetabilidad, de

racionalizadores de la inacción, de payasos solemnes. Y que están tan muertos como las ideas que exponen con la seguridad magistral de los que jamás ven nada. (El destacado es de D. S.)

La posición de Cooke es claramente contraria a la pregonada por los partidos de la línea moscovita. Podemos imaginar que se han renovado sus polémicas con el Partido Comunista, desde aquella que, en esa misma tierra cubana, sostuviera con Fernando Nadra. O quizá no, quizá solamente ignoran sus discrepancias a sabiendas de que todo arreglo es imposible.

A pocas semanas de estas palabras, terminada la Conferencia y ya Cooke en Londres de paso hacia París, donde deberá permanecer algunos días esperando contactos, sucede lo sorpresivo.

Es el previsible huracán de la fatalidad.

---

426 Luis Corval (1916-2010) y Rodney Arismendi (1913-1989), dirigentes de los partidos comunistas de Chile y Uruguay respectivamente, afiliados a las posiciones soviéticas.

Un 9 de octubre de 1967

Santa Cruz es un rico departamento en el oriente boliviano. Al suroeste de Santa Cruz se encuentra la provincia de Vallegrande. La Higuera es una pequeñísima localidad de la provincia, apenas un caserío. Allí es muerto, el 9 de octubre de 1967, el Che Guevara.

John se encuentra en Londres cuando recibe la noticia. Lo que sigue son fragmentos de apuntes reunidos por Alicia Eguren.[427]

Buscando su destino americano el Che Guevara se encontró, en un recóndito paraje agreste, con la muerte de metralla que desde hacía mucho tiempo formaba parte de su cotidiana contingencia guerrillera. Aunque las difíciles circunstancias en que se venía desenvolviendo el grupo de patriotas a su mando multiplicaban el coeficiente de esa probabilidad, el hecho nos produjo la impresión de absurdo y gratuidad con que se reciben las muertes prematuras y cercanas.

En todo el mundo se le rinde homenaje al combatiente caído. Pero Cooke, que ama al Che, siente que su muerte es demasiado importante para dejarse llevar por la emoción:

Esa loable amplitud de los homenajes conspira, por otra parte, contra la comprensión de las auténticas proyecciones y significado de lo ocurrido, y se presta a que el periodismo encubra sus tergiversaciones tras el fácil reconocimiento de algunos méritos personales al enemigo ya aniquilado.

Porque, claro, mientras lo meritorio esté en la órbita de lo individual no hay

problema. El sistema capitalista y el imperio no tienen problemas que su brazo publicitario, el periodismo, reconozca la sincera entrega al prójimo, la valentía sin límite, la estoica superación del asma. Todo lo contrario: es bueno alabar esa voluntad sin quiebres, hacerla, finalmente, parecida al sueño americano.

Propósito que cumplen también ciertas lágrimas de cocodrilo “izquierdistas”, buscando saldos póstumos del héroe a quien en vida combatieron con perfidia, y de paso propagando equívocos y malentendidos sobre sus acciones e ideas.

Es que, una vez muerto el Che, la línea moscovita, la que, atenta a los intereses de la Unión Soviética, propone el paso pacífico y la convivencia con el imperialismo, se adueña rápidamente del guerrillero caído.

La consecuencia con los principios llevados hasta el sacrificio de la propia vida es un espectáculo humano admirable. Reivindicar a nuestro compatriota como otro de los ejemplos ilustres que registra la Historia podrá parecer a algunos el máximo tributo a su memoria.

Para nosotros, desentenderse de cuáles sean los principios que lo inspiraron es sustituir el acto real y concreto por su representación; eliminar su vivencia histórica para reverenciarlo como simbología estética.

Nuevamente, ver en el Che al individuo atemporal, a una entrega sin ideología. Solo respiración, solamente emoción, un individuo extranjero de ideas. Un héroe.

Su desaparición recarga el complejo de factores adversos que afrontamos: es evidente el reflujo del entusiasmo y la combatividad en medios donde la prédica

revolucionaria encontraba ecos propicios hace apenas un año, y la pérdida de confianza en la viabilidad de una salida insurreccional en sectores que en principio aceptan que no hay transición pacífica hacia un país autodeterminado interna e internacionalmente y apto para satisfacer las reivindicaciones de los desposeídos. Este ambiente fue aprovechado por la nube de teóricos que viven racionalizando la pasividad y predicando un “realismo” prudente que es una modalidad estricta del reformismo. (El destacado es de D. S.)

Otro de los temas que John escribe —recordemos que son solo apuntes— es si las ideas del Che son practicables o incorrectas.

Aunque presumen de utilizar un sistema científico de investigación, ni siquiera cumplieron con el más elemental recaudo de buen juicio: partir del análisis de la experiencia boliviana —cuyos datos fácticos recién se van conociendo—. Prescindiendo de eso, afirmaron que el desastre se debió a que el método guerrillero es impracticable. Impracticabilidad que, a su vez, está demostrada por el desastre acaecido. Así, mediante un razonamiento circular en que las premisas no son demostradas en confrontación con la realidad sino que se apoyan recíprocamente, los puntos de vista que se sustentaban reaparecen luego como “conclusiones” de análisis sedicentemente críticos. Y luego de repetir sacramentalmente que la solución final solo se logrará por la violencia terminan impugnando, junto con la guerrilla, toda la política que concretamente tenga como base una estrategia de lucha armada para el poder. (El destacado es de D. S.)

Cierta vez, Lenin dijo que la realidad es tan compleja que ofrece datos para comprobar cualquier teoría. Por eso la prueba de verdad en política no puede ser la misma que en la física moderna. En esta se construye un modelo a partir de una nueva premisa, si todo funciona, si todo es explicable, se toma el modelo como válido. En política tal ardid no funciona. Lo que se piensa debe ser comprobado por la práctica. Hay innumerables ejemplos, como el hecho de que el marxismo en sus albores pensó que el socialismo se daría primero en los países centrales, en donde el capitalismo se hubiera desarrollado totalmente. Era de una lógica cristalina. Pero la realidad —fase imperialista del capitalismo

mediante— comprobó su falacia, el socialismo se dio en países periféricos.

Cooke plantea que los "reformistas" tratan de comprobar que toda violencia no es más que provocación o delirio. La discusión sobre el poder debe quedar suspendida hasta un futuro indefinido en el que se darán "una constelación de condiciones que nada tienen que ver con las presentes".

Aclaremos que el problema del "foco guerrillero" es ajeno a lo que aquí estamos considerando. No hay duda que todo planteo serio sobre los métodos de la lucha revolucionaria no puede prescindir de tomar en cuenta un hecho tan importante como el de Bolivia, que debe ser examinado a fondo para saber en qué medida el descalabro obedeció a causas específicas de ese intento o es lícito inferir de él fallas en la concepción militar a que respondía. Lo que rechazamos es que se sustituye la confrontación entre teoría y realidad, indispensable para todo dirigente responsable, con la utilización del episodio por parte de los "filósofos" de la revolución a poco precio. (El destacado es de D. S.)

En los apuntes no abunda sobre el tema del "foco guerrillero".

---

427 John William Cooke, Obras completas, tomo III, Eduardo L. Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007.

La teoría del foco

Hemos dicho que se ha discutido la relación de Cooke con los Uturuncos y las primeras guerrillas peronistas. Si fue un apoyo teórico o si estuvo comprometido con la organización misma de los focos armados. Es claro que, si John estuvo a cargo de la organización de esas guerrillas, abonaría con su enorme prestigio las posiciones foquistas de los guerrilleros de los años setenta.

Pero sus escritos (como la histórica conferencia en la Universidad de Córdoba del 4 de diciembre de 1964 que ya hemos visto más arriba) y su práctica política no dejan dudas: Cooke creyó que los cambios revolucionarios no pueden dejar de ser violentos, pero no adscribió a la teoría del foco.

Cualquiera con una visión científica de la historia comprende que en ella no existen casos en que los explotadores se hayan avenido a dejar de serlo y entregaran a los explotados los medios de producción. Digamos, simplemente, que la humanidad no encontró mejor partera para los cambios revolucionarios, copernicanos, que la violencia. Lamentablemente.

De este pensamiento puede deducirse que, si los explotadores no entregan su poder, los explotados tendrán que arrebatárselo.

La teoría del foco guerrillero intentó acelerar el proceso de concientización del proletariado, ese sinuoso pasaje de ser clase “en sí” a clase “para sí”, a través de la acción militar de un grupo esclarecido —reducido, heroico y combatiente—. No planteó el reemplazo de los actores sociales (los explotados, las clases subalternas, el proletariado) pero terminó siendo así toda vez que la masa a la que aspiraban dirigir no estaba preparada para la toma del poder.

La teoría del foco guerrillero nació de una interpretación errónea y apresurada de la Revolución Cubana. No hizo una apreciación adecuada del trabajo de masas que heredó el grupo combatiente dirigido por Fidel Castro. Ni tampoco la rarísima característica que ese grupo fuese apoyado por su enemigo a través de la CIA. Porque, digámoslo, ellos también se equivocan; lo que no habilita a contar con sus errores.

• • •

El sistema tolera sin problemas que los jóvenes vistan remeras con la imagen del Che Guevara.

¿Por qué?

Definitivamente nos tenemos que preguntar por qué. Y en esto nada tiene que ver Ernesto Guevara.

¿Por qué?

El sistema piensa que nadie debe oponerse a la propiedad privada, porque en ella radica la libertad del individuo. (Para los burgueses la pérdida de la libertad burguesa es la pérdida de toda libertad.) Pero no parece problematizarse por esas camisetas con la imagen de un revolucionario que luchó en su contra hasta la muerte.

¿Por qué?

El sistema nos trata de convencer de las mieles de las instituciones, la democracia, la libertad y la propiedad privada. Pero, cuando encuentra un joven cabeza dura y rebelde, le deja abierto el camino del Che. Porque sabe que ese es un camino que conduce a la derrota.

Y no es que no admiremos al Che y que no nos emocione su ejemplo, es que —como dijo Cooke, aunque no lo desarrolló— necesitamos sintetizar su experiencia.

El foquismo es tema ajeno a este trabajo, diremos solamente que la guerrilla sirve a las masas vinculada con sus luchas, pero sirve sin proponérselo a los fines del enemigo divorciada de ellas. Las imágenes del Che en las remeras transforman a un revolucionario en un simple rebelde con buenas intenciones.

Los foquistas creyeron que el ejemplo enseña y que las masas, ante sus gestos heroicos, correrían tras ellos, entusiastas, como los cachorros detrás de la madre perra. Subordinaron entonces la política a las armas (y en el caso de Bolivia a la geografía). Pero nadie aprende de la experiencia ajena, en política el ejemplo es un suplemento, no el centro de la argumentación.

La vanguardia no es vanguardia por su arrojo, ni por autodefinirse como tal, sino porque logra sintetizar la experiencia política de su clase. La vanguardia es la que sabe estar un paso delante, ni dos ni ninguno: un paso delante. La idea de Cooke —que vivió "calzado" toda su vida— es que la violencia es instrumental; ¿instrumental a qué?: a la acción política de las masas. Dicho de otra manera, subordinada y no dirigiendo la política.

El tiro del final

En 1929 se mencionó por primera vez la posible relación entre el tabaco y cáncer de pulmón; pero recién entrados los años cincuenta se publicó una investigación epidemiológica confiable sobre esta conexión. La primera campaña contra el tabaco se hizo en Estados Unidos y data de 1964.

Así que tres años después, aquí, en el sur del sur, no es seguro que se reparara en los peligros del cigarrillo.

Los indicios más frecuentes del cáncer de pulmón son tos, falta de aire, expectoración con sangre y pérdida de peso. Todos estos síntomas son comunes con la tuberculosis que, hacia esos años, era frecuente. De forma que sucedía que se confundiera el diagnóstico.

Cuando principian estos alarmantes anuncios, la enfermedad ya se encuentra en estado avanzado, habitualmente con metástasis a distancia en otros órganos. Todo sucede vertiginosamente y el desenlace suele ser rápido; el promedio de sobrevida es de ocho meses.

• • •

Empieza el invierno del 68, John deja Montevideo y llega a Buenos Aires, pasa los días grises en el departamento de avenida Santa Fe. El cáncer lo está matando.

“Me he pasado los últimos años de mi vida creando células de combatientes y ahora, vaya destino, muero por el crecimiento descontrolado de las células de mi propio cuerpo”, dice la leyenda que dijo el Bebe. Algunos amigos le proponen viajar a Cuba otros a Europa, pero él, atenazado por un cansancio inaudito, escoge morir en su patria.

Hubiera preferido otra muerte.

Una bala enemiga.

En un acto heroico.

No este puto cáncer.

¡Mierda!

En agosto escribe una carta para Alicia.

Querida Alicia:

Ya a punto de ser operado, deseo establecer algunas indicaciones, disposiciones y directivas que, lamentablemente, pertenecen a lo macabro; pero creo mejor consignarlas expresamente.

Le dice a Alicia que en caso de que su estado se agrave y entre en coma, debe ocuparse de que bajo ningún pretexto ni artimaña se le acerque personal eclesiástico, y aclara que la prohibición incluye a los sacerdotes amigos, ya que desea mantener intacto su “buen nombre y honor” de ateo y materialista consecuente, a salvo de leyendas sobre arrepentimientos. Pide que se donen sus ojos o cualquier órgano que fuera de utilidad.

[…] ya que no he podido, por medio de una muerte heroica, contribuir a la solución revolucionaria de nuestro drama americano, al menos podré ayudar a resolver algún problema individual.

Si no fuera posible, entonces pide la cremación. No quiere entorpecer, pide que nadie conserve las cenizas y estas sean echadas al viento.

[…] tíralas al mar (transo con que las tires al Río de la Plata; lo mismo da cualquier otro río y aun una laguna). Yo viviré, como recuerdo, durante el tiempo que me tengan en su memoria las personas que de veras me han querido; y en la medida en que he dedicado mi vida a los ideales revolucionarios de la libertad humana, me perpetuaré en la obra de los que continúen esa militancia.

Y firma, simplemente, John Cooke.

• • •

Semanas después, el 19 de septiembre de 1968, mientras los aires vitales de la primavera inundan Buenos Aires, John William Cooke muere en el Hospital de Clínicas.

• • •

La vida no es justa y el destino suele ser una mierda: John William Cooke no vio incendiarse la pradera.

Ocho meses y diez días después de su muerte empezaba el Cordobazo, la alianza revolucionaria de la clase obrera industrial y los jóvenes estudiantes de las capas medias urbanas. En sus trincheras se encontraron los mejores luchadores peronistas y una nueva izquierda que asomaba; pero Cooke, que fue la síntesis posible, el puente entre esos dos ríos, ya no estaba.

La caudalosa negritud de las bases obreras peronistas y el materialismo dialéctico pudieron mirarse cara a cara, por fin sin rencor.

Pero Cooke ya no estaba.

Porque no hay caso: la vida no tiene nada de justa y el destino suele ser una puta mierda.

EPÍLOGO

1

La historia enseña como una maestra despiadada, no nos dice lo que debemos hacer sino lo que no debemos hacer. Solo nos ayuda a hacer dialécticos los fracasos, lo que no es poco. Aprender de ellos es, ante todo, una forma de supervivencia de los pueblos.

Por eso hemos traído a John William Cooke.

Porque Cooke fue absolutamente impar, una mente abierta, en reelaboración constante. Un hombre de acción. Un político, no un teórico, que reivindicó como nadie la necesidad de una teoría que oriente la acción. Porque, nuevamente, la política y el arte son territorios de la mente.

John William Cooke elaboró una síntesis entre dos tradiciones, la del pensamiento nacional y la del clasismo obrero. Síntesis que sigue siendo necesaria hoy y que está en el centro de la actualidad argentina.

Ahora, con el punto final abro un buen whisky.

Sirvo generosamente, apenas un hielo.

Y brindo por su memoria.

¡Por vos, John!

2

Entre la salida de la primera edición de este texto, en agosto de 2014, y este junio del 21 en que entrego esta nueva versión a la editorial, pasaron cosas. Sucedió la pesadilla macrista, con el hundimiento del salario, la persecución de opositores a través del oprobioso lawfare —según los lineamientos bajados por el Departamento de Estado para su patio trasero— y la estafa (otra vez) de una monumental deuda externa.

Sucedió también la apabullante derrota electoral del macrismo, sus aliados políticos y sus amanuenses periodísticos por una coalición que sumó al núcleo kirchnerista otras fuerzas. La alianza incluyó a los que supieron impulsar candidatos tan alternativos que no tenían posibilidad alguna de triunfo, pero que le restaron votos a Daniel Scioli, el deslucido candidato oficialista.

La coalición del Frente de Todos es tan de todos que abriga a los que votaron las leyes del saqueo macrista y, también, a los que desde el mismo peronismo jubilaron tempranamente a Cristina Fernández.

No es de extrañar, la política no es para estómagos sensibles, así que ese no es el problema. El problema es que el gobierno resultante, a las imposibilidades históricas del primer peronismo, y a las metas ciertamente más estrechas de la década kirchnerista, ha sumado nuevos límites que lo harán inviable. Se recueste sobre quien se recueste y traicione a quien traicione en un futuro próximo —decisión que algunos presumen inevitable— perderá el apoyo de los queden afuera.

No es sencillo hacer honor a las promesas. Gobernar para el pueblo con un Poder Judicial colonizado por el capital concentrado es una tarea imposible. Pero retrocedamos en nuestras ansias democráticas, incluso bajar la inflación a niveles razonables y aumentar el salario real en una economía destrozada sin malherir al poder real es, también, una tarea imposible. Bajemos aún más nuestras aspiraciones, disminuir drásticamente la pobreza y suprimir toda indigencia sin desmonopolizar la producción y comercialización de los productos de la canasta familiar es, simplemente, magia.

Algunos dirán que a la herencia macrista se sumó la tragedia de la pandemia de la Covid-19. A juicio de este escriba, la pandemia otorgaba todo el poder que el gobierno quisiera tomar. La tragedia ofrecía un escenario tan dramático que hacía posible unir a los trabajadores con o sin conchabo y a las capas medias por una redistribución de la riqueza a costa del capital concentrado. Poder que el gobierno no usó mientras pudo, y que ahora, en junio de 2021, parece dificultoso que pueda conseguir.

¿Qué puede hacer un gobierno popular ante los actuales índices de pobreza e indigencia, con los precios de los productos de la tierra en aumento en el comercio internacional y una fenomenal deuda externa?

Pese a que no podría contar con Brasil, el mayor socio comercial del país, no encuentro otra manera para que un gobierno fuera acusado de popular que la decisión de frenar el apetito del capital concentrado y de los organismos internacionales a su servicio. En definitiva, una política nacional que, aunque no fuera consecuentemente antiimperialista, sepa recostarse en China y la Federación Rusa, busque nuevos socios en el mundo subdesarrollado y pueda reconstituir la Unasur y el Mercosur. Todo lo cual, que no es sencillo de hacer, principia por conseguir el apoyo de las clases subalternas de la sociedad interesadas no solo en una profunda redistribución de la riqueza, sino en cambiar las reglas del juego. De un juego en el que siempre les toca perder.

No sé a qué tenebrosa cifra llegaran las muertes por la Covid-19, a qué porcentaje trepará la pobreza y cuántos argentinos caerán en la indigencia cuando terminen estos tiempos aciagos. Tampoco adivino cuál es el nivel de deterioro del salario aceptable para el capital concentrado, para el gobierno de Alberto Fernández y para los trabajadores.

En mi vida he visto y vivido muchas crisis, esta es la peor de todas.

Los caminos de la historia suelen ser invisibles para el observador contemporáneo a ellos. ¿Cuántos sabían la noche del 28 de mayo de 1969 que horas después, en Córdoba, estallaría el país? Hay ríos ocultos, subterráneos, y sin embargo caudalosos que laten en silencio. Como dijo el poeta: cuando suena el río, suena el río. Pero a veces no logramos escucharlo hasta que su sonido es un alarido.

Entonces, me formulo una dramática pregunta que encierra el carozo mismo de esta encrucijada: ¿es posible que este pueblo engañado y dolorido descubra, por fin, que nadie, absolutamente nadie lo salvará? Y, en tal albur, ¿es factible que, librado a su propia suerte, silenciosamente esté pariendo su nueva vanguardia.

Otra vez: la historia enseña como una maestra despiadada, no nos dice lo que debemos hacer sino lo que no debemos hacer. Solo nos ayuda a hacer dialécticos los fracasos, lo que no es poco. Aprender de ellos es, ante todo, una forma de supervivencia de los pueblos.

Buenos Aires, junio de 2021.

Bibliografía

Acha, Omar, La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX, Buenos Aires, EUDEBA, 2006.

Arnaudo, Florencio José, El año que quemaron las iglesias, Buenos Aires, Histórica, 2005.

Baschetti, Roberto, El alma de la Patria. El peronismo y su lucha revolucionaria, Neuquén, Educo (Editorial de la Universidad Nacional del Comahue), Neuquén, 2012.

—, Documentos de la Resistencia Peronista (1955-1970), De la Campana, La Plata, 1998.

—, "John William Cooke: una historia de vida y lucha", en Miguel Mazzeo, Cooke de vuelta, Buenos Aires, La Rosa Blindada; también en John William Cooke, Obras completas, tomo I, Eduardo Luis Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007.

Beraza, Luis Fernando, Los nacionalistas: la trayectoria política de un grupo polémico: 1927-1983, Buenos Aires, Cántaro, 2005.

Bianchi, Susana, Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina (1943-1955), Buenos Aires, IEHS/Trama Editorial/Prometeo Libros, 2001.

Campione, Daniel, "'Los comunistas somos nosotros': Cooke y el Partido Comunista Argentino", en Miguel Mazzeo, Cooke de vuelta, Buenos Aires, La

Rosa Blindada,1999.

Cersósimo, Facundo, Envar El Kadri, Buenos Aires, Colihue, 2008.

Cichero, Marta, Cartas peligrosas, Buenos Aires, Planeta, 1992.

Cooke, John William, Obras completas, tomo I: “Acción parlamentaria”, Eduardo Luis Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007.

—, Obras completas, tomo II: “Correspondencia Perón-Cooke”, Eduardo Luis Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2007.

—, Obras completas, tomo III: “Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos”, Eduardo Luis Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2009.

—, Obras completas, tomo IV: “Artículos periodísticos, reportajes, cartas y documentos (1947-1959)”, Eduardo Luis Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2010.

—, Obras completas, tomo V: “Peronismo y revolución”, Eduardo Luis Duhalde compilador, Buenos Aires, Colihue, 2011.

—, Peronismo e integración, Buenos Aires, Aquarius, 1974.

Codovilla, Victorio, Esta es la guerra de los pueblos, Primera parte del informe rendido al Comité Central del Partido Comunista, 12 de septiembre de 1942, Buenos Aires, Anteo, 1942.

De Frente, números 0 al 99, Buenos Aires, 1953, 1954, 1955.

Feinmann, José Pablo, Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina, Buenos Aires, Planeta, 2011.

—, La astucia de la razón, Buenos Aires, La Página (Página/12), 2007.

Fiorucci, Flavia, El campo escolar bajo el peronismo 1946-1955, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

Galasso, Norberto, Yo fui el confesor de Eva Perón. (Padre Hernán Benítez), Rosario, Homo Sapiens ediciones, 1999.

—, Cooke, de Perón al Che, Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2004.

—, Perón, Buenos Aires, Colihue, 2011.

Gambini, Hugo, Historia del peronismo. El poder total (1943-1951), Buenos Aires, Planeta, 1999.

Gandolfo, Mercedes, La Iglesia factor de poder en la Argentina, Montevideo, Nuestro Tiempo, 1969.

Gillespie, Richard, J. W. Cooke, el peronismo alternativo, Buenos Aires, Cántaro, 1989.

Godio, Julio, La caída de Perón/1 (de junio a setiembre de 1955), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

Goñi, Uki, La auténtica Odessa, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Goobar, Walter, "El extraño asesor de Blumberg". Disponible en: http://www.waltergoobar.com.ar/notices/view/24/-el-extrano-asesor-de-blumberg.html

Hernández Arregui, Juan José, Nacionalismo y liberación, Buenos Aires, Peña Lillo, 2011.

—, Imperialismo y cultura, Buenos Aires, Peña Lillo, 2005.

Horowicz, Alejandro, Los cuatro peronismos, Buenos Aires, Edhasa, 2011.

—, Las dictaduras argentinas, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

Jauretche, Arturo, El plan Prebisch: retorno al coloniaje, Buenos Aires, Peña Lillo, 1974.

—, Mano a mano entre nosotros, Buenos Aires, Peña Lillo, 1975.

Justo, Juan Bautista, Teoría y práctica de la historia, Buenos Aires, Líbera,1969.

Levenson, Gregorio, De los bolcheviques a la gesta montonera, Buenos Aires, Colihue, 2000.

Lidner, Franco, Cooke. El heredero maldito de Perón, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

Luna, Félix, Perón y su tiempo, tomo I: “La Argentina era una fiesta”, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

—, Perón y su tiempo, tomo II: “La comunidad organizada”, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

—, Perón y su tiempo, tomo III: “El régimen exhausto 1953-1955”, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

Marconi, Ricardo, Conspiración comunicacional de gobiernos de facto. El miedo como construcción mediática, Universidad Nacional de Rosario.

Mazzeo, Miguel, John William Cooke. Textos traspapelados (1957-1961), Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2000.

—, Cooke, de vuelta, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999.

—, El hereje, Buenos Aires, Editorial El Colectivo, 2016 – Reeditado y ampliado por Al Fondo a la Derecha, 2021.

Nadra, Fernando, Conversaciones con Perón, Buenos Aires, Anteo, 1985.

—, La religión de los ateos, Buenos Aires, Puntosur, 1989.

Navarro, Marysa, Evita, Buenos Aires, Edhasa, 2011.

Page, Joseph, Perón, Buenos Aires, Javier Vergara, 1984, 2 vols.

Pavón Pereyra, Enrique, Conversaciones con Juan D. Perón, Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1978.

Perón, Juan Domingo, La comunidad organizada, Buenos Aires, Instituto Nacional Juan Domingo Perón, 2006.

Peter, José, Crónicas proletarias, Buenos Aires, Esfera, 1968.

Prieto, Ramón, El pacto, ocho años de la política argentina, Buenos Aires, En Marcha, 1963.

—, De Perón a Perón, Buenos Aires, En Marcha, 1974.

—, Correspondencia Perón Frigerio: 1958-1973, Buenos Aires, Macacha Güemes, 1975.

Potash, Robert, El ejército y la política en la Argentina (1962-1973), Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

Puiggrós, Rodolfo, Pueblo y oligarquía, Buenos Aires, Galerna, 2006.

—, El yrigoyenismo, Buenos Aires, Galerna, 2006.

—, Las izquierdas y el problema nacional, Buenos Aires, Galerna, 2006.

—, La democracia fraudulenta, Buenos Aires, Galerna, 2006.

—, El peronismo: sus causas, Buenos Aires, Galerna, 2006.

—, El proletariado en la revolución nacional, Buenos Aires, Trafac, 1958.

Recalde, Aritz, El pensamiento de John William Cooke en las cartas a Perón 1956-1966, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2011.

Rey, Esteban, Frigerio y la traición de la burguesía industrial, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.

Rouquié, Alain, Poder militar y sociedad política en la Argentina, Buenos Aires, Emecé, 1998.

Tarcus, Horacio, Diccionario biográfico de la izquierda argentina, Buenos Aires, Emecé, 2007.

Salas, Ernesto, La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, tomos 1 y 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990.

Sorín, Daniel, Palacios, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

Verbitsky, Horacio, Cristo vence, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

Vigo, Juan, ¡La vida por Perón! Crónicas de la Resistencia, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973.

Zanatta, Loris, La internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Zuretti, Juan Carlos, Nueva historia eclesiástica argentina, Buenos Aires, Itinerarium, 1972.

Sobre el autor



Foto: Alejandro Meter

Daniel Sorín (Buenos Aires, Argentina, 1951) tiene una larga trayectoria literaria. En 1998 ganó el Premio Emecé de Novela con Error de cálculo; ha editado publicaciones de arte y literatura en la red: Alt164, Letrópolis, Abanico y La púrpura de Tiro. Es docente, editor y ensayista.

Obras:

Novelas:

Error de cálculo (Emecé, 1998 - ebook: Al Fondo a la Derecha, 2019)

El dandy argentino (Grupo Editorial Norma, 2000)

Palabras escandalosas (Sudamericana, 2003)

Palacios (Sudamericana, 2004)

Velas para Gilda (Editorial La Bohemia, 2007)

El hombre que engañó a Perón (Sudamericana, 2008)

El cerco (Del Nuevo Extremo, 2012 - ebook: Al Fondo a la Derecha, 2019)

La última carta (Edhasa, 2013 – Al Fondo a la Derecha, 2019)

Tres segundos es una eternidad (Vestales, 2016)

Plan Patagonia (Al Fondo a la Derecha, 2020)

Ensayos:

John William Cooke. La mano izquierda de Perón (Planeta, 2014, Al Fondo a la Derecha, 2021)

Textos en antologías:

"El narrador y el archivista" (La Biblioteca Nº 1, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, 2005)

“Tris, el mono” (Brújula norte, cuento infantil, Buenos Aires, Macma Ediciones, 2015)

“Cuando el criminal es el Estado: asesinos en la Patagonia del siglo XIX” (Fronteras del crimen. Globalización y Literatura, Medellín, Medellín Negro-Planeta Colombia, 2015)

“El regreso de Zhèng Hé” (Viajeros, Buenos Aires, Salim, 2018)

“El Ohio” (Desencajados, Buenos Aires, La Bohemia, 2018)

“La llamada” (Las mil y una noches peronistas, Buenos Aires, Granica, 2019)

"Un peronista de las tres banderas" (John William Cooke. Ecos de un pensamiento, Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020)

“Una bolsa de residuos negra” (Juramento negro, Madrid, Grupo Tierra Trivium, 2021)

Índice

Portada

Portadilla

Cooke en tiempos de aboulomanía

Sobre esta edición

Prólogo a la primera edición

PARTE 2: Cuando el Bebe fue Cooke

Hacia el 24 de febrero

Campaña y elección

El líder bonapartista

Antes de asumir la presidencia

El laborismo

Los imaginarios

El diputado

Las actas de Chapultepec (agosto de 1946)

Represión de actos de monopolio (septiembre de 1946)

El régimen bancario (diciembre de 1946)

La reforma de la Constitución (agosto de 1948)

Las delicias del coloniaje

Sobre el caso La Prensa (marzo de 1951)

Otras cosas, esos años

Cipriano Reyes

De ferrocarriles y autos

Homero

El dilema peronista de la deuda. El primer final

PARTE 3: Crítico desde el exilio

Los que se habían ido

La mala

De Frente

El petróleo, siempre el petróleo

La energía eléctrica

Los burócratas, y de paso los comunistas

La tercera posición

Libros no, alpargatas sí

Un raro sabor comunista a la banana

Las debilidades de Getúlio Vargas

Vuelta a lo privado

Salarios

La Iglesia

El bombardeo a Plaza de Mayo

El interventor, el cinco por uno, Alicia y el golpe

Cooke prisionero

Los últimos suspiros de De Frente

Roberto Noble y Ricardo Peralta Ramos

PARTE 1: El Bebe Cooke

La infancia en el nuevo país

Los orejudos

Alvear, Yrigoyen y el crac del 29

Inés

Los comienzos liberales

Junio del 43

César Marcos

El coronel Perón, el canciller presentable y el joven testigo

El 17 de Octubre

El Bebe y las listas

PARTE 4: El organizador de la resistencia

Un tiempo de resistencia

Para que el hijo del barrendero muera barrendero

Y por fin el decreto 4161

El local de la calle Riobamba y las llaves de las Unidades Básicas

Cárcel y fusilamiento

Otro traslado

La correspondencia entre Perón y Cooke

Entre Valle y el caos

La prehistoria del Pacto

El heredero

Jauretche y el partido vertical de base obrera

Fue el único dirigente que se conectó a mí

La fuga

La primera

Frondizi, el más vivo

La insurrección y su momento

Todavía no estamos a punto

El atentado

Organizar a millones de personas con el jefe lejos

Jefe de la División Operaciones

Voto en blanco o abstención

Las elecciones para constituyentes

Informe General y Plan de Acción

Los diamantes son más duros que los duros

Perón y el Informe General y Plan de Acción

Finales del 57

El pacto Perón Frondizi

El otro pacto

Frondizi presidente

Los primeros desacuerdos

Los platos rotos I

Los platos rotos II

Sobre la reforma agraria

La toma del Lisandro de la Torre

Cooke se defiende

Lejos, más lejos

Viaje hacia los extramuros

Otra consecuencia de la derrota

PARTE 5: Cuba

Final y comienzo

El congreso de las 62 Organizaciones

Los Uturuncos

Cuba, la revolución en castellano

Las diferencias con el Partido Comunista

Ahora la correspondencia se escribe en La Habana y Madrid

Playa Girón y la crisis de los misiles

La Revolución y su ética

Los comunistas somos nosotros

El frente del 45

Un problema de ritmo

Huerta Grande

El prisionero de la Puerta de Hierro

PARTE 6: El hecho maldito

El regreso

Hernández Arregui y el grupo Cóndor

El regreso del general

Una conferencia histórica.

La polémica con León Rozitchner

Onganía, el triunfo azul.

Las huestes del doctor Justo.

El hecho maldito de la política del país burgués

Los payasos solemnes

Un 9 de octubre de 1967

La teoría del foco

El tiro del final

Epílogo

Bibliografía

Sobre el autor